

ERNESTO CASTAÑEDA
CATHY LISA SCHNEIDER

Editores

Charles Tilly

sobre

Violencia colectiva, política
contenciosa y cambio social

Antología selecta



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales

ERNESTO CASTAÑEDA
CATHY LISA SCHNEIDER

Editores

Charles Tilly

sobre

Violencia colectiva, política
contenciosa y cambio social

Antología selecta



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales

Charles Tilly:
sobre violencia colectiva,
política contenciosa y cambio social
antología selecta

Ernesto Castañeda y Cathy Lisa Schneider
(editores)



Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Sociales

Ciudad de México, 2022

Comité Editorial de Libros
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México

Presidente

Miguel Armando López Leyva • iisunam

Secretario

Hubert C. de Grammont • iisunam

Miembros

María Alejandra Armesto • flacso

Virginia Careaga Covarrubias • iisunam

Marcos Agustín Cueva Perus • iisunam

Fiorella Mancini • iisunam

Adriana Murguía Lores • fcpys, unam

Eduardo Nivón Bolán • uam-i

Adriana Olvera Hernández • iisunam

Catherine Vézina • cide

■

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Serv

■

El Comité Editorial de Libros del Instituto de Investigaciones Sociales aprobó la propuesta para publicar este libro en formato impreso y en e-pub.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del legítimo titular de los derechos.

Primera edición electrónica en e-pub: 2022, de acuerdo con la primera edición en papel de 2022.

DR 2022, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Sociales

Ciudad Universitaria, C.P. 04510

Libro electrónico editado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, se terminó de producir en junio de 2022. La edición electrónica en formato e-pub estuvo a cargo de Oscar Quintana Ángeles. Participaron: Virginia Careaga Covarrubias (edición del proyecto), María Antonieta Figueroa Gómez (revisión de contenidos electrónicos), Cynthia Trigos Suzán (diseño de portada), Lili Buj Niles (cuidado de la edición y revisión de la traducción), Juan Carlos Tarriba (traducción), Ana Novillo, Ernesto Castañeda M. y Ma. Elena Tinoco (corrección técnica). Fotografía en portada: REUTERS/Alamy Stock Photo.

ISBN: 978-607-30-6229-9

Resumen

Charles Tilly es uno de los sociólogos más influyentes de los últimos tiempos. Por primera vez su trabajo está disponible en esta antología en español, la cual recorre temas como las revoluciones y el cambio social; guerra, formación del Estado y crimen organizado; democratización; desigualdad estructural; violencia política; migración, raza y etnicidad; narraciones y explicaciones. Por otra parte, vincula el trabajo del autor sobre procesos de gran escala, como la construcción de naciones y la guerra, con su trabajo acerca de procesos micro, tales como discriminación racial y de género. Incluye la selección de algunos de sus primeros escritos, importantes pero no fácilmente disponibles, así como de su más reciente obra que revela su visión compleja, convincente y distintiva, y ayuda a ubicar en un contexto más amplio el enfoque de la política contenciosa, del que Tilly fue pionero.

Este conjunto de textos proporciona una hoja de ruta del trabajo de Tilly y su contribución a los campos de la sociología, las ciencias políticas, la historia y los estudios internacionales que servirán de guía para aquellos que deseen estudiar su obra con mayor profundidad o usar su metodología para estudiar los temas acuciantes del momento, además de que será de utilidad para científicos sociales, analistas políticos, estudiantes y activistas.

Índice

[Prólogo](#)

Miguel Armando López Leyva

[Presentación](#)

Jorge Cadena-Roa

[Prefacio a la traducción en español](#)

Ernesto Castañeda

[Introducción](#)

[Agradecimientos](#)

I. Revoluciones y cambio social

[1. La Vendée](#)

[2. Huelgas en Francia, 1830-1968. La interacción entre organización, localización y conflicto industrial](#)

Edward Shorter y Charles Tilly

[3. ¿La modernización genera revolución?](#)

[4. De la movilización a la revolución](#)

[5. Actuaciones contenciosas](#)

[6. Postulados perniciosos](#)

II. Creación de Estados

[7. La guerra y la creación de Estados como crimen organizado](#)

[8. Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990 D.C.](#)

III. Democracia

[9. La democracia es un lago](#)

[10. ¿De dónde provienen los derechos?](#)

[11. Democratización y desdemocratización](#)

[12. Confianza y gobierno democrático](#)

IV. Desigualdad persistente

[13. Desigualdad persistente](#)

[14. La pobreza y las políticas de exclusión](#)

V. Violencia política

[15. Conversaciones contenciosas](#)

[16. La política de la violencia colectiva](#)

[17. Terror, terrorismo, terroristas](#)

VI. Migración, raza y etnicidad

[18. Redes trasplantadas](#)

[19. Mecanismos de fronteras sociales](#)

[20. De la segregación a la integración](#)

VII . Narrativas y explicaciones

[21. ¿Por qué dar explicaciones?](#)

[22. Crédito, culpa y vida social](#)

[Créditos](#)

Ernesto Castañeda es profesor asociado en el Departamento de Sociología en la American University, Washington, D.C. y director del Laboratorio de Inmigración. Entre sus últimas publicaciones se encuentran *Building Walls: The Exclusion of Latin People in the U.S.* (Lexington, 2019), *A Place to Call Home: Immigrant Belonging and Exclusion in New York, Paris, and Barcelona* (Stanford, 2018) y con Charles Tilly y Lesley Wood la cuarta edición de *Social Movements 1768–2018* (Routledge, 2020).

Cathy Lisa Schneider es profesora asociada en la School of International Service de la American University, Washington, D.C. Es autora de *Police Power and Race Riots: Urban Unrest in Paris and New York* (University of Pennsylvania Press, 2014, 2017), *Shantytown Protest in Pinochet's Chile* (Temple University Press, 1995) y diversos artículos en torno a represión militar y policíaca, movimientos sociales y discriminación étnica y racial. Tiene un doctorado en Gobierno de la Universidad de Cornell.

Jorge Cadena-Roa es doctor en Sociología por la Universidad de Wisconsin-Madison. Estudiante de posgrado Fellow del Mellon-casbs Seminar on Contentious Politics. Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, Stanford University. Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (ceiich) de la unam; investigador nacional del sni; miembro de la Academia Mexicana de Ciencias; coordinador del Laboratorio de Análisis de Organizaciones y Movimientos Sociales (<https://laoms.org/>) del ceiich; profesor del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la unam; secretario ejecutivo del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, Comecso (<http://www.comecso.com>).

Prólogo

Miguel Armando López Leyva

[\[Regresar al índice \]](#)

El presente libro se inscribe en una política del Instituto de Investigaciones Sociales de la unam que se ha propuesto la traducción y difusión de obras trascendentes en los campos de la Sociología y la Ciencia Política. En esa línea, se han publicado 16 textos. Destacan las siguientes: de Roger Bastide, Introducción a la psiquiatría social, 1940, traducido por Emilio Uranga; de Pitirim Aleksandrovich Sorokin, Estratificación y movilidad social, 1956; de Paul Meadows, Hacia una epistemología sociológica, 1960; de Massimo Salvatori, La aparición del comunismo moderno: una breve historia del movimiento comunista en el siglo XX, 1970, estas tres traducciones de Ángela Müller Montiel.

De Barrington Moore, La injusticia. Bases sociales de la rebelión y la obediencia, 1989, traducido por Sara Sefchovich; de Alain Touraine, Producción de la sociedad, 1995; de Anne Phillipis, Género y teoría democrática, 1996; la compilación de Larry Diamond y Marc F. Plattner, El resurgimiento global de la democracia, 1996, las tres traducidas por Isabel Vericat. La más reciente, de Amy R. Poteete, Marco A. Janssen, Elinor Ostrom, Trabajar juntos. Acción colectiva, bienes comunes y múltiples métodos en la práctica, coedición de 2012, traducido por Lili Buj con la colaboración de Leticia Merino. Tales obras han enriquecido el catálogo editorial del Instituto, convirtiéndose en referentes indiscutibles para un público amplio de profesores, investigadores, así como de estudiantes de licenciatura y posgrado.

Esta antología selecta está, sin duda, a la altura de esos libros tanto por el prestigio del autor como por la calidad de su producción. Charles Tilly fue uno

de los sociólogos más importantes de los últimos años, con un desarrollo teórico que ha dejado impronta en las Ciencias Sociales, y cuyo impacto en las discusiones del ámbito académico es innegable. Un autor, por cierto, que supo hacer uso de las distintas variantes de la disciplina: Sociología histórica, Sociología política y Sociología de la acción colectiva, principalmente. Aunque en nuestro país se le conoce y reconoce como un estudioso de los movimientos sociales, junto con otras connotadas figuras como Doug McAdam y Sidney Tarrow, el espectro temático al que se abocó fue amplio, en tanto que los alcances de sus aportes van más allá del análisis de un objeto de estudio.

Al leer sus contribuciones se aprecia un cruce de fronteras temáticas significativo. Como bien lo señalan Jorge Cadena y Ernesto Castañeda en los textos que anteceden y contextualizan esta antología, Tilly abordó una cantidad de asuntos que, desde una mirada neofita, pueden parecer ajenos uno del otro, pero que él vinculó de manera sistemática a través de la conjunción de lo comparativo, lo histórico y lo procesual: formación de Estados, revoluciones, cambio social, democracia, democratización y desdemocratización; desigualdad y violencia política, sólo por citar algunos, a los que se agregan los enmarcados en la etiqueta de la acción colectiva: política contenciosa, protestas, movimientos sociales.

La presente antología reúne una variedad de escritos sobre tales tópicos, muestra representativa de las preocupaciones de Tilly que puede ayudar a comprender fenómenos contemporáneos en virtud de la actualidad de buena parte de sus planteamientos. Su publicación contribuirá a que muchos estudiantes se acerquen y aprendan de este autor fundamental. En la Presentación, Jorge Cadena señala que esta traducción facilitará su conocimiento y su inclusión decidida en programas de estudio de Sociología (en México no es difícil encontrarlo referido en los niveles de maestría y doctorado, aunque en inglés, pero no así en licenciatura). Nos recuerda que sus libros están agotados —a veces se localizan de segunda mano en plataformas de venta especializadas, habría que agregar—, la mayoría, en su idioma original porque pocos textos han sido traducidos al español, y no siempre de manera afortunada. De lo anterior se desprende el valor de este libro, pues ha sido traducido con especial cuidado, revisado a varias manos y editado con esmero. Además del contenido, esas razones hacen que valga la pena tenerlo en un lugar especial de nuestra biblioteca.

La vigencia de los trabajos es clara, como podrá constatarse con su lectura. Me

interesa resaltar un par de ideas de Tilly, centrales para el momento en que publicamos el libro (2022): pensar en la democracia como un proceso “en construcción” y tener en mente que la desdemocratización, entendida en suma como la disminución de los derechos ciudadanos, es un riesgo latente en los regímenes democráticos. En el Prefacio, Ernesto Castañeda elabora un aleccionador apunte al respecto que refuerza la actualidad de dichas ideas: cómo puede comprenderse el apoyo político y social a Donald J. Trump, y en qué medida su presidencia representó una seria amenaza para la continuidad de la democracia en Estados Unidos. Nos hace percatarnos, además, de que no hay régimen democrático que sobreviva a la “generalización de una creencia” sobre el carácter fraudulento de una elección. Este apunte nos sitúa en condiciones diferentes a cuando se publicó la compilación de Diamond y Plattner, ya referida, una selección de ensayos publicados en *Journal of Democracy* en los años noventa del siglo pasado, periodo en que las transiciones a la democracia en el mundo eran procesos en marcha, objeto creciente de interés en la academia, y la democracia se valoraba como un punto de llegada indiscutible.

Desde luego, una publicación como ésta es resultado de una convergencia de esfuerzos y de la labor de muchos meses. Agradezco a Ernesto Castañeda y Cathy Lisa Schneider su interés y permiso para que emprendiéramos la publicación en español de esta antología. En especial a Ernesto por el seguimiento editorial que dio a la obra y a la revisión minuciosa de la traducción. A Jorge CadenaRoa el agradecimiento es doble: por su entusiasmo en esta iniciativa y por sugerir la idea de traducirlo. Al Comité Editorial de Libros del Instituto por acoger la propuesta y autorizar su publicación. A Virginia Careaga Covarrubias por su siempre diligente atención al proceso editorial y por ser la intermediaria eficaz en las labores de traducción, corrección y formación. A Juan Carlos Tarriba por la traducción y a Lili Buj Niles, quien realizó la revisión de la traducción y cuidó la edición. Espero que este trabajo colectivo rinda frutos y encuentre a su público lector.

Presentación

Jorge Cadena-Roa[1]

[\[Regresar al índice \]](#)

Charles Tilly es uno de los científicos sociales más importantes y prolíficos de la segunda parte del siglo xx y principios del xxi. Sin embargo, aún es poco conocido en nuestro medio a pesar de haber hecho contribuciones en varios campos de estudio de la acción colectiva, las protestas, los movimientos sociales, las revoluciones, los procesos de cambio social y construcción de Estados (state making), democracia, desigualdad, violencia política, migraciones, raza y etnicidad, así como en los problemas teóricos y metodológicos de la investigación social, histórica y comparativa: narrativas, explicaciones, mecanismos causales, análisis político-contextual.

Sociología e historia

Su obra abarca los campos mencionados, pero puede afirmarse que se encuentra a caballo entre la Sociología, que busca encontrar regularidades, elaborar modelos, proponer generalizaciones, desarrollar, probar, refinar y refutar teoría, por un lado y, por el otro, la historia, que busca dar cuenta de cómo se desarrollaron diferentes procesos en tiempos y lugares específicos, sin necesariamente proponer generalizaciones ambiciosas. La disposición de la Sociología histórica comparativa, en la que se ubican algunas de las obras más influyentes de Tilly, propone desarrollar generalizaciones, y por ello se distancia de las prácticas más ideográficas de la historia. Pero si hay algo característico en su obra, es precisamente desmontar dicotomías excluyentes. Lo suyo era descubrir, en la historia, las regularidades, relaciones y mecanismos que permitieran proponer o refutar generalizaciones audaces susceptibles de ponerse a prueba en rondas sucesivas de investigación empírica. En lugar de proponer modelos abstractos y ponerlos a prueba en la investigación histórica, Tilly partía de preguntas generales acerca del cambio social, por ejemplo, e investigaba con oficio de historiador en los registros del pasado.

Las fronteras temáticas y disciplinarias no contenían su curiosidad. Para Tilly, las preguntas de investigación, la evidencia y los datos daban los criterios para involucrar conocimientos y teorías de diferentes procedencias, incluso externas a las ciencias sociales. En “Democracy Is a Lake” Tilly (1995a) se pregunta, ¿cuánto tiempo tarda en formarse una democracia? ¿Tanto como un yacimiento de petróleo o tanto como diseñar un jardín? Su respuesta es que la formación de una democracia requiere de un periodo intermedio entre esos dos extremos, aproximadamente tanto tiempo como la formación de un lago natural, siglos, y la formación de un lago artificial como resultado de la construcción de una presa. Así, las democracias consolidadas han sido resultado de procesos seculares de lucha y negociación que han dado lugar a la construcción de instituciones representativas de una ciudadanía amplia, relativamente igual, en las que se registran periódicamente procesos de consulta vinculante con respecto a los representantes, así como las políticas públicas que emprenden, y se han edificado protecciones contra acciones arbitrarias del Estado. Sin embargo, las

democracias pueden construirse en periodos más cortos mediante la creación de instituciones cuyos propósitos son esos. En cualquiera de los dos casos, las democracias requieren de mantenimiento continuo, sus avances pueden revertirse y abrir procesos de des-democratización (Tilly, 2007b).

Para Tilly, la buena Sociología toma en serio a la historia y la buena Sociología política toma en serio más que la historia política, pues para salir de la jaula del presente debe considerar cómo afectan los procesos políticos el tiempo y el lugar. Para ello se requiere identificar mecanismos causales robustos y comprender cómo operan en diferentes interacciones, tiempos y lugares (Tilly, 2002: 567).

La importancia de tomar en cuenta las variaciones de tiempo y lugar es un leitmotiv que aparece y se repite desde las primeras publicaciones de Tilly. Un espléndido desarrollo de esta perspectiva se encuentra en el libro colectivo que coordinó con Robert E. Goodin, *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis* (2006). En ese volumen, los coautores se preguntan si para el estudio de la política importan la filosofía, la psicología, las ideas, la cultura, la historia, el lugar, la población, la tecnología. La respuesta es breve y clara: it depends, depende (Tilly y Goodin, 2006). Con elegancia y trazo simple se deslindan de quienes en la Ciencia Política y la Sociología buscan leyes generales, válidas para todo tiempo y lugar y sostienen que el contexto en el que se desarrollan los procesos políticos afecta su trayectoria y resultados. Sin embargo, esos contextos son susceptibles de un análisis sistemático que distinga, 1) la forma en que el investigador entiende los procesos políticos, 2) la evidencia disponible para su análisis, 3) cómo se desarrollan los procesos mismos, su trayectoria.

No obstante la importancia del contexto, lejos de quedarse en las particularidades de cada caso, en su obra Tilly comparó procesos que se desarrollaron a lo largo de periodos muy prolongados, en países con grandes diferencias económicas, sociales, políticas, culturales. Con base en la historia europea, estudió la relación entre coerción, capital y formación de Estados entre el año 990 y 1990 (Tilly, 1990a), los Estados y el nacionalismo entre 1492 y 1992 (Tilly, 1994) y las revoluciones en ese mismo periodo (Tilly, 1993c), la dinámica entre contención y democracia entre 1650 y 2000 (Tilly, 2004a), los repertorios de contención (Tilly, 1993b) y la parlamentarización de la contención en Gran Bretaña entre 1758 y 1834 (Tilly, 1997b) y los movimientos sociales entre 1768 y el 2008 (Tilly y Wood, 2009). Uno de sus trabajos metodológicos más notables e influyentes se refiere precisamente a cómo hacer grandes

comparaciones entre estructuras enormes y procesos prolongados (Tilly, 1984).

Obra en continua revisión

Su obra es sumamente extensa, voluminosa y difícil de conseguir. Algunos de sus libros más citados están agotados desde hace tiempo y nunca fueron reeditados. Tal vez eso se debe a que, como dicen Castañeda y Schneider en la introducción de esta antología, cada obra nueva era concebida como una revisión y crítica de la anterior. *The Vendée* (1964) presenta la revisión y crítica de su tesis doctoral. Quizá por eso no le interesaba reimprimir sus primeras obras que, al menos en algún aspecto, habían sido revisadas en su obra posterior.

Sin embargo, con un poco de suerte se pueden conseguir ejemplares de segunda mano de algunos de sus primeros libros, como *From Mobilization to Revolution* (1978), una de sus obras más citadas, pues influyó en la adopción de variables sociopolíticas, en lugar de las psicológicas que dominaban el estudio de los movimientos sociales hasta finales de los años setenta del siglo pasado (McAdam, McCarthy y Zald, 1988). Esa obra forma parte de los cimientos del nuevo paradigma que rompió con la “ciencia normal” (Kuhn, 1982) sobre comportamiento colectivo practicada hasta entonces y que se centraba en el origen de los movimientos y en las características psicológicas de los individuos que participaban en ellos. Como el comportamiento colectivo era considerado irracional, su estudio se dejaba en manos de los psicólogos sociales que estaban mejor entrenados para comprender lo irracional (Gamson, 1975: 133) y las actividades racionales, orientadas por intereses, eran estudiadas por la Economía y la Ciencia Política. De acuerdo con McAdam y Tarrow (2013), “la figura clave cuya obra vinculó la política institucional con la política de los movimientos sociales fue, desde el principio, Charles Tilly” (posición 6383). Para Tilly, ambas formas de política, institucional y contenciosa, se co-constituyen mutuamente, no son entidades independientes, sino interdependientes.

From Mobilization... es una de las obras sobre las cuales se levantó la teoría de movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1973; McCarthy y Zald, 1977). Otra referencia que permitió romper con el paradigma dominante fue la teoría de la elección racional proveniente de la ciencia económica (Olson, 1965), que planteaba que actores racionales no contribuirían a la producción de bienes

colectivos a menos que tuvieran un incentivo diferente a la producción de ese bien. La otra idea que contribuyó a superar el paradigma anterior fue la crítica a la noción de conflicto como condición suficiente para el surgimiento de movimientos sociales (Oberschall, 1973), y la necesidad de elaborar una teoría de la movilización que diera cuenta de por qué, cuándo, en qué condiciones y cómo los individuos racionales participan en movimientos sociales y definen algún problema que los agobia en términos de agravios remediabiles mediante acción colectiva.

Así, el nuevo paradigma científico para el estudio de los movimientos sociales los entendía como conductas normales, racionales, orientadas a fines, que podían ser explicadas por factores organizacionales y sociopolíticos: los movimientos sociales están conformados por organizaciones de los movimientos sociales, las cuales mantienen relaciones de cooperación y conflicto entre ellas, así como relaciones contenciosas con oponentes y autoridades. Esos vínculos se pueden analizar como redes a través de las cuales se intercambian y movilizan recursos de toda especie (materiales, culturales, discursivos, simbólicos) con los cuales se pagan los costos de la acción colectiva y se remontan los obstáculos que enfrenta. El nuevo paradigma estaba interesado no sólo en el surgimiento sino, sobre todo, en los procesos de cambio que los movimientos sociales desatan, en sus interacciones con oponentes, aliados y otros públicos.

Sobre la base propuesta por la teoría de la movilización de recursos se elaborarían otras teorías que ponían de relieve aspectos no considerados por ella: no se olvide que la de McCarthy y Zald (1977) lleva como subtítulo “A partial theory”. Entre ellas, la teoría del proceso político (McAdam, 1982; Tarrow, 1989; Tilly, 1978), la de las oportunidades políticas (Eisinger, 1973; Tarrow, 1994) y la teoría de los marcos de análisis (Snow y Benford, 1988; Snow y Benford, 1992; Snow et al., 1986), que buscaban comprender los procesos de construcción e interpretación social de la realidad, el enmarcado estratégico (Cadena-Roa, 2002), la performatividad (Cadena-Roa y Puga, 2021) y la creación de identidades (Hunt, Benford y Snow, 1994; Melucci, 1980).

Importancia de esta antología

La extensión de su obra, así como las dificultades para conseguir, incluso en su idioma original, algunos de sus libros más citados, hace que sea muy difícil incorporar a Charles Tilly en los programas de estudio de las disciplinas que se beneficiaron con sus contribuciones. No siempre es posible asignar la lectura de un libro importante que amerite ser leído palabra por palabra y discutido desde la perspectiva de diversos proyectos de investigación en curso, en seminarios que, en alrededor de 15 semanas, deben cubrir una gran cantidad de temas y llegar al estado actual del conocimiento y la investigación. Este punto de llegada es la de mayor importancia porque proporciona a las siguientes generaciones de investigadores las plataformas de partida de sus proyectos y les da la perspectiva aventajada que ofrece montarse sobre los hombros de los gigantes que nos antecedieron y que nos permiten ver más y más allá que ellos.

Por lo anterior, la traducción de esta antología de la obra de Charles Tilly, cuidadosamente seleccionada, editada e integrada por Ernesto Castañeda y Cathy Lisa Schneider, resulta una contribución muy bienvenida para las ciencias sociales hispanohablantes. Esta antología reúne algunos de los textos más representativos de la obra de Charles Tilly sobre seis de los temas que abordó a lo largo de su fructífera vida académica y sobre los que hizo contribuciones de importancia: revoluciones y cambio social, construcción del Estado, democracia, desigualdad duradera, violencia política, migración, raza y etnicidad, narrativas y explicaciones.

Aunque las ciencias sociales se han internacionalizado cada vez más y el inglés se ha convertido en su lingua franca, la traducción de una antología como ésta facilita el acceso a la obra de algún autor destacado a más personas interesadas en los temas que estudió, incluso a estudiantes en fases tempranas de su formación, cuando puede resultar abrumador iniciarse en el análisis científico de la convivencia social y leer textos especializados en otros idiomas. Esta antología facilitará el conocimiento y discusión de la obra de Tilly, despertará interés en ella, seguramente animará a algunos a buscar los textos completos en su idioma original y ayudará a difundir el conocimiento de una obra tan

importante, influyente y abarcante.

Por eso, es de celebrar que el Consejo Editorial de Libros del iis-unam aprobara la propuesta para traducir y publicar *Collective Violence, Contentious Politics, and Social Change*, como lo ha hecho antes con otras obras clásicas, muy citadas e influyentes, pero accesibles hasta entonces sólo en su idioma original como *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión* (Moore Jr., 1989 [1978]) y *Producción de la sociedad* (Touraine, 1995 [1973]), por mencionar dos del campo de la Sociología política.

Tilly en español

A lo largo de su carrera académica Tilly publicó más de 50 libros y 700 artículos académicos (Castañeda y Schneider en este libro). Pero además, de acuerdo con la lista “representativa” de sus publicaciones, compuesta por él mismo (Tilly, 2008b), habría publicado unas 250 reseñas de libros, entre 20 y 30 comentarios, réplicas e introducciones a simposios; editó media docena de números de revistas académicas, publicó en ellas varias entrevistas y diálogos, escribió alrededor de cien prefacios e introducciones a libros, publicó más de 100 trabajos en los Working Papers of the Center for Research on Social Organization de la University of Michigan (1971-1984) y en los Working Papers of the Center for Studies of Social Change de la New School for Social Research (1985-1997), algunos de los cuales se publicaron posteriormente de alguna u otra forma. Coordinó varios libros colectivos, publicó capítulos en libros colectivos coordinados por otros colegas, varios de sus artículos fueron reimpresos en antologías y alrededor de 50 de sus artículos fueron traducidos a otros idiomas. [2]

De esa extensa obra, son contados los libros de Tilly que han sido traducidos al castellano. De sus libros individuales tenemos versiones al español de ocho de ellos (Tilly, 1991; Tilly, 1992a; Tilly, 1995b; Tilly, 2000a; Tilly, 2007a; Tilly, 2007c; Tilly, 2010a; Tilly, 2010b). De los libros que escribió en colaboración con otros autores apenas han sido traducidos cuatro, y son difíciles de conseguir (Mc-Adam, Tarrow y Tilly, 2005; Shorter y Tilly, 1986; Tilly, Tilly y Tilly, 1997; Tilly y Wood, 2010). Es fácil conseguir, en cambio, sus artículos gracias a las bibliotecas digitales que permiten su consulta en línea. Los artículos de Tilly traducidos y publicados en revistas especializadas de la academia hispanohablante suman apenas doce (Tilly, 1990b; Tilly, 1992b; Tilly, 1993a; Tilly, 1993d; Tilly, 1995c; Tilly, 1995e; Tilly, 1996; Tilly, 2004b; Tilly, 2004c; Tilly, 2005a; Tilly, 2005b; Tilly, 2006; Tilly, 2016).[3]

Vemos entonces que son relativamente pocos los libros y artículos de Tilly traducidos al español. Pero a esa limitación se agrega que algunos de ellos no fueron traducidos por especialistas y han dejado qué desear. No podemos

detenernos en este tema, lo ilustramos con un ejemplo: contentious politics se ha traducido como política de la contienda.

Los términos contention y contentious fueron usados por Tilly desde sus primeros trabajos para referirse a las acciones colectivas que afectan directamente los intereses de algún otro grupo involucrado en la acción colectiva (Tilly, 1986:381-382), son formas de interacción política que implican contención, término que, dice el Pequeño Larousse Ilustrado, viene del latín contendere: batallar, luchar, competir, rivalizar, disputar.

En ocasiones Tilly usó el término contention solo, como en “Contention over Space and Place” (Tilly, 2003b), pero como sinónimos de ese concepto empleaba acción colectiva popular (Tilly, 1985), acción colectiva rural (Tilly, 1974), conflicto de clase (Tilly y Tilly, 1981), conflicto político (Tilly, 1997a), contención popular (Tilly, 1995d), lucha popular (Tilly, 1986) o simplemente política contenciosa (Tilly y Tarrow 2007). También aplicó el adjetivo contentious a conversaciones (Tilly, 1998), reuniones de personas (Boyd, Schweitzer y Tilly, 1978), repertorios de protesta (Tilly, 1993b), espacios (Tilly, 2000b), performances (Tilly, 2008a) y movimientos sociales (Tilly, 1981). En los casos mencionados, contentious es un adjetivo que califica a variados sustantivos. En contentious politics califica a cierto tipo de política y la separa analíticamente de actividades políticas que no implican contención. Al traducir contentious politics como política de la contienda, contentious deja de ser adjetivo y se convierte en sustantivo, contienda, y se analiza la política que ocurre en ella. Lo que se pierde en la traducción es la idea de que la política contenciosa es una forma de política y que las actividades contenciosas de los movimientos sociales son una forma de hacer política.

Ciertamente, no toda relación política implica contención. Esta se presenta cuando unos grupos hacen demandas a otros que, de verse satisfechas, afectan los intereses de éstos últimos. Pero no hay discontinuidad fundamental entre movimientos sociales y política institucional. Las protestas son una opción estratégica para grupos que buscan influir en la toma de decisiones y a veces lo hacen en las calles, otras cabildeando funcionarios, negociando con partidos políticos, difundiendo por medios convencionales sus demandas, votando, entrando en relaciones clientelares.

Política contenciosa y representación

Para decirlo con palabras de McAdam, McCarthy y Zald (1988: 699), los movimientos sociales son “política por otros medios,” con frecuencia los únicos disponibles para grupos desafiantes que carecen de poder, recursos y organizaciones, si se los compara con el poder, los recursos y las organizaciones con los que cuentan los grupos e instituciones a los que desafían. Desde esa perspectiva, los movimientos sociales pueden entenderse como “series de desafíos a las autoridades establecidas, especialmente a las autoridades nacionales, en nombre de una parte no-representada de la población (constituency)” (Tilly, 1983: 466). Así, los movimientos sociales son formas de participación política que permiten la expresión pública de preferencias, intereses, valores, identidades, aspiraciones, quejas, demandas y agravios de manera semejante a cómo éstos se revelan en los procesos electorales y las encuestas de opinión (Tilly, 1983). Tienen un carácter político porque un grupo subrepresentado, que carece de influencia en la toma de decisiones vinculantes, envía mensajes que buscan introducir actores y temas en el debate público y en la agenda de la toma de decisiones. Mediante el lenguaje de las protestas, performatividad incluida, una parte de la ciudadanía se expresa de manera complementaria a la forma en que lo hace en las elecciones, en las encuestas, en el cabildeo. Lo hace mediante protestas y movimientos sociales porque “la contención popular envía mensajes políticos que otros canales no transmiten” (Tilly, 1986: 386).

Desde esa perspectiva, las protestas pueden verse no sólo como un tipo de expresión política, sino como una forma de representación política. En ocasiones, quienes participan en los movimientos sociales proceden de los grupos de la población que dicen representar (trabajadores, mujeres, vecinos y así sucesivamente). Sin embargo, “en otras ocasiones, los activistas se organizan en nombre de grupos de los que no son parte: esclavos, fetos, víctimas de guerra, animales, árboles u otros grupos ausentes” (Tilly, 2003a:247). Entonces, mediante procesos de autorización no-electorales, algunas organizaciones asumen la representación de grupos de los que son parte, actúan en su nombre y promueven sus intereses. Las organizaciones o líderes que se ostentan como

representantes de otros pueden actuar en su nombre a condición de que sean aceptados como tales por terceras partes. Al igual que los representantes autorizados mediante procedimientos electorales, los que son autorizados mediante procedimientos no-electorales quedan obligados a rendir cuentas y a sujetarse a mecanismos de control (Cadena-Roa, 2021).

En suma, la representación social y política no se produce exclusivamente en los procesos electorales y en la política legislativa. Deben considerarse representativas una amplia gama de formas de actuación e intermediación que son autorizadas mediante procesos no-electorales y electorales (Cadena-Roa and López Leyva 2019). Mediante afirmaciones de representación (representative claims) un grupo se ostenta como representante de los intereses de otros o de algo (Saward, 2006). De esta manera, la ciudadanía se expresa, se revela ante las autoridades y otros públicos mediante el lenguaje de las protestas, lo mismo que mediante el lenguaje de las elecciones y la opinión pública. Las protestas dan voz a grupos no-representados, subrepresentados o que promueven nuevos valores e identidades y que relativamente carecen de organizaciones, recursos y poder para hacerse escuchar por vías institucionales de representación, participación y deliberación políticas.

Tilly mantuvo la noción de política contenciosa desde sus primeros trabajos, pero adquirió el carácter más general a partir del artículo en el que se presentó el programa de investigación que se desarrollaría en el Mellon Seminar on Contentious Politics, publicado en *Mobilization* (McAdam, Tarrow y Tilly, 1996), una de las revistas insignia de la Sociología internacional de los movimientos sociales desde su primer número. De ese proyecto de investigación resultarían varios libros importantes e influyentes (Aminzade et al., 2001; Goldstone, 2003), pero quizá el más conocido sea *Dynamics of Contention* (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001). Estos trabajos constituyeron una invitación a dejar atrás estudios centrados en los movimientos sociales que no consideran los intercambios y formas de coevolución que se dan entre movimientos y otras partes con las que interactúan. Un avance en esa dirección se presentó en *States, Parties, and Social Movements* (Goldstone, 2003).

La dinámica de la contención apunta a identificar las transiciones de una forma de contención a otra y los procesos de cambio y adaptación con su entorno, sean oponentes, simpatizantes u otros públicos. De este planteamiento se desprende la importancia de estudiar, en sus relaciones e interacciones, los movimientos sociales y los procesos electorales, las principales formas de expresión de

conflictos políticos en las sociedades democráticas. Se necesitan más estudios acerca de la manera en que los movimientos sociales afectan las campañas políticas, los procesos electorales y sus resultados y cómo éstos, a su vez, afectan al sector de los movimientos sociales. De ahí que Mc-Adam y Tarrow (2010 y 2013) propongan la elaboración de un marco de análisis para estudiar la contención electoral (electoral contention), entendida como el conjunto de vínculos recurrentes entre elecciones y política contenciosa que moldean la dinámica de los movimientos y los resultados electorales

Hay diferentes formas de política contenciosa: movimientos sociales, revoluciones, movilizaciones étnicas, violencia política, nacionalismos, democratizaciones, conflictos laborales, ciclos de protesta. Pese a las diferencias entre ellas, comparten un conjunto de mecanismos causales por lo que no se justifica tratarlas como fenómenos diferentes que no guardan ninguna relación entre sí. Un concepto como política contenciosa permite poner en comunicación especialidades disciplinarias que se han desarrollado por separado: estudios del movimiento obrero y del movimiento feminista, estudios de movimientos sociales y de revoluciones, del movimiento estudiantil y de movimientos antidemocráticos (religiosos, conservadores, populistas, racistas, xenófobos). Desde la perspectiva de la política contenciosa, no hay una discontinuidad fundamental entre los movimientos sociales compuestos por diversos grupos sociales (pobladores, indígenas, homosexuales), ni tampoco la hay entre la política contenciosa y la política institucional. Las protestas son una opción de grupos organizados que cuentan con varias opciones estratégicas y de manera pragmática toman la que les da los resultados esperados y abandonan las que no. La comunicación entre áreas del conocimiento que se han desarrollado ignorándose mutuamente, cada una de ellas reivindicando las características distintivas de sus parcelas, permitiría la fertilización cruzada y el desarrollo teórico a partir de la identificación de los mecanismos causales que operan todas ellas, de la acumulación de conocimientos y de la comparación de metodologías y resultados de investigación.

Esta presentación se concentró en las contribuciones de Tilly al estudio de la política contenciosa, apenas uno de los temas que estudió y en los que innovó. Sin embargo, la manera en que trató otros temas, como las revoluciones, la construcción de Estados, la democracia, la desigualdad, la violencia política, las migraciones, la raza y etnicidad, es muy parecida: combinar teoría e historia, nunca trabajar una ignorando a la otra, revisar la teoría a partir de los resultados de la investigación empírica, no reconocer barreras disciplinarias para contestar

preguntas de investigación generales, pero precisas, identificar mecanismos causales que se repiten en diferentes contextos espaciales y temporales, reflexionar acerca de los problemas teóricos y metodológicos de la investigación social, histórica y comparativa: narrativas, explicaciones, mecanismos causales, análisis político-contextual.

Referencias

Aminzade, Ronald R., Jack A. Goldstone, Doug McAdam, Elizabeth J. Perry, William H. Sewell Jr., Sidney Tarrow y Charles Tilly (coords.) (2001). *Silence and Voice in the Study of Contentious Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.

Boyd, John, R.A. Schweitzer y Charles Tilly (1978). “British Contentious Gatherings of 1828”. *crso Working Paper #171*.

Cadena-Roa, Jorge (2002). “Strategic Framing, Emotions, and Superbarrio —Mexico City’s Masked Crusader”. *Mobilization* 7(2):201-216.

Cadena-Roa, Jorge (2021). “Representación”. En *Prontuario de la Democracia*, coordinado por Fernando Castaños, Silvia Inclán y Alejandro Monsiváis. México: iisunam [en línea]. Disponible en <<https://prontuario-democracia.sociales.unam.mx/representacion/>>.

Cadena-Roa, Jorge y Miguel A. López Leyva (coords.) (2019). *El malestar con la representación en México*. México: Ficticia.

Cadena-Roa, Jorge y Cristina Puga (2021). “Protest and Performativity”. En *The Oxford Handbook of Politics and Performance*, coordinado por Shirin Rai, Milija Gluhovic, Silvija Jestrovic y Michael Saward. Oxford: Oxford University Press.

Eisinger, Peter K. (1973). "The Conditions of Protest Behavior in American Cities". *American Political Science Review* 67:11-28.

Gamson, William A. (1975). *The Strategy of Social Protest*. Belmont: Wadsworth.

Goldstone, Jack A. (coord.) (2003). *States, Parties, and Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press.

Goodin, Robert E. y Charles Tilly (coords.) (2006). *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*. Oxford: Oxford University Press.

Hunt, Scott A., Robert D. Benford y David A. Snow (1994). "Identity Fields: Framing Processes and the Social Construction of Movement Identities", 184-208. En *New Social Movements. From Ideology to Identity*, coordinado por Enrique Laraña, Hank Johnston y Joseph R. Gusfield. Filadelfia: Temple University Press.

Kuhn, Thomas S. (1982). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

McAdam, Doug (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency: 1930-1970*. Chicago: University of Chicago Press.

McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (1988). "Social

Movements”, 695-737. En *Handbook of Sociology*, coordinado por Neil Smelser. Beverly Hills: Sage.

McAdam, Doug y Sidney Tarrow (2010). “Ballots and Barricades: On the Reciprocal Relationship between Elections and Social Movements”. *Perspectives on Politics* 8(2):529-42.

McAdam, Doug y Sidney Tarrow (2013). “Social Movements and Elections: Toward a Broader Understanding of the Political Context of Contention”. En *The Future of Social Movement Research*, coordinado por Jacquelin van Stekelenburg, Conny Roggeband y Bert Klandermans. Mineápolis: University of Minnesota Press (edición para Kindle).

McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (1996). “To Map Contentious Politics”. *Mobilization* 1 (1):17-34.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001). *Dynamics of Contention*. Nueva York: Cambridge University Press.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.

McCarthy, John D. y Mayer N. Zald (1973). *The Trend of Social Movements in America. Professionalism and Resource Mobilization*. Morristown: General Learning Press.

McCarthy, John D. y Mayer N. Zald (1977). "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory". *American Journal of Sociology* 82(6):1212-42.

Melucci, Alberto (1980). "The New Social Movements: A Theoretical Approach". *Social Science Information* 19(2):199-226.

Moore Jr., Barrington (1989 [1978]). *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: iis-unam.

Oberschall, Anthony (1973). *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Olson, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*. Cambridge: Harvard University Press.

Saward, Michael (2006). "The Representative Claim". *Contemporary Political Theory* 5:297-318.

Shorter, Edward y Charles Tilly (1986). *Las huelgas en Francia, 1830-1968*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Snow, David A. y Robert Benford (1988). "Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization", 197-217. En *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*, coordinado por Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow. Greenwich: jai Press.

Snow, David A. y Robert Benford (1992). "Master Frames and Cycles of Protest", 133-55. En *Frontiers in Social Movement Theory*, coordinado por Aldon D. Morris y Carol McClurg Mueller. New Haven: Yale University Press.

Snow, David A., E. Burke Rochford Jr., Steven K. Worden y Robert D. Benford (1986). "Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation". *American Sociological Review* 51 (4):464-81.

Social Science Research Council (2008). "Tributes to Charles Tilly (1929-2008)". Hirshman ganador del premio 2008 [en línea]. Disponible en <<http://essays.ssrc.org/tilly/>>.

Tarrow, Sidney (1989). *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy 1965-1975*. Oxford: Clarendon Press.

Tarrow, Sidney (1994). *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (1964). *The Vendée*. Cambridge: Harvard University Press.

Tilly, Charles (1974). "Rural Collective Action in Modern Europe". crso Working Paper #96.

Tilly, Charles (1978). *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: McGraw-Hill.

Tilly, Charles (1981). "Britain Creates the Social Movement". crso Working Paper #232.

Tilly, Charles (1983). "Speaking Your Mind Without Elections, Surveys, or Social Movements". *Public Opinion Quarterly* 47 (4):461-78.

Tilly, Charles (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Nueva York: Sage.

Tilly, Charles (1985). "Models and Realities of Popular Collective Action". *Social Research* 52(4):717-47.

Tilly, Charles (1986). *The Contentious French*. Cambridge: Harvard University Press.

Tilly, Charles (1990a). *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1992*. Cambridge: Blackwell.

Tilly, Charles (1990b). "Modelos y realidades de la acción colectiva popular". *Zona Abierta* 54-55:167-95.

Tilly, Charles (1991). *Grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial.

Tilly, Charles (1992a). *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*.

Madrid: Alianza Universidad.

Tilly, Charles (1992b). "Prisioneros del Estado". *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 133:351-64.

Tilly, Charles (1993a). "Cambio social y revolución en Europa 1492-1992". *Historia Social* 15:71-98.

Tilly, Charles (1993b). "Contentious Repertoires in Great Britain, 1758-1834". *Social Science History* 17(2):253-80.

Tilly, Charles (1993c). *European Revolutions, 1492-1992*. Oxford: Blackwell.

Tilly, Charles (1993d). "La autodeterminación como un problema para todos". *Debats* 46:119-21.

Tilly, Charles (1994). "States and Nationalism in Europe 1492-1992". *Theory and Society* 23(1):131-46.

Tilly, Charles (1995a). "Democracy is a Lake", 365-87. En *The Social Construction of Democracy, 1870-1990*, coordinado por George Reid Andrews y Herrick Chapman. Nueva York: New York University Press.

Tilly, Charles (1995b). *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Barcelona: Critica.

Tilly, Charles (1995c). “Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas”. *Sociológica* 10(28).

Tilly, Charles (1995d). *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*. Cambridge: Harvard University Press.

Tilly, Charles (1995e). “Reflexiones sobre la lucha popular en Gran Bretaña, 1758-1834”. *Política y Sociedad* 18:115-47.

Tilly, Charles (1996). “Estados y nacionalismo en Europa 1492-1992. Dos formas de intervención exterior”. *Historia Social* 24:23-35.

Tilly, Charles (1997a). “The Modernization of Political Conflict in France”, 51-108. En *Roads from Past to Future*, coordinado por Charles Tilly. Lanham: Rowman & Littlefield.

Tilly, Charles (1997b). “Parliamentarization of Popular Contention in Great Britain, 1758-1834”. *Theory and Society* 26(2/3):245-73.

Tilly, Charles (1998). “Contentious Conversation”. *Social Research* 65(3): 491-510.

Tilly, Charles (2000a). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.

Tilly, Charles (2000b). "Spaces of Contention". *Mobilization* 5:135-59.

Tilly, Charles (2002). "Historical Analysis of Political Processes", 567-88. En *Handbook of Sociological Theory*, coordinado por Jonathan H. Turner. Nueva York: Kluwer Academic-Plenum.

Tilly, Charles (2003a). "Afterword: Agendas for Students of Social Movements", 246-56. En *States, Parties, and Social Movements*, coordinado por by A. Jack Goldstone. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (2003b). "Contention over Space and Place". *Mobilization* 8: 221-26.

Tilly, Charles (2004a). *Contention and Democracy in Europe, 1650-2000*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (2004b). "¿De dónde vienen los derechos?". *Sociológica* 19(55): 273-300.

Tilly, Charles (2004c). "Organizaciones violentas". *Sociedad y Economía* 7:1-7.

Tilly, Charles (2005a). "La democratización mediante la lucha". *Sociológica* 20 (57):35-59.

Tilly, Charles (2005b). "Los movimientos sociales entran en el siglo veintiuno".

Política y Sociedad 42(2):11-35.

Tilly, Charles (2006). “Guerra y construcción del estado como crimen organizado”. *Revista Académica de Relaciones Internacionales* 5.

Tilly, Charles (2007^a). *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000*. Barcelona: Hacer.

Tilly, Charles (2007^b). *Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (2007^c). *Violencia colectiva*. Barcelona: Hacer.

Tilly, Charles (2008^a). *Contentious Performances*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (2008^b). “Representative publications” [en línea]. Disponible en <<http://essays.ssrc.org/tilly/wp-content/uploads/2008/05/bibliography-tilly-cv.pdf>>.

Tilly, Charles (2010^a). *Confianza y gobierno*. Buenos Aires: Amorrortu.

Tilly, Charles (2010^b). *Democracia*. México: Akal.

Tilly, Charles (2016). “¿Por qué leer los clásicos?”. Revista Ensamble 4-5:183-87.

Tilly, Charles y Robert E. Goodin (2006). “It Depends”, 3-32. En *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, coordinado por Robert E. Goodin y Charles Tilly. Oxford: Oxford University Press.

Tilly, Charles y Sidney Tarrow (2007). *Contentious Politics*. Boulder: Paradigm.

Tilly, Charles, Louise A. Tilly y Richard Tilly (1997). *El siglo rebelde, 1830-1930*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

Tilly, Charles y Lesley J. Wood (2009). *Social Movements, 1768-2008*, segunda edición. Boulder: Paradigm.

Tilly, Charles y Lesley J. Wood (2010). *Los movimientos sociales 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica.

Tilly, Louise A. y Charles Tilly (coords.) (1981). *Class Conflict and Collective Action*. Beverly Hills: Sage.

Touraine, Alain (1995 [1973]). *Producción de la sociedad*. México: iisunam-ifal.

[Notas]

[1] Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la

unam

. Miembro de los seminarios académicos Perspectiva democrática y Movimientos e instituciones del Instituto de Investigaciones Sociales de la

unam

.

[2] Quienes quieran saber más acerca de Charles Tilly, su vida y obra, y leer los obituarios y homenajes publicados en su memoria, pueden consultar la información que reunió el Social Science Research Council (2008). “Tributes to Charles Tilly (1929-2008). 2008 Hirshman Price Winner” [en línea]. Disponible en <<http://essays.ssrc.org/tilly/>>

[3] Puede ser que haya algún otro libro o artículo de Charles Tilly traducido al español. Aquí se mencionan los que resultaron de una búsqueda básica en Google Scholar, Redalyc, Jstor y Amazon.

Prefacio a la traducción en español

Ernesto Castañeda

[\[Regresar al índice \]](#)

Charles Tilly es un importante teórico y científico social quien tiene una larga lista de publicaciones en inglés, por lo cual es especialmente útil que este libro, originalmente escrito en inglés, y que recopila partes notables de su obra, sirva como guía a sus muchas contribuciones durante todas las etapas de su vida y sea publicado en México por la unam.

Tilly comenzó su carrera investigando la contrarrevolución francesa de 1793 en la zona de la Vendée. Sin embargo, durante el resto de su carrera mostro mucho interés, dirigió varias tesis y leyó libros de colegas sobre la historia popular, los movimientos sociales y la democratización en España, México y Latinoamérica en general.

En este prefacio hablaré de 1) algunos de los eventos del mundo hispanohablante que se mencionan en este libro, con particular atención al caso mexicano; 2) la metateoría de Tilly, en particular la relación entre la formación de Estados, los movimientos sociales y la política contenciosa y los procesos de inclusión y democratización, y 3) retos contemporáneos a la democracia a través del caso estadounidense.

Tilly y México

El libro *Stories, Identities, and Political Change* (Tilly, 2002) tiene al subcomandante Marcos del ezln en la portada y comienza el capítulo 1, citando ampliamente uno de sus comunicados. Entre otras cosas, en ese libro habla de la importancia de las historias complejas y su poder para ayudarnos a entender el mundo y crear identidad. Así, pone a México como ejemplo de un fenómeno universal. Tilly no describe los hechos históricos que discute porque asume un conocimiento general del lector, más bien los usa como ejemplos para presentar un argumento teórico más general. En el capítulo 3 de esta antología Tilly escribe sobre Emiliano Zapata y la Revolución mexicana.

El capítulo 5 habla acerca de la democratización de México, incluyendo el papel desempeñado por el ezln y de muchos otros actores colectivos, sobre todo movimientos sociales. Escribe en este texto, “Al igual que Irlanda, México se abrió paso hacia un régimen relativamente democrático a través de la lucha constante, la guerra civil ocasional y muchos retrocesos (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001: 290-302). Las movilizaciones populares desafiaron al Estado en repetidas ocasiones, aunque sólo para sucumbir ante una síntesis perversa de represión y cooptación”. De manera similar, la investigadora Dolores Trevizo (2011), inspirada en parte en Tilly, escribió un libro genial sobre la democratización mexicana.

Al discutir los asesinatos políticos de Mario Zamora Rivas, el arzobispo Oscar Romero y a muchos otros opositores de la violencia paramilitar en El Salvador de 1980, Tilly escribe aquí que los especialistas en violencia “han inclinado la balanza del poder o se han apoderado de éste” y “Centroamérica ha tenido la desgracia de tener [...] ciertos aliados externos, incluidos traficantes de drogas, de armas y el gobierno de Estados Unidos” (2001: 283), resultando en grupos armados que se enfrentan unos con otros, atormentando a los civiles.

Tilly también tenía gran interés por la historia y política contenciosa de Cataluña (tema que abordamos en un capítulo en nuestro libro *Social Movements 1768-2018*, así como el movimiento del 15 de mayo de 2011 (Tilly, Castañeda y

Wood, 2020). Las Cortes en Castilla y las Corts en Cataluña fueron un importante precedente como ejercicio de representación grupal similar al exitoso experimento del parlamento inglés. España también tuvo una interesante transición de la dictadura de Franco a la democracia, como también se discute en su trabajo.

En el capítulo 16, Tilly describe cómo la guerra entre México y Estados Unidos en torno a la secesión de Texas de México, y que resultó en la pérdida de la mitad del territorio mexicano, es uno de los últimos ejemplos significativos donde un país declara la guerra al vecino para ampliar su territorio. Este proceso perdió legitimidad con la solidificación de los Estados-Nación y la legitimación de fronteras internacionales. Irónicamente la división en Estados-Nación, vistos como naturales y homogéneos, produjo solidaridad nacional y cierto tipo de Estados de bienestar (Calhoun, 1997), pero incrementó y legitimó el nacionalismo, la xenofobia, la exclusión y criminalización de los extranjeros e inmigrantes (Castañeda 2019; Castañeda 2020a). También incrementó los genocidios y las guerras civiles entre grupos étnicos y la escala de las guerras mundiales y el costo y alcance global de los proyectos imperiales de Estados Unidos y la Unión Soviética. Esto nos lleva a la teoría sobre el nacimiento histórico del Estado-Nación y sus arreglos con ciertas poblaciones.

El estado-nación democrático como producto inesperado de la guerra territorial

La violencia colectiva ordenada por gobernadores, generales, milicias y capos sentó las bases para la unificación de territorios y personas disimiles bajo una administración centralizada y una misma bandera. En el capítulo 7, Tilly compara la actividad del crimen organizado con la formación de Estados y los acuerdos con ciudadanos de pagar impuestos y servir en el ejercito a cambio de protección de la violencia que ellos mismos generan. La guerra por territorio entre diferentes grupos y las rebeliones simultáneas llevaron a los “emprendedores de la violencia” (como los llama Tilly) a negociar con las poblaciones locales en un quid pro quo que ahora llamamos ciudadanía y lealtad. Como escribe,

Incluso la represión sangrienta de las rebeliones casi siempre involucraba negociaciones. Las autoridades castigaban de manera espectacular a algunos delincuentes y perdonaban a otros que aceptaban cumplir con las demandas del Estado. Además, la solución de una rebelión generalmente indicaba los motivos y procedimientos para una futura reconvencción legítima. La negociación al rojo vivo forjó los derechos y obligaciones de la ciudadanía.

Al leer el récord histórico, para Tilly, los derechos no se reciben, sino que se ganan. Muchos reducen a Tilly a la frase “los Estados hicieron la guerra, y la guerra hizo a los Estados”, pero la segunda parte de este argumento sería que las guerras entre naciones europeas crearon la ciudadanía y el Estado de bienestar. Es decir, la movilización económica, fiscal y militar que creó estos estados militarizados también creó rebeliones internas y descontento generalizado que devino en la ciudadanía como pago por el consentimiento a la recaudación fiscal y a la conscripción de un porcentaje de hombres jóvenes. Pero la formula actual no es: “si hay guerra, entonces hay democracia. Si así fuera, todos los Estados de

la belicosa Europa ya se habrían democratizado en los siglos xvi o xvii” (véase el capítulo 9). Tampoco estamos hablando de una evolución gradual empujada por la ilustración,

la estrategia implícita de los gobernantes era otorgar derechos nacionales al conjunto mínimo de personas que garantizarían la entrega de recursos militarmente esenciales al Estado, y colaborar con ciudadanos privilegiados para explotar y reprimir al resto. Las mujeres y los sirvientes masculinos, por ejemplo, sólo escaparon de esa colusión muy recientemente. El gobierno indirecto funcionó razonablemente bien con un pequeño número de personas que disfrutaban derechos de ciudadanía (capítulo 9).

La expansión del voto y otros derechos ciudadanos han nacido de las luchas de los grupos excluidos, incluso a través de movimientos sociales.

En otro accidente histórico, los Estados europeos conquistaron gran parte del mundo. En el capítulo 8, Tilly analiza el impacto devastador de este proceso en los Estados fuera de Europa. En las Américas, una gran parte de la civilización y organización política previa fue destruida por la conquista, las pandemias, la evangelización y la esclavitud y se crearon modelos de vasallaje más violentos que los que habían imperado en Europa. Las administraciones coloniales utilizaron los recursos de los ejércitos europeos para conquistar y reprimir a las poblaciones nacionales y extraer recursos de las Américas, Asia y África. Al no necesitar una movilización militar local continua y sin el mecanismo crucial de negociación entre gobernantes y gobernados, las instituciones europeas trasplantadas produjeron relaciones depredadoras, no arreglos democráticos fuera de Occidente. Esta no es una falta de las ex colonias, sino otro legado negativo de la experiencia colonial.

Democratización y desdemocratización

La democracia es un proceso de lucha y negociación entre grupos. El trabajo de Tilly muestra cómo las fronteras políticas y la democracia no son algo que se pueda legislar, sino que son el resultado de violencias históricas (capítulo 8). Tilly reconoció que la comprensión de la democracia y de la creación de Estados estaba indebidamente influenciada por las trayectorias particulares de Francia y Gran Bretaña, énfasis que llevó a algunos teóricos a pensar en la pereza y diferencias culturales o raciales como las causas de la más reciente democratización en el sur de Europa, América Latina, África y Asia. Tilly destacó el impacto negativo del colonialismo en la relación entre los Estados y los ciudadanos, así como el poder relativo y la autonomía del aparato represivo. Por lo tanto, no es correcto generalizar la experiencia europea histórica al estado de formación de todos los países. Sin embargo, estos casos históricos nos ayudan a entender las trayectorias nacionales y los diferentes retos contemporáneos en temas de violencia causada por el crimen organizado, la capacidad del Estado o los derechos ciudadanos.

Por ende, teóricamente, Tilly describe la democracia no como un estado sino como un proceso donde se es democrático dentro de una escala: en mis palabras, partiendo desde 0, donde un individuo tiene todo el poder, hasta 100, donde cada residente de un territorio sin importar género, raza, etnia, lugar de nacimiento o edad tiene iguales derechos y voz en cuestiones públicas. Tilly indica cuatro características sobre la “consulta” a los ciudadanos: esta debe de ser amplia, igualitaria, protegida y mutuamente obligatoria. Por eso para Tilly, los regímenes democráticos deben de tener un señalamiento indicando “under construction” (en construcción).

Las victorias de la revolución independentista de las trece colonias de 1775 y la revolución francesa de 1789 son vistas como los inicios de los regímenes liberales democráticos. Por eso algunos pensarían que Estados Unidos o Francia estarían siempre en la vanguardia de los experimentos democráticos domésticos y la expansión de derechos y protecciones a la gente que vive dentro de su territorio, pero no es así. El reto es garantizar la igualdad de facto y dar derechos

a los inmigrantes y las minorías raciales.

Algunos autores de los trabajos de la transición a la democracia parecerían indicar que una vez que la democracia llega a un país, se queda para siempre, pero tampoco es así. Francia también está viviendo un periodo de desdemocratización con la creciente exclusión de minorías, limitando sus derechos culturales y religiosos en nombre del republicanismo nacional (Castañeda, 2018; Castañeda, 2020b). Ha habido ataques a la libertad de expresión por parte del Estado para hablar de la racialización y la violencia policíaca, la violación a los derechos de asociación y de culto. Una serie de leyes y prácticas durante el gobierno de Macron han resultado en lo que Tilly llamaría desdemocratización (Kamdar, 2020).

Los regímenes democráticos son muy recientes en la historia de la humanidad (capítulo 8) y siempre han sido parciales, ya que no incluyen a todos los grupos sociales. Por ejemplo, en el sentido más amplio, Estados Unidos no fue una verdadera democracia adulta hasta que se expandió el voto a las mujeres afroamericanas. Los movimientos de los derechos civiles y Black Lives Matter demuestran que el acceso al voto en teoría no es suficiente para garantizar la igualdad de derechos y protección de la ley frente a la policía (Castañeda y Jenks, 2020). Como discutimos abajo, en Estados Unidos sucesos recientes han marcado un retroceso en la democracia.

El estado de la democracia en Estados Unidos, 2021

Tilly escribe que, como sucedió con Italia y Alemania después de la Primera Guerra Mundial, perder una guerra, enfrentar una fuerte depresión económica, depender de alguna potencia exterior y la creciente autonomía e influencia de las fuerzas militares pueden resultar en cambios de regímenes democráticos a autoritarios. Sin embargo, no es necesario para una sociedad tener la presión que tenía Alemania después de perder la Primera Guerra Mundial. Sobre todo, cuando se da una “formación de un movimiento de masas” en favor de un líder autoritario carismático. Un líder carismático, como lo definió Weber, es una persona que se presenta a sí misma como literalmente excepcional, la única capaz de solucionar todos los problemas de un colectivo (Castañeda, 2020c). No es necesario que todo el mundo crea en ellos: basta que un número suficiente grande crea en ellos y en nadie más para que aparezca un culto a la personalidad acompañado de un proyecto religioso y/o político.

En el capítulo 4, Tilly habla de cómo la gente en pobreza extrema tiene poco tiempo y ancho de banda mental para preocuparse en organizar una revuelta colectiva. Es cuando la situación económica de la gente mejora, cuando hay algo de tiempo de ocio y la ocasión para reunirse, descubrir problemas comunes y organizarse, que se produce la acción colectiva racional y estratégica con la demanda de derechos para un grupo que no los tiene. Una movilización coordinada pasa con mayor rapidez cuando se eliminan derechos o privilegios previamente gozados, lo cual atenta contra la posibilidad de alimentar a la familia y seguir con la rutina diaria. Recientemente, Greg Prieto encontró un fenómeno similar entre inmigrantes latinos en California (Prieto, 2018).

Varios autores (Hochschild, 2016, Miller-Idriss, 2020) han señalado que parte del atractivo de Trump es que refleja los miedos y percepciones equívocas (sobre todo de gente blanca con poca educación, pero cierta comodidad económica, dueños de pequeños negocios como compañías de construcción, plomería y otras actividades manuales con relativamente buenos ingresos) de que están perdiendo privilegios que merecen como ciudadanos Americanos por la supuesta ganancia y empoderamiento de gente de color.

Al perder la reelección, más que negarse abiertamente a dejar la presidencia, Trump argumentó que había ganado la elección y que había perdido por fraude. A diferencia del sistema centralizado del ife y el ine, los sistemas electorales en Estados Unidos son locales y estatales con diferentes reglas y sistemas de control y seguridad que dificultan mucho más un fraude generalizado. Sin embargo, Tilly escribe en este libro que ninguna democracia puede “sobrevivir a la generalización de una creencia (por falsa que sea) de que sus elecciones son fraudulentas y sus funcionarios impotentes. Las verdaderas preguntas son: 1) ¿cómo se forman, crecen o disminuyen tales creencias y sus antítesis que sostienen la democracia?; 2) exactamente ¿qué relación tienen con la operación del sistema político, habitual o no?” (Cap. 4). Así que muchos años antes de la carrera política de Trump, Tilly nos recordaba que la democracia es en parte una idea, una narrativa sobre qué es el gobierno y a quién sirve.

El ascenso político de Trump no estuvo basado en una gran movilización de base (grassroots) o un movimiento social propiamente dicho, como lo fue en gran parte el apoyo a Bernie Sanders en las primarias de 2016. Sin embargo, una vez viable como candidato, Trump uso sus mítines (rallies) y los medios para generar no sólo seguidores políticos sino fanáticos, como lo hace una celebridad. Como un cantante o banda, Trump uso sus mítines como un tour para cementar un grupo de seguidores y conseguir nuevos adeptos, convertidos en fieles después de haberlo visto y escuchado en persona y experimentado una efervescencia colectiva con otros, al sentirse parte de una comunidad. Como las celebridades de los programas de reality o Instagram, Trump era famoso por ser famoso, y algunos simpatizaban con él sólo por eso. Otros lo veían como antisistema por no ser un político de carrera, por hacer las cosas de manera diferente y por hablar sin filtros. Además, Trump se presentó como el único que podría solucionar los problemas de Estados Unidos defendiéndolo de la fuga de trabajos a China y la competencia desleal, así como la supuesta invasión de los inmigrantes, y luego, en su campaña de reelección, los activistas de Black Lives Matter. Estas recetas tienen en común la xenofobia y la celebración de la “blanquitud”, incluso por algunos de orígenes no Europeos (Beltrán, 2021). En su campaña del 2016, Trump identificó a China y México y a sus nacionales como culpables de la desindustrialización y creciente desigualdad en Estados Unidos que afecta a la clase trabajadora, sin identificar que eran las políticas neoliberales y no la migración la causa de estos efectos negativos de la globalización económica (Castañeda y Shemesh 2020).

Trump con trabajo ganó las elecciones a través del secuestro del Partido

Republicano y la mayoría de sus votantes al adaptar las políticas y prioridades de evangélicos conservadores, nacionalistas cristianos, nacionalistas blancos y su base de fans. Al llegar a la presidencia, siguió usando Twitter, los medios de comunicación tradicionales y sus mítines para seguir adquiriendo adeptos, algunos de los cuales estaban dispuestos a seguirlo ciegamente y creer en él y el grupo de conversos de manera dogmática. Desde su punto de vista, toda crítica era errónea, una difamación ocasionada por la manipulación de los medios corporativos y grupos de extrema izquierda. Ningún dato o argumento basta para cambiar la opinión de la gente que cree en las teorías de la conspiración difundidas por Trump y sus seguidores; así, el creciente partidismo y la manipulación de los datos por parte de los Republicanos y el Tea Party llegaron a su conclusión lógica con las conspiraciones exageradas de Q-Anon. El apoyo a milicias antiinmigrantes, como los Minutemen en la frontera (Castañeda, 2019), devino en nacionalistas blancos vestidos de traje, intentando plantear argumentos pseudoacadémicos, y en grupos armados como los Proud Boys y los 3 Percenters, entre muchos otros grupos extremistas (Miller-Idriss, 2020).

La parafernalia de Trump devino cada vez más conspicua. Los Republicanos hicieron uso de la bandera estadounidense y el grito “¡U.S.A., U.S.A., U.S.A.!” como canto nacionalista, sobre todo después de los ataques del 11 de septiembre; Trump añadió la gorra roja con la frase “Make America Great Again”. Pero para la campaña del 2020, había playeras, chamarras, gorros de invierno y hasta banderas gigantes con el nombre de Trump en la parte trasera de las camionetas, lo cual recordó a varios observadores las banderas de isis.

Todo esto derivó en el 6 de enero de 2021, cuando los seguidores más fieles y radicales de Trump llegaron de varias partes del país para participar en su mitin “Stop the Steal” frente a la Casa Blanca, pidiéndoles personalmente que juntos pusieran un alto a la ratificación de la victoria de Joseph R. Biden en las elecciones del colegio electoral de 2020. En ese evento se ve a los miembros de su grupo de choque personal vestidos como paramilitares o con parafernalia de Trump, su versión light de las históricas camisas negras italianas, o las camisas rojas de los supremacistas blancos del sur de Estados Unidos.

Tilly define a un movimiento social como un grupo con una agenda política que utiliza diversos métodos originales y culturalmente identificables, llevados a cabo en público, donde el Estado es el objeto de las demandas. Tilly también escribe la importancia que los movimientos tienen en mostrar Valía, Unidad, Número y Compromiso [vunc o WUNC por sus siglas en inglés]. La marcha y el

ataque al capitolio demuestran este vunc, es decir, un gran número de seguidores con la idea de ser dueños del país estaban dispuestos a usar la violencia, ser detenidos o incluso morir para retener a Trump en el poder.

Por más lamentables que hayan sido, los acontecimientos del 6 de enero no fueron espontáneos o irracionales; todo lo contrario, fueron racionales, planeados y actos políticos en sí. Para Tilly, la política se vive más allá del mitin o el voto: entendía la política popular en un sentido amplio que llamaba “política contenciosa”, que incluye no sólo cuestiones electorales, sino también marchas, movimientos sociales, desobediencia civil, resistencia y el uso de la violencia colectiva con fines políticos. Estos procesos van más allá de etiquetas o agendas policíacas; los movimientos sociales pueden ser conservadores o incluso fascistas.

En mi opinión, lo que vivió Estados Unidos el 6 de enero fue un intento de autogolpe. Un golpe no con una participación activa de las fuerzas armadas, sino realizado por una fuerza “popular”; no la mayoría del pueblo o de las clases medias o bajas sino por medio de un grupo numeroso pero minoritario de fans, civiles, miembros de la política, bomberos y un ejército a título personal, veteranos, miembros de milicias activas, novatos y personas que Tilly llama profesionales de la violencia. Por eso la etiqueta de emprendedor político y emprendedor de la violencia, gente que crea divisiones y llamados a la violencia contra minorías estigmatizadas, a fin de obtener poder y una ganancia personal, le queda bien a Trump.

La policía y el ejército no participaron de forma activa en el ataque, y la policía del Congreso salvó a todos los congresistas y su personal, evacuándolos a tiempo. Pero hay amplia evidencia de que varias agencias, incluida la guardia nacional, no recibieron autorización para defender el edificio cuando se preparaba el anunciado evento, tampoco cuando comenzó el ataque a policías que vigilaban las entradas. Un artículo del Washington Post documentó 17 solicitudes de ayuda en 78 minutos que no fueron contestados y de refuerzos que no llegaron en números adecuados hasta después (Bennett et al., 2021). En algún momento, los actores de altos niveles del gobierno autorizaron retomar el edificio, lo cual fue hecho de manera pacífica, y al final, Trump sacó un comunicado pidiendo a sus seguidores que fueran a casa.

De manera que, al parecer, siendo el presidente en turno, Trump, junto con sus más cercanos consejeros, planearon un golpe sin usar a las fuerzas armadas o las

herramientas del Estado. Esto pudo haber sido influenciado por el desprecio que los Republicanos, los libertarios y los empresarios tienen por el gobierno federal, aunado a su gran ego que creía que el reclamo popular serviría para incrementar su popularidad y legitimidad populista aún más si eran los ciudadanos, y no los generales, quienes lo mantenían en el poder. Así, no fue un intento de golpe de Estado, sino que se acercó más a un intento de revolución popular, de elección por aclamación popular. Este fue su cálculo equivocado, basado en su vanidad y la confianza en sí mismo que no conoce límites, que fue lo que lo llevó a la Casa Blanca.

De cualquier manera, como se demostró el 6 de enero, Estados Unidos estuvo a un paso de dejar de ser una república democrática para convertirse en un régimen autoritario con un líder carismático a cargo de gobernar de por vida. La política contenciosa y la historia no hubieran terminado ahí, pero sí la transición del poder por medios pacíficos, siguiendo el arcaico sistema del colegio electoral.

La democracia sobrevivió cuando Biden fue nombrado presidente, pero eso no significa que el país no sufra de erosión democrática. Muchos proyectos de ley en el plano estatal están quitando la capacidad de votar de los afroamericanos y otras minorías; otros proyectos de ley están atacando a la población transexual; millones de inmigrantes aun no tienen ciudadanía o derechos. Por ende, de acuerdo con la definición práctica de la democracia que propone Tilly, la democracia estadounidense aún está en construcción.

Agradecimientos

Agradecemos la invitación de los doctores Jorge Cadena-Roa y Miguel Armando López Leyva a trabajar en esta traducción. Al trabajo del traductor Juan Carlos Tarriba Enciso, a la revisión de Lili Buj Niles, al personal del Instituto de Investigaciones Sociales de la unam. Ana Novillo, Ernesto Castañeda Merino y Ma. Elena Tinoco Rubí realizaron la corrección técnica.

Referencias

Beltrán, Cristina (2021). “To Understand Trump’s Support, We Must Think in Terms of Multiracial Whiteness”. En Washington Post. Washington, DC. 5 de enero de 2021.

Bennett, Dalton, Shawn Boburg, Sarah Cahlan, Peter Hermann, Meg Kelly, Joyce Sohyun Lee, Elyse Samuels y Brian Monroe (2021), “17 Requests for Backup in 78 Minutes”. Washington Post [en línea]. Disponible en <<https://www.washingtonpost.com/investigations/interactive/2021/dc-police-records-capitol-riot/>>. (Consultado el 20 de abril de 2021).

Calhoun, Craig J. (1997). Nationalism. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Castañeda, Ernesto (2018). A Place to Call Home: Immigrant Exclusion and Urban Belonging in New York, Paris, and Barcelona. Stanford: Stanford University Press.

Castañeda, Ernesto (2019). Building Walls: Excluding Latin People in the United States. Lanham: Lexington.

Castañeda, Ernesto (2020a). “Introduction to ‘Reshaping the World: Rethinking Borders’”. Social Sciences 9 (11): 214.

Castañeda, Ernesto (2020b). “Urban Contexts and Immigrant Organizations: Differences in New York, El Paso, Paris, and Barcelona”. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science* 690 (1): 117-135. doi: 10.1177/0002716220938043.

Castañeda, Ernesto (2020c), “Threats to American Democracy”. Medium [en línea]. Disponible en <<https://ernestoc.medium.com/threats-to-american-democracy-1b5460483303?sk=le356592c448a6081af4936eada17b09>>. (Consultado el 20 de abril de 2021).

Castañeda, Ernesto y Daniel Jenks (2020), “What Could a Biden Presidency Mean for Immigrants?”. Medium [en línea]. Disponible en <<https://ernestoc.medium.com/how-to-understand-protest-2ce1ff3b84ba>>. (Consultado el 20 de abril de 2021).

Castañeda, Ernesto y Amber Shemesh (2020), “Overselling Globalization: The Misleading Conflation of Economic Globalization and Immigration, and the Subsequent Backlash”. *Social Sciences* 9 (5): 61.

Hochschild, Arlie R. (2016). *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. Nueva York: New Press.

Kamdar, Mira (2020). “France Is About to Become Less Free”. *The Atlantic*, 24 de noviembre de 2020.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001). “Dynamics of

contention”. Cambridge: Cambridge University Press [en línea]. Disponible en <<http://www.columbia.edu/cgi-bin/cul/resolve?clio5393600>>.

Miller-Idriss, Cynthia (2020). *Hate in the Homeland: The New Global Far Right*. Princeton: Princeton University Press.

Prieto, Greg (2018). *Immigrants under Threat: Risk and Resistance in Deportation Nation*. Nueva York: New York University Press.

Tilly, Charles (2002). *Stories, Identities, and Political Change*. Lanham: Rowman & Littlefield.

Tilly, Charles, Ernesto Castañeda y Lesley J. Wood (2020). *Social Movements, 1768-2018*. Nueva York: Routledge.

Trevizo, Dolores (2011). *Rural Protest and the Making of Democracy in Mexico, 1968-2000*. University Park: Pennsylvania State University Press.

Introducción

[\[Regresar al índice \]](#)

Charles Tilly (1929–2008) es uno de los científicos sociales estadounidenses contemporáneos más influyentes. Desempeñó un papel decisivo en la creación de los subcampos de la Sociología histórica, la historia de las ciencias sociales, los movimientos sociales y la política contenciosa. Tuvo una prolífica carrera, durante la cual publicó más de 51 libros y 700 artículos académicos. Ha tenido una profunda influencia en diversos sociólogos, politólogos, historiadores, responsables de políticas públicas y el público en general, a través de sus innovaciones metodológicas y teóricas y de la formación de generaciones de académicos.

Charles H. Tilly nació el 27 de mayo de 1929 en Lombard, Illinois, un suburbio de Chicago. Creció en una familia de clase trabajadora; su abuelo paterno era un inmigrante alemán y su madre de Gales. Obtuvo su educación con la ayuda de becas y varios trabajos, entre los que se contaban, como se señala en su currículum: vendedor de periódicos, empleado de supermercado, empleado de oficina, mano de obra en fábricas, trabajador de la construcción, conserje, vigilante nocturno, consejero de campamento e investigador psiquiátrico-hospitalario. Los humildes antecedentes de Tilly influyeron en su perspectiva analítica. No le gustaban los relatos históricos enfocados en reyes, grandes hombres y élites, y argumentaba que el cambio social era una consecuencia inadvertida de enfrentamientos perennes entre personas comunes, grupos armados y regímenes políticos.

Tilly se graduó magna cum laude de la Universidad de Harvard en 1950. Sirvió en la Marina de Estados Unidos durante la Guerra de Corea. Luego realizó estudios de posgrado en Oxford y en la Universidad Católica de Angers, Francia. Obtuvo su doctorado en 1958 en el Departamento de Relaciones Sociales de Harvard, fundado y presidido por Talcott Parsons (1902-1979). El plan de estudios del departamento ofrecía una combinación de Sociología, Antropología

y Psicología sociales. En ese momento, el Departamento de Relaciones Sociales y el campo internacional de la Sociología estaban dominados en gran medida por el marco teórico de Parsons llamado “funcionalismo estructural”. Sin embargo, Tilly era muy crítico de las explicaciones sistémicas casi tautológicas del funcionalismo.

Sus codirectores de tesis fueron George Homans y Barrington Moore. George C. Homans (1910–1989), psicólogo social y sociólogo conductual que también daba clases de historia medieval, y es conocido por libros como *El grupo humano* (1950). Barrington Moore Jr. (1913–2005) fue sociólogo político y uno de los primeros maestros del análisis comparativo-histórico, mejor conocido por su libro *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno* (1966). Proveniente de un entorno de clase trabajadora, Tilly a menudo se sentía impresionado por los antecedentes privilegiados de Homans y Moore y sus estilos de vida casi aristocráticos (Tilly, 2006a). Tilly se identificó más con Pitirim A. Sorokin (1889-1968), un emigrado ruso que presencié de primera mano la revolución de 1917 y fue secretario del primer ministro ruso Alexander Kerensky. Sorokin fue exiliado por el régimen y emigró a Estados Unidos; fundó el Departamento de Sociología de Harvard en 1930 y fue un ardiente crítico del funcionalismo estructural parsoniano. Tilly con frecuencia trabajó como asistente de Sorokin, quien tuvo una gran influencia sobre él y lo alentó a desarrollar su interés en combinar la Sociología y la Historia para el estudio sistemático de las revoluciones y el cambio social. Tilly se refería a Sorokin como “su gran maestro” (Tilly, 2008a: 19).

Tilly fue profesor en las universidades de Delaware, Harvard, Toronto, Michigan, The New School y Columbia. Mientras estaba en la Universidad de Delaware, condujo encuestas sobre poblaciones de inmigrantes locales y realizó trabajos sobre problemas empíricos relacionados con la Sociología urbana para agencias gubernamentales de Delaware. También escribió *La Vendée* (1964), sobre la sangrienta y fallida contrarrevolución en Francia. Tilly regresó a Harvard antes de mudarse a la Universidad de Toronto, donde obtuvo la definitividad (titularidad o tenure). En 1969 se mudó a la Universidad de Michigan, donde fue pionero en la creación de “catálogos de acontecimientos”. Este enfoque cuantitativo de dichos eventos consiste en codificar y construir bases de datos acerca de acciones colectivas registradas a lo largo del tiempo. La información contenida en estos catálogos podría incluir el número de personas que participan en las protestas, las demandas exigidas, el tipo de protestas y las

respuestas de la policía y las autoridades locales. En 1984, Tilly fundó el Centro para el Estudio del Cambio Social en la Nueva Escuela de Investigación Social de Nueva York. Ira Katznelson, Eric Hobsbawm, Perry Anderson, Louise Tilly, Vera y Aristide Zolberg, Richard Bense, Talal Asad y Janet Abu-Lughod estuvieron entre las luminarias que, junto con Tilly, hicieron de la New School uno de los centros de investigación crítica más emocionantes del mundo (Mische, 2011).

En 1996, cuando Tilly se mudó a la Universidad de Columbia, se le asignó la cátedra Joseph L. Buttenwiese de Ciencias Sociales, donde pasó sus últimos 12 años y dirigió más de 50 tesis doctorales. Cientos de aquellos a quienes enseñó o de quienes fue mentor durante cinco décadas recuerdan su amabilidad y generosidad. Sus seminarios sobre Política Contenciosa en Nueva York estaban abiertos a la comunidad académica en general. Tilly logró reunir una verdadera comunidad de estudiosos a los que dedicó mucho tiempo. Desarrolló una comunidad académica en línea que continúa permitiendo a investigadores de todo el mundo compartir hallazgos y análisis de acontecimientos en curso y movimientos sociales.

En el interés de la historia social, cabe mencionar que Tilly, con su esposa y más tarde colega, Louise Tilly, tuvo cuatro hijos: Chris (economista y profesor), Kit (investigador de microbiología), Laura (abogada) y Sarah (psicóloga). Los jóvenes Tilly señalan que Charles pasaba mucho tiempo en la oficina, pero que cocinaba una quiche Lorraine deliciosa, tenía un tremendo remate en voleibol y organizaba frecuentes excursiones familiares.

Durante el transcurso de su carrera académica fue profesor visitante en las universidades francesas más prestigiosas, incluidas la Sorbona, la Escuela de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales (École des Hautes Études en Sciences Sociales), el Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences-Po), y el prestigioso Collège de France; así como otras instituciones europeas. Recibió ocho doctorados honorarios de universidades de todo el mundo y fue miembro de la National Academy of Sciences, la American Academy of Arts and Sciences, la American Philosophical Society, la Sociological Research Association y la Ordre des Palmes Académiques. Sus numerosos premios incluyen el Premio Hirschman del Social Science Research Council y el Career of Distinguished Scholarship Award de la American Sociological Association.

Tilly: un teórico y metodólogo creativo

Mientras que el Tilly de los últimos años era extremadamente erudito y uno de los estudiosos más influyentes del mundo, el de los primeros años como investigador fue en parte autodidacta. Sin ninguna formación en investigación de archivos históricos (Merriman, 2008), se sumergió en los archivos de una provincia francesa, con el fin de recopilar datos para su tesis de doctorado y pudo reunir la Historia y la Sociología en su innovador primer libro *La Vendée* (1964). De la misma forma, posteriormente desarrollaría métodos, modelos y teorías originales para responder importantes preguntas e interrogantes empíricos. Su enfoque novedoso lo llevó a hacer contribuciones originales a la Sociología urbana, la Demografía, la inmigración, la política, la desigualdad y los estudios fiscales, culturales y militares.

La principal afiliación profesional de Tilly era la Sociología, pero incorporó la Historia y la Política en su trabajo, con lo cual tuvo un impacto significativo en las corrientes de la Historia contemporánea, la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales. Al igual que otros científicos sociales de este periodo, como E. P. Thompson, Fernand Braudel y Eric Hobsbawm, Tilly fue crítico con la Historia descendente o verticalista (top-down). En un artículo que discutía el trabajo del sociólogo Paul Lazarsfeld y el incipiente campo de la investigación de la opinión pública, Tilly trató de entender ¿cómo podemos saber qué era importante para la gente común y quién no escribía diarios antes del siglo xx, “en ausencia de elecciones, encuestas y movimientos sociales?”. Tilly argumentaba que las actuaciones contenciosas de la acción colectiva popular “dieron a la gente común amplios medios para expresar sus opiniones”, y que los registros de protestas públicas “brindan valiosa información sobre los intereses, quejas y aspiraciones de nuestros predecesores en este mundo. Incluso hoy podemos considerar de manera razonable que el lenguaje de la acción colectiva popular es un complemento del conocimiento que nos ofrecen las elecciones y las encuestas” (Tilly, 1983: 477). Su innovadora técnica de recopilación de datos del catálogo de acontecimientos permitió hacer comparaciones en el tiempo y el espacio entre fenómenos como revoluciones, movimientos sociales, huelgas, protestas, revueltas o guerras civiles (Tilly, 2008a). A partir de estas

comparaciones, observó cómo, dados los arreglos estructurales cambiantes, los viejos repertorios de acción colectiva se transformaron en nuevos.

Por qué el repertorio predominante de acción colectiva popular pasó de uno relativamente provincial y clientelista a uno relativamente nacional y autónomo es, en principio, fácil de afirmar y difícil de mostrar en la práctica. En principio, el cambio se produjo porque los intereses y la organización de la gente común se alejaron de las cuestiones locales y patrones poderosos para concentrarse en los asuntos nacionales y las principales concentraciones de poder y capital. A medida que avanzaba el capitalismo y los Estados nacionales se volvían más poderosos y centralizados, las cuestiones locales y los patrones cercanos eran menos importantes para los destinos de la gente común. Los dueños del gran capital y del poder nacional eran quienes con mayor frecuencia tomaban las decisiones que los afectaban. Como resultado, las incautaciones de grano, las invasiones colectivas de los campos y acciones similares se volvieron ineficaces, irrelevantes y obsoletas. En respuesta a los cambios en el poder y el capital, la gente común inventó y adoptó nuevas formas de acción, con lo que crearon la campaña electoral, la reunión pública, el movimiento social y otros elementos del repertorio más novedoso. Aunque el viraje en los repertorios siguió la lógica del cambio en el poder y el capital, cada forma y cada actor tenían una historia particular. Por ejemplo, la manifestación que conocemos, en Gran Bretaña apareció como una serie de modificaciones en el envío de delegados, el desfile de los días de fiesta y en otras formas más antiguas. Además, fue producto de 40 años de confrontación entre activistas radicales y autoridades. La huelga empresa por empresa adquirió sus características distintivas en luchas concretas entre patrones y trabajadores, mientras el capital se concentraba en una localidad tras otra. Debido a que las historias particulares son bastante diferentes, los procesos comunes que formaron la manifestación y la huelga sólo aparecen en perspectiva, a distancia. Sin embargo, caso tras caso, está claro que los procesos comunes implicaban concentración: concentración de capital, concentración de poder político (Tilly, 1983: 467-468).

Así, a medida que la arena nacional afectaba cada vez más las condiciones económicas y las relaciones de poder en las ciudades y localidades, aparecieron las campañas electorales nacionales y los movimientos sociales.

Aunque influye en la Sociología histórica, Tilly es citado con menos frecuencia en los subcampos de migración, desigualdad y Sociología urbana, no por falta de calidad, sino en parte porque se le asocia principalmente con el estudio de las revoluciones, los movimientos sociales y la política contenciosa. Las contribuciones de Charles Tilly a la Sociología histórica, la formación del Estado, y especialmente los movimientos sociales y la política contenciosa están entre las más conocidas porque, en gran parte, estos campos se formaron en torno al trabajo de Tilly. En términos de metodología, siguió a Barrington Moore y otros para impulsar el método comparativo histórico en un número limitado de casos y el uso de catálogos de eventos (Tilly, 2008a). Su trabajo se basó en problemas y teorías. Evitó explicaciones puramente escolásticas o técnicas, prefiriendo lo que llamó “relatos superiores” (Tilly, 2006b) acompañados de viñetas, cuadros, diagramas y cuadros de dos por dos contextualizadas. Como dijo Craig Calhoun al presentar el premio Hirschman a Tilly:

[Charles Tilly y Albert Hirschman] escribieron libros claros que hacían que los análisis complicados y matizados parecieran casi obvios, pero sólo después de sus formulaciones lúcidas. Ambos combinaron la pasión por las ciencias sociales con el empeño de impedir que se convirtieran en propiedad de agendas disciplinarias estrechas o debates académicos internos que no tomaban en cuenta los grandes problemas del mundo en general (Calhoun, 2008).

Tilly siempre fue un empirista que confiaba en gran medida en registros históricos, fuentes primarias y secundarias. Sin embargo, sus contribuciones teóricas son de tal amplitud, profundidad y alcance que a menudo se le considera entre los teóricos sociales contemporáneos más importantes (Ashforth, 2009; Demetriou, 2012; Goldstone, 2010; Krinsky y Mische, 2013). Sus teorías eran elegantes y parsimoniosas (Brubaker, 2010) y, a menudo, se podían resumir en cuadros y gráficas de dos por dos. Si partimos del concepto de catnets (redes categóricas) de Harrison White (2009 [1965]), Tilly abogó por una Sociología relacional que destacara las relaciones sociales como el meollo de la vida social; muchos otros han utilizado con éxito este enfoque (Diani, 2007; Emirbayer, 1997; Mische, 2011; Tilly, 2002: 72; Zelizer, 2012). Estos intereses empíricos y teóricos permanecieron constantes a lo largo de su carrera académica (Krinsky y Mische, 2013).

Tilly fue pionero en el uso de un enfoque relacional para el estudio de los Estados nacionales, enfoque centrado en las interacciones contenciosas entre Estados, sujetos y ciudadanos. Al analizar la violencia colectiva mantuvo cierta distancia. Era posible usar la violencia estatal para propósitos regresivos y extractivos, pero las rebeliones y los enfrentamientos violentos podían producir Estados más representativos o sociedades equitativas. Tilly nos hace la advertencia de no vincular juicios morales a priori con un análisis de acontecimientos históricos o contemporáneos. En lugar de considerar la violencia por parte del Estado como legítima y justificada (y la de los actores no estatales como ilegítima y peligrosa) Tilly examinó empíricamente las luchas reales por el poder y los recursos en coyunturas históricas. La violencia legítima e ilegítima, señala, a menudo son idénticas, y el ganador obtiene la legitimidad oficial hasta después de los hechos.

Contribuciones e implicaciones

Equiparar a Tilly con sólo uno de sus artículos o libros sería miope. En vez de esperar hasta que un texto alcanzara la “perfección”, Tilly estaba dispuesto a publicar y que se demostrara que estaba equivocado o sólo parcialmente correcto. El objetivo de cada trabajo era corregir errores que él consideraba haber cometido en el trabajo anterior y tenía una gran pasión por llegar a conclusiones válidas, lo cual se ejemplifica en su primer libro *La Vendée* (1964), donde refutó su propia tesis doctoral.

Aunque el tamaño de la obra de Tilly y su trabajo en una amplia variedad de campos académicos dificultan una compilación exhaustiva, su investigación en cierta área contribuyó y reforzó su pensamiento en otras áreas. En este libro incluimos lo que consideramos parte del trabajo más seminal de Tilly en seis áreas: revoluciones y cambio social; formación del Estado; democratización; desigualdad persistente; violencia colectiva; migración raza y etnicidad, y narrativas y explicaciones. Hemos seleccionado fragmentos clave del trabajo de Tilly para resaltar algunos de los principales temas, teorías y métodos con los que contribuyó a las ciencias sociales, pero definitivamente este texto no es exhaustivo. A continuación, presentamos un breve resumen de las secciones incluidas en esta primera edición.

Parte I. Revoluciones y cambio social

Tilly comenzó su carrera en la década de 1960, con la atención puesta no en los héroes revolucionarios de 1789, sino en los contrarrevolucionarios armados de la región más bien rural de la Vendée en Francia. Tilly quería saber por qué esta región se había alzado contra la República. Mientras la tesis de doctorado de Tilly atribuía la contrarrevolución en parte a la naturaleza “atrasada” de los campesinos, en *La Vendée* analiza el cambio social a gran escala desde la perspectiva de los actores locales de la Francia provincial. En este trabajo destacó el impacto de la urbanización en el cambio de las relaciones económicas, y cómo preparó el escenario para el conflicto armado. El capítulo 1 está tomado de *La Vendée*,

[...] un libro que retrata una coalición de campesinos, artesanos rurales, sacerdotes y nobles que se alinearon de diferentes maneras [...] contra una burguesía que había ganado fuerza económica durante el siglo

xviii

, y que rápidamente tomó el control del aparato local y regional durante los primeros años de la Revolución. Como en otros lugares de Francia, los burgueses que llegaron al poder en la Vendée recibieron un gran apoyo de sus compañeros burgueses del gobierno nacional. A diferencia de sus contrapartes en casi todas las otras regiones, carecían de aliados y bases de poder en el campo para aplastar a sus enemigos, neutralizar a los desfavorecidos y generar un apoyo activo entre el resto de la población. Por qué y cómo sucedió esto son los problemas centrales del libro (Prefacio a la edición de bolsillo de Harvard, 1976).

Tilly rechazó las explicaciones que “refundían un conjunto normalizado de motivos en los cerebros de los campesinos”, y que explicaban las revueltas

campesinas como algo impulsado por la ignorancia, el fanatismo o la lealtad acrítica al rey. También desafió las teorías dominantes concentradas en la anomia, la frustración y los individuos carentes de restricciones sociales, como argumentaban Samuel Huntington (1968), Ted Gurr (1970) y James Davies (1974). En cambio, al catalogar sus reclamos más frecuentes, Tilly descubrió que las revueltas campesinas habían sido impulsadas por la ira a causa de los impuestos y la conscripción militar. Tilly se basaría en esta perspectiva a lo largo de su carrera. William H. Sewell Jr. Considera La Vendée como “el modelo” para producir la historia social,

Tenemos aquí un trabajo de Sociología histórica que incorporó el razonamiento teórico serio y el uso de métodos cuantitativos, pero que también fue reconocido como un estudio completamente histórico. Abordó un problema importante de interpretación histórica, contenía una investigación de archivo espléndidamente detallada sobre la gente común y contaba una buena historia, todo desde un punto de vista claramente sociológico [...] proporcionó un modelo brillante del tipo de investigación sociohistórica local detallada que yo tenía en mente. Apareció en medio de una avalancha de libros que también sirvieron para inspirar mi investigación. El libro de E. P. Thompson *The Making of the English Working Class* apareció en 1963. *Pobreza y progreso* de Stephan Thernstrom (un trabajo fenomenalmente influyente en su día) y *Laboring Men* de E. J. Hobsbawm se publicaron en 1964, el mismo año que *La Vendée*. Estos fueron años de gloria en el surgimiento de la historia social. Pero fue *La Vendée* el que escogí como modelo (Sewell, 2010).

En el capítulo 2, “Huelgas en Francia 1830-1968”, Tilly y Edward Shorter proporcionan más evidencia para contrarrestar las teorías de “desintegración” de la movilización social. A través de catálogos de acontecimientos, mapas y estadísticas señalan que las huelgas no ocurrieron donde los trabajadores experimentaron dislocación y precariedad, sino más bien en aquellos sitios donde estaban bien organizados, donde se habían creado organizaciones de trabajadores durante oleadas anteriores de acción colectiva. De hecho, las huelgas siguieron un patrón geográfico predecible: surgieron donde existían organizaciones anteriores y se habían librado luchas laborales anteriores. Las teorías dominantes centradas en la frustración individual, la privación relativa o

el aumento de las expectativas no podían explicar los mecanismos que provocaron que miles de personas marcharan en la misma calle, al mismo tiempo, para protestar por la misma causa. Tilly y Shorter concluyeron que las redes de organización y la comunicación eran esenciales incluso para las movilizaciones más pequeñas.

En el capítulo 3, “¿La modernización genera revolución?”, Tilly rechaza el argumento de Huntington de que la brecha entre el cambio socioeconómico rápido (modernización) y el cambio político obstaculizado produce pretorianismo y revolución. Tilly señala que el Estado es el perpetrador más común de la violencia y que la mayoría de las revoluciones ocurren cuando los grupos excluidos o que pierden terreno se organizan políticamente como contrincantes. Las revoluciones son el resultado del choque entre los Estados, la defensa de las relaciones de poder existentes y los aspirantes que organizan Estados y acuerdos de poder alternativos. Después del cambio de régimen, antes de que el nuevo Estado pueda institucionalizar el poder y construir un aparato coercitivo efectivo, los grupos criminales y los desplazados políticamente pueden amenazar tanto al nuevo Estado como a la ciudadanía relativamente impotente con acciones cada vez más violentas.

En el capítulo 4, tomado de su libro ampliamente citado *From Mobilization to Revolution*, Tilly analiza una gama más amplia de movimientos sociales y revoluciones, y nuevamente muestra que los movimientos no estallan cuando hay un colapso en el orden establecido, sino más bien cuando hay nuevas redes, organizaciones y se establecen nuevos Estados. Con base en su trabajo empírico en Francia y Gran Bretaña, Tilly presenta un marco teórico completamente desarrollado para entender la protesta y la revolución en general como racionales y políticas. El “modelo de comunidad política” de Tilly es el primero en concebir la protesta como una forma de reclamo político moldeado por las interacciones entre el gobierno, los aspirantes organizados, otros miembros de la política y las coaliciones forjadas durante las luchas. Con este trabajo, Tilly revolucionó la teoría del movimiento social, la cual se convertiría en un ímpetu crítico para la creación de los estudios de movimiento social como campo de aprendizaje.

Una de las ventajas del modelo de Tilly es que, en contraste con la literatura de la época, no presuponía una sociedad con fronteras geográficas nacionales completamente formadas; por lo tanto, es menos propenso al nacionalismo metodológico, y más históricamente preciso, ya que no comienza con las fronteras políticas actuales. Este libro teórico frecuentemente citado destaca la

incapacidad de las teorías existentes para explicar la movilización a través de diversos contextos geográficos e históricos. Al desarrollar un modelo de movilización de recursos, Tilly argumenta que la movilización exitosa dependía de los recursos disponibles (tierra, trabajo, capital) y la creación de organizaciones de movimientos sociales (smo por sus siglas en inglés). El modelo combina un enfoque estructural neo marxista con elementos de la teoría de juegos, la teoría de la elección racional y el concepto de información imperfecta. Las gráficas del texto original (que no aparecen aquí) incluyen curvas de retorno teóricas, gráficas de análisis de trayectoria teórica y supuestos de suma cero. En los primeros capítulos de este libro, se trata a los grupos y activistas de los movimientos sociales como agentes racionales y estrategias capaces de visualizar los recursos, las oportunidades y las amenazas. En los últimos capítulos en *From Mobilization to Revolution* Tilly califica tales enfoques como útiles pero reduccionistas; subraya, en cambio, la importancia de los significados específicos del contexto que los participantes dan a sus acciones, y el desarrollo cultural y la difusión de los repertorios de contención. Aquí vemos el comienzo del cambio de Tilly de un enfoque centrado en estructuras macro como Estados, sistemas internacionales y modos de producción, a uno de “realismo relacional”, micro procesos y mecanismos relacionales como intermediación, activación de fronteras sociales y cambios de identidad. También anuncia su posterior interés en la etnografía política y las narrativas personales (Castañeda, 2009). Mientras que algunos afirman que Tilly pasó dramáticamente de una comprensión estructuralista materialista a una culturalista más adelante, una lectura más completa de este libro muestra que siempre consideró ambos elementos como importantes y complementarios.

El capítulo 5 está extraído de uno de sus libros posteriores, *Contentious Performances*. En este modelo mucho más dinámico, Tilly muestra cómo las actuaciones contenciosas y los argumentos de una campaña de movilización tienen efecto en la siguiente. Utiliza el término campaña no en el sentido electoral, sino como predecesor de nuestro concepto de movimientos sociales, el cual analiza en el siguiente capítulo de *Contentious Performances* y en su libro *Los movimientos sociales* (véase Tilly, Castañeda, Wood, 2020). En otra innovación metodológica, presente en la versión íntegra de este capítulo y en su libro sobre Gran Bretaña, Tilly analiza verbos utilizados en registros históricos para describir reuniones contenciosas y reivindicaciones en Inglaterra para mostrar cómo la disputa pasa de la intimidación directa de los enemigos políticos locales a las protestas que presionan al parlamento para instrumentar la legislación deseada. Un ejemplo de este proceso es la expansión de los derechos

de los católicos en la Gran Bretaña anglicana. El capítulo 6, “Pernicious postulates” (Postulados perniciosos), extraído de *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, presenta la discusión de Tilly sobre ocho postulados perniciosos (suposiciones engañosas) en la teoría social. En una de sus afirmaciones meta teóricas más claras, Tilly cuestiona la validez de la investigación cuantitativa macro comparativa que presenta a los Estados nacionales como “unidades coherentes independientes” (véase Babones, 2014). Este trabajo va del presente hacia atrás, suponiendo que los líderes estatales anteriores crearon deliberadamente las características institucionales del Estado moderno, y que se podría trazar una línea recta del pasado al futuro. En contraste, Tilly insiste en que los Estados modernos fueron creados por procesos dinámicos, restricciones estructurales y contingencias que superan la conciencia de aquéllos a quienes generalmente se acredita como los creadores de la historia. Parafraseando a Marx, la gente común, no los estadistas, hicieron la historia, y la hicieron no como quisieron, sino bajo circunstancias creadas por la guerra, cambios en los modos de producción, urbanización y resistencia.

Parte II. Creación de Estado

Esta sección aborda el tema de la creación de Estados desde una perspectiva histórica, comparativa y teórica. Las lecturas incluidas en los capítulos 7 y 8 se extraen del artículo de Tilly titulado provocativamente “Creación de Estado como crimen organizado”, y su libro más desarrollado sobre este tema, *Coerción, capital y Estados europeos DC 990-1990*. En ambos, Tilly cuestiona las explicaciones de la relación entre creación del Estado, guerra, explotación y crimen organizado planteadas en las teorías en torno a los modos de producción, el estatismo, el sistema mundial y la geopolítica. Los Estados, argumenta, no fueron creados por individuos extraordinariamente inteligentes con planes de largo plazo para sus naciones. Más bien surgieron como subproducto involuntario del bandidaje y la guerra. Hace mil años, los bandidos y piratas armados lucharon entre sí por el control de la tierra, los recursos y las vías navegables. Su necesidad de conquistar o gobernar territorios conquistados condujo al desarrollo de sistemas burocráticos o Estados. Los repetidos enfrentamientos por el territorio y el control de las rutas comerciales mundiales llevaron a los Estados a buscar mayores recursos para la guerra; dicha búsqueda llevó a los ejércitos europeos a conquistar territorios en África, Asia y América. A medida que los gobernantes buscaban consolidar el control sobre determinados territorios, crearon censos, pasaportes, aduanas y sistemas contables; mil años de guerra forjaron a los Estados nacionales europeos modernos y la conquista de los ejércitos europeos y el colonialismo creó Estados en África, Asia y América.

En el capítulo 7, una versión resumida del famoso ensayo de Tilly “La construcción del Estado como crimen organizado”, Tilly compara la formación de dicho Estado con la actividad criminal de la mafia, que también exige el pago (impuestos) a cambio de protección de la violencia que ellos mismos generan. De hecho, los primeros Estados fueron construidos por bandidos, piratas y otras organizaciones criminales que se aprovechaban de las comunidades campesinas. En lugar de asaltar perpetuamente a esas comunidades para robar recursos, las bandas criminales y los depredadores conquistaron esas aldeas, ya sea esclavizando a los campesinos u obligándolos a pagar tributo; para extraer los

pagos, evitar la rebelión y luchar contra los grupos armados en contienda, los bandidos conquistadores se vieron obligados a crear estructuras administrativas coercitivas. Las zonas europeas, ricas en tierras agrícolas y vías navegables, las cuales facilitaban el comercio, atrajeron a otros bandidos, por lo que se necesitaban mayores recursos para defenderse de los ataques y hacer la guerra. Cuando los conquistados se rebelaron, los Estados recién nacidos, que carecían de los recursos para hacer la guerra simultáneamente contra los ejércitos rivales y reprimir los disturbios internos, negociaron con las poblaciones locales.

Dependiendo del terreno, las negociaciones condujeron a arreglos institucionales muy diferentes. Las ricas tierras agrícolas ubicadas en vías navegables produjeron el comercio y la acumulación de capital. En las ciudades-Estado, los piratas llegaron a acuerdos con comerciantes adinerados, recibiendo dinero por servicios de protección: los piratas se convirtieron en armadas y las ciudades-Estado fueron gobernadas por un comité de comerciantes, en lo que Tilly llama una vía de capital intensivo. En aquellos lugares en los que se disponía de grandes extensiones de tierra, pero con sólo unas pocas vías fluviales, los imperios que recibían tributos daban a los bandidos armados grandes extensiones de tierra y siervos para trabajarla, creando lo que Tilly llama una vía de coerción intensiva. De este modo, los bandidos se volvieron señores feudales y los reyes los gobernaban de manera indirecta. Ambos Estados eran fatalmente deficientes: Las ciudades-Estado carecían de suficiente tierra para formar ejércitos permanentes, por lo que utilizaban mercenarios: los imperios dependientes de los tributos eran vulnerables a la traición, la sucesión y la revolución; finalmente, los dos desaparecieron, ya que perdieron las guerras contra Estados que contaban con ricas vías navegables y grandes extensiones de tierra.

“La guerra creó al Estado, y el Estado creó la guerra”, argumenta Tilly (1975: 42). Con el tiempo, las necesidades de la guerra llevaron a los Estados europeos a buscar expandir continuamente sus fuentes de recursos. Los altos impuestos, la requisita de granos y la conscripción forzada provocaron rebeliones masivas: en 1789, los altos impuestos para pagar las deudas de guerra desencadenaron una revolución en Francia y condujeron a la creación del primer Estado nacional. Otros Estados europeos crearon instituciones similares, incluyendo un idioma nacional y educación estandarizada; crearon ejércitos ciudadanos, contrataron servicios de protección externos o fueron derrotados en la guerra. El nuevo Estado nacional era una máquina de guerra formidable, en parte debido a la capacidad de guerra de los ejércitos ciudadanos, cuya lealtad a éste se basaba en

la soberanía popular y la identidad nacional, y en parte debido a los recursos y los avances tecnológicos posteriores, generados a través de acuerdos alcanzados entre Estados y ciudadanos.

Tilly argumenta que los Estados europeos surgieron como un subproducto involuntario del conflicto violento y la guerra. Las monarquías europeas lucharon entre sí por el control de la tierra, los recursos y las vías navegables y, a medida que la guerra se hizo más costosa, por el control de las colonias y las rutas comerciales mundiales. La urgencia de financiar estas guerras condujo al desarrollo de sistemas burocráticos para controlar las milicias, gobernar territorios, generar riqueza, recaudar impuestos y administrar propiedades de manera racional. Para ello, se crearon censos, pasaportes, aduanas y sistemas contables que, argumenta Tilly, llevaron, sin quererlo, a la construcción de Estados nacionales.

Los Estados europeos pronto conquistaron el mundo. En el capítulo 8, basado en los capítulos finales de Coerción, capital y los Estados europeos, Tilly analiza el impacto devastador de este proceso en los Estados no europeos. En áreas que carecían de la larga experiencia de guerra que tenía Europa, ninguna organización podría resistir a sus ejércitos conquistadores: ya en 1914, la mayor parte del mundo estaba controlada por Europa. Si bien los Estados europeos negociaron con su población local para obtener los medios para la guerra, los Estados coloniales utilizaron los recursos de los ejércitos europeos para conquistar y reprimir a las poblaciones nacionales y extraer recursos en las Américas, Asia y África. Al no necesitar una movilización militar continua y sin el mecanismo crucial de negociación entre gobernantes y gobernados, las instituciones europeas trasplantadas no producirían resultados democráticos fuera de Occidente, sino relaciones de explotación.

Parte III. Democracia

En este apartado, el trabajo muestra la concepción de Tilly de la democracia como un proceso, no como una “tradición” o una “institución”, ni como resultado de una convención constitucional. Tilly describe la democracia no como un estado binario sino como un continuo donde los niveles de democracia pueden cambiar de manera no lineal. Los niveles pueden aumentar o disminuir con base en cuatro dimensiones: consulta amplia, igualitaria, protegida y mutuamente obligatoria. Para Tilly la democracia es un proceso desde abajo (bottom-up) que depende de la creación de redes de confianza y gobiernos que negocian y se mantienen por encima de alguna de ellas. En el capítulo 9, “La democracia es un lago”, nos recuerda que la democracia es un proceso que depende de un acuerdo práctico con los ciudadanos. Para mantener la legitimidad democrática, el Estado debe establecer relaciones directas con los segmentos más amplios de su población, colocarse por encima de las redes de confianza particulares y representar a todos los grupos de manera imparcial, incluso en sociedades categóricamente desiguales. Un Estado es democrático: si casi todas las personas dentro de su territorio tienen ciudadanía y gozan de los derechos que la conllevan; si la desigualdad social no se manifiesta en desigualdad política en cuanto a representación e influencia con base en el grado al cual todos los miembros de la sociedad tienen derecho a un juicio justo y están protegidos contra arrestos arbitrarios o violencia de estado. Hasta qué punto las personas en puestos de elección tienen que seguir los mismos estándares que los miembros más pobres y estigmatizados de la sociedad. En qué medida nadie escapa de sus obligaciones hacia la sociedad, en particular pagar impuestos o tenga que contribuir más que los demás, en por ejemplo, servir en el ejército. En el capítulo 10, “¿De dónde vienen los derechos?”, Tilly basa los derechos en las demandas populares, la movilización social y la negociación entre Estados-Nación nuevos y sus habitantes en torno a impuestos y reclutamiento, y una vez más destaca el papel crucial que desempeña la guerra en la construcción del Estado nacional moderno, sus ejércitos nacionales profesionales de orientación externa y su policía nacional orientada internamente.

En el capítulo 11, “Democratización y desdemocratización”, extraído de

Democracia, Tilly utiliza los ejemplos de Francia, India y Suiza para presentar un ambicioso argumento, basado en mecanismos, acerca de que de los procesos de democratización no son lineales. El tejido de redes de confianza entre Estados y ciudadanos y entre categorías de ciudadanos, así como la reducción de desigualdades categóricas, son fundamentales para la creación de regímenes democráticos; sin embargo, los regímenes también pueden experimentar deterioro democrático. Aquí Tilly introduce un concepto relativamente novedoso: la desdemocratización. Un régimen es democrático en la medida en que “las relaciones políticas entre el Estado y sus ciudadanos presentan una consulta amplia, igualitaria, protegida y mutuamente obligatoria”. Los cambios en la amplitud, igualdad, protección y escala de la consulta mutuamente obligatoria entre Estados y ciudadanos son evidencia de niveles crecientes o decrecientes de democracia. Un Estado se vuelve menos democrático cuando a los miembros de categorías estigmatizadas se les niega la ciudadanía, la protección contra arrestos arbitrarios y la violencia por parte del Estado. Mientras que los grupos más ricos y poderosos cuentan con impunidad y están exentos de obligaciones como el servicio militar o pagar impuestos a las tasas que les corresponden. En el capítulo 12, “Confianza y gobierno democrático”, parte del libro Confianza y gobierno, Tilly continúa expandiendo la relación entre las redes de confianza y la democratización. Así, para que exista democracia, los Estados deben estar por encima de las redes de confianza particulares. En los casos en que quienes pertenecen a algunas de ellas abandonan los acuerdos vinculantes, hasta las democracias liberales más maduras pueden experimentar retrocesos. Cuando los ricos se refugian en comunidades cerradas y escuelas privadas, la captura de las agencias reguladoras por parte de aquellos a quienes están destinados a regular, la negación de los derechos y las libertades civiles, y el aumento de la supervisión y vigilancia de las minorías e inmigrantes pueden incluso conducir al colapso de la democracia.

La preferencia de Tilly por los enfoques relacionales más que por el individualismo metodológico tiene como resultado una explicación sociológica enriquecedora de la democracia. La democracia es un proceso que involucra categorías y redes de personas comunes a través de negociaciones, contenciones y arreglos con las autoridades estatales y otros detentores del poder. El trabajo de Tilly es un correctivo al etnocentrismo de las teorías que consideran que la emulación de las instituciones occidentales es necesaria y suficiente para el desarrollo democrático. A pesar de haber publicado trabajos que contribuyen a la historiografía francesa y británica, Tilly reconoció que la comprensión de la democracia y de la creación de Estados estaba indebidamente influenciada por

las trayectorias particulares de Francia y Gran Bretaña, énfasis que llevó a algunos teóricos a pensar en la pereza y el atraso como las causas de la fragilidad de la democracia en el sur de Europa, América Latina, África y Asia. En cambio, Tilly destacó el impacto negativo del colonialismo en la relación entre los Estados y los ciudadanos, así como el poder relativo y la autonomía del aparato represivo.

Parte IV. Desigualdad persistente

En esta sección se discute otra importante contribución de Tilly: el concepto de desigualdad categórica. El capítulo 13 incluye selecciones del libro *Desigualdad persistente*, en el que Tilly presenta su muy original e influyente teoría relacional de la desigualdad. Escrito durante una estancia en la Universidad de Uppsala, Suecia, el libro reflexiona acerca de la persistencia de la desigualdad categórica en Estados democráticos como Suecia, donde los líderes electos habían trabajado asiduamente para erradicarla. Tilly se preguntó ¿por qué el trabajo y la compensación no se organizaron a través de una escala basada en la capacidad, sino que se agruparon en categorías muy desiguales que vinculaban tipos particulares de trabajo con grandes diferencias en remuneración, confianza y prestigio? ¿Y por qué estos grupos se asociaron con categorías particulares de personas caracterizadas por raza, etnia, género, religión, condición de ciudadanía, nacionalidad, etcétera?

La respuesta de Tilly fue que la instalación de categorías y fronteras categóricas facilita y estabiliza la explotación, lo que él define en términos marxistas clásicos que ocurre cuando “un grupo de actores bien conectados controla un recurso valioso que requiere de mano de obra intensiva y del cual pueden obtener beneficios al aprovechar el esfuerzo de otros, a quienes excluyen del valor total de dicho esfuerzo”. Sin embargo, la explotación es un proceso fundamentalmente inestable: la gran mayoría explotada podría unirse para expropiar los medios de producción. La instalación de fronteras categóricas, con el objeto de enfrentar a diferentes grupos explotados entre sí, ayuda a disminuir la probabilidad de rebelión. El acaparamiento de oportunidades, donde los miembros de una determinada categoría tienen mayores oportunidades de ascenso e ingresos a cambio de una mayor lealtad y confianza sirvió para perpetuar estas categorías, estabilizando la explotación e impidiendo el desarrollo de una oposición unida. Las redes se forman a cada lado de una frontera dada y los de uno de los lados reivindican la “solidaridad con otros del mismo lado [...] e invocan cierto tipo de relación con los del lado opuesto”. Los miembros de las redes hablan acerca de la frontera simbólica con quienes pertenecen a categorías dominantes que justifican su posición más privilegiada;

con el tiempo, ambas partes “atribuyen la realidad dura, persistente e incluso genética a las categorías a las que pertenecen”.

Con el creciente interés en las fronteras sociales, *Desigualdad persistente* (1998) ha llamado la atención sobre el subcampo de la estratificación social y la desigualdad. Erik Olin Wright fue uno de los primeros en elogiar el libro de Tilly (2000), y lo calificó como una contribución crucial a la teoría marxista. El libro de 2007 *Categorically Unequal: The American Stratification System* de Douglas Massey “está en deuda con *Desigualdad persistente* de Charles Tilly” (Bobo, 2010). En su discurso de 2013 como presidenta de la American Sociological Association, Cecilia Ridgeway (2014) también utilizó el marco presentado en *Desigualdad persistente* para explicar la desigualdad de género.

En el capítulo 14, “Pobreza y políticas de exclusión”, Tilly explicó con detalle su visión relacional sobre la desigualdad, citando el trabajo dedicado a comprender la pobreza desde el punto de vista de los pobres y no el de los tecnócratas, favoreciendo así el trabajo etnográfico por encima de las explicaciones técnicas. Este capítulo analiza los procesos que fomentan o reducen la exclusión y la desigualdad categórica: Tilly propone un conjunto de implicaciones de políticas derivadas de la concepción de la pobreza como algo relacional; plantea factores a considerar para evitar consecuencias negativas involuntarias y el mal uso de los recursos en intervenciones fallidas contra la pobreza.

Parte V. Violencia política

En su trabajo posterior sobre violencia política, Tilly se basó en el trabajo teórico iniciado en *Desigualdad persistente*. De manera específica destacó la importancia de la activación de fronteras, así como de los mecanismos de negociación (reunir a los miembros de varias categorías, empresarios de la violencia y especialistas en violencia contra una coalición rival), para comprender una amplia gama de conflictos violentos. En el capítulo 15, “Conversaciones contenciosas”, Tilly subraya la naturaleza dialéctica y relacional del conflicto. La guerra y los conflictos entre grupos categóricos pueden estudiarse como una conversación en el lenguaje de la violencia. En el capítulo 16, extraído de *The Politics of Collective Violence* (2003), Tilly coloca todas las formas de violencia colectiva en un eje de dos por dos de coordinación e importancia. La forma más dañina de violencia es la destrucción coordinada. En este caso, los empresarios de la violencia vinculan a ejércitos y ciudadanos a lo largo de una frontera de nosotros/ellos activada, con la intención de destruir a todos los que están en el lado opuesto de determinada frontera. Cuando la fuerza de ambos lados es igual, hay guerra. Cuando el lado más poderoso participa en la destrucción total del otro, hay genocidio o politicidio; cuando el lado más débil lanza el ataque, se da el terror coordinado. Tilly también incluye en su discusión formas menores de violencia colectiva, que van desde peleas, ruptura de negociaciones y ataques dispersos, hasta oportunismo. *Why Don't American Cities Burn?* (2012) de Michael B. Katz y *Police Power and Race Riots: Urban Unrest in Paris and New York* (2014) de Cathy L. Schneider explican por qué los disturbios raciales estallan en algunos lugares y momentos y no en otros, a partir del trabajo de Tilly sobre la activación y desactivación de las fronteras raciales.

En el capítulo 17, “Terror, terrorismo y terroristas”, Tilly intenta desenmarañar la guerra contra el terror. Se pregunta, ¿qué es exactamente el “terror”? ¿Es una guerra contra el terrorismo, una guerra contra una estrategia o contra un grupo específico de personas? El terror, señala Tilly, originalmente se usó para describir las secuelas de la revolución francesa, como en “el reino del terror”. El término se refería específicamente a la acción de los Estados, la institución más capaz de infligir violencia a gran escala. Sin embargo, ahora, el término

terrorista se aplica sólo a pequeños grupos de conspiradores que compensan su debilidad mediante ataques a objetivos blandos, en particular a civiles. El concepto de “guerra contra el terror” es escurridizo, y por ello peligroso. No está claro si debemos luchar contra una táctica, un pequeño grupo transnacional o un grupo de Estados; el resultado es una guerra sin fin, con enemigos cada vez más numerosos.

Solo cuatro días después del 11 de septiembre de 2001, Tilly intuyó cómo lo ocurrido en esos días se había derivado de una red descentralizada, con miembros que no se conocían personalmente pero que compartían una ideología política, e intentaban hacer una declaración política a través de medios no convencionales y violentos. Tilly predijo las terribles consecuencias de la política internacional de George W. Bush: temía que se construyera una barrera discursiva entre los dos grandes grupos, el autodenominado “nosotros” versus el “ellos”. El resultante ataque armado contra determinada región a la que se culpaba de los ataques cambiaría las relaciones de poder en estos grupos, lo cual haría más radical al grupo etiquetado como “ellos”. Esto intensificaría sus ataques, lo cual agravaría la situación y conduciría a una escalada y, por lo tanto, justificaría aún más la confrontación entre estos grupos. Esta división exigiría la creación de nuevas alianzas internacionales, lo que obligaría a las partes excluidas a unirse entre sí y, paradójicamente, dejaría espacio para la creación de nuevas rutas y oportunidades para el tráfico de drogas y el crimen organizado internacional, como finalmente sucedió en Afganistán. El resultado de una guerra declarada contra un enemigo al mismo tiempo invisible y categórico terminaría dando más poder y apoyo externo a los grupos disidentes dentro de los países. Mientras tanto, los creadores de políticas estadounidenses que decidieron invadir Irak optaron por condonar la violencia y el terror perpetrados por Estados aliados como Arabia Saudita, Bahrein, Yemen o Paquistán, y por las fuerzas militares y contratistas armados de Estados Unidos. Como consecuencia, el nivel de democracia disminuyó tanto en estos países como en Occidente, y produjo una importante militarización de las fuerzas de seguridad, así como la reducción de las libertades civiles y los derechos humanos tanto para ciudadanos como para extranjeros. Lamentablemente, tales predicciones fueron acertadas, aunque, como explica en su modelo, estos reveses democráticos pueden rectificarse cuando los ciudadanos expresan su oposición a incursiones extranjeras costosas.

Parte VI. Migración, raza y etnia

Esta sección aborda las contribuciones menos conocidas de Tilly a la inmigración y las relaciones raciales y étnicas. Si bien tradicionalmente no es considerado un erudito en migración, Tilly fue en realidad uno de los primeros científicos sociales en observar el papel desempeñado por las redes sociales en la migración en cadena. Como resultado de este tipo de migración, los inmigrantes se concentran en ciertas localidades y nichos económicos (Tilly y Brown, 1967); tal concentración aumenta su visibilidad, lo cual contribuye a promover estereotipos sobre ellos. Las ciudades, en particular, son las fábricas de etnicidad.

En el capítulo 18, “Redes trasplantadas” (1990), Tilly proporciona una explicación magistral de las causas que provocan la migración, una tipología de ésta y cómo la migración a las ciudades crea etnicidad en Estados Unidos; luego discute lo que está en juego cuando habla de asimilación en términos de relaciones raciales y desigualdad categórica. Los hallazgos de Tilly sobre migración han resistido la prueba de años de investigación etnográfica y cuantitativa sobre el tema, y sirvieron para prever el uso de redes en la comprensión de los flujos migratorios y la concentración espacial que popularizarían Douglas Massey y sus colegas.

El capítulo 19, “Mecanismos de las fronteras sociales”, desarrolla aún más el trabajo teórico de Tilly sobre las relaciones raciales y las fronteras de nosotros/ellos, al centrarse en el caso de los inmigrantes bolivianos en Argentina, y mostrar cómo funcionan los mecanismos de fronteras sociales para excluir a los recién llegados y perpetuar la desigualdad. El capítulo 20, “De la segregación a la integración”, utiliza ejemplos de diferentes geografías y periodos históricos para comparar las redes de confianza religiosas y étnicas ascendentes y mostrar cómo han sido, o no, integradas en organizaciones políticas más grandes.

Profundamente influido por el trabajo de Harrison White y la escuela relacional de Nueva York, de la cual era miembro central (Mische, 2011), Tilly quería explicar el papel que desempeñaba la dinámica intergrupala en la consolidación

de diferenciales de poder y desigualdad categórica basada en género, raza, etnia y geografía (Wellman, 2008). Las diferentes categorías adquieren características particulares en momentos y lugares específicos como consecuencia de procesos de clasificación y legitimación en red, y no por las propiedades innatas de ciertos individuos. El trabajo de Tilly sobre urbanización, el nacimiento de la etnicidad en las ciudades y la dinámica de la migración se basa en esta idea, así como en el trabajo de Viviana Zelizer (Zelizer, 2005; Zelizer, 2012). Para Tilly y Zelizer, las remesas son una forma de cumplir con las obligaciones familiares, una prueba tangible de la importancia de las relaciones sociales a pesar de la distancia (Tilly, 2007; Zelizer y Tilly, 2006).

Parte VII. Narrativas y explicaciones

Esta sección muestra el tipo de trabajo que Tilly también realizó hacia el final de su carrera. Al reflexionar sobre décadas de trabajo, argumenta que los procesos sociales son el resultado de accidentes y consecuencias no deseadas, y contrasta dicha afirmación con nuestra necesidad de presentar relatos simplificados que atribuyen crédito y culpa en el plano individual o categórico. En sus últimos libros, Charles Tilly analiza los comportamientos diarios y los procesos discursivos: examina, por ejemplo, por qué necesitamos explicar y hacer relatos en nuestra vida social (Tilly, 2006c), por qué asignamos culpas y créditos a quienes nos rodean (Tilly, 2008c), y cómo los investigadores pueden conciliar el estudio de la cultura y las críticas planteadas por el posmodernismo con una agenda de investigación que genera conocimiento social científico útil y de alta calidad (Goodin y Tilly, 2006). Su objetivo era dibujar “un túnel bajo el desafío posestructuralista” (Mische, 2011); quería tomar en serio los cuestionamientos discursivos, epistemológicos, constructivistas, culturales y sociopsicológicos al positivismo, sin confundir la hierba con la maleza; quería que los científicos sociales explicaran el “cómo” de la construcción social y la manera en que las narrativas impactan el pensamiento y la práctica social cotidiana. Tilly entonces se percató de que durante décadas había estado usando viñetas, casos negativos y relatos superiores para plantear sus argumentos empíricos y teóricos. Los relatos son más fáciles de recordar, y son la forma en que naturalmente transmitimos información y valores morales. Un relato superior tiene muchos actores, no es lineal y, en su complejidad, transmite las ciencias sociales como no pueden hacerlo las fórmulas matemáticas, los diagramas, los cronogramas o los relatos de élite. El capítulo 21, “¿Por qué dar razones?” (Introducción a su libro, *Why?*) comienza con reacciones intensas a los ataques del 11 de septiembre al World Trade Center y cómo la gente intentaba comprender los acontecimientos a medida que ocurrían, y nos da una explicación de por qué sucedieron. Tilly luego argumenta que la gente explica por qué, es decir, da excusas y cuenta historias porque establece y mantiene relaciones sociales, por ejemplo, la explicación de por qué llegamos tarde o no asistimos a una fiesta, sea o no cierto, subraya nuestra intención de seguir invirtiendo en una relación social.

En el capítulo 22, el primer capítulo resumido de *Credit and Blame* (2008), Tilly continúa su análisis acerca de la importancia de los dispositivos retóricos y narrativos en nuestra comprensión de la realidad social, en el reparto de crédito o culpa, y sus implicaciones para la política.

Nos hemos basado ampliamente en el trabajo de Tilly, resumiendo textos seleccionados para incluir una muestra más amplia de sus obras. Los interesados en obtener mayores detalles deberán buscar los textos originales. Esperamos que estas selecciones alienten a los lectores a explorar el trabajo de Tilly de manera más profunda y aplicar, criticar y construir sobre sus contribuciones teóricas y metodológicas. Diversos libros se basan directamente en los textos de Tilly, por ejemplo, el volumen coeditado por Hanagan y Tilly (2001) incluye capítulos de renombrados científicos que evalúan el trabajo de Tilly sobre las ciudades. Kousis, Selwin y Clark (2001) aplican las teorías de Tilly para comprender la política contenciosa de la región mediterránea a través de métodos etnográficos, da seguimiento al número especial sobre el Mediterráneo de la revista *American Behavioral Scientist* 51(10):1467-1471. Funes (2011) editó un volumen en español que discute las contribuciones de Tilly a la historia y las ciencias sociales. El objetivo explícito de Tarrow (2015) es relacionar el trabajo sobre la contención y la guerra de Tilly con el de la construcción del Estado. Castañeda (2017) es un volumen editado que se basa en la conceptualización de Tilly sobre migración, urbanización, fronteras sociales y raza y etnicidad. Un volumen en preparación en *American Behavioral Scientist* editado por Mirjam Kuenkler y Ernesto Castañeda incluye ejemplos sobre lo útil de utilizar el trabajo de Tilly para entender regímenes políticos alrededor del mundo.

Bibliografía

Ashforth, Adam (2009). "Charles Tilly". *Proceedings of the American Philosophical Society* 153(3): 372-380.

Babones, Salvatore J. (2014). *Methods for Quantitative Macro-Comparative Research*. Thousand Oaks: sage Publications.

Bobo, Lawrence D. (2010). "Inequality and U.S. Society: Review of Douglas S. Massey's *Categorically Unequal: The American Stratification System*". *Du Bois Review: Social Science Research on Race* 7(1): 30-34.

Brubaker, Rogers (2010). "Charles Tilly as a Theorist of Nationalism". *The American Sociologist* 41(4): 375-381.

Calhoun, Craig (2008). "A Voice We Will Miss". *Tributes to Charles Tilly: Social Science Research Center* [en línea]. Disponible en <<http://www.ssrc.org/essays/tilly/calhoun>>.

Castañeda, Ernesto (2009). "Charles Tilly: Connecting Large Scale Social Change and Personal Narrative". *Sociological Research Online* 14(5): 24.

Castañeda, Ernesto (2017). *Immigration and Categorical Inequality: Migration to*

the City and the Birth of Race and Ethnicity. Nueva York: Routledge.

Davies, James Chowning (1974). "The J-Curve and Power Struggle Theories of Collective Violence". *American Sociological Review* 39(4): 607-610.

Demetriou, Chares (2012). "Processual Comparative Sociology: Building on the Approach of Charles Tilly". *Sociological Theory* 30(1): 51-65.

Diani, Mario (2007). "The Relational Element in Charles Tilly's Recent (and Not So Recent) Work". *Social Networks* 29(2): 316-323.

Emirbayer, Mustafa (1997). "Manifesto for a Relational Sociology". *American Journal of Sociology* 103: 281-317.

Funes, María Jesús (2011). *A propósito de Tilly: conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Goldstone, Jack A. (2010). "From Structure to Agency to Process: The Evolution of Charles Tilly's Theories of Social Action as Reflected in His Analyses of Contentious Politics". *The American Sociologist* 41(4): 358-367.

Goodin, Robert E. y Charles Tilly (2006). *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*. Oxford: Oxford University Press.

Gurr, Tedd Robert (1970). *Why Men Rebel*. Princeton: Princeton University

Press.

Hanagan, Michael y Chris Tilly (2011). *Contention and Trust in Cities and States*. Países Bajos: Springer.

Homans, George C. (1950). *The Human Group*. Nueva York: Harcourt.

Huntington, Samuel (1968). *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press.

Katz, Michael B. (2012). *Why Don't American Cities Burn?* Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

Kousis, Maria, Tom Selwyn y David Clark (2011). *Contested Mediterranean Spaces: Ethnographic Essays in Honour of Charles Tilly*. Oxford, N.Y.: Berghahn Books.

Krinsky, John y Ann Mische (2013). "Formations and Formalisms: Charles Tilly and the Paradox of the Actor". *Annual Review of Sociology* 39(1): 1-26.

Merriman, John (2008). "I Went up to Amiens Today". En *Tributes to Charles Tilly* [en línea] Disponible en <[http:// www.ssrc.org/essays/tilly/merriman](http://www.ssrc.org/essays/tilly/merriman)>.

Mische, Ann (2011). "Relational Sociology, Culture, and Agency", pp. 80-97. En *The Sage Handbook of Social Network Analysis*, coordinado por J. Scott y P.

Carrington. Londres: Sage Publications.

Moore, Barrington (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press.

Ridgeway, Cecilia L. (2014). "Why Status Matters for Inequality", *American Sociological Review* 79(1): 1-16.

Schneider, Cathy Lisa (2014). *Police Power and Race Riots: Urban Unrest in Paris and New York*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Sewell, William H. (2010). "Charles Tilly's Vendée as a Model for Social History". *French Historical Studies* 33(2): 307-315.

Tarrow, Sidney (2015). *War, States, and Contention: A Comparative Historical Study*. Ithaca: Cornell University Press.

Tilly, Charles (1964). *The Vendée*. Cambridge: Harvard University Press.

Tilly, Charles y Harold C. Brown (1967). "On Uprooting, Kinship, and the Auspices of Migration": *International Journal of Comparative Sociology* (8).

Tilly, Charles (1975). *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press.

Tilly, Charles (1983). "Speaking Your Mind without Elections, Surveys, or Social Movements". *The Public Opinion Quarterly* 47(4): 461-478.

Tilly, Charles (2002). *Stories, Identities, and Political Change*. Lanham: Rowman & Littlefield.

Tilly, Charles (2006a). "In Memoriam: Barrington Moore Jr.". *Canadian Journal of Sociology Online*.

Tilly, Charles (2006b). *Why?* Princeton: Princeton University Press.

Tilly, Charles (2007). "Trust Networks in Transnational Migration". *Sociological Forum* 22(1).

Tilly, Charles (2008a). *Contentious Performances*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (2008b). "A General Introduction to the Special Issue: Mediterranean Political Processes in Comparative Historical Perspective". *American Behavioral Scientist* 51(10):1467-1471.

Tilly, Charles, Ernesto Castañeda y Lesley J. Wood (2020). *Social Movements: 1768-2018*. Nueva York: Routledge.

Voss, Kim (2010). "Enduring Legacy? Charles Tilly and Durable Inequality". *The American Sociologist* 41(4): 368-374.

Wellman, Barry (2008). "Review of Charles Tilly, *Identities, Boundaries & Social Ties*". Boulder y Londres: Paradigm Publishers, 2005. *American Journal of Sociology* 113(5).

White, Harrison C. (2009) [1965]. "Notes on the Constituents of Social Structure". *Sociologica* 1.

Zelizer, Viviana A. (2005). *The Purchase of Intimacy*. Princeton: Princeton University Press.

Zelizer, Viviana A. (2012). "How I Became a Relational Economic Sociologist and What Does That Mean?". *Politics & Society* 40(2): 145-174.

Zelizer, Viviana A. y Charles Tilly (2006). "Relations and Categories", 1-31. En *The Psychology of Learning and Motivation*, vol. 47. *Categories in Use*, coordinado por A. Markman y B. Ross. San Diego: Elsevier.

Agradecimientos

[\[Regresar al índice \]](#)

La familia Tilly, Chris Tilly en particular, han sido de gran ayuda, apoyaron este proyecto y confiaron en nuestra selección de textos. Agradecemos a todos los editores de libros y revistas que aceptaron la reproducción en este texto de partes del trabajo de Tilly. También el apoyo inquebrantable y el aliento continuo de Dean Birkenkamp en Routledge. La asistencia editorial de Amanda Yee también fue clave para la publicación de este libro.

Los autores desean agradecer a los muchos académicos que completaron la encuesta en línea sobre el uso y conocimiento del trabajo de Tilly. Un agradecimiento especial a Sid Tarrow, Marie Kennedy, Viviana Zelizer, Craig Calhoun, Gil Eyal, Bill Roy, Ron Aminzade, Michael Hanagan, Mauricio Font, Javier Auyero, Jeff Goodwin, John Krinsky, Roy Licklider, Marco Giugni, Mario Diani, Jeff Broadbent, Randa Serhan, Andreas Koller, Nicholas Toloudis, Angela Alonso, Anne Mische, Laleh Khalili, Lesley Wood, entre muchos otros, por las conversaciones durante las etapas iniciales de este y otros proyectos relacionados por su apoyo, inspiración y aliento para emprender esta titánica tarea.

En particular, los autores agradecen a Charles Tilly. Cathy Schneider conoció a Tilly en 1985, poco antes de realizar una investigación de campo para su tesis de doctorado en Chile. Durante los siguientes 33 años, hasta su muerte, mantuvo con él una amistad y estableció una correspondencia regular por correo electrónico. Su optimismo y generosidad inquebrantable, la alegría que obtenía del oficio de investigar, su capacidad de pasar por alto el material ajeno para llegar hasta la raíz más impenetrable de un problema, han inspirado durante mucho tiempo el trabajo de Cathy Schneider.

Ernesto Castañeda trabajó en esta antología porque tomó tres cursos de posgrado con Tilly en Columbia, asistió al seminario de Política Contenciosa por siete años, e impartió, junto con Tilly, su último curso, “Revoluciones, movimientos

sociales y política contenciosa”, en Columbia College durante la primavera de 2007. Además, tuvo la suerte de que Tilly, con otro académico, fuera su director de tesis de maestría y doctorado. Le llevó muchos años comprender el alcance, la importancia y la complejidad del trabajo de Charles Tilly, y todavía está aprendiendo.

Adrienne LeBas y Maura Fennelly nos aportaron comentarios sobre esta introducción. Matt Márquez y Jonathan Klassen proporcionaron ayuda administrativa al inicio de este proyecto. Elana Lipkin, Natali Collazos y Johandra Delgado nos ayudaron a recopilar las referencias para cada capítulo. Todos los errores y omisiones son nuestra responsabilidad.

Esperamos que esta antología ayude a otros a aprender sobre el trabajo, las teorías y los métodos de Tilly para facilitar su propia investigación y comprensión del cambio social a gran escala.

I

Revoluciones y cambio social

1. La Vendée

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Prefacio a la segunda edición

Al preparar el libro que habría de refutar mis tesis anteriores, me aparté de la noción común de una evolución general e irreversible que va de una política “retrograda” a una “progresiva”, con el fin de llevar a cabo una reflexión más cuidadosa de las consecuencias políticas de la urbanización. Ésta parecía relevante porque es evidente que las ciudades habían desempeñado distintos papeles y habían pasado por diferentes historias recientes en las regiones revolucionarias y contrarrevolucionarias del Oeste de Francia, y porque en muchos de los conflictos colectivos de la región, durante la fase temprana de la Revolución, habían enfrentado a grupos radicados en el campo contra otros en las ciudades.

La producción textil se desplomó en 1789 y 1790. Los disturbios por los suministros y precios desgastaban constantemente a los funcionarios locales en la región, a menudo provocaban su caída, y es probable que los llevaran a imponer controles más estrictos tanto sobre los suministros como sobre los precios; la participación popular a través de los disturbios tenía una fuerza política propia. Por otra parte, los artesanos industriales de las ciudades y el campo eran extremadamente vulnerables tanto al desempleo como a la escasez de alimentos, y muchas veces atacaban a los sospechosos de acaparar y especular. De hecho, si lo analizamos con mayor detalle, resulta que muchos de los incidentes de la llamada revolución campesina de 1789 en Occidente tenían que ver con núcleos de trabajadores urbanos o semiurbanos más que con campesinos.

Además de ayudar a explicar uno de los acontecimientos más críticos de la Revolución, mi esperanza era contribuir a la comprensión sociológica de los grandes cambios de las sociedades y parecía haber dos oportunidades para lograrlo. La primera era mostrar las ventajas de trabajar con fuentes históricas de primera mano para verificar o refinar las ideas que los sociólogos han aplicado a la evidencia contemporánea o a los testimonios de segunda mano. La segunda consistía en examinar la relación entre el modo en que crecían las ciudades y la naturaleza de otros cambios en la organización de las comunidades en el caso del

Occidente de Francia, con la expectativa de que algunas de las relaciones que se manifestaban ahí pudieran aplicarse de manera más general. Esto implicaba ocuparse de dos públicos al mismo tiempo: los interesados en la Revolución Francesa, pero indiferentes a los problemas sociológicos, y los interesados en los cambios sociales contemporáneos pero indiferentes a la Francia del siglo xviii.

Introducción

En 1793 un gran levantamiento en el occidente de Francia amenazó la existencia misma de la Revolución cuando los campesinos provenientes de los alrededores de Poitou, Anjou y Bretaña tomaron palos, hoces (guadañas), horquetas y mosquetes y se unieron para atacar a las fuerzas de la República. Por más de seis meses lograron dominar su territorio, además de constituirse en una amenaza constante para la autoridad de regímenes políticos sucesivos en el occidente por más de seis años. El levantamiento de 1793 y sus consecuencias se conoce como la guerra de la Vendée, la contrarrevolución de la Vendée o, más sencillamente como la Vendée.

La memoria de la Vendée sigue inspirando gran número de relatos muy variados. En la mente de muchos de sus devotos, su sombra es tan grande como la de la Guerra Civil en Estados Unidos. Sin duda, todavía queda lugar en su entusiasmo, así como en la literatura técnica sobre la Revolución en general, para explicaciones novedosas y más precisas sobre la Vendée. Pero este libro dice muy poco sobre lo que ocurrió una vez comenzada la contrarrevolución. Más bien se concentra en la naturaleza de la sociedad del siglo xviii en el occidente de Francia y en los sucesos locales ocurridos entre el comienzo de la Revolución de 1789 y el estallido de la contrarrevolución en 1793.

He cambiado la receta común de una parte de contexto y diez partes de historia militar, debido a un triple interés: en los efectos de la modernización en las áreas rurales, en los orígenes de la resistencia a la Revolución, y en los orígenes de la Vendée. Estos intereses tienen mucho más que ver entre sí de lo que parece a primera vista. Se atraviesan, entrecruzan, y confunden entre sí de manera continua, hasta que llegamos a la pregunta incisiva: “¿por qué en la Vendée y no otro lugar?”; como veremos, no pueden diferenciarse. Debido a que estos intereses dieron vida al libro, muchas de sus páginas tienen que ver con acontecimientos y acuerdos sociales previos a la gran rebelión. Incluso aquí, sin embargo, podría ser útil empezar con una revisión de los acontecimientos que hicieron de la Vendée algo memorable.

La contrarrevolución en una cápsula

La contrarrevolución conocida como la Vendée comenzó a mediados de marzo de 1793, surgiendo casi simultáneamente en distintas regiones en la zona comprendida entre Nantes, La Rochelle, Poitiers y Angers. Aunque los observadores estaban sorprendidos por la rapidez, fuerza y aparente espontaneidad del alzamiento, en realidad fue la culminación de cuatro años de tensión creciente. Como en otros lugares en el occidente, la convocatoria a los Estados Generales, proclamada a finales de 1788, produjo una gran conmoción. La creación de las Asambleas Provinciales en 1787 ya había servido para dar forma a los núcleos de los partidos revolucionarios las juntas locales y regionales de 1789 produjeron las facciones “burguesa” y “noble”. Si bien algunas personas del occidente, especialmente en las ciudades, abrazaban la Revolución con mucho entusiasmo, la resistencia a los cambios políticos apareció muy pronto en las partes rurales al sur del río Loira. La venta de las propiedades de la Iglesia despertó el entusiasmo sólo de unos cuantos, y la reorganización revolucionaria de ésta provocó una amplia oposición. El clero de todas las parroquias pronto se opuso a la Revolución y la gran mayoría de los parroquianos estaba con ellos.

En 1791 y 1792 numerosos incidentes (reuniones, procesiones, incluso ataques armados) dieron muestra del creciente malestar entre la población local. Muchos de estos fracasos involucraban a párrocos nombrados para tomar el lugar de otros que no habían aceptado las reformas a la Iglesia, y casi todos mostraban que los funcionarios encargados de la administración local carecían de la confianza y el apoyo de la población rural.

Los administradores culpaban a los clérigos rebeldes de muchos de sus problemas. El resultado fue que se acumularon leyes para controlar al clero hasta que se dio el desenlace en agosto de 1792: el decreto de deportación inmediata de todos los sacerdotes que se hubieran rehusado a tomar el juramento de sumisión. Pero la deportación de una buena parte de los clérigos inconformes y la desaparición de los demás en la clandestinidad sólo sirvió para aumentar la agitación. Los jefes revolucionarios en la Vendée ya hablaban, aunque temerosamente, de la contrarrevolución mucho antes de marzo de 1793. De

hecho, seis meses antes sus temores fueron confirmados por un ataque a gran escala de Bressuire y Chitillon (en el departamento de Deux-Sevres), el cual presagió tanto los motivos como en el personal de la contrarrevolución.

La gran rebelión no tardó en empezar. El llamado del gobierno a 300 mil hombres para combatir la amenaza en las fronteras de Francia provocó una amarga agitación en la Vendée. La publicación del llamado a las armas en los primeros días de marzo de 1793 disparó las manifestaciones armadas, los disturbios, el desarme de los patriotas y la huida al campo de los hombres jóvenes aptos para el servicio militar.

Durante los primeros días de marzo todo retumbaba, pero nada explotaba. Las protestas en Cholet el día 4 cobraron algunas vidas, sin convertirse abiertamente en una guerra. Los días 11, 12 y 13 todo pareció estallar al mismo tiempo. En St. Florence, Chanzeaux, Machecoul y Challans, tropas armadas aparecieron al tocar de las campanas, clamando por guerra y venganza y la rebelión que rápidamente arrasó con la región pronto halló a sus líderes.

Sería una exageración decir que los rebeldes atacaron y se hicieron del control de los pueblos en los primeros días de la lucha: avanzaron por montones sin encontrar resistencia alguna... Para ese momento la masa rebelde no sólo tenía nombre (Ejército Católico o Católico y Real), sino también un conjunto de líderes reconocidos (Bonchamp, d'Elbée, Stofflet, entre muchos otros).

Hubo tres etapas en la guerra de 1793: 1) la expansión rebelde (hasta finales de junio), 2) contención y desgaste (hasta mediados de octubre), 3) retirada (hasta finales de año). Las líneas divisorias fueron las derrotas de los vandeanos en Nantes (29 de junio) y en Cholet (17 de octubre).

De hecho, la expansión rebelde había sido bastante contenida después de las primeras semanas de la revuelta. Luego, ya sólo fue cuestión de capturar, ceder y recapturar ciudades a lo largo de las fronteras de la Vendée, culminando con la toma Saumur (9 de junio) y de Angers (12 de junio). Los vandeanos no ocuparon estas ciudades: se apoderaron de ellas, las saquearon, instalaron turbios gobiernos provisionales, luego se retiraron. Durante todo este periodo, el gobierno de la República cambiaba de planes, nombraba y reemplazaba generales, hacía acusaciones de traición, enviaba expediciones, y en general no lograba enfrentarse a la rebelión de manera firme y directa.

Los altos mandos del Ejército Católico y Real mejoraron su organización y disminuyeron su arrojo. El cerco gradual y el agotamiento de los vandeanos culminó con su derrota en Cholet, lo cual obligó a los desesperados rebeldes a exiliarse al norte del Loira.

Luego vino la huida: ya no existían esperanzas de una contrarrevolución, los ejércitos estaban destrozados. En una incursión a ciegas a Granville para “reunirse con los ingleses”, los rebeldes, ya para entonces una masa confusa de hombres, mujeres, niños, carretas, animales y enseres domésticos, entraron y salieron de Laval, Mayenne, y Avranches; rechazados en Granville, los pocos que quedaban retrocedieron hacia el Loira. Fueron repelidos en Angers, pero todavía lograron tomar La Flèche y luego Le Mans. Después de tratar de volver a cruzar el Loira para ir a sus propios territorios, los sobrevivientes fueron destrozados en Savenay, justo antes de Navidad. Ese fue el fin de la gran guerra.

No fue, sin embargo, el fin de la Vendée. Los líderes que quedaban organizaron como pudieron un ejército que siguió causando problemas a los republicanos durante otro año. Esta “segunda guerra” terminó con una amnistía y el tratado de La Jaunais (febrero de 1795), pero poco después, los líderes, incitados por las promesas de ayuda de los emigrés y de los ingleses, volvieron a la carga. De desastre en desastre, fueron acallados definitivamente en marzo de 1796, pero ninguna de estas insurrecciones, ni las que les siguieron, se acercaron a la magnitud de la primera.

Al norte del Loira, la Vendée dejó algo más que recuerdos. Más o menos al mismo tiempo que los rebeldes sobrevivientes vagaban por la zona, a finales de 1793, comenzó la Chouannerie. Los chuanes eran grupos guerrilleros que trataban de dañar a los republicanos donde y como fuera posible. En cuanto a ánimo y composición, la Chouannerie se pareció bastante a la guerra más convencional al sur de la Loira, pero su forma fue más variada, a mucho menor escala; floreció (a diferencia de la gran contrarrevolución) en Bretaña, Maine, Normandía, y al norte de Anjou.

La historia tradicional de La Vendée

Con una serie tan espléndida de aventuras, no es ninguna sorpresa que haya un vasto folclor y abundante literatura relacionada con la Vendée: Balzac, Hugo, Dumas, Scott, Trollope, Michelet, Carlyle, y Taine, dedicaron páginas melodramáticas a su esplendor. Ni siquiera es sorprendente que los académicos y la gente sigan hablando de sus héroes, batallas y causas favoritas. Pero la importancia de la contrarrevolución no es simplemente que haya sido pintoresca: es una parte esencial de la Revolución misma. En 1793 Bertrand Barère la llamó “el incendio político que devora el corazón de la nación” (Walter, 1953: 225).

Los campesinos se oponían a la revolución. ¿Por qué? La respuesta más fácil es que se había llenado las cabezas de los campesinos de la región de una mentalidad y una serie de motivos estandarizados, extraídos a partir de ideas generales de carácter campesino y de las causas para oponerse a la revolución (véase Tilly, 1963). Es posible que la actitud del analista hacia la Revolución en su conjunto determine su elección de motivos apropiados.

Lo que este procedimiento supone es que la contrarrevolución fue resultado del estado mental del campesinado en el momento de la rebelión, y que las causas que deben buscarse son las influencias o acontecimientos que produjeron dicho estado mental. Como evidencia de ello, el historiador puede utilizar las observaciones de los testigos y las declaraciones de los propios rebeldes.

La tradición reconoce la posibilidad de unos pocos “motivos” posibles de la contrarrevolución: 1) realismo, 2) oposición a la conscripción militar, 3) apoyo a la religión, también llamado “fidelidad”, “fanatismo”, o “servilismo”, 4) intereses propios entre los líderes, aunados a lealtad acrítica entre la mayoría los rebeldes (véase Bois, 1960: 579-594). Cada escritor ha elegido alguno de estos motivos o ha ofrecido una combinación de ellos.

Tarde que temprano se establecieron las causas de la contrarrevolución. En el año iii, Lequinio, miembro de la Convención, ya declaraba:

Las primeras causas de esa desastrosa guerra son conocidas: 1. la ignorancia, fanatismo y servilismo de los campesinos; 2. el orgullo, riqueza y perfidia de los antiguos nobles; 3. la criminalidad e hipocresía de los sacerdotes; 4. la debilidad de la administración gubernamental, los intereses especiales de los administradores y sus favores ilegales a sus parientes, granjeros y amigos. (Año

iii

: 10-11).

La afirmación de que las causas de la contrarrevolución son bien conocidas es una de las introducciones más comunes a sus relatos. Sin embargo, es precisamente sobre la cuestión de la motivación que han surgido los grandes debates sobre la Vendée.

La tesis del realismo aparece así: los campesinos eran oprimidos por el nuevo régimen y fueron impactados por la abolición de la monarquía y la muerte del rey, así que se rebelaron. Como puede imaginarse, sólo autores muy identificados con la nobleza y la contrarrevolución han presentado esta teoría en su forma pura.

Lo que da unidad a explicaciones diversas de la Vendée es que todas afirman haber identificado en términos generales los motivos conscientes de quienes participaron en la rebelión de marzo de 1793. Sin duda toda reconstrucción de algún acontecimiento histórico implica plantear algunas propuestas acerca de las motivaciones humanas; sin duda, parte de esta carga del historiador es describir los motivos de los participantes en acciones cruciales del pasado. Pero es posible cambiar el énfasis. Puede comenzarse con preguntas acerca de la organización y composición de los grupos que apoyaron la Revolución y la contrarrevolución; acerca de las relaciones entre los principales segmentos de la población antes y durante la Revolución; acerca de la conexión entre los cambios rápidos y drásticos de la Revolución y la contrarrevolución, y de los cambios más generales y graduales que ocurrieron en la Francia del siglo xviii. Estas preguntas se presentan en forma natural en el análisis de un sociólogo acerca de un movimiento social efervescente y son las que han guiado mi investigación sobre los orígenes de la Vendée.

Una perspectiva sociológica

Interesarse por la organización social requiere de un enfoque comparativo. Necesitamos una comparación sistemática del occidente contrarrevolucionario con aquellas zonas de Francia que apoyaron la Revolución. Tal comparación debe contener al menos tres elementos: 1) de modo general, cómo afectaron a la Vendée y a los segmentos revolucionarios del país los grandes cambios sociales que prepararon a Francia para la Revolución; 2) las principales divisiones de la población y las relaciones entre ellas; 3) la organización, composición, y relaciones entre las partes de la población que apoyaron la Revolución y aquellas que se resistieron a ella; y hay otra parte esencial del análisis de la Vendée que no requiere una comparación tan directa: 4) la relación entre lo ocurrido antes de 1793 y el brote contrarrevolucionario mismo. Estos son los cuatro problemas que deberían resolverse al estudiar la Vendée.

Este modo de plantear el problema de la Revolución y la contrarrevolución tiene una virtud especial: hace que sea más sencillo observar la relevancia para la Vendée de una buena parte del pensamiento sociológico acerca de la naturaleza de la sociedad rural y del cambio social.

Dos líneas de pensamiento acerca de la sociedad moderna dan forma al marco de este análisis de la Vendée. La primera concierne al amplio conjunto de cambios sociales que comúnmente acompaña al crecimiento en tamaño e influencia de las ciudades: el proceso de urbanización; la segunda tiene que ver con la organización de las comunidades rurales.

El aumento del tamaño, número e influencia de las ciudades es sólo un aspecto dentro de un conjunto de cambios que han ocurrido simultáneamente en el crecimiento de las sociedades modernas. Llamaré a este conjunto de cambios “urbanización”, pero no debido a la convicción de que el crecimiento de las ciudades sea lo que causa los demás.

Una visión general de la urbanización es muy útil para el análisis de la relación entre las características generales de la organización social del occidente de

Francia y la naturaleza de su respuesta a la Revolución, pero no toma en consideración los medios a través de los cuales los cambios sociales generales afectan al individuo. Es conveniente observar esta parte del análisis a través del concepto de organización comunal, ya que la inmensa mayoría de los ciudadanos del occidente del país, predominantemente campesinos, vivía en comunidades rurales. Destacaré las divisiones y relaciones existentes dentro de la comunidad rural, así como los modos en los que variaban de una comunidad a otra, de región en región, en el occidente de Francia.

Este es precisamente el punto en el que las dos líneas de análisis convergen. La urbanización implica cambios en la organización de la comunidad, y los que requieren de nuestra atención son los que resultan de la mayor participación de los miembros de las comunidades rurales en un conjunto de actividades, normas y relaciones sociales que trascienden los límites de sus propias localidades; por ejemplo, la producción para un mercado nacional, la participación en la política y la exposición a los medios de comunicación masivos parecen haber tenido efectos más o menos regulares en la organización de las comunidades rurales.

Una última cuestión a la que este camino nos conduce es la naturaleza de los cambios en el occidente de Francia durante la propia Revolución. Algunos de los más importantes, es decir la centralización del poder gubernamental, el aumento de la importancia de la burguesía y la redistribución de la propiedad, entre otros, fueron de muchas maneras la continuación acelerada del proceso general de urbanización. Pero en buena medida también fueron introducidos o impuestos desde fuera de la región, y los grupos que los establecieron intentaron hacerlos operar ahí más o menos de modo uniforme. En donde ya existían los prerequisites para una transformación tan rápida, es decir, donde más había avanzado la urbanización, el proceso transcurrió con relativa calma, pero en los sitios en los que faltaban se produjo un conflicto violento. Ahora bien, esta declaración no es más que una aproximación, por cierto, con un aire de circularidad, sin embargo, también sirve para poner algo de orden en el estudio de la Vendée y del cambio social en el occidente de Francia.

Prospectiva

Al tratar de responder el tipo de preguntas que he propuesto, podríamos tratar de reunir información detallada en las publicaciones existentes en torno a todas las secciones de esta parte de Francia, y así de una vez tendríamos las respuestas para toda la región. Sin embargo, las fuentes publicadas resultaron poco confiables y bastante incompletas, y se puede vislumbrar un mínimo esencial de información sobre cada una de las secciones tanto de los archivos como de las publicaciones existentes. Pero ese procedimiento supone que el investigador comienza con un plan maestro, que ya sabe qué información será crucial y estará disponible, y puede consultar con facilidad un amplio número de fuentes, y este estudio no cumplía con ninguna de esas condiciones, así que elegí un tercer camino: revisar con profundidad los registros disponibles para una parte pequeña, aunque importante, del occidente, e incluso los de unas cuantas comunidades, y luego decidir si las conclusiones más significativas así alcanzadas podrían funcionar para otras partes de la zona. Este estudio se basa en buena medida en el análisis de documentos, y los documentos tratan principalmente de la parte de Anjou al sur del río Loira. El sur del Anjou tiene la ventaja de incluir una sección cuyos habitantes cooperaron más o menos con la Revolución y evitaron la contrarrevolución, y otra que fue el lugar de origen de la rebelión. Además de estudiar un área extensivamente, me he esforzado mucho en determinar si las condiciones que se presentaron en el sur del Anjou también ocurrieron en otras partes del occidente del país.

Revolución

Una de las tautologías favoritas entre quienes estudian un levantamiento político es que para que ocurra una revolución debe haber una “situación revolucionaria”. A menudo se supone que esto significa que en una sociedad propensa a la revolución (excepto quizá en la élite en turno) existe la necesidad de un cambio radical. Sin embargo, una sociedad no es como un queso en el cual no importa cuán delgada sea la rebanada, siempre sabrá a queso.

La revolución de 1789

Ciertamente es difícil imaginar si habría existido una gran revolución en 1789 si Francia sólo hubiera estado conformada por la zona occidental, o por territorios semejantes a éste. Es difícil incluso imaginar una Revolución sin París. Recién ocurrido el coup d'état de Napoleón, De Tocqueville (1955: 76-77), opinó que “entre las razones del colapso de los diversos gobiernos que han surgido en Francia en los últimos 40 años, las principales son la centralización administrativa y el predominio absoluto de París”.

¿Cuál fue la naturaleza de los cambios revolucionarios que afectaron a la Francia provincial? Nuevamente De Tocqueville resulta de gran ayuda. Al menos en la discusión acerca de las instituciones gubernamentales, destacó la continuidad entre los avances del viejo régimen y los cambios de la Revolución. En cierto sentido, la Revolución no derrocó, más bien aceleró. Apresuró la formación de un tipo “moderno” de propiedad, libre de muchos derechos y obligaciones privados, y aceleró la transferencia de propiedad al Tercer Estado; cultivó la preeminencia de París; apuró la construcción del Estado-Nación centralizado, con su administración uniforme y su exigencia de una amplia participación. Dio un mayor ímpetu al crecimiento de asociaciones políticas, periódicos, medios de comunicación y de opinión; difundió una especie de racionalización económica y de expansión de mercado, combinando la erradicación de controles personales y locales a través de la fortificación de los controles nacionales e intensificó muchos de los cambios generales asociados con la urbanización. En este sentido, la gran Revolución Francesa fue un anticipo de las poderosas revoluciones “modernizadoras” y “nacionalizadoras” de países como Egipto, Japón o Argentina.

Por supuesto, la Revolución también revirtió algunas tendencias de la sociedad francesa: los intentos de la alta nobleza de reafirmar su influencia en el gobierno francés e impedir el acceso de nuevos personajes a ciertas posiciones elevadas de honor y de poder, la ratificación de los derechos fiscales por parte de los terratenientes nobles, la decadencia del monasticismo. Aun así, en términos generales, la Revolución continuó con el trabajo del antiguo régimen; por ello, al parecer la Revolución encontró una mayor aceptación en los sectores más

urbanos de la sociedad francesa. De nuevo, “urbano” es un término elástico, pues se aplica más para las ciudades grandes que para las pequeñas, más para la ciudad que para el campo, pero también más para áreas con mayor intercambio comercial que para las estancadas; más a personas involucradas en el comercio y la industria que a quienes se relacionan con la tierra; a los dueños de propiedades “capitalistas” más que “feudales”, a comunicadores y coordinadores más que a quienes éstos servían o controlaban; más a los móviles que a los inmóviles.

Sin duda la réplica apropiada a tan contundente resumen es “¿a qué Revolución te refieres?”. Después de todo, Georges Lefebvre (1947) distinguía cuatro revoluciones sobrepuestas: aristocrática, burguesa, popular y campesina, sin siquiera ir más allá de 1789. Sin embargo, hay una especie de áspera unidad en los cambios principales de los inicios de la Revolución. En última instancia esa compleja unidad quizá no encuentra mejor formulación que en el famoso lema: Liberté, égalité, fraternité.

Una de las bases de esta unidad fue seguramente la prominencia de la burguesía francesa en los acontecimientos y reformas de la Revolución: en este sentido, también había cierta continuidad con el antiguo régimen. Durante todo el siglo xviii, la burguesía (la observación es tan vieja como Guizot) se fortalecía y tenía mayor conciencia de sí misma: la Revolución aumentó de golpe el poder político de esta clase. En términos de Marx, el sistema “feudal” de clases se colapsaba, y el sistema de clases “capitalista” surgía de sus cenizas. También en términos de Marx, los burgueses fueron los principales agentes y beneficiarios de la Revolución.

Planteo estas generalidades poco sutiles y en buena medida comunes para devolver a las experiencias del occidente de Francia su contexto histórico, para caracterizar los cambios externos a los que el occidente tuvo que responder durante los primeros momentos de la Revolución, y para sugerir que la Vendée no era el tipo de región de la cual podríamos haber esperado encontrar un apoyo ferviente a la Revolución. Uno de los marxistas más comprometidos entre los historiadores recientes (Guérin, 1946: 10) resumió la situación de esta manera: “Las condiciones arcaicas de la propiedad de tierra y de la agricultura en ciertas regiones como la Vendée y Bretaña habían servido para mantener a estas provincias en la oscuridad del sometimiento”. Hippolyte Taine (1876: 32), con una inclinación significativamente distinta, decía de la Vendée que era “uno de los pocos remanentes del buen espíritu feudal” que quedaba en la Francia de 1789.

Si las consideramos a detalle, ambas afirmaciones son bastante erróneas, pero son también bastante correctas al señalar la especificidad de la situación social de la Vendée. Menos urbana en general que el resto de Francia, pero llena de nuevas ciudades en crecimiento, con una burguesía más débil que la de otros lugares, pero sabedora de su fuerza creciente, la Vendée no estaba lista para la revolución, pero estaba madura para la agitación.

La experiencia del occidente

Podemos comenzar la discusión detallada de la Revolución con la fecha relativamente poco convencional de 1787. Ese año, la reforma de Loménie de Brienne estableció una serie de asambleas, organizadas de manera uniforme en toda Francia, en la comunidad individual, la elección, la provincia, y la generalidad. Además, se formaron “comisiones interinas”, es decir, cuerpos ejecutivos diseñados para llevar a cabo el trabajo de las asambleas provinciales en cada una de sus reuniones. En tanto que precedente y como entrenamiento práctico, dichos nuevos acuerdos fueron más importantes de lo que se pensaba. Como precedente, porque (aunque las elecciones planeadas nunca tuvieron lugar), la reforma establecía el principio de asambleas representativas en toda la nación, al tiempo que combinaba la doble representación del Tercer Estado con el voto por cabeza en lugar de por Estado. Como ensayo práctico porque (aun cuando las asambleas lograban poco y probablemente no tenían otra intención que ratificar nuevos impuestos), el nuevo acuerdo le dio a toda una generación del ambicioso Tercer Estado su primera probada de administración pública.

Estos agentes, quienes hasta entonces no habían sido más que delegados de los pobladores, sólo recibieron un mandato limitado para llevar las cuentas, enviar avisos para las faenas, los impuestos, el reclutamiento, todo bajo la autoridad de los oficiales reales, el subdelegado e incluso el señor, y con el riesgo de multas arbitrarias. Las nuevas elecciones los volvieron de golpe representantes verdaderos de la comunidad, intermediarios entre ella y el poder central, dotados de su propia autoridad, lo que dejaba las relaciones serviles a los subordinados. Dondequiera que era posible, estas modestas funciones, hasta entonces impuestas a simples campesinos, fueron por primera vez aceptadas con orgullo, e incluso buscadas con entusiasmo por el pequeño número de nobles menores, funcionarios, senescales, rentistas, notarios, terratenientes “relevantes en términos de riqueza o crianza” en sus parroquias.

La recién descubierta distinción de “ser importante” continuó en la primera fase de la Revolución. Para la historia local de los inicios de la Revolución, y no sólo en el sur de Anjou, es posible que la reforma administrativa de 1787 haya sido

mucho más importante de lo que se suele reconocer.

Por otra parte, nadie ha olvidado la importancia de los Estados Generales de mayo de 1789, las asambleas locales y regionales que precedieron al congreso nacional, o la redacción de los cahiers de doléances (cuadernos de quejas), que acompañaban dichas reuniones.

Esto nos lleva a uno de los efectos importantes de la convocatoria de los Estados Generales: sirvió para “politizar” cuestiones locales y alianzas personales, al hacer que parecieran relevantes para los problemas y las alianzas nacionales. Cuando la gente en las comunidades rurales comienza a reconocer la relación entre lo que ocurre en sus hogares y lo que ocurre en la nación es un momento trascendental en el desarrollo de un Estado moderno. Toda una serie de acontecimientos en los inicios de la Revolución (la reorganización de los gobiernos locales, la Constitución Civil del clero, los cambios en los impuestos, la conscripción militar universal, las frecuentes elecciones, así como la convocatoria de los Estados Generales) hicieron que los pobladores franceses inevitablemente tuvieran conciencia de su ciudadanía; en Anjou, como en todas partes, la repentina proliferación de panfletos y periódicos reforzaba esta nueva conciencia.

Respuesta a la Revolución

Cuando se trata de dar seguimiento a la respuesta del sur de Anjou a acontecimientos tan emocionantes del comienzo de la Revolución, la toma de la Bastilla o la “abolición del feudalismo” el 4 de agosto, surgen de inmediato algunos problemas. Todas las fechas relevantes de París recibieron su reconocimiento ritual, a menudo incluso más en Angers, Saumur y en otras ciudades importantes, pero nadie ha reunido la información existente acerca de quién celebró qué, y cómo, fuera de las grandes ciudades. Por ello, las numerosas afirmaciones en el sentido de que “la Revolución fue recibida con alegría” en Anjou dejan sin respuesta la pregunta “¿por quién?”. Es claro que no hubo una oposición importante y vociferante a las principales reformas de la Revolución en el sur de Anjou antes de finales de 1790.

No hubo una respuesta concertada a otros acontecimientos en el primer semestre de la Revolución [...] Tampoco parece que la nacionalización de las propiedades de la Iglesia haya incitado al clamor, pese a los gritos que se escucharon un año después, cuando se acercaba la venta de dichas propiedades.

Los impuestos son otra historia. Muchos angevinos, al igual que otros franceses, sentían que, si había habido una Revolución, obviamente lo que seguía era la abolición de los impuestos. Especialmente el oneroso impuesto a la sal. A finales de agosto de 1789, las autoridades de Beaupréau reportaron que “todo el mundo está tratando de evitar el pago de cualquier impuesto. Ha habido bandas armadas cerca del Loira que han cometido todo tipo de violencia contra los funcionarios de la gabelle [impuesto a la sal], a quienes desarmaron. La gente va a Bretaña por sal que luego vende públicamente en muchos pueblos” (A.D. M-et-L C 186). Cuando llegaron los reportes oficiales sobre esta abolición extralegal del impuesto a la sal, en el sentido de que no sólo era prematura sino también financieramente inaceptable, las comunidades en todo Anjou enviaron delegados a una manifestación el 6 de octubre, y la protesta fue llevada efectivamente a la cima del gobierno nacional (Port, 1878: I, 83-85). Del mismo modo, las esperanzas de una revisión o abolición de los impuestos no sólo incitaron la resistencia a su recaudación, sino también numerosas disputas sobre la apropiada

distribución de éstos. En el Saumurois, es significativo señalar que hubo un gran número de exigencias de que a las “personas antes privilegiadas”, básicamente los nobles, se les cobraran impuestos más altos. Otro conjunto de cambios revolucionarios que obtuvo una respuesta decisiva en el sur de Anjou fue la reorganización de las disposiciones territoriales del gobierno. Igual que los cambios en los impuestos, esta reorganización representó una oportunidad espléndida para “politizar” los asuntos locales; las rivalidades y ambiciones locales adquirieron importancia nacional (véase Tilly, 1961 y 1962).

Es útil relacionar de este modo los Cuadernos de Quejas con las principales tendencias políticas, pero nos dice poco sobre cuestiones específicas importantes en 1789. Por esto, los he retomado para identificar las querellas y propuestas más comunes y ver cómo éstas variaban entre una parte y otra en el Sur de Anjou.

Tomemos todos los puntos mencionados en al menos 10% de las quejas, y les añadimos la venta de las propiedades de la iglesia y la reforma de los derechos “feudales”. Esto nos da una lista de 24 puntos que corresponden a cuatro temas principales: 1) impuestos, 2) gobierno, 3) terratenientes, 4) clero. Un cuadro para cada tema permite mantener el número de puntos en discusión en un número suficientemente pequeño como para que resulte manejable (al examinar las quejas asigné una puntuación completa a determinados puntos donde había propuestas o reclamos explícitos, y media puntuación a las indirectas; así, algunos porcentajes en los cuadros que siguen se basan en 9.5 o 10.5 casos). La primera categoría, y la más discutida, es la de los impuestos. El cuadro 1.1 presenta la distribución de quejas por distrito.

Cuadro 1.1

Impuestos. Porcentaje de declaraciones que mencionan la queja por distrito

Queja	Angers	Vihiers	Cholet	St. Florent	Total
Se necesita una reforma fiscal general	67	94	76	47	57
Los tres estados deben pagar los mismos impuestos	88	62	85	67	75
Impuesto a la sal	100	94	92	93	94
Abolir aranceles al transporte de bienes dentro del país	83	59	89	88	83
Quejas en contra del impuesto por transacciones jurídicas	75	81	61	47	62
Quejas sobre las propiedades absolutas (<i>franc-fief</i>)	67	53	88	70	73
Número de casos	12	16	33	30	91

El primer mensaje del cuadro es que todos se quejaban de los impuestos. Había mucho más acuerdo en estos puntos que en cualquier otro de los que aparecen en las Quejas. El impuesto a la sal, la infame gabelle, era aparentemente el más aborrecido de todos. Las quejas sobre los aranceles en el comercio interno, los Traites, también eran muchas, y tres cuartas partes de las comunidades detestaban la distribución desigual de impuestos entre las propiedades. En lo tocante a las propiedades absolutas, que agobiaban a los plebeyos que tenían tierras “nobles”, hay una correlación plausible entre la intensidad de las quejas y 1) la extensión de estas propiedades, 2) la presencia de burgueses adinerados administradores de propiedades. Casi 90% de las quejas del Distrito de Cholet, donde la propiedad noble era ciertamente la más amplia, protestaba contra las propiedades absolutas. De otra forma, además de una pequeña tendencia en las comunidades de St. Florent a tener menos quejas que los demás, no había diferencias sistemáticas entre las cuatro áreas en cuanto a los impuestos.

Había cuatro puntos comunes en las Quejas que pueden agruparse en el rubro de gobierno: objeción a los jurés-priseurs (tasadores jurados), la conscripción militar, y el mal funcionamiento de las cortes reales, así como la necesidad de reformas generales al gobierno. Los jurés-priseurs eran los funcionarios menores que incautaban propiedades por sentencias judiciales o deudas; eran el flagelo de los pobres. La cuestión de la conscripción militar amerita una mención especial porque un número considerable de autores (sin duda influidos por el conocimiento de que el primer episodio de violencia de la contrarrevolución en marzo de 1793 apareció como resistencia al reclutamiento), han postulado un rechazo extraordinario al servicio militar entre los pobladores de la Vendée. Los otros dos puntos, el mal funcionamiento de las cortes y la necesidad de reformas generales, tal vez se explican solos. La distribución de las quejas se presenta en el cuadro 1.2.

La cuarta y última parte de las Quejas consiste en recomendaciones con respecto al clero. El alcance de dichas recomendaciones era amplio, pero el acuerdo era menor que en cualquier propuesta particular o queja sobre los impuestos, el gobierno, o la nobleza. Los sacerdotes y el alto clero tenían más o menos la misma atención, pero algunas de las recomendaciones con respecto a los curas de parroquia tenían la finalidad de mejorar su situación, mientras que no ocurría lo mismo en los comentarios en torno al alto clero. Tanto para el diezmo como para la venta de las propiedades de la iglesia, no es difícil separar las quejas dirigidas a los curas de parroquia de aquellas para el alto clero, de modo que es

posible hacer una comparación aproximada de las actitudes hacia los dos grupos. Las cifras importantes se presentan en el cuadro 1.3.

Cuadro 1.2

Gobierno. Porcentaje de declaraciones que mencionan una queja, por distrito

Queja	Angers	Vihiers	Cholet	St. Florent	Total
Objeción a los <i>jurés-priseurs</i>	75	62	52	50	56
Conscripción militar	17	62	48	37	43
Mal funcionamiento de las cortes reales	67	69	39	65	57
Necesidad de reforma general al gobierno	33	19	15	7	15
Número de casos	12	16	33	30	91

Cuadro 1.3

Clero. Porcentaje de declaraciones que mencionan la queja, por distrito

Quejas	Angers	Vihiers	Cholet	St. Florent	Total
Los ingresos de las comunidades religiosas deben reducirse	21	50	39	20	32
Las comunidades religiosas deben reformarse o abolirse	8	25	21	8	16
En contra de los beneficios para titulares ausentes	25	12	12	4	11
En contra del diezmo recibido por los sacerdotes	4	19	15	5	11
En contra del diezmo recibido por gente de fuera	17	34	12	10	16
Las propiedades del clero superior deberían venderse	12	12	2	7	7
Las propiedades de los sacerdotes deberían venderse	0	0	0	0	0
Los sacerdotes deberían tener ingresos más altos	8	41	15	13	18
Mejorar las condiciones de los vicarios	25	66	30	17	31
Número de casos	12	16	33	30	91

¿Cuál es la importancia general de estos Cahiers de doléances? Primero, la comparación de Val-Saumurois con Mauges confirma las conclusiones derivadas del análisis anterior de las categorías de Quejas de Le Moy. La oposición a los privilegios tradicionales de los terratenientes nobles era mucho más común en Val-Saumurois, al igual que el apoyo abierto al partido “burgués” en la disputa entre Walsh y sus enemigos; más aún, las quejas de Val-Saumurois normalmente incluían programas comprensivos de reforma. Es probable que estos programas reflejaran un descontento mayor y orientado políticamente hacia el antiguo régimen, así como una mayor participación en los debates políticos que precedieron a los Estados Generales y la influencia directa de las Quejas modelo que circulaban en ese momento.

Las cuestiones más cercanas a la política formal, los impuestos y la administración gubernamental generaban muchos más comentarios y más acuerdos que los problemas de la nobleza y el clero. Pienso que la explicación está en que los autores de las Quejas no estaban seguros de que fuera apropiado legislar, crear políticas públicas o pronunciarse en público en torno a las posiciones tradicionales de las tres clases. Sospecho que no es que simplemente estuvieran menos interesados en los curas y nobles; el lugar de estos grupos en la sociedad francesa todavía no era claramente un asunto político,. Sin embargo, los representantes de la Val-Saumurois estaban mucho más dispuestos a considerarlo así, y en ese sentido limitado bastante más cerca de plantear peticiones revolucionarias.

Esto conduce a un punto mucho más general: las propuestas de reformas fundamentales eran significativamente más comunes en Val-Saumurois que en Mauges. A juzgar por los Cuadernos de Quejas, en Mauges estaban menos preparados para la Revolución.

Las Quejas no eran de manera alguna simplemente la voz del campesinado; no proponían de manera uniforme una reforma fundamental. Los campesinos nunca estuvieron muy comprometidos con el éxito de la Revolución, y en realidad tampoco tenían mayor interés en su derrota como revolución política.

Servicio militar

Retomando la cuestión de la “actitud” hacia la Revolución misma, podemos revisar la disposición de los ciudadanos a realizar el servicio militar de la nación. Los franceses tuvieron varias oportunidades de hacerlo: en las milicias que se formaron en varias ciudades cuando se difundieron las primeras noticias sobre la Revolución desde París; en las distintas formas en las que se organizó la Guardia Nacional, y más tarde, de modo más amplio, en los reclutamientos para los ejércitos revolucionarios de 1791; más tarde todavía, en la respuesta a la leva de 1793 (que fue el comienzo de la guerra civil abierta en la Vendée), y luego en las levées en masse, intentos de conscripción masiva para la guerra europea. En su conjunto, la respuesta civil a estos llamados al servicio todavía no ha sido estudiada por el historiador, tanto para Francia como nación, como para Anjou. Cuando se escriban los recuentos, seguramente no serán de interés tan sólo para el historiador militar. El entusiasmo de los reclutamientos debe haber tenido algo que ver con el alcance del patriotismo de ese momento, y la respuesta a la conscripción tendría que ser una medida de la fuerza del principio de ciudadanía. La evidencia que he podido reunir acerca del sur de Anjou es lamentablemente escueta para 1789 y 1790, los años previos a que el conflicto entre los partidos a favor y en contra de la Revolución se volviera tan abierto y general como para transformar por completo el significado de ser voluntario para servir a la patria. Es mucho más abundante para 1791 y posteriormente. Hasta donde sabemos, la evidencia no revela la unanimidad o un entusiasmo amplio. Más bien anticipa los capítulos finales de este libro y destaca las profundas divisiones de clases, subregiones y partidos en el sur de Anjou antes de que se manifestara abiertamente la contrarrevolución.

Antes de 1791, la organización de una milicia o Guardia Nacional era casi en su totalidad un asunto de las ciudades [...] los altos mandos de esos grupos eran premios por los que los ciudadanos estaban dispuestos a luchar. Y a veces los enfrentamientos adquirían matices de clase, partido o conflicto de facción. Por ejemplo, en Saumur, en febrero de 1790, los ciudadanos de los “districts des ponts et château” (distritos de los puentes y el castillo) se quejaron de que los “aristócratas” habían pervertido los propósitos de la milicia al haber formado un

grupo especial privilegiado, con uniformes distintivos, “que veía a los otros ciudadanos como escoria” (A.N. D IV 10); más o menos al mismo tiempo se supo de informes similares llenos de ira desde Montreuil-Bellay (A.N. D XXIX 58) y hay indicios de que ciudadanos importantes de Cholet buscaban excluir a los simples campesinos de su Guardia (A.N. D IV 40). Aunque lamentables, estas tormentas en un vaso de agua no son muy sorprendentes: su única importancia para nosotros es que nos informan acerca de las distinciones que había en muchas ciudades del sur de Anjou. En los inicios de la Revolución había Guardias, contando tres de Le May sólo hay otros 13 reclutamientos repartidos entre las demás comunidades del distrito. Es decir que las ciudades y los principales poblados de la industria textil, que también eran los centros del fervor revolucionario, fueron los proveedores de la mayoría de los reclutas. Así, la correlación entre fervor revolucionario y reclutamientos se mantiene.

La siguiente pregunta lógica es acerca de la identidad de los reclutas. Es posible responder esa pregunta con gran detalle para el caso del Segundo batallón, que se reclutó entre enero y octubre de 1792 (A.D. M-et-L 1 L 598 bis). Los registros bien conservados describen a los reclutas con detalle: hasta el color de sus cejas, incluso en ocasiones hasta la tonalidad de su patriotismo; la gran mayoría eran hombres jóvenes y solteros. De los 268 admitidos al Batallón provenientes del sur de Anjou hay información ocupacional sobre 221. El cuadro 1.4 expresa la distribución ocupacional de los reclutas por distrito.

Si tomamos en cuenta la distribución actual de estas categorías ocupacionales entre la población general, es evidente que los artesanos, y especialmente los burgueses, contribuyeron con mucho más de la parte de reclutas que les correspondía, mientras que los campesinos están significativamente subrepresentados. La anterior no es una mala descripción de los tipos de apoyo a la Revolución.

Cuadro 1.4

Distribución ocupacional de los reclutamientos, 1792

Distrito	Número total de reclutamientos	Porcentaje de reclutamientos*			
		Burguesía	Artesanos	Campesinos	Otro
St. Florent	30	5.9	94.1	0.0	0.0
Cholet	52	35.7	54.8	7.1	2.4
Vihiers	11	25.0	50.0	0.0	25.0
Angers	0	-	-	-	-
Saumur	175	29.9	55.8	4.6	9.7
Total en el sur de Anjou	268	29.0	58.4	4.5	8.1

*Calculado a partir de los 221 reclutamientos identificados por ocupación.

La información, y las conclusiones que sugiere, invitan a hacer un par de objeciones. Primero, no hay necesidad de exagerar la precisión mecánica con la que las divisiones de clase o de región separaban a los verdaderos partidarios de la Revolución del resto de la población: había patriotas en ambos lados, tanto en el campo como en las ciudades; algunos burgueses eran ávidos contrarrevolucionarios y otros no se decidían y había campesinos que apoyaban la Revolución. Muchos rasgos del análisis de la organización de la comunidad presentados en capítulos anteriores (por ejemplo, la investigación de patrones matrimoniales) sugieren otras variables que incuestionablemente afectaron las alianzas personales y la alineación partidaria. La información más microscópica de la que disponemos sobre política comunal en el sur del Anjou se resiste a encajar únicamente en las categorías de clase y localidad, y más bien exige de intuiciones sobre parentesco, amistades familiares, los remanentes de viejas rencillas, entre otras [...] La lección: las categorías de clase, localidad y partido explican mucho, pero no lo explican todo.

La segunda objeción concierne el carácter de quienes apoyaban la Revolución. Es tentador pensar en ellos como “radicales” temerarios de ojos ardientes (después de todo estaban ayudando a hacer una gran Revolución). El hecho es que, al igual que otras agrupaciones políticas, su grado de fervor, convicción y seguridad variaba dentro de un gran rango. Por ejemplo, con respecto al servicio militar, uno de los reproches de los primeros contrarrevolucionarios en marzo de 1793 fue que, al asumir los cargos, los servidores públicos revolucionarios se habían protegido del auténtico servicio militar.

Emigración

Otro tipo de evidencia es pertinente en esta discusión. Exceptuando la deportación de muchos sacerdotes y el regreso ocasional de los nobles de Anjou de la compañía de los emigrados, no se ha discutido mucho sobre la emigración en relación con la Vendée. Es difícil interpretar tasas brutas de emigración: ¿miden la antipatía a la Revolución?, ¿o acaso reflejan la cantidad de conflictos internos en el área?

Me inclino por la segunda interpretación. Donald Greer (1951) ha mostrado sin duda alguna la relación general entre turbulencia política durante la Revolución y las tasas departamentales de emigración en Francia. En los centros de las tormentas revolucionarias como Burdeos, Lyon y Toulon hubo muchos emigrantes, del mismo modo que en departamentos igualmente contrarrevolucionarios como Mayenne. La correlación amerita atención: la gente parece haber huido tanto del conflicto como de la Revolución.

Los departamentos de occidente fueron un bloque con una emigración excepcionalmente alta; sin embargo, sus listas de emigrantes fueron infladas tanto por la cantidad excepcional de sacerdotes exiliados como por la inclusión de muchos contrarrevolucionarios que no habían salido del país, pero que habían abandonado sus hogares, entrado a la clandestinidad o habían muerto en combate. Es interesante preguntar, por tanto, si la mayor parte de los nombres en las listas de emigrantes provenían de las secciones contrarrevolucionarias de esos departamentos. En el caso del sur de Anjou la respuesta es no.

Para llegar a esa respuesta simplemente he aplicado el procedimiento de Greer, en miniatura, a los cantones y distritos del sur de Anjou. Es decir, he tomado la lista general de emigrantes hasta octubre de 1793 del departamento de Maine-et-Loire (A.D. M-etL 15 Q 271–280, 1 L 398 bis), y asignado las personas que figuraban en ella a cantones y distritos y saqué el número de personas que habían sido incluidas en la lista por haber servido en comités contrarrevolucionarios en 1793. Es posible que hubiera muchos otros no emigrantes de este tipo en la lista, cuya inclusión probablemente inflaría los totales para los cantones de Mauges,

donde los rebeldes lograron organizar comités por todas partes, pero la gran mayoría seguramente estaba formada por emigrantes genuinos, pues en general se trataba de sacerdotes y nobles.

Al comienzo, no era que algunos grupos, como los campesinos de Mauges, estuvieran en contra, sino que más bien no tenían conocimiento alguno de política, aunque gradualmente la vida local se volvía más y más abiertamente política. El paso se aceleró hacia finales de 1790, con la aplicación local de reformas religiosas importantes; se formaron y se vaciaron partidos de oposición y sus posiciones se endurecieron; quienes no estaban comprometidos no pudieron permanecer así; el conflicto entre los partidarios de la Revolución y sus oponentes se volvió abierto y general. Esto es lo que al final significa decir que “la actitud de la gente del sur de Anjou hacia la Revolución” cambió profundamente entre la época de los Estados Generales a la de la Guerra de la Vendée.

El primer año de la Revolución

Al investigar el problema de la “actitud” he tenido que buscar más allá de los límites del primer año de la Revolución. Quizá sea buen momento para hacer una pausa y mirar hacia atrás. ¿Cuál era el Estado de Anjou aproximadamente un año después de la caída de la Bastilla? Para conmemorar el evento, el Día de la Federación de julio de 1790, delegados de toda Francia fueron a París para asistir a uno de los primeros grandes mítines políticos modernos. Los representantes del Sur de Anjou estaban ahí; cuántos es algo que valdría la pena saber. Los angevinos tenían algunas cosas dignas de celebración: el impuesto a la sal había desaparecido al igual que el diezmo (pero la ventaja financiera de ese cambio beneficiaba sobre todo a los terratenientes); los vestigios más mezquinos de los privilegios nobles tradicionales habían sido borrados. Si bien la carga de impuestos en general estaba lejos de aligerarse, algunos de los impuestos más irritantes exigidos estaban siendo abolidos.

La reorganización de los municipios de 1787, los Estados Generales, la reorganización revolucionaria de los municipios, las elecciones locales de 1790, la formación de cantones, distritos y departamentos constituyeron la reforma administrativa más exhaustiva, radical y rápida que los franceses jamás habían visto. Para mediados de 1790 los corresponsales oficiales del sur de Anjou ya escribían acerca de la Revolución, aunque a veces en pasado simple. Un nuevo cuerpo de funcionarios públicos, desde los menores hasta los más importantes, estaba en operación y por supuesto, incluía a muchos que habían ayudado a administrar el antiguo régimen, pero también a muchos a quienes las viejas tradiciones nunca hubieran permitido participar en la administración pública. Los pobladores ahora podían ver al notario local, o al comerciante adinerado del poblado, sirviendo como miembro de la administración cada vez más poderosa de su distrito. El noble y el cura habían sido despojados de su eminencia automática en la comunidad, y a menudo sastres prósperos o granjeros pudientes habían tomado sus lugares. Fuereños y recién llegados ocupaban cargos, y más aún, la administración con la que los funcionarios políticos tenían que tratar se había transformado, tanto en personal como en aspecto y estructura formal. Era una administración en la que era cada vez menos probable que las formas

tradicionales de mediación del noble y del cura fueran eficaces, y con las cuales la burguesía local tenía experiencia para relacionarse, por gusto, habilidad y conocimiento del personal. En otras palabras, la comuna, el aspecto político de la comunidad, se dirigía hacia una diferenciación formal mayor con respecto a otros aspectos de ésta: mayor especialización en sus posiciones formales, mayor participación en los movimientos políticos que afectaban a toda la sociedad francesa, una nueva élite.

Es probable que los acontecimientos del primer año de la Revolución afectaran la posición de los nobles más que la de cualquier otra figura en la mayor parte de las comunidades del sur de Anjou; estuvieron a punto de destruir los acuerdos sociales que les daban distinción y privilegios fuera de la comunidad. También debilitaron su utilidad como enlace entre la comunidad y el exterior, pues rápidamente perdieron su influencia con la grandeza, con el Rey y con la corte para conseguir que se hiciera algo, y los bellos títulos tradicionales se estaban volviendo un lastre. La respuesta de la mayoría de los nobles fue retirarse: la emigración ya tenía un gran impulso para mediados de 1790; en cuanto al resto, fue la retirada a la discreta privacidad de sus casas de campo o mansiones. Cuando de nuevo pudieran participar como líderes en actividades que superaran la simple y reducida política local, los nobles estaban listos para regresar. Mientras tanto, la elite política de la comunidad estaba transformándose.

Tanto la iglesia nacional como la parroquia local también estaban siendo transformadas. En el aniversario de la toma de la Bastilla, las propiedades de la iglesia estaban “a disposición de la nación”, ya inventariadas y bajo la vigilancia de la administración revolucionaria local. Los preparativos para su venta estaban en curso: los monjes, cuyos votos habían sido disueltos por la Asamblea Nacional, estaban abandonando sus monasterios; los que permanecieron se encontraron con funcionarios locales con el poder para investigar con insólita libertad sobre la operación de los establecimientos religiosos.

Después de un año de Revolución, el diezmo había sido abolido en principio, si bien todavía no de hecho, y las autoridades revolucionarias le habían prometido vagamente al cura un pago para reemplazarlo. Ahora su obligación era leer decretos gubernamentales durante la misa de los domingos (sus funciones como proveedor de noticias antes de la Revolución, cuando anunciaba tanto subastas y decretos como acontecimientos benditos, en realidad no habían cambiado mucho). Ya no pertenecía al consejo municipal *ex officio*, pero todavía funcionaba en muchas comunidades como alcalde o presidente de la asamblea

electoral. Sus pequeñas propiedades habían sido numeradas y puestas, al menos técnicamente, bajo control del gobierno, y los burgueses locales, especialmente los más ambiciosos, los advenedizos, los fuereños, eran quienes presumían que controlaban las actividades de los sacerdotes. Esto era más que suficiente para que el cura estuviera consciente del alcance de los cambios políticos nacionales, pero los intentos más serios de la Revolución para intervenir en el ejercicio real de sus funciones, y las peores amenazas a su posición en la comunidad, no empezaban sino hasta más tarde, en 1790.

Referencias

Bois, Paul (1960). Cahier de doléances du tiers état de la sénéchaussée de Château-du-Loir pour les États Généraux de 1789. Gap: Imprimerie Louis-Jean.

De Tocqueville, Alexis (1955). The Old Regime and the French Revolution (Stuart Gilbert, traductor). Nueva York: Anchor Books

Greer, Donald (1951). The Incidence of the Emigration during the French Revolution. Cambridge: Harvard University Press.

Guérin, Daniel (1946). La Lutte des classes sous la première république: bourgeois et “bras nus” (1793–1797), tercera edición, vol. I. París: Gallimard.

Lefebvre, Georges (1947). The Coming of the French Revolution (R. R. Palmer, traductor y coordinador). Princeton: Princeton University.

Port, Célestin (1878). Dictionnaire historique, géographique et biographique de Maine-et-Loire, 3 vols. París y Angers.

Taine, Hippolyte Adolphe (1876). The Ancient Regime (John Durand, traductor). Nueva York: Henry Holt and Company.

Tilly, Charles (1961). "Local Conflicts in the Vendée before the Rebellion of 1793". *French Historical Studies* 2 (2): 209-231.

Tilly, Charles (1962). "Rivalités De Bourgs Et Conflits De Partis Dans Les Mauges De 1789 À 1793". *Revue du Bas-Poitou et des Provinces de l'Ouest*, lxxiii: 268-280.

Tilly, Charles (1963). "The Analysis of a Counter-Revolution". *History and Theory*, iii. núm. 1,1: 30-58.

Walter, Gérard (1953). *La Guerre de Vendée*. París: Plon.

2. Huelgas en Francia, 1830-1968.

La interacción entre organización, localización y conflicto industrial

Edward Shorter y Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Un análisis del argumento

Hasta ahora, durante la discusión se han repetido diversas afirmaciones, y han resistido bien frente a los asaltos de la evidencia. La primera es que la escala y la intensidad de las actividades de huelga en determinado sitio depende en gran medida de la existencia de una organización previa de los trabajadores en ese marco, de la disponibilidad de una estructura que identifique, acumule y comunique las quejas, por un lado, y facilite la acción colectiva, por el otro. Aunque ese tipo de conclusión es obvia desde varios puntos de vista, contradice dos interpretaciones muy comunes: 1) la lectura del nivel de la actividad de huelga como un índice del “descontento” de los trabajadores; 2) la atribución de un gran peso a los impulsos momentáneos o a cuestiones fortuitas por parte del liderazgo local. Ciertamente, hemos presentado poca evidencia sobre las dinámicas cotidianas de las huelgas individuales y del aumento semanal del conflicto en espacios de trabajo determinados. Nuestras evidencias han aparecido como correspondencias generales entre sindicalización y actividades de huelga; las manifestaciones que generan las huelgas tienden a basarse de manera desproporcionada en aquellas industrias que de por sí tienen una alta propensión a la huelga en años normales.

Una segunda afirmación recurrente ha luchado contra la idea de que las huelgas son una respuesta directa a la dislocación y a las carencias. Nunca hemos negado que los trabajadores tuvieran reclamos reales, que los recortes salariales a menudo provocaran paros, que los artesanos se resistieran a la descalificación a través de diversas formas de acción concertada, ni que el surgimiento de nuevas industrias marcara una diferencia en las cualidades del conflicto industrial. De hecho, nuestro análisis de series temporales nos llevó a modificar nuestro argumento original al conceder que las recesiones económicas tienden a estimular la actividad de huelga en el corto plazo. Sin embargo, hemos argumentado que, en general, la dislocación y las carencias graves tienden a reducir la inclinación de los trabajadores a emplazar a huelga, excepto cuando se relacionan con grupos que ya cuentan con un alto grado de solidaridad y organización interna. Nuestro razonamiento se divide en tres partes: 1) la dislocación y las carencias concentran la atención de los trabajadores en la

supervivencia cotidiana, lo que hace que estén poco dispuestos a arriesgarse en acciones colectivas; 2) la dislocación y las carencias reducen los recursos disponibles para cualquier tipo de acción colectiva; 3) por muchas razones diversas (bien conocidas por los patrones del siglo xix que preferían a los inmigrantes recién llegados dóciles, a los viejos trabajadores curtidos, siempre y cuando el trabajo no requiriera un nivel muy alto de capacitación o experiencia), la dislocación y la carencia generalmente van acompañadas de una posición de negociación desfavorable para los trabajadores.

Para respaldar esta línea de argumentación hemos señalado la tendencia de las actividades de huelga en Francia de aumentar en tiempos de prosperidad, así como los niveles generalmente bajos en las ciudades de rápido crecimiento, y el hecho de que en la huelga promedio participan porcentajes más pequeños del total de la fuerza laboral en grandes fábricas que en las pequeñas (a pesar de que las grandes fábricas tienen huelgas mucho más a menudo), y a otras evidencias de este tipo.

Hemos afirmado en tercer lugar que los conflictos por el poder entre grupos de trabajadores, patrones, autoridades locales y sectores del gobierno nacional tuvieron una fuerte influencia en el ritmo, la distribución y el carácter del conflicto industrial francés a lo largo de su historia, a pesar de que el grueso de los reclamos explícitos en las huelgas se relacionaba con salarios y horas de trabajo. Más aún, hemos argumentado que durante el resto del siglo posterior a 1850 las huelgas se orientaron cada vez más a la posición política nacional del trabajo; hemos detectado un cambio particularmente fuerte en ese sentido en algún momento entre el Frente Popular y el final de la Segunda Guerra Mundial. En este caso, la evidencia ha sido más endeble que en el de las primeras dos afirmaciones, pues hemos tenido que partir sobre todo de información acerca de las huelgas mismas más que en el ejercicio del poder en general. No obstante, nuestros análisis de las covariaciones anuales de los conflictos políticos y las huelgas, del carácter de la intervención y mediación gubernamental en las huelgas y del momento político de las huelgas parecen apuntar en la misma dirección.

Nuestro cuarto argumento constante se ha apoyado en la distinción entre tres tipos de organización industrial: a) el que depende de la interacción de oficios bien definidos, b) el caracterizado por trabajadores semicalificados, encargados de la maquinaria y con control burocrático, c) el que utiliza tecnologías complejas y requiere de altos niveles de capacitación formal de su personal. El

esquema es aproximadamente así:

Solidaridad profesional

Baja

Alta

Escala y burocratización

Baja

NINGUNA

Artesanos

del lugar de trabajo,
organización laboral

Alta

Proletarios de fábricas

Profesionales capacitados
en el sector científico

Nota: el

ninguna

en mayúsculas para la categoría baja-baja significa que no esperamos una organización laboral o actividad de huelga importante cuando las unidades de producción son pequeñas, informales e integradas por trabajadores heterogéneos o sin capacitación especial.

Con el debido reconocimiento de lo incompleto y superpuesto de estas categorías, hemos subrayado las implicaciones para el conflicto industrial del cambio histórico general de artesanal a proletario y luego a profesional como los sectores dominantes de la fuerza de trabajo. Hemos afirmado que cada uno produce una forma característica diferente de organización de trabajadores y, en consecuencia, un patrón distinto de conflicto industrial. En el principal periodo observado (de la década de 1890 a la de 1960) podemos ver los cambios de artesanal a proletario ejemplificados en el aumento del tamaño y la frecuencia de las huelgas, su creciente orientación a la política nacional, así como otras características. Tan sólo en la década de 1960 empezamos a ver rasgos que sería razonable atribuir a la creciente importancia del sector científico.

Concluamos aquí nuestro alegato. La experiencia francesa se aleja puntualmente de las explicaciones sobre diferencias territoriales en las actividades de huelga que involucran marginalidad, periferia y aislamiento. Nuestro estudio de la dimensión geográfica del conflicto indica más bien el papel estratégico del sitio central y la exposición a la diversidad al propiciar la organización militante. Las ciudades francesas con mayor intensidad de conflicto y la movilización más eficiente de sus participantes fueron aquellas en las que los trabajadores enfrentaban un gran número de experiencias y posibilidades de asociación. Eran lugares donde la gente podía reunirse con facilidad, comunicarse con rapidez y, sobre todo, tener la confianza de atraer la atención de los poderosos con sus manifestaciones públicas y protestas. Eran los sitios de la organización masiva de la clase trabajadora.

En general, los huelguistas franceses no eran trabajadores marginales en la periferia de la vida social. Eran los portadores de las tradiciones esenciales de la protesta de la clase trabajadora, trabajadores calificados en los centros urbanos

clásicos. Los verdaderos proletarios sólo serían capaces de sobreponerse a los enormes obstáculos para la organización que implicaban la homogeneidad de rangos, la falta de capacitación y el gran tamaño de la empresa, si echaban mano de los recursos de la metrópolis. Bonita ironía la de la experiencia francesa en la que las estructuras que Kerr y Siegel veían como productoras de “integración” fueran precisamente aquellas que conducían al conflicto.

Precisiones sobre las diferencias entre los departamentos

Si estamos en lo cierto, deberíamos poder mostrar que las variables señaladas en las discusiones anteriores, de hecho brindan una explicación estadística plausible de las diferencias entre cada área en cuanto a las actividades de huelga.

En este último análisis tomamos la cantidad total de actividades de huelga de un departamento durante un buen número de años como el objeto a explicar, e intentamos especificar los efectos simultáneos de diversas características de cada departamento sobre las actividades de huelga. El análisis se divide en dos partes. La primera se concentra en la explicación del número total de huelgas ocurrido en el departamento, sin considerar su tamaño, forma y otras características; la segunda se ocupa principalmente de la relación entre las diferentes características de las huelgas que ocurrieron en un departamento. En ambos casos, el análisis comienza con la simple correlación de los coeficientes que abarcan varios conjuntos de años, para luego recorrer diagramas de ruta que representan las relaciones (y las no-relaciones) más importantes que revelan las correlaciones.

Hemos calculado (en cuadros demasiado aparatosos para presentarlos aquí) las correlaciones entre diversas características de los departamentos, incluyendo el alcance de sus actividades de huelga, en tres periodos sustancialmente distintos de cinco años: 1910 a 1914 (un momento de gran militancia y actividad de huelgas masivas en la industria moderna, que incluye la famosa huelga ferroviaria aplastada por Briand en 1910); de 1920 a 1924 (que cubre la última parte de la ola de huelgas de 1919-1920 y algunos años relativamente tranquilos), y de 1925 a 1929 (excepto por la oleada de 1926, un periodo de conflicto industrial moderado).

El primer rasgo de estos datos es su notable similitud. Una parte de ésta, ciertamente, proviene de la repetición de las mismas variables de un periodo al siguiente. Pero el conjunto de huelgas que hay que considerar en cada caso es muy diferente, si bien dicha información, que representa las magnitudes de la actividad de huelga, muestra aproximadamente las mismas relaciones para los

tres periodos.

La principal excepción es la relación entre las actividades de huelga y el crecimiento urbano, de moderado a fuerte en los periodos 1910-1914 y 1925-1929, pero prácticamente inexistente en 1920-1924 y en el amplio periodo 1915-1935. Tendremos que analizar con cuidado este patrón (entre otras cosas, porque invierte las correlaciones negativas entre urbanización y huelgas que observamos en el plano municipal). Por lo demás, en el conjunto de información aparecen números semejantes: fuertes asociaciones entre la actividad de huelga, el tamaño de la fuerza laboral industrial, el número de miembros sindicalizados, el número total de años de existencia de las Bourses du travail (Bolsas del trabajo individuales), el número de maquinarias de vapor instaladas en el departamento (nuestra medida aproximada de la presencia de una industria altamente mecanizada) y el número de personas empleadas en establecimientos con más de 100 trabajadores. Es obvio que algunos de estos datos sólo son una cuestión de escala: entre más trabajadores, más huelgas; el análisis de ruta pondrá esto en orden. De cualquier forma, la estabilidad de estas asociaciones en diversos periodos brinda la certeza de que no son sólo una mera coincidencia.

Las matrices de correlación también identifican un cúmulo de variables a las que podríamos llamar “industrialismo”. El tamaño de la fuerza laboral industrial, el número de miembros sindicalizados, el número total de años con la presencia de una bolsa de trabajo, el número de máquinas de vapor y el de trabajadores en grandes fábricas tienden a variar en conjunto. Su persistente asociación entre sí y con el nivel de actividad de huelgas es, de hecho, lo que explica la estabilidad del patrón general de correlaciones.

Finalmente, las correlaciones nos dan ciertas indicaciones vagas de las asociaciones existentes entre la industria a gran escala, la sindicalización, las huelgas “ofensivas” (es decir, aquellas en las que los trabajadores exigían nuevas reivindicaciones, especialmente jornadas más cortas y salarios más altos, en vez de luchar contra aumentos en la velocidad de trabajo, recortes salariales, etc.) y el éxito de las actividades de huelga.

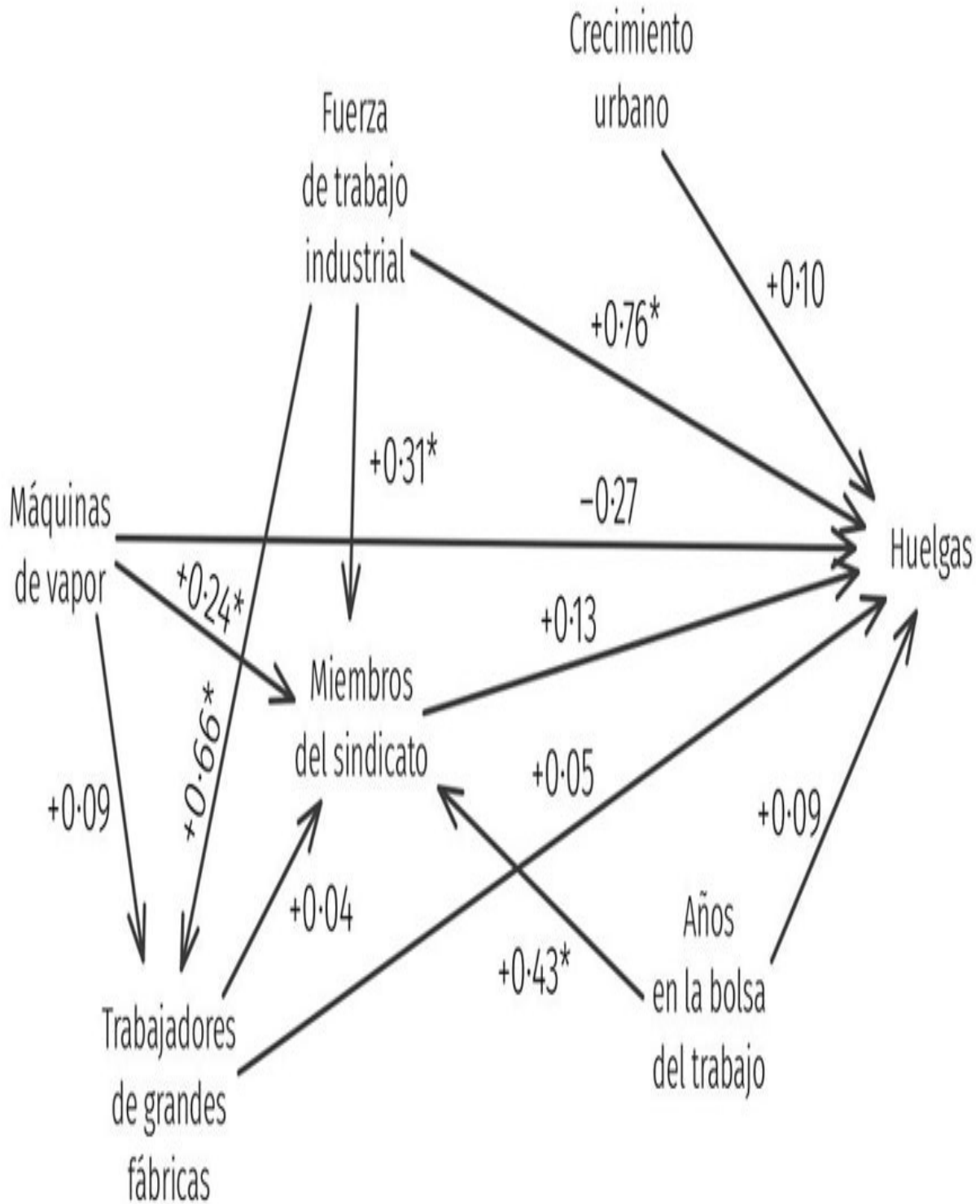
El diagrama 2.1, que relaciona las características de las huelgas en el mismo periodo, por otra parte, sí ofrece cierta evidencia del impacto de la escala de industria y el grado de sindicalización en los tipos de huelga que ocurrieron en un departamento. Dejemos de lado los fuertes coeficientes que representan los efectos de la propia escala, como el 0.87, que relaciona el número de huelgas

con participación sindical frente al número total de huelgas. El análisis de ruta muestra un efecto reducido y poco confiable del número de trabajadores sindicalizados sobre la frecuencia de las huelgas, un efecto pequeño pero confiable sobre el número de huelgas con participación sindical, y ninguna relación directa con el éxito o fracaso de estas huelgas. Parece haber, sin embargo, un importante efecto indirecto: las huelgas ofensivas tenían mucho que ver con las huelgas de participación sindical; cuando las huelgas ofensivas eran frecuentes, su fracaso era relativamente poco frecuente. Hay otro camino indirecto igualmente interesante: aunque el tamaño de una fábrica no tenía un efecto significativo en el carácter ofensivo o defensivo de las huelgas de un departamento, las plantas más grandes sí implicaban la presencia de un mayor número de huelguistas (incluso tomando en consideración el tamaño total de la fuerza laboral industrial), y los fracasos eran menos frecuentes, cuando el número de huelgas era mayor.

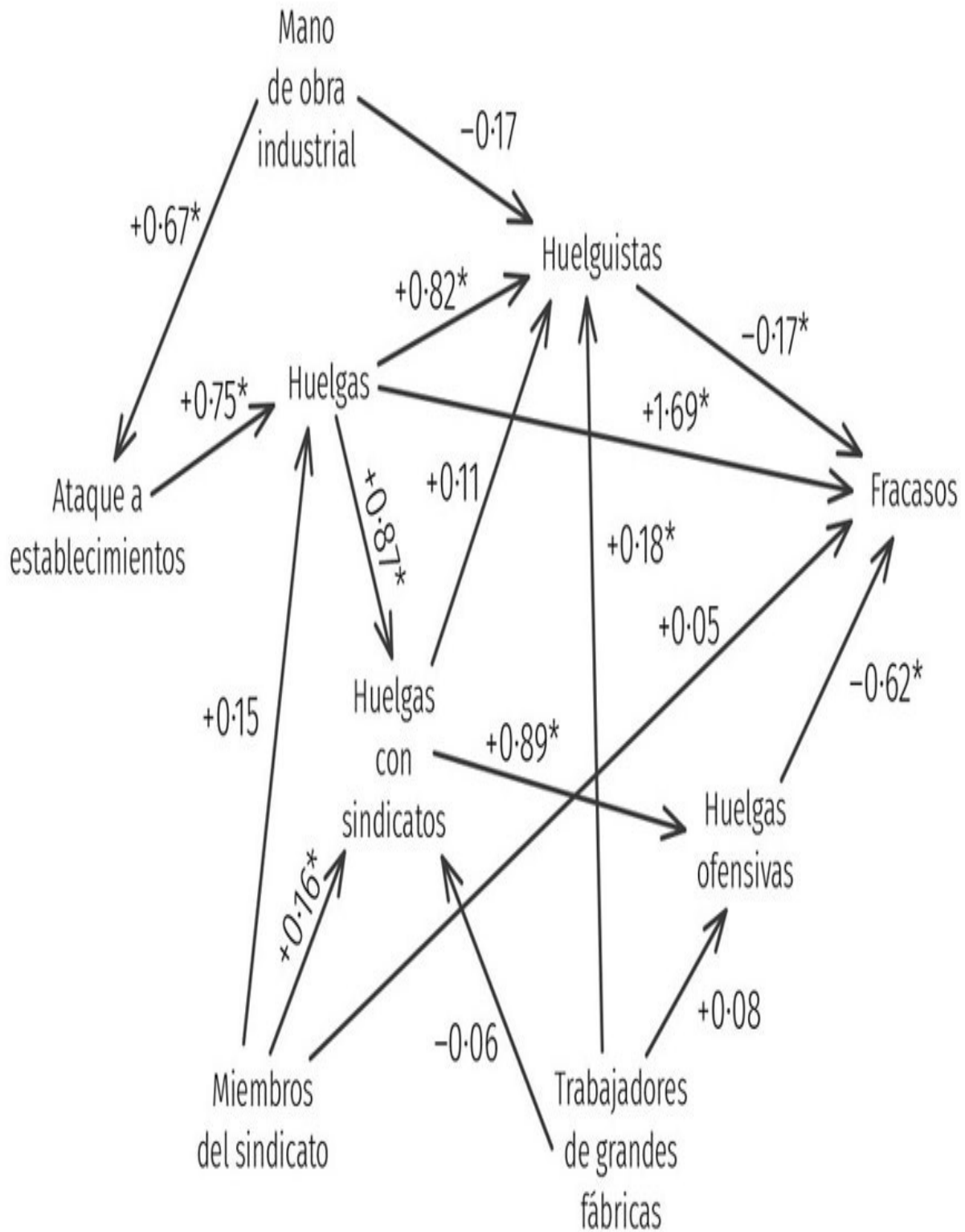
Diagrama 2.1

Análisis de ruta por nivel departamental, 1920-1914

A. Elementos determinantes del número total de huelgas



B. Características de las huelgas



* Coeficiente de al menos dos veces su variación estándar.

3. ¿La modernización genera Revolución?

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Una revolución siciliana

Uno de los años clásicos de la revolución en Europa fue 1848. La primera situación verdaderamente revolucionaria de ese año no ocurrió en los centros industrializados de Francia, Alemania o Inglaterra: se formó en la pobre y vieja Sicilia. Durante las tres décadas transcurridas desde el acuerdo con el que habían terminado las guerras napoleónicas, Sicilia había mantenido una posición de subordinación a Nápoles en el recién creado Reino de las dos Sicilias. Su burguesía desde hacía tiempo había luchado por la autonomía siciliana y algunos de ellos, en armonía (y hasta cierto punto, en concierto) con los liberales de otras partes de Italia, habían albergado recientemente ideas de reforma política. Y otros grupos sicilianos se oponían absolutamente a cualquier gobierno fuerte.

A principios de enero de 1848, el cierre de la universidad, luego de protestas estudiantiles que clamaban por la creación de una nueva constitución, dio luz verde a los jóvenes y a los intelectuales para la acción política. El gobierno decretó el arresto de algunos de los liberales más prominentes de la ciudad; después, en ocasión de la celebración de cumpleaños del Rey Fernando, el 12 de enero, el llamado a la revuelta comenzó a esparcirse a través de Palermo. Un manifiesto pasado de mano en mano el 9 de enero decía

¡Sicilianos! El tiempo de suplicas inútiles ha terminado. Las protestas, peticiones y manifestaciones pacíficas son inútiles. Fernando las ha desdeñado todas. ¿Nosotros, un pueblo nacido libre, reducido a cadenas y a la miseria, vamos a posponer la reconquista de nuestros legítimos derechos? A las armas, hijos de Sicilia. La fuerza del pueblo es omnipotente: la unidad del pueblo traerá la caída del rey. El 12 de enero de 1848, al amanecer, traerá la época gloriosa de la regeneración universal. Palermo recibirá con los brazos abiertos a los sicilianos armados que se ofrezcan a la causa común: crear reformas e instituciones apropiadas para el progreso de este siglo, reformas e instituciones deseadas por Europa, por Italia y por el Papa Pío. Unión, orden, subordinación a nuestros líderes. Respeto a la propiedad: el robo es una declaración de traición a la causa

de la nación y será castigado como tal. A quien carezca de los medios se le darán. Con estos principios el cielo apoyará nuestra causa justa. ¡Sicilianos, a las armas! (Candeloro, 1966: 122)

La declaración fue un poco más grandilocuente que los acontecimientos que le siguieron, pero el 12 de enero los palermitanos comenzaron, ciertamente, una revolución.

Tal como lo resume Federico Curato para la revolución siciliana:

El movimiento de insurrección se basaba en causas económicas muy parecidas a las que prevalecían en otras partes de Europa, pero tenía algunos rasgos especiales que lo volvían un movimiento inusual en la historia de las insurrecciones de ese año. De hecho, encarnaba no sólo una reacción contra Nápoles [...] sino también una de la incipiente burguesía siciliana a la introducción del gobierno napolitano de un sistema económico unitario para las dos partes del reino que, en combinación con el comercio libre de las costas, establecido en 1824, perjudicaba el desarrollo de las industrias locales, incapaces de competir con las industrias continentales. En última instancia, en Sicilia, la burguesía buscaba el poder no porque se había convertido en la clase más importante y quería el reconocimiento jurídico y político de su fortaleza, sino por el contrario, simplemente para poder sobrevivir (Curato, 1969: 682).

Los rasgos especiales importan. Pero detrás de la interpretación particular de la revolución siciliana podemos ver una forma estandarizada de análisis histórico que consiste en identificar a los actores principales, atribuirles los incentivos, perspectivas o cálculos apropiados y luego ponerlos en movimiento. La concepción es impactante: el escenario, los jugadores, los impulsos, la acción. La Revolución se vuelve una obra de arte.

Las transformaciones estructurales a gran escala, como la industrialización incipiente de Europa, figuran sólo de manera indirecta en este tipo de análisis. No son ni actores ni acciones. Simplemente condicionan el escenario, los jugadores, los impulsos, la acción. También pueden ser resultado de la acción en

la forma en que la instalación de regímenes liberales en 1848 facilitó la expansión del comercio, la concepción del trabajo como mercancía, etc. Como consecuencia de ello, tienden a entrar en la explicación a través de teorías (implícitas o explícitas) en las que los cambios estructurales afectan las mentalidades, las mentalidades conducen las acciones y las acciones producen otros cambios estructurales.

Estas teorías psicológicas suelen caer en una de dos clases. La primera clase de teoría subraya el impacto psíquico de los cambios a gran escala: desorientación, expectativas crecientes, carencias relativas, la difusión de nuevas ideologías. Así, una interpretación común de las revoluciones de 1848 destaca la confluencia de dos respuestas diferentes al industrialismo temprano: la formación burguesa de una ideología liberal-democrática-individualista y una respuesta de enojo y temor de la clase trabajadora. La segunda clase de teoría concierne la “adecuación” (fit) entre instituciones políticas y situación social, en el entendido general de que cuando la adecuación es deficiente, la gente queda insatisfecha, y se vuelve resentida y rebelde. Otra interpretación común de lo ocurrido en 1848 destaca lo inapropiado del siglo xix, o la decadencia de los acuerdos políticos al estilo de la épica construcción de Estados de los dos o tres siglos anteriores. Obviamente, es posible emplear una o ambas líneas de explicación para dar cuenta de la revolución siciliana de 1848: la pequeña burguesía siciliana sí compartía en alguna medida la devoción casi religiosa de sus hermanos continentales hacia el mercado y el avance por sus propios medios [...]

Algunas cuestiones más amplias

A pesar de la fascinación por este tipo de análisis dramático de ciertos acontecimientos, quiero ocuparme en este ensayo de las preguntas que plantea el caso siciliano en un plano que es bastante menos histórico, menos colorido, más pretencioso. Con una mirada hacia la experiencia europea moderna, quiero preguntarme si la modernización genera revolución. Esa primera formulación de la pregunta es compacta, pero ambigua. Desafortunadamente, tendremos que dedicar una buena parte de nuestros esfuerzos a la tarea preliminar de reducir las ambigüedades; la modernización es un concepto vago, tendencioso y Revolución también es polémico.

En vez de intentar medir la modernización de modo preciso, la reemplazaremos por procesos un poco mejor definidos, como industrialización o expansión demográfica. En lugar de intentar comprender la genialidad esencial de la revolución, intentaré presentar un conjunto de definiciones más bien arbitrarias que me parecen de considerable utilidad teórica. En compensación por mi arbitrariedad, discutiré la violencia, la inestabilidad y los conflictos políticos más extensamente de lo que justificaría concentrarse estrictamente en la revolución.

Más aún, hay muchos otros sentidos a través de los cuales podemos imaginar el cambio estructural a gran escala como algo nacido conformado, causado, encendido o resultado de conflictos políticos importantes. En lugar de intentar catalogarlos y evaluarlos, examinaré con una mirada crítica una síntesis de las relaciones que suelen proponerse, e intentaré comunicar mis razones para pensar que, a) las teorías existentes que conciben a la protesta, el conflicto, la violencia y la revolución como respuestas directas a las tensiones producidas por los cambios estructurales son incorrectas; b) los efectos importantes de los cambios de gran escala sobre los conflictos atraviesan toda la estructura del poder, especialmente al configurar los medios organizativos y los recursos de que disponen quienes pueden disputarse el poder, y c) no obstante, existen ciertos tipos de crisis cortas que tienden a promover el conflicto, o incluso la revolución, al afectar la posibilidad de que los principales participantes del sistema político hagan o rechacen demandas de gran importancia para la

estructura de poder.

El seguimiento de los primeros dos problemas (las dificultades conceptuales y las relaciones directas entre cambio estructural y revolución) conducirá a una tercera serie de preguntas: si después de todo el proceso político es tan importante, ¿cuáles son las condiciones políticas para el conflicto, la violencia y la revolución? La discusión de esa pregunta resultará ser mucho menos una respuesta completa que en el caso de los primeros dos, pero al menos habrá algunas propuestas acerca de las relaciones entre guerra, violencia doméstica, revolución y disputas cotidianas por el poder.

La síntesis de Huntington

Una de las síntesis más completas de las interpretaciones comunes acerca de estos problemas es la de Samuel Huntington. En *Political Order in Changing Societies* (1968), Huntington argumenta que la violencia e inestabilidad generalizadas de las décadas de 1950 y 1960 en muchas partes del mundo “fue en buena medida producto de cambios sociales acelerados y de la rápida movilización de nuevos grupos a la política, junto con el desarrollo lento de las instituciones políticas” (1968: 4). Y continúa describiendo la interacción de dichos elementos.

Para que una sociedad pueda mantener un nivel alto de comunidad, la expansión de la participación política debe acompañarse del desarrollo de instituciones políticas más fuertes, complejas y autónomas. El efecto de la expansión de la participación política consiste, sin embargo, en debilitar a las instituciones políticas tradicionales y obstruir el desarrollo de otras políticamente modernas. La modernización y la movilización social en particular tienden a producir decadencia política, a menos que se tomen las medidas para moderar o restringir su impacto en la conciencia y el compromiso políticos. La mayor parte de las sociedades, incluso aquellas con instituciones políticas tradicionales relativamente complejas y adaptables, adolecen de falta de comunidad política y de la erosión de las instituciones políticas durante las fases más intensas de la modernización (Huntington, 1968:85-86).

Huntington aplica este modelo de avance-retroceso de manera deliberada a las revoluciones occidentales, y las trata como si fueran casos extremos de los conflictos que surgen cuando la institucionalización política avanza con demasiada lentitud para los ritmos del cambio social a gran escala (mismo que Huntington trata como si fuera más o menos igual a la modernización) y de la movilización. Por otra parte, John Gillis (1970: 344-370) ha argumentado

recientemente que el modelo aplica específicamente para las revoluciones modernizadoras europeas de los siglos xviii y xix. Por ende, es legítimo preguntar qué tan sólidamente se comprende la experiencia occidental sobre las revoluciones y el conflicto social que nos da el análisis de Huntington. Mi respuesta es que dicha comprensión es innecesariamente débil: débil porque el esquema se va a pique entre tautologías, contradicciones, omisiones y la incapacidad de examinar la evidencia con seriedad; e innecesaria, porque algunos de los argumentos principales a propósito de la movilización, la participación política y el conflicto son mucho mejores que los argumentos sociopsicológicos del origen de la “violencia” o “las protestas” y el retorno a la “tensión” o “inconformidad”.

Si bien valdría la pena intentarlo, en este capítulo no intentaremos recomponer la teoría de Huntington. Más bien reflexionaremos sobre ella de otras maneras, por razones distintas, porque de una u otra forma resume la mayor parte del conocimiento convencional que relaciona las revoluciones con cambios estructurales de gran escala: porque Huntington introduce una cantidad excepcional de material contemporáneo e histórico en su marco de referencia; porque sus variables parecen ser las adecuadas, y porque es lo bastante sólida para exonerarme del cargo de haber erigido y luego quemado un hombre de paja para construir una línea de argumentación alternativa.

No es que la teoría me parezca convincente, incluso cuando logra escapar de la tautología. Su plausibilidad comienza a debilitarse cuando examinamos la parte del argumento que concierne directamente a las consecuencias de los cambios estructurales de gran escala: “La modernización social y económica no sólo produce inestabilidad política, también hay una relación entre el grado de inestabilidad y la tasa de modernización. La evidencia histórica con respecto a Occidente es abrumadora en este punto” (Huntington, 1968: 45). Me disculpo por no sentirme abrumado por la evidencia disponible. Casi todas las fuentes citadas habitualmente por Huntington y por otros a propósito de esta cuestión se refieren a comparaciones transversales estáticas de Estados contemporáneos durante breves periodos recientes, o a la distribución del apoyo a movimientos políticos supuestamente radicales como el comunismo. Para que alguien pudiera convencernos, aunque fuera un poco, haría falta disponer de información confiable acerca de los efectos de los cambios en la tasa de “modernización social y económica” de dichos países.

Se han realizado muy pocos estudios de largo plazo acerca del problema. En el

caso de Sorokin, la mayor parte de este tipo de análisis no ofrece gran apoyo a la tesis de que el ritmo del cambio gobierna el grado de inestabilidad (Sorokin, 1962). La evidencia longitudinal que mis colaboradores y yo hemos logrado reunir para los países europeos en la época moderna muestra un gran número de conflictos violentos, pero no sugiere ni una relación directa con el ritmo del cambio social, ni una negativa: cambios rápidos y disminución del conflicto político. En Francia, por ejemplo, desde 1830 hemos descubierto que hay una tendencia a que en momentos de urbanización rápida se produzca menos violencia colectiva que en otras épocas.

En una escala menor, las conexiones exactas que se dice vinculan la inestabilidad con el cambio estructural acelerado también resultan dudosas. La migración rural-urbana acelerada no presenta ninguna tendencia en particular a incitar a la protesta; las poblaciones urbanas marginales no son la chispa de las revoluciones; la exposición inicial de los campesinos a las fábricas no genera niveles altos de conflicto industrial, y así sucesivamente. El propio Huntington se topa con una parte de esta evidencia y aparentemente se sorprende cuando observa que el lumpenproletariado de las grandes ciudades en países modernizantes, contrariamente a la teoría, tiende a ser una fuerza pasiva, o incluso conservadora, y también cuando especula que la urbanización podría estar negativamente correlacionada con las revoluciones (Huntington 1968: 278-28, 299). Sin embargo, de alguna manera, esta importante consideración no penetra en el postulado general de la teoría.

El peligro de la argumentación circular es tan evidente aquí como antes [...] Huntington no escapa realmente de la fatídica circularidad de juzgar el alcance de la discrepancia a partir del carácter de la revolución que supuestamente resultó de la discrepancia. Nos dice:

Las grandes revoluciones de la historia han tenido lugar ya sea en monarquías altamente centralizadas (Francia, China, Rusia), en dictaduras militares con una base estrecha (México, Bolivia, Guatemala, Cuba) o en regímenes coloniales (Vietnam, Argelia). Todos estos sistemas políticos demostraron poca si no es que ninguna capacidad para ampliar su poder y crear canales para la participación de nuevos grupos en la política (Huntington 1968: 275).

Supongamos que inhibimos la necesidad de soltar preguntas sobre Inglaterra en los años 1640 o sobre Estados Unidos en los 1860 y sofocamos las sospechas de que el estándar implícito de las grandes revoluciones que operan en este fragmento simplemente las circunscribe lógicamente a regímenes centralizados y autoritarios. Todavía tenemos que preguntarnos cómo es que pudimos haber sabido antes de la revolución misma que la capacidad de expansión de esos gobiernos era inferior a la de muchas otras monarquías, dictaduras militares y regímenes coloniales que no experimentaron este tipo de conflictos. Huntington no responde. En su forma actual, este esquema no parece ofrecer una orientación social para anticipar o producir una revolución; ni siquiera si nos proyectáramos a la Francia de 1788 o la Sicilia de 1847, nos dice qué hacer para estimar las posibilidades de una revolución en los años siguientes.

¿De qué otra forma podríamos proceder? Deberíamos conservar algunas de las percepciones de Huntington: a) que las revoluciones y la violencia colectiva tienden a originarse directamente de los procesos políticos centrales de una población, en lugar de expresar tensiones e inconformidades difusas en la población; b) que las demandas y contrademandas específicas dirigidas al gobierno en turno por diversos grupos movilizados son más importantes que la satisfacción o inconformidad general de estos grupos, y que los reclamos por lugares específicos dentro de la estructura de poder son cruciales; c) que el cambio estructural a gran escala transforma las identidades y estructuras de los aspirantes potenciales al poder en la población, afecta sus oportunidades de movilización, determina los recursos disponibles para el gobierno y, a través de éste, a los principales detentores del poder. Aceptar estas intuiciones nos llevaría a oponernos frontalmente a un conjunto de hipótesis psicológicas como las de James Davies (1962: 5-19) o Ted Gurr (1970), al igual que a otras teorías torpes de sistema-función como las de Chalmers Johnson (1966) o Neil Smelser (1963). Ello nos alentaría a concentrar nuestro análisis en los procesos de movilización, en las estructuras de poder y en las cambiantes demandas que las unen entre sí, como lo hacen Barrington Moore (1966), Eric Wolf (1969) o William Gamson (1968).

Un modelo de conflicto político

Primero, un simple modelo de acción política. Vamos a distinguir entre tres tipos de unidad social dentro de cualquier población. Un gobierno es una organización que controla los principales medios concentrados de coerción dentro de la población; un contendiente por el poder es un grupo dentro de la población que al menos una vez en un periodo determinado utiliza sus recursos para influir en el gobierno; y una polity es un conjunto de contendientes que frecuente y exitosamente aspira a ese gobierno (es posible llamar a estos contendientes individuales miembros de la polity [...] mientras que adversario es un nombre adecuado para un contendiente que tiene aspiraciones al gobierno de modo irregular o sin tener éxito) [...] Un grupo logra la capacidad de contender al movilizarse con la adquisición de control colectivo sobre los recursos (tierra, trabajo, información, armas, dinero, etc.) y que puede ser utilizado para influir en el gobierno; y pierde dicha capacidad al desmovilizarse y perder control colectivo sobre los recursos.

Toda polity, entonces, desarrolla colectivamente pruebas de membresía. Las pruebas siempre contemplan la capacidad de atraer a un número considerable de gente a la acción; también pueden incluir la posesión de riqueza, acta de nacimiento, estigmas religiosos, entre otras muchas características. Los adversarios adquieren membresía en la polity al satisfacer las pruebas, a pesar de que los miembros existentes más bien se oponen a aceptar miembros nuevos y utilizan los recursos del gobierno para hacer más difíciles las nuevas admisiones. Los miembros también se evalúan continuamente entre sí; un miembro que no aprueba las evaluaciones suele perder su membresía. Todo cambio en las membresías hace que las evaluaciones se orienten hacia las características y capacidades del conjunto de miembros que surge de dicho cambio. Los miembros de la polity llegan incluso a pensar que el criterio que prevalece para la membresía está dotado de una virtud moral especial. Los adversarios rechazados tienden a sentirse despojados de los derechos que les corresponden. En cambio, aquellos miembros que pierden su posición tienden a destacar la tradición, los usos y acuerdos particulares para reforzar sus pretensiones a privilegios y recursos amenazados. Así, tanto los contendientes que entran como

los que salen de la polity tienen una propensión especial a formular definiciones marcadamente morales de sus situaciones.

El modelo es simple y amplio. Tiene ventajas que lo compensan: evita el uso de la mal definida entidad llamada “sociedad” como la unidad básica de análisis; elude las conexiones bien establecidas entre movilización, contención y conflicto y la fácil aceptación de múltiples gobiernos en la misma población.

El esquema también nos permite determinar específicamente la relación cercana entre violencia colectiva y los procesos políticos centrales: a) la vida política consiste en buena medida en plantear demandas colectivas de recursos y privilegios controlados por los gobiernos; b) la violencia colectiva se deriva de situaciones en las que un contendiente presenta abiertamente tales demandas y otros contendientes (o, en particular, el gobierno) las rechazan; c) estas situaciones ocurren con particular frecuencia cuando los grupos están en proceso de adquirir o perder su membresía, en parte porque su evaluación tiende a conformarse de esa manera, en parte porque las orientaciones morales de los grupos cuyas membresías están en disputa alientan a los individuos que las componen a asumir riesgos excepcionales de daños o lesiones y en parte porque la activación de las fuerzas coercitivas del gobierno aumentan la posibilidad de daños o lesiones a otros participantes; d) por ende, la violencia colectiva tiende a concentrarse en torno a las entradas y salidas principales o múltiples; e) los gobiernos mismos actúan para mantener la preeminencia sobre concentraciones sustantivas de recursos coercitivos, de tal modo que un contendiente que acumula tales recursos fuera del control del gobierno muy probablemente se encontrará en un grave conflicto con los agentes de éste.

Como consecuencia de ello, las teorías comunes acerca de la violencia que la conciben como resultado de la disposición de ciertos tipos de individuos o grupos a “recurrir a ella” para expresarse o cumplir sus propósitos, están muy lejos de dar en el blanco. Las teorías, igualmente comunes, que hacen una distinción tajante entre las acciones políticas violentas y las ordenadas también fracasan. La primera no toma en cuenta hasta qué punto la violencia colectiva se deriva de las interacciones entre contendientes y gobiernos, en las que los agentes gubernamentales son más discrecionales y son quienes causan la mayoría de las lesiones y daños. La otra pierde de vista la gran continuidad entre acciones políticas violentas y no violentas. En la Europa de al menos los últimos siglos, la mayor parte de la violencia colectiva a) ha involucrado a agentes del gobierno, b) ha crecido a partir de acciones colectivas (tales como asambleas,

manifestaciones o huelgas) que no eran intrínsecamente violentas, y que de hecho usualmente transcurrían sin violencia. Los amantes del orden y los defensores del Estado han opacado estos hechos al extender el significado de la palabra violencia para que incluya no sólo el daño físico, sino también un amplio número de comportamientos ilegales, inapropiados y simbólicamente repugnantes. Incluso en nuestra época, es normal inflar la idea de violencia de modo tal que pierde su valor como herramienta analítica, pero, a pesar de ello, trae consigo un gran peso moral.

Revoluciones

Actualmente somos capaces de continuar hacia la televisión. La clave es la multiplicación de polities. Una revolución se inicia cuando un gobierno previamente bajo control de una sola polity soberana se vuelve el objeto de demandas efectivas, competitivas y mutuamente excluyentes de otras dos o más polities.

Una revolución termina cuando una sola polity, pero no necesariamente la misma, retoma el control del gobierno. Esta soberanía múltiple puede ser resultado del intento de una polity de subordinar a otra hasta entonces independiente; de la afirmación de soberanía de una polity previamente subordinada; de la formación de un bloque de contendientes que toman el control de alguna parte del aparato de gobierno; de la fragmentación en varios bloques de una polity existente, cada una en control de una parte del gobierno. Muchos observadores preferirían restringir la etiqueta de “revolución” a la acción de los contendientes; muchos otros preferirían en cambio calificar a cada uno de éstos como un tipo diferente de gran revolución: guerra civil, revolución nacional, etc. Yo comienzo con una definición extraordinariamente amplia para destacar las propiedades comunes de las diversas rutas a través de la soberanía múltiple.

Este etiquetado es una cuestión delicada. Así como en el caso de la violencia, muchos grupos quieren definir sus propios objetivos políticos refiriéndolos a la revolución, sea que teman o acepten el cambio del statu quo.

Condiciones para las revoluciones

En algún momento, la construcción de los Estados europeos recorrió las cuatro rutas hacia la soberanía múltiple: 1) los intentos de una polity de subordinar otra polity independiente, algo común en las guerras dinásticas y coloniales de los siglos xvi y posteriores; 2) la afirmación de soberanía por una polity anteriormente subordinada: el diverso imperio Habsburgo se vio particularmente sometido a este resultado, y las revoluciones de los Países Bajos y Cataluña son excelentes ejemplos de ello; 3) la formación de un bloque de contendientes que toman el control de algún fragmento del aparato de gobierno: los casos más rotundos son las revueltas campesinas, pero todas las revoluciones importantes incluían este tipo de acciones; 4) la fragmentación de una polity ya existente en varios bloques, cada uno con el control de una parte del gobierno, con la importante reserva de que las coaliciones entre miembros y contendientes (en este caso, especialmente los grupos de trabajadores) eran frecuentes e influyentes. Este fue el patrón en la revolución siciliana con la que comenzamos, el patrón estándar en 1848 en general y, sin duda, el más común en todas las revoluciones occidentales.

¿Qué condiciones políticas observables tendrían que prevalecer para que comience una revolución? Al parecer se requiere de tres condiciones, y una cuarta que parece ser de gran ayuda. Presentamos las tres primeras.

El surgimiento de contendientes, o coaliciones de contendientes, que promueven demandas exclusivamente alternativas al control del gobierno que en ese momento ejercen los miembros de la polity.

El compromiso con esas demandas por parte de un segmento importante de la población afectada.

La falta de voluntad o incapacidad de los agentes del gobierno para sofocar a la coalición alternativa o el compromiso con sus demandas.

Y la condición facilitadora:

La formación de coaliciones entre los miembros de la polity y los contendientes que plantean las demandas alternativas.

La expansión del compromiso con las demandas del bloque alternativo ocurre tanto a través de su aceptación por parte de grupos e individuos que no pertenecen al bloque, como a través de otras movilizaciones del bloque mismo. Sin duda ambas se refuerzan entre sí. Es muy posible que la aceptación de las demandas alternativas se generalice: cuando el gobierno no logre cumplir con sus obligaciones establecidas; cuando aumente significativamente sus exigencias sobre la población afectada; cuando las demandas alternativas se formulen dentro del marco moral ya utilizado por muchos miembros de la población; cuando haya una fuerte alianza entre el gobierno existente y un enemigo bien definido de un segmento importante de la población, y cuando aumentan los recursos coercitivos del bloque alternativo. La explicación marxista de las condiciones de radicalización del proletariado y el campesinado sigue siendo el análisis general más poderoso del proceso, ampliando el compromiso a un bloque revolucionario (Marx, 1958: 243-344.) Donde se viene abajo es al no tomar en cuenta a otros contendientes (comunidades, minorías étnicas, grupos religiosos, etc.) que no están definidos por clase, así como al tratar de ocultar la importancia revolucionaria de las reacciones defensivas de segmentos de la población cuyas posiciones establecidas se ven amenazadas; el magnífico estudio de Eric Wolf (1969) de las guerras campesinas del siglo xx evidencia el potencial revolucionario de tales respuestas defensivas al cercamiento de tierras, a la expansión del mercado y a la invasión progresiva del capitalismo; la biografía de Zapata escrita por John Womack (1969) aporta un retrato heroico de un líder importante de dicha reacción.

Es muy posible que los agentes del gobierno no estén dispuestos o sean incapaces de eliminar al bloque alternativo y el compromiso a sus demandas con la contracción de sus capacidades coercitivas, el aumento de su ineficiencia y el surgimiento de obstáculos para su uso. La derrota en una guerra es el prototipo de ello, pues las bajas, las deserciones y la desmovilización militar tienden todas a disminuir la capacidad coercitiva del gobierno; es probable que la destrucción de la propiedad, alteración de las rutinas y el desplazamiento de la población en la derrota disminuirán la eficiencia de los medios coercitivos establecidos; y la

presencia de un conquistador obstaculizará el uso de la coerción por parte del gobierno; sin embargo, la rutina de la ocupación militar moderna tiende a sustituir la capacidad coercitiva de los vencedores por aquella de los vencidos. La tendencia al final de cualquier guerra, ganada o perdida, es volver a enviar a los hombres con capacidades militares recién adquiridas a participar con la mayoría de los contendientes del sistema político. Cuando la desmovilización sucede rápidamente, es posible que cambie el balance de los recursos coercitivos, alejándolos del gobierno, e inclinándolos hacia un bloque alternativo. Incluso sin una guerra, el aumento de los recursos coercitivos del bloque alternativo (mismo que puede ocurrir a través del robo, compra, capacitación, imposición de disciplina militar, o la ayuda del exterior) es directamente proporcional a la contracción de los recursos coercitivos propios del gobierno. La eficiencia de la coerción gubernamental tiende a disminuir, al menos en el corto plazo, cuando el carácter, organización y rutinas diarias de la población que hay que controlar cambian rápidamente; este parece ser uno de los efectos más directos del cambio estructural de gran escala para la posibilidad de una revolución. Es probable que los obstáculos para el uso de la fuerza aumenten cuando las propias fuerzas coercitivas provengan de las mismas poblaciones que deben ser controladas (o tengan alguna relación con ellas); cuando nuevos miembros de la clase política actúen en contra de los medios coercitivos utilizados para impedir que adquieran su membresía y cuando existen coaliciones efectivas entre miembros de la polity y los contendientes.

La condición final de una revolución, extrañamente facilitadora más que necesaria, es precisamente la formación de coaliciones entre miembros la polity y los adversarios revolucionarios. La historia moderna de Europa, por ejemplo, proporciona muchos ejemplos de coaliciones temporales entre profesionistas, intelectuales u otros sectores de la burguesía consolidados dentro de la polity, y algunos sectores de la clase trabajadora excluidos del poder. Las revoluciones de 1830 y 1848 muestran este patrón con una claridad particular. La recompensa de los adversarios es la protección contra la represión, cierta defensa contra la devaluación de sus recursos y quizá la transferencia de información y experiencia del integrante de la polity. Para este último, la recompensa es la expansión de los recursos disponibles para su aplicación en el gobierno y entre otros miembros la polity (entre ellos, y de particular importancia), la capacidad de organizar una amenaza creíble de acción masiva. Este tipo de formación de coaliciones probablemente ocurrirá cuando, por un lado, la cantidad de recursos bajo control del adversario aumenta con rapidez y, por otro, cuando un miembro pierde a sus compañeros de coalición dentro de la polity, cuando ésta se

encuentra más o menos dividida en partes iguales entre dos o más coaliciones o cuando un miembro consolidado arriesga la pérdida de su membresía en la polity por no haber cumplido las pruebas de los otros miembros.

Revolución y otras formas de conflicto

Incluso las formas menos románticas de piratería y bandolerismo que florecieron en el mediterráneo durante siglos tenían semejanzas asombrosas con la guerra civil, pues frecuentemente equivalían a declaraciones de facto de soberanía en áreas geográficas específicas. En regiones como el sur de Italia, los bandidos a veces ejercían sus demandas en colusión con las autoridades legítimas de los territorios adyacentes.

En el caso de Italia, resulta evidente que la guerra y la revolución tienen mucho en común. De manera convencional, las distinguimos con base en a) el estado de cada participante al comienzo y al final del conflicto y b) los medios utilizados. Pero en la Italia del siglo xix, “la revolución nacional” que condujo a la unificación consistió principalmente de las conquistas militares de Piamonte, junto con levantamientos liderados por invasores tan heroicos como Mazzini y Garibaldi, insurrecciones financiadas o incluso concebidas por Piamonte y otras rebeliones populares que estallaron de manera generalizada luego de que la invasión debilitó el control del viejo Estado y de la vieja élite. ¿Guerra o revolución? Ambas. La misma coyuntura aparece en las numerosas rebeliones de los territorios conquistados contra Napoleón, los movimientos de resistencia contra los Nazis, la fase antijaponesa de la Revolución china y muchos otros conflictos importantes.

No sólo son semejanzas, sino también interconexiones. Ya he señalado que el alcance del daño y las lesiones que resultan de la violencia colectiva depende, en buena medida, de la organización y las tácticas de las fuerzas coercitivas del propio gobierno. En los Estados fuertes, dicha relación va más allá; la represión a menudo funciona. En la experiencia europea de los últimos dos siglos, los periodos largos de respiro de la violencia colectiva dentro de cualquier país en particular han ocurrido durante los gobiernos de regímenes opresivos: las dictaduras en España de Primo de Rivera y de Franco, los bolcheviques en el poder, el auge del nazismo, el fascismo italiano después de 1925, la Francia de Louis Napoleón y, no obstante, la Resistencia, la ocupación alemana. Obviamente, me refiero estrictamente a la violencia colectiva que enfrenta a

unos grupos de individuos contra otros, y no al terror, la tortura, la represión individual, los castigos físicos o la guerra exterior. Los nazis (entre otros) incurrieron en todos estos actos terribles, mientras que la violencia colectiva interna estaba en su punto más bajo. Igualmente, es obvio que todos estos regímenes se iniciaron con una violencia colectiva generalizada, y la mayoría de ellos finalizó con ella. Así, el punto no es que los regímenes represivos sean más considerados con la vida; más bien, es que a través de la desmovilización deliberada de oponentes más probables y de un control estrecho de las oportunidades de la acción colectiva de cualquier otro adversario, los regímenes represivos reducen mucho las posibilidades de que la violencia colectiva surja de la disputa por el poder.

Otra conexión que viene a la mente es que, en Occidente, durante los últimos cinco siglos, quizá el factor más importante para la promoción de revoluciones y violencia colectiva ha sido la gran concentración de poder en los Estados nacionales (esta afirmación parece una simplificación excesiva y dramática, dado que reconozco que el surgimiento del Estado-Nación dependía en gran medida del crecimiento de la producción, la expansión del mercado a gran escala, el fortalecimiento de la burguesía y la proliferación de la burocracia). Este factor se presenta con mayor claridad en la frecuencia de las rebeliones por cuestiones fiscales en los países occidentales durante estos siglos, así como en la preminencia de los reclamos a propósito de la tributación durante las revoluciones, como en las de los años 1640 o la década de 1840. La frecuencia de la resistencia violenta a la conscripción apunta en la misma dirección. La resistencia violenta por parte de los movimientos separatistas generalmente se inicia cuando los gobiernos nacionales intentan aumentar su control sobre la periferia.

Las conexiones son más sutiles y debatibles cuando se trata de motines por hambre, la confiscación de tierras, la destrucción de maquinaria, las huelgas violentas o los conflictos religiosos, pero también en esos casos pienso que la influencia de la concentración de poder en los Estados-Nación es muy importante. En cualquier caso, en ese periodo de la historia europea, podemos observar una larga pendiente de resistencia al control central, seguida por una transición relativamente rápida (sobre todo en el siglo XIX) hacia un conflicto por el control del Estado central. En los registros acerca de la violencia colectiva, esto aparece como un giro decisivo que se aparta de las rebeliones específicas por impuestos y otras semejantes para enfocarse en conflictos en los que participan contendientes que articulan objetivos nacionales, organizados a escala

nacional, y que los enfrentan con representantes del Estado nacional.

Pero he omitido una conexión importante. Los Estados hacen la guerra, y las guerras crean Estados. Al menos en la Europa moderna, los mayores aumentos en el alcance y la fuerza de los Estados nacionales (como indican los presupuestos y deudas nacionales, los poderes de intervención y el tamaño de la burocracia), han ocurrido, en términos generales, como resultado directo de una guerra o de preparativos para ello. Es más, históricamente las fuerzas armadas han desempeñado un papel decisivo en la subordinación de otras autoridades y de la población en general al Estado nacional: apoyaban la recaudación de impuestos, sometían rebeliones por tributación, capturaban y disponían de los enemigos de la Corona y literalmente imponían la política nacional. La relación era ordenadamente recíproca: la guerra proporcionaba el incentivo, la ocasión y la racionalización para el fortalecimiento del Estado, mientras que quienes hacían la guerra garantizaban la docilidad de la población en general y la extracción de los recursos necesarios para la tarea. La división laboral relativamente reciente entre fuerzas policíacas especializadas para el control interno y fuerzas militares para las otras tareas no ha alterado fundamentalmente la relación.

Aquí es importante la conexión porque también existe una serie de relaciones de gran relevancia entre guerra y revolución. No es sólo que hasta cierto punto se superpongan: en algunas circunstancias, la guerra promueve la revolución. Tal afirmación es real de distintas maneras: la extracción de recursos para hacer la guerra, muchas veces ha despertado la resistencia revolucionaria; la derrota de los Estados en la guerra a menudo los ha hecho vulnerables a los ataques de sus enemigos internos; la complicidad de alguna parte de las fuerzas armadas con el bloque revolucionario ha sido absolutamente esencial para el éxito de la revolución moderna y la variedad más frecuente de revolución (el golpe de Estado) ha dependido principalmente de la alineación de las fuerzas armadas; las fases decrecientes de los movimientos de conquista más importantes (el debilitamiento de los regímenes napoleónicos fuera de Francia, de los regímenes nazis fuera de Alemania, y de los regímenes japoneses fuera de Japón son excelentes ejemplos) son particularmente propicios para la revolución; y los periodos de reajuste que siguen inmediatamente a los grandes conflictos internacionales también parecen ser favorables para la revolución, a menudo con la colusión de las partes principales de los conflictos. Todo esto sugiere una fuerte conexión entre las reestructuraciones del sistema internacional y los conflictos en determinados países, una conexión mediada por políticas represivas

y las capacidades de los gobiernos involucrados.

Quienes encuentren al menos una parte del análisis precedente útil y plausible harían bien en reflexionar acerca de los tipos de variables que se han puesto en juego. Pese a los muchos intentos recientes de psicologizar el estudio de la revolución al introducir ideas de ansiedad, alienación, mayores expectativas, etc., o de sociologizarlo al utilizar nociones de desequilibrio, conflicto de rol, fatiga estructural, entre otros, los factores que se sostienen ante un escrutinio cercano son, en el fondo, de orden político. La estructura de poder, las concepciones alternativas de justicia, la organización de la coerción, la conducción de la guerra, la formación de coaliciones, la legitimidad del Estado, las preocupaciones tradicionales del pensamiento político proporcionan las guías principales para explicar la revolución. El crecimiento de la población, la industrialización, la urbanización y otros cambios estructurales de gran escala ciertamente afectan las probabilidades de una revolución, pero lo hacen indirectamente, al conformar a los contendientes potenciales por el poder, transformar las técnicas de control gubernamental y modificar los recursos de los que disponen los contendientes y los gobiernos. No existe un sentido confiable y normal en el cual la modernización genere revolución.

Referencias

Candeloro, Giorgio (1966). *Storia dell' Italia moderna*, segunda edición. Milan: Teltrinelli, tomo iii.

Curato, Federico (1969). "Il 1848 italiano ed europeo". En *Nuove questione di storia del Risorgimento e dell' Unità*. Milán: Marzorati.

Davies, James C. (1962). "Toward a Theory of Revolution". *American Sociological Review* 27: 5-19.

Gamson, William A. (1968). *Power and Discontent*. Homewood: Dorsay.

Gillis, John R. (1970). "Political Decay and the European Revolutions, 1789–1848". *World Politics* 22 (abril): 344-370.

Gurr, Ted Robert (1970). *Why Men Rebel*. Princeton: Princeton University Press.

Huntington, Samuel P. (1968). *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press.

Johnson, Chalmers (1966). *Revolutionary Change*. Boston: Little, Brown.

Marx, Karl (1958). "The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte". En Karl Marx y Frederick Engels. *Selected Works*, tomo, I: 243-344.

Moore, Barrington (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press.

Smelser, Neil J. (1963). *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press.

Sorokin, Pitirim A. (1962). *Social and Cultural Dynamics III: Fluctuation of Social Relationships, War, and Revolution*. Nueva York: Bedminster.

Wolf, Eric (1969). *Peasant Wars of the Twentieth Century*. Nueva York: Harper & Row.

Womack Jr., John (1969). Cambridge: Harvard University Press.

4. De la movilización a la revolución

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Intereses, organización y movilización

Los modelos elementales

Para llegar a cualquier parte, tenemos que elaborar modelos aproximados de interacción entre grupos, y también de la acción colectiva de un sólo grupo. A primera vista, el modelo de interacción es demasiado estático; llamémoslo nuestro modelo de polity: sus elementos son una población, un gobierno, uno o más contendientes, una polity, y una o más coaliciones. Definimos población de interés para nosotros por los medios que queramos y en esa población buscamos uno o más de los siguientes elementos:

Gobierno: una organización que controla las medidas principales y concentrados de coerción dentro de la población.

Contendiente: cualquier grupo que durante un periodo específico utiliza recursos aportados por todos para influir en el gobierno. Los contendientes incluyen a los adversarios y miembros de la polity. Un miembro es cualquier contendiente que tiene acceso común y a bajo costo de recursos controlados por el gobierno. Un adversario es cualquier otro contendiente.

Polity: consiste en la acción colectiva de los miembros de la clase política y del gobierno.

Coalición: es la tendencia de un conjunto de contendientes y de gobiernos a coordinar su acción colectiva

Mobilización

La palabra “mobilización” identifica de manera conveniente el proceso por el que un grupo pasa de ser un conjunto pasivo de individuos a ser un participante activo de la vida pública. La desmobilización es el proceso inverso.

Así, cualquier programa de mobilización de un grupo se divide en los siguientes elementos:

Acumulación de recursos.

Aumento de las demandas colectivas sobre los recursos

- a. al reducir las demandas en competencia,
- b. al alterar el programa de acción colectiva,
- c. al cambiar la satisfacción producida por la participación en el grupo como tal.

Un programa de mobilización exitoso realiza todo lo anterior a la vez.

Los grupos llevan a cabo la mobilización de distintos modos y podemos distinguir más o menos entre mobilizaciones defensivas, ofensivas y preparatorias. En la mobilización defensiva una amenaza exterior induce a los miembros del grupo a aportar sus recursos para repeler al enemigo. Eric Wolf (1969) ha señalado cómo este tipo de respuesta a los representantes del capitalismo y el poder estatal ha precedido a las rebeliones campesinas. Las formas comunes de conflicto rural (motines por hambre, rebeliones por impuestos, invasión de tierras, oposición a la conscripción, etc.) típicamente

obedecen al mismo tipo de movilización defensiva. Este conjunto enorme de acciones cuestiona el supuesto común (planteado por Etzioni, entre otros) de que la movilización siempre es un fenómeno descendente, organizado por líderes y agitadores.

Sin embargo, la movilización ofensiva efectivamente es, a menudo, descendente. En este caso, un grupo aporta recursos como respuesta a las oportunidades presentes para concretar sus intereses; una forma común de movilización ofensiva consiste en la difusión de una nueva estrategia organizativa. A finales de los 1820, por ejemplo, el éxito de la Asociación Católica de O'Connell para imponer la ampliación de los derechos políticos de los católicos británicos e irlandeses inspiró la creación de asociaciones políticas dirigidas a la expansión de la asamblea, la organización y la acción colectiva, y a garantizar los derechos de éstos. De dicha estrategia surgió una coalición de burgueses y artesanos que ayudó a producir la gran Ley de Reforma de 1832. En esta instancia, los esfuerzos organizativos descendentes de líderes como Francis Place y William Cobbet fueron indispensables. No obstante, en parroquia tras parroquia, los disidentes locales decidieron por su cuenta que era el momento de organizar su propia asociación, o (más probablemente) de transformar las formas existentes de organización en una asociación política.

Los preparativos para la movilización son sin duda la forma más vertical de todas. En esta variedad, el grupo reúne sus recursos anticipando oportunidades y amenazas futuras: el sindicato del siglo XIX es un ejemplo clásico. El sindicato guardaba una reserva de dinero para amortiguar los tiempos difíciles (por el desempleo, la muerte del sostén de la familia o la pérdida de salarios durante una huelga) y reunía conocimientos y capacidades organizativas. Cuando logró escapar de los golpes para disolverlo por parte de patrones y del gobierno, el sindicato aumentó significativamente la capacidad de los trabajadores de actuar conjuntamente: para declarar huelgas, boicotear y plantear demandas colectivas. Estos preparativos de movilización a menudo se iniciaban defensivamente, durante una batalla, al parecer perdida, con los patrones, o frente a la amenaza de despidos, reducción de salarios o recortes de prestaciones: generalmente requería que los líderes, dispuestos a salir lastimados, realizaran arriesgadas acciones de organización.

La preparación de la estrategia siempre fue difícil, puesto que requería que los miembros renunciaran a cierto bienestar presente para obtener beneficios futuros inciertos. Mientras pasamos de la movilización defensiva a la ofensiva y

preparatoria, de hecho, podemos ver la fuerza cada vez mayor de la afirmación de Mancur Olson sobre el problema del oportunista (free rider): siempre habrá quien estará dispuesto a viajar gratis si alguien más paga por la gasolina y lo deja subir; pero si todos intentan viajar sin pagar, el vehículo no llega a ninguna parte. La movilización preparatoria, especialmente en el caso de riesgos altos, requiere de grandes incentivos para sobreponerse al deseo razonable de que alguien más absorba los costos.

La riqueza y el poder iniciales de una población afectan significativamente la probabilidad de que su movilización sea defensiva u ofensiva. El sentido común dice que los ricos se movilizan conservadoramente, en defensa de sus intereses amenazados, mientras que los pobres se manifiestan de modo radical, en busca de aquello de lo que carecen. El sentido común se equivoca. Es cierto que los ricos, a diferencia de los pobres que a veces lo hacen, nunca salen en estampida para aplastar el status quo, pero los primeros constantemente se movilizan para aprovechar nuevas oportunidades de maximizar sus intereses; los pobres rara vez pueden darse ese lujo.

Los pobres y los indefensos tienden a comenzar defensivamente, los ricos y poderosos ofensivamente. El grupo cuyos miembros son ricos puede movilizar un excedente sin afectar el ocio o las obligaciones de los miembros; el grupo con una base electoral reducida no tiene más remedio que lidiar con las necesidades cotidianas. El grupo cuyos miembros son poderosos puede utilizar otras organizaciones bajo su control, incluidos los gobiernos, para que hagan una parte de su trabajo, mientras los desvalidos deben hacerlo ellos mismos. Los ricos y poderosos pueden obstaculizar las demandas de otros grupos antes de que se vuelvan expresas, y pueden darse el lujo de aprovechar las oportunidades para plantear las suyas. Los pobres y los desvalidos a menudo se encuentran con que el rico, el poderoso y el gobierno se oponen a sus esfuerzos de movilización y los castigan (la principal excepción, y es importante, es cuando el grupo de desvalidos, quienes carecen de poder, forman una coalición con un patrón rico y poderoso; así se movilizaron rápidamente los fascistas europeos de los 1920). Como resultado de ello, cualquier movilización es más costosa para el pobre y desvalido; sólo una amenaza a lo poco que tienen podría hacer que se movilaran. Los ricos y poderosos están bien protegidos de semejantes amenazas; rara vez se les presenta la ocasión de realizar una movilización defensiva.

Si, por otra parte, pensamos que la movilización es constante y tomamos en

consideración la propia acción colectiva, el sentido común se reivindica. Es más probable que los grupos relativamente pobres y desvalidos con experiencia de movilización actúen de manera colectiva para reclamar nuevos derechos, privilegios y ventajas. En el mismo ámbito de movilización, es más posible que los ricos y poderosos actúen colectivamente en defensa de lo que ya tienen. De este modo, la tendencia, bien documentada, es que las huelgas ocurran con mayor frecuencia y con más exigencias en tiempos de prosperidad, cuando los trabajadores tienen más recursos disponibles para dedicarlos a actuar conjuntamente y los patronos tienen más que perder a causa de un paro laboral.

Las conscripciones militares libran a un hombre de sus obligaciones para con un círculo de amigos y conocidos.

Condiciones generales para la movilización

De acuerdo con nuestro modelo de movilización, los factores más amplios que afectan el grado de movilización de la población son el alcance de sus intereses en común en interacciones con otras poblaciones, y hasta qué punto es capaz de formar una categoría distinta y una red densa: sus intereses y su organización. Fuera del grupo, lo que más afecta su nivel de movilización es su poder, su sometimiento a la represión, y la constelación de oportunidades y amenazas que enfrenta.

De la movilización a la acción colectiva

Se trata de una acción conjunta para alcanzar fines comunes. Hasta este punto he argumentado que el alcance de la acción colectiva de un grupo es una función de: 1) la amplitud de sus intereses compartidos (es posible que las ventajas y desventajas resulten de las interacciones con otros grupos); 2) la intensidad de su organización (el grado de identidad común y la estructura unificadora entre sus miembros); y 3) su movilización (la cantidad de recursos bajo su control colectivo). Luego añadiré represión, poder y oportunidad/amenaza a los demás determinantes de la acción colectiva de un grupo. En esta afirmación general el argumento no es muy controvertido: rechaza las teorías durkheimianas que localizan la acción colectiva rutinaria en la integración de la sociedad, y la acción colectiva no rutinaria en la desintegración de la sociedad. Aún hoy, muchos análisis weberianos, marxistas y millianos entran, con un poco de ajuste, en los marcos definidos por intereses, organización y movilización.

Detección y medición de la acción colectiva

Al tratar de estudiar la acción conjunta para alcanzar objetivos comunes, nos enfrentamos con los problemas prácticos de detectar la acción y luego determinar qué tan articulada está y cuán comunes son sus fines. Si circunscribimos nuestra atención a ejemplos claros, como huelgas, elecciones, peticiones y ataques a prisiones de pobres, nos enfrentaremos de cualquier forma a los problemas prácticos de determinar sus magnitudes, en especial si queremos averiguar “cuánta” acción colectiva produjo un grupo u otro durante un periodo determinado. Como en el caso de la medición de movilizaciones, normalmente tenemos que elegir entre: a) indicadores de acción colectiva que nos llegan de manera más o menos cuantitativa, pero que son muy estrechos o distantes para representar adecuadamente el rango de acción que tenemos en mente o b) indicadores derivados de descripciones cualitativas, que usualmente son discontinuos, a menudo varían en cobertura de un grupo o periodo a otro y que siempre son difíciles de traducir de manera confiable en números significativos.

Concentrémonos en la violencia colectiva dentro de una población bajo el control de un sólo gobierno. Acordemos poner atención a la guerra, a las dinámicas completas, a la violencia individual y a las interacciones muy discontinuas. Entonces todavía podremos analizar acontecimientos en los que el daño ocasionado resultó tan sólo incidental para los objetivos de la mayoría de los participantes. En nuestras propias búsquedas, mi grupo de investigación ha descubierto que podemos, con mayor o menor seguridad, destacar acontecimientos que ocurren en el interior de un Estado particular en el que al menos uno de los grupos, con un tamaño mínimo (normalmente 20 o 50 personas) se apropia de algo o a alguien de otro grupo o lo daña. Utilizamos para ello periódicos, fuentes de archivo y trabajos históricos. Conforme el tamaño mínimo descende, la violencia colectiva comienza a tomar la forma de bandidaje, riñas, vandalismo, terrorismo, y una amplia variedad de sucesos amenazadores no violentos, hasta donde los registros históricos nos permitan distinguirlos.

Utilizamos como unidad elemental el concepto de comunidad-población-día.

¿En tal día particular, tal segmento de la población realizó alguna acción colectiva violenta como la hemos definido? Si es así, tenemos la unidad elemental de un suceso violento. ¿Algún conjunto superpuesto de personas llevó a cabo la acción en una comunidad adyacente? Si es así, ambas comunidades participaron del mismo suceso. ¿Algún otro conjunto superpuesto de personas continuó la acción al día siguiente? Si es así, el suceso duró al menos dos días. Si hacemos una división en el tiempo, espacio o número de personas, entonces se trata de dos o más sucesos distintos. El resultado de este razonamiento modular permite tanto simplificar considerablemente el problema de delimitar el “mismo” incidente, como fragmentar en incidentes distintos las interacciones (tales como la Guerra Civil Española en su conjunto) que muchos analistas han estado dispuestos a abordar como una sola unidad.

Para ciertos objetivos, como el estudio comparativo de las revoluciones, puede resultar de mayor utilidad un criterio más amplio. Pero otras investigaciones requieren de esquemas más restringidos, más participantes, cierta duración, muertos, un mínimo de propiedad dañada. Pero el razonamiento general de tales decisiones sería el mismo: identificar todos los sucesos que superen cierta magnitud, o al menos una muestra representativa de éstos, antes de intentar ordenarlos en términos de legitimidad o de los objetivos de los participantes.

Represión y facilitación

La disputa por el poder siempre involucra al menos a dos partes. La conducta de la segunda parte discurre en un rango que va de la represión a la facilitación. Retomemos las definiciones: represión es una acción de cualquier otro grupo que eleva el costo de la acción colectiva para el contendiente. Una acción que disminuye el costo de la acción colectiva es una forma de facilitación (la definimos como represión o facilitación política si la segunda parte es un gobierno). Un grupo empeñado en reprimir o facilitar la acción de otro grupo tiene la opción de trabajar en la movilización del grupo objetivo o directamente en su acción colectiva. Por ejemplo, un gobierno puede elevar los costos de la movilización de un grupo (y por ende elevar los costos de su acción colectiva) al interferir en su organización, dificultar las comunicaciones o incluso volverlas inaccesibles, y congelar recursos necesarios como armas y fuerza de trabajo. Las medidas represivas convencionales como cerrar periódicos, reclutar huelguistas, prohibir asambleas y arrestar a líderes ilustran la alternativa que se opone a la movilización. Por otra parte, un gobierno también puede operar directamente en los costos de la acción colectiva al elevar las multas, volver inalcanzables los objetivos de la acción, o incluso alentar el despilfarro de los recursos movilizados; el agent provocateur, las barricadas alrededor del ayuntamiento, la institución de tribunales militares para juzgar a los insurgentes, forman parte de la estrategia de actuar directamente en contra de la acción colectiva. Del mismo modo, la facilitación tiene dos rostros, ambos familiares: actividades en favor de la movilización, como dar publicidad a un grupo, legalizar su membresía o el simple soborno; y las actividades que reducen directamente el costo de la acción colectiva del grupo, como proporcionar información o conocimientos estratégicos, mantener a los enemigos del grupo fuera de la acción, o simplemente enviar fuerzas para apoyarla.

La represión gubernamental es el caso más conocido. Por ejemplo, cuando durante la Guerra Fría el gobierno de Estados Unidos hizo ilegal al partido comunista, básicamente garantizaba que en el momento en que a sus líderes actuaran conjuntamente de una manera visible, los encarcelaría y el partido los perdería, lo cual es un costo elevado de la acción colectiva. La ley también elevó

el costo de movilización del partido, al penalizar a los individuos que se atrevieran a contribuir al trabajo partidario con tiempo, dinero o apoyo moral. Desde el punto de vista del gobierno, elevar los costos de movilización es una estrategia represiva más confiable que tan sólo elevar los costos de la acción colectiva en sí. La estrategia contra la movilización neutraliza tanto al actor como a la acción, y dificulta mucho la actuación rápida del actor en caso de que el gobierno repentinamente se vuelva vulnerable, en caso de que surja un aliado para la coalición o si ocurre algo que cambie los costos y beneficios probables de la acción colectiva. Elevar los costos de dicha acción modifica el patrón de demandas efectivas de los grupos movilizados, mientras que elevar los costos de la movilización reduce todas las demandas.

La represión gubernamental es singularmente importante porque los gobiernos se especializan en el control de la movilización y de la acción colectiva con una policía antimotines, tropas para respaldarla, espías e informantes para infiltrar, licencias para mantener a los actores potenciales visibles y dóciles.

La selectividad por tipo de acción colectiva se manifiesta en las propias reglas del juego y en sus modificaciones; en un momento dado puede ser legal hacer peticiones, asociarse, votar en bloque, adquirir un patrocinador en la legislatura y reunirse como comunidad formalmente constituida, pero no manifestarse, hacer huelgas, boicots, formar milicias o invadir el Congreso. La represión y la facilitación residen en las acciones del gobierno para alterar los costos relativos de las diversas formas de acción colectiva. La legalidad es importante porque las leyes expresan los costos y beneficios que los gobiernos están dispuestos (o al menos que tienen el poder para hacerlo) a aplicar a una forma u otra de acción.

El análisis de E.P. Thompson del contexto de la Ley Negra [Back Act] de 1723 es un buen ejemplo. La Ley Negra estableció la sentencia de muerte para no menos de 50 delitos, particularmente para la cacería armada y encubierta, la cacería ilegal, el incendio de bosques y otros ataques a la propiedad rural. Thompson muestra que esencialmente era una ley al servicio de los intereses de clase; fue concebida por Sir Robert Walpole y sus compinches para consolidar el disfrute exclusivo de sus haciendas de cara a la resistencia de los pequeños agricultores de los alrededores. El caso del siglo xix es particularmente interesante debido a la gran profesionalización de la policía en la mayoría de los países occidentales conforme avanzaba el siglo. Una parte de la aparentemente enorme expansión de las fuerzas policíacas en el siglo xix fue resultado de la burocratización de la policía comunitaria o de tiempo parcial. En Francia, las

fuerzas nacionales regulares crecieron de alrededor de 5 mil policías y 16 mil gendarmes (lo cual da una tasa de 57 agentes policíacos por cada 100 mil habitantes) en 1848, a alrededor de 16 mil policías y 21 mil gendarmes (una tasa de 97 por cada 100 mil) en 1897. Pero una parte importante del aumento en el número de agentes policíacos consistió en la incorporación de fuerzas policíacas locales irregulares a la policía nacional (véase Tilly, Levett, Lodhi y Munger, 1975). En Estados Unidos no surgió una policía nacional, pero ocurrieron cambios paralelos en materia de fuerzas policíacas. Ahí se puede ver el paso de fuerzas policíacas “emprendedoras” a “burocráticas” (Levett, 1974). En la fase emprendedora, tres tipos de fuerzas compartían la responsabilidad: 1) fuerzas ciudadanas: se les conocía como bandas [posse] o suplentes [deputys] cuando no estaban autorizados por el gobierno; 2) tropas regulares; 3) aguaciles y oficiales semejantes, a menudo contratados para un corto plazo o de tiempo parcial, con poca o ninguna remuneración fija, con lo que, a menudo, obtenían sus principales ingresos de cuotas: multas, una parte de las propiedades recuperadas, recompensas por la detención de delincuentes importantes, entre otros. Estas fuerzas tenían pocos incentivos para realizar patrullajes exhaustivos, lidiar con faltas generales al orden público o proteger a los pobres. El tercer grupo era “emprendedor”, debido a que se ganaban la vida compitiendo por las cuotas disponibles. Sin embargo, con una clase trabajadora en crecimiento, cada vez más segregada y de origen extranjero, hacinada en las ciudades del siglo xix, los políticos estadounidenses se interesaron cada vez más en formar fuerzas policíacas regulares para patrullar toda la ciudad, lidiar con delitos sin víctimas (como ebriedad pública, etc.) y contener las principales amenazas de acción colectiva hostil. De este modo, se organizaron fuerzas policíacas burocratizadas, asalariadas, uniformadas y de tiempo completo. El mismo cambio general ocurrió en Inglaterra.

La alteración del relativo atractivo de las diferentes formas de acción colectiva a través de la represión y la facilitación se ilustra sin problemas, pero es difícil de establecer como regla general. La “canalización” de la acción colectiva de los gobiernos se muestra en la predilección del siglo xix por sociedades mutualistas en lugar de sindicatos. Los gobiernos occidentales generalmente desalentaban la asociación de trabajadores que buscaban controlar la producción y los desviaban a organizaciones presumiblemente más seguras orientadas al consumo. La táctica funcionó en el corto plazo: hasta que fueron legalizados, los sindicatos atraían a pocos miembros. Al principio, las sociedades de previsión social [Friendly Societies] o las sociedades mutualistas [societés de secours mutuels] se ocupaban de las cuestiones del bienestar fuera del sitio de trabajo, sin embargo,

en el largo plazo se volvieron núcleos de acción contra los patrones y el Estado. Con el tiempo, la alternativa de bajo costo se volvió muy efectiva. Que la represión pueda cambiar algo no significa que siempre logre lo que los represores tenían en mente.

Poder y membresía en la polity

La lucha por el poder enlaza el modelo de movilización con el de polity. Esta lucha consiste en la aplicación de los recursos para influir en otros grupos, y el poder mismo está formado por un grupo que hace que sus intereses prevalezcan sobre otros con quienes está en conflicto. La lucha por el poder político implica utilizar los recursos sobre un tipo particular de organización: el gobierno, que es simplemente la organización, si la hay, que controla los principales medios de coerción concentrados en una población. Quienes luchan por el poder en una población dada incluyen a todos los grupos que colectivamente utilizan recursos para influir en el gobierno.

En el mundo moderno, sin embargo, los gobiernos son tan propensos a reclamar el derecho a regular y a extraer recursos de cualquier grupo movilizador, que esta movilización suele incitar a un grupo a la lucha por el poder contra un gobierno u otro (o al menos a esforzarse para garantizar los derechos básicos como existir, reunirse, acumular recursos y llevar a cabo sus actividades). El análisis de Eric Wolf (1969) de la participación de las comunidades campesinas en las revoluciones, por ejemplo, muestra cuán a menudo éstas se movilizan y luego luchan por el poder, no porque inicialmente hayan querido un cambio en el gobierno, sino en defensa propia.

El análisis de Wolf también nos dice lo cruciales que son para el éxito de lucha por el poder las coaliciones que establecen las comunidades campesinas con otros grupos externos. No coalición = revolución fallida. En muchísimas situaciones un sólo contendiente carece de recursos suficientes (suficientes personas comprometidas, suficientes armas, suficientes abogados capacitados, suficiente dinero) para influir en el gobierno por sí sólo. Una coalición con otro contendiente que tiene aspiraciones que se superponen o complementan con respecto al gobierno, aumentará el poder conjunto de los contendientes para llevar a cabo esos planes.

La acción colectiva como una función de las amenazas y las oportunidades

Una respuesta asimétrica a las amenazas y oportunidades resulta más plausible que una simétrica. Suponiendo que existan las mismas probabilidades de que alguna ocurra, un número dado de amenazas tiende a generar más acción colectiva que el “mismo” número de oportunidades. En conjunto, la respuesta a las oportunidades posiblemente requiera una mayor alteración de la organización del grupo y de sus patrones de movilización que si respondiera a las amenazas; el grupo puede responder a las amenazas a través de sus rutinas establecidas. Las comunidades campesinas europeas contaban con sus propias redes de comunicación locales y compartían la idea de que tenían que unirse para ahuyentar al odiado recolector de impuestos. Era mucho más difícil para ellos enviar una delegación a la capital para exigir que se modificara una carga fiscal; más aún, los grupos generalmente exageran el valor de las cosas que ya poseen cuando alguien más intenta arrebatarlas. En iguales circunstancias, la pérdida de la tierra común ya existente pesa más que la ganancia de la misma cantidad de tierra. Finalmente, las amenazas se generalizan con mayor rapidez que las oportunidades: más que percibir una oportunidad para mejorar uno de sus intereses como símbolo de oportunidad para mejorar un amplio rango de intereses, es probable que un grupo perciba la amenaza a un interés particular como símbolo de amenazas a un amplio conjunto de intereses.

La asimetría, creo, produce un profundo conservadurismo en todo sistema político. Los miembros de la polity pueden oponerse a los cambios que amenacen la consecución de sus intereses, pero es mucho más probable que busquen cambios que pudieran beneficiar dichos intereses. Luchan con tenacidad contra la pérdida de poder, y especialmente contra la expulsión de la polity; rechazan admitir en la polity a grupos cuyos intereses estén significativamente en conflicto con los suyos.

Formas cambiantes de acción colectiva

Las formas de contención

La gente real no se reúne y actúa colectivamente. Se reúne para hacer peticiones al parlamento, organizar campañas telefónicas, manifestarse fuera del palacio municipal, atacar telares mecánicos, declarar una huelga. El modelo de movilización abstracto que hemos utilizado tiene muchas virtudes, pero tiende a oscurecer dos hechos fundamentales. Primero, la acción colectiva generalmente implica la interacción con otros grupos específicos, incluidos los gobiernos. La acción colectiva rara vez consiste en expresiones individuales. En general, la gente no actúa para influir en estructuras abstractas como políticas y mercados; lo que intentan es que determinadas personas hagan determinadas cosas. Como consecuencia, las explicaciones de la acción colectiva que se concentran en las capacidades e inclinaciones de un participante a la vez, o en las capacidades e inclinaciones promedio de todos los participantes, nos dejarán insatisfechos.

Segundo, del mismo modo que la mayor parte del arte de una época asume unas pocas formas establecidas, la acción colectiva suele tomar formas bien definidas y conocidas para todos los participantes. Así, ni la búsqueda de formas universales (como las que a veces se proponen para las multitudes o las revoluciones), ni el supuesto de una infinidad de medios para los fines del grupo nos llevarán muy lejos. Por ello, el estudio de las formas concretas de acción colectiva nos lleva inmediatamente a pensar en las circunstancias culturales en las cuales aparecen más formas. Gran parte del placer y la aventura del estudio histórico de la acción colectiva proviene de la rica complejidad del material: tener que aprender cómo y por qué los parisinos de 1789 marcharon con cabezas montadas en picas y cómo y por qué los jóvenes de Berkeley, California, en 1969 ocuparon un parque improvisado (People's Park). Reunir los dos temas nos permite hacer una primera clasificación aproximada de las formas de acción colectiva. La clasificación destaca la naturaleza de la interacción entre el grupo cuya acción estamos clasificando y otros. Más precisamente, depende de las reivindicaciones que los actores colectivos piden a través de su acción: reivindicaciones competitivas, reactivas, o proactivas. La clasificación deja fuera la búsqueda de fines comunes que no implican reivindicaciones sobre otros grupos: recreación, contemplación y escape. De hecho, funciona mejor cuando las reivindicaciones expresan un conflicto de interés entre las partes. He

elaborado las categorías para el estudio de la evolución de las formas de conflicto en Europa occidental, y los ejemplos provienen de la experiencia europea.

Las acciones competitivas reclaman recursos también demandados por otros grupos a quienes el actor define como rivales, competidores, o al menos participantes en la misma disputa.

Algunos rasgos de la competencia colectiva, como la burla ritualizada, se trasladaron también a la segunda categoría principal: acciones colectivas reactivas (también podemos llamarlas reacciones colectivas). Consisten en una serie de esfuerzos grupales para retomar reivindicaciones consolidadas cuando alguien más las desafía o las viola. A propósito de las invasiones de tierras campesinas en el Perú contemporáneo, E.J., Hobsbawm señala que éstas adoptan tres formas: invasión de tierras de las que nadie (o sólo el gobierno) tiene un título de propiedad claro; expropiación de tierras que no han sido reivindicadas por los invasores, pero que alguien más sí ha reclamado: reapropiación de la tierra que había sido expropiada a los invasores mismos (Hobsbawm, 1974: 120–121).

Esta última forma es el caso reactivo claro: los desposeídos reaccionan. Ese tipo de reocupación de la tierra caracterizó las primeras fases de la rebelión de Zapata durante la Revolución mexicana, volvió a ocurrir en buena parte del sur de Italia durante la concentración masiva de tierras en manos de burgueses y nobles durante el siglo xix, y marcó la consolidación de la tenencia burguesa de la tierra dondequiera que ésta se desarrolló en presencia de comunidades campesinas solidarias. En un escenario europeo convencional, un grupo de campesinos que durante mucho tiempo habían llevado a pastar a su ganado, recogido madera y cosechado en campos comunes, se encontraron con un terrateniente o funcionario local (o probablemente los dos en colaboración) que cercaba los campos según un derecho de propiedad recientemente adquirido o establecido. Los campesinos usualmente hacían advertencias en torno al cercado: si se hacía caso omiso de la advertencia, se iban contra las cercas y los que las ponían, actuando en nombre de derechos que aún consideraban vigentes.

Las acciones colectivas proactivas plantean reivindicaciones que no han sido ejercidas antes [...] la huelga por salarios más altos o mejores condiciones laborales son un ejemplo cotidiano. En la Europa de los últimos siglos, las tres formas de acción colectiva han ido y venido de manera una y otra vez. En los

siglos xv y xvi predominaron las acciones competitivas; del siglo xvii al xix, las formas reactivas se volvieron mucho más comunes, mientras que las formas competitivas se mantuvieron o quizá decrecieron. En los siglos xix y xx, parece haber predominado la acción proactiva, las formas reactivas declinaron, y aparecieron nuevas formas de competencia. Si mi lectura de los registros es correcta, los europeos de los siglos xvii y xviii realizaron acciones colectivas en defensa de derechos amenazados mucho más que sus predecesores, mientras que los del siglo xx se volvieron extraordinariamente susceptibles a actuar en apoyo de reivindicaciones que no habían ejercido anteriormente.

Considero que las razones de los cambios sucesivos siguen una doble vertiente: 1) mucho más que en periodos anteriores y posteriores, en el comprendido entre 1600 y 1850 los agentes de los mercados internacionales y los Estados nacionales impulsaron sus demandas nuevas (y proactivas) sobre los recursos que hasta entonces habían estado bajo el control de incontables hogares, comunidades, hermandades y otras pequeñas organizaciones. Estas últimas reaccionaron reiteradamente, luchando contra los impuestos, la conscripción, la consolidación de la propiedad privada de la tierra, y muchas otras amenazas al bienestar de sus organizaciones. A la postre, las grandes estructuras prevalecieron, la batalla se desvaneció y las formas reactivas disminuyeron. 2) Con cada vez mayor frecuencia, la suma de los recursos necesarios para la supervivencia del grupo cayó en manos de grandes organizaciones, especialmente los gobiernos, quienes únicamente los redistribuyeron frente a la presión de nuevas demandas.

Repertorios de acciones colectivas

En un momento dado, las limitaciones del repertorio de acciones colectivas de que dispone una población resultan sorprendentes; sorprendentes dadas las incontables maneras en que la población podría, en principio, utilizar sus recursos en busca de fines comunes; sorprendentes también dado el gran número de maneras en las que grupos reales han perseguido sus propios fines comunes en uno u otro momento.

La mayor parte de los estadounidenses del siglo xx, por ejemplo, sabían cómo manifestarse. Sabían que un grupo que plantea una reivindicación se reúne en un lugar público, se identifica a sí mismo y a sus reivindicaciones o reclamos de manera visible, orienta su acción común hacia las personas, propiedades o símbolos de algún otro grupo que pretende influenciar. Dentro de esas reglas generales, la mayoría de los estadounidenses sabe cómo conducir diversas formas de manifestación: la manifestación masiva, la asamblea con discursos, la ocupación temporal del recinto. Más aún, existen ciertas circunstancias en las que la mayoría de los estadounidenses de hecho utilizarían su conocimiento para unirse a una manifestación. Aquellos que no han aprendido este complicado conjunto de acciones a través de la participación personal, de cualquiera manera han sido testigos directos de manifestaciones, han leído sobre ellas o las han visto en televisión. Diversas formas de manifestación pertenecen al repertorio de los estadounidenses del siglo xx, sin mencionar a canadienses, japoneses, griegos, brasileños, y muchos otros. El repertorio también incluye diversas variedades de huelga, pliegos petitorios, organización de grupos de presión y algunos otros modos de articular agravios y reivindicaciones.

Por otra parte, son pocos estadounidenses que saben cómo organizar el secuestro de un avión, pese a la publicidad que han recibido los secuestros en los últimos años; e incluso menos considerarían seriamente esta acción como un modo de lograr sus objetivos colectivos. El secuestro de un avión pertenece al repertorio sólo de algunos grupos, mientras que la destrucción de las máquinas, en algún momento algo frecuente, ha salido del repertorio, al igual que el charivari, la serenata y las peleas entre dos pueblos; sólo queda el fútbol para recordarnos esa

antigua forma de derramamiento de sangre.

Los secuestros, motines, la destrucción de máquinas, los charivaris, las peleas entre pueblos, las rebeliones contra los impuestos, motines por hambre, la autoinmolación colectiva, los linchamientos, las vendettas, todos han pertenecido al repertorio de acciones colectivas de algún grupo en algún momento. En uno u otro contexto, en general la gente ha sabido cómo iniciarlos, los ha reconocido como un modo legítimo y asequible de actuar ante un agravio o un reclamo no resuelto. La mayor parte de estas formas de acción son técnicamente factibles en Estados Unidos hoy en día, pero rara vez, si no es que nunca, ocurren. Es más, ningún grupo estadounidense importante con una demanda o reivindicación urgente considera que alguna de estas sea una alternativa genuina a la manifestación: la huelga, los pliegos petitorios o la formación de un grupo de presión no pertenecen al repertorio estadounidense contemporáneo de acción colectiva.

Los medios de las acciones colectivas se alteran y propagan de un grupo a otro. Por ejemplo, en la Italia de 1919, los “plantones” eran más bien una novedad, sin embargo, en agosto de 1920 medio millón de trabajadores había ocupado sus fábricas. Dados estos acontecimientos, podemos calcular la importancia de los repertorios al comparar las opciones sucesivas de grupos similares y observar la innovación y difusión en los medios de acción.

El repertorio de acciones colectivas de una población generalmente contiene sólo un puñado de alternativas; su cambio es lento y parece obvio y natural a los participantes. Se asemeja a un lenguaje elemental: tan claro como la luz para sus usuarios, sin importar lo oscuro o incomprensible que pueda parecer a alguien del exterior.

La experiencia previa también cuenta. La experiencia relevante comprende tanto los éxitos y fracasos del adversario como sus observaciones de otros grupos similares. Podemos ver esa mezcla de práctica previa y observación en el extraordinario teatro callejero que se desarrolló en las colonias estadounidenses desde la Ley del Timbre de 1765 hasta la Revolución. Juicios simulados, desfiles de efigies, ataques rituales a los hogares y oficinas de los funcionarios reales, cubrir con brea y plumas a los lealistas, todo ello acompañaba las peticiones, declaraciones y asambleas solemnes. A sólo unas semanas de la primera exhibición de una bota con un diablo dentro, como símbolo del promotor de la Ley del Timbre, Lord Bute, la bota y el diablo aparecían en muchas de las

reuniones urbanas que se oponían a la ley a lo largo de toda la costa estadounidense. La forma y el contenido particulares de estas reuniones eran nuevos, pero sus elementos principales ya eran modos bien consolidados de lidiar con los enemigos declarados del pueblo. La experiencia previa de marineros urbanos, artesanos y comerciantes conformó el repertorio revolucionario de acciones colectivas.

Por otra parte, también la represión afecta el repertorio. La represión hace una gran diferencia a corto plazo, porque otros grupos poderosos afectan los costos relativos y los posibles resultados de las diferentes formas de acción de las que teóricamente dispone un grupo en particular. También es importante en el largo plazo, porque ese tipo de costos tiende a eliminar ciertas formas de acción al canalizar un comportamiento en otros. La amplia legalización de las huelgas en las décadas de 1860 y 1870 aumentó tanto su atractivo frente a los ataques directos a empleadores o a la propiedad industrial, que esta última acción prácticamente desapareció del repertorio de los trabajadores. No obstante, todos estos cambios ocurren con un retraso; el tipo de acciones colectivas que funcionó durante la última crisis tiene un especial atractivo también para ésta. Así, los éxitos y fracasos de la lucha por el poder producen cambios en el repertorio de las acciones colectivas, pero sólo dentro de los límites establecidos por las rutinas cotidianas y las concepciones de justicia de los actores.

De ser correcta, la idea de un repertorio estándar de acciones colectivas simplifica el estudio de las variaciones de dichas acciones de un lugar, tiempo y población a otro. Lo simplifica al dividir el problema en dos partes: 1) ¿cómo la población en cuestión llegó a tener su repertorio particular?, y 2) ¿la población eligió una forma particular de acción (o ninguna) a partir de ese repertorio? El análisis de la innovación en las acciones colectivas, por ejemplo, la invención y propagación de los “plantones” (sit-ins) como forma de presión para lograr derechos iguales en los acuerdos públicos se divide fácilmente en las mismas dos partes.

La idea de un repertorio estándar también nos permite entender el “contagio” y la “espontaneidad” en las acciones colectivas. Plantea la posibilidad de que cuando una forma particular de disturbio o manifestación se disemina con rapidez, aquello que se difunde no es el modelo del comportamiento mismo, sino la información (correcta o no) de que los costos y beneficios asociados a la acción han cambiado súbitamente. La noticia de que las autoridades están (o no) reprimiendo a los manifestantes en la ciudad A se filtra rápidamente a la ciudad

B, e influye en los cálculos de los manifestantes potenciales en la ciudad B acerca de las consecuencias probables de manifestarse. A este respecto, los amargados que argumentan que la “permisividad” gubernamental alentará más agitación, a menudo tienen razón. Es igualmente claro que una acción puede ser “espontánea” (en el sentido de no haber sido planeada de antemano por alguno de los participantes), y de todos modos estar muy organizada, incluso ritualizada. En ese caso, los amargados normalmente se equivocan: se inclinan a atribuir las acciones sostenidas y concertadas a algún tipo de conspiración.

Un buen ejemplo: la huelga

Durante más o menos el último siglo, la alteración más visible del repertorio de acciones colectivas de la clase trabajadora en los países occidentales ha sido el auge de la huelga. Antiguamente existió alguna forma de paro de labores concertada; es más, la idea debió haber sido inventada de manera independiente muchas veces; las distintas palabras que describían la huelga en varias lenguas europeas sugieren múltiples orígenes: sciopero, turnout, Streik, grève, zabastovka, huelga. Sin embargo, las huelgas eran acontecimientos poco usuales a principios del siglo xx. Generalmente eran ilegales y a menudo sancionadas en 1800. Un siglo después, ya eran algo normal en la vida de la clase trabajadora, eran en general legales y rara vez sancionadas. Es más, en la mayoría de los países occidentales, la intensidad de la actividad de las huelgas continuó aumentando hasta pasada la mitad del siglo xx (véase Hibbs, 1976). En el proceso, las huelgas se volvieron rutinarias: se quedaron en algunos formatos estandarizados, desarrollaron su propia jurisprudencia y se volvieron objeto de estadísticas oficiales; por “rutinarias” no quiero decir “tranquilizadas”. Pese a los complejos reglamentos comunes según los cuales se rigen los partidos profesionales de hockey, éstos son a menudo sucesos llenos de furia donde se rompen huesos: lo mismo puede decirse de las huelgas.

¿Cómo y por qué entraron las huelgas al repertorio? De muchos modos la proletarización creó la huelga. Por definición, la proletarización creó al trabajador que tenía poco o ningún control sobre los medios de producción, y cuya supervivencia dependía de la venta de su fuerza laboral. El proletario y el trabajador, amenazados con convertirse en ése proletariado han sido los principales participantes en las huelgas (por desgracia, la palabra “proletario” ha perdido recientemente algo de la precisión que le dio Marx en *Das Kapital*. En el análisis de Marx, los elementos centrales eran la separación de los medios de producción + el trabajo asalariado. Los trabajadores agrícolas eran, de hecho, el caso histórico principal que Marx discutía. Ciertamente no se concentró en los trabajadores no calificados de las fábricas.) De entre todos los trabajadores, el proletario era el que con mayor claridad tenía intereses que lo ponían en oposición directa con su patrón. El proletario era el que más tenía que ganar con

el paro de la fuerza laboral y quien menos tenía que ganar por cualquier otro medio.

Ahora bien, el ritmo de la proletarización aumentó significativamente durante el siglo xix. Mi conjetura mínima es que en toda Europa entre 1800 y 1900, mientras la población total creció de 190 millones a 500 millones, la población proletaria aumentó de 90 a 300 millones. Si eso es verdad, precisamente los trabajadores ideales para realizar las actividades de huelga se estaban multiplicando. Por otra parte, muchas huelgas fueron sobre la proletarización: sea que el asunto inmediato fuese los salarios, las horas o las condiciones laborales, el conflicto que subyacía solía relacionarse con el esfuerzo del patrón por ejercer cada vez mayor control sobre la disposición de los medios de producción y, por tanto, sobre el uso de la fuerza laboral del propio trabajador.

La palabra “socialismo” originalmente representaba la visión de un orden social en el que los productores controlarían sus propios destinos. La huelga se desarrolló como uno de los principales medios a través de los cuales podían defenderse los artesanos en riesgo de ser proletarizados y los semiproletarios en riesgo de perder completamente la capacidad de disponer de su propio trabajo.

Si mi análisis es correcto, la huelga entró en el repertorio de acciones colectivas de los trabajadores europeos como un medio reactivo, pero se volvió después un medio principal de proactividad colectiva. En el proceso, la huelga se rutinizó: un signo de ello es su legalización. La mayor parte de los países occidentales legalizaron alguna forma de actividad de huelga durante la última parte del siglo xix; Gran Bretaña abrió el camino en 1824; Sajonia le siguió en 1861; Francia en 1864; Bélgica en 1866; Prusia en 1869; Austria en 1870. Otro signo es el surgimiento de reportes estadísticos regulares: en las décadas de 1880 y 1890 aparecieron estadísticas anuales de huelgas en muchos países occidentales, incluido Estados Unidos. Un tercer signo es el desarrollo de burocracias profesionales dedicadas a vigilar, regular, hacer informes y, ocasionalmente, negociar las huelgas. Estos funcionarios, empleados y trabajadores organizados forjaron las definiciones estandarizadas de las huelgas y los paros patronales: definieron las reglas sobre la conducta apropiada para las partes en una huelga y desarrollaron medios para registrar y hacer públicos el fin y los resultados de éstas. Todos ellos, las cortes, la policía, y otros funcionarios públicos comenzaban a establecer el lugar preciso de las huelgas en el repertorio de la acción colectiva. Ciertamente, las reglas permanecieron inciertas en algunos aspectos importantes, cambiaron conforme el balance de poder cambió, y la

mayor parte de las que se formaron, lo hicieron como resultado de un amargo conflicto. Así es como los repertorios de acciones colectivas suelen cambiar.

En Inglaterra, el trabajo organizado, pese al Partido Laborista, nunca desarrolló el vínculo continuo, cercano y confiable con el gobierno que el largo mandato de los Socialdemócratas dio a los trabajadores suecos: en Suecia, mientras más fuertes se volvían los trabajadores, más fácil era resolver disputas a través de otros medios distintos a la huelga: negociación, legislación, presión gubernamental sobre los patrones. Cuando los trabajadores entraron en el sistema político británico, muchos sindicatos mantuvieron una gran autonomía; ninguna organización laboral central tuvo el poder para negociar en nombre de todos sus miembros o para obligar a todos esos miembros a cumplir los términos de sus contratos. En Suecia, una federación altamente centralizada adquirió grandes poderes como negociador y para imponer reglas. Bajo estas circunstancias, la membresía en una polity alentaba las huelgas en Inglaterra y hacía que la presión política habitual fuera una alternativa atractiva a las huelgas en Suecia.

Elecciones, manifestaciones y sistemas políticos

La lección es aún más general. El modelo simple del sistema político expuesto anteriormente es un punto de partida útil, pero pasa por alto la importancia de las coaliciones políticas y de los modos de acción incorporados en las organizaciones políticas existentes. El uso de las elecciones para llevar a cabo cuestiones públicas es un buen ejemplo. Los científicos políticos se dieron cuenta desde hace mucho tiempo que la realización de elecciones nacionales vinculantes promueve el crecimiento de partidos políticos, no sólo porque los gobiernos tienden a legalizar las elecciones y a los partidos al mismo tiempo, sino porque la competencia electoral da una ventaja muy evidente a los intereses organizados en partidos. Pienso que el efecto de los sistemas electorales en el patrón de las acciones colectivas es todavía más general. Una comparación de la historia de las acciones colectivas beligerantes en Italia, Alemania, Francia e Inglaterra (Tilly, Tilly y Tilly, 1975) sugiere una conexión cercana entre la institución de elecciones nacionales y el uso de asociaciones formales de todo tipo como vehículos para las acciones colectivas. Esta conexión puede verse en la gran proliferación de clubes, círculos y cofradías en las revoluciones francesa, alemana e italiana de 1848 (en las que la expansión del electorado y el aumento de la importancia política de las elecciones eran partes normales del programa revolucionario). La experiencia de estos mismos países también hace que resulte plausible la teoría de que el crecimiento de las elecciones promueve la cristalización y difusión de la manifestación como una forma de acción colectiva.

¿Por qué? Por un efecto sombrilla: la sombrilla legal abierta para proteger el proceso electoral y mantenerlo aglutinado en el centro, lejos de la lluvia, tiene una orilla desigual: hay refugio para otros en sus márgenes. El otorgamiento de legalidad a una asociación o a una asamblea electoral sirve para legalizar asociaciones o asambleas cuyo carácter no es precisamente electoral, aquéllas que son no sólo electorales o que todavía no son electorales. El otorgamiento de legalidad disminuye los costos de movilización y de acción colectiva para el grupo, y también plantea un modelo prestigioso y accesible de acción en general. En Estados Unidos, en los años 1960 encontramos el otorgamiento, si bien

reticente, de legitimidad al Black Panther Party, el Mississippi Freedom Democratic Party y Peace and Freedom Party.

La manifestación que conocemos entró al repertorio normal de acciones colectivas en la mayoría de los países occidentales durante el siglo xix. En Inglaterra y Estados Unidos, sin embargo, podemos ver que su forma ya cristalizaba antes de 1800. Durante varios siglos, los ingleses se habían venido reuniendo en grandes números en ciertos días festivos específicos, como el día de Guy Fawkes: durante las celebraciones, a menudo expresaban sus opiniones colectivas sobre los héroes, villanos y locos del día; hacían desfilar efigies, carros alegóricos, farsas y pancartas. Los ahorcamientos, funerales, salidas de prisión, cumpleaños reales, anuncios de victorias militares atraían multitudes, y a veces preparaban el escenario para la expresión de peticiones, simpatías o quejas. En todos estos casos, las autoridades brindaban la ocasión, y de alguna manera sancionaban dichas asambleas. Las elecciones impugnadas encajaban fácilmente en el mismo patrón, y las asambleas de los simpatizantes de distintos candidatos disfrutaban de cierto grado de protección.

Durante estos mismos años, la manifestación se volvía ya una manera estandarizada de conducir los asuntos públicos en las colonias británicas de Norteamérica. Al igual que las batallas contemporáneas sobre Wilkes en Inglaterra, la resistencia estadounidense a la Ley del Timbre de 1765 ayudó a separar la manifestación de la asamblea sancionada, y sirvió también para establecer su importancia como instrumento de rutina para aplicar presión política. El 14 de agosto aparecieron dos efigies colgadas de un enorme árbol en una calle estratégica de Boston: una representaba al distribuidor de los timbres fiscales, Andrew Oliver, el otro, una bota con un diablo dentro. La muchedumbre reunida no permitía que se retiraran las efigies.

Hacia la tarde, algunos hombres descolgaron la efigie del maestro de los timbres y lo colocaron en un féretro, el cual fue llevado por la ciudad acompañado por una multitud que ovacionaba y aclamaba: “Libertad y propiedad por siempre”; “No a los timbres”, “No a los funcionarios”. En esta procesión, “algunos de la más alta fama” caminaban “con el mayor orden”, “y de manera solemne”. A la cabeza de la procesión, “40 o 50 hombres de negocios, vestidos decentemente, conducían; y les seguían algunos cientos de personas [...]”. La procesión, entre aclamaciones de toda la gente que rodeaba la calle, siguió por Main Street, dio la

vuelta en King Street y se detuvo frente a la casa donde estaban reunidos el gobernador y el consejo. La multitud, a sabiendas de ello, “gritó tres hurras a manera de desafío y siguió su camino” (Hoerder, 1971: 153).

El gran olmo del que estaban colgadas las efigies se hizo famoso como el Árbol de la Libertad y fue el modelo de miles de árboles de la libertad consagrados y disputados en Estados Unidos. Posteriormente, el Árbol de la Libertad se volvió un símbolo fundamental de la Francia Revolucionaria. En muchas historias, la resistencia a la Ley del Timbre se considera el principio de la Revolución estadounidense. Conforme el movimiento revolucionario creció, esta manifestación adquirió un papel importante y duradero en el repertorio estadounidense de acciones colectivas.

Dicha manifestación resulta una lección general. Las formas, las frecuencias y las personas que participan en las acciones colectivas dependen estrechamente de la estructura existente de gobierno y política. Cuando empezamos a refinar el modelo simple de gobierno, polity y adversarios con los que comenzamos, debemos poner atención a las reglas específicas de membresía de una polity, a los patrones existentes de represión y facilitación y a los derechos reclamados por los diferentes adversarios. Nuestro modelo elemental tan sólo especifica en qué conexiones debe ser significativa cada una de estas variables.

Con respecto a la cuestión de los derechos políticos, por ejemplo, el argumento desplegado hasta ahora favorece una perspectiva del derecho a votar, a presentar pliegos petitorios, a reunirse, a publicar, etc. como algo que a) no es un principio general, sino un reclamo específico de determinado contendiente respecto de cierto gobierno, b) cobra vida como el resultado de los conflictos entre contendientes movilizados y los gobiernos. De este modo, la idea común de que una serie de derechos políticos estándar pasó gradualmente de una pequeña élite a la población general es engañosa. No errónea, porque la proporción de la población con reivindicaciones exigibles frente a varios gobiernos respecto del voto, los pliegos petitorios, las asambleas y a la publicación ha crecido enormemente en los últimos dos siglos, ha aumentado y pasado en momentos particulares de las élites a la población en general, y una vez que ha crecido, no se ha vuelto a contraer mucho. Sin embargo, sí es engañosa porque las exigencias similares que la gente normal ha planteado a otros gobiernos (en especial locales) se han disipado en el propio proceso y porque cada paso de la

expansión ha ocurrido usualmente en respuesta a la exigencia de algún contendiente bien definido o una coalición de contendientes.

El hecho de que los derechos consistan en reivindicaciones exigibles al gobierno por parte de ciertos grupos hace que resulte menos enigmático que derechos tan elementales como el de reunirse en asamblea y presentar pliegos petitorios puedan negársele con tanta facilidad a algunos aspirantes (prostitutas, milenaristas, fascistas, homosexuales), cuyas características personales, objetivos o actividades son inaceptables para casi todo el resto de los grupos. La negación de los derechos a un adversario sólo amenaza los derechos de los miembros existente de la polity cuando las características, organización, objetivos o actividades del adversario son semejantes a los de alguno de los miembros, o cuando se forma una coalición entre un aspirante y un miembro.

Todas nuestras indagaciones sobre las formas y frecuencias de las acciones colectivas con el tiempo nos regresan a las preguntas sobre el poder. Un análisis detallado de las formas de acciones colectivas, competitivas, reactivas y proactivas anula la distinción general entre protesta “pre-política” y “política”. Una exploración cuidadosa del contexto de las actividades de huelga cuestiona la separación entre conflictos “económicos” y “políticos”. Una reflexión atenta sobre la manifestación, el charivari y los motines por hambre, presenta dudas fundamentales sobre cualquier esfuerzo que se realice para destacar un tipo de acciones de masas espontáneas, expresivas, impulsivas y fugaces, aunque confirma la importancia de la creatividad, la innovación, el drama y el simbolismo dentro de los límites dispuestos por el repertorio de acciones colectivas y la estructura de poder existentes.

Referencias

Hibbs, Douglas, A. Jr. (1976). "Industrial Conflict in Advanced Industrial Societies". *American Political Science Review* 70: 1033–1058.

Hobsbawn, E. J. (1974). "Peasant Land Occupations". *Past and Present* 62: 120–152.

Hoerder, Dirk (1971). *People and Mobs: Crowd Action in Massachusetts during the American Revolution, 1765–1780*. Berlín: publicación del autor.

Levett, Allan (1974). "Centralization of City Police in the Nineteenth Century United States". Tesis de doctorado en Sociología, Universidad de Michigan.

Tilly, Charles, Allan Levett, A.Q. Lodhi y Frank Munger (1975). "How Policing Affected the Visibility of Crime in Nineteenth-Century Europe and America". Documento de trabajo 115, Centro de Investigaciones sobre la Organización Social, Universidad de Michigan.

Tilly, Charles, Louise Tilly y Richard Tilly (1975). *The Rebellious Century, 1830–1930*. Cambridge: Harvard University Press.

Wolf, Eric (1969). *Peasant Wars of the Twentieth Century*. Nueva York: Harper

& Row.

5. Actuaciones contenciosas

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

De campana en campana

En su panorama de las acciones colectivas en México entre 1968 y la década de 1990, Sergio Tamayo muestra cómo una campaña nacional daba forma a la que seguía. Concluye que la transformación de la contención popular

[...] fue un proceso acumulativo de acciones ciudadanas que durante los primeros cinco años de la década de 1990 alcanzó un nivel amplio de participación, usando todo tipo de recursos, tanto legales y formales, como informales y violentos [...] En cuanto a la Ciudad de México, su ciudadanía se mostraba con gran fuerza, ciertamente resultado del carácter especial de la ciudad en tanto que capital de la república y como centro urbano en el que se concentraba el debate político nacional sin importar su origen (Tamayo, 1999: 353).

Ese “proceso continuo” produjo una mutación, nos dice Tamayo, desde un turbulento 1968, en el que estudiantes y trabajadores por igual, habían sido agitados por diversas formas de socialismo, dio paso a una amplia gama de demandas de poder ciudadano durante los años 1990. Hasta cierto punto, las visiones violentas de lucha de clases abrieron el camino al debate democrático.

Tamayo distingue cinco elementos que transformaron la política popular mexicana: 1) el levantamiento zapatista de 1994 y los acontecimientos que le siguieron marcaron una nueva fase de acciones a escala nacional; 2) las manifestaciones, huelgas y emplazamientos a huelga se multiplicaron como vehículos de la voz popular; 3) las disputadas elecciones de 1998 y 1994 debilitaron al partido hegemónico (pri); 4) la sociedad civil creció, más vocal y más fragmentada, y 5) las viejas formas de participación, “actuaciones” (performances) de según a los términos de este libro, utilizadas por los comités ciudadanos locales de 1988 dieron paso a las acciones nacionales e internacionales iniciadas por los Zapatistas: “Podemos añadir que precisamente por el modo en que terminaron [las elecciones de 1988], un ciclo de

participación y desarrollo de movimientos sociales podría cerrarse en México, y con el movimiento zapatista podría empezar uno nuevo” (Tamayo, 1999: 355).

La derrota (posiblemente fraudulenta) del candidato presidencial populista Cuauhtémoc Cárdenas frente a Carlos Salinas de Gortari en 1988 provocó, por primera vez, enormes protestas. Pero el fracaso de esa movilización, observa Tamayo, fue la sentencia de muerte de las actuaciones añejas de la política populista mexicana. Pero se conformó un nuevo tipo de campaña política.

Este rico testimonio de Tamayo de la contención popular en México plantea una pregunta de importancia general para el estudio de las políticas contenciosas: ¿bajo qué circunstancias, hasta dónde y cómo transforman las campañas reivindicatorias el carácter mismo de la contienda? En una escala más pequeña, ¿cómo influye una campaña sobre lo que ocurre en la siguiente? Sin una comprensión clara de dicha influencia, cualquier explicación del cambio en el repertorio sigue lamentablemente incompleta. Este capítulo intenta aclarar nuestra comprensión del impacto de las campañas reivindicatorias subsecuentes.

Una campaña es una serie sostenida y coordinada de episodios, conformada por reivindicaciones similares respecto de objetivos semejantes o idénticos. En 1968, estudiantes de izquierda iniciaron una campaña por los derechos democráticos en la víspera de los Juegos Olímpicos de la Ciudad de México y fueron gravemente reprimidos por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Como dice Tamayo, la campaña zapatista por los derechos de los indígenas, lanzada en 1994, tomó un sendero muy distinto: movilización guerrillera en los altos de Chiapas, control de zonas ostensiblemente liberadas, transmisión nacional e internacional de críticas y, con el tiempo, manifestaciones masivas pacíficas de la selva a la capital nacional.

En este caso, una campaña transforma la estructura de oportunidades políticas (eop), cambia la gama de modelos disponibles para las actuaciones contenciosas y altera las relaciones entre actores potenciales. Entre otras cosas, una campaña a veces altera la eop al introducir a nuevos actores en un régimen, cambiar las políticas represivas de éste o crear nuevas alianzas entre los aspirantes y los titulares existentes del poder; las tres cosas ocurrieron en México después de 1968. Es casi inevitable que tales alteraciones en la eop alteren el repertorio de las campañas subsecuentes.

Una campaña a veces produce cambios en los modelos disponibles de actuación,

de modo más directo a través de la innovación, como en el caso de los Zapatistas en 1994 y posteriormente. Los viejos modelos generalmente conservan su prestigio y su carácter predecible, pero al menos ocasionalmente ocurre un cambio en el repertorio debido a campañas innovadoras. Una vez que se ha dado una innovación y que ha producido resultados para los innovadores, con frecuencia otros lo intentan. Tamayo nos dice que las actuaciones nacionales e internacionales de los zapatistas provocaron precisamente este cambio. Finalmente, una campaña a veces altera las relaciones entre los actores potenciales. Tamayo describe nuevas alianzas dentro de la sociedad civil como respuesta a las crisis de 1968 y, especialmente, a la de 1988. Las nuevas alianzas traen consigo la posibilidad de frentes ciudadanos amplios en nombre de la democracia. A menudo, el impacto más duradero de una campaña relativamente exitosa aparece menos en la eop y en el repertorio que en las conexiones alteradas entre los actores que colaboran en campañas subsecuentes.

Ciertamente, entre campañas interactúan la eop, los modelos y las relaciones. Cambios en la eop afectan la viabilidad de diversas actuaciones, nuevos modelos generan conexiones nuevas entre los potenciales reclamantes, y las conexiones recién elaboradas a veces alteran a la propia eop. En el caso de México, el levantamiento zapatista hizo que ocurrieran los tres al mismo tiempo, de modo que los activistas internacionales que apoyaban a los zapatistas se aliaron con los activistas nacionales, promovieron su modelo de reivindicación, e intervinieron con una fuerza sin precedentes en la estructura mexicana de poder.

Si se examina con detalle, por supuesto que los efectos de la oportunidad y la amenaza son asimétricos y un poco más sutiles. Por ejemplo, las amenazas crecientes a la sobrevivencia colectiva tienden a incitar el aumento de las acciones colectivas por parte de grupos bien conectados, al menos en el corto plazo (Davenport, 2007, Goldstone y Tilly, 2001). Por el momento, sin embargo, lo importante es que las campañas a menudo afectan a las seis características de la eop: apertura del régimen, coherencia de su élite, estabilidad de las alineaciones políticas, disponibilidad de aliados para los actores potenciales, represión o facilitación y ritmo del cambio. En el caso de México entre 1968 y los 1990s, Tamayo proporciona abundantes evidencias de que las campañas radicales y populistas de los años 1970 y 1980 dieron mayores oportunidades a los nuevos retos, y lo hicieron dividiendo más a la élite, promoviendo la inestabilidad y ayudando a instalar nuevos aliados para los aspirantes.

¿Y con respecto al cambio en los modelos de actuación disponibles? Tamayo

presenta una amplia documentación sobre esta serie de efectos. Los zapatistas ofrecen los ejemplos más dramáticos: su actividad guerrillera en realidad siguió los amplios modelos de otros sitios en el México rural entre 1960 y la década de 1980 (Turbiville, 1997). Pero luego de los encuentros iniciales con el ejército mexicano, hubo un cambio de enfoque: de ataques clandestinos a las fuerzas del gobierno a uno de publicidad ingeniosa de sus exigencias, actividades de difusión dirigidas a sus aliados potenciales tanto dentro como fuera de México, así como manifestaciones públicas de VUNC [Valia, Unidad, Número y Compromiso/WUNC Worth, Unity, Numbers and Commitment. Véase Tilly, Castañeda y Wood, 2020], a través de mítines y marchas (Olesen, 2005). Clifford Bob describe una actuación zapatista.

Cambios en las oportunidades = cambios en el ambiente de los actores políticos (en este caso un solo adversario idealizado) que señalan cambios en las posibles consecuencias de las diferentes interacciones con otros actores.

Esto también se aplica transversalmente: si el régimen A es más abierto, sus elites estarán más divididas, si es en general más inestable, cuenta con muchos aliados potenciales, y es menos represivo que el régimen B, los adversarios semejantes lucharán más amplia y eficazmente en el régimen A.

El 11 de marzo de 2001, 24 líderes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (

eZLN

) marcharon hacia el Zócalo, el inmenso centro histórico de la Ciudad de México. Siete años después de su levantamiento armado, los zapatistas llegaron con la bendición del gobierno, y con el portavoz del grupo, el subcomandante Marcos que proclamaba “Aquí estamos” frente a un público de más de 100 mil personas. Días después, la comandanta Esther se dirigía al Congreso mexicano, promoviendo la adopción de una ley que otorgaba importantes nuevos derechos a la población indígena del país. Muchos simpatizantes extranjeros acompañaron a los rebeldes durante la estancia de varias semanas de los zapatistas en la capital y a lo largo de su viaje triunfal en autobús desde recónditas bases en el estado sureño de Chiapas. Destacado entre ellos, vestidos de overoles blancos y actuando de modo incongruente como guardias de seguridad, caminaban decenas

de “monos blancos”, activistas italianos, notables en las protestas antiglobalización europeas. En el Zócalo había un desfile de luminarias de izquierda: la ex primera dama Danielle Miterrand, el director de cine Oliver Stone, y el “demoledor” de McDonald’s, José Bové. Alrededor del mundo, cientos de seguidores zapatistas siguieron de cerca por Internet la Marcha por la Dignidad Indígena, el “Zapatour”. Para costear el evento, los zapatistas solicitaron donaciones de la sociedad civil nacional y trasnacional y abrieron una cuenta de banco accesible a los donadores de todo el mundo (Bob, 2005: 117)

Cuadro 5.1

Oportunidad y amenaza política y su impacto en la lucha

Categoría	Oportunidad creciente	Amenaza creciente
Apertura del régimen	El régimen se vuelve cada vez más abierto	El régimen se empieza a cerrar
Coherencia de la élite	Divisiones cada vez mayores de la élite	Cada vez mayor solidaridad entre la élite
Estabilidad de las alineaciones políticas	Inestabilidad creciente	Estabilidad en aumento
Disponibilidad de aliados	Nuevos aliados en el régimen disponibles para los adversarios	Los aliados potenciales desaparecen o pierden poder
Represión/facilitación	Cada vez mayor facilitación, represión decreciente	Facilitación decreciente, represión en aumento
Ritmo del cambio	Aceleración de cualquiera de los anteriores	Desaceleración de cualquiera de los anteriores

Obviamente, los zapatistas habían ido mucho más allá del enfoque estilo Che Guevara en los años 1960.

También era obvio que en México estaba ocurriendo nuestro tercer elemento (cambio en la relación entre los actores potenciales), y afectaba en gran medida el nuevo ciclo de campañas. Thomas Olesen (2005) distingue tres niveles de organización en la movilización zapatista: la organización zapatista como tal (ezln), la red de solidaridad transnacional que creció como apoyo inmediato a los zapatistas y la “red transnacional de justicia y solidaridad” que se ocupaba de una amplia gama de causas de izquierda, incluida la de los zapatistas. El tercer nivel, de acuerdo con Olesen:

apenas existía cuando se dio el levantamiento del

ezln

en 1994, momento en que la izquierda apenas estaba buscando encontrarse después del fin de la Guerra Fría. Empezó a tomar forma en la segunda mitad de los años 1990, y por primera vez dejó una fuerte impresión en Seattle en noviembre de 1999. El

ezln

, y especialmente los encuentros intercontinentales de Chiapas en 1996, habían desempeñado un importante papel en estos hechos. Las perspectivas de la izquierda han sufrido cambios significativos en la década de 1990, y el

ezln

ha visto cómo muchas de sus ideas y visiones políticas hicieron eco en las actividades de la justicia transnacional y el movimiento de solidaridad (Olesen, 2005: 209).

El ezln, especula Olesen, podrá estar desvaneciéndose del escenario internacional, pero deja detrás conexiones transnacionales muy importantes entre

activistas. Desde finales de los años 1990, estas conexiones configuraron las políticas transnacionales del movimiento antiglobalización.

En la política mexicana ocurrieron procesos paralelos. Tamayo subraya cómo las feministas mexicanas se aliaron con activistas de otros temas distintos a los derechos de las mujeres.

Las activistas feministas, que también eran militantes de partido, añadieron un componente muy importante a las dinámicas internas de partido entre campañas electorales. Puede parecer sorprendente, pero esto aparece claramente después de las elecciones de julio de 1988 y con el resurgimiento de un movimiento contra el fraude electoral, cuando las mujeres participaron activa y colectivamente [...] De este modo, conforme se cerraba el periodo de transición, varias organizaciones de mujeres hicieron un llamado a una asamblea nacional para combatir el fraude electoral institucionalizado, y crearon la Alianza de Mujeres Benita Galeana, junto con grupos de trabajadores, partidos políticos, activistas y organizaciones no gubernamentales (Tamayo, 1999: 320)

Estaba ocurriendo una gran transición doble en la política popular mexicana; de clientelas de líderes populistas a activistas proactivos, de movilizaciones monotemáticas a coaliciones amplias en favor de una reforma democrática. Las propias campañas reivindicatorias tuvieron un papel fundamental en las dos transiciones, y lo hicieron al alterar la eop (estructura de oportunidad política), los modelos disponibles y las conexiones entre actores potenciales.

México no era excepcional. Al contrario, de 1968 a los años 1990, México ilustra dos patrones extremadamente generales en la política contenciosa. Primero, gran parte del cambio en actuaciones y repertorios que ocurre en cualquier parte resulta de la influencia de una campaña, exitosa o no, en la siguiente. Segundo, dicha influencia opera a través de las alteraciones que interactúan en tres canales: la eop, los modelos disponibles y las conexiones entre los actores potenciales.

Aquí comenzamos a ver claramente las ventajas analíticas de tratar el ejercicio de las reivindicaciones colectivas como una serie de actuaciones aprendidas que se agrupan en repertorios. Los tres elementos, eop, modelos disponibles y

conexiones identifican tres aspectos diferentes de las situaciones a las que se enfrentan los reclamantes potenciales. La eop identifica los resultados políticos probables de las diferentes acciones colectivas que los reclamantes podrían asumir juntos. Los modelos disponibles identifican las rutinas conocidas por las que los reclamantes podrían optar y las conexiones indican quién participará y cómo. Los tres juntos producen una matriz de decisión para los participantes potenciales en la lucha. Pero también producen una matriz explicativa para quienes observamos la política contenciosa.

Estructura de la oportunidad política

Cuando Gran Bretaña derrotó a Francia en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), añadió a sus ya intranquilos católicos de Escocia, Inglaterra, y especialmente de Irlanda, la gran población católica de Quebec. En la Ley de Québec de 1774, los católicos de esta provincia recibían derechos políticos más amplios en la colonia que los de sus correligionarios en las Islas Británicas. Durante la década de 1770, la guerra con las 13 colonias al sur de Québec hizo que el gobierno británico solicitara con avidez el apoyo entre los católicos y reclutara soldados de esta religión (previamente excluidos del servicio porque debían abjurar al papa). El Parlamento hizo modestas concesiones a los derechos católicos en la Catholic Relief Act (Ley de Ayuda Católica) de 1778. John Wilkes, por ejemplo, opinaba que esas concesiones eran menores y aceptables (Rogers, 1998: 157), sin embargo, la propuesta del gobierno de ampliar las concesiones a Escocia provocó una vigorosa movilización anticatólica.

El anticatolicismo había generado mucho apoyo (y los católicos habían sufrido serias restricciones a sus derechos políticos) en Gran Bretaña desde que la Gloriosa Revolución de 1688-1689 había destronado a un rey católico. Pero la Asociación Protestante, formada en 1779, produjo algo nuevo. Le dio al anticatolicismo una base organizativa y una masa de seguidores basados en el modelo de los partidarios de Wilkes. A diferencia de las asociaciones de reforma que comenzaban a surgir en Gran Bretaña, ésta adoptó “formas radicales de presión para conseguir apoyo, celebrar reuniones generales cada mes, distribuir folletos, abogar por instrucciones a los miembros del parlamento y embarcarse en reunir firmas masivamente para presentar pliegos petitorios” (Rogers, 1998: 158). Todas estas innovaciones se basan en precedentes establecidos por la campaña de Wilkes. Los discursos del escocés Lord George Gordon contra las Leyes de Ayuda Católica y su extensión a Escocia lo catapultaron a la presidencia de la Asociación con sede en Londres. Al llevar la campaña de la Asociación al Parlamento al año siguiente, Gordon precipitó una de las luchas internas más sangrientas de Gran Bretaña en décadas.

Modelos de acción

La innovación de los reclamantes, especialmente de los exitosos, pone nuevos modelos de actuación a disposición de otros actores potenciales. La mayoría de estas innovaciones ocurre de manera creciente y en pequeña escala, pero ocurre. Durante las décadas de 1820 y 1830, Gran Bretaña experimentó una gran cantidad de actuaciones innovadoras que persistieron. Una comparación entre dos campañas simultáneas en la década de 1820 ilustrará este punto. Vistas desde el pináculo de la política parlamentaria, la derogación de las Test and Corporation Acts (Leyes de Prueba y Corporación) (1828) y la aprobación de la Ley de Emancipación Católica (1829) parecen hazañas de las manipulaciones de la élite que posteriormente transformaron la opinión pública. Como lo resumió John Stuart Mill en una carta a Gustave d'Eichthal en marzo de 1829:

La alteración de una ley tan importante y antigua como la que excluye a los católicos de los privilegios políticos ha sacudido las mentes de los hombres, lo cual ha debilitado los viejos prejuicios, y los hará mucho más abiertos a nuevas ideas e innovaciones racionales en el resto de nuestras instituciones” (Hinde, 1992: 187).

Sin embargo, vistas desde los valles de la política popular, las aboliciones de las restricciones religiosas a la participación política se apoyaban en una lucha amplia. Es más, dieron fuerza a modelos de actuación que sacudieron a la sociedad británica durante los siguientes años y contribuyeron mucho a las formas de activismo que se desarrollaron en la gran campaña por la reforma parlamentaria de 1830-1832.

En el paso de los derechos religiosos a la reforma parlamentaria, la estructura de oportunidad política, los modelos de actuación disponibles y las conexiones entre los actores políticos potenciales cambiaron continuamente y en constante conexión entre sí. En todo caso, transmitieron la influencia de una campaña

contenciosa a la siguiente.

Referencias

Bob, Clifford (2005). *The Marketing of Rebellion: Insurgents, Media, and International Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Davenport, Christian (2007). *State Repression and the Domestic Democratic Peace*. Cambridge: Cambridge University Press.

Goldstone, Jack y Charles Tilly (2001). "Threat (and Opportunity): Popular Action and State Response in the Dynamics of Contentious Action". En Ronald Aminzade et al., *Silence and Voice in Contentious Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hinde, Wendy (1992). *Catholic Emancipation: A Shake to Men's Minds*. Oxford: Blackwell.

Olesen, Thomas (2005). *International Zapatismo: The Construction of Solidarity in the Age of Globalization*. Londres: Zed.

Rogers, Nicholas (1998). *Crowds, Culture, and Politics in Georgian Britain*. Oxford: Clarendon Press.

Tamayo, Sergio (1999). *Los veinte octubres mexicanos: La transición a la*

modernización y la democracia, 1968–1988. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Tilly, Charles, Ernesto Castañeda y Lesley J. Wood (2020). *Social Movements, 1768-2018*. Nueva York: Routledge.

Turbiville, Graham H. (1997). “Mexico’s Other Insurgents”. *Military Review* 77 (mayo-junio), [en línea] Disponible en (<http://www-cgsc.army.mil/milrev/milrvweb/html/mayne/tur.html>).

6. Postulados perniciosos

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Falsos principios

El legado del siglo xix a los científicos sociales del siglo xx se asemeja a una vieja casa heredada de una tía rica: desgastada, excesivamente decorada, atiborrada, pero probablemente rescatable. Al hacer una evaluación de la vieja estructura queremos conservar la creencia en patrones inteligibles de acción social, la esperanza de que la observación disciplinada hará que esos patrones sean más comprensibles, la búsqueda de las estructuras y procesos fundamentales, el intento de recrear los procesos que crearon nuestros modos de vida contemporáneos y la organización de estos cuestionamientos como una empresa acumulativa y colectiva. Desearemos retener algunas teorías específicas, como la de la acumulación del capital de Marx. Pero también queremos deshacernos de ellas y desbaratarlas.

Para reducir el desorden, lo primero que hay que desechar son los falsos principios generales derivados de la reacción burguesa a los cambios sociales del siglo xix. Descartemos las ideas de la sociedad como algo distinto y de las sociedades como entidades generales; del comportamiento social como consecuencia de los eventos mentales individuales configurados por la sociedad y de dichos eventos como los vínculos entre las personas y las sociedades; del cambio social como un fenómeno único y coherente; de las etapas normales a través de las cuales se desarrollan las sociedades; de la diferenciación como la lógica dominante e inevitable del cambio social; de la disputa entre diferenciación e integración como fuentes del orden y el desorden; del desorden mismo como un fenómeno general resultado de la presión del cambio social acelerado; de una nítida separación entre las formas legítimas e ilegítimas de coerción, conflicto y expropiación.

En los últimos años, los ocho postulados perniciosos han perdido algo de su influencia. Los encuentros de los científicos sociales europeos y estadounidenses con países en vías de desarrollo, con científicos sociales radicados en el “Tercer Mundo”, y con críticos del involucramiento de sus propios gobiernos en el mundo, han sacudido en cierta medida todos los postulados. Algunos postulados han perdido más terreno que otros. Las ideas acerca de la sociedad y de las

sociedades han sido objeto de graves ataques de los defensores del análisis del sistema global, pero ninguna teoría o práctica que prescindiera de la idea de sociedades como unidades independientes ha logrado realmente prevalecer. Gran parte del análisis social todavía considera los eventos mentales individuales en lugar de las relaciones sociales como centro de la vida social. Excepto entre los teóricos marxistas, se ha vuelto obsoleto realizar afirmaciones generales sobre el cambio social como tal. Las teorías basadas en etapas (stages) han perdido mucho de su brillo, en parte como resultado de su alejamiento de las teorías generales sobre el cambio social. La diferenciación todavía atrae el interés de muchos analistas sociales, en particular de aquellos que se preocupan por la fragmentación de la existencia cotidiana. Las teorías más simples que enfrentan diferenciación contra integración han dado paso a explicaciones del mismo fenómeno, supuestamente “desordenado”, como una conducta organizada y dirigida por el interés.

Al mismo tiempo, los académicos se han vuelto mucho más escépticos sobre la rápida secuencia de cambio/presión/desorden. Sin embargo, no ha habido un declive comparable en la noción de dos procesos separados subyacentes a la coerción, el conflicto y la expropiación “ilegítimos” y “legítimos”. En distintos grados de salud, siguen con vida los ocho postulados perniciosos. Revisémoslos en orden y poniendo especial atención a aquellos que todavía tienen un papel importante para las teorías de los científicos sociales en torno a la estructura y el proceso a gran escala

1. La Sociedad es algo aparte

La mayor victoria de la Sociología en tanto que disciplina académica trajo consigo su derrota como empresa intelectual. Haber persuadido a otros de la existencia de un ámbito distintivo llamado “sociedad” y de entidades definidas llamadas “sociedades” dio a los sociólogos la libertad para justificar sus estudios. Dichas premisas justificaban a la Sociología como algo esencial e independiente de la Filosofía, la Psicología o la Biología. Aunque los seres humanos crearon a la sociedad, una vez en existencia, la sociedad tenía sus propias leyes. Pensadores pre sociológicos como Montesquieu habían instituido desde hacía muchos años la práctica de comparar “sociedades”, y de distinguir entre las organizaciones formales (especialmente los Estados) y las estructuras sociales, o sociedades, que les daban forma y los sostenían. Comte, Spencer, Durkheim y otros grandes del siglo xix consolidaron estas prácticas dentro de una disciplina llamada Sociología. Dicha disciplina prometía explicar las variaciones sociales y desarrollar medios de reparar las rasgaduras del tejido social. Con base en dichas premisas, sus promotores construyeron un método, una organización y un conjunto de conceptos: sociedad, normas, papel, estatus, creencia colectiva, etc. En el mismo proceso surgió una división laboral. La Sociología investigaba la estructura interna de las sociedades ricas y poderosas. La Antropología, por su parte, recibió un encargo doble: explicar las inmensas variaciones entre las sociedades y analizar las estructuras internas de éstas fuera del círculo mágico del poder y la riqueza.

Ese logro, no obstante, resultó una carga terrible para sociólogos y antropólogos: la tarea de describir las estructuras y procesos de entidades ficticias. Como cuestión práctica, los sociólogos partían usualmente de los Estados nacionales existentes y definían a la sociedad de modo residual. La sociedad era todo lo que no era el Estado, o todo menos la organización de la producción, la estructura de la distribución y el propio Estado.

Los antropólogos acostumbraban a lidiar con el problema de describir a las sociedades, ya sea partiendo de una comunidad local y suponiendo que las definiciones de identidad con otros, establecida por miembros de dicha

comunidad, delineaba una “sociedad” más grande, o bien aceptando a las entidades políticas: “tribus”, “pueblos”, “reinos”, etc., descubiertas por los occidentales durante la expansión comercial e imperial. Ellos también se han enfrentado a muchas dudas. Muchos antropólogos que se inclinan por el análisis estadístico, por ejemplo, se preocupan por el “problema de Galton”: la posibilidad de que, como resultado de la difusión de rasgos culturales, las “sociedades” adyacentes no logren calificar como los casos independientes necesarios para hacer análisis nítidos de la covariación cultural [...]

Por otra parte, los etnógrafos que han observado la coexistencia y la interpenetración de identidades culturales singularmente distintas tienen problemas incluso para agrupar ordenadamente al mundo en sociedades separadas. Esas entidades separadas y autónomas son ficticias.

Todos los procedimientos convencionales para esbozar a las sociedades se topan con problemas graves cuando llega el momento ya sea de revisar la claridad y estabilidad de las fronteras sociales producidas de ese modo, o bien de describir las estructuras coherentes y los procesos supuestamente contenidos dentro de esas fronteras. ¿Cómo? En muchas variaciones todos los problemas vuelven a las mismas dos dificultades fundamentales: primero, ¿cómo crear fronteras de la “misma” unidad que resulten consistentes en tiempo, espacio y personal?; segundo, ¿cómo determinar si las fronteras propuestas de hecho delimitan una entidad social distintiva y coherente?

En el primer caso, cada uno de los criterios (fronteras del Estado nacional, afirmaciones de la comunidad local, definiciones occidentales derivadas políticamente) agrupa poblaciones heterogéneas, produce delimitaciones conflictivas de los terrenos y poblaciones de las que se trata y/o se encuentra con cambios en las fronteras aparentemente relevantes. ¿Qué fronteras, por ejemplo, deberíamos poner alrededor de la “sociedad alemana” en el momento en el que Europa contenía docenas de Estados cuyas poblaciones eran principalmente germanoparlantes, pero sus cortesanos hablaban francés, y cuando el Imperio de Habsburgo incluía no sólo un bloque importante de súbditos germanoparlantes, sino también millones de habitantes que hablaban checo, rumano, serbio, turco y otros 20 idiomas?

¿O qué decir de la sociedad alemana en el momento en que las tropas de Napoleón habían conquistado importantes poblaciones germanoparlantes y establecido el aparato administrativo francés en muchas partes del centro de

Europa?; ¿qué hay de la sociedad alemana cuando Prusia y otros Estados, sobre todo germanoparlantes, formaron una unión de aduanas, mientras que emigrantes de sus territorios habían establecido numerosas comunidades germanoparlantes en Estados Unidos?; ¿o cómo describir a la sociedad alemana durante los días de la República Federal, la República Democrática, Berlín y la República austríaca (sin mencionar los enclaves germanoparlantes en Checoslovaquia, Francia, Suiza, Italia, Hungría y otros)?

Ninguna serie de fronteras consistente podría contener todas estas entidades diversas, o siquiera sus núcleos. Ninguna sociedad alemana continua pasó por todos estos cambios. La sociedad alemana, como tal, no existió. El segundo problema consiste en delinear entidades sociales distintivas y coherentes, ya que, sin cierta coherencia y especificidad no puede razonablemente concebirse una “sociedad” como una entidad autosuficiente con normas, valores, creencias y mecanismos de control imperantes. Pero no tenemos una garantía a priori de que las fronteras actuales de los Estados nacionales, las afirmaciones de las comunidades locales, o las delimitaciones derivadas de las conquistas occidentales (retomando los tres medios convencionales usados en Sociología y Antropología para identificar a las sociedades) marquen las fronteras o límites de las redes interpersonales, creencias compartidas, obligaciones mutuas, sistemas de producción o cualquiera de los supuestos componentes de una “sociedad”.

En principio, por cierto, nos enfrentamos a una pregunta empírica: ¿hasta qué punto coinciden las fronteras de distintos tipos de relaciones sociales? Evidentemente, algunas divisiones geográficas separan un amplio espectro de la vida social; consideremos las líneas que separan a Berlín Occidental de Berlín Oriental, Haití de la República Dominicana, Hong Kong de la República Popular China. Es cierto que los Estados nacionales controlan la migración, el comercio y muchos otros flujos a través de las fronteras. En ambos lados de la frontera austrohúngara, sin duda las personas ven una frontera que limita diferencias genuinas.

Sin embargo, esas fronteras políticamente reforzadas no contienen toda la vida social. Los geógrafos de la economía disfrutaban demostrando cuán distintas son las unidades definidas por diversas actividades o relaciones sociales en escala y forma: lazos de crédito frente a lazos matrimoniales, viajes para adquirir víveres frente a viajes para vender computadoras, y así sucesivamente. Los geógrafos de la economía también se complacen en mostrar la extensión inmensa, incluso mundial, de algunos tipos de interdependencia: las cadenas de migración

intercontinentales, los enormes circuitos del comercio, las estructuras profesionales ampliadas, los flujos internacionales de capital. Ambas demostraciones desafían cualquier noción de unidades sociales cuidadosamente envueltas.

Podemos saborear, por ejemplo, la conclusión de un geógrafo sobre la noción de región:

En conclusión, las regiones sí existen, tienen significado y podemos delimitarlas. Sin embargo, no son áreas nítidamente definidas en las que las actividades estén confinadas. Más bien, las regiones son útiles más como un sistema de clasificación; son generalizaciones imperfectas del complejo espacial subyacente, que en sí mismo puede describirse mejor como las conexiones de incontables individuos, granjas, fábricas y negocios (Morrill, 1970: 186).

El punto es válido tanto en regiones a escala de Estados nacionales o el continente como ocurre en territorios más pequeños. Aunque las actividades y las poblaciones tienen distribuciones espaciales ordenadas, en general carecen de fronteras o límites claros. Tales límites, que existen para una actividad o población, casi nunca coinciden con los límites definidos por otra actividad o población (quien quiera intentar separar el área llamada “Canadá” del área llamada “Estados Unidos” por medio de flujos de comunicaciones, mercados, relaciones personales y otros criterios de interacción, pronto descubrirá hasta qué punto la vida social abarca la frontera legal (véase Bourne y Simmons, 1983: 45).

Si insistimos en aferrarnos a la idea de sociedades como grupos espaciales, tenemos unas cuantas opciones: 1) llevar la existencia de grandes grupos sociales (de sociedades) vinculados, exhaustivos y coherentes, de una presunción general a una cuestión empírica: ¿en qué medida, y bajo qué condiciones, se forman tales grupos?; 2) elegir una sola actividad o relación (ciudadanía, lenguaje, mercado) como el criterio de los límites o fronteras de una sociedad y dejar abierta a la investigación empírica la relación de ese fenómeno con los límites de otros fenómenos; 3) admitir que las relaciones sociales forman campos continuos y excluir de esos campos de modo más o menos arbitrario a

las “sociedades”.

Sin embargo, a menos que el mundo esté formado por complejos cuidadosamente delimitados de amistad, afinidad, producción, consumo, poder, creencia y lenguaje, cualquiera de los tres procedimientos compromete el esfuerzo de construir dentro de los límites de una “sociedad” las normas, papeles, valores, jerarquías, controles y actividades autosustentables acerca de las que imaginamos teorizar.

Incluso si cada aspecto de la vida social tuviera sus propios límites nítidos, no sería suficiente. Si las fronteras o límites de distintos tipos de acciones no coinciden, la idea de la sociedad como un sistema autónomo, organizado a interdependiente pierde su plausibilidad. No todos los sistemas interdependientes tienen fronteras nítidas. Pero para que un sistema interdependiente sea distinto de los sistemas adyacentes y que esté organizado en torno a leyes respetadas o reglas aplicables requiere de tales fronteras.

Si un criterio espacial no es capaz de delimitar a las sociedades, otros criterios funcionan todavía peor. Por consiguiente, estaremos mucho mejor si abandonamos la noción de “sociedad” y de “sociedades” como sistemas autónomos; es preferible adoptar la idea alternativa de relaciones sociales múltiples, algunas locales y otras a escala global.

En los últimos años, los defensores del análisis de sistema mundial (World Systems Theory) han propuesto una crítica similar de la noción de sociedad, pero con la conclusión de que el remedio es considerar al mundo entero como una sola unidad de análisis. Fácil en principio, pero difícil en la práctica. Hasta ahora, los analistas de sistema mundial han tenido más éxito en estudiar el remedio teórica y conceptualmente que metodológicamente.

La dificultad más grave, en mi opinión, radica en el cambio hacia la observación de interacciones más que del comportamiento de unidades individuales. No hay inconsistencia entre concebir al mundo como un todo conectado, haciendo pruebas para saber si existen las conexiones hipotéticas, y examinar numerosas interacciones para ver si corresponden con las expectativas derivadas de nuestros modelos de ese todo conectado. Pero entonces nos enfrentamos con el legado del siglo xix: tanto la evidencia existente como los hábitos de pensamiento arraigados dependen de que la fragmentación de las interacciones se convierta en las características de los individuos y las sociedades.

Paradójicamente, la creencia en las sociedades como estructuras sociales extralimitadas, con su propia lógica, encaja bien con la del evento mental socialmente condicionado como vínculo principal entre personas y sociedad. Una mente, en el modelo más simple, internaliza a la sociedad y dirige su conducta de acuerdo con tal internalización. Las conductas indeseables resultan entonces de la internalización imperfecta o de inconsistencias entre lo que la mente internaliza y la situación inmediata del individuo problemático.

2. Los eventos mentales causan los comportamientos sociales

Es fácil y conveniente pensar en los eventos mentales como 1) productos de la vida social, 2) determinantes del comportamiento social, 3) vínculos entre las personas y las sociedades. Con ese postulado es posible transferir la conciencia individual a una mentalidad global.

Los investigadores sociales han construido buena parte de sus técnicas del siglo xx bajo el supuesto de que los eventos mentales individuales son sus unidades sociales básicas. La encuesta, actualmente el medio fundamental para recabar información sobre la vida social, implica un intento directo de estimular y documentar los eventos mentales individuales para agregarlos a la estructura social. Si incluimos los censos, la encuesta social más grande, las entrevistas individuales y los cuestionarios representan el grueso de la información dura analizada por los científicos sociales.

En términos generales, nuestras técnicas para obtener una estructura grupal a partir de observaciones individuales siguen siendo débiles y artificiales. Las técnicas convencionales del análisis computacional y estadístico en las ciencias sociales suponen que la información se relaciona con eventos individuales independientes; las rutinas de análisis de información funcionan mejor cuando la evidencia viene en paquetes individuales separados y uniformes; los modelos estadísticos comparan una distribución observada de individuos con la distribución de eventos individuales producida por procesos aleatorios o por un tipo ideal como sería la igualdad perfecta o la segregación total. La práctica de los científicos sociales depende de una analogía cercana entre la conducta social estudiada y la operación de un mercado idealizado.

Sin embargo, del mismo modo que los mercados reales consisten de relaciones sociales construidas cambiantes entre un número limitado de actores, otras estructuras sociales comienzan con las interacciones entre personas (véase White, 1981). Cuando descubrimos que algunas de estas interacciones son recurrentes más o menos de la misma forma, es razonable empezar a hablar de estructuras sociales, orientaciones individuales más que vínculos sociales,

átomos sociales más que redes sociales.

Permítanme exponer cuidadosamente este delicado argumento. Los seres humanos individuales existen. Nadie puede ver, escuchar, oler, probar o sentir una relación social de la misma forma en que puede identificar a otro ser humano. Es cierto que las relaciones sociales son de hecho meras abstracciones de las múltiples interacciones entre seres humanos individuales, pero eso nos lleva a este punto: no hacemos abstracción de los comportamientos individuales, sino de las series de conductas individuales en las que participan dos o más personas al mismo tiempo.

Si este punto parece extraño, consideremos dos problemas. Primero, ¿cómo sabemos que un individuo al que encontramos varias veces en distintos momentos es el “mismo” individuo? Los organismos, sin duda, persisten desde su nacimiento hasta su muerte. Las identificaciones deliberadamente científicas de los individuos dependen de rasgos permanentes del organismo, tales como altura, color de ojos, cicatrices, huellas dactilares, estructura dental y configuración facial, pero lo que experimentamos normalmente como uniformidad depende, en última instancia, de la estimación de las relaciones. Al, como hijo de Bill, amante de Cathy, padre de Dorothy, patrón de Ed, sigue siendo Al.

¿Qué tienen en común un hogar, una relación cliente-patronal, un linaje familiar, un equipo de fútbol y una comunidad? Ciertamente no que están formados por una misma serie precisa de individuos, sino que representan modos muy distintos de organizar relaciones entre individuos. Un jugador se va, el equipo continúa.

El argumento no es nuevo. Hace 40 años, Pitirim Sorokin arremetía contra la búsqueda de la “unidad social más simple”, y especialmente contra la aceptación del individuo como la unidad social básica. “El modelo más genérico de cualquier fenómeno sociocultural”, escribió Sorokin, “es la interacción significativa de dos o más individuos humanos” (Sorokin, 1947: 40). Siguiendo un enfoque esbozado mucho antes por Georg Simmel, aunque extrañamente ignorado por los sociólogos posteriores, Harrison White transformó esta intuición en un instrumento simple y efectivo para el análisis social. White comienza con poblaciones de dos o más individuos y distingue un par de elementos: categorías y redes. Una población forma una categoría en la medida en que sus miembros comparten una característica que los distingue de otros

(White circunscribe su atención a las características que las propias personas reconocen como compartidas con otros, pero su formulación se adapta con facilidad a las características comunes reconocibles por observadores externos). Todos los galeses, todos los mineros, todos los músicos que tocan la viola, son ejemplos de poblaciones que califican como categorías.

Una población forma una red en la medida en que sus miembros están conectados por el mismo lazo social.

Finalmente, una población forma una catred (categoría + red) [category + network = catnet], en la medida en que se cumplen ambas condiciones (características comunes y lazos vinculantes). Una catred, según la descripción anterior, se acerca al significado intuitivo de la palabra “grupo”: núcleos familiares, hogares, empresas, asociaciones voluntarias, iglesias, Estados, ejércitos y partidos, entre otros conjuntos de personas, por lo general cumplen con los criterios de una catred. Si las entidades a las que nos referimos indecisamente como comunidades, instituciones, clases, movimientos, grupos étnicos y vecindarios corresponden a catredes genuinas sigue siendo una pregunta empírica: algunos sí, otros no. Las sociedades, culturas, civilizaciones, pueblos, públicos y masas, de acuerdo con el significado normal de los analistas, casi nunca califican como catredes. De hecho, en la mayoría de los casos, estas palabras ni siquiera designan a poblaciones, categorías o redes delimitadas

Las unidades elementales de categorías, redes y catredes no son eventos mentales individuales, sino relaciones: relaciones establecidas al compartir características sociales, de un lado, y por la presencia de lazos sociales, de otro. Al especificar el carácter y la intensidad de las características y de los lazos sociales en cuestión podemos lograr tres tareas fundamentales de la descripción social:

establecer taxonomías utilizables de las estructuras sociales con propósitos analíticos particulares;

convertir distinciones absolutas como comunidad/no-comunidad en una constante empíricamente distinguible, y

localizar secuencias observables de conducta humana dentro de las taxonomías establecidas de este modo.

Así, podemos identificar a una población específica, como un hogar, en la medida en que sus miembros comparten una vivienda y un suministro de alimentos distintivos, y colaboran en el mantenimiento y en el uso de dicha vivienda y suministro de alimentos. Tal definición inmediatamente trae a la luz las similitudes y diferencias entre un hogar y unas barracas, una prisión, un hospital, un hotel o un parque. También permite variaciones en el grado de diferenciación de la vivienda, del suministro de alimentos, o con respecto al grado de colaboración entre los miembros del hogar. Con el aparato elemental de población, relación, categoría y red, las tareas básicas de la descripción social se vuelven manejables.

Al renunciar a que los eventos mentales condicionados socialmente sean los lazos fundamentales entre individuos y sociedades, ¿también debemos abandonar los modelos de elección racional del comportamiento social? No, no tenemos por qué tirar el salvavidas con el lastre. En muchos campos de la investigación social, los modelos de comportamiento social como elección racional son nuestra mejor esperanza para escapar de la tiranía del determinismo social. Lo que necesitamos, sin embargo, es tener mejores medios para pasar de la acción de una sola persona o grupo tomados aisladamente, a la interacción racional entre dos o más actores. Tomemos el estudio de los movimientos sociales como ejemplo. Para entender los movimientos sociales contemporáneos, los modelos de elección racional del tipo propuesto por William Ganson tienen mucha mayor capacidad explicativa que el irracionalismo socialmente orientado que ha dominado por tanto tiempo el estudio de las multitudes, protestas y movimientos. Para usar los modelos de elección racional, no necesitamos suponer que todas las acciones colectivas son fundamentalmente calculadas, deseables, posibles y eficaces. Solamente necesitamos suponer, provisionalmente, un conjunto coherente de relaciones entre intereses, organización, creencias compartidas y acciones de los actores. Los modelos acción racional de los movimientos sociales generalmente suponen un actor único (un movimiento, organización, grupo agraviado o algo por el estilo) que permita dar cuenta del comportamiento de dicho actor, y a veces establecer los efectos de tal comportamiento. Además, los movimientos sociales reales siempre implican una conversación restringida simbólicamente entre múltiples actores, en donde la capacidad de desplegar símbolos y modos de hablar afecta significativamente el resultado de la interacción. Las teorías y los modelos existentes no proporcionan descripciones útiles de dicha interacción.

La teoría de juegos no es suficiente. En algún momento habrá que encontrar la manera de situar a las relaciones y no a los individuos en el centro del análisis. Muchas de las relaciones que constituyen y restringen la vida social tienen un componente tan pequeño de interacción estratégica que requieren de otros tipos de análisis. Las redes de comunicación, las relaciones cotidianas entre jefes y empleados, los flujos de ingresos fiscales, el contagio de enfermedades, los movimientos de capital, las cadenas de migración y el escalafón de promociones, todos implican ciertamente la interacción estratégica en un momento u otro. Pero su cristalización en estructuras duraderas requiere de un análisis específicamente estructural. En ese sentido, también lo requiere su cambio incesante.

3. El “cambio social” es un fenómeno coherente

Sería asombroso descubrir que un sólo proceso social recurrente gobierna todo el cambio social a gran escala. Quizá la esperanza de volverse el Newton de los procesos sociales ha tentado a los científicos sociales a intentar, repetida e infructuosamente, encontrar esa piedra filosofal. Sin embargo, Newton debía explicar ciertas regularidades concretas: la aceleración de los cuerpos en caída, el comportamiento de los objetos celestes y muchas otras. Los científicos sociales no tienen tanta suerte. En el nivel de generalidad empírica de Newton (aquel del mundo o el universo como un todo), los científicos sociales no tienen uniformidades significativas y bien consolidadas por explicar.

De algún modo, la ausencia de un explicandum no ha evitado que los científicos sociales elaboren modelos generales del cambio social. Ni tampoco les ha impedido utilizar el cambio social en general como causa de otros fenómenos: movimientos sociales, trastornos emocionales, crimen, suicidio, divorcio.

Su búsqueda es ociosa. El cambio social en general no existe como tal. Existen muchos procesos de cambio de gran escala; urbanización, industrialización, proletarianización, crecimiento poblacional, capitalización, burocratización, y todos ocurren de maneras coherentes y definibles. El cambio social no.

La peor versión de la creencia en el cambio social como fenómeno general coherente, desde el punto de vista de los efectos prácticos, es su versión implícita, la versión incorporada en los métodos convencionales que no requiere ninguna reflexión de sus usuarios. Vienen a la mente tres variantes. La primera es el uso de la comparación entre un gran número de unidades, a menudo Estados nacionales, en el mismo momento, como medio para obtener conclusiones sobre secuencias: por ejemplo, extraer conclusiones sobre “desarrollo político” acomodando cientos de países observados entre 1960 y 1970 en una escala establecida por medio de una regresión múltiple de diversas variables para cada uno de esos países. No hay una conexión lógica entre la secuencia de cambio en esas variables seguidas por los países individuales y las diferencias que se manifiestan en un estudio transversal. Peor aún, no hay una

justificación lógica de la propia escala; aunque múltiples técnicas de regresión, y otras semejantes, de hecho, mostrarán qué características son covariables de modo lineal, es tan probable que esa covariación sea resultado de la difusión o de una posición estructural común en un sistema mundial, que de cualquier lógica interna de desarrollo.

Un estudio transversal no sustituye un estudio cronológico. La segunda variante complica aún más esta dificultad, ya que consiste en utilizar análisis factoriales o técnicas semejantes para tomar muchas características de “sociedades” distintas y reducirlas a unas pocas “dimensiones” de variación.

La tercera variante es, por desgracia, la más común. Consiste en calcular las relaciones entre las variables, todas integradas en el nivel nacional, cuando en realidad representan las observaciones sobre una amplia gama de unidades sociales: presencia o ausencia de una legislatura bicameral (observada directamente para un Estado nacional), urbanización (integrada a partir de las poblaciones locales), Producto Interno Bruto (integrado a partir de las transacciones del mercado), media de edad (integrada a partir de individuos particulares), proporción de fuerza laboral en la agricultura (integrada de modo peculiar a partir de los hogares o de las empresas), etc. Dejemos de lado la gran fe en la calidad y en la comparabilidad de la información que implica semejante procedimiento. Para tener cierta confianza en las relaciones estimadas entre variables tan diversas debe haber de una inmensa certeza, ya sea en la integridad del Estado nacional como un conjunto integrado coherente, o bien, en la generalidad y coherencia del cambio social.

En el último análisis las tres variables de la ingenuidad metodológica provienen del mismo problema básico. Los procedimientos analíticos disponibles, desde la simple tabulación cruzada de variables hasta los análisis factoriales, suponen variación 1) entre unidades independientes bien definidas 2) en características de dichas unidades observadas de modo independiente, a lo largo de 3) dimensiones análogas a las incorporadas en los procedimientos. También suelen suponer que 4) su usuario calcula un modelo bien definido en lugar de buscar relaciones estadísticas. Es raro encontrar un estudio de cambio estructural a gran escala que cumpla siquiera con la mitad de dos de estos supuestos. La creencia en el cambio social como un fenómeno general y coherente involucra estos cuatro supuestos sospechosos.

4. Teorías de etapas

Los científicos sociales alguna vez usaron modelos de etapas de cambio social tan libremente como los herreros sus martillos; golpeaban casi todo objeto que llegaba a sus manos. Los modelos de desarrollo político o económico normalmente determinaban las etapas por las cuales toda sociedad en desarrollo tendría que pasar, explicaban el paso de las sociedades de etapa en etapa, y ordenaban a los Estados contemporáneos del mundo en forma de etapas hipotéticas.

Las teorías de etapas de crecimiento económico o de modernización política resultaban muy atractivas. Eran más fáciles de construir, entender y aplicarse que los modelos multivariantes continuos. Cuando se explicaban con Estados existentes, tenían un realismo concreto del que carecían los modelos abstractos de cambio; proporcionaban un principio de organización espléndido para la economía comparativa o para la historia política, e incluso se podía imaginar el uso de un modelo de etapas válido para guiar las políticas públicas hacia países en distintas fases de un proceso común. Ciertamente un martillo para todo propósito.

No obstante, durante las últimas décadas, los científicos sociales han guardado esa herramienta tan utilizada. El abandono general de las teorías optimistas del desarrollo de cara a las críticas políticas, a la refutación empírica y a la elaboración de contra teorías que destacan la dependencia y/o los procesos económicos globales descartaron precipitadamente las teorías de etapas. Lo mismo ocurrió con la dificultad de encuadrar a los Estados nacionales reales, con todo y su intratable complejidad, en una sola etapa del desarrollo: ¿qué hacer con un Kuwait, rico en petróleo y dominado por una sola familia?, ¿con Sudáfrica, carcomida por la división entre negros pobres y blancos prósperos?, ¿con Turquía, donde una buena parte de los trabajadores trabajaba en Alemania o Suiza?

Otros cuatro postulados perniciosos

5. La diferenciación es un proceso progresivo magistral

Sin duda el notable éxito de los modelos evolucionarios en la historia natural alentó a los teóricos sociales del siglo xix a adoptar la diferenciación como un proceso magistral del cambio social. La especialización del trabajo, la subdivisión de los gobiernos, la ampliación de los mercados de materias primas y la proliferación de asociaciones, parecían ejemplificar una diferenciación rampante. La invención de la sociedad simple, no diferenciada y “primitiva” como modelo para las poblaciones pequeñas y pobres que los europeos encontraron en el curso de su expansión mercantil y colonial se articulaba perfectamente con el mismo esquema. Todas las sociedades caían en la misma progresión que iba de simple a compleja, la diferenciación llevó a las sociedades hacia mayor complejidad, y la complejidad creaba fuerza, riqueza y flexibilidad. Los más sanos, los más diferenciados, sobrevivían.

Ciertamente, la diferenciación siempre tuvo rivales. Auguste Comte situó el avance del conocimiento en la base del cambio social a largo plazo; el género humano avanzaba de una sociedad teológica a una metafísica, y a una positivista a través de la acumulación de un conocimiento científico seguro, disciplinado y amplio. Karl Marx advirtió cambios en la organización de la producción, en su definición amplia, debajo de la coraza de la política y la cultura. Sin embargo, dentro de las disciplinas de las ciencias sociales, dos hipótesis del siglo xix cristalizaron como dogmas en el siglo xx: primero, que la creciente diferenciación era la lógica dominante, casi inexorable del cambio social a gran escala; segundo, que, a largo plazo, la diferenciación lleva al avance. Después de la Segunda Guerra Mundial, las teorías sobre “modernización” y “desarrollo” eran el epítome de la preocupación de la ciencia social sobre la diferenciación como el proceso fundamental de cambio a gran escala. Tales teorías suponían que los países más ricos y poderosos del mundo estaban más diferenciados que otros, consideraban que la diferenciación representaba una parte significativa de sus ventajas sobre otros países y que la creación de estructuras nuevas y especializadas era una de las vías principales por medio de las cuales los países más pobres y menos poderosos podrían llegar a compartir las comodidades de los ricos y poderosos. Estas teorías tenían una relación cercana con un programa de mejoramiento, un programa para inducir intencionalmente el desarrollo. Tanto

las teorías como el programa, a su vez, reposaban en una ideología optimista.

La ideología, como nos ha recordado F.X. Sutton, implicaba tres postulados: “1) la capacidad de los gobiernos en tanto que agentes y guías para el desarrollo; 2) la eficacia de la educación y la capacitación, y 3) la posibilidad de cooperación mutuamente beneficiosa entre países ricos y pobres en un orden equitativo internacional” (Sutton, 1982: 53). Los primeros programas de Naciones Unidas para apoyar a los países pobres encarnaban la ideología y promovían la difusión de teorías relacionadas; a pesar de todas sus variaciones irascibles, los especialistas académicos en materia de desarrollo compartían cierta confianza en los tres postulados. Su misión era construir teorías que simultáneamente explicaran y guiaran el desarrollo de un país tras otro.

Todas las teorías de este tipo establecían un continuum de sociedades donde los países occidentales ricos estaban en uno de los extremos; obviamente eran “modernos” y “desarrollados”. La tarea de los economistas era la más fácil. Para muchos de ellos, el significado de desarrollo se volvió el de un ingreso nacional en aumento o el ingreso per cápita. Sin importar lo que pudiéramos decir con respecto a la dificultad de medir el ingreso nacional con precisión y en términos comparables, como criterio de desarrollo este ingreso nacional tenía esplendidas virtudes.

Si se medía bien, proporcionaba un principio con el cual todos los países podían ser clasificados con poca ambigüedad.

Aquellos países a los cuales los economistas generalmente consideraban los más avanzados, sin duda se encontraban en la cima de la clasificación.

Algunos países estaban avanzando en la clasificación con pocos reveses importantes.

La posición en la clasificación estaba clara (si bien imperfectamente) correlacionada con el poder internacional, el bienestar material y muchas otras cosas.

Sin embargo, con esa imperfecta correlación empezaron los problemas, ya que

los científicos políticos, sociólogos, antropólogos y otros asumieron la tarea de especificar, medir, explicar e incluso promover los otros cambios que supuestamente iban de la mano con un ingreso nacional en aumento. El desarrollo político, el desarrollo de comunicaciones, el desarrollo educativo, y otra docena de desarrollos salieron a relucir. Así, proliferó un nuevo vocabulario: países en desarrollo, subdesarrollados, tardíamente desarrollados, etc.

Sin importar cuáles fueran las otras virtudes que tuvieran estos diferentes criterios del desarrollo, ninguna era tan simple o eficaz como el ingreso nacional: las clasificaciones internacionales seguían siendo muy discutibles, algunos países seguían apareciendo cerca de los puntos más altos en las clasificaciones relevantes; resultaba difícil establecer la corriente continua de los países en la misma dirección y las correlaciones entre las distintas formas de supuesto desarrollo dejaban algo que desear. De algún modo era verdad, en promedio, que los países más ricos tenían una expectativa de vida más alta, una mayor proporción de su población en las ciudades, mayor tasa de alfabetización, familias más pequeñas, instituciones de gobiernos parlamentarios, etc., y una larga lista de características nacionales que por definición no dependían del ingreso nacional.

En sus 40 años como teórico, Talcott Parsons tuvo una relación de amor y odio con el análisis de la diferenciación. La primera página de su amplió libro *La estructura de la acción social* se inicia con una cita de Crane Brinton: “¿Quién lee todavía a Spencer? [...] Hemos evolucionado más allá de Spencer” (Parsons, 1937: 1). En 1937 Parsons pensaba que las ideas spencerianas, con su evolución unilineal, su utilitarismo y su positivismo, estaban muertas; habían expirado en el fuego cruzado de Pareto, Durkheim, Weber y otros que contribuyeron al Marco de Referencia de la Acción.

Más adelante en su carrera, no obstante, Parsons empezó a utilizar de manera bastante explícita analogías con la evolución orgánica. En 1966 Parsons escribió que “un rasgo importante del proceso evolucionario es que una diferenciación progresivamente mayor libera cada vez más los factores condicionantes cibernéticamente superiores, de los estrechos detalles de los factores condicionantes de orden inferior, permitiendo así que los patrones básicos de un sistema cultural se vuelvan más generalizados, objetivados y estabilizados (Parsons, 1966:44).

Gran parte de esto es pensamiento evolucionario del siglo xix con otro disfraz...

y está mal. No es que la diferenciación sea una característica sin importancia de los procesos sociales. Muchos de estos procesos sí implican una diferenciación, pero muchos procesos sociales también: la estandarización lingüística, el desarrollo del consumo de masas y la aglomeración de pequeñas soberanías en los Estados nacionales resultan claros ejemplos. Más aún, la diferenciación es poco importante para otros procesos sociales como la concentración de capital y la difusión de las religiones globales. De hecho, no tenemos por qué pensar en la diferenciación misma como un proceso social coherente, general y aparentemente legal.

En todo caso, resumir estos cambios masivos a términos de diferenciación o de desdiferenciación distorsiona su carácter fundamental. Después de varios siglos durante los cuales creció la fabricación (y de manera sustancial) a través de la multiplicación de unidades pequeñas y dispersas, conectadas por comerciantes capitalistas, el siglo xix trajo consigo un gran movimiento de concentración de capitales. Los capitalistas acumulaban capital como nunca antes; lo transformaron de variable a fijo a través de la construcción o de la compra de bienes muy costosos como fábricas, motores de vapor y locomotoras; adquirieron el control del proceso de trabajo; instituyeron la disciplina de horarios y trabajo dentro de los espacios que controlaban; ampliaron el trabajo asalariado para que fuera la condición principal para la participación de los trabajadores en la producción, y concentraron a sus trabajadores en un número limitado de sitios de producción. Desde un punto de vista geográfico, Europa vivió una inmensa implosión de la producción en unas cuantas regiones intensivamente industriales, al tiempo que el capital, el trabajo y el comercio se acababan en el resto del continente. Karl Marx, al atestiguar estos cambios, vio que los patrones usaban las tareas de diferenciación como una técnica para aumentar su propio control sobre la producción y debilitar el poder de los trabajadores. Pero también observó que el proceso fundamental implicaba la concentración más que la diferenciación.

Mi punto no es que la concentración de capital, o la concentración en general, sea el proceso social fundamental. Podría igualmente argumentarse que lo es la conexión, la comunicación o el control de la energía. El punto es este: en este sentido abstracto, ningún proceso es fundamental. En una época dada, los procesos históricos específicos dominan los cambios que ocurren en una población o región dada. En los últimos 100 años, el crecimiento de los Estados nacionales y el desarrollo del capitalismo en la propiedad y la producción han dominado los cambios que ocurren en una proporción cada vez mayor del

mundo. De forma más general, las alteraciones en la organización de la producción y de la coerción han dispuesto los grandes ritmos históricos.

En otras épocas, la creación o la caída de imperios y la creación o la destrucción de economías dominantes ha estado al frente del resto de los cambios.

Históricamente, estos cambios específicos en la organización de la producción y de la coerción, más que los procesos específicos en abstracto como la diferenciación y la concentración señalan los límites del análisis inteligible de los procesos sociales.

6. Diferenciación versus integración

La creencia en la diferenciación como el proceso principal del cambio social encuadra perfectamente con un postulado cercano: que el estado del orden social depende del equilibrio entre los procesos de diferenciación y los de integración o control, y que, desde este punto de vista, la diferenciación muy rápida o excesiva, produce desorden. La diferenciación puede asumir la forma de la industrialización, urbanización, inmigración de personas de otras culturas, y de muchos otros cambios. En esencia, cualquier cambio que aumente la variedad de formas sociales con conexiones duraderas entre sí califica como diferenciación.

La integración (entiéndase el control social, la hegemonía y la solidaridad en distintas versiones de la teoría) puede ocurrir a través de represión, socialización, obligación mutua o consenso. El desorden aparece a veces en esta formulación como crimen, guerra, perturbación emocional, rebelión, alienación, inestabilidad familiar, violencia. El orden, en la mayor parte de las formulaciones del argumento, significa meramente la ausencia de desorden.

7. Cambio, tensión, desorden

Otro falso postulado es la equivalencia de diferentes formas de desorden. Generaciones de científicos sociales se aferraron a la equiparación prevaleciente en el siglo XIX de crimen, violencia, inestabilidad familiar, rebelión, movimientos sociales y otras formas de conducta desaprobadas. La equiparación las convertía a todas en desorden, desorganización, falta de adaptación; diversas conductas desaprobadas se volvieron equivalentes en varios sentidos: 1) como evidencia directa del mal funcionamiento del individuo y de la sociedad, 2) como consecuencias del cambio social rápido y/o excesivo, 3) como expresiones alternativas de las mismas tensiones y 4) como “problemas sociales” que había que resolver en colaboración con los detentores del poder y los científicos sociales. Estas equiparaciones coincidían en una versión amplia del argumento entre integración y diferenciación, en la cual el cambio estructural rápido o excesivo producía una serie de desgastes, y esos desgastes se expresaban, a su vez, en una serie de desórdenes.

En el apogeo de las teorías del desarrollo, muchos teóricos consideraban estas formas de desorden como costos inevitables de éste.

Afortunadamente, los estudiosos del desarrollo a menudo presentaban investigaciones empíricas en áreas supuestamente desorganizadas. Entre los estudiosos, en ocasiones había algunos pertenecientes a las áreas analizadas y, de vez en cuando, llegaban a identificarse política y moralmente con aquéllos cuya conducta estaba siendo examinada. Así, comenzaron a aparecer evidencias relacionadas con las distintas formas de orden ocultas en todo ese supuesto desorden. Algunos estudios de los inmigrantes rurales africanos o latinoamericanos, por ejemplo, mostraban una y otra vez la creación de asentamientos rurales en las ciudades a través de migración en cadena, en vez de la atomización, el choque cultural, y la consecuente desorganización social que requerían las teorías de la desintegración. Joan Nelson evaluó la “teoría de los migrantes disruptivos”, con la idea de reunir evidencia de todo el Tercer Mundo. Esto es lo que encontró:

En resumen, las predicciones más drásticas y oscuras sobre la asimilación de los migrantes están muy lejos de cumplirse. Los mecanismos sociales de la familia, los círculos de los lugares de origen, a veces completados por asociaciones de grupo étnico o voluntarios, o ambos, facilitan la transición y proporcionan apoyo social continuo para la mayoría de los migrantes. Es innegable el hecho de que algunos estén aislados, decepcionados, desesperados, y no debe pasarse por alto; y que otros vivan como “campesinos urbanos” en enclaves estrechos que le dan la espalda a la ciudad también es verdad, aunque mucho de lo que se ha interpretado como evidencia de “urbanidad rural” podría ser resultado de la observación superficial o malas interpretaciones. Pero casi todos los migrantes de África, Asia y Latinoamérica en las ciudades no están aislados, decepcionados ni desesperados, ni son campesinos urbanos. Buena parte de sus vidas, sus aspiraciones y sus problemas están conformados más por las presiones y oportunidades de la ciudad que por su situación de migrantes, y estas presiones y oportunidades son compartidas con los nativos urbanos de un trasfondo económico y educativo semejante (Nelson, 1979: 108).

8. Fuerza ilegítima versus fuerza legítima

Todos los postulados perniciosos suponen una clara separación entre las palabras orden y desorden. La aplicación más explícitamente política de dicha suposición separa la fuerza legítima de la ilegítima. El conflicto, coerción y expropiación ilegítimos, en esta mixtificación, incluyen disturbios, rebeliones, agresiones, chantaje, robos y fraudes; son resultado de procesos de cambio y desorden. El conflicto, la coerción y la expropiación legítimos, entonces, incluyen guerra, control de masas, pena de muerte, privación de la libertad, impuestos y confiscación de bienes por deudas; todos ellos supuestamente resultado de procesos de integración y control. Los mismos actos, de hecho, pasan de ilegítimos a legítimos si una autoridad constituida los comete: matar aparece en ambas columnas, pero con valores muy diferentes, los valores dependen de si quien mata es un soldado, un policía, un verdugo o una persona común.

En el ámbito de la política, la distinción entre usos de fuerza legítimos e ilegítimos es absolutamente crucial. No niego su necesidad política o la probabilidad de que llamaré a la policía si alguien roba mi cartera o agrede a mi hijo, sin embargo, la distinción clara nunca debió entrar en el mundo de la explicación sistemática, ya que es al mismo tiempo poco práctica y confusa.

La distinción es poco práctica porque algunas acciones casi idénticas pueden resultar ambiguas, y sólo un juicio político las separa. Los intentos recientes por construir teorías sistemáticas sobre terrorismo, por ejemplo, se han tropezado con un hecho: el terror de una persona es el movimiento de resistencia de otra. Martha Crenshaw, quien intenta partir de una definición neutral de terrorismo, se lamenta del enfoque normativo de Conor Cruise O'Brien, quien "define el terrorismo", comenta Crenshaw,

[...] en términos del contexto político en el que ocurre y concibe el terrorismo como violencia injustificada en contra de un Estado democrático que permite formas efectivas y pacíficas de oposición. Así pues, el activista negro que pone

una bomba en una estación de policía en Sudáfrica no es un terrorista; el miembro del Ejército Republicano Irlandés (

ira

) que hace explotar unas barracas militares británicas sí lo es. Actos idénticos realizados en situaciones diferentes no caben en la misma definición (Crenshaw, 1983: 1-2).

Para fines teóricos, tal criterio es ciertamente poco práctico.

La distinción entre fuerza ilegítima y legítima produce confusión porque apoya la idea del conflicto entre diferenciación e integración, y separa fenómenos que tienen mucho en común y que se originan en condiciones similares. Un pequeño ejemplo proviene del estudio de la violencia colectiva: al examinar los “disturbios” que proliferaron en los grandes conflictos en algunos guetos de Estados Unidos en los años 1960, se acostumbraba medir la intensidad de los eventos, entre otras maneras, por el número de muertos y heridos; enfocar el análisis en explicar la participación de civiles en los disturbios, y buscar la explicación de las variaciones en la “intensidad del disturbio” en las relaciones entre la estructura social local, la participación selectiva de ciertos tipos de habitantes de guetos, y en las formas de acción de los “alborotadores”. En suma, los observadores construían sus explicaciones como si el uso de la fuerza “ilegítima” fuera un fenómeno autónomo, explicable a través del carácter y las circunstancias de la gente que la utilizaba y bastante independiente de la fuerza “legítima” desplegada para detenerla. No es ninguna sorpresa entonces que no hayan surgido explicaciones satisfactorias. De hecho, los acontecimientos en cuestión normalmente comenzaban con acciones controvertidas de la policía; el conflicto consistía principalmente de interacciones entre las autoridades armadas y los civiles; las autoridades eran responsables de las muertes y de los heridos, y la cantidad de muertos y heridos dependía tanto de las tácticas de la policía y de las tropas como del número de personas en las calles o la cantidad de propiedad confiscada y destruida.

Parte de la confusión era resultado del uso del propio término “disturbio” (riot). Al igual que las palabras alboroto, turba, chusma, la palabra le pertenece exclusivamente a las autoridades y los observadores hostiles. A diferencia de los

manifestantes, los participantes de movimientos sociales y las patrullas ciudadanas, es decir, aquéllos a los que algunos llaman “alborotadores”, nunca usan el término para sí. En las leyes anglosajonas, el término “disturbio” tiene un valor jurídico: denota una asamblea que aterroriza al público, y que, a los ojos de las autoridades, manifiesta la intención de violar la ley. Después de una advertencia y un periodo adecuado para obedecer voluntariamente, declarar a una asamblea como disturbio justifica el uso de la fuerza pública para dispersarla: es fácil ver por qué a las autoridades les parece útil como mecanismo legal. Como término analítico, sin embargo, pasa justo por la mitad de la interacción social que constituye el acontecimiento por explicar. Un gran ejemplo proviene de la estrecha analogía, rara vez notada, entre crimen organizado y gobierno ordinario. Ambos dependen del establecimiento de un cuasi monopolio de la fuerza en un área dada y de su uso coercitivo para que las personas paguen por bienes o servicios ofrecidos por proveedores aliados con quienes detentan la fuerza, al tiempo que excluyen del mercado a otros proveedores de esos bienes y servicios. En la medida en que el gobierno fabrica amenazas externas para justificar la protección militar que proporciona y los impuestos que recauda para ese fin, está de hecho operando un negocio de extorsión.

El gobierno es ese negocio de extorsión (racket) que ha logrado hacerse del control sobre los medios más concentrados de coerción en determinada zona, y que exige del consentimiento de la mayor parte de la población para el uso de esos medios en esa misma zona. No insisto en la fuerte palabra “extorsión” y ciertamente no pretendo que la monopolización de la coerción y la extracción de diversas formas de tributación sean las únicas actividades del gobierno. Sin embargo, hay que señalar cómo la analogía con la extorsión aclara las acciones de los gobiernos que consideramos como ilegítimos y el proceso por el que surgen nuevos gobiernos o cuasi gobiernos.

Cualquiera que haya estudiado de cerca la formación de los Estados nacionales ha visto una y otra vez los elementos del proceso:

la incertidumbre inicial en cuanto a la localización del gobierno en medio de grandes señores y ejércitos privados;

intensas campañas de reyes y ministros para derrumbar los muros de los

castillos, desarmar a los señores, disminuir el uso privado de las fuerzas armadas en cuestiones como duelos o bandidaje, dispersar a los ejércitos privados, incorporar a todas las tropas en fuerzas bajo control real, convertir a los nobles en oficiales militares reales;

la creación de fuerzas policíacas específicas controladas por el gobierno;

el uso de ese creciente monopolio de la fuerza para recaudar impuestos, llevar a cabo la conscripción de soldados, obligar a la venta de sal, definir y desalentar el contrabando, tomar control de la justicia criminal y civil, someter a la población en general al registro y la vigilancia, regular a las demás organizaciones.

Esos procesos crearon las distinciones entre legítimo e ilegítimo, legal e ilegal, que existen actualmente. Esas distinciones y sus orígenes son importantes objetos de estudio, pero como distinciones analíticas no hacen sino entorpecer nuestra comprensión.

Valga esto como epitafio para los ocho postulados perniciosos que las ciencias sociales heredaron del siglo xix. Sin excepción, destacan procesos importantes, procesos que aterraban a nuestros antecesores del siglo xix, procesos que todavía siguen siendo relevantes. Sin excepción, interpretan esos procesos de modo tal que dificultan su análisis sistemático. Debemos conservar los problemas del siglo xix, pero deshacernos de sus aparatos intelectuales del siglo xix.

Referencias

Bourne, Larry S. y Simmons James (1983). "The Canadian Urban System". En L. S. Bourne et al. *Urbanization and Settlement Systems*. Oxford: Oxford University Press.

Crenshaw, Martha (coord.) (1983). *Terrorism, Legitimacy, and Power: The Consequences of Political Violence*. Middletown: Wesleyan University Press.

Morrill, Richard L. (1970). *The Spatial Organization of Society*. Belmont: Duxbury Press.

Nelson, Joan (1979). *Access to Power: Politics and the Urban Poor in Developing Nations*. Princeton: Princeton University Press.

Parsons, Talcott (1937). *The Structure of Social Action*. Nueva York: McGraw-Hill.

Parsons, Talcott (1966). *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Sorokin, Pitirim A. (1947). *Society, Culture and Personality*. Nueva York: Harper & Row.

Sutton, Francis X. (1982). "Rationality, Development, and Scholarship". Social Science Research Council Items 36: 49-57.

White, Harrison (1981). "Production Markets as Induced Role Structures". Sociological Methodology. San Francisco: Jossey-Bass.

II

Creación de Estados

7. La guerra y la creación de Estados como crimen organizado

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Si la extorsión representa el lado más refinado del crimen organizado, la guerra y la creación del Estado (extorsiones por excelencia con la ventaja de la legitimidad) constituyen nuestros principales ejemplos de crimen organizado. Sin calificar a todos los generales o estadistas como asesinos o ladrones, quiero destacar el valor de esta analogía. Al menos en lo que concierne a la experiencia europea de los últimos siglos, la imagen de los promotores bélicos y los arquitectos del Estado como emprendedores coercitivos y egoístas se asemeja mucho más a la realidad que otras alternativas predominantes como la idea del contrato social, la del mercado abierto, en el que los operadores de ejércitos y gobiernos ofrecen servicios a consumidores bien dispuestos, la de una sociedad cuyas normas y expectativas compartidas demandan cierto tipo de gobierno.

La reflexión que ofrezco a continuación tan sólo ilustra la analogía de desatar una guerra y crear un Estado con el crimen organizado, a partir de algunos siglos de la experiencia europea, y ofrece argumentos tentativos sobre los principios del cambio y la variación que subyacen a dicha experiencia. Mis reflexiones partieron de cuestiones contemporáneas: preocupaciones por la creciente destructividad de la guerra, el papel expansivo de los grandes poderes como proveedores de armas y organización militar de países pobres, así como la creciente importancia de los gobiernos militares en esos mismos países. Estas reflexiones brotan de la esperanza de que la experiencia europea, entendida apropiadamente, nos ayudará a comprender qué está ocurriendo ahora, e incluso hacer algo al respecto.

El tercer mundo del siglo xx no se asemeja tanto a la Europa de los siglos xvi o xvii. No existe una forma simple para leer el futuro de los países del Tercer Mundo a partir de los antecedentes de los países europeos, sin embargo, aun así, un examen atento de la experiencia europea puede servirnos bastante. Nos mostrará que la explotación coercitiva desempeñó un papel importante en la creación de los países de esta parte del mundo; que la resistencia popular a la explotación coercitiva obligó a los detentores de poder potenciales a conferir protección y constreñir sus propias acciones y, por lo tanto, nos ayudará a eliminar comparaciones implícitas imperfectas entre el Tercer Mundo de hoy y la Europa de ayer.

Así, este ensayo se relaciona con el lugar que ocupa la violencia organizada en el crecimiento y la transformación de esas peculiares formas de gobierno que llamamos Estados-Nación: organizaciones diferenciadas, relativamente centralizadas, cuyos funcionarios reclaman control, con mayor o menor éxito, sobre los principales medios de violencia concentrados en una población que habita un territorio extenso y continuo.

Declararé que la guerra produce Estados; que el bandolerismo, la piratería, la rivalidad entre pandillas, el patrullaje y guerra pertenecen todos al mismo continuum, también esto lo declararé. De igual manera sostendré que para el corto periodo histórico durante el cual los Estados-Nación se convertían en la organización dominante en los países occidentales, el capitalismo mercantil y la creación del Estado se consolidaron mutuamente.

Protección de doble filo

En la jerga estadounidense contemporánea, la palabra “protección” vibra con dos tonos contrastantes, uno reconfortante, el otro ominoso. Con un tono, “protección” invoca imágenes del refugio contra el peligro, proporcionado por un amigo poderoso, una amplia póliza de seguros o un techo robusto. Con el otro, se evoca la extorsión mediante la cual un hombre poderoso de la localidad obliga a los comerciantes a pagar tributo para evitar daños, daños que el propio hombre amenaza con perpetrar. La diferencia, sin duda, es una cuestión de grado: es probable que un pastor que predica el infierno y la condena reúna contribuciones de sus feligreses sólo en la medida en que éstos crean en sus profecías de azufre para los infieles; nuestro vecino mafioso puede de hecho ser, como él lo asegura, la mejor garantía de que un burdel operará libre de la intervención de la policía.

La imagen que produce la palabra “protección” en nuestra mente depende principalmente de nuestra evaluación de la realidad y la externalidad de la amenaza. Alguien que produce tanto el peligro como (por un precio) el escudo contra el peligro es un extorsionador. Alguien que provee el escudo necesario, pero tiene poco control sobre la aparición del peligro es considerado un legítimo protector, en especial si su precio no es más alto que el de sus competidores. Alguien que suministra un escudo confiable, a bajo costo para defenderse tanto de extorsionadores como de intrusos externos, representa la mejor oferta.

Los apologistas de determinados gobiernos, y de los gobiernos en general sostienen, precisamente, que dichos gobiernos ofrecen protección contra la violencia, sea esta externa o interna. Afirman que el precio que los gobiernos cobran apenas cubre el costo de la protección y califican a los quejosos del precio de la protección como “anarquistas”, “subversivos” o ambos al mismo tiempo. Ahora bien, consideremos la definición de extorsionador como alguien que ocasiona una amenaza y después cobra por su reducción. La provisión de protección del gobierno, bajo estas normas, con frecuencia puede calificarse como extorsión. Si los peligros contra los que un gobierno dado ofrece protección a sus ciudadanos son imaginarios o consecuencia de sus propios

actos, entonces este gobierno ha organizado negocio de extorsión por protección. Puesto que los gobiernos mismos suelen simular, estimular, o incluso fabricar amenazas de guerras externas, y que las actividades represivas y extractivas de un gobierno a menudo constituyen el peligro vigente más importante para la subsistencia de sus ciudadanos, muchos gobiernos operan esencialmente del mismo modo que los extorsionadores. Hay, por supuesto, una diferencia: los extorsionadores, por definición, operan sin la autorización del gobierno. ¿Cómo adquieren los propios gobiernos extorsionadores su autoridad? Como una cuestión de hechos y de ética, este es uno de los enigmas más viejos del análisis político. Volviendo a Maquiavelo y Hobbes, los observadores políticos han reconocido sin embargo que, hagan lo que hagan, los gobiernos organizan y, hasta donde se pueda, monopolizan la violencia. Poco importa si tomamos a la violencia en sentido estricto como daño a las personas o a la propiedad o, en un sentido amplio, como la violación de los deseos e intereses de las personas; sea cual sea el criterio, los gobiernos se distinguen de otras organizaciones por su tendencia a monopolizar los medios concentrados de violencia. Por otra parte, en los hechos, la distinción entre uso “legítimo” e “ilegítimo” de la fuerza, no hace diferencia alguna para el hecho como tal. Si interpretamos que la legitimidad depende de la aceptación de un principio abstracto o del consentimiento de los gobernados (o de ambos al mismo tiempo), estas condiciones pueden justificar, o incluso explicar, la tendencia a monopolizar la fuerza; no contradicen el hecho como tal.

La legitimidad es la probabilidad de que otras autoridades actúen para confirmar la decisión de una autoridad dada. Es mucho más probable que otras autoridades confirmen las decisiones de una autoridad cuestionada que controla una fuerza considerable; y no sólo por miedo a las represalias, sino también por el deseo de mantener un ambiente estable. La regla subraya la importancia de que la autoridad tenga el monopolio de la fuerza. La tendencia a monopolizar los medios de la violencia hace que la afirmación de protección del gobierno (en el sentido reconfortante u ominoso de la palabra) sea más creíble y difícil de resistir.

Reconocer el lugar central que ocupa la fuerza en la actividad gubernamental no hace que tengamos que creer que la autoridad gubernamental descansa “únicamente” o “en última instancia” en la violencia, ni que debemos suponer que el único servicio que proporciona el gobierno es la protección. Aun cuando el uso de la fuerza por parte del gobierno impone un alto costo, algunas personas pueden decidir que los otros servicios del gobierno tienen mayor peso que los

costos de acceder a su monopolio de la violencia. El reconocimiento de la centralidad de la fuerza nos permite entender el crecimiento y los cambios de las formas de gobierno. He aquí un esbozo del argumento más general: el afán de guerra de los detentores de poder los involucró, a diestra y siniestra, en la extracción de recursos para la guerra de la población sobre la cual tenían control, así como en la promoción de la acumulación de capital por parte de aquellos que podían ayudarlos a pedir prestado y a comprar. La guerra, la extracción y la acumulación de capital interactuaron para moldear la creación de los Estados europeos. Los detentores de poder no llevaron a cabo esas tres actividades trascendentales con la intención de crear los Estados-Nación: organizaciones políticas centralizadas, diferenciadas, autónomas, amplias; tampoco previeron que los Estados-Nación surgirían como producto de la guerra, la extracción y la acumulación de capital.

En lugar de ello, quienes controlaban los Estados europeos y los Estados en proceso de serlo, luchaban para mantener bajo control o superar a sus adversarios y así disfrutar de las ventajas del poder en un territorio ya asegurado o en expansión. Para hacer más efectiva la guerra, buscaron más capital, el cual, en el corto plazo, podían obtener por medio de la conquista, liquidando sus activos o mediante la coerción o el despojo a los acumuladores de capital. En el largo plazo, la búsqueda los condujo invariablemente a consolidar el acceso a los capitalistas que podían proporcionar o disponer de crédito, así como a imponer algún sistema tributario u otro sobre la gente y las actividades que caían dentro de su esfera de influencia.

A lo largo de este proceso, los creadores del Estado desarrollaron un interés de largo plazo en la promoción de la acumulación de capital, a veces como beneficio directo de sus propias empresas. Variaciones en la dificultad para recaudar impuestos, en el costo del tipo de fuerza armada adoptada, en medidas de guerra necesarias para resistir a otros contrincantes, tuvieron como resultado las principales diferencias en las estructuras de los Estados europeos. Todo empezó con la idea de monopolizar los medios de violencia en un territorio delimitado adyacente a la sede principal del detentor del poder.

Violencia y gobierno

¿Qué distingue la violencia producida por los Estados de aquella causada por alguien más? En el largo plazo, lo suficiente para dar credibilidad a la división entre fuerza “legítima” e “ilegítima”. Con el tiempo, los funcionarios de los Estados produjeron violencia en mayor escala, más eficazmente, más eficientemente, con una mayor aprobación de sus súbditos y con una colaboración más diligente de las autoridades vecinas que los integrantes de otras organizaciones. Pero se requirió mucho tiempo para que esa distinción se estableciera: al inicio del proceso de creación del Estado, muchos partidos compartían el derecho de usar la violencia, la práctica de usarla de manera cotidiana para lograr sus objetivos, o ambos al mismo tiempo. El continuum pasó de bandidos y piratas a reyes a través de recaudadores de impuestos, detentores de poder regionales y soldados profesionales.

La línea incierta y elástica entre violencia “legítima” e “ilegítima” apareció en las esferas más altas del poder. La larga relación de amor-odio entre aspirantes a creadores del Estado y piratas o bandidos ilustra esta división “Detrás de la piratería en el mar actuaban ciudades y ciudades-Estado [...] Detrás del bandolerismo [...] aparecía la ayuda continua de los señores”, escribe Fernand Braudel (1966: 88-89) sobre el siglo xvi. En tiempos de guerra, de hecho, los administradores de los Estados plenamente desarrollados con frecuencia comisionaban corsarios, a veces contrataban bandidos para asaltar a sus enemigos, y alentaban a sus tropas regulares a adueñarse del botín. A menudo se esperaba que soldados y marineros al servicio del rey se ganaran la vida depredando a la población mediante la expropiación, la violación, el saqueo o quedándose con el botín. Cuando los desmovilizaban, era común que continuaran con las mismas prácticas, pero ya sin la protección real; los barcos desmovilizados se convertían en buques piratas, las tropas desmovilizadas en bandidos.

Esto también funcionaba en sentido inverso: la mejor fuente de partidarios armados para un rey muchas veces era el mundo de los bandidos. La conversión de Robin Hood a arquero real puede ser un mito, pero el mito registra una

práctica. La distinción entre quienes usaban la violencia de modo “legítimo” o “ilegítimo” se aclaró con mucha lentitud a lo largo del proceso durante el cual las fuerzas armadas del Estado se volvieron relativamente unificadas y permanentes. Hasta ese momento, como dice Braudel, las ciudades marítimas y los señores feudales terrestres con frecuencia ofrecían protección, o incluso patrocinaban, a filibusteros. Por otra parte, muchos de los señores, quienes no tenían pretensiones de ser reyes, se adjudicaban el derecho de reclutar tropas y mantener sus propios vasallos armados. Ningún rey podía declarar una guerra sin recurrir a alguno de estos señores para que contribuyeran con sus ejércitos; no obstante, estos mismos señores armados constituían los rivales y oponentes del rey, los potenciales aliados de sus enemigos. Por ello, antes del siglo xvii, las regencias de infantes soberanos eran fuente segura de guerras civiles, y por lo mismo, el desarme de los grandes [señores] estaba entre los puntos más importantes de la agenda de cualquiera que aspirara a construir un Estado.

La desmilitarización de los grandes señores, emprendida por los Tudor implicó cuatro campañas complementarias: eliminar sus grandes bandas personales de vasallos armados, arrasar con sus fortalezas, domar su violencia habitual en pro de la solución de disputas y desalentar la cooperación entre sus subordinados y sus arrendatarios. [Quienes] mantenían ejércitos y castillos a lo largo de la frontera, amenazaban a la Corona, pero también eran una defensa contra los invasores escoceses. Aun así, con el tiempo, también se sometieron.

En Francia, Richelieu inició el gran desarme en los años 1620. Con la asesoría de Richelieu, Luis xiii destruyó sistemáticamente los castillos de los grandes señores rebeldes, protestantes y católicos, contra los cuales sus fuerzas combatieron incesantemente. Comenzó prohibiendo los duelos, la portación de armas letales y el mantenimiento de ejércitos privados; al final de la década, Richelieu declaraba como doctrina el monopolio monárquico de la fuerza.

A finales del siglo xviii, en la mayor parte de Europa, los monarcas controlaban fuerzas militares profesionales permanentes que rivalizaban con las de sus vecinos y superaban con creces cualquier otra fuerza armada dentro de sus propios territorios. El monopolio del Estado sobre la violencia a gran escala estaba pasando de la teoría a la realidad.

La eliminación de rivales locales, no obstante, planteaba un grave problema. Más allá de la escala de una pequeña ciudad-Estado, ningún monarca podía gobernar una población tan sólo con su fuerza armada, ni tenía los recursos para

crear un personal profesional lo suficientemente fuerte y amplio como para conectarlo con el ciudadano común. Hasta hace muy poco, ningún gobierno europeo se había acercado a lograr una articulación vertical total como la alcanzada por el imperio chino; ni siquiera el Imperio romano llegó cerca de lograrlo. De un modo u otro, cada gobierno europeo anterior a la Revolución francesa se apoyaba en un gobierno indirecto a través de los magnates locales. Estos magnates colaboraban con el gobierno sin convertirse en funcionarios de ningún tipo, pero con acceso a la fuerza respaldada por el gobierno, ejerciendo un poder discrecional muy amplio dentro de sus propios territorios a través de funcionarios menores, jueces de paz, señores feudales. No obstante, los mismos magnates eran rivales potenciales, posibles aliados de la gente rebelde.

En algún momento, los gobiernos europeos redujeron su dependencia del gobierno indirecto a través de dos estrategias costosas pero efectivas: a) ampliando su burocracia a la comunidad local y b) alentando la creación de fuerzas policíacas subordinadas al gobierno y no a mecenas individuales, distintas de las fuerzas bélicas, y por ende menos útiles como herramientas de magnates disidentes. Entre tanto, sin embargo, los constructores del poder nacional desempeñaron una estrategia mixta: eliminar, subyugar, dividir, conquistar, engañar, comprar, según se presentara la ocasión. La compra se manifestaba con la exención de impuestos, la creación de cargos honoríficos, las demandas de derechos sobre el tesoro nacional y diversos otros mecanismos que hacían que el bienestar de un magnate dependiera de mantener la estructura de poder existente. A la larga, todo se redujo a la pacificación masiva y a la monopolización de los medios de coerción.

Protección como negocio

En retrospectiva, la pacificación, la cooptación o la eliminación de los rivales conflictivos del soberano parece una empresa impresionante, noble, visionaria, destinada a brindar paz a un pueblo; no obstante, fue consecuencia casi inevitable de una lógica de expansión del poder. Para que un detentor de poder se beneficiara de la provisión de protección, sus competidores tenían que ceder; como ya lo dijo el historiador económico Frederic Lane hace 25 años, los gobiernos están en el negocio de vender protección... lo quieran o no. Lane sostenía que la propia actividad de producir y controlar la violencia favorecía el monopolio, porque la competencia en el reino generalmente aumentaba los costos en lugar de disminuirlos. Sugería que la producción de violencia funcionaba muy bien en las grandes economías de escala.

A partir de esto, Lane distinguió entre a) el monopolio de lucro, o tributo, que llegaba a los propietarios de los medios de producción de violencia como resultado de la diferencia entre los costos de producción y el precio exigido a los “clientes” y b) la renta de protección que correspondía a aquellos clientes, como los comerciantes, que requerían protección efectiva contra competidores externos. Lane, un historiador veneciano muy cuidadoso, tomó en consideración específicamente el caso de un gobierno que genera ganancias de protección para sus comerciantes a través del ataque deliberado contra sus competidores. Por otra parte, Edward Ames y Richard Rapp (1977) en su adaptación del esquema de Lane, sustituyen el término “tributo” de Lane por el más adecuado de “extorsión”: en este modelo, extorsión, coerción, piratería, bandolerismo y crimen organizado comparten el espacio con sus rectos primos del gobierno responsable.

Así es como funcionaba el modelo de Lane: si un príncipe podía crear una fuerza armada suficiente como para defenderse de sus enemigos externos y de los enemigos de sus súbditos, así como mantener a estos últimos bajo control, por 50 mega libras, pero era capaz de extraer 75 mega libras en impuestos de esos súbditos, obtenía una ganancia de 25 mega libras [...]

Si los ciudadanos en general ejercieran una propiedad del gobierno, ¡oh ideal tan distante!, es de esperarse que los administradores minimizaran los costos de la protección y el tributo, maximizando así las ganancias de la protección. Un sólo monarca con intereses propios, en contraste, maximizaría el tributo, establecería costos de modo tal que se lograra dicha maximización y no le importaría el nivel de renta por protección. Si los administradores fueran dueños del gobierno, tenderían a mantener elevados los costos al maximizar sus propios sueldos, ampliando el tributo por encima de esos costos mediante la exigencia de un alto precio de sus súbditos, y serían igualmente indiferentes al nivel de las ganancias por protección (renta). El primer modelo se acerca a la democracia jeffersoniana, el segundo al despotismo común y el tercero a una junta militar. Lane no discutió la cuarta categoría obvia de propietario: la clase dominante. De haberlo hecho, su esquema habría producido criterios interesantes para evaluar las afirmaciones de que un gobierno dado fuera “relativamente autónomo” o estuviera estrictamente subordinado a los intereses de la clase dominante. Supuestamente, un gobierno subordinado tendería a maximizar el monopolio de las ganancias, es decir, la retribución a la clase dominante del producto de la diferencia entre los costos de protección y el precio recibido por éstos, así como a ajustar las ganancias de protección de acuerdo con los intereses económicos de la clase dominante. Un gobierno autónomo, en contraste, tendería a maximizar los sueldos de los administradores, así como su propio tamaño, y también sería indiferente a las ganancias de la protección. El análisis de Lane sugiere inmediatamente nuevas proposiciones y modos de comprobarlas.

Lane también especuló en el sentido de que la lógica de esta situación produjo cuatro etapas sucesivas en la historia general del capitalismo.

Un periodo de anarquía y pillaje.

Una etapa en la que los cobradores de los tributos atraían clientes y establecían sus monopolios luchando por crear Estados exclusivos y sustanciales.

Una etapa en la que comerciantes y terratenientes comenzaron a obtener más ganancias de la protección que los tributos que obtenían los gobernantes.

Un periodo (relativamente reciente) en el que los cambios tecnológicos superaron las ganancias de la protección como fuente de ingresos para los

empresarios.

Desafortunadamente, Lane no aprovechó lo suficiente su propia perspectiva. Al querer contener su análisis ordenadamente dentro de la teoría neoclásica de la organización industrial, Lane constriñó su manejo de la protección: al tratar a todos los contribuyentes como “clientes” del “servicio” proporcionado por los gobiernos fabricantes de protección, haciendo a un lado las objeciones a la idea de una venta forzada al insistir que el “cliente” siempre tuvo la opción de no pagar y aceptar las consecuencias del impago. Con ello minimizaba los problemas de divisibilidad creados por el carácter de bien público de la protección, y descuidando deliberadamente la distinción entre los costos de producir los medios de violencia en general y los costos de dar a los “clientes” protección por medio de esa misma violencia. Las ideas de Lane se ahogan dentro de la caja neoclásica y respiran fácilmente fuera de ella. No obstante, dentro o fuera, regresan el análisis económico del gobierno a las principales actividades que los gobiernos verdaderos han llevado a cabo históricamente: guerra, represión, protección, adjudicación.

Más recientemente, Richard Bean ha aplicado una lógica similar al surgimiento de los Estados-Nación europeos entre 1400 y 1600. Él invoca las economías de escala en la producción de fuerza, contrarrestadas por las diseconomías de escala que dominan y controlan. Después, afirma que los avances en la artillería en el siglo xv (el cañón hizo que los pequeños fuertes medievales fueran mucho más vulnerables a una fuerza organizada) cambiaron la curva de las economías y las diseconomías para crear ejércitos más grandes y estables y gobiernos centralizados mucho más ventajosos para sus señores. Por lo tanto, de acuerdo con Bean, la innovación militar promovió la creación de Estados-Nación grandes, costosos y bien armados.

Conversaciones sobre historia

La llegada de una artillería eficaz ocurrió demasiado tarde como para haber causado el aumento viable de los Estados (sin embargo, los costos en aumento de las fortificaciones para defenderse de ésta sí dio una ventaja a los Estados que gozaban de una base de contribuyentes más amplia).

No obstante, ya sin su determinismo tecnológico, la lógica de Bean presenta un complemento útil a la de Lane, ya que los costos de producción de los formatos militares son muy diferentes, y proporcionan también rangos muy diversos de control sobre los oponentes, nacionales y extranjeros. Después de 1400, los europeos buscaron organizaciones militares diversas, mayores, más permanentes y costosas, lo que produjo incrementos espectaculares en los presupuestos principescos, los impuestos y el personal. Después de 1500, los príncipes que habían creado las organizaciones militares con costos tan altos, en realidad lograron conquistar nuevos territorios.

La palabra “territorio” no debe confundirnos. Hasta el siglo xix, los grandes poderes eran Estados marítimos, y la guerra naval siguió siendo de vital importancia en el contexto internacional. Consideremos la lista de Braudel de los poderes económicos sucesivos en el mundo capitalista: Venecia y su imperio, Génova y su imperio, Antwerp-España, Amsterdam-Holanda, Londres-Inglaterra, Nueva York-Estados Unidos. Si bien Brandenburgo-Prusia ofrece una excepción parcial, sólo en nuestra época Estados tan esencialmente terrestres como Rusia y China han alcanzado posiciones preponderantes en el sistema de Estados mundiales. La guerra naval no era, de ninguna manera, el único motivo detrás de la inclinación por el mar: antes del siglo xix, el transporte terrestre era tan costoso en todas partes de Europa, que ningún país podía permitirse el suministro de grano u otras mercancías pesadas a una gran armada o una ciudad importante sin un transporte marino eficiente. Los gobernantes proporcionaban alimentos a grandes centros tierra adentro, como Berlín o Madrid, sólo mediante grandes esfuerzos y con un costo considerable para sus periferias. La eficiencia excepcional de las vías fluviales en Holanda sin duda le dio grandes ventajas en la paz y en la guerra.

Los accesos al agua también eran importantes por otros motivos. Las metrópolis en la lista de Braudel eran todas puertos importantes, grandes centros comerciales y notables impulsores de capital: tanto el comercio como el capital sirvieron a los propósitos de gobernantes ambiciosos. A través de una ruta sinuosa, dicha observación nos devuelve a los argumentos de Lane y Bean. Considerando que ambos escribieron como historiadores económicos, la debilidad más grande de sus análisis resulta una sorpresa: ambos subestiman la importancia de la acumulación de capital en la expansión militar. Como dice Jan de Vries acerca del periodo posterior a 1600:

Si miramos hacia atrás, no podemos evitar impresionarnos por la aparente relación simbiótica entre el Estado, el poder militar y la eficiencia de la economía privada en la era del absolutismo. Detrás de cada dinastía exitosa se encontraba un conjunto de familias banqueras opulentas y el acceso a dichos recursos burgueses, la construcción del Estado del príncipe y las políticas centralizadoras.

Los grandes capitalistas desempeñaron un papel muy importante en ambos lados de la transacción: como las fuentes principales del crédito real, especialmente en el corto plazo, y en tanto que contratistas principales en el riesgoso, pero lucrativo, negocio de la recaudación de impuestos reales.

(Por cierto, el fracaso del gobierno en pagar a aquellas rentes, ayudó a la burguesía parisina a alinearse contra la Corona durante la Fronda, alrededor de doce décadas después.) En 1595 la deuda nacional ascendía a unos 300 millones de francos; pese a las bancarrotas gubernamentales, la manipulación de la moneda y el aumento monumental de impuestos, cuando Louis XIV murió en 1715, la deuda producida por la guerra había inflado el total a casi 3 mil millones de francos, el equivalente a casi 18 años de ingresos reales (Hamilton, 1950: 247, 249). La guerra, el aparato de Estado, los impuestos, y los préstamos avanzaron aceleradamente.

Si bien Francia fue precoz, de ninguna manera estaba sola. “Incluso más que en el caso francés”, informa el siempre útil Earl J. Hamilton,

[...] la deuda nacional inglesa se originó y ha crecido durante las grandes guerras. Excepto por un remanente insignificante procedente de los Estuardo, la deuda se inició en 1689 con el reinado de William y Mary. En palabras de Adam Smith, “fue en la guerra de 1688 y que concluyó con el tratado de Ryswick en 1697, que se sentaron por primera vez las bases de la enorme deuda actual de Gran Bretaña” (Hamilton,1950: 254).

Sin embargo, Hamilton continúa citando al mercantilista Charles Davenant, quien en 1698 se quejó de que las altas tasas de interés promovidas por los préstamos al gobierno estaban poniendo trabas al comercio inglés. La queja de Davenant sugiere, no obstante, que Inglaterra estaba ya entrando a la tercera fase de la relación Estado-capital de Frederic Lane, cuando los comerciantes y los terratenientes recibían una proporción mayor del excedente que los proveedores de protección.

Hasta el siglo xvi, los ingleses esperaban que sus reyes vivieran de los ingresos de sus propiedades y que la recaudación de impuestos fuera sólo para la guerra. G.R. Elton atribuye la gran innovación a la redacción de Thomas Cromwell de las leyes del subsidio de 1534 y 1540 de Enrique viii: “la de 1540 tuvo gran cuidado de continuar con la verdadera innovación de 1534, es decir, que las contribuciones extraordinarias podrían gravarse por razones distintas a la guerra” (Elton, 1975: 42). No obstante, después de ese punto, igual que antes, la guerra fue el estímulo principal para el aumento en el nivel de impuestos, así como para el de la deuda; éstos rara vez disminuyeron. Lo que A.T. Peacock y J. Wiseman llaman un “efecto de desplazamiento” (y otros simplemente “efecto trinquete”) ocurrió: cuando los ingresos y el gasto públicos se elevaron abruptamente durante la guerra, establecieron un piso nuevo y más alto, debajo del cual los ingresos y los gastos en tiempo de paz no se hundieron. Durante las guerras napoleónicas, los impuestos británicos se elevaron de 15% a 24% del ingreso nacional y a casi tres veces el nivel de impuestos de los franceses (Mathias, 1979: 122).

Cierto, Gran Bretaña tuvo la doble ventaja de depender menos de las costosas fuerzas terrestres que sus rivales continentales y de obtener la mayoría de sus ingresos fiscales de sus aduanas, impuestos cuya extracción, a pesar de la evasión, resultaba significativamente menos costosa que la de los impuestos a la tierra, a la propiedad y al voto. Sin embargo, en Inglaterra como en otras partes,

tanto la deuda como los impuestos se elevaron enormemente del siglo xvii en adelante, y lo hicieron principalmente en función del incremento en los costos de la guerra.

¿Qué hacen los Estados?

Como ya debería ser claro, el análisis de Lane sobre la protección no logra distinguir entre los diferentes usos de la violencia del Estado. Dentro del apartado general de la violencia organizada, los agentes del Estado llevan a cabo característicamente cuatro actividades:

la guerra: eliminar o neutralizar a sus rivales fuera de los territorios en los cuales tienen una prioridad clara y continua como poseedores de fuerza;

creación del Estado: eliminar o neutralizar a sus rivales dentro de sus propios territorios;

protección: eliminar o neutralizar a los enemigos de sus clientes, y

extracción: adquirir los medios necesarios para llevar a cabo las tres actividades precedentes: la guerra, la creación del Estado y la protección.

El tercer elemento corresponde a la protección como la analiza Lane, pero las otras tres también involucran el uso de la fuerza. Se traslapan parcialmente y en diferentes grados; por ejemplo, la guerra contra los rivales comerciales de la burguesía local brinda protección a esa misma burguesía. En la medida en que una población está dividida en clases enemigas y el Estado favorece parcialmente a una clase o a otra, la creación del Estado en realidad reduce la protección que otorga a ciertas clases.

La guerra, la creación del Estado, la protección y la extracción toman, cada una, cierto número de formas. La extracción, por ejemplo, incluye, desde el saqueo absoluto, pasando por el tributo regular, hasta el sistema tributario burocratizado normal. Aun así, las cuatro dependen de la tendencia del Estado a monopolizar los medios concentrados de coerción. Desde la perspectiva de quienes dominan

el Estado, cada una de ellas (si se llevan a cabo de manera eficiente) generalmente refuerza a las otras. De este modo, un Estado que erradica con éxito a sus rivales internos consolida su capacidad de reunir recursos, tanto para hacer la guerra como para proteger a sus principales partidarios. En la experiencia europea inicial, hablando en general, esos partidarios eran generalmente terratenientes, siervos armados del monarca y clérigos.

Cada uno de los principales usos de la violencia produjo formas características de organización: la guerra produjo ejércitos, armadas y servicios de apoyo; la creación del Estado produjo instrumentos de vigilancia y control perdurable en el territorio; la protección dependía de la organización de la guerra y la creación del Estado, pero agregó a esto un aparato mediante el cual los protegidos invocaban la protección debida, notablemente las cortes y las asambleas representativas, y la extracción generó estructuras fiscales y contables. La organización y el despliegue de violencia mismos explican gran parte de la estructura característica de los Estados europeos.

La regla general parece haber operado del siguiente modo: en igualdad de circunstancias, entre más costosa era la actividad, más grande era el residuo organizativo. Por ejemplo, en la medida en que un gobierno dado invirtiera en grandes ejércitos permanentes (un modo muy costoso, si bien eficaz, de hacer la guerra) la burocracia creada para servir al ejército muy probablemente crecería mucho. Además, es probable que un gobierno que construya un ejército permanente mientras controla una población pequeña, incurra en mayores costos y, consecuentemente, construirá una estructura más abultada que el gobierno de un país más poblado. El de Brandenburgo-Prusia era el caso clásico que representa altos costos por los recursos disponibles. El intento de Prusia de construir un ejército equiparable a los de sus vecinos continentales mayores creó una estructura inmensa; militarizó y burocratizó gran parte de la vida social alemana.

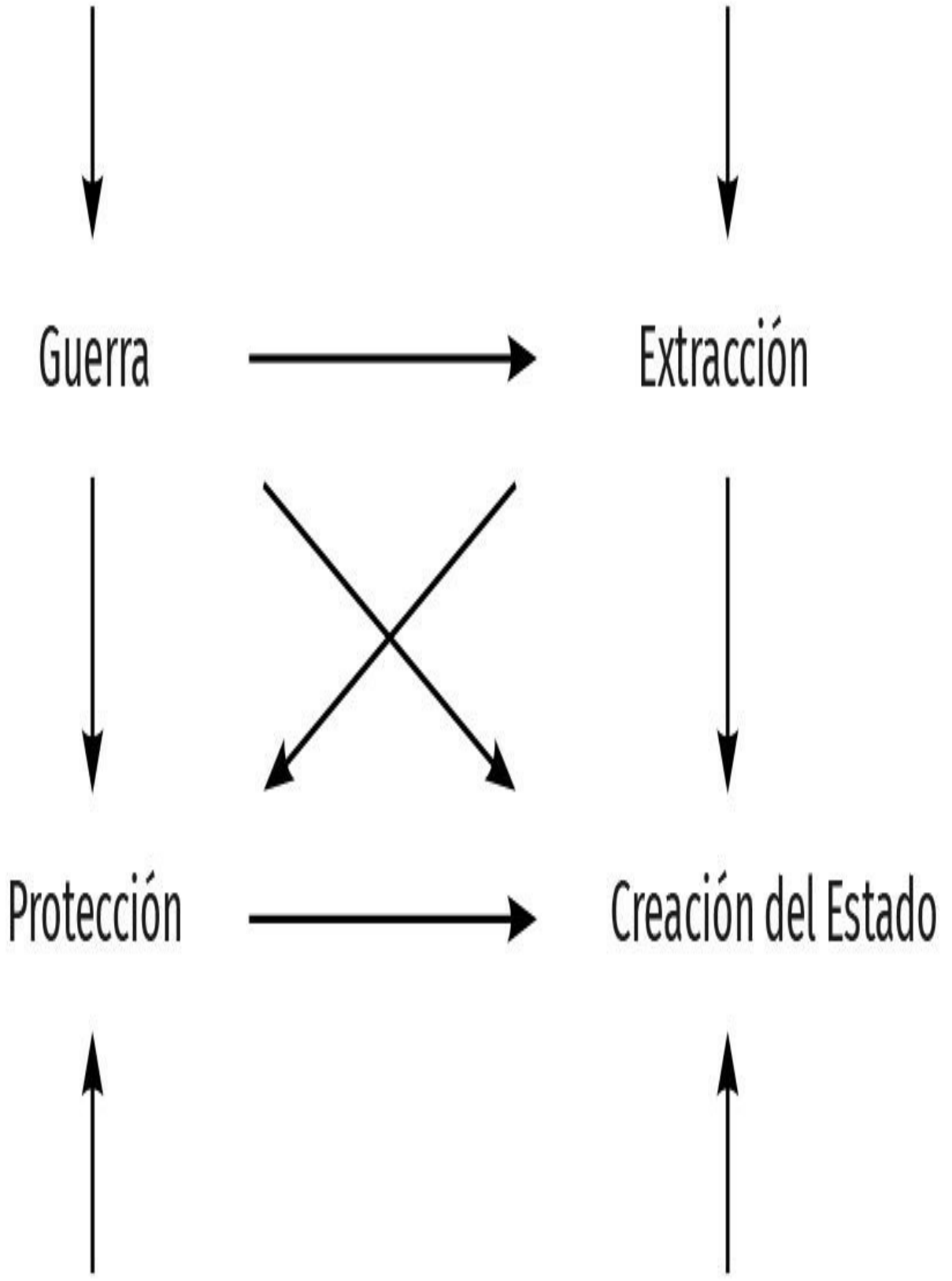
Por lo que respecta a la creación del Estado (en el sentido estricto de eliminar o neutralizar a los rivales locales de quienes controlaban el Estado), un territorio poblado por grandes terratenientes o por distintos grupos religiosos generalmente imponía costos considerables para un conquistador que otro con un poder fragmentado o una cultura homogénea. En esta ocasión, la fragmentada y homogénea Suecia, con su aparato de control relativamente pequeño pero efectivo, ilustra el corolario.

Finalmente, el costo de la protección (en el sentido de eliminar o neutralizar a los enemigos de los clientes de los creadores del Estado) aumentó en relación con la extensión de la protección. El esfuerzo desplegado por Portugal para prohibir la entrada al mar Mediterráneo a quienes competían con sus comerciantes de especias es el ejemplo típico de un intento infructuoso de protección que, sin embargo, acumuló una estructura masiva.

Así, el tamaño mismo del gobierno varió en forma directamente proporcional al esfuerzo dedicado a la extracción, la creación del Estado, la protección y, especialmente, la guerra, pero inversamente proporcional a la comercialización de la economía y el alcance de la base de los recursos. Por otra parte, el volumen relativo a los diferentes rasgos del gobierno varió con las tasas costo/recurso de estas cuatro actividades. En España vemos una hipertrofia de la Corte y las cortes como resultado de siglos de esfuerzo por subyugar a sus enemigos internos, mientras que en Holanda nos impresiona ver cómo un aparato fiscal reducido creció con impuestos altos dentro de una economía comercial rica.

Es claro que la guerra, la extracción, la creación del Estado y la protección eran interdependientes. Hablando en modo muy, pero muy general, la clásica experiencia europea de la creación del Estado siguió el siguiente patrón:

Esquema 7.1



En una secuencia ideal, un gran señor hacía la guerra de manera tan eficaz que se volvía dominante en un territorio considerable, pero esa misma guerra conducía a una mayor extracción de los medios para hacerla (hombres, armas, comida, alojamiento, transporte, provisiones y/o el dinero para adquirirlas) de la población de ese territorio. El fortalecimiento de la capacidad para hacer la guerra también aumentaba la de extracción; y esta misma actividad de extracción, si tenía éxito, implicaba eliminar, neutralizar o cooptar a los rivales locales del gran señor y, por consiguiente, llevaba a la creación del Estado. Como subproducto, la extracción de recursos fomentó la organización en forma de agencias de recaudación de impuestos, fuerzas policíacas, las cortes, las autoridades fiscales, los contadores; de este modo de nuevo llevó a la creación del Estado. En menor medida, la guerra también llevó a dicha creación al expandir la organización militar misma, conformada por un ejército permanente, las industrias bélicas, las burocracias de apoyo y (bastante después) el crecimiento de las escuelas dentro del aparato estatal. Todas estas estructuras servían para mantener bajo control a los rivales y oponentes potenciales: durante la guerra, la extracción de recursos y la construcción del aparato estatal, los administradores de los Estados formaron alianzas con clases sociales específicas. Los miembros de dichas clases financiaban, proporcionaban servicios técnicos o ayudaban a garantizar la observancia del resto de la población, todo a cambio de medidas de protección contra sus propios rivales y enemigos. Como resultado de estas múltiples decisiones estratégicas, se desarrolló un aparato estatal distintivo en cada zona importante de Europa.

Cómo se formaron los Estados

De resultar correcto, este análisis tiene dos implicaciones importantes para el desarrollo de los Estados-Nación. La primera: la resistencia popular a la guerra y la creación del Estado tuvieron algún efecto. Cuando se dio una resistencia vigorosa de los pueblos, las autoridades otorgaron concesiones: derechos garantizados, instituciones representativas, cortes de apelación, que a su vez restringieron las trayectorias posteriores de la guerra y la creación del Estado. Es indudable que las alianzas con fragmentos de la clase gobernante aumentaron considerablemente los efectos de la acción popular; la extensa movilización de los señores contra Charles I sirvió para que la Revolución inglesa de 1640 tuviera un impacto mucho mayor sobre las instituciones políticas que cualquiera de las múltiples rebeliones ocurridas durante la era Tudor. Segunda, el equilibrio relativo entre hacer la guerra, la extracción de recursos, la protección y la creación del Estado afectó significativamente la organización de los Estados que surgieron a partir de estas cuatro actividades. En la medida en que la guerra continuó con relativamente poca extracción, protección y creación del Estado, por ejemplo, las fuerzas militares terminaron representando un papel más amplio y autónomo en la política nacional. España es quizá el mejor ejemplo en Europa. En la medida en que la protección, como en Venecia y Holanda, prevaleció sobre la guerra, la extracción y la creación del Estado, la tendencia de las oligarquías de las clases protegidas fue a dominar la subsecuente política nacional. Del relativo predominio de la creación del Estado surgió el desarrollo desproporcionado de la policía y la vigilancia; los Estados papales ilustran este extremo. Antes del siglo xx [...] cualquier Estado que no realizara esfuerzos denodados para hacer la guerra probablemente desaparecería; con el transcurrir del siglo xx, sin embargo, se volvió cada vez más normal que un Estado prestara, diera o vendiera los medios necesarios para hacer la guerra a otro; en esos casos, el Estado receptor podía realizar grandes esfuerzos para la extracción, la protección, y/o la creación del Estado, y aun así sobrevivir.

Sin embargo, este modelo simplificado hace caso omiso de las relaciones externas que moldearon cada Estado-Nación. Al inicio del proceso, la distinción entre [relaciones] “internas” y “externas” siguió siendo tan imprecisa como la

distinción entre el poder del Estado y el poder devengado por los señores aliados del Estado. Más tarde, tres influencias entrelazadas sirvieron para conectar a cualquier Estado-Nación con la red de Estados europeos. Primero, estaban los flujos de recursos en forma de préstamos y provisiones, especialmente los destinados a hacer la guerra. Segundo, existía una competencia entre los Estados por la hegemonía en los territorios en disputa, lo cual estimulaba la guerra y borraba temporalmente la distinción entre hacer la guerra, la creación del Estado y la extracción. Tercero, se creaban de forma intermitente las coaliciones de Estados que reunían temporalmente sus esfuerzos por presionar a un Estado a adoptar determinada forma o posición dentro de la red internacional. La coalición para una guerra es un ejemplo, pero la coalición para la paz desempeñó un papel aún más importante: desde 1648, si no es que antes, al final de las guerras, todos los Estados europeos efectivos se reunían temporalmente para negociar sobre las fronteras y los gobernantes beligerantes del momento. Desde ese punto, al finalizar las guerras generalizadas se sucedían periodos de importante reorganización en el sistema de Estados europeos: por regla general, de cada gran guerra surgían menos Estados-Nación de los que habían entrado.

La guerra como relaciones internacionales

Al inicio del proceso, rivales internos y externos en gran medida se superponían. Sólo el establecimiento de extensos perímetros de control dentro de los cuales los grandes señores habían delimitado a sus rivales logró definir la línea entre lo interno y lo externo.

Si permitimos la frágil distinción entre procesos “internos” y “externos” de creación del Estado, entonces podríamos esquematizar la historia de la creación del Estado europeo formada por tres etapas: a) el éxito diferencial de algunos detentores de poder en luchas “externas” establece la diferencia entre un escenario “interno” o “externo” para el despliegue de fuerzas; b) la competencia “externa” genera la creación “interna” del Estado; c) los convenios “externos” entre Estados influyen aún más poderosamente la forma y el locus de determinados Estados. Desde esta perspectiva, las organizaciones certificadoras de los Estados, tales como la Liga de las Naciones o la Organización de las Naciones Unidas simplemente ampliaron el proceso basado en Europa al resto del mundo. Ya sea a la fuerza o voluntariamente, sangrienta o pacíficamente, la descolonización tan sólo completó el proceso a través del cual los Estados existentes se unieron para crear otros. La ampliación del proceso de creación del Estado basado en el europeo al resto del mundo, sin embargo, no tuvo como resultado la creación de Estados a imagen y semejanza de éstos. En general, algunas luchas internas tales como el control de grandes señores regionales y la imposición fiscal en aldeas campesinas produjo importantes rasgos organizativos en los Estados europeos: el sometimiento relativo del poder militar al control civil, la amplia burocracia de vigilancia fiscal, la representación de intereses agraviados a través de peticiones y el parlamento. En conjunto, los Estados en otras partes se desarrollaron de manera diferente, y la característica más reveladora de esa diferencia aparece en la organización militar. Los Estados europeos construyeron sus aparatos militares a través de batallas sostenidas con sus súbditos y mediante la extensión selectiva de protección a diferentes clases entre éstos. Los acuerdos de protección limitaban a los mismos gobernantes, haciéndolos vulnerables a las cortes, a las asambleas, la suspensión de crédito y servicios y el retiro de expertos.

En mayor medida, los Estados de reciente aparición, a causa de la descolonización o a través de la reasignación de territorio por parte de los Estados dominantes han adquirido su organización militar desde el exterior, sin la misma creación interna de restricciones mutuas entre gobernantes y gobernados. Mientras los otros Estados continuaban suministrando bienes y conocimientos militares a cambio de materias primas o alianzas militares, o ambas, los nuevos Estados albergaban organizaciones poderosas y sin restricciones que fácilmente eclipsaban cualquier otra organización dentro de sus territorios. Mientras los Estados externos garantizaban sus fronteras, los administradores de esas organizaciones militares ejercían un poder extraordinario dentro de ellas. Las ventajas del poder militar se volvieron enormes y los incentivos para despojar a todo el Estado del poder mediante el uso de esa ventaja se volvieron muy fuertes. A pesar del lugar prominente que ocupó la guerra en la creación de los Estados europeos, los viejos Estados-Nación de Europa casi nunca experimentaron la enorme desproporción entre la organización militar y el resto de las formas de organización, como parece ser el destino de los Estados cliente en todo el mundo contemporáneo. Hace un siglo, los europeos se habrían congratulado por la propagación de los gobiernos civiles en el mundo; en nuestro tiempo, la analogía entre la guerra y la creación del Estado, por un lado, y el crimen organizado por el otro, se está volviendo trágicamente apropiada.

Referencias

Ames, Edward y Richard T. Rapp (1977). “The Birth and Death of Taxes: A Hypothesis”, *Journal of Economic History* 37: 161-78.

Braudel, Fernand (1966). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Segunda edición, dos volúmenes. París: Armand Colin.

Braudel, Fernand (1979). *Civilisation matérielle, économie, et capitalisme, XVe–XVIIIe siècle*, tres volúmenes. París: Armand Colin.

Elton, G. R. (1975). “Taxation for War and Peace in Early-Tudor England”. En *War and Economic Development: Essays in Memory of David Joslin*, coordinado por J. M. Winter. Cambridge: Cambridge University Press.

Hamilton, Earl J. (1950). “Origin and Growth of the National Debt in France and England”. En *Studi in onore di Gino Luzzato*, vol. 2. Milán: Giuffrè.

Mathias, Peter (1979). “Taxation and Industrialization in Britain, 1700-1870”. En *The Transformation of England: Essays in the Economic and Social History of England in the Eighteenth Century*, coordinado por Peter Mathias. Nueva York: Oxford University Press.

8. Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990 D.C.

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Cómo empezaron las guerras

Un sistema forjado por la guerra fue lo que dio forma a las condiciones bajo las cuales sus miembros participaban en ella. Las condiciones en las que los Estados participaban en la guerra cambiaron significativamente (y más de una vez) durante el largo periodo que examinamos. Con importantes modulaciones en función de los principales rivales de un Estado, el carácter de sus clases dominantes y el tipo de actividad de protección realizada en beneficio de las clases dominantes, las condiciones cambiaron como parte de una lógica constante que ahora es familiar y que continuó operando en circunstancias cambiantes: los gobernantes normalmente trataban de establecer tanto un área segura dentro de la cual pudieran disfrutar de los dividendos de la coerción, como una zona de contención fortificada para proteger el área segura. Cuando todo salía bien, la zona de contención se volvía un área segura, lo cual alentaba a quien ejercía la coerción a adquirir una nueva zona de contención alrededor de la primera. Si los poderes adyacentes seguían la misma lógica, el resultado era la guerra. En Europa, una vez colapsado el Imperio Romano, cientos de caudillos participaban en el mismo ejercicio, de ahí la guerra incesante y ampliamente extendida, aunque principalmente regional. El posterior crecimiento de los territorios de los Estados, la sustitución de Estados nacionales compactos por múltiples territorios y el aseguramiento de las fronteras a través de acuerdos internacionales redujo la longitud de las fronteras vulnerables, pero no eliminó la lógica promotora de la guerra.

Sin embargo, otras condiciones cambiaron drásticamente. Durante la época del patrimonialismo (hasta 1400 en buena parte de Europa), los grupos que controlaban los principales medios coercitivos eran habitualmente grupos emparentados, vecinos, comunidades juramentadas de guerreros o una combinación de los tres. Los linajes ducales ejemplifican el primero caso, las órdenes cruzadas el segundo y las aristocracias feudales su combinación. Los grupos que controlaban los medios coercitivos principales generalmente buscaban maximizar el tributo que podían obtener de las poblaciones circundantes, por la fuerza si era necesario, y asegurarse de la disponibilidad futura de éste para sus descendientes y seguidores. A través de matrimonios

endogámicos, la creación de una casta noble y el establecimiento de reglas de herencia ampliamente compartidas (alentadas por una iglesia católica que se beneficiaba de las donaciones de tierra y de las ganancias), las clases dominantes sentaron las bases para la política dinástica en la que los matrimonios afianzaban las alianzas entre los Estados, y las sucesiones eran objeto de atención internacional. Al mismo tiempo, las comunidades campesinas, las milicias urbanas, los grupos de malhechores y otros grupos sin relación alguna con la autoridad del Estado, a menudo luchaban por su cuenta. Como resultado de todo ello, las guerras ocurrían cuando quien detentaba el poder mostraba signos de debilidad frente a su vecino, frente a una sucesión disputable y con la entrada a escena de un nuevo conquistador.

Durante la primera mitad de nuestro milenio, por cierto, apenas tiene sentido preguntar cuándo hacían la guerra los Estados, puesto que la mayoría estuvo involucrada en la guerra la mayor parte del tiempo. Es verdad que los ejércitos agrupados dependían fundamentalmente de las milicias y de las levadas feudales, lo cual significa que las campañas normalmente sólo duraban algunos pocos meses de cada año, sin embargo, cuando se iniciaba una guerra internacional, usualmente duraba muchas campañas.

Del siglo xvi en adelante, la situación cambió de manera fundamental. La consolidación del sistema estatal, la segregación de la vida militar de la civil y el desarme de la población civil profundizaron la distinción entre la guerra y la paz. La guerra se volvió más intensa y destructiva, más continua una vez comenzada, pero algo mucho más esporádico. El siglo xx, en ese aspecto, tan sólo cierra una tendencia de largo plazo.

En los tiempos de negociación [brokerage] (aproximadamente entre 1400 y 1700 en partes importantes del continente), las ambiciones dinásticas todavía dominaban la política estatal, pero debido al volumen del aparato estatal y la escala de los esfuerzos de guerra, ello significaba que los intereses de las principales clases que apoyaban al Estado limitaban seriamente las posibilidades de la guerra; sólo con su consentimiento y colaboración los monarcas podían reunir los medios para luchar. Los intereses de los jefes terratenientes tenían bastante peso en Estados intensivos en coerción, y los intereses de los capitalistas en Estados intensivos en capital. [...] Las oportunidades comerciales y las amenazas de las clases dominantes se volvieron con mayor frecuencia pretextos para la guerra; los Estados cuyas bases económicas se expandían eran mucho más capaces de aprovechar las oportunidades y de desviar las amenazas;

las alianzas entre Estados introducían las definiciones de esas oportunidades y amenazas; tales alianzas se formaban a menudo para contener la expansión del Estado que en ese momento era el más poderoso; los Estados en expansión peleaban más a menudo para ampliar sus territorios contiguos que para formar nuevas unidades de tributación, sin importar su ubicación, y las grandes rebeliones provocadas por los intentos de los gobernantes para extraer los medios para la guerra o para imponer una religión nacional daban mayores oportunidades de intervención a los Estados vecinos. Mientras tanto, el desarme gradual de la población civil redujo la participación en las guerras. En cierta medida, la defensa de los correligionarios desplazó a la herencia dinástica como la base para la intervención de un Estado en los asuntos de otro.

Conforme los Estados europeos entraron en la fase de nacionalización (especialmente entre 1700 y 1850, con amplias variaciones entre un tipo de Estado y otro), las dinastías perdieron mucha de su capacidad para hacer la guerra por su cuenta, y algo que llamamos vagamente “interés nacional” comenzó a determinar la participación o no de los Estados en las guerras. El interés nacional sintetizaba los intereses de las clases dominantes, pero los aglutinaba con un impulso más intenso para controlar los territorios y las poblaciones contiguos dentro de Europa, así como para competir más ferozmente por tierras fuera de ella. Con la nacionalización, hubo tres cambios decisivos que afectaron las condiciones para la guerra: la condición de todo el sistema de Estados en ese momento, en especial el alcance del equilibrio de poder alcanzado, comenzaba a significar una diferencia importante con respecto a la posibilidad y la ubicación de una guerra (Levy, 1989); con cada vez mayor frecuencia, un par de Estados que se acercaban a la igualdad de poder iniciaban una guerra, especialmente si ocupaban territorios adyacentes (Organski y Kugler, 1980; Moul, 1988; Houweling y Siccama, 1988); el ingreso nacional total (más que per cápita) comenzó a limitar la capacidad militar de los Estados como nunca antes, con el resultado de que los grandes Estados comerciales e industriales comenzaron a prevalecer dentro del sistema de Estados. La época de la guerra con base en expectativas racionales de ganancia y de una minimización racional de las pérdidas llegó a Europa y a sus prolongaciones [...] Como base para la intervención, la nacionalidad común desplazó tanto a la herencia dinástica como a la religión compartida.

Durante el periodo posterior de especialización, las condiciones para la guerra se modificaron relativamente poco, excepto por el hecho de que la competencia por el imperio [...] desempeñó un papel más grande que nunca. Después de 1945, el

impasse entre la Unión Soviética y Estados Unidos casi eliminó la guerra entre los Estados en Europa, aunque volvió críticos los puntos de contacto entre los poderes soviéticos, estadounidenses y chinos fuera de Europa en defensa del interés nacional.

Con la nacionalización y especialización de las fuerzas armadas, la guerra internacional desarrolló una relación recíproca con la revolución, la rebelión y la guerra civil. Durante los siglos en los que las dinastías usualmente controlaban los Estados, un debilitamiento en el grupo familiar (por ejemplo, la muerte de un rey con un heredero muy joven o sin heredero) advertía a los rivales externos del Estado que había una oportunidad para atacar; el inicio de una rebelión era una invitación para que los de afuera intervinieran en nombre de los contendientes. Conforme las divisiones religiosas se volvieron cuestiones fundamentales de Estado (lo cual se refiere particularmente al periodo 1520-1650), los incentivos para intervenir se volvieron todavía más apremiantes. Tanto los esfuerzos de un gobernante para obtener cada vez más medios para la guerra de una población renuente, como el debilitamiento de un Estado a través de derrotas en la guerra, en ocasiones incitaban a rebeliones y guerras civiles. Si la coalición rebelde ganaba su batalla contra los gobernantes, los desplazaba y emprendía una transformación social, se producía una revolución a gran escala.

Todas las grandes revoluciones de Europa, y muchas de las menores, comenzaron con las tensiones impuestas por la guerra. La Revolución inglesa comenzó con el intento de Carlos I de saltarse al Parlamento para obtener ingresos para la guerra en el continente y en Escocia e Irlanda. La deuda acumulada por la monarquía francesa durante la Guerra de los Siete Años y la Guerra de Independencia de Estados Unidos precipitaron los conflictos de la Revolución Francesa. Las derrotas rusas en la Primera Guerra Mundial desacreditaron al régimen zarista, alentaron las deserciones militares e hicieron patente la vulnerabilidad del Estado; a esto siguieron las revoluciones de 1917.

La creación del Estado también afectó los ritmos y el carácter de la acción colectiva popular menos importantes que una revolución. Durante las fases de intermediación y nacionalización, las exigencias monetarias y de hombres, episódicas pero cada vez mayores, estimularon una y otra vez la resistencia en el pueblo o la región. La población local despidió al recaudador de impuestos, atacó la casa del agricultor fiscal, ocultó a sus jóvenes de los reclutadores, solicitó ayuda al rey, pidió a los señores que intercedieran por ellos y luchó contra los intentos por inventariar sus bienes. Su objetivo eran, especialmente,

que los lugareños vinculados al Estado fueran los funcionarios estatales o los agentes del gobierno indirecto. Con las últimas etapas de la nacionalización y el movimiento hacia la especialización, la acción colectiva popular misma se nacionalizó y se volvió más autónoma; a medida que las políticas y exigencias del Estado nacional influían cada vez más directamente en sus destinos, los trabajadores, campesinos y la gente común se unieron para reclamar al Estado, reclamos de desagravio, sin duda, pero también reclamos por derechos que nunca antes habían disfrutado antes a escala nacional (Tilly, Tilly y Tilly, 1975; Tilly, 1986). Se formaron el partido político, la asociación de intereses especiales, el movimiento social nacional y el resto de la política popular. Así, la guerra impulsó no sólo el sistema estatal y la creación de Estados individuales, sino también la distribución del poder sobre el Estado. Incluso con la civilización de los gobiernos occidentales en los últimos siglos la guerra ha seguido siendo la actividad definitoria de los Estados nacionales.

Soldados y Estados en 1990

Desarrollo político fallido

Debido a que eran las últimas colonias de diversos poderes occidentales, una mayoría de los Estados recientemente independizados comenzaron sus carreras con organizaciones formales siguiendo los lineamientos occidentales y con la incorporación de buena parte del aparato colonial. Los líderes estatales educados en occidente buscaron tímidamente instalar administraciones, parlamentos, partidos, ejércitos y servicios públicos de inspiración occidental; es más, así lo declararon: los líderes del Tercer Mundo dijeron que ellos llevarían a cabo la modernización de sus países y los desarrollarían políticamente. Las principales potencias occidentales los ayudaron activamente, facilitando expertos, modelos, programas de capacitación y fondos. Mientras Japón se tambaleaba por sus pérdidas en la Segunda Guerra Mundial y China estaba consumida con sus luchas internas, no había otros modelos obviamente disponibles. Las opciones parecían pasar del socialismo de tipo soviético al capitalismo al estilo estadounidense, sin otras vías factibles para la creación de Estados fuera de los dos extremos.

[...] Hemos visto cuán ampliamente variaron las trayectorias de la creación del Estado europeo en función de la geografía de la coerción y el capital, la organización de los principales detentores del poder y la presión de otros Estados. Hemos examinado cómo una larga serie de luchas desiguales entre gobernantes, otros detentores del poder y gente común crearon instituciones estatales específicas y plantearon reivindicaciones al Estado. Hemos notado en qué medida la convergencia organizativa final de los Estados europeos resultó de la competencia entre ellos, tanto dentro de Europa como en el resto del mundo. Hemos sido testigos del profundo impacto de la guerra, y de la preparación para ésta, sobre otros aspectos de la estructura del Estado. Todas estas observaciones conducen a las conclusiones, vagas pero útiles, de que la creación del Estado del Tercer Mundo tendría que ser claramente diferente, y que las relaciones cambiantes entre la coerción y el capital deberían proporcionar pistas sobre la naturaleza de esa diferencia.

¿Cómo debería diferir la experiencia contemporánea de la del pasado europeo? Después de siglos de divergencias entre los caminos de la formación estatal de

capital intensivo, de coerción intensiva y de coerción capitalizada, los Estados europeos comenzaron a converger hace unos siglos; la guerra y la influencia mutua causaron la convergencia. No obstante, aunque la experiencia colonial compartida impuso rasgos comunes en muchos Estados del Tercer Mundo, hasta ahora no ha habido una gran homogeneización entre ellos. Por el contrario, resulta fácil para cualquier estudiante de la creación del Estado europeo notar la variedad de los Estados del Tercer Mundo de hoy, variedad que está en cualquier categoría que incluya tanto a la inmensa y antigua China como a la minúscula y nueva Vanuatu [...] Además, no todos los Estados del Tercer Mundo son, ni por asomo, Estados “nuevos”. China y Japón se encuentran entre los Estados continuos más antiguos del mundo, Siam/Tailandia tiene siglos de antigüedad y la mayoría de los Estados latinoamericanos adquirieron independencia formal durante las guerras napoleónicas [...]

Sin embargo, si miramos más de cerca, ¿exactamente qué es heterogéneo de los Estados del Tercer Mundo? No tanto sus estructuras organizativas como las relaciones entre ciudadanos y Estados. De hecho, las características formales de organización de los Estados del mundo han coincidido en forma notable más o menos en el último siglo; la adopción de algún modelo occidental u otro se ha convertido en un requisito previo virtual para el reconocimiento por parte de los miembros anteriores del sistema de Estados. Los aproximadamente 160 Estados reconocidos actualmente cubren un rango organizativo mucho más estrecho que los 200 Estados europeos de 1500, que incluían ciudades-Estado, ciudades-imperio, federaciones, reinos, imperios territoriales y más. A excepción de las federaciones relativamente centralizadas y de reinos bastante atenuados, esas formas políticas, alguna vez numerosas, casi han desaparecido. Después de 1500, tanto las presiones de la guerra como las negociaciones de paz a gran escala llevaron a todos los Estados europeos hacia una nueva forma organizativa: el Estado nacional. El paso de la formación estatal “interna” a la “externa” que prevaleció en Europa ha continuado hasta nuestros días, e impuso una definición común a los Estados en muy diversas partes del mundo. Las estructuras estatales contemporáneas, en sentido estricto, se parecen entre sí, ya que cuentan con cortes, legislaturas, burocracias centrales, administraciones de campo, ejércitos permanentes, fuerzas policiales especializadas y una panoplia de servicios públicos; incluso las diferencias entre las economías socialistas, capitalistas y mixtas no logran anular estas características comunes.

Sin embargo, estas organizaciones formalmente similares no funcionan de la misma manera [...] En la experiencia europea, los Estados tomaron formas que

mediaron entre las exigencias de la guerra externa y las exigencias de la población en cuestión; hasta cierto punto, la organización de cada Estado se adaptó a las condiciones sociales y económicas locales. Los Estados nacionales existentes esculpían a los recién llegados en su propia imagen, mientras que la adaptación local se producía en las relaciones entre ciudadanos y Estados. En estos días, la diferencia entre escenarios de coerción intensiva, de capital intensivo y la coerción capitalizada afecta la estructura formal de los Estados mucho menos que antes, pero afecta todavía más las relaciones entre ciudadanos y Estados. En ese sentido, el mundo contemporáneo sigue siendo extremadamente diverso.

¿Existe el Tercer Mundo? Ciertamente, los Estados latinoamericanos, del Medio Oriente y del oriente asiático difieren mucho con respecto a la organización interna y a la posición dentro del sistema mundial de Estados. La justificación de comenzar con una categoría tan tosca y compuesta se basa en el hecho de que los Estados en las regiones de bajos ingresos del mundo desde hace mucho tiempo han padecido bajo el control formal de Europa y sus prolongaciones, han adoptado modelos europeos o estadounidenses de organización formal, se encuentran atrapados en luchas de superpotencias sobre las cuales tienen poco control, y constituyen una reserva incómoda pero recurrente de alianzas con los recién llegados al sistema estatal (Ayoob, 1989). Al ampliarse al mundo no europeo, el sistema estatal no se mantuvo igual; una comparación con la experiencia europea anterior puede iluminar de qué manera la entrada de decenas de Estados independientes de Asia, África y América Latina transformó el sistema.

Todavía tenemos algo que aprender, por tanto, de la comparación de la experiencia contemporánea del Tercer Mundo con la de los Estados nacionales para los cuales ya existe un largo registro. Como mínimo, esa comparación nos ayudará a dar dos pasos útiles: 1) descartar ideas sobre la creación del Estado que ya han demostrado ser deficientes, en lugar de perder el tiempo aplicándolas a la experiencia contemporánea; 2) agudizar nuestro sentido de lo que es distintivo y lo que es familiar en los procesos de formación, transformación y creación del Estado que están ocurriendo en las zonas más pobres del mundo.

Al reflexionar sobre la experiencia europea, ¿qué podríamos esperar encontrar de lo que ocurre en el mundo contemporáneo? Dada la diversidad de la creación del Estado en Europa, no tenemos razón alguna para anticipar una sola trayectoria de cambio. Pero podríamos [...] mejorar considerablemente la vieja

noción de que los Estados del Tercer Mundo recapitularían de alguna manera la experiencia idealizada de los Estados nacionales occidentales más eficaces.

Impacto y legado de la Segunda Guerra Mundial

¿Qué distingue entonces la creación del Estado en el mundo contemporáneo de sus contrapartes en el pasado? Aunque la guerra del siglo xx tiene un costo más mortal que nunca, el carácter de la guerra ha cambiado significativamente. Las guerras civiles a gran escala, a menudo incitadas y apoyadas por las grandes potencias, se han vuelto mucho más comunes en el mundo desde 1945 que en la experiencia europea. La amenaza de las armas nucleares y otros peligros técnicos ha acrecentado los costos probables de una gran guerra [...]

La Segunda Guerra Mundial transformó el sistema de Estados y a los Estados que formaban parte de éste. Como ciudadanos de Estados beligerantes, como habitantes de zonas de batalla, o ambos, la mayoría de la población del mundo conoció el impacto de la guerra, la cual rompió todos los récords de muertes, destrucción de propiedades y desplazamiento de poblaciones. Al lanzar bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, Estados Unidos introdujo en la guerra las primeras armas de la historia con el potencial de aniquilar a toda la humanidad en unos cuantos días. Es razonable situar el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en 1938 (cuando Japón y Rusia comenzaron a pelear mientras Alemania anexaba Polonia y desmembraba a Checoslovaquia), o en 1939 (cuando Alemania invadió Polonia y luego el resto de Checoslovaquia); en cualquier caso, la rendición de Japón en 1945 marca un final relativamente claro para la guerra. Quizás 15 millones de muertes en batalla y otros 25 millones como resultado directo de la guerra hicieron que la Segunda Guerra Mundial fuera, con mucho, el conflicto armado más destructivo en la historia humana. Las potencias que sufrieron al menos mil muertos en batalla incluyeron Bulgaria, el Reino Unido, Australia, Canadá, Etiopía, Polonia, Estados Unidos, la urss, Bélgica, Brasil, China, Yugoslavia, los Países Bajos, Rumania, Italia, Nueva Zelanda, Francia, Sudáfrica, Grecia, Noruega, Mongolia, Japón, Alemania, Hungría y Finlandia (Small y Singer, 1982: 91). La guerra devastó a Japón, partes importantes de China y gran parte de Europa.

Cuando terminó la guerra, dos Estados se erigieron por encima de todos los demás: Estados Unidos y la urss. Estados Unidos había sufrido pérdidas

relativamente moderadas (408 mil muertos de batalla en comparación, por ejemplo, con los 3.5 millones de Alemania) durante la Segunda Guerra Mundial, pero había movilizó una enorme capacidad industrial después de una debilitante depresión. No es sorpresa que Estados Unidos, un coloso industrial que se volvió aún más fuerte en la guerra, asumiera una posición dominante en el sistema mundial de Estados. El ascenso de la Unión Soviética es el mayor enigma. La URSS había soportado terribles privaciones en la guerra (7.5 millones de muertos en batalla, quizás 20 millones de muertos en total, y la pérdida de 60% de su capacidad industrial) pero al mismo tiempo había creado una formidable organización estatal (Rice, 1988). Sin duda, esa mejor capacidad del Estado y la extensión del control soviético a otros Estados de Europa Oriental dan cuenta del otro polo del mundo bipolar. Casi de inmediato, los antiguos aliados establecieron una enemistad que bloqueó un acuerdo general de paz por primera vez en cuatro siglos. Como resultado, los perdedores de la guerra, como Japón y Alemania, soportaron durante mucho tiempo la ocupación militar de los vencedores, y con gran lentitud recuperaron su posición como miembros del sistema de Estados. De hecho, los vencedores y los vencidos resolvieron la guerra gradualmente, a través de ocupaciones, acuerdos internacionales provisionales, tratados parciales y reconocimientos de facto. La complejidad y escala de la guerra, además de su resultado bipolar, desbordaron la capacidad del sistema internacional para producir el tipo de solución general que había puesto fin a las grandes guerras europeas desde 1503. El proceso de creación del Estado de la posguerra se distinguió de sus antecesores especialmente en la transformación generalizada de las colonias occidentales en Estados formalmente independientes. La situación favoreció la retirada europea: la URSS no tenía colonias en las principales zonas de colonización europea y Estados Unidos tenía pocas, mientras que las potencias europeas estaban preocupadas por recuperarse de los estragos de la guerra. A un ritmo vertiginoso, países dependientes exigieron y consiguieron su reconocimiento como entidades autónomas: tan sólo en 1960, el Congo belga (ahora Zaire), Benin, Camerún, la República Centroafricana, Chad, el Congo, Chipre, Gabón, Costa de Marfil, Madagascar, Malí, Níger, Nigeria, Senegal, Somalia, Togo y El Alto Volta (ahora Burkina Faso) se unieron a Naciones Unidas poco después de recibir el reconocimiento como Estados independientes.

Al mismo tiempo, la Unión Soviética, y especialmente Estados Unidos, ampliaron las redes de sus bases militares, programas de asistencia militar e instalaciones de inteligencia en todo el mundo (Eden, 1988). En Asia oriental, por ejemplo, Estados Unidos sustituyó su propio poder militar por el de un Japón

desmilitarizado, reorganizó y dirigió a los militares surcoreanos y subsidió a las fuerzas del kmt de China en sus batallas continentales perdidas y en su retroceso del control de Taiwán (Cumings, 1988; Dowerc, 1988; Levine, 1988). Además, entre 1945 y 1984, Estados Unidos inyectó 13 mil millones de dólares de ayuda económica militar a Corea del Sur y otros 5.6 mil millones a Taiwán, en comparación con el total para todo el continente africano de 6.89 mil millones y para toda América Latina de 14.8 mil millones de dólares (Cumings,1984: 24)

En su mayoría, las potencias europeas renunciaron a sus dominios con notable poco esfuerzo. Con la excepción de la lucha argelina por la independencia y las primeras etapas de los conflictos en Indochina, las batallas más amargas ocurrieron cuando más de un grupo reclamó el derecho a gobernar el nuevo Estado, cuando un segmento de la población liberada exigió su propio Estado, y cuando la división entre los demandantes incitó una amplia intervención de las grandes potencias; China, Palestina, Malasia, Kenia, Chipre, Adén, Borneo, Corea, Vietnam, Filipinas, Ruanda, Angola y Mozambique proporcionan los ejemplos más evidentes. Naciones Unidas se comprometió a registrar y gestionar la entrada de nuevos miembros en el sistema internacional de Estados. En promedio, los recién admitidos estaban siguiendo caminos de coerción intensiva hacia la condición de Estados. Las potencias coloniales que partieron dejaron poco capital acumulado detrás, pero heredaron a sus Estados sucesores las fuerzas militares extraídas de las fuerzas represivas y modeladas en éstas, que habían establecido previamente para mantener sus propias administraciones locales. Las fuerzas armadas, relativamente bien equipadas y entrenadas, se especializaron entonces en el control de las poblaciones civiles y en el combate a los insurgentes más que en la guerra interestatal. Una vez que los europeos desmantelaron su propio aparato gubernamental, las fuerzas armadas, las iglesias y las corporaciones occidentales con frecuencia fueron las organizaciones más eficaces que operaban en el territorio del Estado. Por otra parte, las fuerzas armadas tenían algunas características distintivas: sus rangos superiores fueron rápidamente ocupados por hombres que anteriormente habían ocupado posiciones subordinadas en los ejércitos coloniales. A menudo, siguiendo un patrón de reclutamiento establecido por las potencias coloniales, recurrieron demasiado a una población lingüística, religiosa o regional, y se convirtieron así en el instrumento o el escenario de fuertes rivalidades étnicas.

Excepto cuando los carismáticos líderes nacionales los mantenían deliberadamente bajo control, los ejércitos del Tercer Mundo en general se oponían al control civil. Los altos mandos con frecuencia sentían, y así lo

manifestaban, que ellos sabían mejor que los simples políticos lo que requería el destino del país y cómo mantener el orden en el trayecto para cumplirlo. En la medida en que sus Estados generaban ingresos a través de la venta de productos en el mercado internacional, compraban armas en el extranjero y recibían ayuda militar de grandes potencias, las fuerzas armadas recibían el privilegio de no tener que depender de los impuestos y el reclutamiento, todo autorizado por los gobiernos civiles.

Sin embargo, qué tanto podían los militares de los países exportadores mantener su autonomía dependía de las alianzas que habían formado (o no habían logrado formar) con los principales elementos de la clase dominante, y del éxito del programa de exportación. En Bolivia, el aislamiento de los magnates del estaño, quienes vivían holgadamente de los ingresos de la exportación y habían establecido pocos lazos de importancia dentro del país, los hizo vulnerables a la toma del poder estatal y de los ingresos del estaño por parte de los militares (Gallo, 1985).

Las guerras civiles que ocurrieron después de 1945, en ocasiones surgieron de las luchas entre las clases por el poder del Estado; más a menudo surgieron de las demandas de determinados grupos religiosos, lingüísticos y territoriales por la autonomía o el control de un Estado existente. En este sentido limitado, a medida que el mundo en su conjunto se ha establecido como un mapa de territorios estatales estables y mutuamente excluyentes, el nacionalismo se ha vuelto más prominente en las guerras; los detentores del poder de las nacionalidades excluidas ven cómo se les escapan sus posibilidades. Al mismo tiempo, las grandes potencias han intervenido cada vez más en las guerras civiles, buscando la alineación y la cooperación de quienes controlan el Estado, asegurándose del triunfo de la facción simpatizante [...]

Con algunas excepciones significativas, la conquista militar a través de las fronteras ha terminado, los Estados han dejado de luchar entre sí por el territorio en disputa y las fuerzas fronterizas han cambiado sus acciones de defensa contra el ataque directo hacia el control de infiltraciones. Los ejércitos (e incluso las marinas y las fuerzas aéreas) se concentran cada vez más en la represión de las poblaciones civiles, el combate a las insurgencias y la toma del poder, y como consecuencia, a medida que sus fronteras se vuelven más seguras, los gobiernos se vuelven más inestables. Debido a que quienes controlan los Estados definen como enemigos a poblaciones enteras, las guerras generan tasas enormes de refugiados (las estimaciones convencionales establecían el número de refugiados

del mundo hacia 1970 en 8 millones y en 10.5 millones hacia 1980) (Zolberg, 1981: 21).

Los militares de hoy desde una perspectiva histórica

A partir del siglo xvi y hasta muy recientemente, los Estados occidentales incorporaron a su sistema al resto del mundo a través de la colonización, el establecimiento de lazos comerciales y la negociación directa. Los participantes más recientes se unieron al sistema como actores independientes a través de la descolonización y, por lo tanto, llegaron con estructuras administrativas, sistemas fiscales y fuerzas armadas diseñadas según las líneas occidentales; los títulos, requisitos y uniformes de las antiguas colonias reflejan esas influencias nacionales. Sin embargo, reproducir un esquema de organización no garantiza que el nuevo Estado se comportará como el anterior. El comportamiento de los militares del Tercer Mundo representa el ejemplo más claro de ello, pues los ejércitos de los países pobres se parecen a los de los países ricos en muchos aspectos, pero, en general, intervienen en la vida política interna de manera mucho más directa y frecuente, y con consecuencias evidentemente más perjudiciales para los derechos de los ciudadanos. ¿Por qué? Pensemos de nuevo en la paradoja central de la creación del Estado europeo: que el ejercicio de la guerra y la capacidad militar, después de haber creado Estados nacionales como una especie de subproducto, condujo a un gobierno y una política interna de carácter civil. Eso sucedió, como he argumentado, por cinco razones principales: 1) porque el esfuerzo por construir y mantener las fuerzas militares llevó a los agentes de los Estados a crear aparatos extractivos voluminosos atendidos por civiles, y dichos aparatos extractivos lograron contener y restringir a las fuerzas militares; 2) porque los agentes de los Estados negociaron con grupos civiles que controlaban los recursos necesarios para la guerra efectiva, y en la negociación otorgaron a los grupos civiles reivindicaciones exigibles al Estado que restringieron aún más a los militares; 3) porque la expansión de la capacidad del Estado en tiempos de guerra dio a aquéllos que no habían sufrido grandes pérdidas durante ésta una capacidad mayor una vez que terminaba, y los agentes de esos Estados aprovecharon la situación para emprender nuevas actividades o continuar las que habían iniciado como medidas de emergencia; 4) porque quienes participaban en la guerra, incluido el personal militar, adquirieron derechos sobre el Estado que aplazaron durante la guerra en respuesta a la represión o el consentimiento mutuo, pero que reactivaron después de la

desmovilización y, finalmente, 5) porque los préstamos en tiempos de guerra condujeron a grandes incrementos de las deudas nacionales, lo que a su vez generó burocracias de servicios e impulsó una mayor intervención estatal en las economías nacionales.

En una caricatura de la historia de Europa, el relato aparecería en cuatro cuadros. En el primer cuadro el rey usa armadura y lleva una espada, reclutando y dando órdenes a su propio ejército y marina, quienes mantienen una lealtad personal a su servicio. En la segunda, el rey lleva un atuendo militar glorificado, pero contrata un condottiere que contrata mercenarios para sus batallas. En el tercer cuadro, el rey, vestido con un gran traje absolutamente inadecuado para la guerra, consulta con generales y ministros de guerra que encajan en una estructura compleja dominada por civiles. En el último cuadro vemos a un rey (que ahora puede ser un presidente o primer ministro enmascarado) luciendo un traje de negocios y negociando no sólo con su personal sino también con representantes debidamente constituidos de los principales intereses civiles y de la población en general. Los cuatro cuadros llevan los conocidos subtítulos de patrimonialismo, intermediación, nacionalización y especialización. Sin duda, la versión caricaturizada de la conversión del Estado militar al civil describe las experiencias nacionales diferentes con una verosimilitud variable; se adapta mejor a la experiencia alemana que a la holandesa o la rusa, pero servirá como resumen esquemático de la conversión en los Estados europeos hacia el poder civil. Otra característica general de la creación del Estado europeo merece nuestra atención. Las relaciones con otros Estados desempeñaron un papel importante en la creación de cualquier Estado en particular, aunque sólo fuera porque las guerras y los asentamientos de guerra afectaron mucho la estructura y los límites de éste. Sin embargo, las estructuras organizativas de los primeros Estados nacionales que se formaron lo hicieron principalmente como consecuencia de las luchas entre los posibles gobernantes y aquéllos a quienes intentaban gobernar. Ahora bien, a medida que el sistema estatal europeo se fraguó, diversas series de Estados comenzaron a decidir los resultados de las guerras y, por consiguiente, las estructuras organizativas de los Estados que surgieron de éstas. Así, a medida que conquistaban, las fuerzas de Napoleón reorganizaron drásticamente a los Estados y el Congreso de Viena rediseñó el mapa que incluía el reino de los Países Bajos, previamente inexistente, además de Prusia, Cerdeña, Baviera, Baden y Austria. Europa pasó de procesos relativamente “internos” a otros relativamente “externos” de creación de Estados, y ese cambio hacia lo externo continuó en el siglo xx. Un vistazo a los procesos de creación del Estado del siglo xx revela que son triplemente externos: muchos Estados nacionales nuevos

se formaron como posesiones coloniales de otros, especialmente los europeos; muchos construyeron sus instituciones de gobierno bajo la influencia de otro poder mucho más grande; los conciertos de naciones (con Naciones Unidas como su última encarnación), han ratificado, y en cierta medida mantenido, la existencia de los Estados-Nación como miembros separados del sistema internacional de Estados. Una consecuencia de esto es la disminución en la flexibilidad de las fronteras nacionales en el siglo xx. Excepto como parte de un acuerdo de paz general negociado por muchos Estados, es cada vez menos probable que una conquista conduzca a un rediseño importante del perímetro fronterizo de alguno de ellos. Actualmente, Guatemala reclama la propiedad de todo Belice y Venezuela parte de Guyana, pero otros Estados de las Américas no tolerarán una apropiación territorial en ninguno de los casos. Aunque las guerras, la guerrilla y otros continúan ocurriendo con bastante frecuencia, muchos Estados no enfrentan una amenaza militar externa grave, lo cual significa que muchos ejércitos tienen pocas posibilidades de ir a la guerra, por lo que se especializan en control interno.

Los ejércitos del Tercer Mundo se han basado específicamente en modelos europeos o estadounidenses de ayuda y entrenamiento mucho más de lo que los Estados europeos intervinieron en la creación de los ejércitos entre sí. En América Latina, por ejemplo, antes de la Segunda Guerra Mundial, Francia y Alemania entrenaron a muchos de los oficiales de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Perú, y después, Estados Unidos continuó con la tarea (Nunn, 1971). Esta intervención externa dio a los militares latinoamericanos una capacidad excepcional de maniobra frente a sus rivales potenciales y enemigos elegidos. En Europa, la imposición externa de formas estatales se produjo sin un impacto evidente en la estabilidad de los regímenes. La mayoría de los Estados nacidos de las ruinas de los imperios otomano y austrohúngaro tenían, ciertamente, controles más inciertos sobre las democracias estables de sus vecinos del norte, y se podría argumentar una conexión entre la formación estatal tardía y la vulnerabilidad al fascismo en Alemania e Italia. Pero en el norte de Europa, las independencias tardías de Finlandia, Noruega y las repúblicas bálticas no les impidieron establecer regímenes relativamente longevos (véase Alapuro, 1988).

Sin embargo, desde 1945 la relación entre la imposición externa y la inestabilidad mundial parece haber aumentado. En los sitios en los que la capacidad de los gobernantes para obtener ingresos de las exportaciones de productos básicos o la ayuda militar de las grandes potencias ha permitido evitar las negociaciones con sus poblaciones, los grandes edificios estatales han

crecido sin un consentimiento o apoyo significativo de los ciudadanos. Al carecer de lazos fuertes entre instituciones estatales particulares y las principales clases sociales dentro de la población, esos Estados se han vuelto más vulnerables a golpes de Estado y a cambios abruptos en la forma de gobierno.

¿Cómo obtuvieron poder los militares?

Libia tomó otro camino hacia un gobierno militar (Anderson 1986: 251–69). El imperialismo italiano hizo un solo territorio de Tripolitania y Cirenaica, hostiles entre sí y claramente diferentes. El líder de Sanusi, Idris, quien se convirtió en rey en 1951 gracias a la independencia, obtuvo apoyo principalmente de Cirenaica; su cooperación en el esfuerzo aliado para expulsar a Italia del norte de África le dio una ventaja política decisiva sobre sus rivales tripolitanos. En la Libia independiente no surgió un Estado nacional bien definido; en cambio, amplias familias, una tras otra, gobernaron a través del clientelismo. Los ingresos del petróleo los enriquecieron, permitieron la construcción de algo de infraestructura, y toleraron que el rey y sus sátrapas gobernaran sin construir una burocracia central sustantiva. El pequeño Ejército Real de Libia se formó a partir de unidades que habían luchado con los británicos en la Segunda Guerra Mundial, pero fueron eclipsados por las fuerzas de seguridad provinciales provenientes de poblaciones tribales y por la presencia de bases militares estadounidenses y británicas. A pesar de la presencia angloestadounidense, el capitán Mu'ammár al-Qaddafi dirigió un exitoso golpe de Estado en 1969; en efecto, el control sobre los ingresos del petróleo le permitió expulsar a los británicos y estadounidenses, acabar con la mayoría de los antiguos gobernantes, islamizar y arabizar al Estado, emprender un programa de asistencia para los nacientes regímenes revolucionarios en otros sitios, y sin embargo continuar, como su predecesor, evitando una estructura central voluminosa. El Estado transformado comenzó un cortejo cauteloso con la Unión Soviética y una campaña de oposición al poder estadounidense. Así una especie de nacionalismo respaldó a un Estado frágil y justificó el gobierno militar.

En Corea del Sur, la ocupación estadounidense moldeó directamente al Estado de la posguerra; en Brasil, las orientaciones estadounidenses cambiantes hacia los militares latinoamericanos condicionaron los cambios políticos, pero de ninguna manera gobernaron la historia del poder militar: Libia pasó a ser un régimen militar a pesar de la presencia militar estadounidense. Es obvio que las condiciones y consecuencias del poder militar varían significativamente entre una parte del Tercer Mundo y otra. La gran competencia y la intervención de las

potencias no tienen otro papel que el de apoyar en cualquier golpe de Estado particular y mantener un régimen militar particular. Pero las alteraciones en las relaciones de los Estados del Tercer Mundo con las grandes potencias y entre sí parecen haber contribuido de manera importante en los cambios de los ritmos generales de control militar del mundo en su conjunto. En esa medida, el sistema de Estados como tal ha marcado una diferencia.

Si la confrontación e intervención de las grandes potencias en las fuerzas militares nacionales tiene la influencia que le da este análisis, la vía hacia el control civil parece clara. Tiene dos ramas: reducir la competencia de las grandes potencias para desarrollar la fuerza militar de los Estados del Tercer Mundo, o aislar a los Estados objeto de esa competencia. Ello implica promover negociaciones entre las instituciones civiles del Estado y el grueso de sus ciudadanos: la creación de sistemas tributarios, administrados equitativamente y que respondan a la ciudadanía probablemente aceleraría el proceso. Lo mismo ocurriría con la apertura de alternativas de carrera viables en el servicio militar [...]

Referencias

Alapuro, Risto (1988). *State and Revolution in Finland*. Berkeley: University of California Press.

Anderson, Lisa (1986). *The State and Social Transformation in Tunisia and Libya, 1830-1980*. Princeton: Princeton University Press.

Ayoob, Mohammed (1989). "The Third World in the System of States: Acute Schizophrenia or Growing Pains?". *International Studies Quarterly* 33: 67-79.

Cumings, Bruce (1984). "The Origins and Development of the Northeast Asian Political Economy: Industrial Sectors, Product Cycle, and Political Consequences," *International Organization* 38: 1-40.

Cumings, Bruce (1988). "Korea and the War Settlement in Northeast Asia". Documento de trabajo 65, Center for Studies of Social Change, New School for Social Research.

Dower, John W. (1988). "Japan: Legacies of a Lost War". Documento de trabajo 66, Center for Studies of Social Change, New School for Social Research.

Eden, Lynn (1988). "World War II and American Politics", Documento de

trabajo 68, Center for Studies of Social Change, New School for Social Research.

Gallo, Carmenza (1985). "The State in an Enclave Economy: Political Instability in Bolivia from 1900 to 1950". Tesis inédita de doctorado en Sociología. Boston: Boston University.

Houweling, Henk y Jan G. Siccamo (1988). "Power Transitions as a Cause of War". *Journal of Conflict Resolution* 32: 87-102.

Levine, Steven (1988). "War Settlement and State Structure: The Case of China and the Termination of World War II". Documento de trabajo 62, Center for Studies of Social Change, New School for Social Research.

Levy, Jack (1989). "The Causes of War: A Review of Theories and Evidence". En *Behavior, Society, and Nuclear War*, coordinado por Philip E. Tetlock et al. Nueva York: Oxford University Press.

Moul, William Brian (1988). "Balances of Power and the Escalation to War of Serious Disputes among the European Great Powers, 1815–1939: Some Evidence". *American Journal of Political Science* 32: 241-75.

Nunn, Frederick M. (1971). "The Latin American Military Establishment: Some Thoughts on the Origins of its Socio-Political Role and an Illustrative Bibliographical Essay". *The Americas* 28: 135-51.

Organski, A.F.K. y Jacek Kugler (1980). *The War Ledger*. Chicago: University of Chicago Press.

Rice, Condoleezza (1988). "The Impact of World War II on Soviet State and Society". Documento de trabajo 69, Center for Studies of Social Change, New School for Social Research.

Small, Melvin y J. David Singer (1982). *Resort to Arms. International and Civil Wars, 1816–1980*. Beverly Hills: Sage.

Tilly, Charles (1986). *The Contentious French*. Cambridge: Belknap.

Tilly, Charles, Louise A. Tilly y Richard Tilly (1975). *The Rebellious Century, 1830-1930*. Cambridge: Harvard University Press.

Zolberg, Aristide (1981). "International Migrations in Political Perspective". En *Global Trends in Migration. Theory and Research on International Population Movements*, coordinado por Mary M. Kritz, Charles B. Keely y Silvano M. Tomasi. Staten Island: Center for Migration Studies.

III

Democracia

9. La democracia es un lago

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Alguna vez los teóricos pensaron que una democracia vibrante y viable surgía de siglos de lucha o de maduración. En formulaciones como las de Barrington Moore, las clases y la política interactuaban durante cientos de años para crear la democracia o sus alternativas (Moore, 1966). Desilusionados por el fracaso de varios programas revolucionarios durante las dos décadas anteriores, desconcertados por el final de la guerra fría y atraídos por la oportunidad de prescribir programas de cambio político para Europa del Este, América Latina o África, los teóricos de la democracia recientes se han apartado del populismo y el revolucionarismo de la década de 1960, pasando a un considerable elitismo: las hipótesis de que las masas tienen poco que ver con la construcción de la democracia, y que (si bien lamentablemente) presidentes, sacerdotes, mecenas políticos, terratenientes, jefes de policía, comandantes de paracaidistas y plutócratas son quienes realizan operaciones esenciales que producen instituciones democráticas duraderas.

No todo este cambio provino de la desilusión. Impresionados por el rápido desplazamiento de los regímenes autoritarios establecidos por Franco, Salazar o los generales brasileños, y presionados para formular futuros para Europa del Este, América Latina y África, los teóricos recientes han acelerado el ritmo, por lo que a veces la transición a la democracia parece casi instantánea: poner en marcha el pacto y adiós. Después de décadas de teorías ascendentes (bottom-up), deterministas y de largo plazo, ahora vemos que comienzan a prevalecer los modelos descendentes (top-down), enfoques instrumentales y constructivistas para la democratización, así como los análisis a corto plazo. Los modelos descendentes especifican lo que los gobernantes y líderes deben hacer para

promover la democracia; las ideas instrumentales hacen que la democratización parezca una cuestión de ingeniería social (quienquiera que sea el ingeniero); los enfoques constructivistas afirman que la democracia depende de ciertos tipos de creencias sociales, y los análisis a corto plazo realizados hablan de cómo avanza la política hacia la democracia, hoy, este mes o este año, y no en escala de siglos. La escala temporal importa tanto teórica como prácticamente.

Sin embargo, en realidad las personas construyen la democracia en dos sentidos distintos de la palabra. Primero, crean un conjunto de acuerdos políticos cuyos efectos son democráticos, sin importar cuál sea nuestra definición de democracia. Este sentido de construir tiene una connotación engañosa relacionada con planos y carpinteros, siendo que en los últimos cientos de años la formación y la deformación reales de los regímenes democráticos se ha parecido más a menudo a la evolución errática de una ciudad entera que a la construcción premeditada de una sola mansión. Aun así, el primer sentido nos alerta sobre las formas en que la agencia humana, sin importar lo consciente que pueda ser, produce y destruye las condiciones objetivas para la democracia.

El segundo sentido de construcción se refiere a la comprensión compartida, la cultura, que las personas crean para sí. Las versiones extremas del escepticismo lingüístico reducen toda la realidad social a una construcción en este sentido, con el argumento que combina la epistemología y la ontología: si la existencia social sólo puede conocerse a través del lenguaje, ésta no existe independientemente del lenguaje. Sin llegar a ese extremo, incluso los realistas inflexibles reconocen que las personas construyen conocimientos compartidos relativos a sus acuerdos políticos. De hecho, dichos conocimientos afectan la manera en que funcionan tales acuerdos. En el caso de la democracia, como señala repetidamente Robert Dahl, mucho depende de la disposición de los actores políticos perdedores en la ronda actual de lucha a creer que obtendrán otra oportunidad razonablemente justa de ganar más adelante. Adam Przeworski propone que una institucionalización de la incertidumbre como esta es el sello distintivo de la democracia (1986, 1989). Esa creencia compartida es un producto social.

En términos más generales, las ideas de justicia, debido proceso, de la propiedad oficial, eficiencia, interés colectivo, propiedad, de derechos e historia permean cada conjunto de acuerdos políticos, incluyendo los de la democracia. Ningún sistema de democracia parlamentaria, por ejemplo, puede sobrevivir a la generalización de una creencia (por falsa que sea) de que sus elecciones son fraudulentas y sus funcionarios impotentes. Las verdaderas preguntas son: 1)

¿cómo se forman, crecen o disminuyen tales creencias y sus antítesis que sostienen la democracia?; 2) exactamente ¿qué relación tienen con la operación del sistema político, el habitual o el extraordinario? En resumen, subrayar la construcción social de la democracia no resuelve, ni teórica ni empíricamente, la elección entre escalas temporales para su análisis.

Mientras tanto, surge una interrogante histórica. La democracia generalizada a gran escala se formó por primera vez en Europa occidental; anteriormente, las instituciones democráticas duraderas surgieron de luchas repetidas y a largo plazo, en las que había gran participación de trabajadores, campesinos y otros pobladores, incluso cuando las maniobras de mayor importancia involucraban a una élite que conspiraba para otorgar pequeñas concesiones y evitar las mayores. Las revoluciones, las rebeliones y las movilizaciones de masas hicieron una diferencia significativa en el alcance de la democracia en un país o en otro [...]

Conceptualizar las democracias

[...] Para alcanzar la democracia, debemos recorrer una cadena que incluye el Estado, el sistema político, los derechos y la ciudadanía. Esta es la cadena.

Estado: una organización que controla los principales medios concentrados de coerción dentro de un territorio delimitado, y que ejerce prioridad en algunos aspectos sobre todas las demás organizaciones dentro del mismo territorio.

Polity: el conjunto de relaciones entre los agentes del Estado y los principales actores políticos dentro del territorio delimitado.

Derechos: reclamos exigibles y reciprocidad de obligaciones.

Ciudadanía: derechos y obligaciones mutuas que vinculan a los agentes estatales y a una categoría de personas definidas exclusivamente por su apego legal al mismo Estado.

Con esta cadena conceptual en su lugar, podemos comenzar a plantear la idea de democracia como una forma particular de ciudadanía. La democracia combina una ciudadanía amplia y relativamente igualitaria con a) consultas vinculantes a los ciudadanos con respecto a la burocracia y las políticas estatales, así como b) protección a los ciudadanos contra la acción estatal arbitraria. Esta definición se sitúa entre quienes destacan resultados ideales y aquellos que estipulan acuerdos institucionales. Robert Dahl habla de “un sistema político cuyos miembros se consideran entre sí como iguales políticos, son colectivamente soberanos y poseen todas las capacidades, recursos e instituciones que necesitan para gobernarse a sí mismos” (Dahl, 1991: 1). Como el mismo Dahl subraya, tal definición no sólo es problemática en los detalles (¿los niños, los convictos y los estudiantes de otros países, por ejemplo, todos califican como “miembros?”), sino también empíricamente vacía (ningún Estado grande ha cumplido sus

requisitos). Sin embargo, presenta una norma frente a la cual podemos establecer acuerdos políticos reales.

Rueschemeyer, Stephens y Stephens, por otro lado, ofrecen una definición eminentemente institucional de democracia.

Primero, implica elecciones de representantes regulares, libres y justas a través del sufragio universal e igualitario; segundo, responsabilidad del aparato de Estado ante el parlamento electo (posiblemente como complemento a la elección directa del jefe del ejecutivo) y tercero, las libertades de expresión y asociación, así como la protección de los derechos individuales contra la acción arbitraria del Estado (1992: 43).

Para algunas preguntas (por ejemplo, ¿por cuáles acuerdos políticos vale la pena sacrificarse?), la definición ideal es la mejor, mientras que para otras (por ejemplo, ¿qué tipo de gobierno deberíamos organizar ahora en nuestro nuevo país?), la definición institucional tiene mucho más sentido. Mi definición se encuentra entre las dos.

Una definición intermedia, por un lado, hace que la relación entre las instituciones y sus consecuencias o correlatos resulte problemática, mientras que, por otro, facilita la vinculación de las teorías de la democratización con las del nacionalismo, la ciudadanía, la revolución, el conflicto político y el cambio en la estructura del Estado. Mi afirmación es que los diferentes acuerdos institucionales (reuniones ciudadanas en ciertos escenarios, en otros, votaciones secretas para candidatos nominados por los partidos, etc.) promueven la democracia en diferentes tipos de estructuras sociales, por lo tanto, los criterios estrictamente institucionales de democracia arrojan conclusiones engañosas a gran escala. Retomando, la democracia consiste en una ciudadanía amplia y relativamente igualitaria con a) consultas vinculantes de los ciudadanos con respecto a la burocracia y las políticas estatales, así como b) protección a los ciudadanos de acciones estatales arbitrarias. Hay que señalar lo que esta concepción no hace: que la igualdad general de medios u oportunidades sea un criterio de democracia; la igualdad sólo se refiere a reclamos al Estado y desde éste en su calidad de ciudadano. Por mucho que invite a buscar instituciones que

garanticen resultados democráticos, no estipula instituciones políticas en particular como características definitorias de la democracia; no toma en cuenta el trato desigual de los no ciudadanos, y deja de lado las desventajas que puedan tener con respecto a la consulta vinculante y la protección de la acción estatal arbitraria; ciertamente no requiere de comunicación inteligente, patriotismo, legitimidad, felicidad o prosperidad; deja teórica y empíricamente abierta la relación de la democracia con la igualdad económica general, el cuidado de los no ciudadanos, la justicia social, la comunicación y otras innumerables características que las personas a veces consideran inseparables de la democracia; excluye muchas connotaciones de la palabra democracia, argumentando que incluirlas impediría cualquier investigación teórica o empírica efectiva sobre el tema.

La concepción de democracia propuesta, por otro lado, sí declara que una polity es antidemocrática en la medida en que los derechos y obligaciones políticas de los ciudadanos varían según el género, la raza, la religión, el origen nacional, la riqueza o cualquier otra serie general de categorías, y que también es antidemocrática en la medida en que un gran número de personas sujetas a la jurisdicción del Estado carece de acceso a la ciudadanía. Hace de las consultas vinculantes y de la protección de acciones estatales arbitrarias una cuestión de grado, al reconocer, por ejemplo, que en los grandes Estados democráticos, la existencia misma de los parlamentos limita las consultas y que los agentes del Estado en ocasiones cometen injusticias. Incluso la amplitud y la igualdad, después de todo, tienen sus límites: cuando Paul Peterson (1992) propone “que todos los ciudadanos, incluso los más jóvenes, emitan votos o que sus padres o tutores emitan votos por ellos”, hasta él mismo debe admitir que los niños, a los que su propuesta concede el voto, generalmente carecen del interés político propio razonado que requiere su argumento; de ahí esos votos adicionales que su esquema confía a los padres y tutores. En resumen, la definición simplemente nos permite designar a las polities como democráticas en la medida en que representan una ciudadanía amplia e igualitaria que brinda a sus beneficiarios consultas vinculantes y protección contra la acción arbitraria del Estado.

Al menos en la experiencia europea, la ciudadanía, es decir, los derechos y obligaciones mutuas que vinculan a los agentes estatales con una categoría de personas definidas por su apego legal al mismo Estado, sólo se volvió un fenómeno generalizado hasta el siglo xix. Antes de eso, las pequeñas unidades como las ciudades-Estado de los Países Bajos, Renania e Italia en ocasiones permitían la participación de los ricos y poderosos; con respecto al Estado, estos

segmentos estrechos de la población total habían disfrutado de una igualdad relativa, consultas vinculantes y protección contra las acciones arbitrarias. Pero los grandes Estados gobernaron indirectamente hasta el siglo xviii o xix; las tropas, los ingresos y el cumplimiento de las directivas estatales dependían principalmente de los detentores regionales del poder, los cuales mantenían una autonomía importante y lidiaban con poblaciones que tenían tradiciones, culturas y derechos particulares.

En estas circunstancias, ni la ciudadanía ni la democracia existían a escala nacional en sentido estricto de la palabra. A lo sumo, los nobles y los sacerdotes constituían una semi ciudadanía en países como Inglaterra (pero no en Gran Bretaña o, menos aún, en las Islas Británicas), donde se entrelazaban una estructura administrativa raquíta y una iglesia estatal unitaria. La mayor excepción apareció en Suecia, donde ya en el siglo xvii, la articulación de un ejército reclutado internamente, una iglesia estatal y una representación campesina directa frente a la Corona produjo una especie de ciudadanía (Artéus, Olsson y Stromberg-Back, 1981; Böhme, 1983; Lindegren, 1985; Nilsson, 1988). Sin embargo, dada su gran desigualdad y sus límites a la consulta vinculante, la polity de Suecia permaneció alejada de la democracia hasta el siglo xx. La democracia amplia seguía en espera de una fuerte presión de los trabajadores organizados, aliados con fragmentos de la burguesía y los movimientos populares que proliferaron durante el siglo xix (Alestalo y Kuhnle, 1984; Hemes, 1988; Lundqvist, 1977; Öhngren, 1974).

Sin duda, durante siglos, muchos europeos habían ejercido algo parecido a la ciudadanía e incluso a la democracia en unidades pequeñas como pueblos y municipios. Allí, los jefes de las familias terratenientes usualmente gobernaban colectivamente, o al menos compartían el poder con sacerdotes y nobles; y con frecuencia también dirigieron milicias ciudadanas. Por ello, en Estados muy pequeños, el gobierno de la ciudad capital establecía una cuasi ciudadanía limitada a escala nacional. Con su estructura cantonal, Suiza construyó una federación a partir de una serie de democracias parciales de este estilo desde el siglo xvi (Brady, 1985). En países como la República Holandesa, los movimientos revolucionarios del siglo xviii tomaron esa experiencia municipal como modelo para la transformación política (Prak, 1991; Te Brake, 1989, 1990).

Después de mediados del siglo xviii, y especialmente durante el xix, el abandono de los ejércitos mercenarios irregulares en favor de grandes ejércitos

permanentes extraídos de poblaciones nacionales y apoyados por estas llevó a los gobernantes a grandes enfrentamientos con sus renuentes súbditos. Los desenlaces de esas luchas, a su vez, crearon los rudimentos de la ciudadanía; en grandes Estados, la Revolución Francesa y las guerras de 1792-1815 marcaron una ruptura fundamental. Los revolucionarios y conquistadores franceses resultaron un modelo de ciudadanía, un estímulo a la movilización militar y, en sus áreas de conquista, una compulsión por reorganizarse según el modelo francés. Así, la ciudadanía pasó de ser algo raro, y sobre todo local en Europa, a ser un modelo predominante de organización política. Con la ciudadanía, la democracia limitada no se convirtió desde ningún punto de vista en una necesidad; muchos Estados europeos desarrollaron acuerdos políticos que se aproximaban más a la oligarquía o al paternalismo con algunas trazas de representación. Sin embargo, la democracia efectivamente se volvió una opción y un programa persistente para reformadores y revolucionarios. En toda Europa comenzaron a exigir una ciudadanía amplia y equitativa con consultas vinculantes y protección para los ciudadanos de las acciones arbitrarias del Estado. Comenzaron a exigir democracia. Algunos incluso se salieron con la suya.

La experiencia europea sugiere fuertes hipótesis sobre las bases sociales de los componentes de la democracia.

La protección contra la acción arbitraria del Estado depende de a) la subordinación de los militares al control civil, b) las coaliciones de clase en las que los antiguos detentores del poder se alían con segmentos de la población relativamente indefensa, pero de gran tamaño (por ejemplo, burgueses y trabajadores), extendiendo así viejos privilegios y protecciones.

La consulta vinculante depende de a) la subordinación de los militares al control civil, b) amplia tributación interna (en oposición, por ejemplo, a los ingresos estatales obtenidos directamente de las exportaciones), c) la representación con respecto a la evaluación y recaudación de impuestos.

La igualdad de ciudadanía depende de a) amplias coaliciones de clase, incluidos los detentores del poder, b) la creación y expansión de sistemas electorales.

La ciudadanía amplia depende de a) una amplia tributación interna, b) amplias coaliciones de clase, c) el reclutamiento directo de la población interna para grandes servicios militares.

Sería razonable plantear la hipótesis de que la fuerza relativa de estos factores antes de la democratización también afecta el tipo de democracia que surgirá: por ejemplo, que los sistemas que se desarrollan principalmente a través de la subordinación de los militares por una derrota en la guerra, la ocupación militar o alguna otra causa, privilegian la protección y el alcance más que la igualdad o la consulta vinculante, mientras que la recaudación interna de impuestos, por sí sola, promoverá la consulta vinculante y el alcance de la ciudadanía, pero hará más inciertas la igualdad y la protección. Como ha señalado Hanspeter Kriesi (1990), la democracia opera de manera bastante diferente en Suiza y los Países Bajos, como resultado del contraste entre la unión federal de Suiza y la transformación del Estado holandés con la conquista francesa en la década de 1790. La creación holandesa de una burocracia centralizada y un ejército subordinado promovió que se diera mayor importancia al alcance y la igualdad de la ciudadanía, lo que a su vez condujo a la incorporación de segmentos de la población en competencia mediante la pillarización (la segregación política y religiosa de una sociedad), en organizaciones paralelas en lugar de crear múltiples nichos locales para diversos tipos de política. El sistema suizo funciona de manera bastante diferente, ya que tolera importantes desigualdades entre nichos geográficamente segregados (Mathias y O'Brien, 1988, 1989; Lindert y Williamson, 1983).

Democracia y ciudadanía en Gran Bretaña

En una simplificación reveladora, T. H. Marshall (1950) describió todo el proceso de democratización como un movimiento de derechos cívicos a políticos y sociales. La formulación de Marshall es equívoca de dos modos importantes: sustituye una sucesión ordenada por un entrelazamiento enredado de derechos cívicos, políticos y sociales, y elimina muchas restricciones de derechos, por ejemplo, la represión masiva de 1795-1799 y la derrota del Cartismo en la década de 1840. Sin embargo, el esquema de Marshall señala acertadamente la alternancia entre la importancia relativa dada al alcance de la ciudadanía, a su igualdad, a su protección contra la acción arbitraria del Estado y al control de los ciudadanos sobre los funcionarios estatales y la política. La historia británica de los últimos dos siglos ilustra la obviedad de que los cambios en el carácter del Estado y de la ciudadanía implican alteraciones en el alcance y el carácter de la democracia.

Una vez que reconocemos la importancia de la actividad militar para la transformación del Estado británico, la historia británica asume una deliciosa ironía. En todo el mundo, los ejércitos autónomos generalmente inhiben la democracia, incluso cuando toman el poder en nombre de programas democráticos. Con frecuencia inhiben la democracia al disminuir la protección de los ciudadanos contra la acción arbitraria del Estado y, a menudo, bloqueando el aspecto definitivo de la consulta popular al anular o falsificar elecciones, eludir o intimidar a los parlamentos y evadir la vigilancia pública de sus actividades. Sin embargo, en Gran Bretaña, la militarización del Estado fomentó de manera indirecta la democratización y lo hizo a través de la lucha y la negociación que generó, lo que fortaleció a la ciudadanía y subordinó la actividad militar al control parlamentario.

El proceso comenzó en el siglo xvi con el control de los Tudor de los ejércitos privados de los grandes señores y los castillos fortificados. Terminó, para efectos prácticos, en el siglo xix con la eliminación de las “press gangs” (pandillas organizadas). Un ejército comandado por la aristocracia continuó atrayendo una parte importante del presupuesto estatal, conservó una gran libertad de acción en

Irlanda y las colonias y disfrutó de gran prestigio en el país, pero como tal, nunca ejerció el poder autónomo en la política interna después de 1660. El ejército británico, al depender del Parlamento para su financiamiento y aprovisionamiento, siguió siendo un problema grave en las luchas que condujeron a la revolución de 1640. A la postre, subordinó al ejército y la marina al control civil parlamentario y en retrospectiva, podemos ver la importancia crucial de esa subordinación para la creación posterior de la democracia británica.

La democracia se asemeja a un lago

La exploración de las condiciones tautológicamente necesarias para la democracia, es decir, Estados y ciudadanos, nos permite pensar sobre las causas contingentes y concomitantes de la democracia. Hasta el momento, nadie ha logrado separar las condiciones no tautológicamente necesarias, suficientes o supeditadas a las causas de los correlatos comunes de los acuerdos democráticos.

El problema parece no tener solución porque la democracia no se parece a un campo petrolero o un jardín, sino a un lago. Un lago (un gran cuerpo de agua interior), puede nacer debido a que un arroyo de montaña alimenta una cuenca natural existente; alguien o algo bloquea la desembocadura de un gran río; se derrite un glaciar; un terremoto aísla un segmento del océano del cuerpo principal de agua; la gente cava deliberadamente un enorme agujero y canaliza las cuencas hidrográficas cercanas hacia él, o por diversas otras razones. Sin embargo, una vez que existe, un lago nutre ecosistemas específicos y mantiene relaciones características con su entorno; tan es así que los limnólogos han creado una especialidad científica alrededor del estudio de dichas regularidades. La democracia se comporta como un lago: aunque tiene propiedades distintivas y una lógica propia, se forma de varias maneras, cada una de las cuales conserva rastros de su historia singular en los detalles de su operación actual.

¡Rápido! ¡Abandonemos el símil antes de que nos ahogue! Aquí está el punto: no tenemos absolutamente ninguna razón a priori para creer que sólo una serie de circunstancias produce y sostiene la democracia, aun si la experiencia de los últimos siglos ha determinado que tales circunstancias particulares a menudo la han nutrido. Razonablemente, lo máximo que podemos esperar al analizar con detalle los casos históricos de democratización es obtener un mapa de caminos alternativos por los cuales ha ocurrido el proceso, una indicación de condiciones suficientes, más no necesarias, para esa transformación y una especificación de los mecanismos generales que desempeñan un papel en la producción o el mantenimiento de las instituciones democráticas en el momento de su formación.

A partir de su destacado estudio comparativo sobre democratización en cuatro grupos de Estados (Europa occidental y central, Estados colonizadores británicos, América Latina continental y Centroamérica/Caribe) Rueschemeyer et al. (1992) sacan conclusiones importantes. Confirman la afirmación de Barrington Moore en el sentido de que el poder político de los terratenientes que controlaban la mano de obra inhibía la democratización, al tiempo que niegan la asociación que hace este autor entre la democratización y una burguesía políticamente fuerte. En cambio, muestran que los trabajadores se aliaron con otros grupos (a menudo burgueses) y presionaron de manera mucho más confiable por la democracia, a veces más allá de la resistencia de los burgueses, quienes preferían formas más limitadas de participación política.

Rueschemeyer et al. concluyen que en general, el capitalismo promueve la democracia, como se argumenta a menudo, pero no porque los capitalistas prefieran un gobierno democrático; en igualdad de circunstancias y en ausencia de enemigos como los terratenientes, los capitalistas prefieren algo parecido a las oligarquías de la riqueza. Tales oligarquías les permiten usar el poder del Estado para controlar a los trabajadores, pero el capitalismo genera tanto clases trabajadoras como las condiciones bajo las cuales es probable que se movilicen; entonces dichas clases presionan para que se amplíen los derechos ciudadanos y por la inclusión de todos los trabajadores entre los ciudadanos. Y en caso de contar con aliados poderosos, a menudo lo lograban [...]

Como lo sugiere mi historia de Gran Bretaña, Rueschemeyer et al. (1992: 279) concluyen que la movilización militar masiva empodera a las clases al aportar la mayor parte de la fuerza de trabajo militar, tanto en Europa como en otros sitios:

En Estados Unidos, las demandas de los soldados por los derechos al sufragio durante las guerras contra Gran Bretaña aceleraron su ampliación. Más de 100 años después, la presencia de soldados negros en las fuerzas armadas durante la Segunda Guerra Mundial y en adelante contribuyó al movimiento que finalmente resultó en el sufragio para los negros del sur. En Canadá, la movilización masiva para la Primera Guerra Mundial estuvo muy vinculada con la institución del sufragio universal. En la América Latina del siglo

, por otro lado, la participación repetida en diversas guerras condujo a la expansión militar y aumentó su peso político.

Entonces la fórmula no es: si hay guerra, entonces hay democracia. Si así fuera, todos los Estados de la belicosa Europa ya se habrían democratizado en los siglos xvi o xvii.

Incluso en una democracia que funciona con facilidad, una guerra perdida, una fuerte depresión, la formación de un movimiento de masas autoritario, la dependencia económica en alguna potencia exterior o la adquisición de autonomía por parte de las fuerzas militares, a veces debilitan con rapidez esa expectativa, como lo ilustran las experiencias italiana y alemana después de la Primera Guerra Mundial. Las expectativas, por más que estén basadas en la observación realista, dependen en gran medida de la construcción social y están sujetas a la deconstrucción social. Por eso, la democracia, una vez formada, no permanece para siempre; por eso, los sitios en los que hay democracia siempre tienen un cartel que dice “En construcción”.

Referencias

Alestalo, Matti y Stein Kuhnle (1984). "The Scandinavian Route: Economic, Social, and Political Developments in Denmark, Finland, Norway, and Sweden". Documento de investigación núm. 31, Research Group for Comparative Sociology, Universidad de Helsinki.

Artéus, Gunnar, Ulf Olsson y Kerstin Stromberg-Back (1981). "The Influence of the Armed Forces on the Transformation of Society in Sweden, 1600-1945". *Krigsvetenskaps akademins Bihafte-Militarhistorisk Tidskrift*: 133-144.

Böhme, Klaus-Richard (1983). "Schwedische Finanzbürokratie und Kriegsführung 1611 bis 1721". En *Europe and Scandinavia: Aspects of the Process of Integration in the 17th Century*, coordinado por Goran Rystad. Lund: Esselte Studium.

Brady, Thomas A. (1985). *Turning Swiss: Cities and Empire, 1450-1550*. Cambridge: Cambridge University Press.

Dahl, Robert. 1991. *Democracy and its Critics*, New Haven: Yale University Press.

Hemes, Helga (1988). "Scandinavian Citizenship". *Acta Sociologica* 31: 199-215.

Kriesi, Hanspeter. 1990. "Federalism and Pillarization: The Netherlands and Switzerland Compared". *Acta Politica* 25: 433-450.

Lindegren, Jan (1985). "The Swedish 'Military State', 1560-1720". *Scandinavian Journal of History* 10: 305-336.

Lindert, Peter H. y Jeffrey G. Williamson (1983). "English Workers' Living Standards during the Industrial Revolutions: A New Look". *Economic History Review* 36: 1-2.

Lundqvist, Sven (1977). *Folkrörelserna i det svenska samhället, 1850-1920*. Estocolmo: Almqvist & Wiksell.

Marshall, T. H. (1950). *Citizenship and Social Class*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mathias, Peter y Patrick K. O'Brien (1988). "Taxation in Britain and France: 1715-1810. A Comparison of the Social and Economic Incidence of Taxes Collected for the Central Governments". *Journal of European Economic History* 5.3: 601.

Mathias, Peter y Patrick K. O'Brien (1989). "The Impact of Revolutionary and Napoleonic Wars, 1793-1815, on the Long-Run Growth of the British Economy". *Economic History Review* 12: 335-395

Moore, Jr., Barrington. (1966). *Social Orders of Dictatorship and Democracy*. Boston: Beacon Press.

Nilsson, Sven A. (1988). "Imperial Sweden: Nation-Building, War, and Social Change". En Sven A. Nilsson et al., *The Age of New Sweden*. Estocolmo: Livrustkammaren.

O'Brien, Patrick K. (1988). "The Political Economy of British Taxation, 1660-1815". *Economic History Review* 41: 1-32.

Öhngren, Bo. (1974). *Folkirörelse: Samhällsutveckling, flyttningssmonster och folkkrörelser i Eskilstuna, 1870-1900*. Uppsala. *Studia Historica Upsaliensia* 55.

Peterson, Paul E. (1992). "An Immodest Proposal". *Daedalus* 121, 4: 151-174.

Prak, Maarten. (1991). "Citizen Radicalism and Democracy in the Dutch Republic: The Patriot Movement of the 1780s". *Theory and Society* 20: 73-102.

Przeworski, Adam (1986). "Some Problems in the Study of the Transition to Democracy". En *Transitions from Authority Rule: Comparative Perspectives*, coordinado por Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Przeworski, Adam (1989). "Some Problems" Robert A. Dahl. *Democracy and Its Critics*. New Haven: Yale University Press.

Rueschemeyer, Dietrich, John Stephens, y Evelyn Huber Stephens (1992).
Capitalist Development and Democracy. Chicago: University of Chicago Press.

Te Brake, Wayne (1989). Regents and Rebels: The Revolutionary World of the
18th Century Dutch City. Oxford: Blackwell.

Te Brake, Wayne (1990). "How Much in How Little? Dutch Revolution in
Comparative Perspective". Tijdschrift voor Sociale Geschiedenis 16: 349-363.

10. ¿De dónde provienen los derechos?

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

¿De dónde provienen los derechos? Podríamos basar esta gran pregunta en la filosofía analítica al estilo Rawls, en la metafísica al estilo Rousseau, o en la acción racional al estilo Riker. En cambio, quiero basarlo en la historia política europea. Para hacerlo tomo como punto de partida *Social Origins of Dictatorship and Democracy* de Barrington Moore, que constantemente trata los derechos como productos históricos, como resultados de la lucha. En particular, en este texto argumenta que la creación de la democracia (control de gobernantes arbitrarios, establecimiento de reglas políticas justas y racionales e influencia de la “población subyacente” en la creación de tales reglas) suponía la creación de tales reglas (Moore, 1966: 414).

En ese libro, Moore situó los derechos fundamentales en el feudalismo de Europa Occidental. Argumentó,

Para nuestros propósitos, el aspecto más importante fue el desarrollo de la idea de inmunidad de ciertos grupos y personas del poder del gobernante, junto con la concepción del derecho de resistencia a la autoridad injusta. Junto con la concepción del contrato como un compromiso mutuo, contraído libremente por personas libres, derivado de la relación feudal del vasallaje, este complejo de ideas y prácticas constituye un legado decisivo de la sociedad medieval europea para las concepciones occidentales modernas de una sociedad libre (Moore, 1966: 415).

A pesar del tufillo de idealismo de este párrafo, la historia comparativa de Moore retrató esos derechos fundamentales como fruto de la revolución y la lucha de clases; después de todo, dio a su primer capítulo el título “Inglaterra y las contribuciones de la violencia al gradualismo”. Mi argumento se apartará del de Moore en tres direcciones: al dudar de la centralidad del feudalismo, reducir la importancia relativa de las ideas y tomar en cuenta los acontecimientos relevantes ocurridos después de la disolución general del feudalismo. No obstante, coincidirá con Moore de dos maneras claves: destacando la resistencia y la lucha y basando los derechos en las historias específicas de las diferentes regiones europeas.

Con base en la Historia, la pregunta sobre los orígenes de los derechos se vuelve naturalista. ¿Cómo adquirieron los europeos demandas exigibles sobre los Estados a los que estaban sujetos? Más concretamente, ¿cómo nacieron los derechos de la ciudadanía? ¿Cómo es que las autoridades llegaron a deber bienes, servicios y protección a las personas simplemente por pertenecer a una categoría, la categoría de los integrantes de la comunidad política adscritos a un Estado? ¿Cómo se expandió esa comunidad política para incluir a la mayoría de las personas, o al menos a la mayoría de los hogares, en la población en general?

Aún más sorprendente, ¿cómo pudo la gente común obtener el poder de hacer cumplir obligaciones tan onerosas? Más bien, mientras competían en vano en un ámbito nacional, ¿los europeos arrebataron los derechos a las autoridades locales y con el tiempo los vieron ampliarse a escala nacional? ¿O los déspotas bondadosos otorgaron estos derechos primero a un pequeño número de compañeros y luego, a medida que la ilustración se difundió entre gobernantes y gobernados, los difundieron poco a poco al resto de la población? ¿O surgieron de la lucha a escala nacional? Mi respuesta se refiere a la tercera alternativa: la lucha a escala nacional. Los derechos, en esta formulación, se asemejan a lo que Amartya Sen (1981) llama “entitlements” (facultades o derechos): reivindicaciones exigibles sobre la provisión de bienes, servicios o protección por parte de otros. Los derechos existen cuando una parte puede insistir en la práctica que otra entregue bienes, servicios o protección, y una tercera más actuará para reforzar (o al menos no obstaculizar) su provisión. Tales facultades se convierten en derechos de ciudadanía cuando el objeto de las demandas es un Estado o su agente y el reclamante exitoso califica gracias a la simple pertenencia a una amplia categoría de personas sujetas a la jurisdicción del Estado. Los derechos de ciudadanía surgieron porque durante varios siglos los miembros relativamente organizados de la población en general negociaron con

las autoridades estatales; negociaron primero por los medios para hacer la guerra, luego por demandas exigibles que servirían a sus intereses fuera de la guerra. Esta negociación amplió las obligaciones de los Estados hacia sus ciudadanos, con lo cual amplió el rango de demandas exigibles que los ciudadanos podían plantear a los Estados en mayor medida que el número de personas con derechos de ciudadanía.

A partir del trabajo previo sobre la transformación del Estado reconocemos la relación extractiva y represiva de los Estados con los súbditos a lo largo de la casi toda la historia, lo que nos lleva a preguntarnos incluso sobre la aceptación de demandas ciudadanas tan amplias. De un trabajo previo sobre la acción colectiva proviene un modelo doble de lucha: 1) la lucha por las demandas de los Estados sobre sus súbditos, por los súbditos sobre los Estados o por los súbditos entre sí y 2) la lucha de grupos específicos de súbditos para ingresar a la polity (el conjunto de personas y grupos que tienen demandas comunes y exigibles sobre el Estado); para ayudar a otros a ingresar a dicha polity, para defender ciertas membresías en la polity o para excluir a otros de la polity. Si caricaturizamos el argumento, éste afirma que los derechos de ciudadanía se formaron cuando se llegó a acuerdos durante ambos tipos de lucha, primero y sobre todo en defensa contra las demandas invasivas del Estado por los medios para la guerra, luego en busca de una serie mucho más amplia de acción colectiva e intervención estatal.

Esta forma de explicar los derechos es a la vez empírica, especulativa y cínica. Es empírica porque infiere regularidades de diversas experiencias de los europeos durante los últimos mil años de formación y transformación del Estado. Es especulativa porque nadie ha reunido el conjunto de evidencias comparativas requeridas para la verificación o falsificación definitiva. Es cínica porque supone que cualquier demanda exigible sobre los Estados que las personas hayan adquirido, por errónea que parezca ahora, constituía un derecho.

Los derechos de ciudadanía pertenecen, en principio (si bien en la práctica no siempre), a todos los que califican como miembros de pleno derecho de un Estado determinado; la membresía en la categoría es suficiente para que alguien califique para tener el derecho a demandas exigibles. Aunque todos los sistemas de ciudadanía establecen más de una categoría de elegibilidad (incluso los Estados democráticos actuales excluyen a los niños, los presos y las personas certificadas como incompetentes de ejercer algunos derechos ciudadanos), la línea divisoria principal separa a los no ciudadanos de los ciudadanos nativos y

naturalizados. Actualmente, los ciudadanos de los Estados europeos generalmente tienen derecho a votar en las elecciones nacionales y locales, a participar en una amplia gama de acciones colectivas fuera de las elecciones, a recibir un número considerable de beneficios y servicios gubernamentales, a transitar libremente dentro de las fronteras de sus Estados, e incluso a recibir la protección de sus Estados cuando viajan o residen fuera de sus fronteras; los ciudadanos sólo pueden perder estos derechos a través de un proceso formal de degradación, como una sentencia penal o su reclusión en un hospital psiquiátrico; respecto de los mismos Estados, otros vecinos no ciudadanos iguales a ellos generalmente no comparten estos derechos.

Ampliación de derechos, creación de ciudadanía

La formulación clásica de T. H. Marshall distinguía tres elementos de la ciudadanía: civil, política y social.[1] Los derechos civiles comprenden aquellos elementos que protegen la libertad individual; los derechos políticos aquellos elementos que garantizan la participación en el ejercicio del poder político, y los derechos sociales aquellos que brindan acceso a satisfacciones materiales y culturales. Al pensar en Inglaterra, Marshall (1965) asignó la adquisición definitiva de los derechos civiles al siglo xviii, los derechos políticos al xix y los derechos sociales al xx [...] Marshall concibió la ampliación de los derechos como la concreción casi hegeliana de un principio en la historia [...]

Aunque a veces reconocía que los trabajadores luchaban contra el capital y el Estado por sus derechos sociales, Marshall rechazaba explícitamente la línea argumental que yo he adoptado: “Los derechos no son”, declaraba, “materia apropiada para negociar” (Marshall 1965: 122). Pese a reconocer que los derechos civiles (protección de las libertades individuales) brindaban el marco para los derechos políticos y sociales, no alcanzaba a ver cómo la lucha por un tipo de derecho había preparado a los reclamantes para la lucha por el siguiente. Sin duda se resistió a esa línea argumental porque en 1946, cuando lo escribió: habría hecho de la lucha por los derechos sociales una cuestión de rapport des forces,[2] en un momento en el que buscaba preparar a su público para intervenir en el orden de las clases sociales y justificar dicha intervención como una cuestión inevitable de principio. Sea como fuere, su análisis, por lo demás perceptivo, padecía gravemente de cortedad histórica. Podemos situar la cuestión en una perspectiva más adecuada, intentando colocar la adquisición y la pérdida de derechos más firmemente que Marshall en la historia.

Los ciudadanos de los Estados europeos disfrutan hoy ipso facto de los derechos a educación, vivienda, atención médica, ingresos y una amplia variedad de formas de participación política. Algunos no ciudadanos residentes también tienen acceso legal a muchos de estos beneficios, pero la posibilidad de exigibilidad de sus reclamos sigue siendo limitada y controvertida. Si Francia y otros miembros de la ue otorgan el voto local a los ressortissants[3] de otros

Estados, la distinción comenzará a difuminarse. Cuando desaparecen las distinciones de este tipo, tenemos dos opciones lingüísticas: podemos decir que los derechos vinculados a la ciudadanía han disminuido, o que los Estados han comenzado a equiparar a la ciudadanía con la residencia autorizada de largo plazo. En el caso de Europa, también puede aplicarse una tercera opción: que los derechos de ciudadanía se hayan transferido a la Unión Europea: la prueba será el tratamiento a los nacionales de fuera de la Unión. Mientras tanto, la ciudadanía hace una diferencia significativa con respecto a las demandas que cualquier individuo puede hacer cumplir sobre un Estado.

A medida que se amplía el alcance de la Unión Europea, uno de los problemas más espinosos que enfrentan sus miembros se da precisamente en ese arbusto floreciente: ¿hasta qué punto, de qué manera y con qué tipo de observancia se otorgarán los derechos de ciudadanía en la Unión en su conjunto más que en algún Estado en particular? ¿Hasta qué punto serán uniformes y transferibles entre los Estados? En lugar de rebeldes y fugitivos, ¿qué serán los refugiados? ¿Si un Estado europeo reconoce a un conjunto de personas como refugiados políticos de alta prioridad para obtener la ciudadanía, todos los demás miembros de la Unión deben reconocer esos derechos? ¿El derecho de seguro de desempleo, la inserción laboral y la capacitación a un trabajador aplicará para el recién desempleado en el Estado al que ha migrado? ¿Quién pagará las prestaciones? ¿En caso de que los derechos varíen de Estado a Estado, prevalecerá el común denominador mínimo en toda Europa? ¿El promedio? ¿El valor más alto en cualquier lugar? Los reconstructores de la vida política en América Latina y Europa del Este enfrentan preguntas similares, ya que el declive de los regímenes autoritarios trae una nueva era de creación de constituciones. Actualmente la cuestión de la ciudadanía ha adquirido gran prominencia.

De hecho, ha permanecido prominente en Europa durante unos 300 años, desde el momento en que los principales Estados europeos comenzaron a construir grandes ejércitos permanentes conformados, en gran medida, por sus propias poblaciones; ejércitos (y a menudo armadas) apoyados por impuestos y deuda financiada por los Estados. Sin duda, mucho antes del siglo xvii, los comerciantes europeos expatriados formaron “naciones” en metrópolis como Constantinopla y Roma, logrando cierto autogobierno y la protección de sus Estados de origen a cambio de vigilar a sus propios miembros, asegurando así el suministro de alimentos en momentos de subsistencia, y haciéndose cargo de una parte convenida de los gastos de toda la ciudad. Sin duda, la generalización de

las misiones diplomáticas residentes en la Europa de finales del siglo xv supuso cierto reconocimiento mutuo de ciudadanía. Mucho antes del siglo xvii, para los burgueses de ciudades-Estado como Florencia y las federaciones de ciudades-Estado como la República Holandesa, la membresía en las élites financieras y los consejos políticos de sus propias ciudades también los calificaban para presentar demandas a sus Estados; en ese sentido limitado, como entendió a medias Max Weber, la *bürgerschaft*[4] se anticipó a la ciudadanía.

Sin embargo, la mayoría de los Estados europeos y sus súbditos no comenzaron a negociar los derechos y obligaciones de la ciudadanía de manera relativamente importante hasta los siglos xvii y xviii. Antes, las constituciones no escritas solían vincular a los gobernantes con miembros de sus clases dominantes, pero no con la población común. Luego, los gobernantes abandonaron el uso episódico de las milicias y las fuerzas mercenarias para la guerra, e intentaron, en cambio, reclutar ejércitos permanentes de sus propias poblaciones, y a menudo obligar a sus súbditos a pagar sistemática y generosamente a estos ejércitos. Los grandes Estados muy poblados obtuvieron así la ventaja sobre los pequeños Estados ricos, ya que algunos de ellos, como Venecia o la República Holandesa, perdieron su capacidad de simplemente rentar un ejército de extranjeros pobres y así derrotar a sus vecinos.

De un gobierno indirecto a uno directo

La idea de crear ejércitos permanentes planteó un problema crítico: la transición del gobierno indirecto al directo. Hasta la creación de los ejércitos nacionales masivos, todos los grandes Estados europeos gobernaron de forma indirecta, con la cooptación de varios tipos de magnates que actuaban por el Estado y garantizaban la entrega de recursos a éste, pero que también tenían una gran autonomía dentro de sus propias zonas reservadas. Incluso Francia, ese modelo de centralización tocquevilliano, dependía mucho de los gobernadores hereditarios, los Estados provinciales y los municipios privilegiados, hasta que Richelieu (urgido de fondos para unirse a las guerras europeas cada vez más amplias en la década de 1620) improvisó a los intendentes para eludir a los magnates regionales testarudos. Mazarin y Colbert regularizaron a los intendentes como ejecutores regionales directos más o menos subordinados a la voluntad real. Incluso entonces, dichos intendentes pasaban gran parte de su tiempo negociando con propiedades, parlamentos, gobernadores militares y otros detentores regionales del poder capaces de bloquear las demandas de la Corona y, a veces, de incitar a una resistencia masiva contra la política real.

El dilema tenía aristas afiladas. La dependencia de los detentores del poder cooptados garantizaba cierto nivel de cumplimiento, siempre y cuando la Corona limitara sus demandas y respetara los privilegios de dichos detentores, pero fortalecía a los principales rivales internos y a los enemigos más peligrosos de la autoridad central. Sin embargo, la instalación de un gobierno directo y centralizado era una operación costosa, riesgosa y lenta que a menudo resultaba en una explosión rebelde.

La expansión de las fuerzas armadas impulsó a altos funcionarios de los Estados europeos a asumir el costo, el riesgo y el esfuerzo. En Estados grandes como Prusia y Rusia, la dependencia de intermediarios poderosos, parcialmente autónomos, marcó un límite riguroso a la proporción de los recursos nacionales a los que el Estado central podría acceder, incluso si antes de alcanzar ese límite la acumulación de recursos resultara fácil. Dos de las muchas características desafortunadas de la guerra son 1) que, en el mejor de los casos, es un juego de

suma cero, y un juego de suma negativa la mayor parte del tiempo; si una de las partes gana, otra definitivamente pierde, a menudo incurriendo en pérdidas mayores que las ganancias putativas del ganador; 2) dentro de los límites impuestos por la disminución de la eficacia en función del tiempo y el espacio que separa a los antagonistas, la parte con la fuerza armada más efectiva establece los términos: un Estado con fuerzas armadas pequeñas y muy eficientes, a veces pierde guerras contra un Estado con fuerzas numerosas e ineficaces, y usualmente pierde ante un Estado con fuerzas numerosas y bastante eficientes. Como consecuencia de estos principios, los Estados europeos mejor armados establecían los términos militares para el resto.

Durante varios siglos antes de 1750, los Estados europeos mejor armados eran aquellos que podían pagar un número mayor de tropas mercenarias.

Los mercenarios tenían la gran ventaja de estar disponibles rápidamente para cualquiera que tuviera los fondos o créditos necesarios. Pero tenían desventajas notables: eran caros, rebeldes, poco confiables si no se les pagaba, y una gran molestia si no se les deportaba una vez terminada la guerra; los mercenarios desempleados a menudo se convertían en bandidos, piratas o su equivalente a mayor escala: caudillos.

Las viejas alternativas europeas a los mercenarios reclutados en el plano nacional habían sido las milicias urbanas, los ejércitos privados de grandes señores y varias formas de levadas medievales, y las tres se superponían. Desde la perspectiva de los gobernantes, estas fuerzas tenían la ventaja de ser baratas y desechables, pero sólo estaban disponibles en cantidades limitadas, por tiempo limitado, y servían sólo bajo condiciones cuyos límites estaban generalmente bien especificados; aún más, sus líderes y clientes tenían voluntades, intereses y ambiciones propias. Sólo la invención de los ejércitos nacionales masivos reclutados directamente de entre los súbditos por el Estado, y operados bajo el control de sus propios oficiales, logró superar las claras desventajas de los mercenarios y de las formas de leva más antiguas.

Sin embargo, la creación de un ejército nacional numeroso y permanente, reclutado entre la población nacional planteó uno de esos problemas de aceptación tan queridos por los filósofos políticos. Apoyar a cualquier ejército requería grandes recursos, en forma continua y durante largos periodos: alimentos, uniformes, armas, transporte, salarios y más. En el siglo xvii, la mayoría de los Estados que contrataban mercenarios pedían prestado dinero a los

capitalistas locales a corto plazo, compraban los insumos necesarios en mercados bien organizados en los que colaboraban funcionarios estatales y capitalistas, luego gravaban a la población en general de diversas maneras para pagar a sus acreedores capitalistas. Un ejército nacional tenía la desventaja adicional de retirar a los trabajadores sanos de los hogares que dependían de su apoyo. Estos trabajadores desaparecían de sus hogares durante años, regresaban inválidos o de plano no regresaban, y mientras tanto sin enviar ingresos. Los empresarios que sabían cómo suministrar mercenarios contratados libremente no necesariamente sabían cómo arrancar a los reclutas que no querían dejar sus hogares. Además, los ejércitos permanentes requerían aumentos sustanciales de los impuestos.

¿Cómo obtener aceptación? Todos los Estados creadores de ejércitos recurrieron a alguna combinación de dependencia en empresarios cooptados, reclutamiento forzoso y conscripción. Aun así, se enfrentaron a una resistencia generalizada por la mayor carga impositiva y por el reclutamiento forzoso de hombres jóvenes para la milicia. Negociaron. Negociaron de diferentes maneras: enviaron tropas para realizar tareas de reclutamiento y recaudar impuestos, establecieron cuotas para tropas e impuestos con los jefes de las regiones y comunidades locales, confirmaron los derechos de las asambleas existentes (el Parlamento en Inglaterra, los Estados en Francia, las Cortes en Castilla, Corts en Cataluña, Estados Generales en la República Holandesa) para legislar contribuciones a los presupuestos militares. Incluso la represión sangrienta de las rebeliones casi siempre involucraba negociaciones. Las autoridades castigaban de manera espectacular a algunos delincuentes y perdonaban a otros que aceptaban cumplir con las demandas del Estado. Además, la solución de una rebelión generalmente indicaba los motivos y procedimientos para una futura reconversión legítima. La negociación al rojo vivo forjó los derechos y obligaciones de la ciudadanía.

El error radica en concebir el proceso como una ilustración gradual, en lugar de una lucha continua, y en imaginar la aparición de la misma secuencia de inclusión en todos los sitios en que dicha ilustración se difundió. La estrategia implícita de los gobernantes era otorgar derechos nacionales al conjunto mínimo de personas que garantizarían la entrega de recursos militarmente esenciales al Estado, y colaborar con ciudadanos privilegiados para explotar y reprimir al resto. Las mujeres y los sirvientes masculinos, por ejemplo, sólo escaparon de esa colusión muy recientemente. El gobierno indirecto funcionó razonablemente bien con un pequeño número de personas que disfrutaban derechos de ciudadanía, tan pocas que en algunos casos la expresión “gobierno indirecto” es

más engañosa que útil.

Experiencias contrastantes

El cambio a gobierno directo no eliminó de inmediato tales distinciones. Con quiénes negociaban los gobernantes era algo cambiante según sus estrategias de ampliación de la fuerza militar, que a su vez dependía de las estructuras sociales de las regiones en las que establecían sus Estados. En aquellos sitios en los que los gobernantes podían cooptar a los detentores de poder regionales consolidados, como los terratenientes, quienes garantizarían un suministro de tropas e impuestos al Estado, florecieron las noblezas y los señoríos, las distinciones de hecho aumentaron, y la ciudadanía, en relación con el Estado nacional, tardó en ampliarse.

Cuando los agentes de los gobernantes negociaban directamente por recursos con burgueses o ancianos de la aldea comercialmente activos, no tenían más remedio que conceder demandas sobre el Estado a un gran número de personas, incluso si la consecuencia de esas concesiones era reforzar las posiciones de dichas élites locales dentro de sus propias comunidades. Holanda y Suecia siguieron diferentes versiones de ese camino.

En el proceso de construcción de las fuerzas militares y la ciudadanía con base nacional, Suecia se adelantó: pobre en fondos, pero rica en campesinos, reclutó ejércitos relativamente grandes de su propia población durante su expansión belicosa del siglo xvi.

A pesar de su bien ganada reputación como potencia marítima, la República Holandesa construyó ejércitos bastante grandes en el siglo xvii y mantuvo a alrededor de 5.3% de su población como efectivos armados en 1700. Holanda y sus vecinos construyeron su gran fuerza militar del siglo xvii por medio de un Estado federal peculiar en el que los municipios mercantiles tenían poder de decisión.

En el siglo xvii, Prusia y Rusia también se volvieron hacia sus propias poblaciones en busca de tropas. Sin embargo, a diferencia de Suecia, ambos Estados confiaban en el reclutamiento y la autoridad de los terratenientes que

servían al Estado, quienes tenían gran discrecionalidad dentro de sus propios feudos, y el poder de bloquear las demandas excesivas del Estado. Así, Prusia y Rusia reconstruyeron el gobierno indirecto y los obstáculos que éste estableció al control centralizado.

[...] En Suecia, los campesinos obtuvieron representación política directa a escala nacional, hasta el punto de tener sus propios Estados formalmente constituidos. En Holanda y las otras provincias holandesas, la ciudadanía permaneció en manos de las clases dominantes municipales hasta la serie de luchas del siglo xviii y la conquista francesa de 1798. En Prusia y Rusia, los campesinos prácticamente no tenían acceso al Estado nacional, excepto a través de los mismos terratenientes cuyos intereses a corto plazo consistían en oprimirlos y explotarlos. Aunque nadie debería exagerar el poder de los campesinos suecos u olvidar su sometimiento al clero y a los burócratas, la Suecia del siglo xvii había concedido un número mínimo de derechos de ciudadanía a la población en general, o al menos a las clases terratenientes, mientras que sus vecinos no habían otorgado una sola. Por el contrario, al construir su poder militar, Prusia y Rusia redujeron las autonomías de los comerciantes y los aldeanos por igual. La forma de reclutamiento de los soldados representó una gran diferencia.

La Revolución Francesa y sus consecuencias

No obstante, el movimiento decisivo hacia un modelo de ejércitos nacionales de masas, gobierno directo y amplios derechos de los ciudadanos a escala nacional llegaron con la Revolución Francesa.

Considérese la importancia de los cambios militares en sí: la deserción crucial de los guardias franceses en la revolución parisina; la institución de las milicias ciudadanas, una característica casi universal de la actividad revolucionaria local de 1789; la búsqueda de armamento para pertrechar a la nueva milicia Parisina, lo cual fue el incentivo inmediato para irrumpir en la Bastilla; los fuertes vínculos entre el reclutamiento militar de 1791 y 1792, y el apoyo a la Revolución en general; la venta de propiedades de la iglesia y de los emigrantes para financiar los esfuerzos militares del Estado; el papel decisivo del reclutamiento militar en los amplios movimientos contrarrevolucionarios de 1793; la promulgación de la mayoría de los instrumentos del Terror como reacción a la doble amenaza militar de enemigos externos y rebeldes internos, y la organización en las ciudades más grandes de los llamados Ejércitos Revolucionarios, cuyo propósito principal era incitar a la gente en su zona de influencia (incluidos los campesinos reacios a entregar alimentos) a la acción patriótica.

Considérese, además, que fue precisamente la crisis fiscal derivada de la guerra estadounidense, una crisis iniciada no por la incapacidad general de la economía francesa para absorber el costo, sino por los límites fiscales intrínsecos al sistema francés de gobierno indirecto, lo que condujo a la convocatoria trascendental de los Estados Generales en 1789.

Sin embargo, en repetidas ocasiones, la reorganización, ampliación y financiamiento de la actividad militar del Estado llevó a la negociación con los principales sectores de la población y, por lo tanto, al establecimiento o a la confirmación de demandas exigibles como el derecho a la representación electa. Las quejas sobre los impuestos (menos su volumen total que la equidad de su distribución) dominaron las parroquias, el Tercer Estado y los Cahiers de

doléances de los nobles redactados para los Estados Generales de 1789. Además, los cahiers a menudo vinculaban a la ciudadanía directamente con el pago de impuestos (Markoff, 1990).

Durante la Revolución Francesa, desde la Declaración de los Derechos del hombre (26 de agosto de 1789) en adelante, la negociación que estableció los derechos de ciudadanía tuvo lugar de manera abierta. La primera Constitución Revolucionaria (1790) marcó una clara distinción entre ciudadanos activos (que pagaban el equivalente a tres o más días de salario en impuestos, y tenían derecho a votar) y ciudadanos pasivos (que pagaban menos impuestos, o ninguno, y no podían votar). También creó una distinción secundaria de ciudadanos activos de segundo grado (que pagaban diez o más días de salario en impuestos y no sólo podían votar, sino que también podían ser electos y ocupar cargos públicos). Este último grupo era una representación razonable de la población independiente y terrateniente que había dominado el Tercer Estado de 1789. Pero antes de las elecciones del otoño de 1792, a la sombra de la guerra generalizada, la Asamblea Nacional decretó que casi todos los hombres de 25 años o más podían votar, con excepción de los sirvientes y otros presuntos dependientes. Los defensores del electorado ampliado argumentaban concretamente que los hombres que podían luchar por la patria también deberían poder votar por sus gobernadores. Los conscriptos renuentes de marzo de 1793 a menudo invertían el argumento diciendo que estarían dispuestos a servir si el gobierno también reclutaba a los funcionarios que recibían exenciones militares.

El 23 de junio de 1793, en medio de la guerra, la insurrección y disputas amargas sobre el suministro de alimentos, la Convención derogó la ley marcial (incluida la ley de Le Chapelier que prohíbe las asociaciones privadas como los gremios), pero autorizó severos controles de precios. Al día siguiente votó sobre una nueva constitución, así como sobre la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, recientemente redactada. Mientras prohibían la esclavitud (los insurgentes negros de Saint-Domingue finalmente habían recibido una audiencia), no sólo garantizaban el sufragio masculino, sino también los derechos a la rebelión, a la educación, al bienestar público, a la propiedad y a la subsistencia. Ciertamente que las legislaturas de Thermidor y las posteriores redujeron drásticamente los derechos de los ciudadanos: el sufragio masculino no reapareció en Francia hasta la Revolución de 1848, pero para 1793 los franceses habían establecido claramente la categoría de ciudadano, así como el principio y la práctica de negociar los derechos y obligaciones vinculados a esa categoría en las asambleas nacionales electas. Sus conquistas militares y su ejemplo

ampliaron la categoría, el principio y la práctica a gran parte de Europa. La ciudadanía que surgió de la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas siguió siendo reducida según los estándares de hoy, aunque desde una perspectiva del siglo xviii era realmente numerosa. Consistía en derechos restringidos sólo a propietarios para votar por asambleas legislativas, prestaciones para veteranos, protección limitada para asociaciones políticas, libertad de movimiento relativa dentro de las fronteras nacionales, cierta medida de tolerancia religiosa y casi nada más. Obviamente, la serie de derechos cambiaba de un país a otro en Europa; en 1815, Rusia estaba lejos de otorgar algo siquiera parecido a la ciudadanía nacional, mientras que en Gran Bretaña, ninguno de los gobernantes ambiciosos se atrevía a reducir las prerrogativas de un Parlamento elegido por una amalgama de electores, el derecho general de asociación religiosa (la asociación política y económica seguía siendo mucho más frágil pero nunca inexistente), la libertad de reunión con fines pacíficos (aunque establecer cuáles propósitos eran pacíficos también siguió abierto a la negociación y la interpretación oficial) o el derecho a presentar peticiones a las autoridades nacionales. Sin embargo, en gran parte de Europa significó que los capitalistas, tan decisivos para las finanzas estatales, habían obtenido la posición política y la libertad de acción que no habían disfrutado en casi ningún lugar durante el siglo xviii.

¿Qué ocurrió, otra vez?

En una primera fase, larga y desigual, la creación de ejércitos nacionales masivos creó las bases de la ciudadanía nacional en los Estados europeos. Luego, entre el siglo xviii y el pasado reciente, los derechos vinculados a la pertenencia en la categoría nacional de ciudadano se ampliaron notablemente. ¿Por qué y cómo? Sucedió en dos fases posteriores: la segunda fue un impulso dirigido por la burguesía por los derechos civiles y políticos, y la tercera, una fase en la que los trabajadores, las pequeñas burguesías y los campesinos negociaron de manera más autónoma con el Estado.

En la segunda fase, la negociación sobre la guerra continuó desempeñando un papel central. La guerra general entre las potencias europeas disminuyó durante un siglo después de 1815, pero los europeos mantuvieron ejércitos permanentes reclutados en el nivel nacional y exportaron la guerra al resto del mundo en forma de conquista imperial. Los presupuestos militares, enormemente incrementados, empoderaron a las legislaturas dominadas por burgueses y terratenientes que se habían formado durante las guerras francesas y que nunca desaparecieron del todo después de terminadas; se habían convertido en el sitio de las luchas por los gastos del gobierno y las puertas a través de las cuales los ministros y reyes tuvieron que pasar de camino a la expansión militar. Pero para equilibrar a sus homólogos aristocráticos en la legislatura, algunas partes de la burguesía nacional usualmente formaban coaliciones, implícitas o explícitas, con trabajadores y con la pequeña burguesía, ambos sin derecho a voto, pero cada vez más organizados. Dentro de ciertos límites, los mismos derechos civiles que promovieron la posición burguesa ayudaron a la organización de los trabajadores y la pequeña burguesía: a medida que presionaron por la libertad de asociación, la libertad de reunión, la libertad de prensa y otras libertades, promovieron sin querer la movilización de miembros más pobres y menos poderosos de su mundo comercial.

¡Sin exagerar, por favor! La Ley de Reforma Británica de 1832 cerró en las narices de los trabajadores organizados una puerta que ellos y los burgueses que se beneficiaron de dicha Ley habían luchado juntos por abrir. La sensación de

traición motivó a los trabajadores casi de inmediato a iniciar el gran Movimiento Cartista que siguió casi de inmediato. Su relación con la ruptura de la coalición de 1832 y el reconocimiento de las ventajas políticas que los industriales obtuvieron de ella, explican en gran medida el programa sorprendentemente político del Cartismo. Era de esperarse que los trabajadores empobrecidos y amedrentados subrayaran los salarios, el empleo y las condiciones de trabajo más que las reuniones anuales del Parlamento, pero no fue sino hasta 1867 que un gran número de trabajadores británicos comenzó a votar en las elecciones nacionales. Los burgueses europeos del periodo post napoleónico se encontraron en una posición ambivalente: disfrutaban de la clara distinción política entre ellos y los trabajadores o comerciantes, y sin embargo pretendían que estos últimos actuaran como contrapesos contra sus poderosos rivales políticos. Sin embargo, el efecto neto de su acción fue ampliar la zona de los derechos civiles y hacer que el Estado fuera más vulnerable a las demandas de los derechos políticos de los trabajadores, comerciantes y campesinos.

En la tercera fase, promovida por las coaliciones burguesa-obrera-campesina de las revoluciones de 1848, los principales beneficiarios de la expansión de los derechos civiles, políticos y sociales comenzaron a movilizarse y actuar de manera más autónoma que antes. Si Marshall tenía razón al designar al siglo xx como la gran era de los derechos sociales, el siglo xix sentó las bases de dos maneras importantes: al proporcionar a los trabajadores, comerciantes y campesinos el espacio para organizarse legalmente y expresar sus demandas con firmeza, e iniciando un proceso de negociación tripartita entre trabajadores, capitalistas y el Estado sobre los límites de explotación impuestos por el Estado y sobre los beneficios materiales mínimos a los que todos los ciudadanos tenían derecho. Con Bismarck, el Estado alemán recién formado se adelantó a la negociación al instalar un formidable contrato social descendente (Steinmetz, 1993). Pero, hasta cierto punto, la mayoría de los Estados europeos siguió interviniendo en la organización y distribución de la producción bajo la presión de trabajadores y consumidores cada vez más organizados.

A finales del siglo xix llegó una era en la que el gasto militar y el servicio de la deuda para gastos militares anteriores ya no dominaban los presupuestos de los Estados europeos, como había ocurrido siempre desde que se formaron los presupuestos distintivos en el siglo xvi. Las guerras comenzaron a ser importantes, sobre todo cuando se ampliaron los poderes de los Estados y sus presupuestos, y los fines de las guerras comenzaron a representar momentos cruciales para la movilización política; la adopción generalizada del sufragio

femenino después de la Primera Guerra Mundial ilustra esos efectos; pero estaba en juego mucho más que el sufragio. Los derechos sociales a los servicios públicos (educación, salud y bienestar) se volvieron negocios de gran relevancia del gobierno. Muchos Estados europeos se convirtieron en Estados de bienestar, Estados comprometidos a proporcionar servicios y garantizar ingresos a grandes segmentos de sus ciudadanos.

La cronología en sí misma requiere enormes calificaciones: los siervos formalmente designados, por ejemplo, todavía existían en la Rusia de 1860, pero habían desaparecido de Inglaterra y los Países Bajos cuatro o cinco siglos antes; incluso hoy, los derechos de libertad de expresión varían enormemente entre Albania o Turquía, y Noruega o Finlandia. Para la mayoría de los Estados europeos ha resultado conveniente en algunos momentos del siglo xx definir a ciertos ciudadanos putativos: comunistas, fascistas, gitanos, judíos, homosexuales, colaboradores, como personas indignas de derechos. Una teoría completa de los derechos ciudadanos explicaría estas variaciones, así como las tendencias generales en todo el continente. Pido que mi teoría sea ponderada en su justa medida: como un esbozo teórico sugerente e históricamente fundamentado que invita a su corroboración, refutación, modificación y ampliación.

Esquema 10.1

Trayectoria hipotética de la ciudadanía nacional en Europa



Extensiones y aplicaciones

El modelo expresa en general que los derechos (reclamos exigibles) surgen del planteamiento de demandas similares repetidamente bajo ciertas condiciones: 1) ambos, el demandante y el objeto de las demandas pueden recompensar o castigar al otro de alguna manera significativa; 2) de hecho, ambos están negociando en torno a esas recompensas y castigos; 3) uno o ambos también negocian con terceros interesados en las demandas que se presenten, y actuarán para hacer cumplir el otorgamiento futuro de éstas, y 4) las tres o más partes en las demandas así constituidas tienen identidades y relaciones de largo plazo entre sí.

El modelo también sugiere cómo desaparecen los derechos. Si alguna de las cuatro condiciones fundacionales (demandante y objeto que controlan recompensas y castigos relevantes, negociaciones reales, terceros interesados, identidades de largo plazo y relaciones sociales) se debilita mucho, también lo harán los derechos.

Cuando el modelo de negociación se utiliza para informar el análisis histórico y comparativo, sirve para dar sentido a cómo se forman los derechos y cuándo pueden desaparecer. Este modelo de derechos como producto de la negociación basada en intereses parece al menos tan plausible como las ideas comunes de que los derechos se derivan de mentalidades: el *Zeitgeisten* (el clima intelectual y cultural de una era), las teorías generales o la simple lógica de la vida social (Coleman, 1990).

Referencias

Barrington Moore, Jr. (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy*. Boston: Beacon Press.

Bartalet, J.M. (1988). *Citizenship*. Mineápolis: University of Minnesota Press.

Coleman, James S. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Harvard University Press, Belknap Press.

Markoff, John (1990). "Peasants Protest: The Claims of Lord, Church, and State in the Cahiers de doléances of 1789". *Comparative Studies in Society and History* 32: 413-54.

Marshall, T. H. (1965). *Class, Citizenship, and Social Development*. Garden City: Doubleday.

Sen, Amartya (1981). *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*. Oxford: Clarendon Press.

Somers, Margaret R. (1993). "Citizenship and the Place of the Public Sphere: Law, Community, and Political Culture in the Transition to Democracy". *American Sociological Review* 58: 578-620.

Steinmetz, George (1993). *Regulating the Social: The Welfare State and Local Politics in Imperial Germany*. Princeton: Princeton University Press.

Turner, Bryan S. (coord.) (1993). *Citizenship and Social Theory*. Newbury Park: Sage.

[Notas]

[1] Para consultar explicaciones y críticas al análisis de Marshall, véase Barbalet (1988); Somers (1993) y Turner (1993).

[2] N.T. Equilibrio de fuerzas. En francés en el original.

[3] N.T. Nacionales. En francés en el original.

[4] N.T. Ciudadanía activa. En alemán en el original.

11. Democratización y desdemocratización

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

¿Qué es la democracia?

Para tomarnos la democracia en serio debemos saber de qué estamos hablando. Desarrollar una definición precisa de democracia es particularmente importante cuando intentamos, como es el caso, describir y explicar la variación y el cambio en su alcance y carácter.

Los observadores de la democracia y la democratización generalmente eligen, implícita o explícitamente, entre cuatro tipos principales de definiciones: constitucional, sustantiva, procesal y orientada al proceso (Andrews y Chapman, 1995; Collier y Levitsky, 1997; Held, 1996; Inkeles, 1991; O'Donnell, 1999; Ortega Ortiz, 2001; Schmitter y Karl, 1991). El enfoque constitucional se concentra en las leyes que promulga un régimen sobre la actividad política. De esta manera, podemos mirar a lo largo de la historia y reconocer las diferencias entre oligarquías, monarquías, repúblicas y muchos otros tipos de regímenes mediante la comparación de los acuerdos legales. Además, en las propias democracias podemos distinguir entre monarquías constitucionales, sistemas presidenciales y configuraciones parlamentarias, sin mencionar variaciones como estructuras federales versus estructuras unitarias. Los criterios constitucionales tienen muchas ventajas para hacer grandes comparaciones históricas, en especial la visibilidad relativa de las formas constitucionales. Sin embargo, como muestran los casos de Kazajstán y Jamaica, las grandes discrepancias entre los principios declarados y las prácticas cotidianas hacen que a menudo las constituciones sean engañosas.

Los enfoques sustantivos se concentran en las condiciones de vida y la política que promueve determinado régimen: ¿este régimen promueve el bienestar humano, la libertad individual, la seguridad, la equidad, la igualdad social, la deliberación pública y la resolución pacífica de conflictos? Si es así, podríamos inclinarnos a llamarlo democrático, independientemente de cómo pueda leerse su constitución. Sin embargo, de esta estrategia de definición se derivan, de manera inmediata, dos problemas. Primero, ¿qué hacemos con los compromisos establecidos entre estos estimables principios? Si un régimen dado es desesperadamente pobre pero sus ciudadanos disfrutan de una especie de

igualdad, ¿deberíamos considerarlo más democrático que un régimen más o menos próspero, pero ferozmente desigual?

En segundo lugar, centrarse en los posibles resultados de la política obstaculiza cualquier intento de saber si algunos arreglos políticos, incluida la democracia, promueven resultados sustantivos más deseables que otros. ¿Qué ocurriría si realmente quisiéramos saber en qué condiciones y cómo promueven los regímenes el bienestar humano, la libertad individual, la seguridad, la equidad, la igualdad social, la deliberación pública y la resolución pacífica de conflictos? Más adelante discutiremos en profundidad cómo el hecho de que un régimen sea o no democrático afecta la calidad de la vida pública y privada.

Los defensores de las definiciones procedimentales señalan una gama restringida de prácticas gubernamentales para determinar si un régimen califica como democrático. La mayoría de los observadores procedimentales se enfocan en las elecciones, preguntándose si las genuinamente competitivas, aquellas en las que participa un gran número de ciudadanos, habitualmente producen cambios en cuanto a la burocracia y las políticas gubernamentales. Si las elecciones continúan siendo una farsa sin competencia y una forma de aplastar a los opositores gubernamentales, como ocurre en Kazajstán, los analistas procedimentales las rechazarán como criterios de democracia.

Los enfoques sobre la democracia orientados a los procesos difieren mucho de las explicaciones constitucionales, sustantivas y procedimentales. Éstos distinguen un conjunto mínimo de procesos que deben estar continuamente en movimiento para que una situación califique como democrática. En una intervención clásica, Robert Dahl estipula cinco criterios orientados en el proceso para la democracia. Al referirse primero a cómo podrían funcionar en una asociación voluntaria, propone varias formas.

Participación efectiva. Antes de que una asociación pueda adoptar una política, todos los miembros deben tener oportunidades iguales y efectivas para dar a conocer sus puntos de vista a los demás participantes con respecto a lo que dicha política debería ser.

Igualdad de voto. Llegado finalmente el momento de la toma de decisión sobre la política, cada miembro debe tener una oportunidad igual y efectiva de votar y

todos los votos deben contarse como iguales.

Comprensión informada. Dentro de límites razonables en cuanto a tiempo, cada miembro debe tener oportunidades iguales y efectivas de conocer las alternativas políticas relevantes y sus posibles consecuencias.

Control de la agenda. Los miembros deben tener la oportunidad exclusiva de decidir cómo, y si así lo deciden, qué asuntos se incluirán en la agenda. Así, el proceso democrático requerido por los tres criterios anteriores nunca se agota. Sí así lo deciden, las políticas de la asociación siempre están abiertas al cambio por parte de los miembros.

Inclusión de los adultos. Todos, o en cualquier caso la mayoría de los adultos residentes permanentes, deben tener todos los derechos de los ciudadanos implícitos en los primeros cuatro criterios. Antes del siglo

xx

este criterio era inaceptable para la mayoría de los defensores de la democracia (Dahl, 1998: 37-38).

El último criterio, la inclusión de los adultos, irónicamente excluye muchos casos que los filósofos políticos han considerado grandes ejemplos históricos para la democracia: las polities griegas y romanas, las tripulaciones vikingas, las asambleas de pueblos y algunas ciudades-Estado. Todos ellos armaron sus deliberaciones políticas por medio de la exclusión masiva, más notablemente de mujeres, esclavos e indigentes. La inclusión de todos (o de casi todos) los adultos, básicamente restringe la democracia política a los últimos siglos.

Cuando Dahl pasa de las asociaciones locales a los regímenes nacionales, se aferra a sus enfoques orientados al proceso, pero cambia cuando se refiere a las instituciones. Para Dahl, las instituciones consisten en prácticas que persisten. El tipo de régimen que Dahl llama una “democracia poliárquica” se fundamenta en seis instituciones características: funcionarios electos; elecciones libres, imparciales y frecuentes; libertad de expresión; fuentes alternativas de información; autonomía asociativa y ciudadanía incluyente (Dahl, 1998: 85 y 2005: 188-189). Una vez más, el procedimiento de votación aparece en la lista, pero en conjunto, los criterios de Dahl para la democracia poliárquica describen

un proceso de trabajo, una serie de interacciones regularizadas entre ciudadanos y funcionarios que van mucho más allá de los estándares habituales de procedimiento.

Sin embargo, hay un truco. Básicamente, Dahl nos proporciona una lista estática de sí-no: si un régimen instaaura las seis instituciones, cuenta como democracia. Si carece de alguna de éstas, o si algunas de éstas no funcionan realmente, no cuenta como democracia. Este enfoque puede funcionar para hacer un recuento anual de los regímenes que califican o no como democracias, incluso si sus críticos cuestionan la posibilidad de que las elecciones en lugares como Jamaica será libres e imparciales. Supongamos, sin embargo, que queremos utilizar normas enfocadas en el proceso de una manera más ambiciosa: no queremos simplemente hacer un recuento de las democracias en un sólo momento, más bien queremos hacer dos cosas con mayor exigencia: primero, comparar los regímenes con respecto a cuán democráticos son; segundo, hacer un seguimiento de cada régimen en particular a través del tiempo, observando cuándo y cómo se vuelven más o menos democráticos.

Por otra parte, la autonomía de las asociaciones poderosas, elitistas, racistas, sexistas o promotoras de odio con frecuencia obstaculiza el carácter inclusivo de la ciudadanía. ¿Debe una democracia permitir que grupos de presión bien financiados impulsen una ley punitiva antiinmigrante en la legislatura? Para meternos de lleno a la comparación y la explicación tendremos que mejorar los criterios de Dahl manteniéndonos fieles a su espíritu de orientación procesal.

Elementos de democracia, democratización y desdemocratización

¿Cómo podemos seguir adelante? Antes de identificar los criterios orientados hacia el proceso para la democracia, la democratización y la desdemocratización, aclaremos lo que tenemos que explicar, para lo cual, nos servirá una simplificación radical. Más tarde, podemos volver a las complicaciones que omite nuestra primera aproximación al problema. Adoptemos tres ideas simples.

Primero, comenzamos con un Estado, una organización que controla la mayor concentración de medios coercitivos dentro de un gran territorio; prioriza algunos aspectos por encima del resto de las organizaciones que operan dentro del mismo territorio y recibe el reconocimiento de esa prioridad por parte de las otras organizaciones, incluidos otros Estados fuera del territorio. Empezamos a ver las complicaciones: ¿qué sucede con los sistemas federales, las guerras civiles, los enclaves dominados por caudillos y las facciones rivales dentro del Estado? Por el momento, sin embargo, podemos plantear el problema de la democracia de manera más clara al suponer un Estado único y bastante unitario.

Segundo, incluimos a todos los que viven bajo la jurisdicción de ese Estado en una categoría general: ciudadanos. De nuevo, vienen a la mente varias complicaciones: ¿qué pasa con los turistas, las corporaciones transnacionales, los miembros de la economía subterránea y los expatriados? Pronto señalaré que la mayoría de los regímenes históricos han carecido de la ciudadanía plena, lo cual desempeña un papel de vital importancia en la democracia, pero, para empezar, denominar ciudadanos a todos los que viven bajo la jurisdicción de un Estado dado servirá para aclarar lo que debemos explicar. La democracia resultará ser, entonces, una determinada clase de relaciones entre los Estados y los ciudadanos, y la democratización y la desdemocratización consistirán en cambios en esos tipos de relaciones.

Los principios de Dahl ya implican un paso como este; incluso la autonomía asociativa, por ejemplo, depende del respaldo estatal del derecho de las asociaciones a existir, en lugar de depender de la mera presencia de muchas, muchas asociaciones.

Algunas de las políticas públicas consisten en consultar a los ciudadanos sobre sus opiniones, necesidades y demandas. La consulta abarca cualquier medio público por medio del cual los ciudadanos expresen sus preferencias colectivas con respecto al personal y las políticas estatales. En regímenes relativamente democráticos, las elecciones competitivas ciertamente dan voz a los ciudadanos, pero también lo hacen el cabildeo, las peticiones, los referendos, los movimientos sociales y las encuestas de opinión. En este caso, las complicaciones faltantes son obvias: sobornos, cadenas clientelares, favores a los seguidores y votantes, nepotismo entre funcionarios y otros fenómenos similares difuminan la frontera entre política pública y privada. Es más, pronto descubriremos que no podemos entender la política pública concentrándonos tan sólo en las interacciones ciudadano-Estado, sino que también debemos examinar las coaliciones, rivalidades y confrontaciones entre los principales actores políticos fuera del Estado.

En esta perspectiva simplificada, un régimen es democrático en la medida en que las relaciones políticas entre el Estado y sus ciudadanos contengan consultas amplias, equitativas, protegidas y mutuamente vinculantes. La democratización significa un movimiento neto hacia consultas más amplias, más igualitarias, más protegidas y vinculantes. La desdemocratización, obviamente, significa un movimiento neto hacia consultas más restringidas, menos igualitarias, menos protegidas y vinculantes.

Capacidad del Estado y variación del régimen

Hasta ahora he omitido deliberadamente una característica importante de los regímenes: la capacidad del Estado para imponer sus decisiones políticas. Ninguna democracia puede funcionar si el Estado carece de la capacidad de supervisar la toma de decisiones democráticas y poner en práctica sus resultados, lo cual resulta más evidente en el caso de la protección. Un Estado muy débil puede proclamar el principio de proteger a los ciudadanos del acoso por parte de agentes estatales, pero poco puede hacer al respecto cuando sucede. Los Estados altamente capaces corren el riesgo contrario: la toma de decisiones por parte de los agentes estatales adquiere suficiente peso como para aplastar las consultas mutuamente vinculantes entre el gobierno y los ciudadanos.

La capacidad del Estado representa hasta qué punto las intervenciones de los agentes estatales en los recursos no estatales y las actividades y las conexiones interpersonales alteran la distribución existente de éstos, así como las relaciones entre esas distribuciones. (La redistribución de la riqueza dirigida por el Estado, por ejemplo, implica casi inevitablemente no sólo una redistribución de los recursos entre la población, sino también un cambio en la conexión entre las distribuciones geográficas de la riqueza y la población.) Según este criterio, en un régimen de alta capacidad, cada vez que los agentes estatales actúan, sus acciones afectan significativamente los recursos, actividades y conexiones interpersonales de los ciudadanos. En un régimen de baja capacidad, los agentes estatales tienen efectos mucho más limitados, no importa cuánto intenten cambiar las cosas. La gran mayoría de los regímenes históricos pertenecen al sector no democrático de baja capacidad. Sin embargo, muchos de los más grandes y poderosos han vivido en el sector no democrático de alta capacidad. Estos regímenes democráticos de alta capacidad han sido únicos y en su mayoría recientes; los democráticos de baja capacidad han sido pocos e infrecuentes.

Entonces vemos que, a lo largo de la historia humana, la gran mayoría de los regímenes han sido no democráticos; los democráticos son creaciones únicas, contingentes y recientes. Es cierto que se han formado democracias parciales de

manera intermitente a escala local, por ejemplo, en aldeas gobernadas por consejos que incorporan a la mayoría de los jefes de familia. En la escala de ciudad-Estado, el dominio de caudillo o una federación regional, las formas de gobierno han pasado de la hegemonía dinástica a la oligarquía, con una ciudadanía restringida y desigual o incluso inexistente; una consulta vinculante reducida o inexistente, y una protección incierta contra acciones gubernamentales arbitrarias.

Además, antes del siglo xix, los grandes Estados e imperios generalmente administraban por medio de un gobierno indirecto: sistemas en los que el poder central recibía tributos, cooperación y garantías de cumplimiento por parte de los súbditos de los detentores del poder regional que gozaban de gran autonomía dentro de sus propios dominios. Incluso en la Francia supuestamente absolutista, por ejemplo, los grandes nobles sólo comenzaron a perder su poder regional en el siglo xvii, cuando Luis xiv se empeñó (y finalmente logró) reemplazarlos por administradores regionales destituibles y designados por el gobierno. Antes de eso, los grandes señores dirigían sus dominios como príncipes y, a menudo, tomaban las armas contra la propia corona francesa. Visto desde abajo, tales sistemas a menudo imponían una tiranía sobre la gente común. Visto desde arriba, sin embargo, carecían de capacidad; los intermediarios suministraban soldados, bienes y dinero a los gobernantes, pero sus privilegios autónomos también establecían límites rigurosos a la capacidad de los gobernantes para gobernar o transformar el mundo dentro de sus presuntas jurisdicciones.

Finalmente, el siglo xix trajo consigo la adopción generalizada del gobierno directo: la creación de estructuras que ampliaban continuamente la comunicación y el control del gobierno desde las instituciones centrales a las localidades individuales o incluso a los hogares, y viceversa. La creación de un gobierno directo incluía medidas tales como códigos fiscales uniformes, servicios postales a gran escala, servicios civiles de carrera y conscripción militar nacional. Incluso entonces, el gobierno directo abarcaba desde las jerarquías unitarias de la monarquía centralizada hasta la segmentación del federalismo. A gran escala, el gobierno directo hizo posible una ciudadanía sustancial y, por lo tanto, también la democracia. Posible, pero no probable, mucho menos inevitable: los instrumentos de gobierno directo han sostenido a muchas oligarquías, algunas autocracias, una serie de Estados controlados por un partido y el ejército, y unas pocas tiranías fascistas. Incluso en la era del gobierno directo, la mayoría de los regímenes han permanecido alejados de la democracia.

Después de haber establecido más aspectos preliminares, el libro organiza sus principales explicaciones sobre democratización y desdemocratización en torno a tres grupos centrales de cambios.

Aumento o disminución de la integración entre redes interpersonales de confianza (por ejemplo, parentesco, membresía religiosa y relaciones dentro de los gremios) y políticas públicas.

Aumento o disminución del aislamiento de la política pública frente a las principales desigualdades categóricas (por ejemplo, género, raza, etnicidad, religión, clase, casta) en torno a las cuales organizan su vida cotidiana los ciudadanos.

Aumento o disminución de la autonomía de los principales centros de poder (especialmente aquellos que manejan medios coercitivos importantes) como los caudillos, las cadenas clientelares, los ejércitos y las instituciones religiosas con respecto a la política pública.

De acuerdo con esta argumentación, los procesos fundamentales que promueven la democratización en todo momento y lugar consisten en aumentar la integración de las redes de confianza en las políticas públicas, incrementar el aislamiento de las políticas públicas de la desigualdad categórica y disminuir la autonomía de los principales centros de poder frente a dichas políticas.

Democratización y desdemocratización de Francia, 1600-2006

Incluso durante su historia reciente, la democracia ha sido una forma de gobierno precaria y reversible. Para ver cuán reciente, precaria y reversible es la democracia, podríamos revisar la historia de Francia desde 1600. En este caso, me remito al trabajo de toda una vida en la historia política francesa (véase especialmente Shorter y Tilly, 1974; Tilly, 1964, 1986, 1993: cap. 5; 2004, cap. 4). Francia ofrece un reto fascinante a las explicaciones comunes de democratización y desdemocratización: rechaza categóricamente cualquier noción de democratización como un proceso gradual, deliberado e irreversible o como un conjunto útil de invenciones políticas que un pueblo simplemente utiliza cuando está preparado. Al contrario, muestra la gran importancia de la lucha y el impacto tanto para la democracia como para sus retrocesos.

Después de las revoluciones estadounidense y holandesa de las dos décadas anteriores, la Revolución francesa en sus primeros años (1789-1793) estableció uno de los modelos más influyentes de la historia del gobierno democrático nacional. En un gesto ateniense que Maquiavelo bien podría haber deplorado, los primeros revolucionarios reemplazaron al rey soberano y a su consejo con un parlamento elegido por los todos los ciudadanos. Sólo a través de una vasta experimentación y lucha, incluidas las guerras civiles, con el ascenso de Napoleón al poder a partir de 1799 y hasta su culminación lograron volver a un ejecutivo central (Woloch, 1970, 1994). Bajo el gobierno de Napoleón, además, a medida que aumentó la capacidad del Estado, disminuyó la democracia.

El régimen autoritario de Napoleón no puso fin a las luchas y los reveses en absoluto.[1] Durante el siglo xix, de julio de 1815 a 1848, Francia no sólo regresó a la Restauración (más o menos constitucional) y a las monarquías, también sufrió otra revolución democrática antes de regresar a un régimen autoritario (1851-1870) bajo Louis Napoleón Bonaparte. Luego, una revolución relativamente pacífica y democrática (1870) precedió a un año de lucha con y dentro de las Comunas de París y otras ciudades importantes.

Las comunas nos llevan apenas a la mitad del camino entre la gran Revolución

de la década de 1790 y el régimen francés que conocemos hoy. Una Tercera República de larga vida (relativamente democrática, excepto por la exclusión de las mujeres) tomó forma durante la década de 1870 y duró hasta la ocupación nazi de 1940. Sin embargo, no fue sino hasta la conclusión de las principales luchas de la posguerra (1944-1947) cuando se asentó el régimen democrático más o menos continuo en la Francia contemporánea. Finalmente (1945), las mujeres adquirieron el derecho a votar y a ocupar cargos de elección en Francia. (Incluso en ese momento, podríamos considerar que la feroz guerra civil argelina de 1954-1962 y el regreso al poder inducido por la guerra de Charles de Gaulle en 1958 cuentan como una recesión democrática, y también podríamos considerar a las amplias movilizaciones contra De Gaulle en 1968 como otra crisis más de la democracia.) Dependiendo de cómo consideremos los retrocesos menores, entre 1789 y el presente, Francia experimentó al menos cuatro periodos relevantes de democratización, pero también al menos tres de desdemocratización.

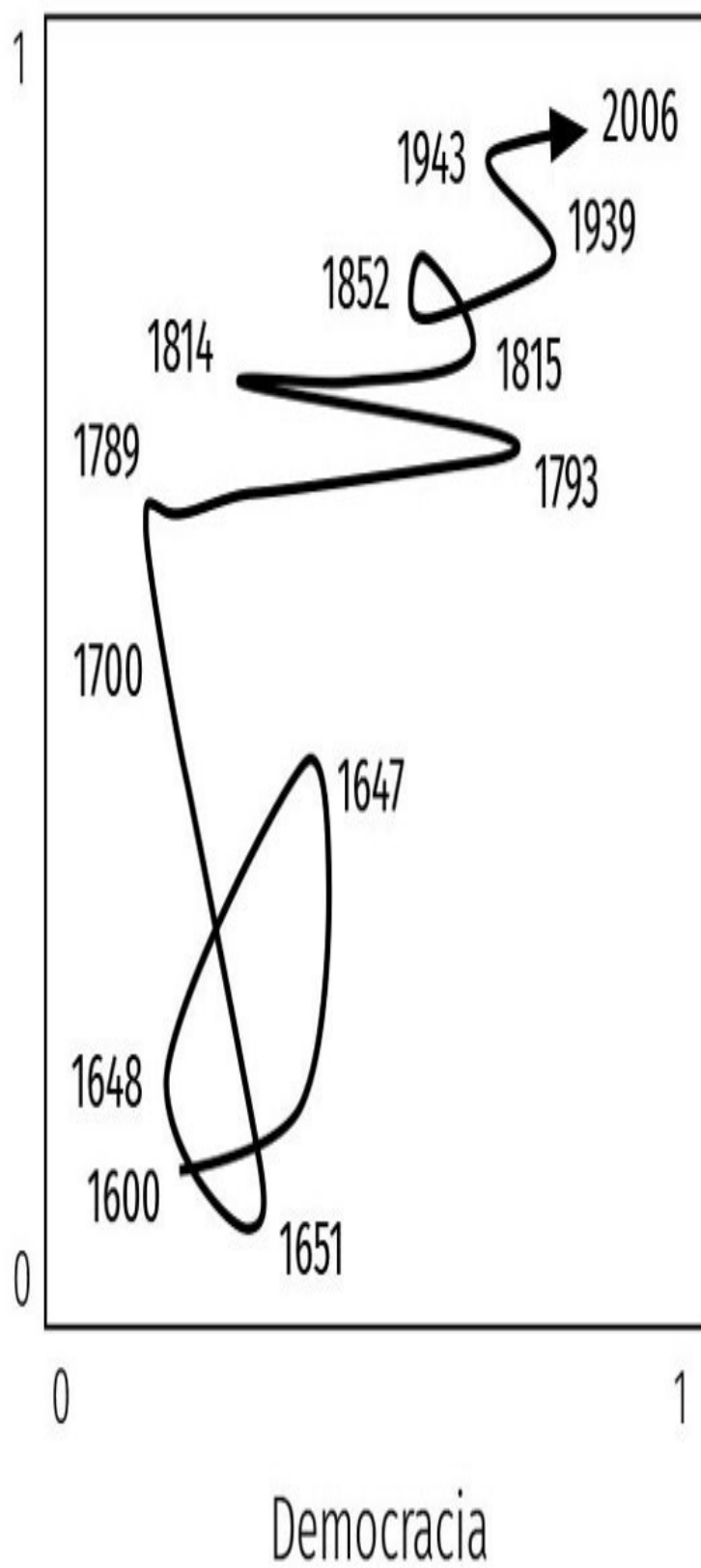
Retomemos nuestro espacio de régimen de capacidad-democracia para tener mayor claridad. Por democracia nos seguimos refiriendo al grado en el que un régimen se caracteriza por una consulta amplia, igualitaria, protegida y vinculante de los ciudadanos con respecto a las acciones estatales. Por capacidad estatal aún nos referimos a la medida en que las intervenciones de los agentes estatales en los recursos, actividades y conexiones interpersonales no estatales existentes alteran las distribuciones de éstos, así como las relaciones entre esas distribuciones; en estos términos, la figura 11.1 esquematiza la compleja trayectoria de Francia desde 1600 hasta el presente. A pesar de sus muchos giros, la figura de hecho simplifica las formas que influyen en el resto de nuestro análisis. Tomemos, por ejemplo, mediados del siglo xvii: en 1600 la figura refleja correctamente a Francia en un punto bajo tanto en términos de democracia como de capacidad del Estado en el momento en que surgía hecho añicos de las titánicas guerras religiosas del siglo xvi. Había muy poca amplitud, igualdad, la protección, y consulta mutuamente vinculante o capacidad estatal en el maltrecho reino. Luego, la capacidad se recuperó en alguna medida bajo el gobierno de reyes agresivos, sin que hubiera un movimiento hacia algo que se asemejara ligeramente a la democracia para la mayoría de los franceses.

Esquema 11.1

Trayectoria de los regímenes nacionales franceses,

1600-2006

Capacidad del estado



El periodo de 1648 a 1653 trajo a una Francia que se había recuperado parcialmente de la anarquía de los reyes Enrique iv y Luis xiii de regreso a la misma zona anárquica de baja capacidad y democracia mínima. Las guerras civiles de la Fronda dividieron a Francia en reiteradas ocasiones; el joven Luis xiv y sus asesores sólo comenzaron a recuperar el control de vastas regiones a mediados de la década de 1650, y lograron someter grandes áreas de autonomía protestante dentro del auto declarado Estado católico a partir de la década de 1680.

No nos ayudará mucho seguir cada garabato y giro de la historia política francesa desde 1600 hasta el presente. He aquí los principales mensajes que nos deja el diagrama siguiente.

Durante la primera mitad del siglo xvii, el régimen francés se mantuvo completamente fuera del territorio democrático, pero ganó y perdió capacidad a un ritmo vertiginoso.

Sólo cuando el rey y sus aliados cercanos pudieron someter o sobornar a sus rivales, en gran medida autónomos dentro del país, pudo aumentar de manera importante la capacidad del Estado; las rebeliones y las demandas lideradas por magnates regionales revirtieron repetidamente el crecimiento de dicha capacidad.

Durante la segunda mitad del mismo siglo, el gobierno en consolidación de Luis xiv aumentó enormemente la capacidad, a expensas de un alejamiento aún mayor de cualquier cosa que se pareciera a la democracia; los detentores del poder y los enclaves regionales perdieron autonomía en forma masiva.

Ningún cambio de dirección importante ocurrió hasta la Revolución de 1789, cuando Francia comenzó un extraordinario experimento con formas democráticas.

Pronto, sin embargo, los esfuerzos de los revolucionarios para combatir a los enemigos nacionales y extranjeros condujeron a una nueva acumulación de capacidad a expensas de la democracia.

Desde el final de las Guerras Napoleónicas (1814) hasta el final de la Segunda

Guerra Mundial, el país giró constantemente entre brotes de democratización y desdemocratización; la capacidad del Estado casi siempre tendió a moverse hacia arriba en ambas fases.

Durante el periodo de la posguerra, Francia construyó un Estado democrático de alta capacidad que (al menos hasta ahora) no parece estar revirtiendo su dirección significativamente.

Sin embargo, las situaciones totalmente revolucionarias continuaron durante el siglo xviii y se aceleraron durante el xix. El país no escapó a la fragmentación masiva, aunque intermitente, del control estatal sobre su gente, recursos y territorio hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Si incluimos en el recuento de situaciones revolucionarias de la Francia metropolitana los territorios de ultramar, las guerras de Argelia y Vietnam, éstas ampliarían mucho el periodo de amenaza de irrupción revolucionaria. Incluso más que el diagrama de capacidad-democracia, la cronología (cuadro 11.1) muestra hasta qué punto la democratización francesa resultó de la lucha revolucionaria.

Cuadro 11.1

Situaciones revolucionarias en la Francia metropolitana, 1648-2006

1645-1653	La Fronda
1655-1657	Rebelión Tardanizat (Guyena)
1658	Rebelión de Sabotiers (Sologne)
1661-1662	Rebelión de Bénauge (Guyena)
1662	Rebelión de Lustucru (Boulonnais)
1663	Rebelión de Audijos (Gascoña)
1663-1672	Guerilla de Angelets (Rousillon)
1675	Rebelión del papel timbrado o de los bonetes rojos (Torrében) (Bretaña)
1702-1706	Rebeliones de los camisardos de Cévennes y Languedoc
1768-1769	Rebelión corsa
1789-1799	Múltiples revoluciones y contrarrevoluciones francesas
1815	Los cien días
1830	La revolución de julio
1848	La Revolución francesa
1851	Golpe de Estado de Louis Napoleón, insurrección
1870	Colapso del Estado, ocupación alemana, revoluciones republicanas
1870-1871	Múltiples comunas
1944-1945	Resistencia y liberación

Democratización y desdemocratización

Desde su independencia en 1947, India ha ocupado una posición en algún lugar dentro del cuadrante de alta capacidad y alta democracia de nuestro espacio de capacidad-democracia. Tanto la capacidad como la democracia han tenido alguna fluctuación durante esos 60 años, pero en general el régimen nacional de la India se ha parecido al de Canadá, digamos, más que al de Jamaica o Kazajstán. Sin embargo, este país de 1 100 millones de habitantes plantea problemas para cualquier análisis de la democratización y la desdemocratización. Esos problemas surgen de varias maneras.

A pesar de la gran pobreza y desigualdad entre sus habitantes, la economía india se está convirtiendo en uno de los grandes contrapesos en el mundo.

Sus 25 Estados, muchos de ellos más grandes y poblados que la mayoría de los Estados europeos, varían enormemente en riqueza, composición social y carácter político.

Su política pública se caracteriza en general por muestras vívidas de tintes religiosos.

Hindúes, musulmanes, sijs y otros militantes religiosos cometen masacres de forma intermitente el uno contra el otro y atacan sus símbolos sagrados entre sí.

Alrededor de las fronteras del país (por ejemplo, en Cachemira y en el noreste, étnicamente fragmentado) los grupos separatistas con frecuencia utilizan la fuerza armada para atacar a los funcionarios gubernamentales; el personal de seguridad del Estado con frecuencia utiliza la represión brutal.

En las regiones centrales del país, las guerrillas maoístas (por lo regular llamadas naxalitas), con cierta presencia política en aproximadamente 25% de todos los distritos políticos indios, también usan medios letales para masacrar a las fuerzas gubernamentales y a los habitantes que no cooperan.

Señales de democratización y desdemocratización

Así, el formidable caso de India nos regresa a la tarea general de este libro. En los términos más amplios, intentamos describir y explicar la variación y el cambio en la manera en que el Estado se comporta según las demandas expresadas por sus ciudadanos. Para hacer que la descripción sea manejable, resulta útil dividir nuestra investigación en cuatro componentes: qué tan amplio es el rango de las demandas expresadas por los ciudadanos; cómo es que grupos igualmente diferentes de ciudadanos experimentan la traducción de sus demandas en el comportamiento estatal; en qué medida la expresión de las demandas mismas es objeto de la protección política del Estado, y cuánto compromete este proceso de traducción a ambas partes, ciudadanos y Estado. Estos cuatro componentes conducen directamente a nuestra definición de trabajo: un régimen es democrático en la medida en que las relaciones políticas entre el Estado y sus ciudadanos se caracterizan por consultas amplias, igualitarias, protegidas y mutuamente vinculantes. La democratización significa entonces un movimiento neto hacia este tipo de consultas, mientras que la desdemocratización significa un movimiento hacia consultas más estrechas, menos igualitarias, protegidas y menos mutuamente vinculantes.

¿Pero cómo podemos saber que realmente están ocurriendo tales cambios? El problema se divide en dos partes: los principios de detección y la evidencia disponible que nos permitiría aplicar esos principios. Dejemos de lado por un momento la segunda cuestión sobre la evidencia disponible para concentrarnos en los principios. En un mundo de información ilimitada, ¿cómo proceder para detectar la democratización y la desdemocratización de acuerdo con estos principios? El cuadro 11.2 presenta un resumen de los lineamientos discutidos para detectar estos procesos.

Mis anteriores análisis sobre Francia, los regímenes post socialistas y la India utilizaron estos principios, aunque de manera informal. Las ideas organizadoras son simples: comenzar con las interacciones ciudadano-Estado; concentrarse en las dinámicas en lugar de en las comparaciones estáticas; sacar promedios de los cambios en amplitud, igualdad, protección y consulta mutuamente vinculante;

definir el rango de casos dentro de los cuales se trabaja; estandarizar los cambios en ese rango, y dejar que las desviaciones de la estrecha correlación entre los cambios señalen problemas explicativos importantes. En el caso de la India, por ejemplo, estos principios llaman especialmente la atención sobre las crisis democráticas de 1975 a 1977 y de 1991 a 1994.

Sin embargo, no quiero que las expectativas crezcan demasiado. Ninguno de los análisis en el resto del libro alcanza el ambicioso estándar de medición establecido por los ejemplos presentados en el Cuadro 11.2. A menudo propondré una narración analíticamente informada parecida a mis consideraciones acerca de Francia y la India, teniendo en cuenta los principios del cuadro 11.2 pero sin establecer los números o incluso sin hacer comparaciones precisas con otros regímenes. En repetidas ocasiones (como en el caso de la India) confiaré en las calificaciones anuales de Freedom House sobre los derechos políticos y las libertades civiles de un régimen, donde los puntajes de los derechos políticos aparecen como representaciones aproximadas de amplitud, igualdad y consulta mutuamente vinculante, mientras que las libertades civiles reemplazan a la protección. Estas medidas están muy lejos de tener la precisión que se necesitaría para verificar, o falsificar, los argumentos de este libro. Pero dan concreción a mis afirmaciones sobre regímenes particulares y, por lo tanto, abren mis análisis a la confirmación, revisión o refutación por parte de especialistas.

La elección de casos de comparación obviamente afectará nuestra comprensión del rango de democracia de bajo a alto. Supongamos, por ejemplo a [...] Adam Przeworski y sus colaboradores, quienes estudiaron las actuaciones de 141 regímenes independientes entre 1950 y 1990 (Przeworski et al., 2000: 18-36) [...] Durante las cuatro décadas estudiadas, resulta que la gran mayoría de estos regímenes llevaba a cabo elecciones formales, sin importar lo fraudulentas que fueran. A ello siguen dos conclusiones. Primero, en el estudio de 1950 a 1990, el rango abarca esencialmente desde elecciones simuladas hasta sistemas electorales plenamente competitivos, pero no contiene otras distinciones más allá de esos límites [...]

Cuadro 11.2

Principios para la descripción de la democracia, la democratización y la desdemocratización

-
1. Concentrarse en observaciones acerca de las interacciones entre ciudadanos y Estados; por ejemplo, observar qué ocurre cuando grupos de ciudadanos plantean demandas a los funcionarios estatales y cuando éstos buscan reprimir a sus enemigos o rivales.
 2. Crear o adoptar medidas que combinen muchas interacciones ciudadano-Estado y/o probar una amplia gama de interacciones; por ejemplo, analizar la correspondencia y las reuniones entre funcionarios y ciudadanos comunes.
 3. Buscar cambios en la amplitud, la igualdad, la protección y la consulta mutuamente vinculante de la consulta ciudadano-Estado; por ejemplo, analizar los cambios en la frecuencia con la que los funcionarios detienen a los disidentes sin el debido proceso.
 4. Promediar esos cambios, bajo el supuesto de que las alteraciones en la amplitud, la igualdad, la protección y la consulta mutuamente vinculante contribuyen igualmente a la democratización y la desdemocratización. Por ejemplo, obtener puntajes sumarios separados para los cambios en amplitud, igualdad, protección y consulta mutuamente vinculante antes de combinarlos en puntajes generales para la democratización o la desdemocratización.
 5. Si los cambios son claramente heterogéneos (un elemento cambia en la dirección opuesta, o uno se desplaza mucho más o menos que los demás), hay que marcarlos para darles atención especial. Por ejemplo, si la amplitud, la igualdad y la protección aumentan mientras disminuye la consulta mutuamente vinculante, investigar la posibilidad de un paso hacia el despotismo benevolente.
 6. Establecer un rango claro de casos de comparación ordenados del menos hasta el más democrático, en donde los casos de comparación van de todos los regímenes que alguna vez existieron a una serie bastante restringida, según los propósitos analíticos. Por ejemplo, para una investigación acerca del impacto de la Primera Guerra Mundial en la democracia, comparar a todos los beligerantes involucrados año tras año desde 1915 hasta 1925.
 7. Estandarizar los cambios del caso en cuestión en el rango desarrollado; por ejemplo, cuando se estudia la Alemania de 1915 a 1925, calificar su grado de democracia con relación al resultado más alto (1) y al más bajo (0) que alcanzó cualquiera de los regímenes afectados por la guerra durante el periodo.
 8. Complementar la comparación entre regímenes donde se hayan detectado cambios sobre alcance de la implementación de los resultados de la consulta Estado-ciudadanos por parte del Estado. Por ejemplo, comparar año por año, de 1915 a 1925, el desempeño del Estado alemán en materia de las demandas articuladas por la votación y las actividades de los movimientos sociales.
 9. Si este análisis muestra cambios en la instrumentación, investigar si los movimientos en la capacidad del Estado provocaron estos cambios. Por ejemplo, determinar si las reparaciones, la inflación y la reconstrucción posteriores a la guerra redujeron la capacidad del Estado alemán para responder a las demandas de los ciudadanos.
-

La asombrosa Suiza

Veamos, por ejemplo, si podemos convertir la historia política de Suiza, tan poco convencional, en algo así como una serie disciplinada de observaciones sobre la democratización y la desdemocratización. Nos enfocamos en Suiza como el caso de un país que ha experimentado con relativamente pocos conocimientos la democratización y la desdemocratización. Una observación detallada de la historia suiza entre finales del siglo xviii y mediados del xix nos permite esclarecer las preguntas que han surgido en este capítulo hasta ahora: cómo rastrear el movimiento a lo largo de la dimensión democracia-no democracia, cómo saber si los regímenes que han ingresado a la zona de posibilidad de democracia se vuelven después más propensos tanto a la democratización como a la desdemocratización, y si éstas ocurren normalmente a velocidades distintas y con diferentes formas de oposición entre el Estado y el poder de los ciudadanos.

La experiencia suiza proporciona algunas sorpresas en todos estos aspectos, tanto por la suposición común de que los suizos simplemente transformaron la antigua democracia local alpina en un régimen nacional, como por la reputación de Suiza como un país tranquilo, arrogante y ordenado. De hecho, el camino suizo hacia la democracia llevó al país a una fragmentación total y atravesó por casi dos décadas de guerra civil.

La Revolución Francesa sacudió los lazos económicos y políticos de Suiza con Francia, al tiempo que expuso a los suizos a los nuevos modelos y doctrinas francesas. A partir de 1789, se formaron movimientos revolucionarios en varias partes de Suiza. En 1793, Ginebra (no miembro de la federación, pero estrechamente vinculado con Suiza) experimentó una revolución con el modelo francés. A medida que la amenaza de la invasión francesa aumentó a principios de 1798, Basilea, Vaud, Lucerna, Zúrich y otras regiones suizas siguieron el camino revolucionario. Basilea, por ejemplo, pasó de una constitución en la que sólo los ciudadanos de la capital elegían a los senadores de su cantón, a otra que brindaba a las poblaciones urbanas y rurales la misma representación. En 1798 una Francia en expansión conquistó Suiza en colaboración con los

revolucionarios suizos. Bajo la supervisión francesa, el régimen suizo adoptó una forma de gobierno mucho más centralizada, con una ciudadanía significativamente ampliada. El nuevo régimen incorporó los territorios de los cantones de St. Gallen, Grisones, Thurgau, Ticino, Aargau y Vaud en igualdad de condiciones con los cantones más antiguos, pero siguió la práctica revolucionaria francesa al reducir los cantones a unidades administrativas y electorales. Sin embargo, el gobierno central permaneció frágil; tan sólo entre 1800 y 1802 ocurrieron cuatro golpes de Estado, y con el retiro de las tropas francesas en 1802 estallaron múltiples rebeliones. Entonces Suiza estuvo a punto de entrar en una guerra civil. Sólo la intervención de Napoleón y la imposición de una nueva constitución en 1803 mantuvieron al país unido.

El régimen de 1803, conocido en la historia suiza como la Mediación, restauró un poder considerable a los cantones, pero de ninguna manera restableció el Antiguo Régimen. La refundada Federación Suiza operaba con una asamblea nacional, un multilingüismo oficial, igualdad relativa entre cantones y libertad de movimiento para los ciudadanos de uno a otro cantón. A pesar de algunos ajustes territoriales, una legislatura central, un poder judicial y un ejecutivo débiles sobrevivieron a la derrota de Napoleón. Sin embargo, la supervivencia sólo ocurrió después de otro roce cercano con la guerra civil, esta vez evitada por la intervención de las grandes potencias entre 1813 y 1815.

En el acuerdo de guerra de 1815, Austria, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Prusia, Rusia, España y Suecia aceptaron un tratado entre 22 cantones (con la adición de Valais, Neuchâtel y Ginebra) llamado el Pacto Federal, el cual garantizaba la neutralidad perpetua de Suiza y la inviolabilidad de sus fronteras. Sin embargo, en comparación con el periodo de hegemonía francesa, el Pacto Federal redujo en gran medida la capacidad del Estado central; la Suiza del Pacto Federal operaba sin una burocracia y un ejército permanentes, una moneda común, medidas estándar o una bandera nacional. Tuvo que luchar con múltiples barreras aduanales internas, una capital rotatoria y disputas incesantes entre los representantes cantonales que no tenían derecho a desviarse de las instrucciones de sus electores locales. A escala nacional, los suizos vivían con un sistema mejor dispuesto para el veto que para el cambio concertado.

En la revolución francesa de julio de 1830, el anticlericalismo se volvió más prominente en el radicalismo suizo. Los historiadores de Suiza en la década de 1830 hablan de un movimiento de regeneración desarrollado por medio de “publicidad, clubes y marchas masivas” (Nabholz et al., 1938: II, 406). Una gran

cantidad de nuevos periódicos y panfletos acompañó la agitación política de 1830 a 1831 (Andrey, 1986: 551-552). Dentro de los cantones individuales, los empoderados liberales comenzaron a promulgar reformas convencionales del siglo XIX, como la limitación del trabajo infantil y la expansión de las escuelas públicas. Sin embargo, las nuevas constituciones cantonales instaladas durante esa movilización destacaban la libertad y la fraternidad mucho más que la igualdad. Entre 1830 y 1848, Suiza experimentó un conjunto contradictorio de procesos políticos. Aunque los conflictos de la época sin duda movilizaron a muchos demócratas convencidos, también ponían a concepciones rivales de la democracia una en contra de la otra. Por un lado, en términos generales, podemos ver a los defensores de la libertad del altiplano: cada poblado, ciudad y cantón, o al menos sus terratenientes, hombres adultos, debían ser libres de controlar sus destinos colectivos. Por el otro, encontramos a los defensores de la democracia representativa a escala nacional, quienes rechazaban la visión del altiplano y estaban a favor de una capacidad estatal muy ampliada, la igualdad en Suiza en su conjunto, la protección proporcionada por las autoridades federales y la consulta nacional que uniría a todas las partes del país.

Detrás de las divisiones entre los dos lados hay más divisiones: de religión, clase e integración en la organización capitalista. Los cantones más ricos y protestantes del país se abrieron camino hacia la democracia y crearon instituciones representativas en lugar de la democracia directa de los ciudadanos varones que había prevalecido durante mucho tiempo en las comunidades y los cantones del altiplano. Los activistas ubicados en los cantones reformados luego usaron la fuerza armada para conducir a sus vecinos no reformados hacia la democracia representativa y lo hicieron primero a través de incursiones en las fronteras cantonales, luego en una guerra civil abierta, aunque de corta duración.

El problema político se agudizó porque las alineaciones nacionales de mediados de la década de 1840 enfrentaron a 12 cantones más ricos y predominantemente liberales-protestantes contra 10 cantones más pobres, predominantemente conservadores-católicos en una dieta en la cual cada cantón tenía un sólo voto. Irónicamente, los cantones del altiplano que más se enorgullecían de la democracia directa, al estilo suizo, se atrincheraron ferozmente contra la democratización que implicaría una representación de la población a escala nacional. Así, los liberales desplegaron la retórica del patriotismo nacional y el gobierno de la mayoría, mientras que los conservadores respondieron con derechos cantonales y la defensa de las tradiciones religiosas. Tres niveles de ciudadanía: municipal, cantonal y nacional, competían entre sí. La disputa no

cesó, a menudo con vitriólica violencia, desde 1830 hasta 1848. Los movimientos de reforma ya estaban en marcha en Vaud y Ticino a principios de 1830; de hecho, Ticino precedió a Francia en la adopción de una nueva constitución el 4 de julio de 1830 (Sauter,1972). Sin embargo, la revolución francesa de julio de 1830 y su eco belga más adelante ese año alentaron a los reformadores y revolucionarios suizos. A medida que avanzaban las revoluciones francesa y belga, se produjeron revoluciones a menor escala en las ciudades y cantones suizos de Aargau, Lucerna, St. Gallen, Schaffhausen, Solothurn, Thurgau, Vaud y Zúrich. A partir de entonces, los republicanos y los radicales con frecuencia formaban bandas militares e intentaban apoderarse de determinadas capitales cantonales por la fuerza de las armas. Tales bandas fracasaron en Lucerna (1841) pero lograron llevar al poder a nuevas administraciones en Lausana (1847), Ginebra (1847) y Neuchâtel (1848).

El enfrentamiento militar más grande tuvo lugar en 1847. La Dieta Federal de Suiza ordenó la disolución de la liga de defensa mutua (Sonderbund) formada por cantones católicos dos años antes; cuando los cañones católicos se rehusaron, la Dieta envió un ejército a Friburgo y a Zug (cuyas fuerzas capitularon sin luchar), y luego a Lucerna (donde tuvo lugar una breve batalla). El Sonderbund tenía unos 79 mil hombres entre sus filas, la federación unos 99 mil.

La guerra de Sonderbund misma produjo un número más reducido de muertes que las luchas de menor escala que la precedieron. El historiador Joachim Remak tituló su libro sobre el tema *A Very Civil War* (1993). La guerra terminó con un saldo de 33 muertos entre las fuerzas católicas y 60 muertos entre los atacantes. Su derrota consolidó el dominio de los liberales en toda Suiza y llevó a la adopción de una constitución cautelosamente liberal en 1848, basada en algo parecido a un modelo estadounidense. Las largas negociaciones del acuerdo de paz se beneficiaron en gran medida por dos factores externos: la distracción de las principales potencias de Europa por sus propias revoluciones de 1848 y la falta de voluntad de Austria, Prusia y Francia para permitir que cualquiera de sus potencias rivales obtuviera una ventaja política en Suiza.

El periodo posterior se asemejó a la Reconstrucción estadounidense, la época de turbulencia que siguió a la propia Guerra Civil de Estados Unidos: coexistencia a regañadientes, constante vigilancia, pero ningún otro intento de una división definitiva. Los “patriotas” de 1848 dirigieron el país durante años. El general Guillaume Dufour, quien dirigió las tropas federales que derrotaron al

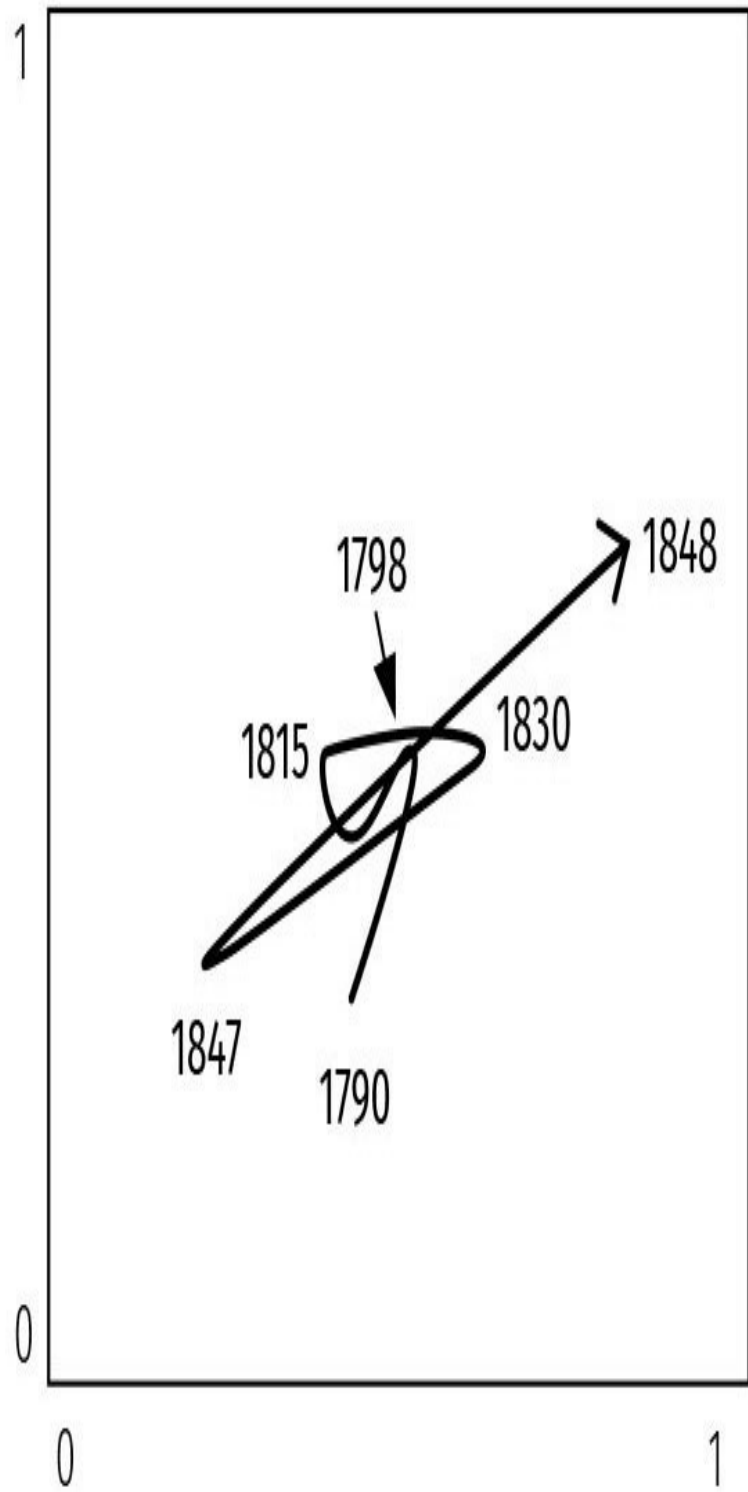
Sonderbund (y que alguna vez había sido profesor de Louis Napoleón en la escuela militar de Thun), por ejemplo, comandó al ejército suizo durante gran parte de la primera década de la posguerra. Entre 1849 y 1870, todos los cantones suizos terminaron con los siglos de rentable exportación de mercenarios para el servicio militar fuera de Suiza. A partir de entonces, únicamente los guardias papales y algunas pocas unidades militares ceremoniales representaban a los soldados suizos fuera de Suiza y desde ese momento, la imagen de poblados y ciudades ordenados desplazó el recuerdo de una contienda militar incesante y amarga. La compleja historia de Suiza entre 1790 y 1848 plantea un serio desafío para la representación de la democratización y la desdemocratización. Nuestro espacio de capacidad-democracia sirve para enfrentar este desafío. El esquema 11.2 traza la sorprendente trayectoria de Suiza de 1790 a 1848. A pesar de la democracia directa de varones adultos en varios poblados y cantones del altiplano, el régimen en conjunto comenzó su itinerario con baja capacidad estatal y poca democracia. La intervención francesa a partir de 1798 aumentó un poco tanto la capacidad como la democracia, pero no de forma permanente. En el acuerdo de paz de 1815, el régimen suizo se desdemocratizó y perdió capacidad. Las enérgicas movilizaciones de la década de 1830 restauraron algo de democracia al régimen en su conjunto sin ampliar la capacidad del Estado central.

Pronto las divisiones de Suiza se fraccionaron primero en guerras civiles cantonales e intercantonales, antes de consolidarse en la guerra civil nacional del Sonderbund. Para 1847, Suiza había retrocedido a sus niveles más bajos de capacidad estatal y democracia de todo el periodo, pero con la derrota militar de las fuerzas autonomistas y conservadoras, el acuerdo de paz de 1848 estableció un régimen nacional de democracia y capacidad estatal sin precedentes. Sin duda, la Suiza de finales del siglo xix nunca se acercó a la vecina Francia, Prusia o Austria con respecto a la capacidad central, pero se convirtió en un modelo europeo de democracia descentralizada.

Esquema 11.2

Fluctuaciones en los regímenes nacionales suizos, 1790-1848

Capacidad del estado



Democracia

Antes de 1798, Suiza nunca había estado cerca de tener una capacidad sustancial o democracia a escala nacional. La conquista francesa de ese año impuso simultáneamente un gobierno nacional mucho más centralizado y conectó a los defensores suizos del gobierno representativo nacional con poderosos aliados franceses. En ese momento, Suiza cambió a una larga fase de alternancia rápida, y a menudo violenta, entre democratización y desdemocratización. Precisamente debido a la estructura descentralizada del régimen, la variedad y las agudas divisiones, la experiencia suiza entre 1798 y 1848 dificulta la división de la política nacional claramente en “Estado” y “ciudadanos”.

Los activistas suizos lucharon por esa división durante medio siglo. Sin embargo, un par de generalizaciones que se han ido acumulando en otros casos que hemos examinado también aplican aquí: en general, la desdemocratización suiza ocurrió más rápida y violentamente que la democratización y, en general, las élites privilegiadas respaldaron tal desdemocratización en contra de la voluntad expresa de la mayoría de los ciudadanos. La formación del Sonderbund católico-conservador (1845) y su participación en una guerra civil abierta contra las fuerzas liberales (1847) produjo la crisis de reacción de la élite en Suiza. Al igual que en otros lugares, en Suiza, la democratización y la desdemocratización han resultado ser procesos asimétricos.

Permítanme sacar una conclusión metodológica. Aunque sería agradable manipular las medidas cuantitativas de democratización, desdemocratización, aumento y disminución de la capacidad del Estado, en la situación actual del conocimiento, las narraciones analíticas detalladas como las que acabamos de revisar en el caso de Suiza resultan más promisorias para explicar la democratización y la desdemocratización en general. Más promisorias porque nos permiten combinar los cambios detallados en las relaciones entre los actores políticos con las alteraciones en sus presuntas causas. Aunque en los próximos capítulos me apoyaré con frecuencia en clasificaciones como las proporcionadas por Freedom House, la combinación más importante de argumentos y pruebas se presentará en forma de narraciones analíticas.

¿Qué sigue?

Es hora, por lo tanto, de avanzar hacia la explicación de la democratización y la desdemocratización. Casi sin pensarlo hemos desarrollado una serie de preguntas explicativas apremiantes; las respuestas a cualquiera de ellas, si son correctas, constituirán resultados importantes para los estudios actuales sobre la democracia. (Si usted añora fama e influencia, y no necesariamente fortuna como analista de la democracia, conteste una o más de estas preguntas de manera definitiva). Aunque he formulado las preguntas en términos ampliamente históricos, la mayoría de los estudiantes del pasado reciente están en busca de sus propias versiones de las mismas preguntas. El cuadro 11.3 resume las preguntas importantes que hemos encontrado hasta ahora.

Cuadro 11.3

Preguntas sobre resultados en el estudio de la democratización y la desdemocratización

-
1. ¿Cómo proporcionaron modelos para formas más amplias de democracia las instituciones democráticas truncas de las ciudades-Estado, las bandas armadas, las comunidades campesinas, las oligarquías mercantiles, las sectas religiosas y los movimientos revolucionarios? Dada su disponibilidad, ¿por qué nunca se volvieron pautas directas para la democracia a escala nacional?
 2. ¿Por qué Europa occidental abrió el camino hacia la democratización, seguida de cerca por las Américas?
 3. ¿Cómo pasaron (y lo siguen haciendo) países como Francia de la inmunidad absoluta contra las instituciones democráticas nacionales a las frecuentes alternancias entre democratización y desdemocratización?
 4. ¿Por qué, en general, ocurrieron (y ocurren) con mayor rapidez oleadas de desdemocratización que oleadas de democratización?
 5. ¿Cómo explicamos los patrones asimétricos de apoyo y participación en la democratización y la desdemocratización?
 6. ¿Por qué es usual que la democratización ocurra en oleadas, en lugar de que cada régimen lo haga por separado a su propio ritmo?
 7. ¿Qué explica la propagación de la democratización y la desdemocratización durante los siglos XIX y (especialmente) XX desde sus puntos de partida en Europa occidental hacia el resto del mundo?
 8. ¿Por qué (con las excepciones parciales de Egipto y Japón) la democratización sólo comenzó a ocurrir en Asia y África mucho después de la Segunda Guerra Mundial?
 9. ¿Cómo podemos explicar las experiencias drásticamente diferentes de los Estados post socialistas con la democratización y la desdemocratización?
 10. ¿En qué condiciones, hasta qué punto y de qué manera el crecimiento de la capacidad del Estado promueve la disposición de un régimen para la democratización y la desdemocratización?
 11. ¿En qué medida y de qué manera las interacciones de un régimen antidemocrático con regímenes democráticos promueven la democratización en el mismo?
 12. ¿Cómo afectan las formas y las fuentes de los recursos sustentables de un Estado (por ejemplo, la agricultura, los minerales o el comercio) la susceptibilidad de su régimen a la democratización y la desdemocratización?
 13. ¿Existen condiciones necesarias o suficientes para la democratización y la desdemocratización, o (por el contrario), las condiciones favorables varían significativamente según la era, la región y el tipo de régimen?
-

Las redes de confianza (trust networks) son conexiones interpersonales ramificadas, que consisten principalmente de lazos fuertes, en los cuales las personas depositan recursos y empresas valiosas, trascendentales y a largo plazo, con el riesgo de fraude, errores o fallas de los demás. Las diásporas comerciales, los grupos de parentesco, las sectas religiosas, las conspiraciones revolucionarias y los círculos de crédito, a menudo constituyen redes de confianza. A lo largo de casi toda la historia, quienes participan en redes de confianza han evitado participar en regímenes políticos, debido al temor justificado de que los gobernantes confisquen sus valiosos recursos o los subordinen a los programas estatales.

No obstante, mientras permanezcan completamente segregados de los regímenes, las redes de confianza constituyen obstáculos para la democratización, ya que su segregación bloquea el compromiso de los miembros con las empresas colectivas democráticas. La democratización resulta posible cuando las redes de confianza se integran bien en los regímenes y motivan a sus miembros a participar en consultas mutuamente vinculantes, esto es, el consentimiento supeditado de los ciudadanos a los programas propuestos o promulgados por el Estado (Tilly, 2005). Por lo tanto, dos grandes procesos que afectan las redes de confianza subyacen a la democratización: 1) la disolución o integración de redes de confianza segregadas y 2) la creación de redes de confianza políticamente conectadas. En Suiza, las violentas luchas de 1830 a 1847 y el acuerdo de paz de 1848 promovieron ambos procesos (Tilly, 2004: 187-190). Dentro de los dos procesos aparece una serie de mecanismos recurrentes, por ejemplo:

La desintegración de las redes de confianza segregadas existentes (por ejemplo, la disminución de la capacidad de los patrones para proporcionar bienes y protección a sus clientes promueve el abandono de los clientes de los vínculos patrón-cliente).

El aumento de las categorías de población que carecen de acceso a redes de confianza eficaces para sus principales empresas riesgosas a largo plazo (por ejemplo, el crecimiento de los trabajadores asalariados sin tierra en las regiones agrarias aumenta la población sin un patrocinio eficaz y/o relaciones de ayuda mutua).

La aparición de nuevas oportunidades riesgosas y amenazas a largo plazo que las redes de confianza existentes no pueden manejar (por ejemplo, grandes aumentos en guerras, hambrunas, enfermedades o bandidaje que claramente rebasan la capacidad de protección de los patronos, las diásporas y las solidaridades locales).

En Suiza, estos tres mecanismos reestructuraron las redes de confianza entre 1750 y 1848. El crecimiento intensivo de la producción textil familiar precedió la reconcentración en las ciudades de las tierras bajas, incluida Zúrich, durante el siglo xix. Esa transformación industrial en dos etapas promovió la explosión de la población proletaria de Suiza al sacudir el clientelismo-control de los terratenientes y los párrocos (Braun, 1960, 1965; Gruner, 1968; Gschwind, 1977; Joris, 1994; Joris y Witzig, 1992; Rosenband, 1999). Sucesivas invasiones francesas, el gran acuerdo de las potencias de 1815 y las propias luchas de 1830 a 1847 tuvieron efectos dobles: sacudieron las viejas relaciones entre redes de confianza y política pública en el nivel cantonal, pero, al menos para los protestantes y los liberales seculares, crearon nuevas conexiones entre las redes de confianza interpersonales y el nuevo pseudo régimen que surgía a escala nacional en la coalición protestante-liberal.

Cada uno de los tres mecanismos recién enumerados promueve la disolución de redes de confianza segregadas y la creación de redes de confianza políticamente conectadas. El siguiente capítulo [aquí y en el libro Democracy] analiza a detalle los procesos y mecanismos que afectan la segregación y la integración de las redes de confianza en las políticas públicas. ¿Y qué hay de la desigualdad categórica? El término significa la organización de la vida social en torno a los límites que separan a toda una serie de personas que difieren colectivamente en cuanto a sus oportunidades de vida, como ocurre usualmente en las categorías de género, raza, casta, etnia, nacionalidad y religión, y también ocurre a veces con categorías de clase social. En la medida en que tales desigualdades se traduzcan directamente en diferencias categóricas en los derechos y obligaciones políticas, la democratización sigue siendo imposible. Cualquier proceso de democratización no depende necesariamente de la disminución de la desigualdad categórica, sino del aislamiento de las políticas públicas de la desigualdad categórica. Dos procesos principales contribuyen a ese aislamiento: la eualización de las categorías mismas en algunos aspectos y la amortiguación de la política en la operación de esas categorías.

Estos son los tipos de mecanismos que operan dentro de los procesos más amplios de ecualización y amortiguación:

La ecualización de los activos y/o del bienestar en todas las categorías en la población en general (por ejemplo, la creciente demanda de los productos agrícolas campesinos expande al campesinado medio).

La reducción o contención gubernamental de las fuerzas armadas privadas (por ejemplo, la disolución de los ejércitos personales de los magnates debilita el control de los nobles sobre los plebeyos, disminuyendo así la capacidad de los primeros para traducir las diferencias entre ellos directamente en política pública).

La adopción de dispositivos que aíslan las políticas públicas de las desigualdades categóricas (por ejemplo, boletas secretas; soborno de los funcionarios públicos y acceso gratuito e igualitario de los candidatos a los medios de comunicación para la formación de coaliciones entre categorías).

Estos y otros mecanismos similares ocuparon un lugar destacado en la historia suiza que hemos revisado. En este país, el régimen que se formó en 1848 estableció barreras efectivas entre las políticas públicas y las desigualdades categóricas por las cuales los activistas suizos se habían matado entre sí durante los 17 años anteriores.

Estos argumentos se enfocan en una idea central. La democratización nunca ocurre sin que ocurran, al menos parcialmente, tres grandes procesos: la integración de redes de confianza interpersonales en la política pública; el aislamiento de la política pública de las desigualdades categóricas, y la eliminación o neutralización de los centros de poder autónomos con control coercitivo, con el objetivo de aumentar la influencia de la gente común sobre las políticas públicas e incrementar el control de éstas en el desempeño del Estado. La desaparición sustantiva de las redes de confianza de la política pública, la creciente introducción de desigualdades categóricas en ésta y la creciente autonomía de los centros de poder coercitivos promueven la desdemocratización. Aunque se producen demoras en los efectos de estos tres grandes procesos en función de las instituciones establecidas en el pasado, éstos y sus retrocesos

siempre dominan los movimientos de acercamiento y alejamiento de la democracia.

Referencias

Andrews, George Reid y Herrick Chapman (comps.) (1995). *The Social Construction of Democracy, 1870-1990*. Nueva York: New York University Press.

Andrey, Georges (1986). “La Quête d’un État National”. En *Nouvelle Histoire de la Suisse et des Suisses*, coordinado por Jean-Claude Favez. Lausanne: Payot.

Braun, Rudolf (1960). *Industrialisierung und Volksleben*. Zurich: Rentsch.

Braun, Rudolf (1965). *Sozialer und Kultureller Wandel in Einem Ländlichen Industriegebiet*. Zurich: Rentsch.

Caramani, Daniele (2000). *The Societies of Europe: Elections in Western Europe since 1815. Electoral Results by Constituencies*. Londres: Macmillan.

Caramani, Daniele (2003). *The Formation of National Electorates and Party Systems in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Collier, David y Steven Levitsky (1997). “Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research”. *World Politics* 49: 430-451.

Dahl, Robert A. (1998). *On Democracy*. New Haven: Yale University Press.

Dahl, Robert A. (2005). "What Political Institutions Does Large-Scale Democracy Require?". *Political Science Quarterly* 120: 187-197.

Gruner, Eric (1968). *Die Arbeiter in der Schweiz im 19. Jahrhundert*. Berna: Francke.

Gschwind, Franz (1977). *Bevölkerungsentwicklung und Wirtschaftsstruktur der Landschaft Basel im 18. Jahrhundert*. Liestal, Suiza: Kantonale Drucksachen- und Materialzentrale.

Held, David (1996). *Models of Democracy*, segunda edición. Stanford: Stanford University Press.

Inkeles, Alex (coord.) (1991). *On Measuring Democracy: Its Consequences and Concomitants*. New Brunswick: Transaction.

Joris, Elisabeth (1994). "Auswirkungen der Industrialisierung auf Alltag und Lebenszusammenhänge von Frauen im Zürcher Oberland (1820-1940)". En *Historias Regionales-Historia Nacional: la Confederación Helvética*, coordinado por Joseba Agirreazkuenaga y Mikel Urquijo. Bilbao: Servicio Editorial, Universidad del País Vasco.

Joris, Elisabeth y Heidi Witzig (1992). *Brave Frauen, Aufmüpfige Weiber. Wie Sich die Industrialisierung auf Alltag und Lebenszusammenhänge von Frauen*

Auswirkte (1820-1940). Zurich: Chronos.

Nabholz, Hans, Leonhard von Muralt, Richard Feller, y Edgar Bonjour (1938). Geschichte der Schweiz. 2 vols. Zurich: Schultheiss and Co.

O'Donnell, Guillermo (1999). Counterpoints: Selected Essays on Authoritarianism and Democratization. Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Ortega Ortiz, Reynaldo Yunuen (coord.) (2001). Caminos a la Democracia. Ciudad de México: El Colegio de México.

Przeworski, Adam, Michael Álvarez, José Antonio Cheibub, y Fernando Limongi (2000). Democracy and Development: Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990. Cambridge: Cambridge University Press.

Remak, Joachim (1993). A Very Civil War: The Swiss Sonderbund War of 1847. Boulder: Westview.

Rosenband, Leonard N. (1999). "Social Capital in the Early Industrial Revolution". Journal of Interdisciplinary History 29: 435-458.

Sauter, Beat Walter (1972). Herkunft und Entstehung der Tessiner Kantonsverfassung von 1830. Zurich, Suiza: Schulthess.

Schmitter, Phillippe C. y Terry Lynn Karl (1991). "What Democracy Is... and Is Not". *Journal of Democracy* 2: 77-88.

Shorter, Edward y Charles Tilly (1974). *Strikes in France, 1830-1968*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (1964). *The Vendée*. Cambridge: Harvard University Press.

Tilly, Charles (1986). *The Contentious French*. Cambridge: Harvard University Press.

Tilly, Charles (1993). *European Revolutions, 1492-1992*. Oxford: Blackwell.

Tilly, Charles (2004). *Contention and Democracy in Europe, 1650-2000*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, Charles (2005). *Trust and Rule*. Cambridge: Cambridge University Press.

Woloch, Isser (1970). *Jacobin Legacy: The Democratic Movement under the Directory*. Princeton: Princeton University Press.

Woloch, Isser (1994). *The New Regime: Transformations of the French Civic Order, 1789-1820s*. Nueva York: Norton.

[Notas]

[1] Para obtener resúmenes compactos de los regímenes y elecciones constitucionales francesas, véase Caramani, 2000: 292-373 y 2003: 146-148.

12. Confianza y gobierno democrático

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

La democratización significa un movimiento hacia una mayor amplitud, igualdad, consulta y protección de los derechos y obligaciones mutuos entre los ciudadanos y los agentes gubernamentales. La desdemocratización significa alejarse de la amplitud, la igualdad, la consulta y la protección. Según estos criterios, Irlanda era un lugar muy poco democrático a principios del siglo xix y se democratizó significativamente en la década de 1920. La democratización de Irlanda se produjo luego de una lucha poderosa y sangrienta (Tilly, 2004: 136-164).

¿Cómo figuran las redes de confianza en esta turbulenta historia? Tenemos poca evidencia directa sobre las redes de confianza irlandesas como tales, pero sí sabemos algo sobre configuraciones de grupos de familiares, congregaciones religiosas, órdenes fraternales, clubes deportivos y organizaciones militantes nacionalistas. Además, los detallados estudios acerca de conflictos locales proporcionan evidencia gráfica sobre la participación de este tipo de organizaciones en la política pública (Broeker, 1970; Bryan, 2000; Clark y Donnelly, 1983; Conley, 1999a y 1999b; Farrell, 2000; Jarman, 1997; Jupp y Magennis, 2000; O'Neil, 2001; Palmer, 1988). En el magnífico y minucioso estudio de Cork, realizado entre 1916 y 1923, por ejemplo, Peter Hart muestra cómo el ejército republicano irlandés se inspiró en las redes juveniles previamente existentes y adoptó sus formas:

Las unidades del Ejército Republicano Irlandés (

eri

) eran una extensión natural de esta subcultura juvenil y su conjunto sobreentendido de premisas y lazos. Por lo general, los acontecimientos y prácticas benignas se volvieron vehículos para la movilización política, y costumbres como “los sombreros de paja” (strawing)[1] se volvieron parte de la lucha política. El parecido entre la mayoría de las operaciones del

eri

y las acciones de los Straw Boys es claro y contundente: el mismo uso de máscaras o rostros ennegrecidos y pintados, a menudo la misma “ropa queer”, las mismas pandillas de jóvenes solteros que actúan de forma anónima bajo las órdenes de un “capitán”, las mismas poses pseudo militares, y las mismas incursiones nocturnas y pequeñas intimidaciones (Hart, 1998: 180).

Por lo tanto, hagamos dos suposiciones importantes: que las formas visibles de conexión popular contenían redes de confianza y que su segregación general de los sistemas de gobierno o su integración en ellos nos dice algo sobre la confianza y el gobierno en Irlanda.

En ese supuesto, cada una de las fechas críticas (1829, 1869, 1884 y 1919-1923) creó nuevos lazos entre las redes de confianza de los católicos y el régimen gobernante. Cada transición sacudió el control previo del régimen a través de las redes protestantes de élite.

El notable estudio de un etnógrafo holandés sobre una zona rural irlandesa durante la década de 1960 proporciona pruebas de la integración negociada de las redes de confianza locales en la política nacional. En la región (sin nombre) donde vivía Mart Bax, los partidos políticos no representaban intereses de clase o sectoriales distintos, sino intereses locales diligentemente agregados. Tanto los legisladores de los condados como los nacionales lucharon por sus posiciones, utilizando sus conexiones gubernamentales para hacer favores concretos a sus constituyentes actuales o potenciales y, en la medida de lo posible, obstaculizar a sus competidores para impedir que brindaran favores similares.

Un político irlandés exitoso, nos dice Bax, utilizó y creó múltiples lazos de amistad, parentesco y membresías de asociación voluntaria con sus votantes.

Manténía un cuadro de agentes locales (en su mayoría varones), casi siempre en los círculos de su partido. Los estudiantes de política en otros sitios reconocerán algunos patrones convencionales de los sistemas de clientelismo (véase, por ejemplo, Auyero, 2000; Fox, 1994; Willerton, 1992). En el recuento de Bax, el clientelismo irlandés creaba muchas de las conexiones importantes entre los ciudadanos y el gobierno, y un político sólo podía mantener a sus seguidores mientras entregara bienes gubernamentales a las redes de confianza locales.

Confianza en la democracia

¿Cómo afectan esas conexiones a la democracia? El trabajo de Robert Putnam sobre Italia y Estados Unidos sitúa las conexiones entre confianza y democracia en un destacado lugar de la agenda de la teoría democrática, sin presentar en realidad un argumento claro sobre la cadena causal entre confianza y democracia [...] Con respecto a las instituciones gubernamentales, Putnam se deja llevar e interpreta que las instituciones más eficaces son más democráticas. En el caso del compromiso cívico, Putnam empieza a concebir a las redes organizativas, el capital social, las normas de reciprocidad y el tejido de la confianza como un bloque indisoluble. Este deslizamiento doble conduce a la oración final de su libro: “Construir capital social no será fácil, pero es la clave para que la democracia funcione” (Putnam, 1993: 185).

Para Warren la política combina conflictos sobre bienes, presiones para asociarse en acciones colectivas y esfuerzos para producir decisiones colectivamente vinculantes (Warren, 1999: 311). Todos estos procesos (conflictos de bienes, acciones colectivas y apuestas para lograr decisiones colectivamente vinculantes) ocurren más en las políticas públicas de las democracias. Pero son precisamente esos procesos los que amenazan la confianza acumulada de forma natural: los conflictos de bienes generan disenso, las acciones colectivas activan fronteras nosotros-ellos y las decisiones colectivamente vinculantes significan la consecución desigual de los intereses individuales y grupales. Por lo tanto, las democracias requieren una mayor confianza, al menos por lo que toca a los resultados de la lucha política, que otros tipos de regímenes. Podríamos bautizar la formulación de Warren el dilema democrático de la confianza.

Mi argumento también aborda el dilema democrático, pero lo reformula radicalmente y propone una cuarta solución. A estas alturas, los lectores que han viajado conmigo hasta aquí deberían poder reconocer la refundición y la resolución. Consisten en:

concebir la confianza como una relación en la cual al menos una de las partes pone a empresas valiosas en riesgo de errores, fallas o malversaciones de la otra;

reconocer que tales relaciones se agrupan en redes específicas, especialmente a medida que aumenta la duración y las inversiones de las empresas valiosas;

reconocer, por demás que, si bien históricamente casi todas de las redes de confianza se han desarrollado fuera de la política pública, en ocasiones se originan entre los principales actores políticos (por ejemplo, los sindicatos) o en el propio gobierno (por ejemplo, los sistemas de pensiones de los veteranos);

negar que las asociaciones como tales son la clave de la participación democrática;

afirmar, en cambio, que las relaciones entre redes de confianza y políticas públicas son muy importantes;

reinterpretar el dilema democrático como la forma de conectar esas empresas valiosas y las redes que las sostienen con la política pública, sin dañar las redes de confianza o la política pública;

deducir que la conexión sólo funcionará bien con el consentimiento condicional por parte de los miembros de la red de confianza;

argumentar que un cambio gubernamental de la coerción hacia combinaciones de capital y compromiso promueve el consentimiento condicional.

señalar que la trayectoria de la democratización, por lo tanto, difiere mucho, y depende de que las relaciones previas entre las redes de confianza y los gobernantes sean las del autoritarismo, la teocracia, el clientelismo, la autonomía negociada, la conformidad evasiva o los lazos particularistas.

Como forma de salir del autoritarismo, por ejemplo, la democratización depende del alejamiento de la coerción y de la relajación de los controles gubernamentales sobre las redes de confianza visibles. Por el contrario, desde el punto de partida del clientelismo, la democratización depende del debilitamiento de la mediación de los patrones y de una integración más directa de las redes de confianza en la política pública.

Entre amplitud, igualdad, consulta y protección, la integración de redes de confianza en las políticas públicas afecta más directamente a la consulta. En la medida en que las personas integren sus redes de confianza a la política pública, confiarán en el desempeño gubernamental para el mantenimiento de éstas. También obtienen poder, individual y colectivo, a través de las conexiones con el gobierno que median dichas redes; adquieren un interés inquebrantable en el desempeño gubernamental; las apuestas políticas adquieren importancia; el pago de impuestos, la compra de bonos gubernamentales, la entrega de información privada a los funcionarios, la dependencia en el gobierno para obtener prestaciones y la liberación de los miembros de la red para el servicio militar consolidan ese interés y promueven la negociación activa en torno a los términos de su cumplimiento.

En promedio, los ciudadanos interesados participan más activamente en elecciones, referéndums, cabildeo, pertenencia a grupos de interés, movilización de movimientos sociales y contacto directo con políticos, es decir, en la consulta. Por el contrario, aquellos segmentos de la población que retiran sus redes de confianza de la política pública por cualquier motivo debilitan su propio interés en el desempeño gubernamental, de ahí su celo por participar en la política pública democrática. Además, en la medida en que los ricos y poderosos puedan comprar a los funcionarios públicos o cooptar a los miembros del gobierno que más directamente inciden en sus intereses, debilitan doblemente la política pública: al retirar sus propias redes de confianza y al socavar la eficacia de la consulta de los ciudadanos menos afortunados.

Tres procesos principales, todos ahora bastante conocidos, integran las redes de confianza en la política pública: disolución de redes de confianza segregadas, integración de redes de confianza previamente segregadas y creación de redes de confianza políticamente conectadas. Estos procesos califican, considero, como condiciones necesarias para la democratización: son necesarios porque sin ellos los ciudadanos carecen de incentivos para enfrentar las adversidades de la política democrática y pueden abandonar con facilidad la política pública cuando las cosas les salen mal. En términos de Albert Hirschman, las redes de confianza integradas alientan a los ciudadanos a elegir la voz y la lealtad más que la salida (Hirschman, 1970).

Sin embargo, la integración de redes de confianza en la política pública no es una condición suficiente para la democratización; después de todo, los regímenes autoritarios y las teocracias también integran redes de confianza. Para

plantear una explicación completa de la democratización también tenemos que considerar otros dos grupos de procesos: 1) el aislamiento de desigualdades categóricas (por ejemplo, de clase, género y raza) de la política pública, y 2) la transformación de la política pública a través de a) la ampliación de la participación política, b) la equiparación de la participación política, c) el aumento del control colectivo sobre el gobierno y d) la inhibición del poder arbitrario por parte de los actores políticos, incluidos los agentes del gobierno (Tilly, 2004: 15-23). En conjunto, estas transformaciones de las políticas públicas, el aislamiento de las desigualdades categóricas y la integración de las redes de confianza producen relaciones amplias, igualitarias, vinculantes y protectoras entre los ciudadanos y los agentes gubernamentales que caracterizan la democracia.

Irlanda ciertamente experimentó las transformaciones necesarias de la política pública después de la década de 1820: paso a paso se amplió la participación política y se volvió igualitaria, la consulta vinculante de los ciudadanos aumentó notablemente a medida que el país se alejó del estricto control británico y, en el trayecto, la protección para los ciudadanos creció significativamente. El aislamiento de la desigualdad general dentro de la política pública también aumentó considerablemente cuando las distinciones de género, así como la división entre protestantes y católicos perdieron su presencia formal en los derechos y obligaciones políticos. Pero aquí nos centramos en los cambios en las relaciones entre las redes de confianza y las políticas públicas. En el caso de Irlanda, siempre excluyendo al Norte, a medida que las viejas solidaridades de parentesco y religión se desintegraban, observamos cierta disolución de las redes de confianza. Vemos una integración sustancial de las redes de confianza existentes en la política pública, especialmente cuando los católicos se convirtieron en actores políticos organizados. A medida que el Estado irlandés adoptaba el tipo de programas de seguridad social ampliamente adoptados por los Estados occidentales durante el siglo xx, nos damos cuenta de la creación de nuevas redes de confianza políticamente conectadas.

Aunque la evidencia disponible no permite resolver el caso, al parecer la integración de las redes irlandesas en la política pública desempeñó un papel importante en el avance de la democracia en Irlanda. Veamos si el mismo marco ayuda a dar sentido a una historia muy diferente: la de México.

Democratización mexicana

Al igual que Irlanda, México se abrió paso hacia un régimen relativamente democrático a través de la lucha constante, la guerra civil ocasional y muchos retrocesos (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001: 290-302). Las movilizaciones populares desafiaron al Estado en repetidas ocasiones, aunque sólo para sucumbir ante una síntesis perversa de represión y cooptación. La experiencia de México con respecto a las redes de confianza y las políticas públicas igualó la complejidad de la de Irlanda, pero siguió una trayectoria muy diferente. De manera más notable, varios regímenes mexicanos sucesivos desposeyeron, soslayaron o al menos contuvieron a la iglesia católica. Con la revolución de 1910, los activistas católicos comenzaron a formar círculos de trabajadores católicos e incluso formaron un partido católico nacional, sin embargo, ya en 1914 los revolucionarios atacaban activamente a la iglesia y confiscaban sus propiedades (Bailey, 1974: 17-26).

A pesar de las pequeñas concesiones durante los años siguientes, la elección del general revolucionario Plutarco Elías Calles a la presidencia en 1924 reforzó el anticlericalismo del gobierno y apartó a la iglesia de la política nacional:

[El] Estado posrevolucionario rompió con la Iglesia en la década de 1920, cuando se implantó en el campo, provocando una oleada de levantamientos violentos en todo el sur y el centro del país, donde los campesinos y el clero se alzaron para exigir tierras y la reapertura de las iglesias. La represión fue brutal, y aunque se instrumentó una reforma agraria radical a principios de la década de 1930 y se permitió la reapertura de las iglesias, durante 50 años los gobiernos mexicanos se comportaron visiblemente como si la Iglesia no existiera. Ésta, por su parte, confinada firmemente a la sociedad civil, ha evitado las crisis provocadas por el compromiso con causas sociales y políticas, y ha vivido cómodamente con una práctica religiosa popular incrustada en la vida cotidiana de la gente (Lehmann, 1990: 145).

En términos mucho más generales, la revolución de 1910 a 1919 fomentó la movilización popular, tanto urbana como rural, que Calles y sus aliados finalmente contuvieron. En Veracruz, por ejemplo, se formó un notable movimiento de campesinos arrendatarios, después de que el estibador y líder sindical Rafael García se convirtiera en alcalde de la ciudad en 1921. Hasta la elección de Calles de 1924, las organizaciones de campesinos sin tierra desempeñaban un papel central en la política de Veracruz. Pero poco después de la toma de posesión de Calles los funcionarios federales arrestaron al líder campesino y anarquista Herón Proal; el encarcelamiento de Proal fue el principio del fin (Wood, 2001, cap. 4-8). Los campesinos sin tierras, estibadores y otros trabajadores continuaron luchando en la política municipal, pero perdieron sus conexiones con la política pública nacional. Incluso más que en el caso de Irlanda, cualquier análisis de la democratización mexicana debe distinguir claramente entre los niveles nacional y local.

En el nivel nacional, México estableció algunos de los aparatos democráticos convencionales, como elecciones formalmente competitivas, partidos políticos y sufragio masculino, casi al mismo tiempo que muchas de sus contrapartes europeas (Caramani, 2000 y 2004; Tilly, 2004: 213-217). Las guerras civiles, las rebeliones, los golpes de Estado y los regímenes autoritarios restringieron repetidamente los derechos democráticos a escala nacional, aunque esto fue revertido con sorprendente rapidez y seguido luego por periodos de renovada democratización. Sin embargo, a escala local y regional, gran parte de México experimentó únicamente una integración altamente selectiva en la política nacional, y no se diga en cuanto a derechos y obligaciones democráticas antes de las últimas décadas del siglo xx. En particular, la población indígena sobreviviente, aproximadamente una décima parte del total nacional para finales del siglo xx, permaneció en gran medida excluida de la política pública nacional.

El cuadro 12.1 presenta una cronología aproximada de los acontecimientos nacionales que afectaron la democratización y la desdemocratización de México desde 1848 hasta 2000. Pese a omitir muchas insurrecciones y guerras civiles menores, la cronología retrata un siglo y medio de política tumultuosa. Mi tarea no es proporcionar una descripción completa y una explicación de la democratización y la desdemocratización en México, sino preguntar si la segregación e integración de las redes de confianza desempeñaron los papeles que se les asignaron en mi explicación causal. Respuesta: existe una conexión

plausible. Antes de la Revolución de 1910, el régimen mexicano operaba de manera descendente casi por completo a través de lazos clientelares. Durante el medio siglo posterior a la revolución, el gobierno provocó la resistencia en repetidas ocasiones, pero logró aislarla de las políticas nacionales. Más que en Irlanda, se desarrollaron disyunciones agudas entre la política nacional y la local; como resultado, el Estado parecía mucho más poderoso desde arriba que desde abajo. Sin embargo, durante las últimas décadas del siglo xx los trabajadores, campesinos e indígenas comenzaron a escapar del clientelismo, la autonomía negociada y la conformidad evasiva para involucrarse directamente con la política nacional.

Cuadro 12.1

Democratización y desdemocratización en México, 1848-2000

-
1848. Como parte del tratado de paz, México cede California, Arizona y Nuevo México, además de partes de Utah, Nevada y Colorado a Estados Unidos.
- 1855-1861. Periodo de reformas liberales bajo el caudillo Juan Álvarez y su ministro, posteriormente presidente, Benito Juárez; sufragio masculino universal (1857), nacionalización de las propiedades de la Iglesia, separación de la Iglesia y el Estado (1859).
- 1861-1864. Invasión francesa, conquista, instauración de Maximiliano como emperador, seguido de su derrota y ejecución.
- 1884-1910. Dictadura de Porfirio Díaz, liberalización de la economía, despojo y exterminio de indígenas.
- 1910-1919. La insurrección contra Díaz es el inicio de la Revolución y la guerra civil; constitución radical (1917); educación primaria universal; derecho de huelga; devolución de tierras a los campesinos; petróleo declarado propiedad nacional.
- 1926-1929. Rebelión Cristera en favor de la iglesia aplastada; subordinación de la iglesia católica.
- 1928-1929. Asesinato del presidente Álvaro Obregón, insurrecciones, acuerdos con iglesia y sindicatos.
- 1934-1940. Lázaro Cárdenas presidente; expropiaciones de tierras, redistribución a los campesinos como propiedad colectiva (ejido); surgimiento del movimiento obrero organizado; nacionalización de propiedades petroleras estadounidenses y británicas; formación del Partido de la Revolución Mexicana, predecesor del PRI,
- 1946-1952. Consolidación del poder del PRI, represión de las organizaciones laborales y campesinas.
1953. Sufragio femenino.
- 1958-1959. Represión de la huelga nacional, encarcelamiento de líderes sindicales
1968. Ejército reprime manifestaciones estudiantiles por la democracia, mata a 500, arresta a más de 1500; expansión de la actividad guerrillera.
1976. Campesinos sin tierra confiscan tierras en Sonora; el presidente López Portillo otorga a los campesinos casi 102 mil hectáreas.
1982. Nacionalización de 59 bancos mexicanos.
1988. Carlos Salinas de Gortari, electo de manera cuestionable, emprende un programa de privatización neoliberal.
1989. Los partidos opositores PAN (Partido Acción Nacional, liberal) y PRD (Partido de la Revolución Democrática, izquierda) logran victorias en las elecciones regionales.
1992. Firma del TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) con Canadá y Estados Unidos (instrumentado en enero de 1994).
1993. Los Zapatistas se apoderan de cuatro ciudades en Chiapas y comienzan campaña internacional.
1994. Más victorias del PAN en elecciones regionales.
1999. El PRI celebra la primera elección presidencial interna después de que Ernesto Zedillo terminara con la práctica de nombrar a su sucesor.
2000. El candidato del PAN gana la presidencia; el PRI mantiene control de la legislatura.
-

Pese a la adopción relativamente temprana del sufragio masculino (1857), antes de la Revolución las políticas nacionales giraban en torno a la competencia entre líderes militares que respaldaban con la fuerza de las armas sus reclamos al poder y su control sobre los procesos electorales. Entre 1910 y 1930, los trabajadores y campesinos organizados regionalmente se unieron una y otra vez bajo el mando de líderes populistas, clericales y anticlericales, pero no hubo una integración sólida de sus redes de confianza. No obstante, a partir de 1930, Lázaro Cárdenas y sus sucesores lograron el milagro organizativo de construir redes clientelares selectivas en un partido político nacional hegemónico, originalmente conocido como el Partido de la Revolución Mexicana. Bajo el mandato de Cárdenas, el gobierno inició una práctica de largo plazo consistente en nacionalizar grandes terrenos y redistribuirlos a campesinos sumisos en forma de cooperativas agrícolas o ejidos. Durante los años de la posguerra, el partido de la Revolución mutaría en el partido significativamente llamado Institucional (Partido Revolucionario Institucional o pri).

Con el tiempo, el partido obtuvo el apoyo electoral de importantes segmentos del campesinado y de los trabajadores organizados por medio de una red de distribución negociada. A partir de entonces y hasta la década de 1960, excepto en la cumbre misma, el régimen mexicano funcionó en gran medida como un sistema clientelar, donde las comunidades indígenas se conectaban con el régimen sólo a través de una conformidad evasiva, lazos particularistas con los gobernantes o (con menos frecuencia) una autonomía negociada. Mientras tanto, algunos segmentos separatistas del pri, estudiantes organizados, secciones de los trabajadores organizados y algunos grupos campesinos intentaron disputar, de manera intermitente, políticas públicas dominadas por el pri, aunque con poco éxito.

Dependiendo de las oportunidades de empleo en Estados Unidos, los campesinos mexicanos alternaban entre la migración hacia el norte, el movimiento hacia las periferias de las principales ciudades y la incautación clientelar de tierras agrícolas (Sanderson, 1984). Aunque los campesinos sin tierra que se apoderaron de terrenos en el norte de México obtuvieron concesiones sustanciales del presidente saliente Luis Echeverría en 1976, en general, el gobierno enfrentó las demandas públicas que no provenían de los líderes del pri con represión armada. El historiador Enrique Krauze habla de una masacre de estudiantes en 1971 que presenció desde una azotea de la Ciudad de México, donde se había refugiado:

Aunque hubo menos asesinatos ese día que en Tlatelolco en 1968, la masacre estudiantil más conocida de México fue, en muchos sentidos una repetición de la anterior: el gobierno reprimió violentamente a los estudiantes. El presidente Luis Echeverría habló esa noche por televisión, prometiendo abrir una investigación “sin importar quién sea encontrado culpable”. Unos días después, despidió a dos funcionarios y la investigación prometida nunca comenzó. Años después, la revista semanal de noticias Proceso explicaba por qué: el Sr. Echeverría había orquestado los asesinatos él mismo (Krauze, 2004: A21).

En 2004, el presidente anti-priista, Vicente Fox, presentaba cargos de genocidio contra el expresidente Echeverría por tal incidente y pedía la formación de una comisión de la verdad para investigar los abusos del pri mientras había estado en el poder (Thompson, 2004). Sin embargo, el pri no había dependido solamente de la represión. El partido se volvió experto en absorber a grupos disidentes con la suficiente fuerza organizativa para amenazar el control del partido, y lo hizo a través de combinaciones acertadas de clientelismo y represión gubernamental.

Sin embargo, una serie de cambios sociales debilitó la hegemonía del pri a partir de la década de 1960. El auge de las exportaciones de petróleo apoyó la expansión económica, la creación de una burguesía independiente, la migración a las ciudades y las demandas de una administración pública tecnocrática. La migración campesina a Estados Unidos creó oportunidades y relaciones fuera de las cadenas clientelares existentes a través de remesas, flujos de información y actividades políticas por parte de los migrantes. Una mayor participación de México en la economía internacional aceleró estos procesos, pero también promovió la liberalización interna y una mayor capacidad de respuesta al escrutinio internacional de la política electoral; el inicio del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (tlcan, 1994) sirvió para reforzar a las fuerzas neoliberales en México. En estas condiciones, la respuesta de un gobierno alguna vez dominante (cooptar y reprimir) se volvió cada vez menos factible. Los partidos de oposición de izquierda y derecha comenzaron a mermar significativamente el apoyo al pri durante los años 1980. En 2000, el neoliberal pan (Partido de Acción Nacional) finalmente ganó la presidencia de México, si bien no pudo hacerse del control del Congreso.

Redes de confianza en México

¿Qué evidencia tenemos sobre las conexiones entre las redes de confianza y la política pública de México en el largo plazo entre 1848 y 2000? No mucha. Aun así, Carlos Forment ha reunido un catálogo de 2 291 grupos denominados voluntarios, activos en México en algún momento durante el siglo xix. Incluyen grupos dedicados al desarrollo, órdenes fraternales, mutualistas, causas patrióticas, artesanales, protección étnica, educación, causas literarias y científicas, privilegio profesional, beneficencia y bienestar, religión (católica y heterodoxa), entretenimiento, pasatiempos, vacaciones, crédito y ahorros. El análisis de Forment revela una vida cívica asombrosamente vigorosa en las ciudades y pueblos de México del siglo xix. Varios de los grupos participaban activamente en la política local, e incluso llegaron al poder en el nivel municipal, sin embargo, Forment insiste, se mantuvieron fuera de la política nacional. “Hemos centralizado la vida pública”, declaró Manuel Rejón, un activista de la Ciudad de México, en 1846,

y nos hemos visto obligados a depositar nuestra soberanía en un sólo lugar, sin permitir que los ciudadanos la dividan en diferentes lugares [...] Esto ha dejado a la nación fría, inerte y en un Estado de parálisis total. Nuestro país es vasto. El Estado no puede atender nuestros intereses sin extinguir también todas nuestras energías. En cualquier caso, los administradores que han enviado para manejar nuestros asuntos locales no están interesados en ellos, esta es la causa de todas las rebeliones que han ocurrido en el país. Los ciudadanos ahora consideran al gobierno como una potencia extranjera (Forment, 2003: 163).

Forment argumenta que dichos activistas del siglo xix crearon la democracia municipal, pero la resguardaron lo más posible de la intervención nacional. Esa descripción parece funcionar para casi todo México hasta bien entrado el siglo xx. No sólo las asociaciones cívicas, sino también las redes de confianza

permanecieron segregadas del régimen, excepto por la integración selectiva de las cadenas clientelares encabezadas por las principales figuras políticas. Además, en el sistema federal mexicano el patrón se repitió en los planos regional y local: con el tiempo, los caciques dieron paso a los jefes políticos, pero la política clientelar operaba en la mayoría de los Estados y municipios (Cornelius, 2001).

No obstante, durante las últimas décadas del siglo xx, la expansión económica y la integración internacional de México produjeron una nueva combinación de cambios muy poderosa:

un número cada vez mayor de la población sentía la presión de la expansión del mercado sin participar de sus ganancias;

disminuyó la capacidad de los jefes regionales respaldados por el pri para contener a esas poblaciones;

los programas gubernamentales diseñados para continuar la estrategia de décadas de cooptación de las poblaciones recientemente movilizadas no lograron incorporar a todos sus objetivos, y en realidad sentaron las bases para una nueva organización;

las redes de confianza integradas en cooperativas campesinas y comunidades indígenas se relacionaron cada vez más con actores políticos regionales e incluso nacionales fuera de las redes clientelares y el pri.

En su minucioso estudio de la política alimentaria mexicana y sus ramificaciones políticas, Jonathan Fox da el ejemplo de la región de la Montaña, en buena medida indígena, en el altiplano de Guerrero, estado de la costa del Pacífico, al sur de la Ciudad de México. Un programa nacional de distribución de alimentos iniciado en 1980 se vinculó allí con un movimiento campesino iniciado una década antes (dirigido en parte por maestros radicales) que había ido ganando fuerza en la política municipal. En 1984, los líderes de los consejos locales de alimentos ya habían formado un Comité de Consulta de Producción que coordinaba las actividades locales en más o menos la tercera parte de las comunidades de la región (Fox, 1992: 188). Entre otras cosas, distribuían maíz

subsidiado por el gobierno a través de sus propias tiendas locales de alimentos, utilizando así los medios políticos nacionales para servir a los fines locales.

La movilización y la organización fueron aún más lejos en los valles centrales del adyacente estado de Oaxaca. Ahí, las viejas redes de confianza locales fueron la base para una organización eficaz:

Detrás de esta defensa tradicional de la autonomía local hay una compleja red de instituciones comunitarias. El sistema de trabajo comunitario obligatorio no remunerado, todavía muy utilizado, tequio, por ejemplo, a menudo se usaba para construir las tiendas del poblado. Las funciones del comité de alimentación rural y también los administradores de las tiendas a menudo encajaban a la perfección en el sistema tradicional de autoridad civil y religiosa conocido como cargos, que organiza los servicios esenciales de los pueblos como el agua, asuntos agrarios y asociaciones de padres y maestros, así como festividades religiosas. El sistema de cargos funcionaba en paralelo a las autoridades municipales formales, cuya tarea principal era resolver las disputas locales y representar a la comunidad ante las instituciones externas (Fox, 1992: 199; más generalmente, véase Fox, 1994).

En 1984, el Comité Coordinador de los Consejos De Alimentos de Oaxaca organizó la primera reunión nacional de la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Autónomas. De ese modo se estaban integrando a la política pública a través de un actor político nacional recién formado. Contrariamente a las intenciones de sus autores priistas, el programa nacional de distribución de alimentos facilitó los medios e incentivos para que los empresarios políticos regionales ingresaran a la escena nacional.

En otra parte de Oaxaca, Jeffrey Rubin ha documentado un proceso paralelo en la ciudad predominantemente zapoteca de Juchitán. Ahí, una Coalición de Trabajadores, Campesinos y Estudiantes del Istmo (Cocei), en gran parte indígena, llegó al poder en 1989. Después de las protestas generalizadas de trabajadores y campesinos a partir de finales de la década de 1960, el pri intentó reafirmar el control en Juchitán imponiendo al jefe político Mario Bustillo. La movilización contra Bustillo no comenzó particularmente en Oaxaca sino con las

actividades de una Asociación de Estudiantes Juchitecos en la Ciudad de México. Los estudiantes de bajos ingresos de la región empezaron a tener influencia en la asociación, presionando por programas de identidad zapoteca y autosuperación colectiva y no la integración y el avance personal pretendidos por sus predecesores de clase media. Comenzaron a ganar las elecciones de la asociación en 1973, y a finales de ese año, dicha organización estudiantil se alió con activistas locales en Juchitán mientras se organizaba para derrocar al director de un hospital y crear nuevos programas de salud (Rubin, 1997: 105-107). De la movilización de toda la ciudad surgió la Cocei.

La Coalición (como la llamaban los participantes) trabajó de manera oportunista, al identificar a grupos de campesinos o trabajadores agraviados y apoyar sus demandas de reconocimiento y reparación. A pesar de que se ubicaba en los límites entre la presentación legal e ilegal de reivindicaciones, la Cocei conservó el apoyo de los moderados locales:

A la luz del fracaso de los esfuerzos de reforma anteriores, e igualmente importantes debido a su origen local y su arraigo en el idioma y las formas culturales zapotecas, los enfoques militantes y a veces ilegales de la Cocei eran potencialmente aceptables para los moderados en Juchitán. La Cocei fue vista como una respuesta genuina por parte del pueblo a la explotación económica y política que los propios moderados habían expuesto. Como resultado, frente a un mundo local contrario a sus convicciones, los moderados discutieron y repensaron sus posiciones sobre cuestiones políticas básicas, como la democracia, la oposición y la violencia. Su disposición a apoyar un movimiento radical de base, incluso cuando la mayoría de la élite y la clase media juchitecas se oponían ferozmente a la política radical y apoyaban tácitamente la represión que ocurría, fortalecieron a la Cocei en los momentos clave de su desarrollo, atrayendo votos, cierto grado de tolerancia local y el apoyo de algunos funcionarios en la ciudad de México (Rubin, 1997: 110).

En Juchitán podemos ver a grupos indígenas de campesinos y trabajadores que salían del clientelismo, negociaban su autonomía, y manifestaban una conformidad evasiva hacia la democracia a través de alianzas inesperadas con estudiantes universitarios y moderados locales. Podemos ver la formación de

conexiones duraderas entre las redes de confianza indígenas y las políticas públicas nacionales.

Desconfianza y desdemocratización

Si la integración de las redes de confianza en la política pública promueve la democratización, entonces su salida de la política pública debilita la democracia. Su alejamiento puede ocurrir de forma voluntaria o involuntaria: de forma voluntaria, los grupos de ciudadanos pueden poner fin a sus compromisos con la política pública en general al crear sus propias alternativas a los servicios del gobierno, o controlar en forma privada distintas partes de éste. Los segregacionistas blancos que crearon los sistemas de escuelas privadas durante la era de los derechos civiles estadounidenses hicieron lo primero, mientras que las industrias reguladas que cooptaron a sus reguladores hicieron lo segundo. Sin quererlo, los grupos previamente conectados pueden sufrir la exclusión categórica o el fin de las instituciones que anteriormente los vinculaban con el régimen. Los estadounidenses de origen japonés sufrieron el primer escenario durante la Segunda Guerra Mundial, mientras que la contracción generalizada de los programas de asistencia social probablemente tuvo un efecto similar en las familias estadounidenses de bajos ingresos durante la década de 1990.

La desdemocratización ocurre con más frecuencia de lo que generalmente piensan los teóricos democráticos: en la mayoría de las teorías de la democracia, la democratización es difícil de lograr, pero también difícil de revertir.

Amenazas a la democracia

Plausible, tal vez, pero ciertamente no comprobado. En las historias de Irlanda, México y España del siglo xx no descubrimos certezas, sino un programa de investigación prometedor. La siguiente ronda de estudios sobre democratización debería tomarse en serio la segregación y la integración de las redes de confianza en las políticas públicas. Incluso si mis análisis de cómo funcionan la segregación y la integración contienen errores graves, al menos plantean el interés y la importancia de tales conexiones. Seguramente las conexiones entre las redes de confianza interpersonales y las políticas públicas afectan en gran medida la viabilidad de las instituciones democráticas, pero lo importante es saber cuánto y cómo permanecer abiertos a la investigación.

Supongamos, sin embargo, que estoy en lo correcto; se avecinan dos conclusiones preocupantes. Primero, incluso en los países ricos y poderosos, la democracia sigue siendo vulnerable a la salida de las redes de confianza de la política pública, especialmente si las redes que se retiran han sometido a los ricos y poderosos a los vaivenes de la contienda. La escolarización privada y en el hogar, los clubes exclusivos y las sectas religiosas, las comunidades cerradas (privadas o gated communities) y la captura de agencias u oficinas gubernamentales con el fin de obtener ganancias privadas, todas proporcionan los medios para que las élites garanticen sus propias ventajas sin someterse a los costos y las limitaciones de la política pública.

Segundo, en la medida en que los miembros de las redes de confianza en países relativamente no democráticos se las arreglen para subordinar al gobierno a esas redes o para mantenerse segregados de la política pública, las perspectivas de democracia seguirán siendo escasas en esos países; en éstos, el totalitarismo, la teocracia y la política clientelar parecen un futuro más probable que la democracia.

Referencias

Auyero, Javier (2000). *Poor People's Politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*. Durham: Duke University Press.

Bailey, David C. (1974). *Viva Cristo Rey! The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*. Austin: University of Texas Press.

Broeker, Galen (1970). *Rural Disorder and Police Reform in Ireland, 1812-36*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Bryan, Dominic (2000). *Orange Parades: The Politics of Ritual, Tradition and Control*. Londres: Pluto Press.

Caramani, Daniele (2000). *The Societies of Europe. Elections in Western Europe since 1815: Electoral Results by Constituencies*. Nueva York: Grove's Dictionaries.

Caramani, Daniele (2004). *The Nationalization of Politics: The Formation of National Electorates and Party Systems in Western Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Clark, Samuel y James S. Donnelly Jr. (coords.) (1983). *Irish Peasants: Violence*

and Political Unrest, 1780-1914. Madison: University of Wisconsin Press.

Conley, Carolyn A. (1999a). *Melancholy Accidents: The Meaning of Violence in Post-Famine Ireland*. Lanham: Lexington Books.

Conley, Carolyn A. (1999b). "The Agreeable Recreation of Fighting". *Journal of Social History* 33: 58-72.

Cornelius, Wayne (2001). "Huecos en la democratización: la política subnacional como un obstáculo en la transición mexicana". En *Caminos a la democracia*, coordinado por Reynaldo Yunuen Ortega Ortiz. Ciudad de México: El Colegio de México, pp. 241-266.

Farrell, Sean (2000). *Rituals and Riots: Sectarian Violence and Political Culture in Ulster, 1784-1886*. Lexington: University Press of Kentucky.

Forment, Carlos A. (2003). *Democracy in Latin America 1760-1900. Volume I: Civic Selfhood and Public Life in Mexico and Peru*. Chicago: University of Chicago Press.

Fox, Jonathan (1992). *The Politics of Food in Mexico: State Power and Social Mobilization*. Ithaca: Cornell University Press.

Fox, Jonathan (1994). "The Difficult Transition from Clientelism to Citizenship: Lessons from Mexico". *World Politics* 46: 151-184.

Hart, Peter (1998). *The I.R.A. & its Enemies: Violence and Community in Cork, 1916-1923*. Oxford: Clarendon Press.

Hirschman, Albert O. (1970). *Exit, Voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*. Cambridge: Harvard University Press.

Jarman, Neil (1997). *Material Conflicts: Parades and Visual Displays in Northern Ireland*. Oxford: Berg.

Jupp, Peter y Eoin Magennis (coords). (2000). *Crowds in Ireland c. 1720-1920*. Londres: Macmillan.

Krauze, Enrique (2004). "Past Wrongs, Future Rights". *New York Times*, 10 de agosto, A21.

Lehmann, David (1990). *Democracy and Development in Latin America: Economics, Politics and Religion in the Post-War Period*. Filadelfia: Temple University Press.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow, y Charles Tilly (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.

O'Neill, Joseph (2001). *Blood-Dark Track. A Family History*. Londres: Granta.

Palmer, Stanley H. (1988). *Police and Protest in England and Ireland 1780-1850*.

Cambridge: Cambridge University Press.

Putnam, Robert D. (1993). *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.

Rubin, Jeffrey W. (1997). *Decentering the Regime: Ethnicity, Radicalism, and Democracy in Juchitán, Mexico*. Durham: Duke University Press.

Sanderson, Susan R. Walsh (1984). *Land Reform in Mexico, 1910-1980*. Orlando: Academic Press.

Thompson, Ginger (2004). "Mexico's Leader to Pursue Genocide Case". *New York Times*, septiembre 1, A10.

Tilly, Charles (2004). *Contention and Democracy in Europe, 1650-2000*. Cambridge: Cambridge University Press.

Warren, Mark E. (coord.) (1999). *Democracy and Trust*. Cambridge: Cambridge University Press.

Willerton, John P. (1992). *Patronage and Politics in the USSR*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wood, Andrew Grant. 2001. *Revolution in the Street: Women, Workers, and Urban Protest in Veracruz, 1870-1927*. Wilmington: Scholarly Resources.

[Notas]

[1] N.T. Tradición iniciada en Irlanda. Se trata de jóvenes, Straw Boys, que llegaban en grupos vociferantes a las bodas y bailaban con los novios, siempre cubiertos con capuchas que les cubrían toda la cabeza, y luego se retiraban.

IV

Desigualdad persistente

13. Desigualdad persistente

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Podríamos considerar con justa razón a James Gillray (1757-1815) como el primer caricaturista profesional de Gran Bretaña (George, 1967: 57; Hill, 1976). Nos legó una inolvidable serie de imágenes de cuestiones públicas y privadas durante la era de Jorge iii. Pocas veces aparecen personajes bien parecidos en las caricaturas de Gillray. En las salvajes representaciones de la vida británica, hacia 1800 dibujó, grabó y coloreó aristócratas rollizos y de cara rojiza que se alzan por encima de los demás, mientras que los pobres aparecen pequeños, enjutos y demacrados. Aunque Gillray representaba a sus compatriotas con malevolencia, su observación no carecía de agudeza.

Utilicemos el tema de la estatura. Consideremos a los nuevos cadetes de 14 años que ingresaban a la Royal Military Academy en Sandhurst como la parte más saludable de la aristocracia y la alta burguesía, y a los reclutas del servicio naval a través de la London's Marine Society, también de 14 años, como la parte más saludable de entre los pobres desempleados de la ciudad. Al inicio del siglo xix, el promedio de estatura entre niños pobres de catorce años era de 1.30 metros, mientras que entre los aristócratas y alto burgueses de la misma edad era de 1.56 (Floud, Wachter y Gregory, 1990: 197; para la historia de la Marine Society como beneficencia aristocrática, véase Colley, 1992: 91-93). Un cadete promedio de nuevo ingreso al ejército superaba por aproximadamente 25 cm a los nuevos reclutas de la marina. Como los jóvenes pobres de entonces alcanzaban la madurez después de los ricos, sus estaturas se emparejaban en la etapa adulta con 2-4 cm de diferencia. No obstante, podemos imaginarnos a sus contrapartes en el ejército: oficiales aristócratas que, con una diferencia de 15 cm o más, veían con desdén a sus tropas plebeyas. Una imagen como esta encarna

las expresiones “alto e imponente”, “altivo” y “mirar a alguien desde las alturas” (to look down on someone).

Los pobres rara vez gozan de buenas épocas. Sin embargo, alrededor de 1800 los tiempos eran particularmente desoladores para las familias británicas de escasos recursos. En el corto plazo, el desvío masivo de recursos y fuerza laboral para llevar a cabo la Revolución francesa y las guerras napoleónicas agotó la producción interna de manera significativa y aumentó los precios de bienes de consumo. En el largo plazo, la urbanización, industrialización y desigualdad agudizada, producto de la expansión capitalista, agravaron las dificultades que enfrentaban las familias más pobres de Europa Occidental. Cuando los pobres dejaron de producir su propia comida con mayor rapidez de lo que aumentó la productividad agrícola, las penurias llegaron hasta la mesa.

[...] Hacia finales del siglo xviii, entre 3% y 10% de la fuerza laboral inglesa y francesa no contaba con suficiente comida para sostener cualquier trabajo de manera eficaz, mientras que la quinta parte de la población ganaba mucho por unas pocas horas de trabajo ligero (Fogel, 1994: 371–374). Los bajos niveles nutricionales de los trabajadores ingleses y franceses los exponían a enfermedades crónicas y, por ende, era probable que sus vidas laborales se vieran truncadas por la enfermedad o la muerte temprana. Fogel especula que tan sólo la desnutrición da cuenta de la impactante cifra de pordioseros (hasta 20% de toda la población) reportada en diversas regiones de la Europa del siglo xviii.

Tal como determinaron recientemente Fogel y otros investigadores, a lo largo de diferentes categorías demográficas, regiones y países, el bienestar material y la estatura varían mucho entre sí (Floud, Wachter, y Gregory, 1990; Fogel, 1993 y 1994; Fogel y Costa, 1997; Komlos, 1987, 1990 y 1994). En suma, Richard Steckel dice:

La altura sirve como medición precisa de la desigualdad en forma de desnutrición: durante el siglo pasado, la estatura promedio se ve afectada no sólo por nivel ingresos, sino también por su distribución y el consumo de bienes básicos de los pobres. A diferencia de los métodos tradicionales para medir estándares de vida con base en la producción, la estatura es una medida de consumo que se incorpora o hace ajustes de acuerdo con las necesidades nutricionales de cada persona: es una medida neta que incluye no sólo el abasto

de insumos para la salud, sino las exigencias de dichos insumos (Steckel, 1995: 1903).

El vínculo entre el bienestar y la estatura se da a través del consumo de alimentos: los víveres dan vigor. Aunque los genes limitan las distribuciones de altura entre las poblaciones humanas, la nutrición desde la niñez afecta mucho hasta qué grado un individuo se acerca su potencial genético. El peso bajo al nacer, a menudo resultado de enfermedades y desnutrición de la madre, es un buen referente para predecir los problemas de salud de un niño, una menor expectativa de vida y menor tamaño como adulto.

Asimismo, en determinadas poblaciones, una baja estatura es en sí un factor para predecir mayores niveles de morbilidad y mortandad, muy probablemente no a causa de las ventajas intrínsecas de la estatura sino porque, en términos generales, una baja estatura guarda relación con experiencias de salud adversas durante la infancia y con una menor fuerza corporal. Por ende, la observación de estaturas cada vez mayores en toda una población es uno de los indicios más claros de que dicha población disfruta de mayores niveles de bienestar y las diferencias notables en la estatura entre adultos por categoría social entre la población masculina o femenina son un importante indicador de desigualdad duradera.

El hecho de que la estatura promedio de los adultos en los países occidentales haya tenido un aumento de aproximadamente 15 cm a lo largo de los últimos 150 años refleja un aumento considerable de los estándares de bienestar. Algunos estudios recientes revelan que incluso en Suecia, con toda su igualdad, los pesos al nacer menores entre los hijos de mujeres de nivel educativo más bajo (en este caso, muy probablemente como resultado mixto entre consumo de tabaco y desnutrición) son un indicador de que las desigualdades materiales persisten aún en la prosperidad (Dagens Nuheter, 1996). Si yo, con mi modesta estatura puedo ver por encima de las cabezas de muchos hombres adultos con los que viajo en el subterráneo de Nueva York, en especial las de quienes hablan una lengua diferente al inglés, señala que en los países capitalistas aún tenemos profundas desigualdades en experiencias de vida por identificar y explicar.

Dado que entre los primates es preponderante el dimorfismo sexual y el ser humano comúnmente vive en hogares de sexo mixto cuyos integrantes

comparten los alimentos, uno podría suponer que, a diferencia de las desigualdades de clase, las distintas estaturas entre hombres y mujeres proceden casi en su totalidad de predisposiciones genéticas. No es así. Difícilmente se puede desenmarañar la naturaleza de la crianza cuando se trata de diferencias de tamaño corporal entre sexos. Como lo expone James Tanner:

Las variaciones entre estaturas de individuos en una subpoblación dependen en gran medida de diferencias en su legado genético; sin embargo, la variación entre los medios de grupos de individuos (al menos dentro de una población étnicamente homogénea) refleja la experiencia acumulativa de nutrición, higiene, enfermedades y estrés de cada uno de los grupos. En el lenguaje del análisis de varianza, la mayor parte de variación dentro de un grupo se debe a su herencia, así como la mayor variación entre grupos se debe al ambiente durante la infancia (Tanner 1994: 1)

Pero ¿qué cuenta como subpoblación o como grupo? Definitivamente no una población cohabitante, sin importar sus divisiones sociales internas. Por “grupo” entiéndase “categoría”, de tal modo que clase, género, raza, grupo étnico y otros sistemas de distinción sociales organizados de manera similar sin duda califican (emplearé como convenciones actuales al referirme a “sexo” en cuanto a las diferencias biológicas ligadas a los cromosomas X y Y, y “género” en referencia a las categorías sociales). En cada uno de estos casos, las diferencias en “experiencia nutricional, higiénica, de enfermedades y de estrés” contribuyen a estatura de los adultos. Algunos investigadores de este campo de estudio han logrado mucho más en cuanto a diferencias de clases y nacionalidad, así como en cambios cronológicos, que en lo tocante a las diferencias entre hombres y mujeres.

Aun así, el género también marca las distintas experiencias infantiles, incluso cuando se trata de la nutrición. Cuando los niños de economías ganaderas y agrícolas comienzan a trabajar en las empresas familiares, casi siempre asumen roles asignados por género. Ello significa que las rutinas cotidianas dan a niños y niñas un acceso desigual a los alimentos. Casi siempre, las niñas obtienen menos alimento y de menor calidad. No obstante, en los casos en que los hombres pescan o cazan y las mujeres cultivan y cosechan, la división del trabajo a

menudo hace que las niñas y mujeres tengan acceso a fuentes de calorías más seguras y estables. Así pues, en ciertas circunstancias las mujeres en realidad pueden obtener una mejor nutrición que los hombres.

Por lo tanto, el hecho fundamental es que existe una diferencia de género en cuanto a nutrición, y que usualmente, pero no siempre, la nutrición de las mujeres es inferior. Contamos con suficiente documentación episódica sobre la discriminación de género respecto al cuidado de la salud, la alimentación, infanticidio y la nutrición en general, así como asomos de evidencia que sugieren patrones diferenciales de género en cuanto al aumento o disminución del nivel nutricional debido a la influencia de grandes fluctuaciones económicas, lo cual apoya la hipótesis de un trato desigual generalizado entre hombres y mujeres, de desigualdad en sus oportunidades de avance y, en consecuencia, también de una contribución social a las diferencias de género en peso y estatura.

Tales diferencias de bienestar socialmente organizadas describen el tema principal de este libro: las causas, usos, estructuras y efectos de la desigualdad categórica. El libro no cuestiona qué produce la desigualdad humana en general; más bien aborda estas preguntas: ¿cómo, por qué y con qué consecuencias las desigualdades persistentes y sistemáticas en oportunidades de vida distinguen a los miembros de diferentes categorías de personas definidas socialmente? ¿Cómo se forman, cambian y desaparecen las desigualdades categóricas? Dado que todas las relaciones sociales implican desigualdades efímeras y fluctuantes, debemos concentrarnos en las desigualdades persistentes, aquellas que duran de una interacción social a la siguiente, con hincapié en aquellas que persisten durante toda una carrera, una vida y una historia organizativa.

Centrémonos, además, en pares nítidamente acotados como mujer/hombre, aristócrata/plebeyo, ciudadano/extranjero y en clasificaciones más complejas como afiliación religiosa, origen étnico o raza. Nos enfocamos en categorías más que en continuidades [como rico/pobre, alto/bajo, etcétera]. Las categorías acotadas merecen atención especial porque aportan evidencias más claras sobre el funcionamiento de la desigualdad persistente, porque sus fronteras sociales contribuyen a un trabajo organizativo fundamental y porque las diferencias categóricas explican en realidad mucho de lo que los observadores comunes consideran como resultados de las variaciones en talento o esfuerzo individual.

Como señaló Max Weber hace casi un siglo, la creación de lo que llamó el “cierre social” promueve los esfuerzos de los poderosos para excluir a los menos

poderosos de las utilidades íntegras de los proyectos conjuntos, al tiempo que facilita los esfuerzos de los desvalidos para organizarse y tomar las utilidades negadas (Weber, 1968, 1: 43-46, 1: 341-348; Parkin, 1979: 44-116). Es posible, comentó Weber, que una relación se cierre:

en una situación como la siguiente: una relación social puede proporcionar a las partes interesadas oportunidades para la satisfacción de intereses espirituales o materiales. Si los participantes esperan que la admisión de otros derivará en una mejor situación, un mejor grado, especie, seguridad o valor de la satisfacción, estarán interesados en mantener abierta la relación. Si, por otro lado, sus expectativas son mejorar su posición mediante tácticas monopólicas, su interés estará en una relación cerrada (Weber, 1968, 1:43).

Las organizaciones, como las empresas y los clanes emplean el cierre cuando establecen fronteras totales alrededor de sí mismos y luego monitorean cuidadosamente los flujos a través de esas fronteras sociales (social boundaries). Sin embargo, a diferencia de Weber, yo sostengo que, en una escala mayor que la de una sola organización, las categorías totalmente acotadas son raras y difíciles de mantener, que la desigualdad más categórica depende del establecimiento de una frontera parcial y de relaciones sociales definidas a través de esa frontera, con mucho menos control en las regiones alejadas de ésta. Aun así, en otros aspectos, mi análisis encuentra eco en la discusión de Weber, ya que construye un puente entre éste, en cuanto al cierre social, y Karl Marx, en lo tocante a la explotación, y viceversa. Con un repetido cruce de este puente, este libro se ocupa de los mecanismos sociales (secuencias causales recurrentes de alcance general) que realmente sitúan la desigualdad categórica. El argumento central funciona así: las desigualdades profundas y significativas en los privilegios entre seres humanos corresponden principalmente a diferencias categóricas tales como negro/blanco, hombre/mujer, ciudadano/extranjero o musulmán/judío, más que a diferencias individuales respecto de atributos, propensiones o desempeño. En la realidad, los sistemas categóricos más complejos que implican múltiples religiones o diversas razas generalmente terminan en pares acotados que relacionan sólo a dos categorías a la vez, como cuando la convivencia de musulmanes, judíos y cristianos resulta en los pares musulmán/judío, musulmán/cristiano y judío/cristiano, donde cada par tiene de su propia serie

distintiva de relaciones acotadas.

Incluso cuando se emplean marcadores explícitamente biológicos, tales categorías dependen siempre de una amplia organización social, creencia y aplicación. La desigualdad duradera entre categorías surge porque quienes controlan el acceso a los recursos productores de valor resuelven los problemas organizativos apremiantes por medio de distinciones categóricas. Consciente o inconscientemente, esas personas establecen sistemas de cierre social, exclusión y control, y muchos de ellos (no todos poderosos, y hasta algunos víctimas de la explotación) adquieren entonces intereses en esas soluciones. Por lo tanto, la variación en la forma y durabilidad de la desigualdad depende principalmente de la naturaleza de los recursos implicados, las ubicaciones sociales precedentes de las categorías, la naturaleza de los problemas organizativos y las configuraciones de las partes interesadas.

A través de todas estas variantes, descubrimos y redescubrimos categorías emparejadas, reconocibles, organizadas y desiguales como blanco/negro, masculino/femenino, casado/soltero y ciudadano/no ciudadano. La línea divisoria entre tales categorías a menudo permanece incompleta en dos aspectos: el primero, que algunas personas (de raza mixta, transexuales, refugiados certificados, etcétera) no se ajustan claramente de un lado de la línea o del otro; y el segundo, que en muchas situaciones la distinción entre los miembros de cualquier par en particular no tiene importancia. Sin embargo, cuando se aplican, las categorías emparejadas y desiguales desempeñan un trabajo organizativo fundamental al producir diferencias marcadas y duraderas en el acceso a recursos valiosos. La desigualdad duradera depende mucho de la institucionalización de pares categóricos.

Orígenes de la desigualdad categórica

¿Cómo y por qué ocurre la institucionalización de pares categóricos? [...] La siguiente lista servirá como un mapa preliminar de jungla que explora este libro.

Las categorías de pares y desiguales, las cuales consisten en relaciones asimétricas a través de una línea divisoria socialmente reconocible (y con frecuencia incompleta) entre redes interpersonales, se repiten en una gran variedad situaciones, lo que produce la exclusión desigual de los recursos controlados por los otros para cada una de las redes.

Dos mecanismos, que podemos etiquetar como explotación y acaparamiento de oportunidades, ocasionan una desigualdad perdurable cuando sus agentes incorporan categorías de pares y desiguales en algunas fronteras organizativas fundamentales.

Otros dos mecanismos, los cuales podemos llamar emulación y adaptación, refuerzan la eficacia de las distinciones categóricas.

Las distinciones categóricas locales se fortalecen y operan a un costo menor cuando se hacen coincidir con categorías de pares y desiguales disponibles.

Cuando muchas organizaciones adoptan las mismas distinciones categóricas, éstas se vuelven más dominantes y decisivas en la vida social en general.

La experiencia en escenarios categóricamente diferenciados brinda a los participantes una preparación sistemáticamente diferente y desigual para el rendimiento en nuevas organizaciones.

Gran parte de lo que los observadores interpretan como diferencias individuales que crean desigualdad es en realidad consecuencia de una organización categórica.

Por todo ello, las desigualdades de raza, el género, etnia, clase, edad, ciudadanía, nivel educativo y otros principios aparentemente contradictorios de diferenciación se forman por medio de procesos sociales similares y son, en gran medida, organizativamente intercambiables.

La gente establece sistemas de desigualdad categórica, consciente o inconscientemente, casi siempre por medio de estos dos mecanismos causales:

la explotación, la cual opera cuando los poderosos y con conexiones controlan los recursos de los que obtienen ganancias significativamente mayores al coordinar el esfuerzo de los otros, a los que excluyen del valor agregado total producto de dicho esfuerzo;

el acaparamiento de oportunidades, el cual opera cuando los miembros de una red categóricamente acotada obtienen acceso a un recurso que es valioso, renovable, sujeto al monopolio que sirve a las actividades de la red y aumentado por el modus operandi de la red.

Ambos mecanismos son obviamente paralelos entre sí, pero quienes carecen de un gran poder pueden aspirar al segundo si los poderosos los alientan, toleran o ignoran. A menudo, las dos partes obtienen beneficios complementarios, aunque desiguales, a partir de la exclusión conjunta de otros.

Dos mecanismos adicionales cimientan tales acuerdos: la emulación, que consiste en copiar modelos organizativos establecidos o en trasplantar las relaciones sociales existentes de un escenario a otro, y la adaptación, que consiste en elaborar rutinas cotidianas, tales como la ayuda mutua, la influencia política, el cortejo y la recopilación de información, a partir de estructuras categóricamente desiguales. La explotación y el acaparamiento de oportunidades favorecen el establecimiento de la desigualdad categórica, mientras que la emulación y la adaptación generalizan su influencia.

Por ende, cierto tipo de desigualdad prevalecerá sobre una gran parte de población de dos maneras complementarias: ya sea que el par categórico en

cuestión (hombre/mujer, legítimo/ilegítimo, negro/blanco, ciudadano/no ciudadano, etc.) opere en organizaciones que controlan recursos importantes que afectan el bienestar, y cuyos efectos se difunden desde ahí; o bien cuando el par categórico se repite en muchas organizaciones similares, independientemente de su poder.

Los mecanismos básicos generadores de desigualdad operan de la misma forma a lo largo y ancho de diversos escenarios organizativos, así como en un amplio rango de desenlaces desiguales: ingreso, riqueza, poder, deferencia, fama, privilegio, entre otros.

Quienes crean o mantienen la desigualdad categórica por medio de los cuatro mecanismos básicos, rara vez se lo proponen como tal. Más bien, resuelven otros problemas organizativos al establecer un acceso categóricamente desigual a desenlaces valiosos. Lo que pretenden, más que nada, es conseguir recompensas de los recursos confiscados, y a su vez, la explotación y el acaparamiento de oportunidades proporcionan un medio para hacerlo. Sin embargo, una vez emprendida, éstos tienen sus propios problemas organizativos: cómo mantener las distinciones entre internos y externos; cómo garantizar la solidaridad, la lealtad, el control y la sucesión; cómo monopolizar el conocimiento que favorece el uso rentable de los recursos confiscados. El establecimiento de fronteras sociales explícitamente categóricas ayuda a resolver tales problemas organizativos, en especial si las fronteras en cuestión incorporan formas de desigualdad previamente bien establecidas en el mundo circundante. La emulación y la adaptación cimientan tales distinciones, de modo que las hacen habituales y a veces incluso esenciales para explotadores y explotados por igual.

Ciertamente, las categorías ampliamente aplicables acumulan sus propias historias y relaciones con otras estructuras sociales: las distinciones masculino/femenino han adquirido caparazones culturales enormes y lentos y, sin embargo, reaparecen en casi todas las estructuras sociales de cualquier escala, mientras que en Estados Unidos la distinción hispano/blanco continúa siendo una división controvertida y políticamente impulsada de contenido cultural incierto. Por ende, tales pares categóricos operan con diferencias características cuando se importan a nuevos escenarios. La distinción ciudadano/extranjero, por ejemplo, cumple una variedad de tareas organizativas, como separar a los empleados temporales de los empleados permanentes, diferenciar el acceso a prestaciones públicas, gestionar los derechos de intervenir en procesos políticos, etc., pero su existencia y efectividad siempre dependen de

la capacidad actual de un gobierno relativamente centralizado. El poder de un diferenciador basado en la pertenencia o no a un partido político (casos notables son los partidos comunistas en regímenes socialistas estatales) depende de manera similar de la existencia de un partido hegemónico que ejerza un amplio poder estatal y controle una amplia variedad de recursos valiosos.

Una vez más, el fundador de una pequeña empresa manufacturera, siguiendo los modelos ya establecidos en el comercio, divide el trabajo de la empresa en grupos de tareas consideradas como distintivas en carácter y calificación, y luego contrata a trabajadores para dichos empleos dentro de categorías bien marcadas. A medida que se producen ingresos y la empresa crece, los trabajadores consolidados pasan la voz de los empleos disponibles entre amigos y parientes, y colaborando con ellos y apoyándolos cuando se unen a la fuerza laboral. Así, esos nuevos trabajadores demuestran ser más confiables y efectivos que los contratados en la calle y todos los interesados terminan asociando el trabajo con la categoría, tanto que el dueño y los trabajadores llegan a creer en la aptitud superior de los miembros de esa categoría para esa línea particular de trabajo.

Otro caso pertinente. Los moradores de un vecindario urbano construyen un precario sistema de confianza con base en antecedentes comunes y relaciones compartidas con terceros, luego conviven con personas y bienes que ponen en riesgo ese sistema de confianza, y al final reaccionan violentamente cuando los recién llegados, a quienes no pueden integrar fácilmente a las mismas redes, amenazan con ocupar parte del territorio. En el proceso, los miembros de ambos grupos elaboran historias convincentes sobre la perfidia y la total incompatibilidad del otro.

Finalmente, los miembros de una corriente de inmigrantes venden productos artesanales de su región de origen en las calles de una gran ciudad y algunos de ellos establecen negocios como proveedores, fabricantes o comerciantes minoristas. Nuevos inmigrantes encuentran trabajo en el creciente comercio, y lo que brinda oportunidades exclusivas para la próxima generación no es sólo un nicho de inmigrantes, sino una conexión internacional étnicamente específica. En todos estos casos, las improvisaciones de organización llevan a una desigualdad categórica perdurable; en todos estos casos, pero con un peso variable, la explotación y el acaparamiento de oportunidades favorecen la creación de una desigualdad categórica, mientras que la emulación y la adaptación generalizan su influencia.

Cuando se trata de los factores determinantes de la desigualdad perdurable, ¿estos casos son especiales o la regla general? Este libro brinda razones para pensar que la desigualdad categórica en general deriva de distintas intersecciones de explotación, acaparamiento de oportunidades, emulación y adaptación. Y va más allá cuando afirma que gran parte de la desigualdad que parece resultar de diferencias individuales o grupales en cuanto a capacidad es realmente producto de las mismas causas:

diferencias categóricas organizadas autoritariamente en el desempeño actual (por ejemplo, cooperación o sabotaje categóricamente diferenciado por parte de colegas, subordinados y supervisores);

diferencias categóricas organizadas autoritariamente en recompensas por desempeño (por ejemplo, un sueldo sistemáticamente menor para gente de color que para los blancos que realizan tareas similares);

diferencias organizadas autoritariamente en la adquisición de capacidades para el desempeño (por ejemplo, escuelas categóricamente segregadas y desiguales).

También argumenta que los mecanismos sociales que producen desigualdad con respecto a un amplio rango de ventajas (riqueza, ingreso, estima, protección, poder, entre otros) se asemejan. Si bien la acumulación histórica de instituciones, de relaciones sociales y conocimientos mutuos generan diferencias en la operación cotidiana de diversos tipos de categorías (género, raza, ciudadanía, etc.), así como diferencias en diversos tipos de desenlaces (por ejemplo, riqueza en propiedades frente a ingreso en efectivo) y, en última instancia, las interacciones de explotación, acaparamiento de oportunidades, emulación y adaptación los explican todos.

La nutrición proporciona un modelo general útil para la desigualdad categórica, porque en la mayoría de los escenarios, la alimentación difiere de acuerdo con la pertenencia categórica, y porque, en muchos casos, los efectos acumulativos de la alimentación en otros sitios ayudan a explicar las diferencias categóricas en el desempeño de este caso. En directo paralelismo, la información y los lazos sociales que actualmente pueden adquirir los individuos y grupos difieren categóricamente, pero la experiencia categórica previa también afecta mucho la

información y los lazos sociales que estos individuos y grupos ya tienen a su disposición, sin mencionar los medios que tienen para obtener nueva información y lazos sociales.

Los sentimientos de identidad, por un lado, y la hostilidad intergrupal, por el otro, bien pueden acompañar, promover o resultar del uso de diferencias categóricas para resolver problemas organizativos. Sin embargo, el predominio relativo de tales actitudes desempeña un papel secundario en la medida y la forma de la desigualdad. Las creencias equivocadas refuerzan la explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación y la adaptación, pero gozan de poca influencia independiente en sus comienzos, o al menos ese será mi argumento. Lo que sigue es que la reducción o la intensificación de actitudes racistas, sexistas o xenóforas tendrá un efecto relativamente pequeño en la desigualdad perdurable, mientras que la introducción de ciertas formas de organización nuevas, como instalar diferentes categorías o cambiar la relación entre categorías y recompensas, tendrá un gran impacto.

De ser así, la identificación de tales formas organizativas se vuelve un importante desafío para los científicos sociales. También de ello se desprende que problemas organizativos semejantes generan soluciones paralelas en escenarios muy diferentes, articulados con series de categorías muy diferentes. Así pues, las coincidencias de posiciones con categorías y las justificaciones de tales coincidencias varían mucho más que los acuerdos estructurales recurrentes, por ejemplo, cuando grupos similares de empleos adquieren identificaciones raciales, étnicas o de género contrastantes en diferentes mercados laborales. Los mecanismos causales se asemejan mucho entre sí, mientras que los resultados difieren notablemente; por ello, se presentan racionalizaciones o condenas muy diferentes a posteriori. Los científicos sociales que se ocupan de tales formas perdurables de desigualdad deben abrirse paso entre la densa proliferación ideológica para alcanzar las raíces estructurales.

Como veremos en detalle, el análisis relacional considera las categorías como inventos sociales de solución de problemas y/o subproductos de la interacción social (Elster, 1983: 25-88). Los analistas relacionales conciben la cultura como conocimientos compartidos que se entrelazan estrechamente con las relaciones sociales, de modo que les sirven como herramientas y limitaciones, en lugar de constituir una esfera autónoma. El análisis intensamente relacional es todavía un movimiento minoritario en las ciencias sociales en su conjunto; los individualismos y los enfoques holísticos continúan reinando. Sin embargo, en la

elección entre esencias y lazos quiero mantener en alto la bandera de los lazos. Asevero que, en un recuento acerca de cómo se agrupan las transacciones en lazos sociales, éstos se concatenan en redes y las redes existentes obstaculizan las soluciones de problemas organizativos, dan claridad a la creación, el mantenimiento y el cambio de la desigualdad categórica.

Elementos de desigualdad

Sin embargo, antes de emprender la reconstrucción necesaria, pensemos en la desigualdad como tal. La desigualdad humana consiste generalmente en la distribución desigual de atributos entre un conjunto de unidades sociales tales como individuos, categorías, grupos o regiones. Los científicos sociales se preocupan especialmente por la distribución desigual de costos y beneficios, es decir, bienes en sentido amplio. Entre los bienes relevantes se incluye no sólo la riqueza y los ingresos, sino también distintos beneficios y costos como el control de la tierra, la exposición a enfermedades, el respeto de otras personas, la obligatoriedad del servicio militar, el riesgo de homicidio, la posesión de herramientas y la disponibilidad de parejas sexuales. Los estudiosos de la desigualdad social han puesto poca atención en la distribución desigual de otros atributos, como los rasgos genéticos y gustos musicales, salvo que se correlacionen con la distribución desigual de bienes en este sentido amplio.

Los bienes varían en la medida en que son autónomos (observables sin referencia a unidades externas, como en acumulaciones de alimentos) o relativos (observables sólo en relación con otras unidades, como en el prestigio). La riqueza, los ingresos y la salud ejemplifican bienes autónomos, mientras que el prestigio, el poder y la clientela ejemplifican bienes relativos (algunos analistas prefieren catalogar los bienes relativos como “posicionales”, porque consideran que se fijan a posiciones más que a personas, pero ese uso desvía la atención de su carácter relacional). En general, las desigualdades con respecto a los bienes autónomos alcanzan mayores extremos que las desigualdades con respecto a los bienes relativos.

Un análisis de la explotación por parte de las élites, del acaparamiento de oportunidades por parte de las no élites, de la emulación y la adaptación, deja en claro que los bienes autónomos y relativos dependen mucho el uno del otro. Aunque la gente termina valorándolos por sí solos, los bienes relativos ocupan generalmente una posición subordinada y derivada: sirven como un medio para crear o mantener la desigualdad categórica con respecto a los bienes autónomos. Tener prestigio, poder, clientela y bienes que determinan el estatus justifica ex

post facto la posición superior de las categorías preferidas, así como los prerequisites de estas categorías también brindan a los bienes autónomos, como serían las viviendas bien construidas, los automóviles de lujo, los espacios laborales cómodos, buenas comidas, buen licor o entretenimiento enriquecedor, la apariencia de bienes relativos. Los principales reveses a la prioridad de los bienes autónomos sobre los relativos se producen en exhibiciones públicas como el potlatch,[1] las donaciones de beneficencia y las bodas ostentosas, donde ricos o poderosos incurren en grandes gastos a corto plazo para marcar su superioridad sobre otras personas. Incluso en esos casos, las demostraciones exitosas (por ejemplo, los magnates que hacían desfilar a sus grandes clientes en rituales públicos en la Florencia renacentista) incrementan las ventajas a largo plazo de quienes las organizan (Paige y Paige, 1981; Trexler, 1981).

Ciertamente no fui yo quien descubrió la interacción entre bienes autónomos y relativos. Pierre Bourdieu ha pasado gran parte de su carrera explorándola a través de su división analítica entre capitales económicos, culturales y sociales que representan la interdependencia de bienes autónomos estrechamente concebidos, información valiosa y lazos sociales que proporcionan acceso diferencial a esos bienes e información (Bourdieu, 1979; Bourdieu y Wacquant, 1992: 118-119; Buchmann, 1989: 31-42). Cuando el siempre relacional Karl Marx rastreó los bienes relativos (¡no es su término!) hasta sus orígenes, las relaciones de producción, también retrató el prestigio, el poder, la clientela y la posesión de bienes generadores de estatus en tanto instrumentos y productos de la explotación basada en categorías. La desigualdad categórica con respecto a los bienes autónomos se fortalece y genera diferencias paralelas en los bienes relativos.

Desde finales del siglo xix, los modelos individualistas de desigualdad han desplazado a los modelos categóricos. Desde Adam Smith hasta Karl Marx, los economistas clásicos analizaron las categorías y las relaciones entre ellas: principalmente la tierra, el trabajo y el capital para Smith, sólo el capital y el trabajo para Marx. Examinaron los rendimientos de estos factores considerados colectivamente y situados socialmente, más que los rendimientos del esfuerzo individual. Discutiendo los rendimientos del trabajo; por ejemplo, Smith razonó:

Saber cuáles son los salarios normales del trabajo depende en todas partes del contrato realizado generalmente entre esas dos partes, cuyos intereses no son de

manera alguna los mismos. Los obreros desean obtener lo más posible, los amos dar lo menos posible. Los primeros están dispuestos a unirse para aumentar los salarios laborales, los segundos para bajarlos. Sin embargo, no es difícil prever cuál de las dos partes debe de tener, en toda ocasión, la ventaja en la disputa y obligar a la otra a cumplir sus términos. Los amos, siendo menos en número, pueden unirse con mucha mayor facilidad, y además la ley autoriza, o al menos no prohíbe, su unión, mientras que sí prohíbe las de los trabajadores (Smith, 1910 [1776], 1: 58-59)

Aunque Smith ciertamente consideró que las condiciones del mercado, en este caso en especial las tasas de crecimiento de la demanda laboral, eran tan cruciales para la ventaja de una u otra de las partes, y también reflexionó acerca de categorías, grupos, instituciones y lazos. Esos lazos implicaban decididamente un poder colectivo, categórico y desigual.

La revolución neoclásica, con todo, desvió la atención económica de las categorías a los individuos y los mercados.

La teoría del capital humano ofrece una explicación individualista muy semejante de la desigualdad, con el giro adicional de la despersonalización radical. En modelos estrictos de capital humano, ni el trabajador ni el esfuerzo de éste reciben las recompensas del trabajo; en cambio, las inversiones anteriores en la calidad de los trabajadores producen las ganancias actuales. Una vez más, es pertinente el comentario de Stinchcombe: tales análisis descartan los lazos entre trabajadores o entre jefes y trabajadores como causas independientes de desigualdad. Se apoyan en una creencia casi mágica en la habilidad del mercado para resolver las capacidades laborales.

Aun así, los análisis individualistas de la desigualdad tienen todos los atractivos de la economía neoclásica: analogías geométricas bien simplificadas, referencias tranquilizadoras a la toma de decisiones individuales, la insistencia en la eficaz evasión de complicaciones inconvenientes como las creencias, las pasiones, el conocimiento y la historia. Se prestan bien a la racionalización retroactiva; confrontados con resultados desiguales, sus usuarios buscan en el pasado diferencias individuales en capacidad, conocimiento, determinación o valor moral que expliquen las diferencias en las recompensas. Sin embargo, estos análisis fracasan en la medida en que un negocio causal esencial no se desarrolla

en las mentes individuales, sino en las relaciones sociales entre personas y grupos de personas. Esa medida es, asevero, muy grande. De ser así, no nos queda otra opción que emprender análisis relacionales de la desigualdad, los combinemos o no con los elementos individualistas de los procesos de decisión relevantes.

Dos advertencias acerca de ese mismo punto. Primera: considero que las personas poseen el mismo número de identidades que de relaciones sociales, una identidad por relación, y que adquieren su individualidad a través de interacciones entre capacidades genéticas y experiencias sociales.

Segunda: la extensión de los análisis relacionales en el estudio de la desigualdad social no niega la existencia de individuos o efectos en el nivel individual. Sin embargo, sí pone a los procesos individualistas en su contexto organizativo. Finalmente, sí cuestiona cualquier ontología que reduzca todos los procesos sociales a las acciones sensibles de los individuos.

De transacciones a estructuras

Viviana Zelizer identifica una ironía memorable en el intento, generalmente exitoso, del gobierno federal estadounidense de monopolizar la producción de la moneda corriente a lo largo y ancho de la nación: entre más limitaron las acciones del gobierno los derechos estatales, municipales y empresariales para emitir dinero circulante en forma legal, más promovieron los ciudadanos comunes y las organizaciones estadounidenses monedas privadas en forma de fichas, objetos simbólicos y dinero oficial asignado (Zelizer, 1994b). Los estadounidenses multiplicaron el dinero, muestra Zelizer, porque buscaban hacer negocios relacionales serios a través de sus transacciones monetarias. Por ejemplo, separaron, simbólica y físicamente, el dinero destinado a sus hijos, sirvientes y a los comerciantes locales, con lo cual no sólo obtenían, gastaban y ahorraban, sino que también distinguían diferentes categorías de relaciones sociales. Profundamente en desacuerdo con los pensadores sociales que suponen que la monetización de los intercambios sociales racionaliza inexorablemente estos intercambios y reduce sus contenidos, Zelizer demuestra que las personas transforman las transacciones monetarias para mantener relaciones interpersonales significativas y diferenciadas.

Zelizer clasifica los pagos de la siguiente manera:

regalos, que son transferencias de dinero a discreción del poseedor actual sin una previa estipulación de las subsecuentes obligaciones del destinatario;

derechos, los cuales son pagos adeudados al destinatario por derecho contractual, exigible por apelación a terceros autorizados;

compensación, que es un intercambio monetario por bienes y servicios, basado en un acuerdo previo en lo tocante a la relación entre precio y una mezcla de calidad y cantidad.

En oposición a los analistas que suponen que, en última instancia, todas las transferencias monetarias equivalen a intercambios *quid pro quo*, Zelizer argumenta que los obsequios, los derechos y la compensación implican razones, relaciones sociales y significados contrastantes; se basan en medios de aplicación particularmente diferentes. Para diferenciarlas entre sí, se inventan monedas distintas y rutinas de pago notablemente diferentes.

Cuando se hacen tales distinciones, se incorporan formas culturales en los análisis, generalmente implícitos, de las relaciones sociales. Vemos a Mary pasarle a Harry un billete de diez dólares. ¿Cómo podemos saber si la transferencia monetaria es una propina, un soborno, un regalo sincero, una compensación normal por bienes o servicios, el cumplimiento de un derecho como una prestación o algún otro tipo de pago? Sólo podemos saberlo cuando conozcamos la relación entre María y Harry; conductor y policía de tránsito, hermana y hermano, madre e hijo, ocupante de vivienda y portero, etc., de entre una amplia variedad de pares posibles (Zelizer, 1998).

Elementos fundamentales

Los postulados provisionales para el conjunto básico incluyen cadena, jerarquía, triada, la organización y el par categórico.

Una cadena consiste en dos o más lazos similares y conectados entre sitios sociales (personas, grupos, identidades, redes, entre otros).

Una jerarquía es una especie de cadena en la que las conexiones son asimétricas y los sitios son sistemáticamente desiguales.

Una triada consta de tres sitios con vínculos entre sí que son similares en contenido, aunque no necesariamente similares en valencia.

Una organización es un conjunto bien delimitado de vínculos entre los cuales al menos un sitio tiene el derecho de establecer lazos más allá de la frontera social, y ésta puede entonces conectar a sitios enlazados por vínculos internos.

Un par categórico consiste en una frontera socialmente significativa y al menos un vínculo entre ambos sitios en cualquiera de sus lados.

Considero estas configuraciones de red como inventos sociales, quizás desarrollados escalonadamente por ensayo y error, muchas veces, sin duda reinventados en forma independiente, pero cuando se les reconoce adecuadamente, constituyen un medio deliberadamente dispuesto para coordinar la vida social.

Uso de guiones y conocimiento local

En principio, las transacciones incluyen eventos en los que un actor cambia el estado de otro actor; el término “costos de transacción” describe la energía empleada en tales intercambios. En la práctica, nos concentramos en interacciones distinguibles, durante las cuales al menos un actor manifiesta una respuesta a otro. Los guiones van desde las rutinas incluidas en tales configuraciones generales como las triadas y las categorías de pares hasta las fórmulas específicas que las personas adoptan para retirar dinero de un banco.

Del mismo modo, el conocimiento local se extiende, por ejemplo, desde los conocimientos tácitos adquiridos por los residentes permanentes en cuanto a las conexiones entre diferentes lugares en una ciudad, hasta el recuerdo de conversaciones previas que enmarca el almuerzo de hoy entre dos viejos amigos. Los guiones proporcionan modelos de participación en ciertos tipos de relaciones sociales, mientras que el conocimiento local compartido representa una forma de dar contenido variable a esas relaciones sociales. De entre los cuatro mecanismos básicos que generan la desigualdad perdurable, la emulación se basa principalmente en el uso de un guion, mientras que la adaptación estriba en gran medida en la acumulación de conocimiento local. Con todo, en realidad los cuatro mecanismos (explotación, acaparamiento de oportunidades, emulación y adaptación) operan por medio de combinaciones de uso de guion y conocimiento local. Por ejemplo, la explotación mediante categorías emparejadas implica variables localmente construidas de diferenciaciones muy conocidas por género, raza, etnia o algún otro principio divisorio.

Con poco uso de guiones o de conocimiento local disponible [...] los actores se evitan entre sí o participan en improvisaciones superficiales como las maniobras que realizan los peatones en una acera abarrotada para pasarse entre sí con un mínimo de choques y bloqueos [...]

Cuando el conocimiento común es amplio y el uso de guiones reducido, entramos a la improvisación profunda del jazz profesional, de la socialización intensa, del fútbol competitivo, de las relaciones sexuales apasionadas y de las

conversaciones lúdicas.

Del mismo modo que se aprende un idioma, la creación de relaciones sociales nuevas sigue a menudo un patrón de zigzag dentro de este espacio: se comienza por un guion seguido con rigor, pero estrecho; se acumula conocimiento local; se improvisa por medio de ese conocimiento; se cometen errores y se descubren consecuencias imprevistas; se corrigen esos errores y se reparan las consecuencias hasta que surge un precario *modus vivendi*; se vuelve atrás para adquirir nuevos guiones y luego ampliar el conocimiento común hasta que, en ocasiones, el recién llegado participa en los intensos rituales de solidaridad que dan por sentado este conocimiento común. Para entonces, cualquier participante que siga el guion al pie de la letra (habla con una gramática académica, respeta todas las formalidades, trabaja según las reglas) en realidad entorpece las relaciones sociales locales, salvo que lo haga como un chiste conocido o como una forma sobrentendida de controlar a los extraños. El uso de guiones y el conocimiento común operan de manera dialéctica cuando se modifican entre sí para que cada guion no sólo se pliegue bajo el peso del conocimiento local, sino que también limite los sitios que lo comparten.

No todos los procesos de aprendizaje completan el arco que va de la improvisación superficial a través de guiones más amplios hasta la improvisación profunda. Al estar en una ciudad extraña entre hablantes de una lengua poco familiar, a menudo me he encontrado adquiriendo una familiaridad rudimentaria con el mapa, el transporte público y frases fundamentales, y dilucidando un conjunto simple de rutinas de interacción para sobrevivir ese día, ensayando ansiosamente los guiones relevantes en espera del próximo encuentro, y luego arreglándomelas con esa combinación de un guion precario y un conocimiento local peligrosamente limitado. De modo semejante, muchos inmigrantes reúnen la participación necesaria en el mundo exterior a su nicho migratorio como para evitar problemas graves al navegar por ese mundo. Una vez más, la presencia de tan sólo una persona importante que carece de conocimiento del idioma y las prácticas locales puede llevar a todo un grupo de trabajo o una cena a la zona incómoda de guiones pretenciosos e improvisaciones abigarradas.

Uno de los grandes secretos de la desigualdad categórica es éste: las rutinas, conocimientos y justificaciones que los participantes de la organización han adquirido en otros escenarios están disponibles de inmediato para el trabajo organizativo. Cada escenario social perdurable produce algunos guiones únicos y

un conocimiento común, por más triviales que sean, que están sólo a disposición de quienes lo frecuentan; sin embargo, también produce algunas variaciones locales en los guiones y en el conocimiento común que se relacionan con distinciones categóricas muy relevantes según principios como edad, raza, etnia, clase, localidad y género.

Nuestras cinco configuraciones (cadenas, jerarquías, triada, organizaciones y pares categóricos) proporcionan guiones ampliamente disponibles. Se basan en un conocimiento común, por ejemplo, los conocimientos compartidos acerca de cómo superiores e inferiores señalan su relación entre sí [...] Juntos, los guiones conocidos y el conocimiento común acumulado reducen los costos de transacción de cualquiera de las actividades que lleva a cabo una organización, e incrementan los costos relativos de migrar a otra estructura de relaciones sociales.

Las organizaciones construyen diferencias educativas y de clase, con sus patrones de respeto consolidados; incorporan lazos existentes entre personas de orígenes étnicos comunes; crean triadas definidas como “equipos” reclutados de otras organizaciones, e instauran pares categóricos tales como médico/enfermera o profesionalista/cliente. Tal préstamo de pares categóricos, como se explicará en capítulos posteriores de este libro, desempeña un papel crucial en los patrones perdurables de desigualdad.

Los administradores que obtienen la estructura en préstamo tienen la ventaja de tener bajos costos de arranque para nuevas fracciones de la organización. Pero también importan significados y rutinas relacionales, así como conexiones externas, cuyas características y consecuencias no siempre pueden controlar. Muchos administradores de tiendas han contratado a algunos inmigrantes muy trabajadores para un nicho en particular, para descubrir después que parte de la tienda se ha vuelto una red de clientelismo en donde él o ella es un patrocinador involuntario. Muchos abogados jóvenes han aprendido que el camino para convertirse en socio de una firma está cerrado porque una jerarquía, oculta pero poderosa, separa a quienes provienen de las escuelas de derecho de élite de los demás.

Pensemos en los corredores de bolsa que se ganan la vida mediando entre dos organizaciones o poblaciones, equiparables o no. Tales negociadores aumentan sus ingresos al apoyar distinciones categóricas que garantizan que las transacciones entre fronteras sigan pasando a través de ellos en vez de tejer pares

complementarios en la frontera opuesta. Los líderes de grupos étnicos a menudo adquieren un interés como este en mantener las distinciones entre clase dominante y sus propios electores; se vuelven promotores más férreos de la educación bilingüe, de instituciones culturales diferenciadas y del establecimiento de categorías protegidas legalmente, que muchos de los miembros de sus distritos (véase, por ejemplo, Hofmevr, 1987).

Revisión de categorías

Volvamos, pues, a las categorías. De modo poco intuitivo, las categorías asumen formas relacionales. Desarrollemos más la definición previa. Una categoría consiste en un conjunto de actores que comparten una frontera simbólica que los distingue y los relaciona al menos con un conjunto de actores excluidos visiblemente de esa frontera. Una categoría agrupa simultáneamente a actores considerados similares, divide grupos de actores considerados diferentes y define las relaciones entre los dos grupos (cfr. Zerubavel, 1996). Consideremos lo siguiente como un ejemplo obvio:

Mujeres, una categoría que excluye a los hombres.

Negros, una categoría que excluye a los blancos.

Esclavos, una categoría que excluye a los amos y a otras personas libres.

Musulmanes, una categoría que generalmente excluye a los no musulmanes, pero en particular a grupos locales, sin incluir a los judíos, cristianos ortodoxos, drusos, bahaíes y otros.

Otras series categóricas importantes son noble/plebeyo, ciudadano/extranjero, profesionista /cliente, empleador/trabajador, niño/adulto, prisionero/guardia y cualquier número de pares étnicos, religiosos o raciales. De manera más excepcional, las series categóricas también aparecen como órdenes de rango: las castas indias, los grados entre oficiales militares o el escalafón de títulos académicos (instructor, profesor asistente, profesor asociado, profesor, etc.).

Las categorías se centran en los límites. ¿Qué genera la ubicación y la forma de los límites? Distingamos entre tres orígenes superpuestos: la invención, el préstamo y los subproductos de los encuentros entre redes. En un extremo,

poderosos actores o grupos de actores crean de manera deliberada límites e historias concomitantes, como cuando los conspiradores revolucionarios decimonónicos organizaban sociedades secretas con sus células, jerarquías y enemigos declarados, o cuando los intelectuales constructores de naciones inventaban historias para su grupo lingüístico que implicaban que habían ocupado su territorio antes de que los hablantes de otros idiomas llegaran a la escena.

También generan historias que los participantes utilizan posteriormente para explicar y justificar sus interacciones. Las historias encarnan conocimientos compartidos de quiénes somos, quiénes son ellos, qué nos divide y qué nos conecta, y se crean en el contexto de materiales culturales disponibles desde antes: conceptos, creencias, recuerdos, símbolos, mitos y conocimiento local compartidos.

Una vez instauradas, estas historias restringen las interacciones posteriores a través de todo el límite fronterizo, modificándose sólo lentamente en respuesta a esas interacciones. Por ende, como las combinaciones de interacciones solidarias y competitivas generan barreras en apariencia raciales, también producen historias enmarcadas genéticamente sobre los orígenes y los atributos de cada grupo. Las barreras o fronteras sociales adoptan definiciones raciales más que étnicas o territoriales en la medida en que en los primeros encuentros de miembros de ambas poblaciones usan marcadores fenotípicos para distinguirse entre sí, y se resisten a formar uniones sexuales perdurables. Por otro lado, si los mitos o hechos de origen dividen a las poblaciones, las categorías étnicas surgen de su interacción. Las diferentes combinaciones de encuentros, barreras e historias generan definiciones de categorías centradas en clase, ciudadanía, edad o localidad.

Los límites de género son a la vez los más generales y los más difíciles de explicar. Aunque se diseñan conforme a las diferencias anatómicas cromosómicas, también se ajustan a divisiones profundas en las relaciones de infancia con las madres y otros. Corresponden aproximadamente a variaciones genéticas en la fisiología, pero incorporan largas acumulaciones históricas de creencias y prácticas.

Categorías en acción

Las formas más marcadas de categorización suponen un estigma indiscutible [...] El papel del estigma en la definición de las relaciones se vuelve aún más patente en las etiquetas que Zurich y otras ciudades europeas emitieron para sus pobres merecedores (distinguiéndolos de aquellos que no las merecían), etiquetas que los hacían elegibles para recibir limosnas de la ciudadanía, medio regalo, medio derecho (Jütte, 1994: 161). En tiempos de hambruna, las ciudades europeas del siglo xvi usaban a menudo la distinción merecedor/no merecedor, o la relacionada, nativo/extranjero para trazar la línea entre los pobres que recibirían alimentos del municipio y aquellos que serían rechazados tendrían que valerse por sí mismos (Geremek 1994: capítulo 3).

Pese a estos casos extremos, una categoría viable no implica de manera alguna un perímetro completo en torno a todos los actores de un lado u otro de la frontera social; al contrario, estos perímetros requieren de una gran cantidad de gestión y casi siempre causan más problemas. Una categoría viable tampoco requiere de homogeneidad entre los actores de un determinado lado: se puede ser más o menos musulmán, incluso hasta el extremo de que otros musulmanes nieguen nuestro ser musulmán; sin embargo, de cara a la categoría de judío sin duda alguna se cae en la categoría de musulmán.

Ciertamente, las fronteras categóricas no necesitan basarse en características verificables objetivamente. Las agencias de control social con frecuencia utilizan indicadores extremadamente inexactos para estigmatizar a un segmento de la población bajo sospecha, como se describe aquí:

En 1993, el departamento de policía de Denver compiló una lista de supuestos miembros de pandillas con base en la “elección de vestimenta”, “exhibir señales de pandillas” o asociación con miembros de pandillas conocidos. La lista implicó a dos terceras partes de los jóvenes negros de la ciudad, de los cuales tan sólo un pequeño porcentaje realmente eran pandilleros (Gans, 1995: 66–67).

De modo similar, William Chambliss informa sobre sus observaciones de primera mano cuando patrullaba con la Unidad de Despliegue Rápido (udr) (Rapid Deployment Unit) de la Policía Metropolitana de Washington, D.C.:

La

udr

patrulla el gueto continuamente buscando autos con jóvenes negros. Ponen particular atención a los autos de modelos más nuevos, vehículos Isuzu con tracción integral,

bmw

y Honda Accords, con base en la creencia de que estos son los autos favoritos de los traficantes de drogas. Sin embargo, a lo largo de nuestras observaciones, los oficiales de la

udr

llegaron a la conclusión de que los traficantes de drogas estaban dejando sus autos de lujo en casa para evitar las revisiones de vehículos. Por ende, se volvió práctica común entre los oficiales de la

udr

el detener cualquier automóvil con jóvenes negros (Chambliss, 1994: 179)

Un trabajo categórico siempre implica atribuir cualidades distintivas a los actores en ambos lados de los límites; en el caso fundamental de categorías emparejadas, los actores de ambos lados participan en el etiquetado mutuo. Sin embargo, las categorías rara vez permean tanto la vida como para prohibir participaciones categóricas transversales. Muchos de los actores fácilmente ocupan categorías múltiples, siempre y cuando los lazos definitorios de una

categoría se activen en momentos, lugares y/o circunstancias diferentes de los lazos que definen otras categorías.

Fuera de organizaciones como empresas, gobiernos, partidos y asociaciones voluntarias, las categorías casi nunca se forman como resultados deliberados de una acción social planificada. Las excepciones más notables ocurren cuando los emprendedores políticos pueden sacar partido al afirmar y promover la existencia de una entidad categórica que, si se reconoce, goza de algún tipo de ventaja colectiva; las aseveraciones de hablar en nombre de una nación oprimida, no reconocida y desorganizada tienen este carácter, al igual que las exigencias de activistas de movimientos sociales de ser escuchados como voceros de grupos categóricos injustamente desfavorecidos.

Las categorías sostienen la desigualdad perdurable cuando se combinan con jerarquías, es decir, lazos entre sitios sociales en los que las conexiones son asimétricas y los sitios, sistemáticamente desiguales. Cada uno fortalece al otro, pues una frontera o barrera relativamente hermética reduce la posibilidad de que se formen relaciones ecualizadoras a través de ésta, mientras que las relaciones asimétricas con base en recursos desiguales justifican el límite y lo vuelven más patente. La desigualdad racial parece natural precisamente porque todas las transacciones a través de esta frontera ocurren asimétricamente y dramatizan la disparidad de recursos en ambos lados. Sólo cuando ocurren inconsistencias (miembros privilegiados de la categoría supuestamente inferior, miembros venidos a menos de la categoría supuestamente superior, personas que se quedan en la frontera, competencia abierta para las mismas posiciones entre miembros de ambas categorías) es que se vuelven posibles los movimientos vigorosos y violentos desde “arriba” y desde “abajo” (Olzak, 1992; cfr. Patterson, 1995).

Referencias

Bourdieu, Pierre (1979). *La Distinction: Critique Social du Jugement*. París: Editions de Minuit.

Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1992). *Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.

Buchman, Marlis (1989). *The Script of Life in Modern Society: Entry into Adulthood in a Changing World*. Chicago: University of Chicago Press.

Chambliss, William (1994). "Policing the Ghetto Underclass: The Politics of Law and Law Enforcement", *Social Problems* 41: 177-194.

Colley, Linda (1992). *Britons: Forging the Nation 1707-1837*. New Haven: Yale University Press.

Dagens, Nyheter (1996). *Storsta studien visar: Lagutbildade far mindre barn*. Febrero 13, A1-A5.

Elster, John (1983). *Explaining Technical Change: A Case Study in the Philosophy of Science*. Cambridge: Cambridge University Press.

Floud, Roderick, Kenneth Wachter, y Annabel Gregory (1990). *Height, Health, and History: Nutritional Status in the United Kingdom, 1750-1980*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fogel, Robert W. (1993). "New Sources and New Techniques for the Study of Secular Trends in Nutritional Status: Health, Mortality, and the Process of Aging". *Historical Methods* 26: 5-43.

Fogel, Robert W. (1994). "Economic Growth, Population Theory and Physiology: The Bearing of Long-Term Processes on the Making of Economic Policy". *American Economic Review* 84: 369-395.

Fogel, Robert W. y Dora L. Costa (1997). "A Theory of Technophysio Evolution, with Some Implications for Forecasting Population, Health Care Costs and Pension Costs". *Demography* 34: 49-66.

Gans, Herbert J. (1995). *The War Against the Poor: The Underclass and Antipoverty Policy*. Nueva York: Basic Books.

George, M. Dorothy (1967). *Hogarth to Cruikshank: Social Change in Graphic Satire*. Nueva York: Viking.

Geremek, Bronislaw. 1994. *Poverty: A History*. Oxford: Blackwell.

Hill, Draper (cords.) (1976). *The Satirical Etchings of James Gilroy*. Nueva York: Dover.

Hofmevr, Isabel (1987). "Building a Nation from Words: Africaans Language, Literature, and Ethnic Identity, 1902–1924". En the Politics of Race, Class, and Nationalism in the Twentieth-Century South Africa, coordinado por Shula Marks y Stanley Trapido. Londres: Longman.

Jutte, Robert (1994). Poverty and Deviance in Early Modern Europe. Cambridge: Cambridge University Press.

Komlos, John (1987). "The Height and Weight of West Point Cadets: Dietary Change in Antebellum America". Journal of Economic History 47: 897-927.

Komlos, John (1990). "Height and Social Status in Eighteenth Century Germany". Journal of Interdisciplinary History 20: 607-622.

Komlos, John (1994). Stature, Living Standards and Economic Development: Essays in Anthropometric History. Chicago: University of Chicago Press.

Olzak, Susan (1992). The Dynamic of Ethnic Competition and Conflict. Stanford: Stanford University Press.

Paige, Karen y Jeffrey Paige (1981). The Politics of Reproductive Ritual. Berkeley: University of California Press.

Parkin, Frank (1979). Marxism and Class Theory: A Bourgeois Critique. Londres: Tavistock.

Patterson, Orlando (1995). "The Paradox of Integration". *New Republic*.
Noviembre 6: 24-27.

Smith, Adam (1910). *The Wealth of Nations*, 2 vols. Londres: J.M. Dent
(primera edición, 1776).

Steckel, Richard H. (1995). "Stature and the Standard of Living". *Journal of
Economic Literature* 33: 1903–1940.

Tanner, James M. (1994). "Introduction: Growth in Height as a Mirror of the
Standard of Living". En *States, Living Standards, and Economic Development:
Essays in Anthropometric History*, coordinado por John Komlos. Chicago:
University of Chicago Press.

Trexler, Richard C. (1981). *Public Life in Renaissance Florence*. Nueva York:
Academic Press.

Weber, Max (1968). *Economy and Society: An Outline of Interpretive
Sociology*, coordinado por Guenther Roth y Claude Wittich, 3 vol. Nueva York:
Bedminster.

Zelizer, Viviana (1994). *The Social Meaning of Money*. Nueva York: Basic
Books.

Zelizer, Viviana (1998). "How Do We Know Whether a Monetary Transaction Is

a Gift, an Entitlement, or Compensation?”. En *Economics, Values, and Organization*, coordinado por A. Ben-Ner y L. Putterman. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 329-34.

Zerubavel, Eviatar (1996). “Lumping and Splitting: Note on Social Classification”. *Sociological Forum* 11: 421-33.

[Notas]

[1] N.T. Festividad ceremonial opulenta, en la cual se regalan o destruyen posesiones para mostrar riqueza o prestigio. En inglés en el original.

14. La pobreza y las políticas de exclusión

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Entre las muchas viñetas de la vida de los pobres incluidos en el contundente estudio del Banco Mundial Voces de los pobres, esta es una de las historias más esperanzadora:

Mahood Rab estaba en el desamparo cuando llegó, con su esposa, a los barrios marginales de Chittagong City [Bangladesh] a la edad de 18 años. Había dejado su aldea después de la muerte de su padre, y su familia se había empobrecido pagando gastos médicos. Cuando Mahood llegó a la ciudad trabajó como tirador de rickshaws y su esposa encontró empleo como criada en varias casas. Gracias al trabajo duro, a sus ahorros y a los de su esposa, Mahood pudo al fin comprar su propio rickshaw. Al cabo de un año era propietario de cuatro. En la actualidad, a los 50 años, Mahood posee ocho rickshaws, pero no depende sólo de su negocio. Solicitó un préstamo a Proshika (una

ong

nacional) y alquila cinco casas que construyó en otro barrio pobre. Mahood compartió a los investigadores que debido a su riqueza todos lo conocen y está entre las personas respetadas y que participan en las decisiones importantes del vecindario (Narayan, Chambers et al., 2000: 52; véase también Narayan, Patel et al., 2000).

Treinta y dos años después de la llegada de Mahood a Bastuhara, un barrio de Chittagong, su historia puede leerse como una fábula de la libre empresa: arriesgarse, trabajar duro, acumular capital, invertir sensatamente y escapar de la pobreza. Según el estudio de Voces de los pobres en Bastuhara, en los barrios se alojan muchos migrantes que han ascendido a través del ahorro, la inversión y el trabajo duro: lo que facilitó su ascenso fueron nuevas fábricas y esquemas de microcréditos respaldados por organizaciones no gubernamentales (Narayan y Petesch, 2002: 124). La historia de Mahood Rab también parece ilustrar la importancia de los activos y capacidades de los pobres que se muestran en la lista que aparece en el cuadro 14.1.

Aunque las tareas de definir y medir la pobreza presentan problemas desconcertantes a los expertos, la lista servirá bien a los objetivos de este capítulo. En este caso, “pobres” significa que carecen de todos o casi todos los bienes y capacidades.

Cuadro 14.1

Activos y capacidades esenciales de los pobres

Activos materiales

Salud física

Integridad física

Integridad emocional

Respeto y dignidad

Pertenencia social

Identidad cultural

Imaginación, información y educación

Capacidad de organización

Representación y responsabilidad política

Como lo presenta Amartya Sen (1995), pobreza significa carencia de capacidades. La pobreza relativa se refiere a una comparación con la totalidad de la población local, regional o nacional, mientras que pobreza absoluta se refiere a una comparación con un estándar mundial. En estos términos, Mahood Rab, alguna vez desamparado, dejó atrás tanto la pobreza absoluta como la relativa.

La viñeta no nos dice hasta qué punto Mahood aprovechó la integridad emocional, imaginación, información, educación o la representación y responsabilidad política, pero es claro que se benefició de otros bienes de la lista. Para salir de la pobreza utilizó algunos de ellos y posteriormente disfrutó de otros como resultado de esta salida. Incluso esta breve historia lo muestra disfrutando de bienes materiales, respeto, dignidad y pertenencia social.

Sin embargo, lo que no sabemos es si ya pertenecía a alguna categoría social que facilitó su salida y si previamente utilizó conexiones existentes en su camino a Chittagong. Lo más probable es que haya aprovechado tanto conexiones sociales como su membresía en una categoría social favorable. Después de todo, un estudio emblemático acerca de la pobreza en la aldea de Palanpur, al norte de la India, en Uttar Pradesh, indica que las conexiones y categorías son de gran importancia para que los habitantes del sur de Asia puedan salir de la pobreza (Lanjouw y Stern, 2003). Las identidades culturales como género y casta tienen un impacto enorme en las oportunidades de movilidad social en Uttar Pradesh y en otros lugares. Lo mismo ocurre con las conexiones con redes clientelistas.

Una mirada más amplia sobre los casos estudiados en los portafolios del Banco Mundial sugiere dos calificaciones para hacer cualquier inferencia directa de la historia de Mahood Rab en el sentido de que “virtud \times esfuerzo = éxito”. Primera, muy pocos de los pobres entrevistados en Voces de los pobres realmente lograron algo semejante al espectacular escape familiar de la pobreza de Mahood Rab. En el detallado análisis de este estudio sobre Bangladesh, por ejemplo, algunos de los “pobres sociales” tenían conexiones de las que podían servirse, pero no los “pobres desvalidos”, y los “pobres odiados” claramente pertenecían a las categorías equivocadas para este tipo de asistencia (Narayan y Petesch 2002: 121). La mayoría de los pobres de Bangladesh aparentemente no pertenecen a una categoría favorable ni cuentan con conexiones interpersonales.

Segundo, si las conexiones sociales y la pertenencia o no a una categoría social situada favorablemente facilitaron el ascenso de Mahood, en general estas

circunstancias afectaron la movilidad o inmovilidad mucho más que el valor o la suerte individuales. Parece probable que la mayoría de los más pobres del mundo carezcan de pertenencia categórica favorable y conexiones útiles. En tal caso, su escape de la pobreza, si eso ocurre alguna vez, resultaría de a) su adquisición de nuevas conexiones o pertenencia a nuevas categorías o b) cambios político-económicos que subvierten los efectos usuales de categorías y conexiones. Los patrones de exclusión organizados socialmente constituyen barreras formidables para la movilidad social colocadas en el camino de los hogares e individuos más pobres (Munck, 2005). En suma, la historia de Mahood Rab nos desencamina de dos maneras claves. Sugiere que lo más importante que deben explicar los analistas de la reducción de la pobreza es el escape de la pobreza individuo-por-individuo, y ello implica que las principales causas de la reducción de la pobreza tienen que ver con características y comportamientos individuales.

Por el contrario, en la vida real la disponibilidad de la mayor parte de activos y capacidades contenida en la lista de verificación de Narayan-Petesch son resultado de procesos económicos, organizacionales y políticos sobre los cuales el individuo o el hogar pobre pueden ejercer muy poco control. Esos procesos producen y mantienen las pertenencias categóricas y las conexiones sociales más importantes y son, por tanto, la causa de la exclusión diferencial de los individuos y hogares pobres. Por ello, las discusiones generales sobre desigualdad y política constituyen el telón de fondo para su tratamiento más reducido de los impactos de la política en el escape de la pobreza producida por la exclusión.

Explicaciones individualistas de la desigualdad

Las perspectivas prevalecientes sobre la producción y el mantenimiento de la desigualdad dificultan la comprensión de los procesos mediante los cuales la exclusión genera desigualdad y la desigualdad causa pobreza entre las poblaciones excluidas. En particular, una visión que considere la desigualdad y la pobreza como resultados de la competencia entre individuos según unos estándares ampliamente compartidos de mérito, valor o privilegio, enmascara la importancia de las distinciones e interacciones organizadas entre miembros de diferentes categorías sociales. Dado que el principal argumento se refiere a distinciones e interacciones categóricas, sería útil esbozar primero el punto de vista común que este argumento rechaza.

Compárense dos perspectivas diferentes sobre los procesos que producen desigualdad: el individuo y la interacción. Desde una perspectiva individual, los atributos y el comportamiento de una persona la ubican dentro de una o más jerarquías. Las acciones individuales difieren mucho con respecto a la agencia personal: en un extremo, el desempeño de una persona establecerá dónde terminará dentro de esta o aquella jerarquía. En el otro extremo, quienes detentan el poder deciden qué atributos castigar o recompensar, otorgando así a las personas diferentes atributos en posiciones distintas dentro de las jerarquías.[1]

Ciertamente la mayor parte de las explicaciones individuales de la desigualdad reconocen que la experiencia social previa afecta en gran medida los atributos y el comportamiento individual. Aun así, las ideas que organizan esta perspectiva destacan que la desigualdad surge de la distribución de los individuos de acuerdo con sus atributos y comportamiento. En la historia de Mahood Rab, con la cual comenzamos, los atributos individuales de Mahood (sus “activos y capacidades esenciales”, en términos de Voces de los pobres) y su comportamiento individual (por ejemplo, su extraordinario sentido empresarial) produjeron su ascenso de la pobreza absoluta a la riqueza.

En la perspectiva individual, ¿cómo funcionan las jerarquías? Imaginemos un espacio lineal donde el rango social define su eje vertical, y varios lugares

sociales a lo largo de su eje horizontal. En la perspectiva individual, la desigualdad consiste en la ubicación diferenciada dentro de dicho espacio. Podemos seguir la moda actual haciendo que el eje vertical represente los ingresos monetarios o la riqueza, pero en principio nada nos impide agregar o sustituir criterios como poder, fama, prestigio y bienestar general. Cualquier organización de unidades sociales (individuos, grupos, categorías, trabajos u otras posiciones) es desigual en la medida en que sus miembros ocupan diferentes posiciones a lo largo de la dimensión vertical de este espacio.

La idea se presta fácilmente a la idea de una jerarquía única, dentro de la cual cada individuo tiene un lugar definido. Por supuesto que la jerarquía puede ordenar a los individuos según sus ingresos, poder, prestigio o alguna combinación de estas ventajas; la perspectiva también se articula fácilmente con la noción de movilidad social en tanto que movimiento paso a paso de los individuos dentro de este tipo de jerarquía. La desigualdad agregada concebida de este modo tiene que ver con distribuciones: en términos estáticos en qué medida los individuos de más alto rango disfrutaban más ventajas que quienes tienen un rango bajo. En términos dinámicos, en qué medida el individuo promedio y sus herederos permanecen en la misma ubicación superior o inferior a lo largo de sus carreras, vida o generaciones. Así, un sistema muy desigual concentra ventajas en la cima de su jerarquía y consolida a los individuos o unidades sociales en sus posiciones dentro de ella.

Una versión popular de la perspectiva individual describe el proceso de selección dentro de estas jerarquías como una fila; en los análisis occidentales actuales de desigualdad prevalecen ciertamente las imágenes de filas. Una fila, desde este punto de vista, alinea a los individuos para pasar un retén, donde un monitor los escanea, compara sus diversos atributos y desempeño con modelos bien establecidos, y luego los envía por diferentes canales en donde se unen a otras personas que tienen atributos y desempeño similares. En una fila, la inclusión o la exclusión operan sobre una persona a la vez, incluso si los atributos categóricos de los individuos como raza, género o religión afectan su inclusión o exclusión.

La versión más conocida de la fila emplea un modelo principal: el capital humano. En este escenario, el monitor es un mercado o sus agentes humanos. El monitor escanea a cada individuo en busca de capital humano, cuando lo detecta, lo relaciona con una posición en la cual producirá un rendimiento neto para el mercado, lo mismo que para el individuo. En otras versiones de la fila, el

monitor selecciona por género, raza, fama, compromiso estimado u otros atributos en lugar de capital humano o además de este. Así, el gerente de un restaurante de comida rápida contrata, despide, asigna, paga y promueve a los trabajadores de mostrador con base en una agenda de preferencia personal, pero lo hace en implícita competencia con otros empleadores potenciales de los mismos trabajadores.

Algunas explicaciones más complejas del mismo estilo permiten considerar efectos adicionales como esfuerzo, herencia, conexiones sociales y aprendizaje, mientras el individuo pasa múltiples retenes durante una carrera profesional. De cualquier modo, la imagen central nos muestra a una persona a la vez, pasando por un retén y avanzando hacia diversas recompensas como consecuencia del desempeño o de los atributos registrados en éste. En forma acumulada, un proceso de esta naturaleza genera distribuciones de individuos y posiciones muy distintos de las recompensas actuales y las acumulaciones de recompensas anteriores como una función de su relación con criterios incorporados en el monitor. Si el proceso se enfoca en el capital humano, entonces la distribución desigual de capital humano en toda la población también genera rangos y movilidad desiguales.

Las filas que producen desigualdad en realidad existen. Los bufetes de abogados compiten vigorosamente por conseguir egresados de alto nivel de escuelas de derecho prestigiosas, ya que éstos también compiten por posiciones en empresas prestigiosas. Las pruebas de ingreso tan competitivas para grupos de ballet, equipos de fútbol y becas Rhodes producen divisiones agudas entre ganadores y perdedores. Las elecciones de mayoría simple acumulan votos individuales en un monitor, con consecuencias funestas para los políticos en las democracias parlamentarias. Un talento natural para responder preguntas en [...] “la Gran Prueba” [...] me ayudaron a convertirme en el primer miembro de mi enorme recién y emigrada red familiar en asistir a la universidad.

El examen establece enfáticamente una fila: una fila para ingresar a las universidades estadounidenses de élite. La pregunta, entonces, no es si alguna vez la desigualdad, la inmovilidad y la movilidad son resultado de procesos de filas, sino más bien si es razonable utilizar la fila como un modelo general para la producción de desigualdad. Más adelante expondré algunas razones para pensar que, por el contrario, la fila generadora de desigualdad constituye un caso excepcional que solamente ocurre bajo condiciones institucionales especiales.

Los análisis de las diferencias en riqueza y bienestar en Estados Unidos entre blancos y negros (Oliver y Shapiro, 1997; Conley, 1999, entre otros) indican, por ejemplo, que en Estados Unidos, aun en niveles similares de ingreso, las transferencias de riqueza padre-hijo dan a los blancos, en promedio, mayores ventajas sobre los negros y la endogamia racial probablemente refuerza esas diferencias. Desde la perspectiva interactiva, la movilidad social no está conformada por movimientos individuales hacia arriba y abajo de una jerarquía abstracta. Implica flujos concretos de personas entre grupos, especialmente grupos muy diferentes en cuanto a predominio.

Desde este punto de vista, los cambios de largo plazo en la desigualdad dependen de reagrupar las relaciones entre los participantes. Como sus contrapartes neoclásicas, los marxistas destacan la importancia del control de los recursos productivos para explicar los cambios fundamentales en la desigualdad. Sin embargo, las explicaciones marxistas clásicas son enormemente diferentes de las formulaciones neoclásicas en dos sentidos: primero, niegan que los mercados hagan la adjudicación fundamental, e insisten más bien en la generación de desigualdad en las relaciones de producción. La explotación (repartición desigual del valor añadido por el esfuerzo en la producción organizada socialmente) forma así clases sociales desiguales.

Segundo, los marxistas distinguen entre el mediano y el largo plazo. En el mediano plazo, la interacción en los modos de producción produce cambios en el grado, pero no en el tipo de desigualdad. Para el mediano plazo capitalista las teorías marxistas predicen una polarización siempre creciente entre capital y mano de obra. En el largo plazo, la coerción en forma de conquista, colonización o revolución crea cambios de un modo de producción a otro. Los dos periodos corresponden a estilos de interacción contrastantes: colaboración a regañadientes en el mediano plazo, confrontación a gritos en el largo plazo.

En el mejor de los casos, el recuento histórico marxista explica tan sólo la evolución de las diferencias de clase: carece de una explicación plausible de las diferencias de género, raza, etnia, edad, nacionalidad, religión y otros principios categóricos en la medida en que esos principios operan con una independencia parcial de la clase. Esta carencia ha llevado a varios teóricos marxistas a argumentar que las desigualdades entre dichas categorías sin clase se derivan, en última instancia, de las desigualdades de clase, o bien a buscar formas en las cuales su existencia sirve a los intereses de las clases dominantes (véase, por ejemplo, Leiman, 1993).

Para los analistas interesados en comprender la movilidad, el cuadro 14.2 proporciona una lista conveniente de los recursos que figuran de manera prominente en las formas de desigualdad que prevalecen en una comunidad o país dado.

Una vez que se han identificado los recursos fundamentales de la generación de la desigualdad, los analistas todavía deben dilucidar cómo funcionan realmente los procesos basados en dichos recursos. En el cuadro 14.3 se presenta un cuestionario multipropósito para identificar los procesos esenciales.

Cuadro 14.2

Recursos históricamente prominentes en la creación de desigualdad

-
- Medios coercitivos, incluidas armas, cárceles y especialistas organizados en violencia.
 - Mano de obra, especialmente mano de obra calificada o coordinada eficazmente.
 - Animales, especialmente animales domésticos y productores de alimentos.
 - Tierra, incluidos los recursos naturales ubicados en la superficie y por debajo de ésta.
 - Instituciones encargadas de mantener compromisos, como sectas religiosas, sistemas de parentesco y diásporas comerciales.
 - Máquinaria, especialmente las máquinas que transforman materias primas, producen bienes o servicios, y aquellas que transportan personas, bienes, servicios o información.
 - Capital financiero: medios transferibles e intercambiables para adquirir derechos de propiedad.
 - Información, especialmente aquella que facilita la acción rentable, segura o coordinada.
 - Medios que difunden dicha información.
 - Conocimiento científico-técnico, especialmente aquel que facilita la intervención, para bien o para mal, en el bienestar humano.
-

Cuadro 14.3

Un cuestionario de uso múltiple para analizar la salida de la pobreza

-
- ¿Cuáles son los principales recursos controlados por los explotadores: tierra, trabajo, capital, conocimiento o algo más?
 - ¿Qué recursos importantes controlan los acaparadores de oportunidades?
 - ¿Qué límites separan a los explotadores y acumuladores de oportunidades del resto de la población?
 - ¿Hasta qué punto esos límites corresponden a otras divisiones como género, casta, religión, etnia o ciudadanía?
 - ¿Qué controles y restricciones mantienen a las localizaciones individuales y colectivas en ambos lados de los límites prevalecientes?
 - ¿Hasta qué punto y de qué modo los beneficiarios de los excedentes de la explotación y el acaparamiento de oportunidades aplican esos excedentes para reproducir límites excluyentes y relaciones desiguales a través de ellos?
 - ¿Con qué frecuencia las personas atraviesan esos límites en cualquier dirección?
 - Cuando ocurre, ¿en qué medida es individual o colectivo el cruce de límites?
 - ¿Qué procesos facilitan e inhiben el cruce de límites, ya sea individuales o colectivos?
 - ¿A través de qué canales (parentesco, afiliación religiosa, conexiones políticas, incluido el empleo en el gobierno, las economías subterráneas, la movilidad ocupacional o los logros educativos) sale de la pobreza con mayor frecuencia la población local?
 - ¿A qué ritmo y de qué manera están cambiando estos acuerdos?
-

El cuestionario simplemente traduce mis argumentos iniciales en una serie de operaciones aplicables a cualquier sistema que genere desigualdad en cualquier parte; describe una búsqueda de recursos productores de valor, explotación, acaparamiento de oportunidades, límites y el resto del aparato generador de desigualdad. Al hacerlo, aleja la atención de los temas convencionales relacionados con las filas, la movilidad social individual, las distribuciones de los ingresos y los flujos agregados de personas o recursos en un sistema económico; dirige la atención hacia los procesos que producen, reproducen y transforman la desigualdad; afirma que la exclusión categórica de los beneficios se encuentra en el centro mismo de la desigualdad, y que más que quienes operan a nivel puramente individual, los canales organizados en categorías son los que, cuando finalmente se forman dichos canales, con mayor frecuencia facilitan las salidas de la pobreza.

Fundamentos políticos de la desigualdad y sus cambios

Nuestro cuestionario multipropósito sirve para uno inesperado: especifica los puntos de presión a través de los cuales los procesos políticos afectan la desigualdad y sus cambios. En ocasiones, la política participa en la producción, reproducción y transformación de la desigualdad a través de los 11 elementos de la lista: control de los recursos para la explotación y el acaparamiento de oportunidades; instalación de fronteras sociales cruciales entre quienes controlan los recursos y los demás; correspondencia de esas fronteras sociales con el género o la casta, etc. En lugar de una tediosa enumeración de cada elemento de las influencias políticas, hagamos una revisión más general.

La política incluye todos los ejercicios de poder de los que los gobiernos forman parte, sea en primer grado (como en el reclutamiento militar) o secundario (como para el cumplimiento legal de contratos privados). Los gobiernos se especializan en controlar mecanismos de coerción concentrados; ciertamente, en general identificamos a los gobiernos cuando buscamos organizaciones que controlan las mayores concentraciones de mecanismos coercitivos (por ejemplo, tropas, policía, cárceles y formas de humillar), dentro de sus territorios de operación. El control de dichos mecanismos otorga a los gobiernos una gran influencia inicial sobre la asignación de otros recursos.

Los gobiernos producen, mantienen y transforman la desigualdad directa e indirectamente. En el primer caso, todos los gobiernos operan sistemas de explotación y acaparamiento de oportunidades; mediante los impuestos y la expropiación utilizan sus mecanismos coercitivos para organizar la producción de bienes colectivos, sin importar si los ciudadanos están dispuestos a contribuir voluntariamente sin algún tipo de coerción. En ocasiones, participan en guerras, civiles o internacionales, que destruyen los recursos productivos, aumentando así la desigualdad entre los pocos protegidos y los muchos afectados. En el estudio Voces de los pobres, el impacto que tuvo la guerra civil en Bosnia-Herzegovina sobre la pobreza rivaliza con el de las devastadoras inundaciones en Bangladesh (Narayan y Petesch, 2002).

Fuera de la guerra, los gobiernos coordinan la explotación de recursos productores de valor, como la minería y el agua, de manera que las principales categorías de la población que contribuyen con su esfuerzo reciben menos del valor que proporcionalmente han agregado. Los impuestos sobre los salarios para llevar a cabo proyectos gubernamentales son el ejemplo obvio, pero la conscripción militar y el trabajo forzado no militar opera de manera similar (Levi, 1997; Tilly, 1992). Claro está que los gobernantes afirman que su coordinación de los recursos principales agrega tanto valor que todos terminan beneficiándose en el largo plazo. Como mínimo, los gobiernos reales varían enormemente en la medida del valor que agregan, a diferencia de la manera en que opera esencialmente como negocios de protección o simplemente buscar ganancias para beneficiar a los gobernantes (Tilly, 1985).

Por lo regular, los gobiernos participan en el acaparamiento de oportunidades al monopolizar recursos como el petróleo o los diamantes, y restringir las ganancias que obtienen los miembros del grupo dominante con esos recursos. De manera similar, en países más pobres, desempeñar un cargo en el gobierno con frecuencia ofrece un escape de la pobreza: a pesar de los salarios bajos en todos los niveles, excepto los más altos, la burocracia ofrece un empleo más seguro y remunerado que el sector privado. Con frecuencia, también brindan oportunidades para obtener sobornos, cuotas por servicios y otras retribuciones (Bayart, 1993; Fatton, 1992; Migdal, 2004; Roitman, 2005; Rotberg, 2004; Varese, 2000; Banco Mundial, 1997).

De manera mucho más amplia, todos los gobiernos ofrecen más protección a sus propios derechos de propiedad (por ejemplo, derecho a las fuerzas armadas, a los terrenos públicos, a la minería, a las vías fluviales y a las monedas nacionales), que a los de la población en general. Del mismo modo, las distinciones entre ciudadanos y no ciudadanos establecen protecciones desiguales para una amplia variedad de derechos, incluidos los derechos a la propiedad (Ngai, 2004); dicha protección también puede incluir el acaparamiento de oportunidades.

Indirecto, pero no menos poderoso, es el respaldo que todos los gobiernos dan a la explotación y el acaparamiento de oportunidades por parte de sus principales colaboradores. Sin duda, a diferencia de las democracias, los regímenes autoritarios usualmente concentran su apoyo en las empresas de élites mucho más reducidas. Reconocemos una democracia precisamente por el hecho de que una gran parte de la población tiene algún control sobre el comportamiento del gobierno y recibe cierto grado de protección para su actividad cotidiana, incluida

la búsqueda de ganancias. Sin embargo, todas las democracias históricamente conocidas también han favorecido los derechos de propiedad, las empresas productoras de valor y las ventajas legales de sus clases dominantes por encima de los del común de la gente (Bermeo, 2003; Tilly, 2004).

Mucho antes del surgimiento de los sistemas de bienestar en el siglo xix, algunos gobiernos instalaron protecciones contra el hambre, la enfermedad y los desastres o sus peores consecuencias. Los imperios chinos funcionaban sobre principios autoritarios, pero a menudo acumulaban y distribuían las cosechas de cereales para paliar los efectos de las hambrunas (Lee y Campbell, 1997; Will y Wong, 1991; Wong, 1997). Cuando la “peste negra” golpeó con fuerza a Europa y al Medio Oriente durante el siglo xiv, Inglaterra y Egipto eran muy semejantes en riqueza y productividad, sin embargo, a la economía egipcia le tomó siglos recuperarse de la pandemia, mientras que Inglaterra volvió con rapidez a su nivel económico anterior; la diferencia la hicieron los sistemas de gobierno contrastantes, con formas muy distintas de tenencia de la tierra (Borsch, 2005).

Desde 1800, casi todos los países también han echado mano de una parte de su poder descendente para redistribuir los ingresos y crear algún grado de seguridad para los trabajadores vulnerables [...] la expansión económica generalmente ha llevado a la formación de sistemas redistributivos del gasto social, particularmente cuando los trabajadores comunes adquieren voz política. Desde el siglo dieciocho, “El aumento del gasto social fiscal ha sido la esencia del crecimiento del gobierno. Fue el gasto social, no la defensa nacional, el transporte público o las empresas gubernamentales, lo que representó la mayor parte del aumento en los impuestos y el gasto de los gobiernos como proporción del pib durante los dos últimos siglos” (Lindert, 2004, 1: 20).

En la medida en que el trabajo asalariado se volvió más importante para las economías, primero en Occidente y luego en todo el mundo, se disparó el gasto social redistributivo.

La mayor parte de ese incremento ocurrió recientemente. Antes del siglo xx, el gasto social nunca alcanzaba para mantener inactivos a los pobres, y mucho menos para alejarlos de un empleo viable. A pesar de las críticas conservadoras, Lindert cuestiona la perspectiva según la cual las prestaciones de la asistencia social debilitan la iniciativa. Llega a la conclusión de que el gasto social estabilizó la fuerza laboral y aumentó su capacidad productiva; debido a ello, incluso los niveles muy altos de gasto en bienestar ocurrieron con muy poco o

casi ningún costo para la economía en general. En esa medida, la actividad gubernamental (como el crecimiento económico en general) produjo salidas agregadas de la pobreza. Así, algunas iniciativas políticas ciertamente promueven salidas colectivas de la exclusión económica.

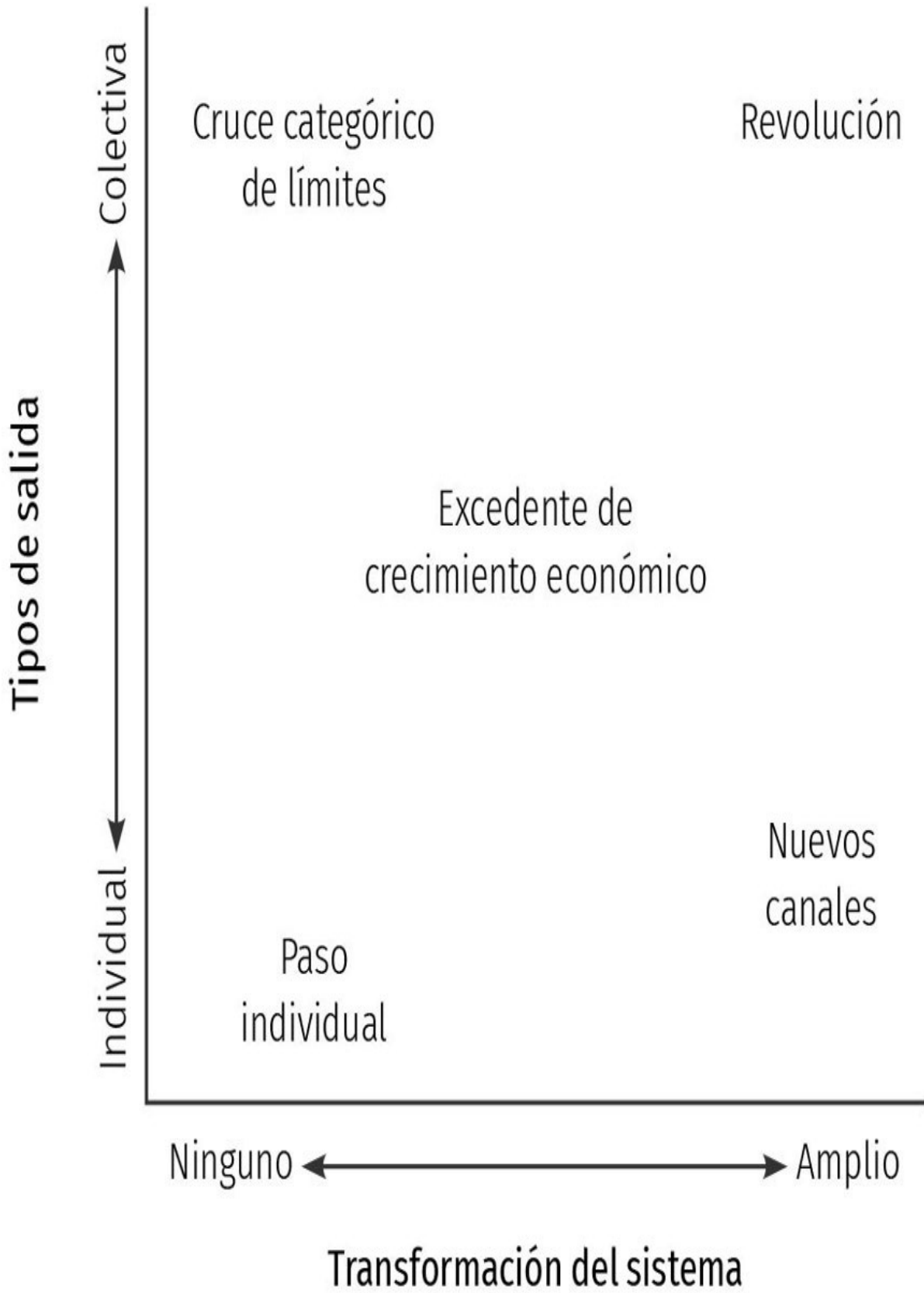
El paso individual: habla del cruce individual de una frontera social mediante un cambio de identidad, por ejemplo, al obtener un título universitario o suprimir información sobre el origen étnico. El paso no produce una transformación importante del sistema; con frecuencia refuerza las desigualdades existentes al confirmar el valor de las credenciales y comprometen a quienes cruzan exitosamente la frontera a mantener esa frontera simbólica, social, categórica o política. De hecho, en la medida en que esto descarta a los líderes potenciales, la promoción del cruce individual agrava la pobreza de los miembros restantes de la categoría empobrecida.

El cruce categórico de la frontera: generalmente produce más cambios en el sistema, en parte debido a que el paso de toda una categoría al territorio privilegiado establece un reto visible y un precedente para otras categorías no privilegiadas, y en parte porque el movimiento categórico trae consigo formas nuevas de cultura y vínculos sociales a la zona privilegiada. El paso neto de los inmigrantes chinos de Estados Unidos de mano de obra estigmatizada durante el siglo xix al empresariado y el prestigio profesional en el siglo xx, no produjo una nueva revolución, pero sí cambió la conexión entre las redes de migración chinas y los centros de riqueza estadounidenses (McKeown, 2001).

En nuestros tiempos siguen ocurriendo revoluciones. Además de las revoluciones en Europa Oriental en 1989, la corta lista de revoluciones de Jeffrey Goodwin durante la segunda mitad del siglo xx incluye a Vietnam, China, Bolivia, Cuba, Argelia, Etiopía, Angola, Mozambique, Camboya, Vietnam del Sur, Irán, Nicaragua y Granada (Goodwin, 2001: 4; véase también Goodwin, 2005). Dado que éstas implican el desplazamiento de una clase gobernante, las revoluciones transforman simultáneamente sistemas completos de desigualdad y producen movimientos importantes a lo largo de los límites de privilegios existentes. (Sin embargo, como nos debe recordar la dolorosa experiencia de Rusia desde 1991, las transferencias revolucionarias de poder no implican necesariamente una reducción de la pobreza en todas las poblaciones.)

Figura 14.1.

Esbozo de tipología de salidas de la pobreza



La formación de nuevos canales de movilidad en sistemas de desigualdad los transforma en el largo plazo a través de la conexión de oportunidades con nuevas corrientes de migración; el traslado de personas del sector agrícola al de la manufactura o los servicios; el establecimiento de nuevas cadenas patrón-cliente; la creación de nuevas redes empresariales, y la destrucción de barreras que impiden el paso de categorías enteras de la población a los canales de movilidad existentes. No obstante, si no se presenta algún crecimiento económico importante en el proceso, los nuevos canales producen rotación de personas sin escapes netos de la pobreza. Una corriente de migrantes o una red patrón-cliente simplemente desplaza a otra.

Finalmente, los excedentes del crecimiento económico sí generan escapes de la pobreza, en la medida en que abren nuevas oportunidades económicas para los que antes eran pobres o implican la redistribución de nuevas ganancias: en este caso, la ocurrencia o no del cambio político representa una tremenda diferencia. Por un lado (como lo documentan las comparaciones históricas de Lindert), el gasto social redistribuido puede generar salidas de la pobreza en masa, así como un crecimiento económico adicional. Del otro lado (como lo indican los casos de países autoritarios ricos en petróleo, tales como Sudán), si una pequeña élite acapara los rendimientos del crecimiento económico, con frecuencia la pobreza se vuelve más generalizada.

Implicaciones

A pesar de estos indicios, nadie debe relacionar prometedoras políticas de reducción de la pobreza a partir de mi análisis extremadamente general de la pobreza y de las políticas de exclusión. En el mejor de los casos, el análisis identifica elementos que cualquier programa mundial de reducción de la pobreza debe tener en cuenta, si no se desean consecuencias negativas. No he dado el siguiente paso obvio: construir una tipología de regímenes nacionales desiguales que permitiría distinguir entre diferentes escenarios que requieren enfoques distintos para reducir la pobreza.

Estas son algunas implicaciones del análisis que podrían influir en las posibles intervenciones políticas que faciliten el escape de la pobreza:

Aunque las inversiones generales en el crecimiento económico bien pueden producir salidas colectivas de la pobreza, la organización social, económica y política de la exclusión aumenta la probabilidad de que los más pobres sean los últimos en recibir muy pocos beneficios de intervenciones amplias.

A mediano y corto plazo los grandes programas de inversión exitosos normalmente incrementarán la desigualdad y, por tanto, la precariedad relativa de los más pobres.

En particular, pertenecer a categorías estigmatizadas y carecer de conexiones interpersonales facilitadoras son circunstancias que se combinan para excluir a los más pobres de las oportunidades de movilidad.

Además, los acuerdos políticos existentes usualmente refuerzan esas formas de exclusión.

Por consiguiente, cualquier intervención amplia y eficaz para reducir la desigualdad y la pobreza perjudicará algunos intereses políticos existentes y exigirá un programa político para atacar, subvertir, superar o compensarlos.

Las salidas individuales de la pobreza pueden presentarse al facilitar deliberadamente que los pobres crucen los límites excluyentes previamente efectivos, especialmente aquéllos que los separan de quienes controlan recursos fundamentales y obtienen ganancias de ellos a través de la explotación y el acaparamiento de oportunidades.

Con mayor dificultad, pero también con consecuencias más importantes para los acuerdos políticos existentes, las salidas colectivas de la pobreza pueden ocurrir mediante el movimiento facilitado de categorías enteras a través de los límites entre exclusión e inclusión.

Algunos sistemas de producción nuevos, en los cuales las personas que antes eran pobres adquieren el control colectivo sobre nuevos recursos productivos, probablemente producirán beneficios para categorías completas más directa y rápidamente que el cruce facilitado de los límites existentes.

Todos estos cambios implican la transformación de los sistemas existentes de desigualdad y los acuerdos políticos que los sustentan. Todos ellos en conjunto equivaldrían a una revolución silenciosa en todo el mundo.

Referencias

Banco Mundial (1997). *The State in a Changing World: World Development Report 1997*. Nueva York: Oxford University Press.

Bayart, J. F. (1993). *The State in Africa: The Politics of the Belly*. Londres: Longman.

Bermeo, N. (2003). *Ordinary People in Extraordinary Times: The Citizenry and the Breakdown of Democracy*. Princeton: Princeton University Press.

Bermeo, N. (2005a). *The Black Death in Egypt and England: A Comparative Study*. Austin: University of Texas Press.

Bermeo, N. (2005b) "Revolutions and Revolutionary Movements". En *Handbook of Political Sociology: States, Civil Societies, and Globalization*, coordinado por T. Janoski, R. R. Alford, A. M. Hicks, y M. A. Schwartz. Cambridge: Cambridge University Press

Conley, D. (1999). *Being Black, Living in the Red*. Berkeley: University of California Press.

Fatton, R. (1992). *Predatory Rule: State and Civil Society in Africa*. Boulder:

Lynne Rienner.

Goodwin, J. (2001). *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945-1991*. Cambridge: Cambridge University Press.

Grusky, D. B.(coord.) (2001). *Social Stratification: Class, Race, and Gender in Sociological Perspective*.

Lanjouw, P. y N. Stern (2003). “Opportunities Off the Farm as a Springboard Out of Rural Poverty: Five Decades of Development in an Indian Village”. En *Pathways Out of Poverty: Private Firms and Economic Mobility in Developing Countries*, coordinado por G. S. Fields y G. Pfeffermann. Washington: World Bank Publications.

Lee, J. Z. y C. D. Campbell (1997). *Fate, and Fortune in Rural China: Social Organization and Population Behavior in Liaoning, 1774-1873*. Cambridge: Cambridge University Press.

Leiman, M. N. (1993). *The Political Economy of Racism*. Londres: Pluto Press.

Levi, M. 1997. *Consent, Dissent, and Patriotism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lindert, P. H. (2004). *Growing Public: Social Spending and Economic Growth since the Eighteenth Century*. 2 vols. Cambridge: Cambridge University Press.

McKeown, A. (2001). *Chinese Migrant Networks and Cultural Change: Peru, Chicago, Hawaii, 1900-1936*. Chicago: University of Chicago Press.

Migdal, J. S. (2004). "State Building and the Non-Nation-State". *Journal of International Affairs* 58: 17-46.

Munck, R. (2005). "Social Exclusion: New Inequality Paradigm for the Era of Globalization?". En *The Blackwell Companion to Social Inequalities*, coordinado por M. Romero, y E. Margolis. Oxford: Blackwell, pp. 31-49.

Narayan, D., R. Chambers, M. K. Shah, y P. Petesch (2000). *Voices of the Poor: Crying Out for Change*. Nueva York: Oxford University Press para el Banco Mundial.

Narayan, D., R. Patel, K. Schafft, A. Rademacher, y S. Koch-Schulte (2000). *Voices of the Poor: Can Anyone Hear Us?* New York: Oxford University Press para el Banco Mundial.

Narayan, D. y P. Petesch (coord.) (2002). *Voices of the Poor: From Many Lands*. Nueva York: Oxford University Press for the World Bank.

Ngai, M. M. (2004). *Impossible Subjects: Illegal Aliens and the Making of Modern America*. Princeton: Princeton University Press.

Oliver, M. L. y T. M. Shapiro (1997). *Black Wealth/White Wealth: A New Perspective on Racial Inequality*. Nueva York: Routledge.

Roitman, J. (2005). *Fiscal Disobedience: An Anthropology of Economic Regulation in Central Africa*. Princeton: Princeton University Press.

Rotberg, R. I. (coord.) (2004). *When States Fail: Causes and Consequences*. Princeton: Princeton University Press.

Sen, A. (1995). “The Political Economy of Targeting”. En *Public Spending and the Poor: Theory and Evidence*, coordinado por D. van de Walle y K. Nead, 11-24. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Tilly, C. (1985). “War Making and State Making as Organized Crime”. En *Bringing the State Back In*, coordinado P. Evans, D. Rueschemeyer, y T. Skocpol, 169-91. Cambridge: Cambridge University Press.

Tilly, C. (1992). *Coercion, Capital, and European States, AD 990–1992*. Edición revisada. Oxford: Blackwell.

Tilly, C. (2004). *Contention and Democracy in Europe, 1650–2000*. Cambridge: Cambridge University Press.

Varese, F. (2000). “Pervasive Corruption”. En *Economic Crime in Russia*, coordinado por A. Ledeneva y M. Kurkchyan, 99-111. La Haya: Kluwer Law International.

Will, P.-É. y R. B. Wong (1991). *Nourish the People: The State Civilian Granary*

System in China, 1650-1850. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Wong, R. B. (1997). *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*. Ithaca: Cornell University Press.

[Notas]

[1] Para encuestas de perspectivas individuales en competencia, véase Grusky, 2001; Romero y Margolis, 2005.

V

Violencia política

15. Conversaciones contenciosas

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Ayodhia, en la India, albergó por mucho tiempo una mezquita del siglo xvi, Babri Masjid, llamada así por el primer emperador mogol, Babur. Esta ciudad atrajo la atención mundial el 6 de diciembre de 1992 cuando militantes hindúes destruyeron este santuario musulmán, comenzaron a construir un templo hindú en ese mismo sitio y desataron una serie de luchas nacionales que al final produjeron alrededor de 1 200 muertes (Tambiah, 1996: 251; Bose y Jalal, 1998: 228). Sin embargo, la campaña detrás de este suceso noticioso había empezado una década antes. Durante los años ochenta, ciertos grupos militantes hindúes comenzaron a exigir la destrucción de la mezquita y la erección de un templo a Rama, héroe épico del Ramayana. Justo antes de las elecciones de 1989, activistas del Partido Bharatiya Janata (bjp por sus siglas en inglés) transportaron a Ayodhia lo que llamaron ladrillos sagrados y ceremoniosamente sentaron las bases de su templo.

Al año siguiente, el presidente Lal Advani, del bjp, emprendió un peregrinaje (rath yatra) con su remolque a lo largo de la India septentrional, amenazando durante todo el camino con empazar a construir el templo de Rama en Ayodhia. Advani inició su peregrinaje en Somnath, sitio legendario de un gran templo hindú destruido por malhechores musulmanes. Los seguidores de Advani habían rediseñado su camioneta Toyota como el carruaje del héroe legendario Arjuna, imagen conocida de Mahabharata, la película de Peter Brook. Conforme la caravana del bjp pasaba por aldeas y pueblos, las mujeres de la localidad llevaban al carruaje de Advani regalos de pétalos florales, coco, incienso ardiente, pasta de sándalo y plegarias. Las autoridades arrestaron a Advani antes de que emprendiera el último tramo de su viaje a Ayodhia, pero ya muchos de

sus seguidores lo habían precedido a la ciudad. Cuando algunos de ellos irrumpieron en las barricadas policíacas cerca de la mezquita ofensora, la policía disparó contra ellos y mató a “montones” de activistas del bjp (Kakar, 1996: 51).

Ambos bandos describieron sus acciones como violencia virtuosa: el primero como defensa del orden público, el otro por un sacrificio a una causa sagrada. Los activistas hindúes realizaron un gran desfile en el que cremaron los restos de las víctimas al margen del río cercano y devolvieron las cenizas de los mártires a sus hogares en diversas partes de la India. Poco después, las bajas de Ayodhia se volvieron pretextos para las vastas confrontaciones entre hindúes, musulmanes y la policía. Dichas confrontaciones se entrecruzaron con la resistencia pública de alumnos de castas altas al programa de acción afirmativa revivido por el gobierno nacional en apoyo a las Otras Clases Atrasadas (Other Backward Classes) (Tambiah, 1996: 249). En Hydebarad, apunta Sudhir Kakar,

a más de mil millas al sur de Ayodhia, las revueltas comenzaron con el asesinato de Sardar, un conductor de auto rickshaw, por dos hindúes. Pese a que el homicidio posteriormente se vinculó con una disputa entre dos bandas rivales, en el momento del asesinato se encuadró en el contexto de tensiones crecientes en la ciudad entre hindúes y musulmanes. Estos últimos tomaron represalias acuchillando a cuatro hindúes en diferentes partes de la ciudad amurallada. Luego Majid Khan, un líder local influyente de la cadena Subzimandi, quien vive y florece en el rincón oscuro formado en la intersección del crimen y la política, fue atacado con una espada por algunos trabajadores del

bjp

y se corrió el rumor de que había muerto. A las turbas musulmanas que salieron a los callejones y calles de la ciudad amurallada les siguieron las turbas hindúes en sus zonas de fuerza, y así se iniciaron las revueltas de 1990 que durarían 10 semanas, cobrarían la vida de más de 1 300 personas y dejarían miles de heridos (Kakar, 1996: 51).

En el desarrollo de su magnífico libro *Colors of Violence*, Sudhir Kakar busca las explicaciones de la violencia en Hyderabad en 1990, al reproducir discusiones con algunos de los personajes principales (incluido Majid Khan, aún

bastante vivo), reflexionando sobre las identidades que participaron, y reconstruye las orientaciones psicológicas que facilitaron la violencia letal. Establece las raíces profundas de la violencia intercomunal aparentemente espontánea en las relaciones sociales cotidianas y en la organización de grupos tales como los luchadores-maleantes-activistas hindúes movilizados por líderes locales como Majid Khan.

No obstante, en vez de elegir entre recuentos instrumentalistas y primordialistas completamente opuestos, los estudiantes de conflictos sudasiáticos entre hindúes y musulmanes, de movilización étnica, de nacionalismo, y ciertamente de políticas contenciosas en general, pueden optar por una tercera alternativa: reconocer la índole conversacional de la disputa. Son capaces de examinar la ubicación de tal conversación en intercambios continuamente negociados entre interlocutores específicos; su limitación y mediación por medio de conocimientos históricamente acumulados de identidades y relaciones de las partes; su incesante modificación de esas identidades y relaciones y, por ende, su contribución esencial a las interacciones que los instrumentalistas explican con base en intereses individuales o colectivos, y los primordialistas con base en sentimientos individuales o colectivos profundamente enraizados.

Si consideramos que la conversación es continuamente negociada y la disputa es una forma mutua de exigencia que tiene peso significativo en los intereses de las partes (que es el modo como propongo que entendamos ambos términos para mis objetivos actuales), entonces ambos fenómenos sociales se traslapan, en especial en la zona que podríamos llamar conversación contenciosa. La conversación es contenciosa en la medida en que encarna demandas mutuas y contradictorias que, de cumplirse, alterarían significativamente el comportamiento de largo plazo de por lo menos uno de los participantes. La conversación contenciosa sin duda activa emociones viscerales, procesos cognitivos neurológicos y comportamientos anatómicos individuales. También funciona dentro de los límites establecidos por convenciones formadas históricamente con respecto a intereses constituidos de manera colectiva y en respuesta a incentivos de líderes u observadores.

El sutil estudio de Beth Roy sobre un conflicto al parecer comunitario de 1954 en una aldea paquistaní (bangladesí, cuando llegó al lugar en los años ochenta) identifica la importancia de esa lógica causal. Muestra cómo una disputa local entre granjeros que trabajaban en campos colindantes se agravó hasta alcanzar un alineamiento total entre quienes se auto identificaban como hindúes y quienes

lo hacían como musulmanes. En un inicio, Golam Fakir (categóricamente musulmán) y Kumar Tarkhania (categóricamente hindú) interactuaron como partes en disputa porque la vaca de Fakir que no había sido amarrada se había comido las lentejas de Tarkhania. La serie de confrontaciones no comenzaron como una movilización comunitaria, sino que se fue acercando cada vez más a los modelos clásicos de luchas entre hindúes y musulmanes conforme crecía en alcance geográfico y se montaba en la jerarquía nacional administrativa.

He aquí lo difícil: los seres humanos viven en cuerpos de carne y hueso; acumulan rastros de experiencias en sus sistemas nerviosos; organizan encuentros vigentes con el mundo como conocimientos, emociones y acciones intencionadas; además, se cuentan historias sobre sí mismos en las que actúan de manera deliberada y eficaz o se ven impedidos de hacerlo por emociones incontrolables, debilidad, maldad de otros, mala suerte o naturaleza recalcitrante. Cuentan historias semejantes sobre otras personas. Los seres humanos llegan a creer en un mundo lleno de individuos continuos, claramente delimitados, impulsados por sus propias fuerzas, cuyas intenciones interactúan con accidentes y límites naturales para producir toda la vida social. En muchas versiones, esos “límites naturales” se caracterizan por normas, valores y guiones inculcados y reforzados por otros actores poderosos, pero luego asimilados por individuos independientes. Este tipo de recuentos adoptan un reduccionismo fenomenológico: reducen la vida social a estados de consciencia individual. No obstante, si observamos bien la muestra, resulta que los mismos seres humanos están interactuando con otros una y otra vez, renegociando quiénes son, ajustando los límites que ocupan, modificando sus acciones en respuesta rápida a las reacciones de otras personas, eligiendo entre guiones disponibles y alterándolos, improvisando nuevas formas de acción conjunta, expresándose como nadie lo ha hecho antes y, con todo, respondiendo predeciblemente a sus ubicaciones dentro de redes de relaciones sociales que ellos mismos no pueden localizar con detalle. Hablan de sí mismos y de otros que facilitan su interacción social en vez de exponer hechos verificables sobre ciertas personas; en realidad, viven en mundos conformados por muchas relaciones y si se dan constructos sociales, suceden de manera social, no en recovecos aislados de determinadas mentes.

El problema se agudiza en las descripciones y explicaciones de la política contenciosa. Los actores políticos suelen dar explicaciones individualizadas de la participación en la disputa, si bien los “individuos” a quienes atribuyen un avance propio acotado, unificado y continuo son a menudo actores colectivos

tales como comunidades, clases, ejércitos, empresas, sindicatos, grupos de interés o movimientos sociales. Atribuyen evaluaciones y responsabilidades morales a los individuos, y los elogian o los condenan por sus acciones, calificando sus identidades manifiestas como inaceptables (una turba, por ejemplo) o encomiables (los mártires, por ejemplo). Por ello, hay que hacer un esfuerzo denodado en política contenciosa para calificar las representaciones disputadas de actores esenciales como valiosas o indignas, unificadas o fragmentadas, grandes o pequeñas, comprometidas o no comprometidas, poderosas o débiles, bien conectadas o aisladas, perdurables o efímeras, razonables o irracionales, codiciosas o generosas.

Sin embargo, a la larga, una observación meticulosa de ese tipo de esfuerzo muestra, incluso a un observador ingenuo, lo que todo oficial condecorado, líder sindical u organizador político reconoce en privado: que tanto las representaciones públicas de identidades políticas, como otras formas de participación en una lucha sólo pueden avanzar con una coordinación intensa; una improvisación supeditada; maniobras tácticas; respuestas a señales de otros participantes; reinterpretaciones in situ de lo que es posible, deseable o eficaz, y secuencias de resultados inesperados que estimulan nuevas improvisaciones. Resulta que las interacciones entre actores con límites, estructuras internas e identidades cambiantes penetran en lo que los analistas llaman, en retrospectiva o en una perspectiva distante, guerras, huelgas, rebeliones, campañas electorales o movimientos sociales dirigidos por actores. De ahí la dificultad de reconciliar imágenes individualistas con realidades interactivas.

Además, como lo ilustra el sangriento conflicto de Hyderabad en 1990, muchas confrontaciones que empiezan con otras definiciones, a la larga se activan y reciben una codificación como expresiones convencionales de hostilidad comunitaria. Es importante señalar la analogía con disputas familiares en las que epítetos, recuerdos y líneas de fractura sólo entran en el conflicto cuando éste escala, o cuando un tercero se une a la refriega. Tales fenómenos ofrecen una justificación empírica de las explicaciones “instrumentalistas” sobre los conflictos comunitarios que Sudhir Kakar bien pone en entredicho como las únicas descripciones de las interacciones fatales que él estudia. Sin embargo, la respuesta eficaz al reduccionismo instrumental no consiste en recurrir al reduccionismo fenomenológico, sino en reconocer las dinámicas conversacionales de tales disputas.

La analogía conversacional sirve para explicar un amplio rango de contiendas

políticas. Podríamos seguir su rastro en muchos otros casos de conflicto étnico y religioso, expresiones de nacionalismo, campañas electorales, revoluciones, debates parlamentarios, conflictos industriales y otros. Sin embargo, llevemos la discusión a un terreno conocido. En su análisis de miles de manifestaciones en Marsella, Nantes, París y otras regiones de Francia entre 1979 y 1993, Olivier Fillieule identifica los intercambios estilizados pero incesantes que ocurren entre participantes, espectadores, la policía, los funcionarios y otros en cualquier manifestación. Aunque los espectadores, reporteros, analistas y críticos a menudo reducen tales sucesos a actitudes y acciones de quienes ocupan la calle con carteles, cánticos y otras escenificaciones de sus exigencias, las descripciones detalladas extraídas de fuentes como los ficheros policíacos revelan corrientes continuas de deliberaciones, humillaciones, amagos, ataques, retiradas, comisiones, acuerdos mutuos y demás, usualmente reportadas desde un sólo punto de vista, pero que reflejan siempre la participación en intercambios comunicativos.

Considérese el testimonio de 1986 de un comandante experimentado de la policía antidisturbios. Interrogado sobre qué podría ocurrir si recibiera órdenes contradictorias del comisionado de la policía local y del superior de su propia unidad, respondió que sería poco probable, pero añadió:

En un momento tal, probablemente tomaría la decisión yo mismo, como ocurrió realmente una vez con nuestros autobuses. Cuando estábamos preparándonos, el comisionado del

xvi

distrito [París] nos pidió, contrario a mi opinión, que reforzáramos las barreras de la calle con nuestros vehículos. Cuando me percaté de que los manifestantes estaban tratando de prender fuego a las barricadas, por iniciativa propia hice que movieran los vehículos a la mitad del puente; mis autobuses se replegaron. Los otros vehículos de la policía parisina que no retrocedieron fueron incendiados (Fillieule, 1997: 257).

Quemar autobuses y hacerlos retroceder obviamente constituye un tipo rudimentario de diálogo. Lo mismo que desplegar los escudos contra quienes

arrojan piedras, arremetiendo contra las multitudes a macanazos o incluso recibir a delegados de manifestantes en la oficina de un ministro. Con todo, el diálogo es real y tiene consecuencias, compromete a dos o más partes y la forma en que una de las partes responde a la otra afecta el desenlace. La conversación hace que haya una improvisación incesante en convenciones muy definidas que definen el intercambio en curso como una manifestación, más que, digamos, una huelga, reunión pública, mitin electoral, cabildeos normales o un golpe de Estado.

Como ocurre en toda conversación, la contenciosa tiene una exquisita propiedad paradójica: la improvisación con restricciones que producen orden.

Manifestantes, anti manifestantes, policía, autoridades y otros participantes de mítines improvisan sin cesar, buscando la sorpresa, el impacto y la ventaja estratégica. Si sólo repitieran las rutinas seguidas en un encuentro previo, se parecerían quienes dicen perogrulladas; cederían toda ventaja estratégica a sus compañeros y terminarían siendo autómatas opacos. Y con todo, cuando se comparan con todas las acciones e interacciones de las que son capaces, concentran sus esfuerzos en un estrecho rango de símbolos, expresiones e interacciones. Los manifestantes suelen marchar en formaciones, desplegar pancartas, gritar consignas y presentar peticiones, pero rara vez llevan consigo ametralladoras, defecan en la calle, se desnudan, estrangulan al público presente, cantan canciones de niños, se detienen a comprar las provisiones del día, o viajan en taxi, a menos por supuesto que aparezcan junto a sus conductores exigiendo protección contra los asaltos. Si los partícipes de una conversación contenciosa no hubieran optado por un léxico reconocible, habrían socavado sus propios esfuerzos de coordinar acciones, transmitir mensajes o influir en el objeto de sus exigencias.

Como sucede en formas menos contenciosas de conversación, la conversación contenciosa produce un orden por medio de la improvisación restringida. Podemos registrar el lado teatral de la disputa si hablamos de repertorios contenciosos (Tarrow, 1998: cap. 2; Traugott, 1995).

Al igual que cualquier otra forma de conversación, los repertorios contenciosos encarnan la historia y la cultura. Sus partícipes y observadores recurren a experiencias previas, incorporan símbolos disponibles, se refieren de manera selectiva a recuerdos compartidos, diseñan estrategias en función de lo que sucedió la vez pasada, se percatan del impacto (si lo hay) de sus improvisaciones, y al terminar comparan sus notas. Los repertorios afectan el

rumbo que toma y el resultado de la disputa por varias razones. La primera: incorporan guiones que los partícipes reconocen como ejecutables, cuyas partes y rutinas de colaboración requeridas conocen y de cuyos requisitos y posibles desenlaces tienen al menos algún tipo de conciencia; todas estas particularidades facilitan la movilización de los participantes para una nueva escenificación. La segunda: extraen sentido y efectividad en parte por su conexión con repeticiones previas de las mismas actuaciones —la reunión más reciente de nuestros rivales o la nuestra, la historia heredada (aunque sea mítica) de manifestaciones anteriores, etc. La tercera: eliminan de toda consideración, y a menudo de su conciencia, muchas más exigencias de las que son técnicamente capaces los participantes.

Entre otras cosas, están en juego las identidades políticas. Siguiendo con metáforas teatrales, los reclamantes están escenificando respuestas a la pregunta “¿quién eres?”. Cuando surgen conversaciones contenciosas en vida social normal, las respuestas suelen ser obvias; somos quienes éramos antes del inicio de la disputa: empleados de cierta compañía, compradores en un mercado semanal, devotos en un santuario, funcionarios que se ocupan de cuestiones públicas, policías que patrullan sus sectores. Con todo, muy a menudo las identidades siguen siendo poco claras hasta que los participantes las dramatizan. Todos disponen de identidades múltiples, cada una sujeta a una serie un tanto diferente de relaciones sociales: vecino, pareja, granjero, cliente, inquilino, compañero de clase, amante o ciudadano. Algunas identidades disponibles se muestran en público sólo de manera intermitente, como ocurre con muchos tipos de afiliación partidista, miembros de asociaciones o adhesión a movimientos sociales. Bajo estas circunstancias, los participantes de una conversación contenciosa generalmente insisten en las capacidades en las cuales interactúan, en las identidades que activan.

Como ocurre en una conversación normal, algunas actuaciones realmente se centran en reivindicar identidades más que en presentar exigencias específicas. Una de las partes dice: “queremos que nos reconozcan como actores relevantes de cierto tipo”, mientras que la otra acepta o impugna tal reivindicación de identidad. Los activistas de movimientos sociales con frecuencia emprenden actuaciones cuyo mensaje central asegura que los activistas y/o el electorado al cual dicen representar son “vunc”: valiosos, unidos, numerosos y comprometidos.

Sean o no contenciosas, las convenciones conversacionales y el transcurso

mismo de éstas influyen mucho sobre el comportamiento de los participantes. Las identidades consolidadas y sus relaciones sociales asociadas, por ejemplo, siempre interactúan de manera diferente. En el caso extremo de las masacres entre hindúes y musulmanes, Sudhir Kakar muestra que vecinos de una religión muchas veces advertían a los miembros de otras categorías religiosas acerca de un ataque inminente; que en el fragor del derramamiento de sangre, en ocasiones algunas familias musulmanas escondían a hindúes o viceversa, y que bandas de asesinos solían evitar los asesinatos en sus propios vecindarios; que reducir a los otros tan sólo a sus identidades públicas más vagas hace que el asesinato resulte más accesible, mientras que la presencia de lazos e identidades múltiples lo coarta. En una reducción al absurdo, los escuadrones de la muerte clasificaban a sus víctimas potenciales por su manera de vestir o, entre hombres, por la condición de sus prepucios: la circuncisión indicaba una identidad musulmana, su ausencia una hindú.

Sin llegar a tales extremos, las identidades establecidas de manera conversacional moldean siempre la interacción social, incluida la controversia política [...] Las historias que las personas crean durante una conversación contenciosa afectan las interacciones sociales posteriores, porque filtran la memoria colectiva y tienen como base compromisos de comportamiento consistente con dichas historias.

Permítanme exponer mi punto con mayor fuerza. La conversación en general moldea la vida social al alterar los conocimientos individuales y colectivos, crear y transformar los lazos sociales, generar los materiales culturales de los que, por ende, se dispone para un intercambio social posterior, y establecer, borrar o modificar los compromisos de los participantes. Lo mismo ocurre para la conversación contenciosa y por las mismas razones.

Son conversacionales porque continúan a través de intercambios situados históricamente, restringidos culturalmente, negociados y trascendentales entre muchas partes. No importa qué otra cosa requiera, la explicación del conflicto político exige que los analistas consideren con seriedad el mero acto del habla.

Referencias

Bose, Sugata y Ayesha Jalal (1998). *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy*. Londres: Routledge.

Fillieule, Olivier (1997). *Stratégies de la rue: Les manifestations en France*. París: Presses de Sciences Po.

Kakar, Sudhir (1996). *The Colors of Violence: Cultural Identities, Religion, and Conflict*. Chicago: University of Chicago Press.

Tambiah, Stanley J. (1996). *Leveling Crowds: Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia*. Berkeley: University of California Press.

Tarrow, Sidney (1998). *Power in Movement*. Cambridge: Cambridge University Press.

Traugott, Mark (coord.) (1995). *Repertoires and Cycles of Collective Action*. Durham: Duke University Press.

16. La política de la violencia colectiva

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Con la violencia colectiva entramos al terreno de la política contenciosa, en la que las personas presentan exigencias discontinuas, públicas y colectivas entre sí. No toda la política contenciosa genera violencia; nuestro problema es precisamente explicar en qué momento la discrepancia deriva en violencia. Sin embargo, toda violencia colectiva involucra algún tipo de disputa.

Podemos marcar de manera conveniente nuestro cruce al territorio de la política contenciosa al percatarnos en qué momento los gobiernos (de manera más general, individuos u organizaciones que controlan medios de coerción concentrados) deciden participar en exigencias discontinuas, públicas y colectivas. Los gobiernos se vuelven parte de un conflicto como demandantes, objetos de demandas o partes interesadas.

Por ende, la violencia colectiva es una forma de política contenciosa. Se considera como contenciosa porque sus participantes presentan demandas que afectan los intereses de unos y otros. Se considera como política porque siempre están en juego las relaciones entre los participantes y los gobiernos.

No obstante, la violencia y el gobierno mantienen una relación precaria. Cuando los gobiernos son muy débiles, la violencia interpersonal tiende a multiplicarse en las poblaciones que se encuentran bajo la jurisdicción nominal de esos gobiernos. Cuando los gobiernos se fortalecen de manera desmedida, la violencia entre la población civil generalmente disminuye. Los políticos y filósofos políticos abogan a menudo por un gobierno eficaz y fuerte como baluarte contra la victimización por la violencia. Sin embargo, todos los gobiernos mantienen el control de medios concentrados de violencia como

armas, tropas, guardias y cárceles. La mayoría de ellos los utiliza ampliamente para mantener lo que sus gobernantes definen como orden público.

Además, algunos gobernantes también utilizan medios violentos para aumentar su propio poder y ventajas materiales. Cuando ocurre un acto de violencia colectiva a gran escala, las fuerzas gubernamentales de un tipo u otro casi siempre desempeñan el relevante papel de atacantes, objetos de ataque, contrincantes o agentes de intervención. Una guerra internacional es simplemente el caso extremo (pero en general el más letal) de participación gubernamental en la violencia. Por ello, la violencia colectiva y la política de la no violencia se entrecruzan sin cesar.

Gobernantes, policías, filósofos e historiadores hacen a menudo la distinción entre fuerza y violencia. Bajo esta perspectiva, la fuerza consiste en el daño y la incautación legítimos en el corto plazo, lo cual típicamente significa que quienes producen daño gozan de una protección legal por sus acciones; por ende, la fuerza puede incluir la defensa propia legítima, pero no la agresión no provocada. Bajo esta perspectiva, la violencia se refiere al daño que no goza de protección legal.

¿Servirá a nuestros objetivos la distinción entre fuerza y violencia? Como ciudadanos, todos nosotros queremos hacer este tipo de distinción; queremos trazar una línea entre uso correcto e incorrecto de la autoridad gubernamental para secuestrar y dañar a personas o sus propiedades. En distintos grados y con definiciones contrapuestas de propiedad, también queremos que los gobiernos desplieguen sus medios concentrados de coerción contra los usos inapropiados de la violencia. Sin embargo, con el fin de explicar las interacciones violentas, la distinción entre fuerza (legítima) y violencia (ilegítima) se enfrenta a tres objeciones insalvables.

Primera: el límite preciso de la fuerza legítima continúa siendo objeto de disputas encarnizadas en todos los sistemas políticos. Pensemos tan sólo en los debates sobre qué constituye o no un comportamiento policíaco apropiado en la persecución de un sospechoso, sobre lo bueno y lo malo de la pena de muerte o sobre las acciones militares aceptables contra civiles en tiempos de guerra. En el momento mismo de manifestaciones inicialmente pacíficas que se vuelven violentas, los manifestantes y la policía casi siempre se disputan el límite entre los usos legítimos e ilegítimos de los medios coercitivos.

Segunda, en la práctica, se extiende un largo continuum desde 1) las acciones gubernamentales permitidas, cuya conveniencia es aceptada por casi todos, por medio de 2) la negligencia intencional de agentes gubernamentales para 3) dañar con el apoyo o estímulo secretos de cierta parte de algún gobierno.

Tercera: una gran proporción de la violencia colectiva en aquellos episodios calificados como disturbios, rebeliones o revoluciones involucra de manera directa a agentes gubernamentales como causantes u objeto del daño. De no incluir las muertes provocadas o sufridas por la policía y las tropas, no tendríamos manera de explicar la variación en la letalidad de diversos tipos de encuentros colectivos. Por ejemplo, en la Comuna de París de 1871, una serie de cálculos nos relatan que alrededor de 16 mil rebeldes murieron en batallas callejeras con las tropas nacionales de Francia, que el victorioso ejército nacional ejecutó a otros 3 500 rebeldes luego de que las batallas callejeras terminaron, y que al mismo tiempo murieron 880 miembros del ejército nacional (Chesnais, 1976: 168). Al evaluar la ferocidad de la Comuna, sin duda querríamos incluir las 16 880 muertes estimadas en ambas facciones durante las batallas callejeras y quizá también las 3 500 ejecuciones. Con el fin de dar una explicación, sería por supuesto extraño calificar a uno de los conjuntos de muertes como resultado de la violencia y al otro resultado de la fuerza legítima. Si los rebeldes hubieran vencido, ¿sus actos violentos podrían retroactivamente haberse convertido en fuerza legítima?

Seguramente no toda violencia colectiva está formada por confrontaciones entre autoridades y ciudadanos; sin embargo, sí lo suficiente como para requerir un examen minucioso de las interacciones entre autoridad y ciudadano. Ningún estudiante de la violencia colectiva puede darse el lujo de excluir las acciones de autoridades gubernamentales o las interacciones entre agentes gubernamentales y actores no gubernamentales. Sin duda, a la larga, debemos explicar por qué los regímenes difieren de manera tan notable en cuanto a las formas y agentes de violencia que auspician, legitiman, toleran o prohíben.

Este capítulo identifica el contexto político de esa gran variación. Tras una breve introducción a los regímenes, revisa la constitución de los actores políticos, el lugar especial de los emprendedores políticos como conectores y organizadores de la violencia colectiva y la importancia de los especialistas en violencia tales como la policía o los delincuentes.

Todo gobierno hace ciertas distinciones entre sus propios agentes y los miembros

de la polity: deja los recursos gubernamentales directamente a disposición de sus agentes, pero solicita a los segundos seguir los procedimientos establecidos (solicitudes formales, peticiones, contratos, audiencias, etc.), para tener acceso a recursos similares.

En ocasiones, los gobiernos también aceptan o refuerzan los límites que separan a los contrincantes de los miembros de la polity al negociar quién es de los suyos y quién tiene derecho de hablar en favor de la defensa de los contendientes, incluso cuando les niegan el acceso normal a los recursos gubernamentales. Por ejemplo, durante las primeras etapas de los movimientos de los derechos civiles de los años sesenta, agentes del gobierno de Estados Unidos iniciaron pláticas con los líderes de las organizaciones de los derechos civiles sin reconocerlos en absoluto como portavoces de todos los afroamericanos. Después, organizaciones como la National Association for the Advancement of Colored People (naacp por sus siglas en inglés, Asociación Nacional para el Desarrollo de la Gente de Color) obtuvo un asiento regular en las discusiones apoyadas por el gobierno sobre relaciones raciales, mientras el gobierno seguía acosando a muchos grupos nacionalistas negros. Así pues, las distinciones entre agentes gubernamentales, miembros de la polity, contendientes, ciudadanos y actores políticos externos adquirieron fundamento jurídico.

La formación de categorías es en sí un proceso político esencial pues crea identidades. Una categoría social consiste en una serie de espacios que comparten un límite que los distingue de al menos una serie de espacios claramente excluidos por el límite y los relaciona con ella. La formación de categorías ocurre por medio de tres mecanismos diferentes: la invención, el préstamo y el encuentro. La invención involucra el trazado autorizado de un límite y la prohibición de relaciones fuera de éste, como cuando los líderes de los serbios de Bosnia decretaron quién era serbio en Bosnia-Herzegovina y quién no, y luego regularon la forma en que los serbios interactuarían con los no serbios. El préstamo implica la importación de un paquete límite/conjunto de relaciones ya existente en otro lado y su acomodo en el contexto local, como cuando los revolucionarios franceses del campo se alinearon entre los patriotas y los aristócratas que de por sí ya se habían repartido París y las otras grandes ciudades francesas. El encuentro implica un contacto inicial entre redes previamente separadas (pero internamente bien conectadas) durante el cual los miembros de una red comienzan a competir por los recursos con miembros de otra, de modo que interactivamente generan definiciones de las fronteras sociales y sus relaciones.

Sin embargo, las fronteras categóricas se manifiestan también en los principales grupos de actores. Por ejemplo, cualquier gobierno puede tener tratos con diferentes miembros de la polity organizados como comunidades locales, congregaciones religiosas, unidades militares y categorías de terratenientes. Además, pronto tendremos que distinguir entre dos tipos sobrepuestos de actores políticos que figuran de manera notoria en la violencia colectiva: (i) emprendedores políticos cuya especialidad es organizar, vincular, dividir y representar al electorado y (ii) especialistas en el despliegue de medios violentos tales como soldados, policías, maleantes y líderes de pandillas. Las distinciones entre agentes gubernamentales, miembros de la policía, contendientes, ciudadanos y actores políticos externos son apenas el comienzo del análisis. Muestran que un gran abismo separa a los actores que pueden acceder con facilidad a los agentes y recursos gubernamentales, de los demás que no cuentan con ese acceso, por ejemplo, minorías nacionales que protestan. Las transacciones entre agentes gubernamentales, miembros de la polity, contendientes y ciudadanos constituyen un régimen, y las políticas públicas de un régimen también consisten en las interacciones de las demandas presentadas entre todos éstos. Dichas políticas públicas incluyen la recaudación de impuestos, el reclutamiento de tropas, el voto individual, las solicitudes de pensiones y muchas otras transacciones de las cuales forman parte los gobiernos.

La política contenciosa está formada por un subgrupo (amplio) de políticas públicas en el cual las demandas son colectivas y que, de cumplirse, afectarían los intereses de sus objetivos. Por consiguiente, este tipo de política excluye recaudar impuestos, reportarse al servicio militar, votar y solicitar pensiones. Sin embargo, cualquiera de estas actividades puede volverse permanente si se organiza una resistencia colectiva a ellas. En la Europa del Viejo Régimen, una parte importante de todas las rebeliones populares se inició cuando la realeza intentó imponer impuestos nuevos o aumentarlos (Tilly, 1993).

Además, algunas formas de políticas públicas implican casi siempre una disputa colectiva; rebeliones, revoluciones, movimientos sociales, manifestaciones, huelgas generales y campañas electorales disputadas ilustran las formas contenciosas irreductibles de la política pública. Finalmente, ciertas formas contenciosas de presentar demandas aparecen como daños a personas u objetos: los rebeldes matan a los gobernantes, los revolucionarios saquean etc. Ese es el subconjunto de políticas contenciosas a cuyas variantes estamos tratando de explicar.

Actores políticos e identidades

Sin embargo, tales actores casi nunca se describen como redes integradas; más bien, ofrecen sustantivos colectivos: se describen como trabajadores, mujeres, habitantes de X o Frente Unido Contra Y. Tales identidades políticas ofrecen respuestas públicas y colectivas a las preguntas “¿quiénes somos?” y “¿quiénes son?”, y por ello están sujetos a una confrontación y negociación constantes. ¿Quién habla por los hutus, y quién por los ruandeses? fueron preguntas de vida o muerte en 1994.

Las identidades políticas agrupan los siguientes elementos fundamentales:

fronteras sociales que separan el “nosotros” del “ellos”: por ejemplo, la división entre hutus y tutsis;

historias compartidas sobre esas fronteras: por ejemplo, relatos de los hutus sobre las características distintivas de hutus y tutsi, así como sobre los orígenes de sus diferencias;

relaciones sociales a través de las fronteras sociales: por ejemplo, formas de abordar las transacciones gubernamentales entre hutus y tutsis;

relaciones sociales dentro de las fronteras sociales: por ejemplo, señales entre hutus para indicar su afiliación común.

Las identidades políticas sirven como trampolines para plantear demandas, pero este no es el único trabajo político que realizan. Simplificando un proceso complicado: los agentes gubernamentales ordenan las identidades políticas en legítimas e ilegítimas, reconocidas y no reconocidas. Los derechos políticos nacen a través de luchas por el reconocimiento (Foweraker y Landman, 1997; Tilly, 1998).

El surgimiento del nacionalismo afectó intensamente el carácter de tales luchas por el reconocimiento. Antes de las Revoluciones francesa y estadounidense, la gente rara vez exigía derechos o reclamaba que otros les debían algo por pertenecer a una nación distinta. Mantenían lealtades a tradiciones religiosas y culturales, pero en la mayoría de los casos sólo emprendían acciones colectivas en nombre de esas tradiciones cuando alguien más proponía erradicarlas o derogar derechos ligados a ellas. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo xviii el nacionalismo se volvió más importante como principio político: una nación debe tener su propio Estado independiente y un Estado independiente debe tener su propia nación.

De este principio derivaron dos versiones antitéticas de nacionalismo. El nacionalismo descendente exigía el derecho de que los gobernantes del momento impusieran sus definiciones de cultura y bienestar nacionales sobre los ciudadanos. El nacionalismo ascendente exigía el derecho de distintas naciones dentro de Estados heterogéneos de adquirir su independencia política. Uno alimentaba el otro: entre más intentaban los gobernantes imponer culturas y obligaciones nacionales, más clamaban las distintas minorías por su independencia. Como a menudo la gente tenía redes organizadas de confianza, comercio, sociabilidad y ayuda mutua en torno a lazos religiosos y étnicos, el nacionalismo descendente no sólo dañó su autoestima, sino que también amenazó sus medios de subsistencia.

De la Revolución estadounidense en adelante, los líderes de poderosos Estados, sobre todo los Estados de la Francia revolucionaria y los napoleónicos, emplearon el principio de autodeterminación para desacreditar a poderes rivales combinados, como los imperios de los Habsburgo y el otomano. Así pues, se volvió ventajoso para las minorías de todo tipo de regímenes designarse como naciones incipientes, crear historias y prácticas que validaran esa designación y pedir ayuda exterior para alcanzar su independencia. Los líderes étnicos emprendedores pronto se dieron cuenta de que podían alcanzar el poder al obtener el reconocimiento como representantes de naciones vigentes y que podían fácilmente perder poder si alguien más se les adelantaba. Desde la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte de los conflictos violentos de gran escala a lo largo y ancho del mundo ha conllevado alguna exigencia de este tipo.

Gran parte de lo que se ha dado por llamar vagamente “políticas de identidad” consiste en luchas por la legitimación y el reconocimiento. Las luchas suceden dentro de límites, a través de límites, sobre el establecimiento y la índole de los

límites, alrededor de historias ligadas a esos límites y sobre relaciones entre quienes comparten una respuesta común a la pregunta “¿ustedes quiénes son?”, por un lado, y otros actores políticos, incluidos agentes gubernamentales, por el otro (Tilly, 2002).

Emprendedores políticos y especialistas en violencia

La sola mención de movimientos sociales contemporáneos debería recordarnos a los actores políticos cuyas voces han permanecido silenciadas hasta este momento. Al igual que sus contrapartes económicas, los emprendedores políticos participan en diversas formas de intermediación al crear nuevas conexiones entre sitios sociales previamente desconectados, pero conectar sitios no es lo único que hacen. Se especializan en la activación, conexión, coordinación y representación; se especializan en activar (y a veces desactivar) fronteras sociales, relatos y relaciones, como ocurrió cuando los líderes serbios bosnios incrementaron sus límites entre serbios y sus vecinos musulmanes o croatas con quienes los bosnios de ascendencia serbia desde hacía mucho tiempo se habían mezclado, casado, comerciado y colaborado. Los líderes serbios de Bosnia se especializan en conectar (y a veces desconectar) grupos y redes distintivos, como cuando esos mismos líderes integraron pandillas serbias armadas en coaliciones nacionalistas más grandes; se especializan en coordinar, como cuando los susodichos líderes organizaron acciones conjuntas por parte de esas coaliciones.

Los emprendedores políticos se especializan, finalmente, en representar, como cuando los líderes serbios de Bosnia afirmaron que hablaban por todos los bosnios de ascendencia serbia, mientras exigían ayuda a Serbia para establecer entidades políticas serbias dentro de Bosnia. Así es como los emprendedores políticos ejercen una influencia significativa sobre la presencia, ausencia, forma, ubicaciones e intensidad de la violencia colectiva. Cuando promueven la violencia, lo hacen al activar límites, historias y relaciones que ya han acumulado historias de violencia; relacionar a actores ya violentos con aliados previamente no violentos; coordinar campañas destructivas, y representar a sus electores por medio de amenazas de violencia. Después, tanto los participantes como los observadores hablan de identidades y odios ancestrales profundos. Sin embargo, antes y durante la contienda, los emprendedores políticos desempeñan un papel fundamental en la activación, conexión, coordinación y representación de los participantes en encuentros violentos.

Por medio de estas actividades, los emprendedores políticos participan necesariamente en el acaparamiento de oportunidades que genera desigualdad y a menudo también en la explotación. Organizan el acaparamiento de oportunidades mientras que construyen o activan los límites nosotros/ellos entre sus redes y los de fuera, ahuyentan a demandantes rivales que buscan coordinar y representar algunas o todas las mismas redes, extraen los recursos necesarios de esas redes y los despliegan de manera que al mismo tiempo promuevan demandas colectivas, reproduzcan las estructuras que han construido y preserven su propio poder. Por supuesto, a menudo fallan en un sentido u otro; si eso sucede, el fracaso genera violencia colectiva en los límites de la coalición, mientras los emprendedores rivales y sus facciones luchan por el control de la activación, conexión, coordinación y representación.

Cuando los emprendedores políticos coordinan los esfuerzos de una gran coalición en beneficio de un conjunto más pequeño que forma parte de ésta, su acaparamiento de oportunidades se convierte en una forma de explotación. Estos reconocidos riesgos de política contenciosa merecen ser destacados, porque sirven para explicar por qué los emprendedores políticos promueven la violencia colectiva en el momento en que una fría lectura de los intereses de sus electores recomienda dismantelar, escapar o mantener un bajo perfil. Se vuelven especialistas en la activación de fronteras sociales que sirven a sus propios cálculos de ventaja colectiva.

Los emprendedores políticos se complementan y se traslapan con otro tipo relevante de actor político: el especialista violento. En todo gobierno existen especialistas en violencia: gente que controla los medios para infligir daño a personas u objetos.

No obstante, un gran número de especialistas en violencia trabajan fuera del gobierno. Ciertos atletas (boxeadores, gladiadores, toreros y jugadores de rugby son ejemplos obvios) se especializan en hacer daño. Guardias armados, policía privada, fuerzas paramilitares, guerrilleros, terroristas, maleantes, bandidos, secuestradores, sicarios, miembros de pandillas y vendedores de refacciones robadas gozan a veces de protección gubernamental, pero generalmente operan fuera del gobierno, incluso en abierto desafío a éste. Sin duda, antes del surgimiento de Estados centralizados siguiendo el modelo europeo de los siglos xvii y xviii, innumerables especialistas en violencia ejercieron sus oficios con una independencia al menos parcial del control gubernamental en casi todo el mundo. Incluso las poderosas dinastías chinas convivieron con caciques y

bandidos, así como con los pueblos nómadas armados y depredadores en sus fronteras. En la propia Europa, ejércitos privados, mercenarios, milicias locales, bandidos y piratas compitieron en algunos momentos, y colaboraron en otros, con ejércitos nominalmente nacionales (Thomson, 1994).

Para que no pensemos que los especialistas en violencia están impulsados por la sed de sangre, debemos reconocer que, para la mayoría, casi siempre el resultado ideal de una interacción política es manipular a otros sin infligir daño. El especialista verdaderamente eficaz despliega amenazas de violencia de modo tan persuasivo que los otros acatan antes de que ésta comience (Blok, 2001; Cohn, 1993). Sin duda, una demostración ocasional de crueldad consolida la reputación de un especialista, y un retroceso frente a un desafío visible daña su reputación. Los mafiosos de la vida real (a diferencia de sus reproducciones cinematográficas) lo saben bien; al amenazar con violencia por incumplimiento, ofrecen garantías a contratos cuando los tribunales y allegados no pueden hacerlo, pero de vez en cuando los mafiosos también muestran la disposición necesaria para matar, mutilar y robar (Blok, 1974 y 2001; Gambetta, 1993; Varese, 2001; Volkov, 2002). Para los ejércitos respaldados por el gobierno, los desfiles de precisión y las exhibiciones de armas producen más o menos los mismos efectos. La capacidad visible de infligir daño promueve el poder más que el daño mismo.

Por lo tanto, la categoría de emprendedores políticos se traslapa con la de especialistas en violencia. En la intersección de ambas encontramos a líderes de mercenarios, comerciantes de armas internacionales, caudillos regionales, gobernantes militares y muchas figuras políticas que cuentan con una fuerza armada propia. En efecto, a lo largo de la historia humana, las figuras políticas más importantes han combinado el espíritu emprendedor con el control de los medios coercitivos. Sólo en los últimos dos siglos el detentor de poder sin armas se ha vuelto el actor político común [...]

Algunos mercenarios, como los sudafricanos Executive Outcomes, despiadadamente eficientes, han intervenido con un efecto letal en Sierra Leona y otros sitios (Shannon, 2002). Sin embargo, como dice Berkeley (2001), gran parte de la violencia depredadora ocurre en toda África. Los especialistas en violencia, muchos de ellos extranjeros en los países donde operan, y algunos de ellos mercenarios o aventureros europeos, se unen a los sindicatos del crimen organizado de África sin convertirse en sus sirvientes obedientes.

También en América Latina, especialistas en violencia una y otra vez han inclinado la balanza del poder o se han apoderado de éste. En particular, por más desagradable que esto sea, Centroamérica ha tenido la desgracia de tener a su disposición a ciertos aliados externos, incluidos traficantes de drogas, de armas y el gobierno de Estados Unidos, para formar unidades armadas. William Stanley describe el terrible año de 1980 en El Salvador, cuando unos asesinos mataron al fiscal general Mario Zamora Rivas, al arzobispo Oscar Romero y a muchos otros opositores de la violencia paramilitar. Esos asesinatos fueron tan sólo los más visibles:

A estas muertes les siguieron casi 12 mil más; la mayoría capturados o ejecutados por los escuadrones de la muerte o asesinados en masa por fuerzas gubernamentales en zonas rurales. Tras cada gran manifestación o huelga laboral, el movimiento popular perdió docenas de simpatizantes y líderes clave. En cierto sentido, la represión funcionó. Las manifestaciones se hicieron más pequeñas y menos personas se identificarían abiertamente como afiliados a organizaciones de izquierda. Sin embargo, para el Estado represor el costo fue alto: aunque las manifestaciones y huelgas se redujeron gradualmente, hubo un cambio simultáneo en la oposición de izquierda hacia una estrategia militar. En mayo, la izquierda comenzó a trasladar a sus militantes a zonas rurales para desarrollar una estructura militar; en septiembre, este proceso ya estaba muy avanzado, aunque los grupos todavía carecían de armas, y para noviembre, la izquierda, ahora unida como el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (

fmln

), había comenzado a obtener suficientes armas para formar un ejército (Stanley 1996: 178).

La escalofriante experiencia de El Salvador arroja diversos nuevos hallazgos importantes sobre los especialistas en violencia: varían sistemáticamente en su proximidad a los gobiernos (y a su auspicio); a veces se organizan en oposición a las organizaciones de especialistas violentos existentes, y no hay un límite marcado entre sus posiciones políticas y las de las fuerzas armadas

pertenecientes a gobiernos consolidados. Todo lo anterior ocurre también en el Sur de Asia, Rusia y África.

En todo el mundo (por ejemplo, en Colombia, el Cáucaso, Palestina, Liberia, Sri Lanka e Indonesia) los especialistas en violencia figuran de manera relevante en las versiones a gran escala de violencia colectiva.

La posición compleja pero central de los especialistas en violencia tiene tres grandes implicaciones para el estudio de la violencia colectiva. Primero, aunque serviría iniciar distinguiendo entre agentes del gobierno, miembros del orden político, contendientes y actores políticos externos, en un análisis más detallado de regímenes y episodios en concreto, tendremos que reconocer a actores móviles e intermedios, entre ellos los emprendedores políticos y especialistas en violencia. Ninguna distinción simple entre “insurgentes” y “fuerzas del orden” puede captar las interacciones sociales complejas que generan la violencia colectiva.

Segundo, los especialistas en violencia no sólo sirven a los intereses de las entidades más grandes (gobiernos, partidos, comunidades, grupos étnicos, entre otros) con los que se han aliado, sino que siguen sus propias dinámicas. Por lo general, se dedican a la explotación y al acaparamiento de oportunidades, a veces a expensas de sus propios empleadores o de sus electorados nominales. Como mínimo, cualquier explicación de cambios en la violencia colectiva deberá incluir la adquisición y el control de medios y capacidades coercitivas por parte de esos especialistas. Por otra parte, los regímenes difieren mucho en cuanto a las oportunidades que ofrecen y los lugares que asignan a los especialistas en violencia. No tenemos más remedio que considerar el cuidado y la alimentación de medios violentos: el reclutamiento y organización de fuerzas militares, los suministros de armas, los lazos entre comercio ilícito y flujo de armas, los impuestos de guerra, la toma de rehenes como fuente de ingresos y el uso de especialistas violentos por parte de los actores políticos existentes.

Tercero, el carácter de las relaciones entre gobiernos y especialistas en violencia en gran medida afecta el alcance y el lugar de la violencia colectiva de un régimen. En general, la violencia colectiva aumenta en la medida en que las organizaciones especializadas en el despliegue de medios coercitivos (ejércitos, fuerzas policiales, delincuencia coordinada, confederaciones piratas, empresas mercenarias, negocios ilegales de protección, etc.) aumentan en tamaño, alcance geográfico, recursos y coherencia. Pero el control civil democrático sobre los

especialistas violentos acalla esos efectos; en cambio, la violencia colectiva aumenta en la medida en que los especialistas escapan del control civil democrático.

Cuando se trata del despliegue gubernamental de coerción contra los contendientes, la violencia colectiva aumenta aún más, llegando al extremo de que las organizaciones de especialistas en violencia ofrecen venganzas privadas e incentivos para depredar. Cuando la participación en la violencia organizada abre caminos para el poder político y económico, la violencia colectiva se multiplica, sobre todo la búsqueda de poder de estos especialistas promueve el tipo de interacción violenta que he llamado destrucción y oportunismo coordinados. Los especialistas en violencia no sólo infligen daño por placer o por las ganancias que les proporciona: usan la violencia y la amenaza de violencia para promover sus propios proyectos.

Por ende, dentro de una amplia gama de violencia colectiva, la interacción de especialistas de la violencia y emprendedores políticos, otros actores políticos y entre sí, afecta profundamente los límites, el carácter y los objetos del daño causado. Sin embargo, los lugares que ocupan los especialistas violentos y los emprendedores políticos en la política pública varían sistemáticamente según el tipo de régimen.

En todo tipo de regímenes, una parte significativa de toda la violencia colectiva ocurre como resultado de exigencias que no se inician de manera violenta: soldados que disparan contra manifestantes pacíficos, manifestantes no violentos que comienzan a romper ventanas, participantes de procesiones religiosas rivales que comienzan a maltratarse entre sí, etc. En consecuencia, existe una correspondencia aproximada entre la presentación de exigencias no violentas y violentas. Por ejemplo, en regímenes antidemocráticos de alta capacidad esperaríamos encontrar una alta proporción de violencia colectiva que comienza con actos ilegales. En contraste, en regímenes democráticos de alta capacidad lo que esperaríamos encontrar que la mayor parte de la violencia se origina en actos tolerados.

La prominencia generalmente aumenta cuando a) los participantes en la interacción política son especialistas en violencia; b) aumenta la incertidumbre por el resultado de la interacción; c) los riesgos del resultado se incrementan para las partes, y d) aquellos con quienes los participantes tienen relaciones estables están ausentes. La activación y supresión de las diferentes identidades

políticas (es decir, límites, historias y relaciones sociales agrupados) afectan directamente [estas] condiciones [...] la facilidad de activación y supresión de diversas identidades políticas depende, a su vez, del conjunto de actos prescritos, tolerados y prohibidos por el régimen.

La amplitud de la coordinación entre actores violentos se incrementa cuando e) los emprendedores políticos crean conexiones entre individuos y grupos antes independientes; f) las autoridades controlan lo que los participantes tienen en juego (tanto recompensas como castigos) en los resultados; g) las categorías en las que se dividen los grandes bloques de participantes (por ejemplo, género, raza o nacionalidad) tienen amplia presencia en la vida social normal, y h) los principales participantes se organizan y realizan ensayos en escenarios no violentos. La incorporación y la separación afectan mucho las condiciones de la e) a la h).

La destrucción coordinada

La destrucción como conquista

La destrucción coordinada se refiere a los tipos de violencia colectiva en los que las personas u organizaciones especializadas en el despliegue de medios coercitivos llevan a cabo un programa de acciones que dañen a personas y/u objetos. Es resultado de la activación combinada de límites, historias y relaciones, por un lado, y de la incorporación de múltiples actores y sitios sociales, por el otro. Juntos, la activación y la incorporación producen en promedio mayores niveles de daño que otras formas de violencia colectiva. También desactivan relaciones preexistentes entre los participantes, salvo en la medida en que esas relaciones corresponden a las identidades activadas.

En un proceso paralelo a la distinción entre rituales violentos relativamente simétricos y asimétricos, una distinción importante en la destrucción coordinada separa a) contiendas letales, b) campañas de aniquilación y c) terror conspiratorio.

En contiendas letales, al menos dos grupos organizados de especialistas en coerción se confrontan, empleando ambos el daño para reducir o contener la capacidad de los otros de también infligirlo. La guerra es la etiqueta más general para esta clase de destrucción coordinada, pero las diferentes variantes se conocen como guerra civil, guerrilla, conflicto de baja intensidad y conquista. Aunque las contiendas letales de diversos pueden observarse en toda la historia de la humanidad, la imagen estándar de dos o más ejércitos nacionales disciplinados ocupados en destruirse entre sí conforme a reglas de combate generalmente aceptadas se aplica sólo a un pequeño segmento histórico, aproximadamente de 1650 a 1950 para Europa, algunos periodos muy anteriores para China e incluso en intervalos más inusuales en el resto del mundo. Fuera de esos momentos excepcionales, los saqueos autónomos, levadas feudales temporales, grupos de mercenarios, bandidos, piratas, nómadas disfrazados de caballería, pueblos movilizados y conglomerados similares o fuerzas temporales son las que han intervenido en la mayoría de las guerras históricas.

Las contiendas letales se transforman gradualmente en campañas de aniquilación cuando un competidor tiene una fuerza abrumadora o el objeto del ataque no es una organización especializada en el despliegue de medios coercitivos. En las últimas décadas, los analistas han empleado el término genocidio para aquellas campañas en las que los atacantes definen a sus víctimas en términos de herencia compartida, y el término politicidio para aquéllas en las que las víctimas pertenecen a una categoría política común; hasta ahora, no ha surgido un término comúnmente aceptado para campañas parecidas pero dirigidas a miembros de categorías religiosas o regionales. Lo que generalmente se juega en las campañas de aniquilación son la supervivencia colectiva, por un lado, y el reconocimiento como el único interesado con derecho a control territorial, por el otro. A causa de esos intereses en juego, tales luchas tienden a originar grandes movilizaciones de apoyo que van mucho más allá de los especialistas en coerción que las inician.

En dirección opuesta, las contiendas letales dan paso al terror clandestino o un conjunto pequeño, pero bien organizado, de actores comienza a atacar objetivos mucho más poderosos por medios secretos: asesinatos, secuestros, atentados con bombas, etc. Cuando tiene efectos políticos graves, el terror clandestino demuestra simultáneamente la vulnerabilidad de los poderes aparentemente invencibles y la presencia de una alternativa peligrosa y elusiva a esos poderes. Por ello, sacude la política normal, acorta los horizontes temporales e identifica posibles aliados para los disidentes.

Las distinciones entre contiendas letales, campañas de aniquilación y terror clandestino se basan en el grado de desigualdad entre quienes producen el daño. Dicho de otra manera: las contiendas letales constituyen el caso especial de destrucción coordinada en el que las partes se acercan a la paridad. El caso especial resalta porque obviamente las partes más débiles, si pueden huir, en general evitan el combate y a menudo buscan aliados para igualar las fuerzas en cualquiera de los bandos. Por ende, las muestras de fuerza, el espionaje de los enemigos y las negociaciones con posibles compañeros de coalición figuran de manera notable en la dinámica de las contiendas letales.

En la destrucción coordinada, las luchas por la explotación y el acaparamiento de oportunidades intervienen de dos modos: i) bajo el control del gobierno y ii) en el uso del poder político para establecer, mantener, decomisar, alterar o destruir sistemas generadores de desigualdad en relaciones sociales externas al

gobierno. Los gobiernos siempre participan en el acaparamiento de oportunidades, así como en la explotación; siempre involucran la obtención de acceso de miembros de las redes categóricamente acotadas a los recursos valiosos, renovables y tendientes al monopolio, que apoyan las actividades de la red y se incrementan por sus rutinas operativas (acaparamiento de oportunidades). Pero por lo regular, también implican el control de personas poderosas y bien conectadas de los recursos por los que obtienen ganancias significativamente mayores al coordinar los esfuerzos de otros, a quienes excluyen de todo el valor agregado de dicho esfuerzo (explotación).

Entre más drástico sea el límite y mayor la desigualdad del otro lado de éste, más importantes serán las apuestas por el control del gobierno, tanto para quienes lo detentan como para quienes aspiran a él. La destrucción coordinada ocurre cuando los gobernantes bien organizados aplastan la resistencia a sus exigencias, emplean la fuerza de las armas para ampliar sus jurisdicciones, y cuando las partes excluidas se organizan lo suficiente como para desafiar a la propia fuerza armada de los opresores. Estos efectos se fortalecen cuando las partes de ambos lados del límite se polarizan, es decir, cuando los acuerdos de cooperación y los actores traslapados desaparecen y/o se incrementa la incertidumbre sobre las acciones de los otros en uno o ambos lados. Siguiendo a Sigmund Freud, Anton Blok (2001: 115-135) hace hincapié en el irónico y trágico “narcisismo de las diferencias menores” que aparece conforme los emprendedores políticos fortalecen las fronteras sociales, desaparecen las posturas intermedias y aumentan la incertidumbre de vecinos fundamentalmente similares, como los croatas y serbios en Bosnia o los hutus y tutsis en Ruanda.

En Argelia, a mediados de los años noventa, los fundamentalistas islámicos salafistas rompieron lazos con sus aliados más moderados en la lucha contra el régimen laico. Según el líder del Groupe Islamique Armé (gia), los argelinos dividían a los opositores de su régimen en tres categorías: 1) verdaderos luchadores por la libertad que apoyaban la guerra santa; 2) aquellos supuestos islamistas que realmente se opusieron a la guerra santa por medio de “la fuerza, la negociación o la pluma”, y (3) los islamistas que apoyaban la democracia. Al considerar a los miembros de las categorías 2 y 3 como traidores, marcaron su límite en la categoría 1 contra todos los demás y dirigieron su violencia más cruenta no contra el régimen mismo sino contra sus vecinos de los grupos 2 y 3.

Así pues, masacraron pueblos enteros de mujeres y niños que se rehusaron a alistarse en su causa. En general, cuando el control de los gobiernos está en

juego, la violencia más feroz enfrenta a parientes cercanos, en lugar de incitar a pueblos realmente diferentes, a luchar entre sí.

Fuera del gobierno, bajo ciertas circunstancias, las luchas por los sistemas de explotación y de acaparamiento de oportunidades y dentro de éstos también se vuelven destrucción coordinada. Los regímenes de baja capacidad, especialmente los no democráticos, son más vulnerables a la destrucción coordinada en su política interna, porque dan un mayor margen para que disidentes y rivales organicen a sus propios especialistas en violencia a mayor escala. Por ejemplo, conforme la capacidad del Estado central colombiano ha disminuido desde la década de 1970, algunas fuerzas paramilitares han formado coaliciones con terratenientes rurales, mientras que las guerrillas han formado coaliciones con los enemigos de los terratenientes rurales. Sin embargo, ambos han adoptado el secuestro y los impuestos al tráfico de cocaína como medios para apoyar sus actividades letales. Como resultado, el número de secuestros en Colombia, que antes de 1985 estaba por debajo de 50 anuales [...] aumentó a 1 800, 3 200 y 3 700 de 1998 a 2000 (Ramírez, 2001: 175.) Ambas partes han formado sus propios negocios ilícitos de protección y sus propios sistemas de explotación; dichos sistemas privados se alimentaban de sistemas no gubernamentales de explotación existentes y del acaparamiento de oportunidades (Echeverry et al., 2001; Walker, 1999).

Un [...] cambio notable ocurrió en la amplia categoría de destrucción coordinada durante el medio siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Ahí donde las guerras interestatales entre ejércitos nacionales bien identificados habían predominado durante un siglo o más, la transición hacia una variedad mucho más amplia de fuerzas coercitivas y hacia campañas de aniquilación hicieron que la guerra civil (ampliamente definida) se volviera la configuración principal de la destrucción coordinada. La descolonización, la expansión del comercio mundial de armas y drogas, la reaparición de fuerzas mercenarias y el debilitamiento de la capacidad del Estado central en muchas regiones del mundo contribuyeron, todos, a ese cambio. Conforme la guerra pasó de la competencia interestatal a la lucha intestina, paradójicamente, algunos participantes externos (tanto de otros Estados como de organizaciones internacionales) se involucraron más como proveedores de medios militares, alianzas, donadores de ayuda, especuladores y mediadores.

Estos cambios de la posguerra magnificaron la importancia de dos fenómenos políticos entrelazados que habían perdido importancia en todo el mundo después

del siglo xviii, cuando los Estados occidentales internamente se centralizaron y dividieron gran parte del mundo no occidental en colonias. La primera práctica es la subvención de la rebelión y la resistencia al gobierno central por parte de los gobernantes de un estado a otro adyacente como una forma de ampliar el poder del estado que intervenía. Esa práctica no desapareció del todo durante el siglo xix, como lo ilustra la recurrente intervención de Estados Unidos en México (incluida la anexión estadounidense de Texas), pero se volvió menos común una vez que se articularon fronteras nacionales y coloniales reconocidas internacionalmente.

La segunda práctica fue la promoción desde el exterior de la autonomía política en regiones ricas en recursos como una forma de obtener acceso privilegiado a éstos. Una vez más, las intervenciones occidentales masivas en China durante el siglo xix, así como las de Estados Unidos en el siglo xx en Centroamérica para los capitales estadounidenses establecen que la práctica continuó más allá de 1800, pero también se hizo menos frecuente en los sitios en los que grandes poderes decidieron las fronteras. Ambas prácticas resurgieron en el mundo descolonizado después de la Segunda Guerra Mundial.

En el Congo vemos la convergencia de dos prácticas generadoras de violencia: el subsidio a la rebelión por parte de Estados adyacentes y la promoción de la autonomía interna para facilitar la extracción de recursos. Ambas prácticas han resurgido en algunas partes del mundo de donde provienen drogas, minerales y mano de obra barata.

El genocidio de Ruanda, además, subraya el papel que poblaciones más generales desempeñan en la destrucción coordinada cuando se vinculan con eficacia o son impulsadas por emprendedores políticos y especialistas violentos [...] Distintas formas de organización social ciertamente separaron la destrucción coordinada de otras formas de violencia colectiva (por no mencionar la disputa no violenta), pero el caso de una guerra interestatal debería recordarnos cuánta planificación y capacitación previas, preparación logística y coordinación estratégica se dedican a la mutua destrucción. El hecho de que los participantes deban improvisar furiosamente, sentir ira, miedo, vergüenza o satisfacción ante el peligro, o fabricar historias inverosímiles sobre lo que están haciendo no los distingue demasiado de quienes participan en cualquier otra actividad que conlleve un alto riesgo: patrullas policíacas, sexo inseguro, lucha contra incendios, cirugía cerebral, deportes colectivos, parto, narcotráfico, tomas de poder de corporaciones y muchas más. En todos estos casos, los lazos

sociales establecidos, conocimientos compartidos y repertorios de interacción canalizan el comportamiento de los actores. Los procesos sociales definibles (no la anarquía impulsiva) determinan quién hace daño a quién y cómo; nuestro trabajo como analistas es el de rastrear, entre esos procesos sociales los más visibles y robustos.

¿Qué procesos sociales? [...] Recordemos que la destrucción coordinada se refiere a aquellas variedades de violencia colectiva en las que personas u organizaciones especializadas en el despliegue de medios coercitivos emprenden un programa de acciones que dañan a personas y/u objetos. Por definición, entonces, la destrucción coordinada resulta del compromiso político de al menos un cuerpo de especialistas violentos. Esa declaración tautológica establece la primera parte de una agenda explicativa: dar cuenta de la creación o activación de fuerzas especializadas en coerción. En Ruanda, el reticente respaldo del presidente Habyarimana a una milicia de poder Hutu dejó dispuesta una fuerza de represalia mortal después de su repentina muerte.

Los programas de destrucción, también presentes por definición, ofrecen problemas de interpretación más complejos que la presencia o ausencia de especialistas violentos; las personas tienen diferentes relatos acerca de sus programas antes, durante y después de episodios violentos, y a menudo modifican esos programas durante la interacción. No obstante, la existencia previa de un programa de destrucción es sencillo de detectar, y es un facilitador importante de destrucción coordinada. Dichos programas pueden aparecer como planes concretos de aniquilación, planes de conspiración o la estigmatización más general de una categoría social (herejes, judíos, comunistas, romaníes, homosexuales, etc.) que queda fuera de las protecciones legales convencionales. Más allá de la tautología, la destrucción coordinada resulta de la creación de coaliciones entre quienes previamente segmentados utilizan medios violentos. Los emprendedores políticos, por lo tanto, influyen mucho en el auge y declive de la destrucción coordinada, por ejemplo, al introducir a quienes se oponen a los cobros ilegítimos del gobierno en frentes de resistencia común (aunque temporal). Bajo tales circunstancias, encontramos emprendedores que continúan con sus actividades habituales de activación, conexión, coordinación y representación, pero ahora con la interacción violenta como objeto de sus esfuerzos. En los gobiernos ocurren procesos precisamente paralelos cuando defensores y opositores de programas destructivos negocian el despliegue de los especialistas violentos propios de esta instancia. En general, la destrucción coordinada ocurre cuando los beneficiarios (gubernamentales o no

gubernamentales) de la explotación y del acaparamiento de oportunidades encuentran una resistencia unida a esos sistemas o a su control sobre ellos. En consecuencia, si la negociación falla o se activan múltiples límites, la destrucción coordinada se vuelve oportunismo y/o ataques dispersos.

La selección de ciertas identidades para la acción colectiva es realizada por tres conjuntos complementarios de mecanismos:

Cuando las redes de ayuda mutua se segregan a ambos lados de un límite, una disputa que enfrenta a personas de ambos lados (por la razón que sea), y los lleva entonces a buscar el apoyo de sus compañeros, redefine la disputa como categórica [...] Llámese a este proceso escalamiento de redes.

En lugar de abarcarlo todo, las identidades políticas conectan a las personas con ciertos entornos sociales y no con otros; atraerlos a ese entorno activa las identidades. Las fiestas, bodas, funerales, inscripciones en escuelas, campañas electorales, llamados al servicio militar y las visitas a ferias, todos ubican a las personas en entornos donde las identidades que desempeñan un papel menor en la organización de la vida cotidiana se vuelven eminentes, visibles y atractivas. Este segundo proceso promueve la destrucción coordinada en la medida en que: a) dichos entornos reúnen a miembros de categorías emparejadas que ya tienen antecedentes de conflicto y b) las muestras de fuerza por parte del grupo pertenecen ya a los repertorios sujetos a esos entornos. Sin embargo, por sí solo, es probable que el proceso no produzca más que incidentes violentos intermitentes y esporádicos en función de la planificación sujeta a los entornos sociales relevantes. Llámese a este proceso activación de entornos.

Los emprendedores políticos (cualesquiera que sean sus otros talentos y atractivos) desarrollan habilidades para evocar ciertas identidades políticas y suprimir otras. Conforme activan, conectan, coordinan y representan, se apoyan selectivamente en redes que se alinearán del lado apropiado de la frontera social. El tercer proceso puede funcionar de manera bastante independiente de los dos primeros cuando los líderes convocan a miembros de una categoría que preferirían evadir el servicio, pero no pueden negarse (Tilly 2001). Solo o en conjunto con los dos primeros procesos, puede producir una destrucción coordinada a gran escala; si entre los convocados hay especialistas violentos, las posibilidades de daño considerable se incrementan. Llámese a este proceso

intermediación (brokerage).

La coordinación y la prominencia, y por lo tanto la semejanza con la guerra, surgen conforme las luchas locales se conectan cada vez más con las divisiones y los cambios en los planos nacional o internacional.

Referencias

Berkeley, Bill (2001). *The Graves Are Not Yet Full. Race, Tribe and Power in the Heart of Africa*. Nueva York: Basic Books.

Blok, Anton (1974). *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960*. Nueva York: Harper Row.

Blok, Anton (2001). *Honor and Violence*. Cambridge: Cambridge University Press.

Chesnais, Jean-Claude (1976). *Les Morts Violentes en France depuis 1826: Comparaisons Internationales*. París: Presses Universitaires de France.

Echeverry, Juan Carlos, Natalia Salazar, y Veronica Navas (2001). “El Conflicto colombiano en el contexto internacional”. En *Economía, crimen y conflicto*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Fowerake, Joe y Todd Landman (1997). *Citizenship Rights and Social Movements: A Comparative and Statistical Analysis*. Oxford: Oxford University Press.

Gambetta, Diego (1993). *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection*.

Cambridge: Harvard University Press.

Shannon, Ulric (2002). "Private Armies and the Decline of the State". En *Violence and Politics: Globalization's Paradox*, coordinado por Kennon Worcester, Sally Avery Bermanzohn y Mark Unger. Nueva York: Routledge.

Stanley, William (1996). *The Protection Racket State: Elite Politics, Military Extortion and Civil War in El Salvador*. Filadelfia: Temple University Press.

Thomson, Janice E. (1994). *Mercenaries, Pirates and Sovereigns: State Building and Extraterritorial Violence in Early Modern Europe*. Princeton: Princeton University Press.

Tilly, Charles (1993). "Speaking Your Mind without Elections, Surveys or Social Movements". *Public Opinion Quarterly* 47: 461-478.

Tilly, Charles (1998). "Where do Rights Come From?". En *Democracy, Revolution and History*, coordinado por Theda Skocpol. Ithaca: Cornell University Press.

Tilly, Charles (2001). "Do unto Others". En *Political Altruism? The Solidarity Movement in International Perspective*, coordinado por Marco Guigni y Florence Passy. Lanham: Rowman and Littlefield.

Tilly, Charles (2002). *Stories, Identities and Political Change*. Lanham: Rowman and Littlefield.

Varese, Federico (2001). *The Russian Mafia: Private Protection in a New Market Economy*. Oxford: Oxford University Press.

Volkov, Vadim (2002). *Violent Entrepreneurs: The Use of Force in the Making of Russian Capitalism*. Ithaca: Cornell University Press.

Walker, William O. (1999). "The Limits of Coercive Diplomacy: U.S. Drug Policy and Colombian State Stability, 1978-1997". En *The Illicit Global Economy and State Power*. Lanham: Rowman and Littlefield.

17. Terror, terrorismo, terroristas

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Algunos términos coloridos sirven admirablemente para fines políticos y normativos, pese a que obstaculicen la descripción y explicación de los fenómenos sociales a los que apuntan. Esos términos de doble filo incluyen los disturbios, la injusticia y la sociedad civil, todos ellos políticamente poderosos, pero analíticamente elusivos (Moore, 1979; Vermunt y Steensma, 1991; Cohen y Arato, 1992; Latón, 1996; Herzog, 1998; Plotz, 2000; Schweingruber, 2000; Edwards, Foley y Diani, 2001; Ferree et al., 2002). También incluyen el terror, el terrorismo y los terroristas. Este breve sondeo muestra cómo y por qué.

En su discurso ante el Congreso, nueve días después de los devastadores ataques del 11 de septiembre de 2001, el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, declaró que “nuestra guerra contra el terror comienza con Al Qaeda, pero no termina ahí. No terminará hasta que cada grupo terrorista de alcance global haya sido encontrado, detenido y derrotado” (Departamento de Estado, 2002 a: i). El Secretario de Estado Colin L. Powell le hizo eco en mayo de 2002: “en esta campaña global contra el terrorismo, ningún país puede darse el lujo de permanecer al margen; no existen líneas marginales. Los terroristas no respetan límite alguno, geográfico o moral. Los frentes están en todas partes y las apuestas son altas; el terrorismo no solo mata a personas, sino que también amenaza instituciones democráticas, socava economías y desestabiliza regiones” (Departamento de Estado, 2002a: iii). En palabras del presidente y del secretario de Estado, terror, terrorismo y terroristas se convierten en conceptos inseparables, entidades coherentes, actores eficaces y enemigos que hay que erradicar.

Los estudiantes de procesos políticos y violencia colectiva ciertamente tendrían que poner atención a tal cosificación, pues ejerce una influencia significativa en la política mundial. Sin embargo, no deberían incorporar las categorías completas en sus propias descripciones y explicaciones de los procesos políticos en cuestión.

En particular, los científicos sociales que intentan explicar los ataques repentinos contra objetivos civiles tendrían que dudar de la existencia de una clase distinta y coherente de actores (terroristas) que se especializan en una forma unitaria de acción política (terror), y por ende deberían establecer otra variedad de política (terrorismo). En lugar de ello, este ensayo argumenta varios puntos.

La palabra terror apunta a una estrategia política ampliamente recurrente pero imprecisamente delimitada.

Podemos definir razonablemente esa estrategia como un despliegue asimétrico de amenazas y de violencia contra enemigos que emplea medios que quedan fuera de las formas de lucha política que en general opera en algún régimen existente.

De vez en cuando muchos tipos de individuos y grupos participan en el terror así definido, a menudo alternando el terror con otras estrategias políticas o con inacción política.

A veces, se forman grupos y redes especializados en terror y no en otras formas de política, pero por lo general son inestables y efímeros.

La mayoría de los grupos y redes que participan en el terror se traslapan en gran medida con especialistas en coerción empleados o respaldados por el gobierno: ejércitos, policía, milicias, paramilitares y similares.

Incluso cuando se organizan en oposición a los gobiernos existentes, los especialistas en coerción adoptan formas de organización, conexiones externas y fuentes de suministro similares a las de los especialistas del gobierno.

La mayoría de los usos del terror ocurre en realidad como complemento o subproducto de luchas en las que los participantes, con frecuencia incluidos los así llamados terroristas, participan simultánea o sucesivamente en otros tipos

comunes de exigencias políticas.

Por ende, el terror como estrategia abarca desde 1) acciones intermitentes por miembros de grupos que participan en luchas políticas más amplias, hasta 2) un segmento del modus operandi de especialistas en coerción organizados permanentes, incluidos los especialistas en coerción empleados o respaldados por el gobierno, y hasta 3) la razón dominante de grupos y redes de activistas, distintivos y comprometidos.

Pese a la publicidad que ha recibido recientemente, la variedad 3 explica una parte muy variable pero generalmente muy reducida de todo el terror que ocurre en el mundo contemporáneo.

De hecho, los informes propios del Departamento de Estado sobre acontecimientos mundiales confirman en general este argumento. El Departamento de Estado rastrea la violencia más revanchista del mundo desde dos perspectivas distintas. Por mandato del Congreso, emite informes anuales separados sobre derechos humanos y terrorismo global. Durante la administración de John F. Kennedy, mientras el Congreso reunía el financiamiento para ayuda foránea, también requería que la rama ejecutiva informara acerca de violaciones a derechos humanos. En su versión actual, el informe anual de derechos humanos recolecta información de embajadas estadounidenses en todo el mundo sobre casos locales de tortura respaldada por el gobierno: castigos crueles, detención irregular, drásticas restricciones a las libertades civiles, trabajo obligatorio, trabajo infantil y abusos relacionados.

Emitida en mayo de 2002, la declaración del Departamento de Estado sobre derechos humanos en 2001 hizo una referencia obligatoria a la lucha contra el terrorismo, equiparando prácticamente a gobiernos que violan los derechos humanos con aquéllos que promueven el terror internacional. Declaró que los informes de su país retratan un mundo todavía tambaleante y reactivo a los acontecimientos de septiembre pasado. Sin embargo, la misión central de los informes sigue siendo la misma: dar voz a quienes se les niegan sus libertades y derechos previstos en la Declaración universal de los derechos humanos. Los informes confirman que todavía no termina la batalla de ideas entre quienes reprimen la democracia y los derechos humanos y los interesados en que prosperen. Sólo a través de la promoción y protección de los derechos humanos

y de las libertades fundamentales, puede la comunidad internacional estar a salvo del flagelo del terrorismo (Departamento de Estado, 2002b: 1).

Sin embargo, el informe de 2001 sobre los derechos humanos, al igual que los anteriores, se centró en las formas en que los gobiernos maltratan a (o toleran el maltrato de) sus propios ciudadanos.

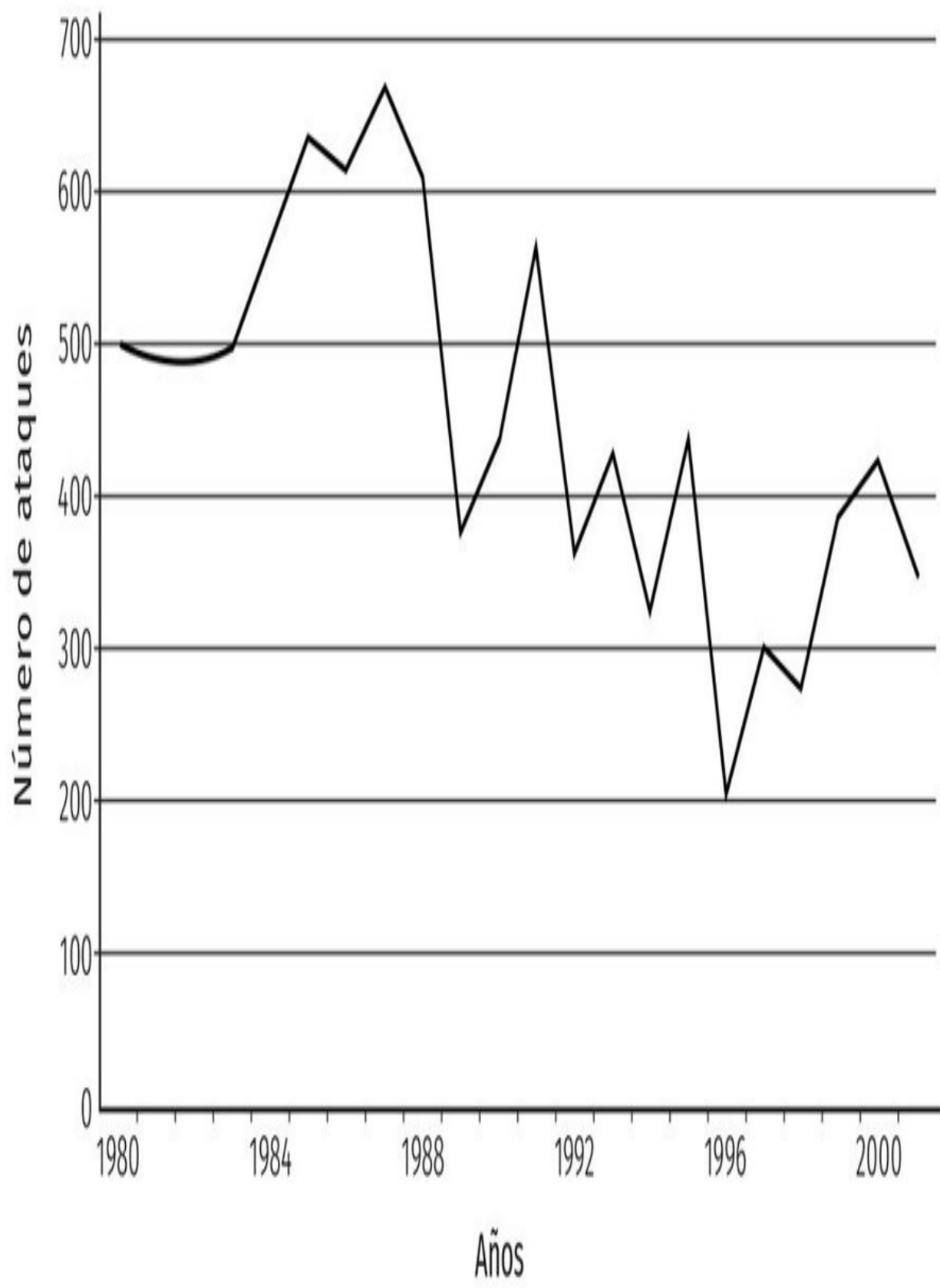
El informe anual sobre derechos humanos del Departamento de Estado complementa el trabajo de organizaciones tales como Human Rights Watch y Freedom House, al catalogar los abusos específicos de cada país (véase Human Rights Watch, 2000; Karatnycky, 2000). Cada una de estas agencias emite un inventario anual de acciones gubernamentales funestas y de complicidad gubernamental en ataques de otros a sus ciudadanos. Los abusos que reportan de ninguna manera califican como violencia, en el sentido del empleo inmediato de fuerza bruta para un inmediato daño físico. Además, sólo unos cuantos eventos violentos entran en la clasificación de terror, definido éste como el despliegue asimétrico de amenazas y de violencia contra enemigos, que emplea medios distintos de las formas de lucha política que operan normalmente dentro del régimen existente. Sin embargo, todos ellos constituyen amenazas significativas a la calidad de vida en los países infractores.

Desde la década de 1980, el Departamento de Estado envía también al Congreso un documento anual llamado Patterns of Global Terrorism (Johnson, 2001). El Departamento de Estado define el terrorismo como “violencia perpetrada por motivos políticos contra objetivos no combatientes por parte de grupos subnacionales o agentes clandestinos, generalmente destinada a influir en determinado público” (Ruby, 2002: 10). Cualquier definición de este tipo tiene la desventaja de que requiere información sobre motivaciones e intenciones; de hecho, rara vez se dispone de evidencia sólida acerca de dichas motivaciones e intenciones que explique la violencia colectiva. Aun así, los principios de selección implícitos en el reporte destacan los ataques contra objetivos no combatientes por parte de otras fuerzas a las militares nacionales regularmente constituidas, en especial cuando alguien transmite demandas políticas de los atacantes. Los informes anuales describen en realidad dos tipos diferentes de eventos: 1) lo que llaman incidentes terroristas significativos, es decir, ataques que sus especialistas consideran como transfronterizos, dado que los atacantes provenían del extranjero, porque recibieron ayuda sustancial de fuera o porque atacaron a otros extranjeros y 2) otros ataques de grupos nacionales contra objetivos internos.

En una escala bastante reducida, los observadores del Departamento de Estado con conocimientos a nivel local probablemente reportan el grueso de las acciones que pertenecen a la primera categoría para todo el mundo. Esos son los acontecimientos para los que proporcionan resúmenes individuales y hacen recuentos anuales, y seguramente omiten la gran mayoría de los casos de violencia mundial de la categoría 2 (cf. Bonneuil y Auriat, 2000; Davenport, 2000; Martínez, 2001; Tilly, 2003). La figura 17.1 muestra la tendencia de sucesos de la primera categoría desde 1980 hasta 2001 (Departamento de Estado, 2000, 2001, 2002a). Es claro que la tendencia general fue a la baja: el recuento del Departamento de Estado de incidentes terroristas internacionales alcanzó un punto álgido en 1988 y disminuyó en general a partir de entonces. La cifra de muertes en los ataques aumentó de 233 a 405 y luego hasta 3 547 (incluidas 3 mil muertes consignadas al 11 de septiembre) de 1999 a 2001. No obstante, los 346 ataques de 2001 están muy por debajo de las frecuencias de la década de 1980, y los niveles generales de bajas disminuyeron también desde la década de 1980 en adelante (tan sólo la serie de incidentes mortales, definida de manera semejante por Enders-Sandler (2002: 161) de 1970 a 1999 muestra una segunda escalada letal a principios de la década de 1990 y un fuerte descenso a partir de entonces). A partir de finales de la década de 1990, alrededor de la mitad de todos los ataques registrados consistió no de daño infligido a personas, sino de bombas dirigidas a oleoductos, especialmente ductos portadores de petróleo hacia el norte a Estados Unidos a través de Colombia. Ese hecho en sí demuestra que los especialistas del Departamento de Estado interpretaron en términos bastante generales la “motivación política” que requería su propia definición de terror. Cuando hicieron vocales sus demandas, los atacantes descritos en los informes muy a menudo exigían autonomía o independencia para alguna población o región subnacional, el reemplazo de gobiernos existentes o la reparación de injusticias hechas a alguna organización. Por lo general, los incidentes terroristas internacionales identificados por los observadores del Departamento de Estado aumentaron y disminuyeron con la actividad de movimientos de independencia. Está aún por verse si el aumento menor que ocurrió a finales de la década de 1990 representa un nuevo tipo de campaña política, pero la tendencia general sigue siendo a la baja.

Figura 17.1

Total de ataques terroristas internacionales, 1980-2001



Como era de esperarse, los resúmenes del Departamento de Estado acerca de incidentes terroristas internacionales se centran, en especial, en los ataques contra intereses estadounidenses: ciudadanos estadounidenses, personal militar estadounidense atacado fuera de su actividad normal, propiedades de estadounidenses o del gobierno estadounidense y el territorio mismo de Estados Unidos. Así pues, los ataques aéreos del 11 de septiembre tuvieron una atención excepcional en el reporte anual, pero sólo contaron como cuatro de los 346 “incidentes terroristas significativos” del año (Departamento de Estado, 2002a). El informe del año anterior había señalado al sur de Asia explícitamente como base del terrorismo dirigido contra los intereses estadounidenses; en especial había llamado la atención al refugio otorgado por los talibanes afganos a Osama bin Laden y su red; había atribuido el bombardeo letal del U.S.S. Cole en Yemen (octubre de 2000) a bin Laden; y había añadido: “el gobierno de Pakistán aumentó su apoyo a los talibanes y continuó apoyando a los grupos militantes activos en la Cachemira controlada por India como el Harakat ul-Mujahadin (hum), algunos de los cuales participaron en terrorismo” (Departamento de Estado, 2001: Asia Overview 2). Por ello, como se refleja en sus informes anuales sobre el tema, la definición operativa del Departamento de Estado del terror destaca la violencia cometida por grupos relativamente bien conectados y dirigida contra objetivos políticamente significativos de otras nacionalidades, especialmente de nacionalidad estadounidense. Los terroristas son las personas que cometen dichos actos y el terrorismo es el hecho de su ejecución.

Definir el terror

Aunque las definiciones como tales no pueden ser verdaderas o falsas, en ciencias sociales las definiciones útiles deben apuntar a fenómenos detectables que exhiben cierto grado de coherencia causal: en principio, todos los casos deben mostrar propiedades comunes que encarnan o resultan de relaciones de causa-efecto similares. Bajo ese criterio, ¿qué hechos violentos deben realmente calificarse como terrorismo? Comenzando con citas de la década de 1790, el Oxford English Dictionary ofrece dos definiciones del término terrorismo: 1) “un gobierno por intimidación como el dirigido e instrumentado por el partido en el poder en Francia durante la Revolución de 1789-94 [...]” y 2) “política destinada a atacar con terror a aquellos contra quienes se adopta”. Ambas definiciones apuntan al despliegue asimétrico de amenazas y violencia contra enemigos fuera de las formas de lucha que operan en general dentro del régimen actual.

La palabra misma terror entró en el vocabulario político de Occidente como un nombre para las acciones de los revolucionarios franceses contra sus enemigos internos en 1793 y 1794. Se refería a la represión gubernamental, más directamente como ejecuciones. Cerca de 17 mil ejecuciones legales ocurrieron bajo el reinado del Terror, y algo así como 23 mil más de manera ilegal (Greer, 1935). Algunos estudiosos sostienen también que las muertes en las feroces guerras civiles de la Vendée de 1793-1795 deben contar como consecuencias del reinado del Terror; su inclusión llevaría el total a cerca de 200 mil muertos en todas partes, incluidas tropas regulares (Gerard, 1999; Guenniffey, 2000: 234-325). En cualquier extremo de las estimaciones, los historiadores de la Revolución francesa siguen pensando en el reinado del Terror original como el recurso a la violencia organizado o respaldado por el Estado sobre la ciudadanía disidente de Francia durante los dos años centrales del poder revolucionario radical.

Desde la Revolución Francesa, la palabra terror ha ampliado su alcance. Los escritores sobre el terror continúan usándolo para describir la intimidación gubernamental de los ciudadanos, como en el uso de ejecuciones por parte de

Joseph Stalin para frenar el disenso dentro de la Unión soviética (Mayer, 2000). Pero también usan con frecuencia el término para designar ataques clandestinos a objetivos gubernamentales por parte de oponentes nacionales como los separatistas vascos, el Ejército Republicano Irlandés y los Liberation Tigers of Tamil Eelam de Sri Lanka (Schmid, 2001). A veces, además, tales prácticas de guerra civil como la limpieza étnica y el genocidio obtienen la designación de terror (por ejemplo, Taylor, 1999). Así, el término se extiende para describir un amplio rango de crueldades humanas.

En medio de tal expansión, ¿opera un fenómeno coherente? Ninguna generalización útil cubre los diferentes tipos de interacción política para los cuales los observadores, analistas y participantes usan a veces el término de terror, mucho menos para terroristas y terrorismo. Sin embargo, podemos identificar un tipo de orden en el fenómeno mediante cuatro pasos: 1) al notar que una estrategia recurrente de intimidación sucede con frecuencia en la política contenciosa y corresponde aproximadamente a lo que mucha gente entiende por terror; 2) al reconocer que una amplia variedad de individuos, grupos y redes emplean a veces tal estrategia; 3) al relacionar sistemáticamente la estrategia con otras formas de procesos de lucha política en los mismos entornos y poblaciones, y 4) al observar que, bajo ciertas circunstancias políticas, los especialistas en coerción, que van desde empleados del gobierno hasta bandidos, despliegan a veces el terror con efectos mucho más devastadores que las operaciones de terror de quienes no son especialistas.

El terror como estrategia

El despliegue asimétrico de amenazas y violencia contra enemigos fuera de las formas de lucha política que operan generalmente dentro del régimen actual tiene una cruda lógica propia. Además de cualquier daño que inflija directamente, envía señales: señales de que el objetivo es vulnerable, que los perpetradores existen y que éstos tienen la capacidad de atacar de nuevo. Las señales llegan por lo general a tres públicos diferentes: los objetivos mismos, aliados potenciales de los perpetradores y terceros que podrían cooperar con uno u otro. Aunque algunos usuarios del terror (por ejemplo, una minoría de anarquistas del siglo xix) operan bajo la teoría de que la destrucción de objetos perversos es un bien en sí mismo, la mayoría del terror apoya exigencias de reconocimiento, reparación, autonomía o transferencias de poder. Considerado como una estrategia, el terror funciona mejor cuando altera o inhibe el comportamiento desaprobado del objetivo, fortalece el posicionamiento de los perpetradores con aliados potenciales y estimula a terceros a cooperar más con la organización de los perpetradores y del programa anunciado.

Múltiples usos del terror

Desde mafiosos hasta gobiernos despiadados, quienes operan negocios ilícitos de protección despliegan intermitentemente el terror contra enemigos y clientes inciertos (Gambetta, 1993; Stanley, 1996; Varese, 2001; Volkov, 2000, 2002). Operen o no negocios de protección a gran escala, los gobiernos represivos emplean con frecuencia el terror para amenazar a las minorías. Los gobiernos débiles y amenazados por lo general adoptan la estrategia del castigo ejemplar: infligir terribles represalias públicas a esos pocos enemigos que logran capturar con la amenaza anunciada de recurrir a castigos similares contra otros que se atrevan a desafiarlos. Sin embargo, los disidentes que buscan autonomía atacan a sus rivales o intentan derrocar a gobiernos, a veces también participan en despliegues asimétricos de amenazas y de violencia contra enemigos por medios distintos de las formas de lucha política que habitualmente operan en un régimen existente.

Durante las últimas décadas, activistas religiosos y étnicos han sido, por mucho, los estrategas no gubernamentales del terror más frecuentes (véase, por ejemplo, Kakar, 1996; Gurr, 2000; Beissinger, 2001; Horowitz, 2001).

El terror y otras formas de lucha

Como lo sugieren estos ejemplos, la estrategia del terror aparece en una amplia variedad de circunstancias políticas, acompañada de muy diferentes tipos de lucha política. Por ejemplo, los ataques de activistas protestantes y católicos irlandeses, entre sí y contra objetivos gubernamentales, siguen con frecuencia la estrategia del terror, pero se cruzan con otras formas de negociación en el nivel internacional, nacional y local (Jarman, 1997; Keogh, 2001). En muchas partes del mundo, fuerzas militares especializadas (gubernamentales, no gubernamentales y antigubernamentales) en numerosas ocasiones participan en secuestros, asesinatos y mutilaciones, además de sus ocasionales batallas campales con otras fuerzas armadas.

Terror y especialistas en coerción

La importancia de las fuerzas armadas organizadas en ciertos tipos de terror se presta a la confusión analítica. Es demasiado fácil combinar los gobiernos, ejércitos, milicias, paramilitares y rebeldes que despliegan el terror con fanáticos de las conspiraciones. Las declaraciones generales del Departamento de Estado sobre los derechos humanos y el terror en 2001, presentaron tal combinación. En realidad, necesitamos una doble distinción: primero entre especialistas violentos y otros, y luego entre actores que despliegan terror dentro de sus propios territorios operativos y aquellos que lo dirigen a otra parte.

La figura 17.2 esquematiza ambas distinciones al asignar nombres característicos a las cuatro esquinas de un espacio bidimensional. Los autonomistas representan a todos esos grupos políticamente activos, cuyos miembros provocan a veces ataques de terror contra autoridades, objetos simbólicos, rivales o poblaciones estigmatizadas en sus propios territorios, sin convertirse en especialistas organizados en coerción de largo plazo. Los fanáticos mantienen conexiones similares entre sí, pero cometen sus actos violentos fuera de sus propios territorios base; están incluidos los exiliados durante muchos años que regresan a casa para atacar a sus enemigos. Las milicias gubernamentales, no gubernamentales y antigubernamentales mantienen organizaciones perdurables de especialistas coercitivos y ejercen terror dentro de sus territorios base. Finalmente, los conspiradores organizan fuerzas de ataque especializadas para operaciones alejadas de la base (los ejércitos que infligen terror y operan en el extranjero encajan también en este rincón del diagrama, pero atacan aun en menos ocasiones que las organizaciones móviles de conspiradores). El diagrama en su conjunto resume el punto principal de este artículo: una notoria variedad de actores emplea a veces el terror como estrategia y, por ende, ningún conjunto coherente de propuestas causa-efecto puede explicar el terrorismo en su conjunto.

Figura 17.2

Una burda tipología de los grupos y redes de usuarios de terror



La cruda tipología distingue cuatro tipos de relaciones bastante diferentes entre los autores y las víctimas del terror; por ende, cuatro variedades diferentes de política. También destaca un hecho crucial sobre el terror existente en la actualidad: una pequeña parte de él ocurre realmente en la esquina superior derecha del diagrama, donde encontramos especialistas en coerción que operan fuera de sus bases de origen. La mayor parte del terror ocurre en el territorio de origen de los perpetradores, y los no especialistas (fanáticos) infligen una parte significativa del terror que ocurre fuera de su territorio de origen. El hecho no disminuye el horror del 11 de septiembre, pero sí advierte en contra de analizar todo terror como si consistiera en algo más cercano o distante de esa serie terrible de ataques contra Estados Unidos. Bien entendido, el terror es una estrategia, no un credo. Los terroristas abarcan todo un amplio espectro de organizaciones, circunstancias y creencias. El terrorismo no es un sólo un fenómeno causalmente coherente y ningún científico social puede afirmarlo de manera responsable.

Referencias

Beissinger, Mark R. (2001). *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bonneuil, Noel y Nadia Auriat (2000). "Fifty Years of Ethnic Conflict and Cohesion, 1945-94". *Journal of Peace Research* 37: 563-581.

Brass, Paul R. (coord.) (1996). *Riots and Pogroms*. Nueva York: New York University Press.

Cohen, Jean L. y Andrew Arato (1992). *Civil Society and Political Theory*. Cambridge: mit Press.

Davenport, Christian (2000). "Introduction". En *Paths to State Repression: Human Rights Violations and Contentious Politics*, coordinado por Christian Davenport, 1-26. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

Edwards, Bob, Michael W. Foley, y Mario Diani (coords.) (2001). *Beyond Tocqueville. Civil Society and the Social Capital Debate in Comparative Perspective*. Hanover: University Press of New England.

Enders, Walter y Todd Sandler (2002). "Patterns of Transnational Terrorism,

1970-1999: Alternative Time-Series Estimates”. *International Studies Quarterly* 46: 145-65.

Ferree, Myra Marx, William A. Gamson, Jürgen Gerhards, y Dieter Rucht (2002). “Four Models of the Public Sphere in Modern Democracies”. *Theory and Society* 31: 289-324.

Gambetta, Diego (1993). *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection*. Cambridge: Harvard University Press.

Gérard, Alain (1999). “Par principe d’humanité ...” *La Terreur et la Vendée*. París: Fayard.

Greer, Donald (1935). *The Incidence of the Terror during the French Revolution: A Statistical Interpretation*. Cambridge: Harvard University Press.

Guenniffey, Patrice (2000). *La Politique de la Terreur: Essai sur la Violence Révolutionnaire, 1789-1794*. París: Fayard.

Gurr, Ted Robert (2000). *Peoples Versus States: Minorities at Risk in the New Century*. Washington: United States Institute of Peace Press.

Herzog, Don (1998). *Poisoning the Minds of the Lower Orders*. Princeton: Princeton University Press.

Horowitz, Donald L. (2001). *The Deadly Ethnic Riot*. Berkeley: University of California Press.

Human Rights Watch (2000). *World Report 2000*. Nueva York: Human Rights Watch.

Jarman, Neil (1997). *Material Conflicts: Parades and Visual Displays in Northern Ireland*. Oxford: Berg.

Johnson, Larry C. (2001). "The Future of Terrorism". *American Behavioral Scientist* 44: 894-913.

Kakar, Sudhir (1996). *The Colors of Violence: Cultural Identities, Religion, and Conflict*. Chicago: University of Chicago Press.

Karatnycky, Adrian (coord.) (2000). *Freedom in the World. The Annual Survey of Political Rights and Civil Liberties*. Piscataway: Transaction.

Keogh, Dermot (2001). "Ireland at the Turn of the Century: 1994-2001". En *The Course of Irish History*, coordinado por Theodore W. Moody y Francis X. Martin, 321-344. Cuarta edición. Lanham: Roberts Rinehart.

Martínez, Astrid (coord.) (2001). *Economía, Crimen y Conflicto*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Mayer, Arno J. (2000). *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*. Princeton: Princeton University Press.

Moore, Barrington, Jr. (1979). *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt*. White Plains: M. E. Sharpe.

Plotz, John M. (2000). *The Crowd: British Literature and Public Politics*. Berkeley: University of California Press.

Ruby, Charles L. (2002). "The Definition of Terrorism". *Analyses of Social Issues and Public Policy* 2.1: 9-14.

Schmid, Alex P. (coord.) (2001). *Countering Terrorism through International Cooperation*. Milan: International Scientific and Professional Advisory Council of the United Nations Crime Prevention and Criminal Justice Programme.

Schweingruber, David (2000). "Mob Sociology and Escalated Force: Sociology's Contribution to Repressive Police Tactics". *Sociological Quarterly* 41: 371-389.

Stanley, William (1996). *The Protection Racket State: Elite Politics, Military Extortion, and Civil War in El Salvador*. Philadelphia: Temple University Press.

State Department (2000). "Patterns of Global Terrorism 1999". Washington: Office of the Coordinator for Counterterrorism, U.S. Department of State [en línea]. Disponible en <<http://www.usis.usemb.se/terror/rpt1999/index.html>>

(consultado el 10 de noviembre de 2016).

State Department (2001). “Patterns of Global Terrorism 2000”. Washinton: Office of the Coordinator for Counterterrorism [en línea]. Disponible en <http://www.bits.de/public/documents/US_Terrorist_Attacks/terror_patterns2000.pdf> (consultado el 10 de noviembre de 2016).

State Department (2002a). “Patterns of Global Terrorism 2001”. Washington: Office of the Coordinator for Counterterrorism [en línea]. Disponible en <<http://www.state.gov/documents/organization/10319.pdf>> (Consultado el 10 de noviembre de 2016).

State Department (2002b). “Country Reports on Human Rights Practices for 2001”. Washington: Bureau of Democracy, Human Rights, and Labor [en línea]. Disponible en <<http://www.state.gov/g/drl/rls/hrrpt/2001/8147pf.html>> (consultado el 28 de marzo de 2002).

Taylor, Christopher C. (1999). *Sacrifice as Terror: The Rwandan Genocide of 1994*. Oxford: Berg.

Tilly, Charles (2003). *The Politics of Collective Violence*. Cambridge: Cambridge University Press.

Varese, Federico. 2001. *The Russian Mafia. Private Protection in a New Market Economy*. Oxford, UK: Oxford University Press.

Vermunt, Riël y Herman Steensma (coords.) (1991). *Social Justice in Human Relations*. 2 vols. Nueva York: Plenum.

Volkov, Vadim (2000). "The Political Economy of Protection Rackets in the Past and the Present". *Social Research* 67: 709-744.

Volkov, Vadim (2002). *Violent Entrepreneurs: The Use of Force in the Making of Russian Capitalism*. Ithaca: Cornell University Press.

VI

Migración, raza y etnicidad

18. Redes trasplantadas

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Cuando Alexis de Tocqueville visitó Estados Unidos en 1831, vio a una población más homogénea y menos marcada por la inmigración que la que conocemos hoy. Ese sentido de homogeneidad influyó mucho en su análisis de la democracia estadounidense. “Todas las nuevas colonias europeas”, escribió a propósito de América del Norte, “contenían la semilla, si no es que el grano completo, de la democracia plena” (De Tocqueville, 1961, 1: 28). En los primeros capítulos de *La democracia en América*, De Tocqueville insistía en que la pobreza relativa de los inmigrantes estadounidense propiciaba una igualdad de condición. También señaló que la dificultad de destinar las tierras estadounidenses a la agricultura, así como el bajo rendimiento de los cultivos constituían barreras para el surgimiento de una aristocracia terrateniente. De este modo, pensó, Estados Unidos poseía los medios para crear una vida pública singularmente igualitaria.

Sin embargo, hacia el final de su primer volumen, De Tocqueville reconoció la presencia de los indios y los negros en medio de una democracia gobernada por blancos. Al primer grupo lo representó como fragmentado pero salvaje, al segundo como desarraigado, pero temporalmente dócil. De Tocqueville pensaba que el avance de los europeos en todo el continente terminaría por erradicar a los indios. Pero predijo el surgimiento de grandes conflictos como resultado de la coexistencia de negros y blancos:

Sin importar los esfuerzos que hagan los sureños para mantener la esclavitud, no podrán lograrlo indefinidamente. En un mundo de libertad democrática e

ilustración, la esclavitud, acorralada en un rincón del mundo, tachada por el cristianismo de injusta y por la economía política de nociva, no puede sobrevivir como institución. El amo o el esclavo terminarán con ella; en cualquier caso, es de esperarse un resultado terrible (De Tocqueville 1961, 1: 379).

Para De Tocqueville, quien escribió en la década de 1830, los europeos de América del Norte formaban una masa relativamente homogénea, dominada por angloparlantes que habían creado o se habían asimilado a una variante local de la cultura inglesa. Pensaba que los indígenas y los negros vivían, de diversas maneras, separados de los europeos blancos. De diferentes maneras, consideraba, los indios norteamericanos y los negros vivían totalmente alienados de los europeos blancos. Para él Estados Unidos enfrentaba graves problemas que, en última instancia, se habían originado en migraciones anteriores, pero la inmigración en sí no parecía representar problemas.

El siglo siguiente fue sumamente distinto. Cuando D. W. Brogan describió a los estadounidenses para ellos mismos y para sus colegas británicos en 1944, reconoció que la notable uniformidad física de los poblados estadounidenses ocultaba una importante diversidad étnica (de hecho, dijo “racial”), a consecuencia de las enormes migraciones. En los asentamientos suecos de Minnesota, en Hamtramck, el enclave polaco de Detroit y en zonas semejantes de intensa inmigración, sobrevivieron grandes bloques de poblaciones distintivas. “Pero lo más común,” observó,

es el pueblo en el que una docena de grupos tienen que vivir muy cercanos entre sí, donde una calle de alemanes colinda con una de irlandeses, donde los italianos y los griegos se mezclan en la escuela y en el mercado, donde judíos y gentiles tienen que aprender a llevarse bien. Es en pueblos como este, donde los problemas de la influencia estadounidense son más agudos, en donde los esfuerzos bien intencionados de los rotarios y de las organizaciones de mujeres fracasan frente a hechos que parecen sugerir que, cualquiera que sea la ficción legal, hay ciudadanos estadounidenses de primera y de segunda clase, e incluso de tercera; que hay una escala descendente que va de los antiguos linajes hasta los [negros] (Brogan, 1994: 98).

Para 1944 el sueño de homogeneidad e igualdad de De Tocqueville tenía poco que ver con la realidad estadounidense. En opinión de Brogan, así como para la mayoría de los estadounidenses pensantes, la inmigración creó un grave problema: el de la norteamericanización. Más aún, la inmigración se entrelazó con las divisiones raciales, lo cual tuvo como resultado el problema ulterior de una grave desigualdad entre grupos étnicos y raciales.

Algunos pensaron que los dos problemas eran uno mismo: la insuficiente norteamericanización provocaba desigualdad, y la asimilación erradicaría la desigualdad. Tan sólo discrepaban sobre si la mencionada norteamericanización significaba la eliminación de las características distintivas étnicas y raciales, o si implicaba ampliar los derechos y las oportunidades básicas. De acuerdo con el primer tipo de razonamiento, los sistemas de derechos y oportunidades funcionaban de manera eficiente, una vez que los recién llegados hubieran obtenido las capacidades, comportamientos y rasgos culturales apropiados. En contraste, en el segundo caso, el sistema estadounidense tenía espacio para una amplia gama de capacidades, comportamientos y rasgos culturales, una vez que los grupos en cuestión hubiesen encontrado sus nichos, manifestado su presencia y adquirido sus legítimos derechos.

Brogan tenía en mente la aniquilación de rasgos provinciales (o al menos una fuerte convergencia de ellos), y pensaba que esto era lo que estaba sucediendo. Su contemporáneo, Gunnar Myrdal, por otra parte, no estaba tan seguro. Concedía la existencia de la asimilación cultural, pero luego destacaba los derechos y las oportunidades: los derechos de los negros representaban un dilema para los estadounidenses blancos (Myrdal, 1944). Las relaciones entre blancos y negros eran un dilema porque los estadounidenses en su conjunto tenían un fuerte compromiso con la igualdad de derechos y oportunidades, pero los blancos hasta entonces habían elegido excluir a los negros de la competencia. Myrdal argumentaba que la apertura de oportunidades a grupos sucesivos de inmigrantes implicaba que Estados Unidos era capaz de otorgar oportunidades también a los negros.

¿Brogan o Myrdal? En esta elección aparecen algunas cuestiones históricas con implicaciones muy significativas para las políticas públicas. ¿Qué impacto tuvieron las condiciones de la inmigración estadounidense, incluida la inmigración forzada de los negros, en la desigualdad de Estados Unidos? ¿En

qué medida algunas consecuencias de la inmigración, como la formación de comunidades étnicamente diversas, mantuvieron o alteraron los patrones estadounidenses de desigualdad?

Flujos y Contraflujos

Normalmente, De Tocqueville era un agudo observador de las estructuras sociales, sin embargo, poco tuvo que decir acerca de la inmigración como influencia de la desigualdad estadounidense. Su falta de interés en este sentido en parte tenía que ver con el hecho de que había visitado Estados Unidos al final de un respiro en el flujo de personas que llegaban de Europa. Las guerras en las que participaron Europa y América del Norte de los años 1750 a 1815 habían desacelerado los movimientos transatlánticos de personas. Mientras tanto, los dueños de esclavos habían obligado a la gran cantidad de africanos que llegó durante el mismo periodo a adoptar todo lo inglés. Las dos tendencias propiciaron la creación de un país predominantemente anglófono.

La migración hacia América del Norte era sólo una de las corrientes entre los grandes desplazamientos de las poblaciones de Eurasia y África que parecen haberse acelerado después de 1500 (véase McNeill, 1984: 1-18; McNeill y Adams, 1978). Por otra parte, Philip Curtin nos proporciona una idea de esa aceleración en todo el mundo; muestra cómo la América del Norte continental seguía siendo periférica con respecto a los principales senderos de la migración tropical, incluido el comercio de esclavos. En todo el hemisferio occidental, “en los 1820 llegaban a Estados Unidos cuatro veces más africanos que europeos, y tomando en consideración la repatriación hacia Europa, ambos flujos tenían aproximadamente la misma fuerza en los años 1830. No fue sino hasta 1840 que las llegadas de Europa rebasaron permanentemente las de África” (Eltis, 1983: 255); del mismo modo, Sucheng Chan señala que América del Norte sólo figuraba de manera marginal para la inmensa emigración china. ¡Un correctivo saludable para la megalomanía estadounidense en materia de estudios migratorios! No obstante, los flujos entre Europa y Estados Unidos constituyeron un componente principal de la migración mundial del siglo xvi al xix.

Para el momento de la visita de De Tocqueville, Estados Unidos había recibido inmigrantes (forzados, voluntarios o algo intermedio) durante 200 años. La llegada de los colonizadores europeos en el siglo xvii trajo consigo

enfermedades que devastaron a la población nativa; de este modo, los migrantes indirectamente crearon el espacio casi abierto en el que se establecieron (McNeill, 1984: 16-17). Durante los siglos xvii y xviii, los migrantes blancos a Estados Unidos provenían principalmente de tres potencias colonizadoras: Francia, España y Gran Bretaña. La esclavización e importación de africanos por negreros de las tres potencias continuó durante buena parte de este periodo bélico; de hecho, con la tasa de importación prevaeciente, si la mortalidad de los esclavos recién capturados no hubiera sido enormemente superior a la de los europeos, para los años 1820, el tamaño de la población negra de Estados Unidos (1.8 millones en 1820 contra 7.9 millones de blancos) se habría aproximado al de la población blanca (Eltis, 1983: 278). Sin embargo, los dueños estadounidenses de esclavos desmembraron cualquier formación homogénea de esclavos y obligaron a los africanos cautivos a adoptar sus costumbres e idioma. La formación de Estados Unidos dejó entonces a la mayor parte de los hispanohablantes y francófonos en colonias separadas en el territorio. De este modo se formó un país predominantemente anglófono.

En los Estados Unidos recién creados predominaban las personas de ascendencia británica. En 1790, alrededor de 61% de la población blanca de Estados Unidos era de origen inglés, 10% irlandés, 8% escocés, lo que representa un total de casi 80% de la población originaria de las islas británicas. Pero alemanes, holandeses, franceses y suecos también representaban un importante porcentaje del resto (Thernstrom, Orlov y Handlin, 1980: 479). Después de las treguas en la guerra, la población blanca mostraba claras señas de sus orígenes inmigrantes y los negros esclavizados seguían llegando en grandes números. Sólo en retrospectiva parece que la inmigración y sus consecuencias pertenecen en particular a los siglos xix y xx.

Cuando las guerras terminaron, la inmigración europea continuó a un ritmo sin precedentes. Los migrantes británicos aumentaron de manera inconstante de 25 mil en el periodo 1821-1830 a 807 mil en 1881-1890, y los irlandeses pasaron de 51 mil de 1821-1830 a 914 mil en 1851-1860; después de algunas décadas con llegadas menos numerosas se alcanzó otro pico de 655 mil inmigrantes irlandeses entre 1881 y 1890. Conforme pasaba el tiempo, el saldo cambiaba sucesivamente a Escandinavia, Alemania, Austria-Hungría, Rusia e Italia, y luego Canadá, Latinoamérica, el Caribe y Asia con una importancia cada vez mayor durante el siglo xx (Thernstrom, Orlov y Handlin, 1980: 480).

Desde el final del comercio de esclavos y hasta recientemente, la inmigración

estadounidense consistió sobre todo de flujos entre Europa y Estados Unidos. Los cambios en la organización social en la Europa del siglo xix propiciaron la aceleración de las corrientes migratorias establecidas mucho antes. La ampliación de las relaciones capitalistas de propiedad aumentó mucho la población disponible para las migraciones de larga distancia. La pérdida de los medios de producción, la atomización del trabajo asalariado, la creciente productividad laboral en la agricultura y la concentración de capital en las ciudades se combinaron para hacer de la migración de largo plazo y a larga distancia una respuesta cada vez más común de los europeos a la contracción interna y la expansión en otros lados.

Es probable que el crecimiento capitalista pueda explicar la aceleración del aumento natural en buena parte de Europa durante el siglo xix, mismo que alteró el equilibrio entre los nichos disponibles en las granjas o en las tiendas y la población capaz de ocupar esos nichos (Levine, 1984). Las limitadas oportunidades en Europa y los salarios relativamente altos en Estados Unidos alentaban a quienes ya buscaban trabajo en las ciudades industriales y comerciales en crecimiento de Europa a ampliar su búsqueda más allá del Atlántico. En algún momento, el descenso en la fertilidad y la mortalidad y el aumento poblacional natural en Europa contrarrestaron los efectos de la proletarización y llevaron a algunos países europeos a importar trabajadores. Pero ese cambio tuvo lugar después de las grandes oleadas de migraciones europeas a América del Norte.

No es que la operación racional sin contratiempos de un mercado laboral internacional abierto y competitivo, caracterizado por salarios diferenciados, pueda explicar el ritmo y la especificidad de la inmigración estadounidense. Cuando menos tendríamos que reconocer dos puntos sobre dicha inmigración: primero, era (y sigue siendo) extraordinariamente selectiva con respecto al origen y al tipo del migrante; segundo, usualmente no dependía de los encargados de la toma de decisiones aislados sino de grupos de personas vinculadas por su familiaridad y destino común. Los grupos tampoco eran meras categorías —calificados o no calificados, judíos o gentiles, griegos italianos. Ciertamente algunos migraban a Estados Unidos de manera individual, y a veces solos, pero lo hacían como participantes de los procesos sociales que iban más allá de ellos. Por supuesto, los miembros de las diferentes categorías de la población europea migraron a Estados Unidos (y regresaron a Europa) a tasas espectacularmente diferentes, pero las categorías que generalmente aplicamos a esas diferencias describen mal a los grupos reales que vivieron y organizaron la

migración transatlántica.

Desde la era del New Deal hasta el periodo inmediatamente posterior a la guerra, los historiadores estadounidenses llevaron a cabo una revisión importante de las ideas acerca de la inmigración. Mientras que los cronistas anteriores habían considerado a los inmigrantes como elementos extranjeros inyectados, y en última instancia absorbidos, en la vida estadounidense, los revisionistas describían la inmigración como un proceso social estadounidense interno. Este análisis académico tenía un trasfondo político, pues argumentaba en contra del nativismo y por mantener la igualdad de oportunidades. Como lo dijo Oscar Handlin, uno de los principales revisionistas

suponiendo que toda la población de Estados Unidos era casi desde el principio una mezcla de elementos de múltiples fuentes. Entre estas múltiples fuentes heterogéneas, quienes en realidad habían nacido en otros países representaban sólo el extremo de una condición que compartía toda la sociedad. Las diferencias entre ellos y los distintos tipos de nativos, aunque reales, eran más bien diferencias de grado que de tipo (Handlin, 1961: 11; Handlin 1963)

Poco tiempo después de afirmar lo anterior, Handlin publicó una historia general de Estados Unidos llamada *The Americans*, basada en la premisa de que la historia estadounidense era más que nada la historia de muchos pueblos que se convirtieron, o siguen convirtiéndose en uno solo: *E pluribus unum*.

No es que los trabajos históricos del último cuarto de siglo hayan rechazado esa línea de argumentación, sino que la han ampliado y refinado (puede encontrarse una síntesis en Bodnar, 1985). Sin embargo, donde Handlin y sus colegas veían un impacto y una asimilación posterior, los historiadores más recientes han encontrado procesos continuos de transformación colectiva que implican el uso de antiguas redes sociales y categorías para producir otras. Acciones colectivas y conflicto compartido en vez de desarraigo individual, desorganización y adaptación; redes de migración organizada y mercados laborales en vez de esfuerzos individuales; la elaboración colectiva de nuevas culturas a partir de viejos materiales en lugar de una gran importación (y subsecuente degradación) de rasgos culturales.

Redes y categorías en la migración

Para ponerlo más sencillamente, las redes migran, las categorías permanecen y las redes crean nuevas categorías. En buena medida, el tipo de migración que funcionó no fueron (y siguen sin serlo) individuos ni jefes de familia, sino conjuntos de personas vinculados por familiaridad, lazos sanguíneos y experiencia laboral que, de alguna manera, incorporaron los destinos estadounidenses entre las alternativas de movilidad en las que pensaron cuando llegaron a puntos de inflexión críticos en sus vidas individuales o colectivas. La migración de larga distancia entraña muchos riesgos: para la seguridad personal, el confort, los ingresos o la posibilidad de satisfacer las relaciones sociales. En los sitios en los que familia, amigos, vecinos, y compañeros laborales ya cuentan con buenos contactos en destinos posibles, utilizar las redes interpersonales establecidas para obtener información minimiza y comparte los riesgos (véase Taylor, 1986: 147-71). Al reconocer en forma implícita estas ventajas, la gran mayoría de los migrantes de larga distancia potenciales en cualquier parte del mundo obtienen su información más importante para tomar decisiones sobre migración (incluida la decisión de no irse) de otros miembros de sus redes interpersonales, y dependen de ellas para obtener ayuda, tanto para mudarse como para establecerse en el lugar de destino. Entonces su actividad reproduce y amplía las redes, particularmente porque al migrar tienen la posibilidad y la obligación de proporcionar información y ayudar a otros migrantes potenciales. Restringidos por sus redes personales, los migrantes potenciales no toman en cuenta muchos destinos disponibles en teoría, y se concentran en los pocos sitios con los cuales sus lugares de origen tienen lazos importantes. Mientras más grande sea el riesgo y más alto el costo de regresar, más intensa se vuelve la dependencia con los vínculos previamente establecidos.

Es claro que estos principios generales aplican a la inmigración estadounidense. Incluso cuando la migración ocurría de uno en uno, los migrantes usualmente obtenían información de otros miembros de su red que ya se habían ido a Estados Unidos. Virginia Yans-Mc-Laughlin cita un informe común entre los italianos de Buffalo:

Un inmigrante local que llegó después de su abuelo y primos en 1906 recordó: “Los inmigrantes casi siempre vienen para alcanzar a otros que los antecedieron (un esposo, un padre, o un tío, o un amigo). En el oeste de Nueva York, la mayor parte de los inmigrantes de Sicilia fueron a Buffalo, de tal modo que a partir de 1900 los miles que los siguieron a esta parte del estado también terminaron en Buffalo. Ahí se reunieron con amigos y parientes que les habían comprado los boletos de tercera clase a Estados Unidos” (Yans-McLaughlin, 1977: 58).

La frecuencia de las remesas de los emigrantes a sus hogares y de boletos de barcos de vapor prepagados por quienes ya vivían en un destino estadounidense revela el alcance de la ayuda mutua. Como Ewa Morawska (1986) nos recuerda, una encuesta llevada a cabo por la Comisión de Inmigración de Estados Unidos sobre el año 1908-1909 mostró que 60% de los nuevos inmigrantes de Europa del Este y del Sur llegaron con pasajes prepagados.

Las redes también proporcionaban otro tipo de ayuda; como afirma John Gjerde en su estudio sobre los migrantes de la costa Oeste de Noruega:

Cuando los inmigrantes llegaban a un asentamiento, a menudo se brindaba hospedaje temporal a quienes lo necesitaban. Las comunidades pobladas por relaciones de parentesco también ofrecían oportunidades para trabajar y acumular capital, con salarios en general más altos que los de Europa. Ciertamente, a menudo la emigración era financiada por salarios adelantados en forma de boletos prepagados. Los hombres solteros que buscaban trabajo con frecuencia eran ubicados en asentamientos habitados por antiguos residentes de sus comunidades originales. En 1833, un grupo de inmigrantes sin tierra utilizó los vínculos comunitarios para buscar trabajo, mudarse de un asentamiento comunitario a otro y a la postre se asentó permanente en otra comunidad de Orsta. La ayuda económica continuó. Un inmigrante recordaba cuando llegó a la comunidad Echo en 1892, “podíamos conseguir lo que quisiéramos [...] a crédito, tan sólo con decir que éramos de Hjørundfjord” (Gjerde, 1986: 22)

A la postre, dichos viajes trasplantaron poco a poco a grandes segmentos de las redes existentes del país de origen al nuevo y, en el proceso, modificaron las estructuras de la red. Paradójicamente, la alta tasa de retorno a muchas partes de Europa tuvo efectos similares, pues los que regresaban reforzaban los lazos entre origen y destino, y de ese modo facilitaban más migraciones parecidas. Como una enredadera, la red se movía, se transformaba y generaba nuevas raíces, sin cortar del todo con las anteriores. En ese sentido, las redes migraban.

Las categorías, por otra parte, permanecen. Si bien los europeos del Este mantuvieron cierta conciencia sobre sus divisiones de polacos, eslavos, checos, rutenos, ucranianos, armenios, lituanos, latvios, húngaros, croatas, serbios, eslovenos y judíos (según la lista de Ewa Morawska), no llevaron estas identidades colectivas al otro lado del Atlántico simplemente como equipaje. En aquellos sitios en los que las etiquetas no representaban únicamente marcas de extranjeros para grupos de personas que comúnmente se identificaban a sí mismos de maneras totalmente distintas, éstas pertenecían a su situación de origen y no necesariamente a la de destino. Qué categorías y qué subdivisiones sobrevivían efectivamente al viaje dependía de la mezcla poblacional en el lugar de destino, y de las categorías previamente establecidas en torno a las cuales, quienes ya estaban en el lugar de destino organizaban sus propias vidas.

Las redes forman nuevas categorías. En la experiencia de la inmigración estadounidense, los conjuntos de inmigrantes conectados que no tenían una identidad común en el lugar de origen obtenían a menudo una nueva identidad durante su interacción con otros en el lugar de destino. En Estados Unidos, los piemonteses, napolitanos, sicilianos y romanos se volvían italianos. Pero no siempre: dependía del tamaño de la red, su densidad y su relación con otros grupos.

Las redes también transforman categorías existentes. Kerby Miller muestra cómo la identidad irlandesa, previamente formada en Irlanda a través de la oposición a la Inglaterra conquistadora se modificó en Estados Unidos bajo la influencia de una burguesía que promovía la religiosidad, el nacionalismo y la participación política. Aunque estos tres impulsos eran poco frecuentes en las regiones rurales de donde había partido la mayor parte de los inmigrantes irlandeses, en Estados Unidos esta carencia llegó a ser vista como poco irlandesa. De manera semejante, otros grupos de inmigrantes (griegos, judíos sionistas y armenios, por ejemplo), ya como estadounidenses se comprometieron con políticas nacionalistas de manera más decidida que sus ancestros en sus países de origen.

En ninguno de estos casos es razonable pensar en la estadounización como una asimilación directa a una cultura estadounidense dominante. En cada caso, los miembros de las redes cuyas identidades y redes internas estaban cambiando constantemente negociaron nuevas relaciones con otras, incluyendo las de sus países de origen.

La identidad política no era de manera alguna la única esfera en la que ocurría la transformación simultánea de redes, identidades y relaciones con otros grupos. En el ámbito del empleo, la prevalencia de la subcontratación en la manufactura y la construcción durante los últimos años del siglo xix y los primeros del xx, era el ejemplo perfecto de la adaptación de las redes originalmente formadas por la inmigración. Al subcontratar, el dueño de un negocio delegaba a una segunda parte (a menudo un administrador o un pequeño emprendedor) la responsabilidad de contratar trabajadores y de supervisar la producción, y esta segunda parte entregaba al propietario los productos terminados. Las redes de migrantes se articulan perfectamente con la subcontratación porque proporcionan al subcontratista acceso a suministros flexibles de trabajo, sobre los cuales puede fácilmente obtener información y controlar desde fuera del lugar de trabajo.

Como resultado del reclutamiento selectivo de los trabajadores, los comercios, las tiendas y las ramas de las grandes empresas a menudo muestran una notable concentración de grupos étnicos y raciales particulares.

Los “mismos” tipos de migrantes establecen relaciones muy diferentes con las poblaciones en sus lugares de destino. Los inmigrantes judíos, como señala Ewa Morawska, eran muchos más susceptibles de convertirse en obreros si migraban a Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore o Chicago, que si iban a ciudades más pequeñas; con mucha mayor frecuencia, fuera de los principales centros de asentamientos judíos, éstos se auto empleaban.

En la escala internacional, aparecen contrastes semejantes. Con respecto a riqueza, educación, experiencia laboral previa y región de origen, los 2.3 millones de italianos que migraron a Argentina entre 1860 y 1914 se parecen a los 4.1 millones que migraron a Estados Unidos.[1] Es más, la gran mayoría de ambos grupos parece haber llegado a través de la migración en cadena, con la idea de ganar lo suficiente para regresar a casa. Inmediatamente después de la llegada a la nueva tierra, ambos grupos se emplearon principalmente como trabajadores no calificados, pero los italianos llegaron a ocupar posiciones

mucho más prominentes en Argentina (especialmente en Buenos Aires) que en Estados Unidos (y especialmente en Nueva York). Los dos factores que marcaron una gran diferencia fueron, primero, que en Argentina las oportunidades de inversión para los trabajadores que ahorran eran mayores que en Estados Unidos; segundo, que era más fácil pasar de trabajo no calificado a calificado en Argentina. Ambos factores dieron mayores razones para permanecer en su país adoptivo a los inmigrantes italianos en Argentina que trabajan afanosamente y que ahorran. La estructura de redes de la migración hace que resulten poco probables varias formas comunes de analizar la migración: la asimilación de individuos a una cultura dominante como búsqueda de estatus individual, o el trasplante completo de grupos preexistentes. La “asimilación” se vuelve implausible porque los caminos del cambio varían enormemente entre corriente y corriente de migración, porque el proceso es colectivo más que individual, y porque la estructura de redes, multiplicada, contradice la idea de un único modelo dominante al que la gente pueda acercarse. La búsqueda de estatus individual, si bien seguramente ocurre, explica mal los cambios grupales posteriores a la inmigración porque no toma en cuenta la centralidad de las conexiones interpersonales en la suerte de cualquier grupo particular. El trasplante total no describe bien un proceso en el cual la gente transforma mucho sus relaciones sociales, y en el que con frecuencia crea nuevas identidades grupales. La migración implica la negociación de nuevas relaciones tanto dentro como a través de las redes, en vez de una serie de transformaciones individuales hacia una cultura estadounidense dominante; esfuerzos colectivos para adaptarse, en vez de la búsqueda individual de estatus; recreación selectiva de los lazos sociales, en vez de trasplantes completos.

Una vez que reconocemos la estructura de redes de migración, algunas de las viejas preguntas convencionales dejan de tener sentido. Por ejemplo, es inútil preguntar si los migrantes en general son más inteligentes, valientes o más desesperados que los no migrantes; algunos sistemas de vínculos sociales eligen una respuesta, otros, una distinta. No es muy útil clasificar a los migrantes por su intención de permanecer o de volver a casa, porque las intenciones y las posibilidades son siempre más complejas, y los mismos migrantes a menudo no pueden ver las posibilidades conformadas por sus redes. De nuevo, las generalizaciones que dicen que los trabajadores calificados migran a mayores distancias que los no calificados, o que los más jóvenes migran con mayor frecuencia que los de más edad, probablemente se mantienen cerca del promedio, pero pueden ser enormemente cuestionadas según la organización social de los mercados laborales. En suma, deberíamos pensar en la migración

como lo hacemos en la estructura de la comunidad: no puede reducirse sólo a las características e intenciones individuales. Las regularidades decisivas y recurrentes tienen que ver con la estructura de las redes mismas de migración.

Tipos de migración contrastantes

La importancia de las redes sociales se vuelve patente cuando dejamos de pensar en la migración como una experiencia singular homogénea y comenzamos a reconocer sus formas tan contrastantes. Una tipología inexacta pero útil distingue entre migración colonizadora, coercionada, circular, en cadena y profesional. Las distinciones se basan en los lazos existentes entre las redes de envío y recepción, y generalmente podemos distinguir dos aspectos de esos lazos: 1) hasta qué punto los migrantes retienen posiciones en las redes de envío y 2) hasta qué grado el traslado es definitivo. Un traslado completamente temporal en el que quien se traslada conserva plena membresía en la red de envío no califica como migración en absoluto; lo llamamos movilidad. En el otro extremo, un traslado completamente definitivo en el que quien se traslada pierde toda conexión con la red de envío es bastante inusual, pese a la popularidad como imagen del migrante desarraigado, casi nunca ocurre excepto bajo coerción extrema.

Los cinco tipos de migración se superponen en alguna medida, pero normalmente difieren con respecto tanto a la conservación de posiciones en las redes de envío como a la persistencia de los traslados de los que se trate. La migración colonizadora, en su forma pura, simplemente aumenta el rango geográfico de una población dada al trasladar segmentos intactos de la población a territorios que no habían ocupado previamente, por ejemplo, los agricultores europeos que se mudaron al viejo oeste estadounidense se trasladaban en bloque. La migración coercionada implica la salida obligatoria, la amputación forzosa de gran parte o de todos los lazos en el lugar de origen, y poca o ninguna relación personal entre los migrantes y quienes ya viven en el lugar de destino. La descripción de Philip Curtin de la captura y el traslado de esclavos ilustra muy bien la migración coercionada, del mismo modo que el traslado de convictos al Caribe. La migración circular consiste en la creación de un circuito regular en el que los migrantes mantienen sus demandas y contactos con una base en el lugar de origen y normalmente regresan a esa base después de un periodo de actividad en otra parte del circuito; muchos inmigrantes mexicanos a Estados Unidos se ajustan a ese patrón. La migración en cadena involucra conjuntos de individuos

u hogares con parentesco que se mudan de un lugar a otro a través de una serie de acuerdos sociales en los que quienes viven en el destino les proporcionan ayuda, información y motivación a los recién llegados; los inmigrantes de Ewa Morawska del Sur y Este de Europa viajaron en gran medida a través de tales cadenas. Finalmente, la migración profesional, caracteriza a los individuos y los hogares que se trasladan en respuesta a las oportunidades de cambio de posición dentro o entre grandes estructuras, como corporaciones, Estados y mercados laborales profesionales.

Es claro que los cinco tipos se superponen. La inmigración estadounidense ha tomado las cinco formas, tanto de manera individual como en combinación. La migración colonizadora caracterizó las primeras décadas de los asentamientos en América del Norte, y continuó en algunas regiones hasta el siglo xx. La migración coercionada, que concierne obviamente a la llegada de africanos esclavizados, también se ajusta a la experiencia de muchos refugiados del Sudeste asiático, el Caribe y América Central. La mayor parte de la inmigración estadounidense ocurre en alguna parte entre la migración circular y la de cadena. Como afirma John Bodnar, las tasas de retorno de 25% a 60% de los principales grupos europeos reflejan la intención de la mayoría de los inmigrantes de regresar a sus orígenes en el momento en que logran acumular el capital necesario para volver a establecerse (Bodnar, 1985: 53). Incluso la empobrecida Irlanda tenía una tasa de retorno de 10% hacia finales del siglo xix; las mujeres jóvenes que emigraron temporalmente buscando ganar dinero para pagar su dote y liquidar las deudas familiares eran tan comunes en el condado de Longford que se ganaron el nombre de: redeemers [redentoras] (Hart 1985: 223-231). Para muchas redes, América del Norte tan sólo representaba una extensión más de los circuitos que desde hacía mucho tiempo habían cumplido con el mismo propósito en Europa. En ese sentido, la inmigración estadounidense siguió el modelo de la migración circular.

La migración circular tiene algunos correlatos familiares. Puesto que es común que se apoye en el mantenimiento de los hogares en el lugar de origen, rara vez se trasladan familias completas y a menudo se basa de forma desproporcionada en un sexo, por ejemplo, hombres como obreros y mujeres para el servicio doméstico. Los hombres dominaron durante mucho tiempo la migración china a Estados Unidos, con el correlato de que las pocas mujeres chinas que emigraron eran con frecuencia prostitutas; en San Francisco, en 1870, casi 75% de las 2 018 mujeres chinas censadas fueron registradas como prostitutas (Cheng, 1984: 421). La migración circular a menudo significa alguna forma de vida colectiva poco

costosa para los migrantes, trabajo duro, ahorro riguroso de los salarios, gran envío de remesas y relativamente poco contacto con la población receptora. Sin embargo, las redes de migración circular a menudo se transformaron en cadenas con una fuerte inclinación hacia una dirección.

Los hogares individuales no fueron los únicos que se reorganizaron en la transición de la migración circular a la de cadena. Los intermediarios y empresarios de la migración circular crearon compromisos e inversiones a más largo plazo en el lugar de destino; ayudaron a crear redes locales de ayuda mutua para la búsqueda de empleo, vivienda y sociabilización; formaron redes obrero-patronales que reforzaron su propio poder, y prestaron dinero a sus compatriotas. Estas formas de ayuda mutua integraron a los inmigrantes a la estructura social estadounidense, pero no se “asimilaron” necesariamente; sin embargo, sí construyeron relaciones sociales que ayudaron a garantizar su supervivencia en un territorio extraño. Al mismo tiempo, construyeron máquinas de migración: al enviar redes que se articulaban con otras redes receptoras particulares en las que los nuevos inmigrantes podían encontrar trabajo, vivienda y sociabilidad. Dichas máquinas funcionaban de manera eficiente, trayendo nueva mano de obra de ultramar cuando se presentaban oportunidades en determinadas industrias a las que estaban vinculadas y enviarlos de regreso cuando se reducían las oportunidades o cuando acumulaban suficiente capital para reincorporarse a la vida social en el lugar de origen.

Evidentemente, otros mecanismos similares han operado en la migración dentro de Estados Unidos. Las cadenas migratorias llevaron trabajadores, tanto blancos como negros, a la industria de Detroit desde Kentucky, Tennessee y otros estados del sur durante las dos guerras mundiales, y los judíos se dedicaron al comercio minorista en pequeñas ciudades del oeste de Pensilvania a través de elaboradas cadenas de parientes y *landsmänner* [compatriotas]. La gran dependencia de las cadenas de migración para la búsqueda de empleo y vivienda produjo una segregación a pequeña escala característicamente intensa en las ciudades estadounidenses del siglo XIX según el lugar de origen (véase, por ejemplo, Nels Conzen, 1976 y Zunz, 1982).

En comparación con las cifras de la migración circular y en cadena, la migración profesional ha tenido un papel relativamente pequeño en la inmigración estadounidense. En la actualidad, es cierto que los servicios médicos estadounidenses han atraído a muchos médicos y enfermeras del extranjero a través de redes profesionales, mientras que las corporaciones multinacionales

han establecido sus propias corrientes de migración intercontinental. Pero la migración profesional es mucho menos importante en la inmigración estadounidense que en la migración interna de Estados Unidos. Al cruzar los mares, predominan los círculos y, especialmente, las cadenas.

Redes y solidaridad

Las redes sociales utilizadas y transformadas por la migración perduran mucho más allá del momento del desplazamiento. Proporcionan un entorno para la vida en el destino, una base para la solidaridad y la ayuda mutua, así como para la división y el conflicto. En los últimos años, los historiadores y sociólogos de las comunidades estadounidenses han demostrado reiteradamente que los grupos de migrantes se reúnen como resultado de la búsqueda de vivienda, principalmente limitada a la red local; que la especialización laboral depende en gran medida de los contactos iniciales de una población migrante con el mercado laboral local; que la creación de empresas e industrias completas está dominada por personas de un sólo origen; que el capital social y económico se acumula dentro de las fronteras sociales establecidas por la inmigración, y que se forman identidades nuevas y atractivas a partir de lo que aporta el proceso de migración. No es que todos los grupos se agruparan con la misma intensidad, o que mantuvieran sus redes con la misma solidez; la variación en esos aspectos configura uno de nuestros principales problemas para explicar la experiencia social estadounidense.

El estudio de Josef Barton sobre italianos, rumanos y eslovacos en Cleveland aclara esta variación. Los patrones de migración, advierte,

tuvieron un impacto significativo en el desarrollo de los asentamientos étnicos. El rasgo distintivo de la migración italiana fue el predominio de las principales cadenas de pueblos. El asentamiento que surgió como resultado de este patrón de migración se formó alrededor de un núcleo de población estable de diez pueblos en los Abruzzi y Sicilia. Los inmigrantes de estas dos regiones establecieron una hegemonía en el asentamiento, y las decisiones de matrimonio de los que llegaban reforzaron a los grupos regionales dominantes. El patrón de lealtades culturales provincianas que caracterizaba a las organizaciones italianas reflejaba la estructura demográfica peculiar de la comunidad.

Los rumanos y los eslovacos migraron en corrientes de distritos menores, y las corrientes de los poblados fueron mucho menos importantes que en el caso de la migración italiana. Tanto en los asentamientos rumanos como en los eslovacos se hicieron esfuerzos para maximizar los lazos nacionales más que los locales, y los patrones mixtos de asentamiento e inter matrimoniales a través de las fronteras de los grupos locales facilitaron estos esfuerzos. La configuración resultante de las lealtades culturales contrastaba mucho con la importancia dada por los italianos a los pueblos y organizaciones regionales, ya que las sociedades rumanas y eslovacas en gran medida se orientaron hacia objetivos religiosos y nacionales (Barton, 1975: 63)

Aquí observamos las condiciones iniciales de la migración que establecen el marco para la creación de una nueva estructura social.

Mientras se hayan formado y reformado principalmente dentro de los límites establecidos por el proceso de migración, las redes sociales también proporcionaron las bases de la identidad étnica. Kerby Miller, con su atención puesta en los irlandeses en Estados Unidos muestra cómo la etnicidad, lejos de ser una forma de conciencia traída desde Irlanda y gradualmente disipada en el nuevo entorno, surgió de la experiencia de vivir en Estados Unidos. Miller destaca el lugar que ocupan las actividades asociativas y las afiliaciones institucionales para la transformación de las percepciones de las personas sobre sí mismas, sus historias colectivas y sus relaciones con los demás. Susan Olzak ha generalizado una línea de argumentación paralela hasta volverla un modelo general de conflicto étnico. “El argumento central”, escribe, “es la dinámica cambiante de la solidaridad en el enclave étnico, aunada a los niveles crecientes de competencia étnica que eleva el potencial de conflicto étnico” (Olzak, 1985: 3).

La evidencia proveniente de ciudades estadounidenses entre 1877 y 1914 confirma la línea general de argumentación de Olzak (1987a, 1987b). Las percepciones que los grupos de inmigrantes forman sobre sí mismos y otros varían considerablemente según su ubicación en la estructura social.

Esas percepciones y las prácticas sociales que las complementan surgen de la interacción con otros grupos, especialmente competidores y enemigos. Pero también se desarrollan a través de la lucha interna del grupo, dado que diferentes

grupos de líderes e intérpretes buscan imponer sus propias definiciones de los orígenes, el carácter, los intereses y el destino del grupo. La discriminación externa y el conflicto refuerzan ambos procesos, por lo que la etnicidad adquiere su rostro de Janus, que mira hacia adentro y hacia afuera al mismo tiempo.

Redes y desigualdad

Las redes producidas por la inmigración sirven para crear y perpetuar la desigualdad. Para que nadie piense que la solidaridad y la ayuda mutua sólo tienen resultados gratos, debemos reconocer dos cosas: 1) a menudo, los miembros de los grupos de migrantes se explotaban entre sí, ya que no se habrían atrevido a explotar a los nativos y 2) toda inclusión también constituye una exclusión. La inmigración estadounidense produjo una notable especialización del trabajo de acuerdo al origen, aunque las especializaciones precisas variaron de una localidad y flujo migratorio a otro. John Bodnar proporciona una lista representativa:

En las refinerías de petróleo de Indiana los croatas sólo tenían trabajos en tres categorías: ayudantes de bomberos, bomberos y encargados de limpieza. En la industria de la confección predominaban los judíos en pequeñas empresas con una mínima mecanización y segmentación de la mano de obra, mientras que los italianos se concentraban en grandes fábricas que solían requerir menos capacidades individuales. Los serbios y los croatas en la ciudad de Nueva York estaban muy involucrados en el transporte de carga. Los italianos dominaron las cuadrillas de la construcción y las barberías en Buffalo, Filadelfia y Pittsburgh. Para 1918, las italianas representaban 75% de las mujeres en la industria de la confección para hombres y niños y 93% de las mujeres que bordaban a mano en la ciudad de Nueva York. Casi todos los 3 mil empleados de la Peninsular Car Company de Detroit en 1900 eran polacos. Las mujeres polacas dominaron los trabajos de restaurante y cocina en Chicago en 1909, los cuales preferían al empleo doméstico. En 1920, un estudio encontró que un increíble 69% de los varones eslovacos trabajaban en la minería del carbón, y aproximadamente la mitad de todos los mexicanos eran trabajadores en altos hornos (Bodnar, 1985: 65. Véase también Portes y Manning, 1986: 47-68; Waldinger, 1986a, 1986b: 249-85.)

Cualquier estudioso de la migración podría proporcionar más historias de especialización ocupacional por origen regional o nacional.

Además, si ajustamos nuestras categorías con la suficiente precisión, siempre encontramos que la especialización va más allá de la ocupación e incluye cuestiones tales como: quién posee qué tipo de empresas y qué personas trabajan para otros. Si observamos con cuidado a los judíos, italianos y negros en Nueva York desde 1910, Suzanne Model demuestra no sólo que con mayor frecuencia los judíos poseían sus propias empresas, sino también que trabajaban para otras personas del mismo origen (Model, 1985). El empleo coétnico, como ella lo llama, era menos común entre los italianos que entre los judíos, y todavía menos común entre los negros. Model también proporciona evidencia de que el empleo coétnico contribuyó en general a que hubiera mayores ingresos y mejores empleos.

Los efectos a largo plazo, aunque más difíciles de detectar, probablemente fueron igual de importantes. Lo más probable es que el empleo coétnico fomentara la acumulación de capital dentro de un grupo étnico y, por lo tanto, facilitara la inversión en las oportunidades laborales y educativas de la siguiente generación. La Mamá y el Papá, auto explotados, pensando en el futuro de los niños, podían llevar a cabo su auto explotación con mayor facilidad si manejaban sus propios negocios. También podían utilizar, y pagar poco, por el trabajo de mujeres y niños de sus hogares y grupos de parentesco, lo cual ocurría especialmente cuando muchos de ellos que compartían el mismo origen migrante se unían al mismo negocio.

Sin embargo, cada una de estas especializaciones excluía a otra persona de una ocupación, comercio o negocio en particular. En Nueva York y en otros lugares, parte de la tragedia de la existencia de los negros es que diferentes grupos de éstos perdieron el control de los pocos oficios, como la barbería, en los que ocuparon posiciones importantes durante el siglo xix. Por razones que nadie parece entender, no lograron crear nuevos monopolios. En otra parte de este libro, Model sugiere que las familias negras fueron las que a la larga más sufrieron a causa de la creciente incapacidad de los sostenes de familia para colocar a sus hijos y parientes en nichos ocupacionales protegidos y relativamente deseables. Esa incapacidad disminuyó la autoridad parental, especula Model, y estimuló una autosuficiencia individualista que pudo haber correspondido a los ideales estadounidenses, pero que no le hacía ningún a favor a los negros en el mundo laboral.

A pesar de excepciones ocasionales como la de ser los mozos en los trenes, los negros eran distintos de la gran mayoría de los otros inmigrantes pobres, porque se habían extendido a una amplia gama de empleos e industrias, casi siempre en puestos subordinados, inseguros y mal pagados. Como consecuencia, a menudo los negros competían sin éxito con los últimos inmigrantes y los más pobres. Esta realidad estructural subyace a las posiciones ambivalentes sobre las políticas de inmigración que según Lawrence Fuchs adoptaron los líderes negros.

La dialéctica de la inclusión y la exclusión no sólo separó a los negros de los blancos: también distinguió a los grupos étnicos entre sí y estableció una jerarquía inexacta de ventajas y oportunidades tentativas [...] La jerarquía dependía, sin duda, de las capacidades y recursos que los diferentes grupos de inmigrantes traían consigo de sus países de origen, así como de otras formas generales de discriminación por color, idioma y religión, rutinarias en la vida cotidiana estadounidense (Lieberson, 1980).

Pero la ventaja inicial y la discriminación sólo cuentan una parte de la historia. La enseñanza más importante de los trabajos recientes sobre la inmigración y la experiencia étnica tienen que ver con las maneras en que la organización social de la migración en sí, el entretejido tan variable entre redes de envío y de recepción conformaron las aspiraciones, oportunidades, estrategias, fortunas y logros de la mayoría de los estadounidenses. Esa conformación sigue hasta hoy.

Por lo tanto, la historia de la inmigración estadounidense combina lo general y lo particular de una manera convincente. Por un lado, es la historia de todos, una historia en la que las cadenas de migrantes se formaron una y otra vez para vincular lugares distantes con Estados Unidos. Por el otro, su forma precisa difiere de un grupo a otro, incluso de persona a persona: cada uno de nosotros tiene su propia historia de migración que contar; las redes de envío y de llegada difícilmente podrían ser más específicas, sin embargo, su confluencia y transformación siguen reglas generales bien definidas. Las conexiones entre las personas establecidas por la inmigración del siglo xix todavía afectan la desigualdad actual. Al examinar la historia de la inmigración como experiencia individual o fenómeno colectivo estamos investigando las raíces y las ramas rotas de la democracia estadounidense.

Referencias

Baily, Samuel L. (1983). "The Adjustment of Italian Immigrants in Buenos Aires and New York, 1870-1914". *American Historical Review* 88.

Barton, Josef J. (1975). *Peasants and Strangers: Italians, Rumanians, and Slovaks in an American City, 1890-1950*. Cambridge: Harvard University Press.

Bodnar, John (1985). *The Transplanted: A History of Immigrants in Urban America*. Bloomington: Indiana University Press.

Brogan, D. W. (1944.) *The American Character*. Nueva York: Knopf.

Cheng, Lucie (1984). "Free, Indentured, Enslaved: Chinese Prostitutes in Nineteenth- Century America". En *Labor Immigration under Capitalism: Asian Workers in the United States before World War II*, coordinado por Lucie Cheng y Edna Bonacich. Berkeley: University of California Press.

De Tocqueville, Alexis (1961). *De la démocratie en Amérique*, 2 vols. París: Galimard.

Eltis, David (1983). "Free and Coerced Migrations: Some Comparisons". *American Historical Review* 88.

Gjerde, Jon (1986). "The Chain Migrations from the West Coast of Norway: A Comparative Study". Inédito. Berkeley: Department of History, University of California.

Handlin, Oscar (1961). "Immigration in American Life: A Reappraisal". En *Immigration and American History. Essays in Honor of Theodore C. Blegen*, coordinado por Henry Steele. Commager: University of Minnesota Press.

Handlin, Oscar (1963). *The Americans: A New History of the People of the United States*. Boston: Little, Brown.

Hart, Marjolein 't (1985). "Irish Return Migration in the Nineteenth Century". *Tijdschrift voor Econ. en Soc. Geografie* 76: 223-231.

Klein, Herbert S. (1983). "The Integration of Italian Immigrants into the United States and Argentina: A Comparative Analysis". *American Historical Review* 88: 306-329.

Levine, David (coord.) (1984). *Proletarianization and Family History*. Orlando: Academic Press.

Lieberson, Stanley (1980). *A Piece of the Pie: Blacks and White Immigrants since 1880*. Berkeley: University of California Press.

McNeill, William H. (1984). "Human Migration in Historical Perspective".

Population and Development Review 10.

McNeill, William H. y Ruth S. Adams (coords.) (1978). *Human Migration: Patterns and Policies*. Bloomington: Indiana University Press.

Model, Suzanne (1985). "Ethnic Bonds in the Workplace: Blacks, Italians, and Jews in New York City". Tesis de doctorado, Universidad de Michigan.

Morawska, Ewa (1986). "The Sociology and Historiography of Immigration," ponencia presentada en el Simposio Myth, Reality, and History: An Interdisciplinary Conference on Immigration. New York Public Library.

Myrdal, Gunnar. (1944). *An American Dilemma: The Negro Problem and American Democracy*. Nueva York: Harper.

Nels Conzen, Kathleen (1976). *Immigrant Milwaukee, 1836-1860*. Cambridge: Harvard University Press.

Olzak, Susan (1985). "Ethnic Collective Action and the Dynamics of Ethnic Enclaves". Documento inédito. Department of Sociology, Cornell University.

Olzak, Susan (1987a). "Have the Causes of Ethnic Collective Action Changed over a Hundred Years? Evidence from the 1870s and 1880s and the 1970s". Informe técnico 87-89. Department of Sociology, Cornell University.

Olzak, Susan (1987b). "Labor Unrest, Immigration, and Ethnic Conflict in Urban America, 1880 through 1914". Informe técnico 87-89. Department of Sociology, Cornell University.

Portes, Alejandro y Robert D. Manning (1986). "The Immigrant Enclave: Theory and Empirical Examples". En *Competitive Ethnic Relations*, coordinado por Susan Olzak y Joane Nagel. Orlando: Academic Press.

Taylor, J. Edward (1986). "Differential Migration, Networks, Information and Risk". *Research in Human Capital and Development* 4.

Thernstrom, Stephan, Ann Orlov y Oscar Handlin (coords.) (1980). *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*. Cambridge: Harvard University Press.

Waldinger, Roger D. (1986a). *Through the Eye of the Needle: Immigrants and Enterprise in New York's Garment Trades*. Nueva York: New York University Press.

Waldinger, Roger D. (1986b). "Immigrant Enterprise: A Critique and Reformulation". *Theory and Society* 15.

Yans-McLaughlin, Virginia (1977). *Family and Community: Italian Immigrants in Buffalo, 1880-1930*. Ithaca: Cornell University Press.

Zunz, Olivier (1982). *The Changing Face of Inequality: Urbanization, Industrial*

Development, and Immigrants in Detroit, 1880-1920. Chicago: University of Chicago Press.

[Notas]

[1] Baily, 1983: 303; para consultar una comparación general, véase también Klein, 1983: 306–329.

19. Mecanismos de fronteras sociales

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

En Buenos Aires, cada octubre, los inmigrantes bolivianos del barrio Charrúa organizan la Fiesta de Nuestra Señora de Copacabana, la cual atrae a muchos argentinos nativos a sus exhibiciones de bailes, artesanías, disfraces y gastronomía bolivianos. El festival de gala suele dar a los bolivianos oprimidos un entorno vital y visualmente atractivo en el que pueden reafirmar su carácter distintivo e incluso su superioridad. Un anuncio de la fiesta de 1996 en el periódico local se leía:

Los bolivianos somos terratenientes, mientras que ustedes, los argentinos, especialmente los porteños, no son terratenientes, sino emigrantes que llegaron a ocupar un territorio. Todos ustedes son descendientes de extranjeros; su grupo étnico y sus antepasados eran europeos. En cambio, nosotros somos dueños de nuestra propia tierra, la tierra llamada Bolivia, como descendientes de los aymaras y los quechuas. Es por ello importante que conservemos nuestra identidad, puesto que somos dueños de un territorio específico, puesto que nuestros antepasados cultivaron ese suelo y la tierra es nuestra. La gente de Jujuy tiene su propia tierra porque los incas antes llegaban hasta Tucumán. Por estas razones, es importante para nosotros mantener nuestra identidad, porque somos señores de esa tierra, somos señores de toda América del Sur, somos los nativos, no somos de Europa, no somos inmigrantes (Grimson, 1999: 71-72).

Una vez que sabemos que porteños significa residentes de Buenos Aires (una

región portuaria), que la provincia argentina de Jujuy colinda con la frontera argentino-boliviana, y que la ciudad de Tucumán domina una provincia argentina casi 400 millas al sur de la frontera, podemos empezar a reconocer un audaz reclamo de autenticidad, diferencia y derechos colectivos. Los inmigrantes bolivianos en Buenos Aires son diversos en la medida en la que subrayan sus orígenes indígenas, la pureza católica o la nacionalidad boliviana como su característica distintiva. Pero al menos en ocasiones festivas, trazan un límite claro entre ellos y sus vecinos argentinos.

Pocas personas piensan que el Imperio Inca revivirá y devolverá a los indígenas bolivianos a la gloria política de sus antepasados. Sin embargo, las afirmaciones de los publicistas bolivianos de Buenos Aires se basan en un discurso que en otros sitios ha figurado recurrentemente en la conquista, guerra civil, limpieza étnica, diplomacia internacional y demandas de autonomía: formamos un pueblo coherente y distinto, estábamos aquí primero, y por lo tanto tenemos derechos previos sobre el territorio. La mayoría de dichas demandas fracasan, pero a veces prevalecen, especialmente cuando están respaldadas por una fuerza armada sustancial. Lo que es más asombroso, muchas poblaciones que podrían en principio plantear tales demandas, sólo lo hacen de manera intermitente si no es que nunca. Además, durante gran parte del año, los bolivianos, que durante su fiesta insisten en una identidad nacional distinta, despliegan muchas otras identidades: trabajador, habitante del barrio, mujer, cliente, incluso porteño (frente a familiares no inmigrantes en Bolivia). Ni las identidades prevalecientes ni las distinciones entre categorías permanecen constantes. Por el contrario, permanecen incesantemente presentes.

Un aspecto de estas circunstancias familiares requiere atención detallada: la formación, transformación, activación y supresión de las fronteras sociales. En conjunto, estas alteraciones plantean el problema de explicar el cambio de fronteras sociales.

Podríamos pensar que todo lo relacionado con esas transacciones dentro de las fronteras y entre ellos es peculiar a la historia reciente de Buenos Aires. Sin embargo, el límite que separa a los bolivianos de los porteños argentinos muestra características fácilmente identificables en todo el mundo. En todas partes, la gente organiza una parte importante de su interacción social en torno a la formación, transformación, activación y supresión de las fronteras sociales. Ocurre a pequeña escala en el diálogo interpersonal, a mediana escala en la rivalidad en las organizaciones y a gran escala en el genocidio. Las fronteras

nosotros-ellos son importantes.

El cambio de las fronteras sociales plantea una serie de preguntas desconcertantes:

¿Por qué y de qué modo fronteras sociales que en algún momento importan poco o nada para la vida social se convierten rápidamente en bases sobresalientes de interacción, a tal grado que quienes conviven pacíficamente con la diferencia un mes, comienzan a matar del otro lado de estas fronteras sociales al mes siguiente?

¿Por qué y de qué modo sucede también lo contrario, qué fronteras aparentemente infranqueables, se vuelven irrelevantes con rapidez, o al menos no tan sobresalientes?

¿Cómo cambian las divisiones entre nosotros y ellos, de modo que los enemigos de ayer se convierten en amigos hoy, al mismo tiempo que otros grupos anteriormente menos sobresalientes se vuelven enemigos?

¿Por qué existe una relación tan estrecha entre quienes “nosotros” decimos que somos y otros a quienes identificamos como “no nosotros”? ¿Cómo funciona esa relación entre su identidad y la nuestra?

¿Cómo y por qué tales límites llegan a separar sitios sociales específicos entre sí, mientras que siguen siendo irrelevantes para las relaciones entre muchos otros sitios sociales?

Este capítulo presenta una lista preliminar de los robustos mecanismos que 1) producen cambios en las fronteras sociales; 2) consisten en los cambios de fronteras, y 3) producen consecuencias de cambios de fronteras.

Las fronteras sociales interrumpen, dividen, circunscriben o segregan las distribuciones de población o actividad en los campos sociales. Tales campos ciertamente incluyen distribuciones espaciales de población o actividad, pero también incluyen distribuciones temporales y redes de conexiones interpersonales. Por lo tanto, podríamos definir mínimamente una frontera social

como cualquier zona contigua de densidad contrastante, transición rápida o separación entre grupos de población y/o de actividad conectados internamente.

En este sentido, como sostienen Lamont y Molnár (2002), una frontera simbólica se vuelve un componente necesario de una frontera social.

En la operación de una frontera social, esperamos encontrar

relaciones distintivas entre sitios de un lado;

relaciones distintivas entre sitios del otro lado;

relaciones distintivas a través de la zona entre esos dos, y

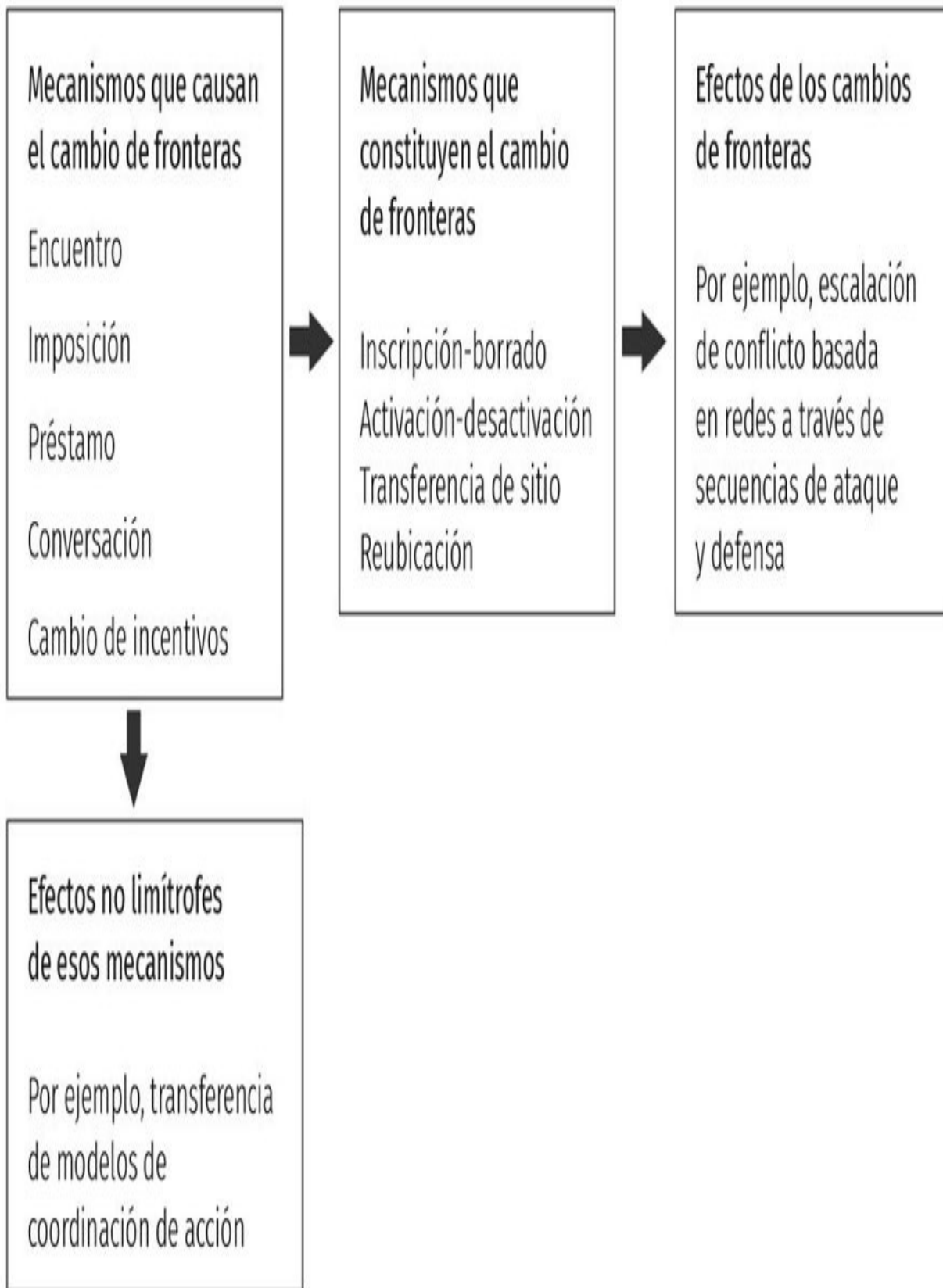
en cada lado, representaciones compartidas de la zona misma.

Para mi argumentación no es importante si las relaciones a través de la frontera son intensas o intermitentes, amistosas u hostiles, formales o informales. Lo importante es que el proceso social relevante muestre todas las características simultáneamente: relaciones distintivas en cada lado de una zona de separación, relaciones distintivas a través de la zona y representaciones compartidas de la zona.

El cambio de fronteras consiste en la formación, transformación, activación y supresión de dichos complejos de cuatro partes. El cambio de fronteras es importante en una amplia variedad de fenómenos, incluida la activación o desactivación de identidades políticas, la explotación económica, la discriminación categórica, la democratización y las alteraciones de la incertidumbre que promueven o inhiben el estallido de violencia colectiva (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Tilly, 1998a, 2002, 2003). Sostengo que mecanismos causales similares o idénticos operan en una gama muy amplia de cambios de límites.

Figura 19.1

Relaciones causales generales de los mecanismos de las fronteras sociales



Para evitar confusiones con respecto a la línea de explicación propuesta, debemos distinguir cuidadosamente entre dos grupos de mecanismos: 1) aquellos que causan cambios en las fronteras y 2) aquellos que constituyen cambios en las fronteras y producen efectos directos. La figura 19.1 esquematiza las distinciones y el flujo del argumento. Los mecanismos que causan, el cambio de fronteras, solos o en combinación, incluyen encuentro, imposición, préstamo, conversación y cambio de incentivos. Los mecanismos que constituyen el cambio de fronteras incluyen inscripción, borrado, activación, desactivación, transferencia de sitio y reubicación. Las dos clases de mecanismos producen en conjunto algunos efectos que, a primera vista parecen resultar tan sólo de cambios en las fronteras, por ejemplo, el inicio de la limpieza étnica como consecuencia de la imposición y la activación; incluso si ocurre más o menos simultáneamente, la imposición autoritaria de una frontera (una causa de cambio de frontera) sigue siendo causalmente anterior a la activación de esa frontera (un constituyente de ese cambio) el cual desempeña un papel causal directo en el inicio de la limpieza étnica.

Mecanismos que producen cambio de fronteras

Pese a su uso cotidiano en las ciencias naturales, el término “mecanismo” rara vez aparece en las explicaciones científico-sociales. Considero que su rareza resulta, en parte, de la sugerencia indeseable del término sobre el funcionamiento perfecto de los procesos sociales, pero sobre todo de su incómoda coexistencia con las estrategias de explicación predominantes en las ciencias sociales: proponer leyes amplias para estructuras y procesos complejos; especificar las condiciones necesarias y suficientes para instancias concretas de éstos; identificar disposiciones individuales o grupales justo antes del punto de acción como causas de ésta. Sin embargo, como una cuestión práctica, a menudo los científicos sociales se refieren a los mecanismos cuando desarrollan explicaciones parciales de estructuras o procesos complejos y cuando algunos de ellos identifican paralelos. En el estudio de la política contenciosa, por ejemplo, los analistas frecuentemente invocan los mecanismos de intermediación y formación de coaliciones, así como algunos de los otros mecanismos que este capítulo identifica (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001). Si esos mecanismos aparecen esencialmente de la misma forma con las mismas consecuencias a pequeña escala en una amplia gama de circunstancias, podemos llamarlos “robustos”

Los mecanismos sociales se concatenan en procesos que muestran similitudes internas reconocibles, pero son capaces de producir resultados generales variables, dependiendo de las condiciones iniciales, secuencias y combinaciones de mecanismos (Tilly, 2001a). Lo que buscamos son mecanismos y procesos robustos que produzcan alteraciones en las fronteras entre los sitios sociales, así como otros que produzcan los efectos del cambio de límites. Comencemos con los mecanismos que causan el cambio de fronteras: encuentro, imposición, préstamo, conversación y cambio de incentivos.

Encuentro. Cuando los miembros de dos redes previamente separadas o sólo vinculadas indirectamente ingresan al mismo espacio social y comienzan a interactuar, usualmente forman una frontera social en su punto de contacto [...] el encuentro desempeña un papel importante en el cambio de fronteras. A

medida que la interacción se intensifica entre grupos de sitios sociales previamente no vinculados o vinculados indirectamente, las fronteras entre ellos se vuelven más sobresalientes (Olzak, 1992; Olzak y Uhrig, 2001).

Imposición. Las autoridades trazan líneas donde no existían anteriormente, por ejemplo, al diferenciar a ciudadanos de no ciudadanos, terratenientes de otro tipo de usuarios de la tierra o cristianos auténticos de personas poco piadosas.

La imposición, sin embargo, también opera a escalas mucho más reducidas y por periodos más cortos. Un capataz divide temporalmente a los trabajadores de la construcción en dos cuadrillas, una para cavar y la otra para transportar. Un maestro de escuela forma una clase en equipos en competencia, A, B y C, para el concurso diario de ortografía. Un padre hace una distinción entre los niños que limpiaron sus habitaciones adecuadamente (y así obtendrán los créditos o recompensas prometidos) y los que no lo hicieron (y por lo tanto se las perderán esta vez). Todas estas y muchas otras rutinas cotidianas consisten en imponer fronteras temporales; quienes lo hacen pueden, por supuesto, anularlos, pero sospecho que el mecanismo es asimétrico: una vez que una frontera impuesta está en su lugar, deja rastros de su existencia en las relaciones y representaciones sociales relevantes, incluso después de perder el respaldo de alguna autoridad.

Préstamo. Aquellos que crean una nueva organización repiten distinciones ya visibles en otras organizaciones de la misma clase en general, por ejemplo, al instituir una división entre los trabajadores asalariados por hora y los empleados que perciben salarios mensuales. Buena parte de la desigualdad entre los miembros de diferentes categorías sociales es resultado de préstamos, ya que los creadores de organizaciones como escuelas, empresas y ejércitos siguen modelos establecidos para reclutar categóricamente a partir de género, origen étnico, raza o religión para ocupar posiciones que difieren significativamente en términos de las ganancias con que se compensa a sus ocupantes y los destinos a los que conducen (Cohn, 2000; Downs, 1995; Levy, 1997; McCall, 2001; Reskin y Padavic, 1994; Tilly, 2001b). No están inventando la frontera social en cuestión, sino instalando un tipo de frontera conocida en una nueva ubicación. Hacer uso del préstamo repetidamente produce un cambio de la frontera local en tanto se difunden nuevas formas de organización. Al hacer uso del préstamo, los organizadores no necesitan tener la intención de producir desigualdad categórica para que el resultado de su intervención sea una desigualdad masiva y perdurable.

Conversación. La conversación ciertamente incluye las pláticas comunes, pero incluye también gran cantidad de interacciones similares entre sitios sociales, siempre y cuando los intercambios de señales modifiquen las relaciones entre las partes (Tilly, 1998b). Durante la interacción normal, los participantes alteran cada vez más las relaciones entre sitios sociales al desarrollar relaciones distintivas en al menos dos grupos, al establecer estas mismas relaciones a lo largo de la zona existente entre esos grupos y al crear representaciones compartidas de dicha zona.

Cambio de incentivos. Los participantes en procesos relacionados con fronteras sociales reciben recompensas o penalizaciones que afectan su búsqueda de relaciones dentro de esas fronteras, de relaciones a lo largo de estas fronteras y de representaciones de la zona fronteriza.

Por supuesto, estos mecanismos a veces se presentan en conjunto. El encuentro y el préstamo funcionan juntos, por ejemplo, cuando algunos miembros de dos redes previamente separadas ingresan al mismo espacio social, comienzan a interactuar y de inmediato adoptan modelos para su interacción que provienen de otro sitio. El encuentro y la conversación en conjunto a veces producen un ciclo: primero la creación de una frontera clara, luego la difuminación o redefinición de esa frontera cuando se intensifican las relaciones que ocurren a lo largo de ésta. Es más, todos estos mecanismos tienen contrapartes más o menos iguales y opuestas, por ejemplo, la segregación que revierte los efectos del encuentro. Las vendettas y los conflictos étnicos violentos suelen presentar oleadas de encuentros, imposiciones y préstamos que hacen que las fronteras se vuelvan muy notables, seguidos de una separación total o una conversación más normal (Boehm, 1987; Gould, 1999; Horowitz, 2001; Mamdani, 2001; Petersen, 2002; Varshney, 2002).

Si observamos con mucho más detalle, podemos encontrar otros mecanismos microscópicos en el encuentro, la imposición, el préstamo, la conversación y el cambio de incentivos. Por ejemplo, al ver de manera más cercana la conversación, descubriremos improvisación, toma de turnos, considerable titubeo, cambio de códigos y mucho más (Burke, 1993; Fitch, 1998; Gal, 1987; Gumperz, 1982; Sawyer, 2001).

Entonces, para un observador de múltiples sitios sociales, mi argumento equivale a decir que cada uno de los mecanismos fundamentales (encuentro, imposición, préstamo, conversación y cambio de incentivos) produce efectos idénticos en las

fronteras en una amplia gama de circunstancias. Evidentemente, la afirmación se presenta como una hipótesis de investigación más que como un postulado o un hecho comprobado.

Mecanismos que constituyen el cambio de fronteras

El encuentro, la imposición, el préstamo, la conversación y el cambio de incentivos provocan un cambio de las fronteras sociales, pero no constituyen un cambio de límites. En realidad, cada uno de ellos produce efectos similares en una amplia gama de procesos sociales no limítrofes. En otras circunstancias, por ejemplo, la combinación de imposición con préstamo reproduce jerarquías o patrones de cooperación sin que haya una activación importante de las fronteras sociales; los líderes industriales eficientes extendieron así las formas de organización establecidas de una empresa a otra (DiMaggio, 2001). La Figura 19.1 denomina a tales consecuencias “efectos no limítrofes de esos mecanismos”. Sin embargo, en realidad, otros mecanismos resultantes realmente ocurren como parte del cambio de límites, y en combinación producen los efectos de éste. Los otros mecanismos incluyen 1) inscripción y su contrario, la eliminación; 2) activación y desactivación; 3) transferencia de sitio, y 4) reubicación. Los revisaremos uno por uno.

Inscripción-eliminación. Recordemos los elementos de un límite social: relaciones sociales distintivas en cualquiera de ambos lados de una zona intermedia, relaciones distintivas a lo largo de esa zona, y en cada lado, representaciones compartidas de la zona misma. La inscripción resalta uno o todos estos elementos, en las relaciones sociales entre sí en cada lado de la zona de manera más nítida, establece la diferencia en las relaciones a lo largo de la zona con mayor contundencia que las de cada lado, y/o aumenta la amplitud de las representaciones compartidas en cualquier lado o en ambos. La eliminación revierte uno o todos estos cambios.

Activación-desactivación. Todas las personas y los sitios sociales viven en presencia de fronteras sociales múltiples en diferentes niveles de activación o desactivación.

La inscripción y la activación a veces funcionan simultáneamente, al igual que la eliminación y la desactivación. La inscripción da relevancia a las relaciones sociales y a las representaciones de las que se compone una frontera particular,

mientras que la activación hace que ese mismo límite sea más central para la organización de la actividad en sus alrededores.

Transferencia del sitio. Este mecanismo mantiene una frontera, pero cambia las ubicaciones exactas de las personas y los sitios sociales con respecto a las relaciones diferenciadas en cada lado, a lo largo y las representaciones de la frontera. La transmisión racial y la conversión religiosa, por ejemplo, presentan dos versiones de transferencia de sitio en las que los individuos o grupos de personas se mueven de un lado de una frontera al otro. De manera similar, los ritos de iniciación transfieren a las personas a través de las fronteras sin borrarlos. De hecho, las ceremonias de iniciación a menudo refuerzan las fronteras mismas a través de las cuales transfieren a los individuos. Eric Wolf interpretó las Ceremonias de invierno de los pueblos de la costa noroeste de Estados Unidos de esa manera:

En muchos de los pueblos indígenas de América del Norte, en la costa noroeste, los buscadores del poder sagrado tuvieron visiones en las que entraban en contacto con espíritus guardianes, quienes les otorgaban tanto objetos sobrenaturales como instrucciones, y encuentros visionarios con espíritus que transmitían a sus clientes este tipo de poderes. La trama esencial de la Ceremonia de Invierno se ajusta a este patrón en el que un espíritu secuestra y consume al iniciado, y al hacerlo le otorga poderes sobrenaturales; luego lo regresa a la vida normal como una persona transformada por la experiencia. Sin embargo, a diferencia de la visión que hay en gran parte de América del Norte, en la ceremonia de los Kwakiutl esta experiencia visionaria no estaba abierta a todos ni era específica del visionario individual. Se limitaba a conjuntos de personas que habían adquirido la prerrogativa de entrar en una cofradía que encarna lo sobrenatural, y esa prerrogativa se representaba de una manera muy estandarizada e impersonal dentro de un marco organizado de actuaciones imitativas (Wolf, 1999: 105).

La ceremonia en cuestión claramente transfería a las personas a través de las fronteras sociales de una cofradía privilegiada mientras dramatizaba su importancia y alteraba la relación de individuos particulares con esta frontera.

Sin embargo, no todas las transferencias de sitios consisten en movimientos individuales a través de las fronteras. Los activistas de las etnias a menudo realizan esfuerzos para transferir toda su categoría de uno a otro lado de una frontera racial o de ciudadanía, y a veces lo logran. En Sudáfrica, los líderes de las poblaciones de raza mixta mantuvieron una colaboración cautelosa con los gobernantes del apartheid que los habían separado de la población negra cada vez más unificada, y les otorgaron derechos políticos específicos sin volverlos blancos (Ashforth, 1990; Jung, 2000; Marks y Trapido, 1987; Marx, 1991). La política étnica estadounidense ha venido destacando desde hace mucho tiempo las luchas colectivas y las decisiones gubernamentales cambiantes sobre quién califica como negro, blanco, latino, anglo, indio, inuit u otros (Cordero-Guzmán, Smith y Grosfoguel, 2001; Curtis, 2001; Domínguez, 1986; Omi y Winant, 1994; Ong, 1996; Pérez Firmat, 1994; Peterson, 1995).

Reubicación. Este mecanismo combina dos o más de los mecanismos constitutivos: inscripción, eliminación, activación, desactivación o transferencia del sitio. En un conjunto dado de sitios sociales, altera las fronteras principales que organizan la acción y la interacción. En un escenario simple y común, una frontera se desactiva mientras otra se activa: las divisiones de género se desvanecen mientras que las divisiones de trabajo se vuelven más preponderantes. En otro, la inscripción y la transferencia del sitio se suman: los líderes serbios de Bosnia impusieron una división serbio-musulmana en poblaciones previamente mixtas, y las familias se apresuran a ubicarse en un lado u otro de la línea fronteriza (Bax, 2000; Malcolm, 1996; Mazower, 2000).

Un ejemplo inesperado pero dramático proviene de la violencia en el fútbol soccer. A diferencia del fútbol americano, el soccer involucra poca violencia directa en el campo y la mayor parte es accidental y es castigada como falta. Cuando hay daños mayores en los partidos de fútbol, quienes generalmente comienzan el problema son los espectadores y fanáticos. La mayoría de las veces, los protagonistas violentos son jóvenes fanáticos que se mueven en grupos; por suerte para la tasa de mortalidad, rara vez usan armas más letales que palos, botellas rotas y cuchillos (Armstrong, 1998; Bromberger, 1998: cap. 3; Buford, 1991). Las muertes se dan con mayor frecuencia cuando la policía combate a los fanáticos rebeldes (Giulianotti, Bonney y Hepworth, 1994).

Dejando de lado las peleas entre grupos rivales de fanáticos que generalmente ocurren fuera de los estadios de soccer, la violencia de este deporte en el campo se vuelve grave cuando los fanáticos traspasan la barrera que separa a los

espectadores de los jugadores y árbitros. Esa barrera da paso a otra que separa a los seguidores de un equipo de los seguidores de otro, que se distinguen con facilidad por los colores y símbolos de sus ropas. Sin embargo, a menudo se produce una nueva reubicación cuando la policía lucha contra todos los fanáticos en el campo, independientemente de su afiliación, y los fanáticos previamente hostiles entre sí se unen para defenderse. En pequeña escala, la violencia en el soccer reproduce el tipo de reubicación que ocurre mucho durante las guerras y revoluciones.

Consecuencias del cambio de fronteras

Como sugiere la evocación de guerras y revoluciones, el cambio de fronteras produce consecuencias importantes en muchos tipos de interacciones sociales: facilita o inhibe la explotación de una categoría por otra. Asimismo, facilita o inhibe la movilización en forma de movimientos sociales o rebeliones populares y afecta mucho la probabilidad, intensidad, escala y forma de la violencia colectiva (Tilly, 2003). Sin embargo, en lugar de examinar todo el rango de cambios de límites, analicemos algunas de las conexiones causales que hemos estado revisando a través de tres procesos sociales sumamente distintos: segregación ocupacional por género, limpieza étnica y adaptación de los inmigrantes. En cada uno de ellos aparece una secuencia causal del tipo resumido en la figura 19.2.

Figura 19.2

Una secuencia causal básica de las fronteras sociales

CAUSAS DEL CAMBIO
DE FRONTERAS

ELEMENTOS
CONSTITUYENTES DEL
CAMBIO DE FRONTERAS

CONSECUENCIAS DEL
CAMBIO DE FRONTERAS

Imposición de una frontera → Activación de la frontera



En esta secuencia elemental

las autoridades trazan líneas entre los sitios sociales donde antes no existían;

esa barrera o frontera se vuelve más notable como organizadora de las relaciones sociales en cada lado, a través de éste y de las representaciones compartidas;

los actores de al menos uno de los lados responden a la activación de la frontera mediante ataques coordinados en sitios ubicados del otro lado, y

los actores de al menos uno de los lados participan en una defensa coordinada contra esos ataques.

Segregación ocupacional de género. En los países capitalistas, la asignación de trabajo de acuerdo con el género es una de las principales razones de la desigualdad salarial entre hombres y mujeres. Una buena parte de la segregación de género resulta no de la imposición sino del préstamo, ya que los administradores establecen nuevas oficinas y empresas a partir de modelos existentes, incluyendo la asignación de hombres a categorías laborales mejor remuneradas. Pero históricamente la composición por género de algunos trabajos en ocasiones ha cambiado rápidamente.

Limpieza étnica. La agresión física directa identifica la limpieza étnica por lo que alguien es [...] Algunos de los principales episodios en Europa durante el siglo xx son: los armenios y griegos de Anatolia alrededor de la Primera Guerra Mundial; el exterminio nazi de los judíos; la deportación forzada de chechenos, ingush y tártaros crimeos de la Unión Soviética en 1944; la expulsión de alemanes de Polonia y Checoslovaquia al final de la Segunda Guerra Mundial; y los episodios sucesivos en Yugoslavia en la década de 1990 (Naimark, 2001; véase también Bax, 2000; Petersen, 2002; Rae, 2002). Para Naimark (2001: 3), la limpieza étnica implica un programa premeditado “para eliminar a un pueblo y, a menudo, toda huella de ellos en un territorio concreto”. En un extremo de la limpieza étnica está la expulsión, en el otro, el exterminio; todos los episodios del siglo xx que examina Naimark combinaban un poco de cada uno.

La imposición desempeñó su papel en todos los episodios de los que se ocupa Naimark (2001); por ejemplo, en las leyes nazis de Nuremberg (julio de 1935) se identifica como judío a todo aquel con al menos 25% de ascendencia judía, con lo cual privaba de la ciudadanía alemana a los judíos así definidos y prohibía estrictamente el matrimonio de judíos con no judíos. Los nazis activaron la frontera social judío/no judío de muchas formas degradantes y onerosas. Entre su llegada al poder (1933) y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial (1939), ejercieron una fuerte presión sobre los judíos para que emigraran y dejaran atrás sus bienes. Sin embargo, el asesinato sistemático de judíos por parte de las fuerzas alemanas no comenzó sino hasta 1941; desde entonces una mayor activación de la frontera social entre judíos y no judíos reorganizó la vida (y la muerte) en ambos lados.

La abrumadora fuerza militar y organizativa de los nazis significó que la defensa coordinada de los judíos no consistió en contraofensivas, sino principalmente en ayuda mutua, ocultamiento entre sí y ayuda para unos pocos afortunados. Al mismo tiempo, los líderes nazis redefinieron la frontera social relevante como la separación de los buenos alemanes no sólo de los judíos sino también de los bolcheviques. Los ataques contra judíos y rusos se volvieron cada vez más campañas de exterminio.

Adaptación de inmigrantes. Con respecto a los niveles de violencia, la adaptación de los inmigrantes por lo general se encuentra entre la segregación ocupacional por género y la limpieza étnica; en ocasiones genera feroces ataques y contraataques, pero principalmente opera a través de la competencia y el conflicto en menor escala. Sin embargo, también en este caso, un camino causal recurrente lleva de la imposición a la activación, al ataque y a la defensa. Un ejemplo sorprendente de la secuencia causal de imposición-activación-ataque-defensa ocurre en la experiencia de los inmigrantes de ascendencia africana de las Indias Occidentales en Estados Unidos. Ciertamente provienen de mundos desiguales, pero en los que la clara distinción entre blanco y negro que prevalece en Estados Unidos se disuelve en un conjunto mucho más complejo de límites organizados alrededor de la clase y el origen étnico. El “racismo”, dijo un inmigrante de Nueva York a la entrevistadora Vilna Bashi Bobb:

no es realmente una prioridad allá [en las Indias Occidentales]. No ves una

situación en blanco y negro; ¿sabes? ves más una situación económica. Realmente no importa si eres blanco o negro o lo que sea. Si no tienes dinero, no tienes la posición en la sociedad de la que estoy hablando. Si tienes el dinero tienes la posición. Pero cuando vine aquí me di cuenta de que no sólo es la economía con la que hay que lidiar, tienes que lidiar con el color de tu piel, y eso como que me impactó (Bashi, 2001: 215).

Los inmigrantes caribeños en Nueva York se enfrentan a fronteras blanco-negro desde hace mucho tiempo, pero la activación de éstas varía significativamente de acuerdo con su situación social. Los migrantes que se mudan directamente a los enclaves de las Indias occidentales en Nueva York y que trabajan en establecimientos de las Indias Occidentales se encuentran aislados de las distinciones y la asimilación diaria blanco-negro de la población afroamericana nativa. Aunque dichos inmigrantes de primera generación gradualmente se dan cuenta del racismo estilo estadounidense, argumenta Bashi, la participación en la red de inmigrantes los protege de su activación total:

La red actúa como escudo de tres maneras: uno, puede limitar la interacción con los blancos que podrían comportarse de manera racista. Es decir, aunque están en los mercados laborales primarios y secundarios y no en enclaves étnicos, los inmigrantes negros de las Indias Occidentales trabajan y viven al lado de otros inmigrantes como ellos, porque su espacio social se limita principalmente a nichos de trabajo y vivienda. Dos, estos nichos proporcionan a la población inmigrante de las Indias Occidentales cierto grado de éxito socioeconómico, en comparación con sus contrapartes negras nativas y, por lo tanto, una separación socioeconómica de ellos. Tres, el éxito del mercado laboral que reciben los miembros junto con el acceso a estos nichos del mercado laboral y de vivienda desmiente los estereotipos racistas sobre la incapacidad de los negros para triunfar en Estados Unidos (Bashi, 2001: 235).

La red también es una base para la resistencia colectiva a la discriminación. Sin embargo, los hijos de inmigrantes de las Indias Occidentales pierden algo de la protección de la activación de las fronteras blanco-negro de la que disfrutaban de

sus padres. Crecen con acentos de Nueva York, van a las escuelas de Nueva York, ingresan al mercado laboral de Nueva York y, a menudo, abandonan lo que queda del enclave de inmigrantes. Por lo tanto, están sujetos al mismo tipo de ataque, principalmente discriminación cotidiana, pero también a veces agresiones por parte de pandillas no negras, algo que los afroamericanos han sufrido durante mucho tiempo. Se vuelven afroamericanos y organizan su defensa contra los ataques junto con otros afroamericanos, y se activa para ellos el viejo límite blanco-negro. Aunque cada flujo de migración tiene sus propiedades distintivas, la secuencia de imposición, activación, ataque y defensa se repite en muchas experiencias de inmigrantes.

El tema debería resultar conocido a partir del ejemplo de los inmigrantes bolivianos en Buenos Aires. Mucho antes de que cualquiera de los bolivianos observados por Alejandro Grimson llegara a la ciudad, las autoridades ya habían establecido una frontera entre ciudadanos argentinos y extranjeros, sin mencionar las fronteras sociales más específicas que separan a los porteños de otros, a argentinos de bolivianos y a criollos de indígenas. En Buenos Aires, la llegada de migrantes de los Andes activa estas fronteras, lo que a su vez conduce a las múltiples formas de ataque que documenta Grimson (1999), y genera maniobras defensivas por parte de los bolivianos. Al menos en festivales locales donde se reúnen los bolivianos, esas maniobras incluyen la difusión de sus afirmaciones de superioridad cultural e histórica. Las afirmaciones no prevalecen, pero por lo menos sostienen una identidad compartida y proponen una llamativa historia sobre la frontera que separa a los bolivianos de los porteños. Grimson resume,

Frente a las crecientes asimetrías sociales y con representaciones de desigualdad, los inmigrantes intentan ampliar su identificación como una forma de activar redes de ayuda mutua y solidaridad. Esto no significa que las identidades más estrechas desaparezcan, o que dejen de usarse como bases para relaciones de alto riesgo, si no es que para conexiones organizativas. Significa que a medida que el proceso de llegar y asentarse continúa en un país que todavía experimentan como extranjeros, los migrantes buscan generalizar sus identidades y al mismo tiempo usar sus propias historias culturales (Grimson, 1999: 181).

En lugar de miembros de pequeños grupos de pueblos particulares, los porteños bolivianos se convierten en eso: miembros de categorías bien definidas por su separación y conexión con la vida social de Buenos Aires. Se convierten en bolivianos. Su experiencia involucra mucho más que el circuito único de imposición-activación-ataque-defensa. De una forma u otra, incluye la gama completa de mecanismos causales: encuentro, imposición, préstamo, conversación, cambio de incentivos, borrado de inscripción, activación-desactivación, transferencia de sitio y reubicación, sin mencionar las consecuencias adicionales de esos mecanismos. Pero esa experiencia particular ilustra la gran generalidad del cambio de fronteras sociales como un proceso social.

Referencias

Armstrong, Gary (1998). *Football Hooligans: Knowing the Score*. Oxford: Berg.

Ashforth, Adam (1990). *The Politics of Official Discourse in Twentieth-Century South Africa*. Oxford: Clarendon.

Bashi Bobb, Vilna (2001). "Neither Ignorance nor Bliss: Race, Racism, and the West Indian Immigrant Experience". En *Migration, Transnationalization, and Race in a Changing New York*, coordinado por Héctor R. Cordero-Guzmán, Robert C. Smith y Ramón Grosfoguel. Filadelfia: Temple University Press.

Bax, Mart (2000). "Holy Mary and Medjugorje's Rocketeers. The Local Logic of an Ethnic Cleansing Process in Bosnia". *Ethnologia Europea* 30: 45-58.

Boehm, Christopher (1987). *Blood Revenge: The Enactment and Management of Conflict in Montenegro and Other Tribal Societies*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press (publicado originalmente por University Press of Kansas, 1984).

Bromberger, Christian (1998). *Football, la bagatelle la plus sérieuse du monde*. París: Bayard.

Buford, Bill (1991). *Among the Thugs*. Nueva York: Vintage.

Burke, Peter (1993). *The Art of Conversation*. Ithaca: Cornell University Press.

Cohn, Samuel (2000). *Race and Gender Discrimination at Work*. Boulder: Westview.

Cordero-Guzmán, Héctor R., Robert C. Smith, y Ramón Grosfoguel (coords.) (2001). *Migration, Transnationalization, and Race in a Changing New York*. Filadelfia: Temple University Press.

Curtis, Bruce (2001). *The Politics of Population. State Formation, Statistics, and the Census of Canada, 1840-1875*. Toronto: University of Toronto Press.

DiMaggio, Paul (coord.) (2001). *The Twenty-First-Century Firm. Changing Economic Organization in International Perspective*. Princeton: Princeton University Press.

Domínguez, Virginia R. (1986). *White by Definition: Social Classification in Creole Louisiana*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Downs, Laura Lee (1995). *Manufacturing Inequality: Gender Division in the French and British Metalworking Industries, 1914-1939*. Ithaca: Cornell University Press.

Fitch, Kristine L. (1998). *Speaking Relationally: Culture, Communication, and Interpersonal Connection*. Nueva York: Guilford.

Gal, Susan (1987). "Codeswitching and Consciousness in the European Periphery". *American Ethnologist* 14: 637-53.

Giulianotti, Richard, Norman Bonney, y Mike Hepworth (coords.) (1994). *Football, Violence, and Social Identity*. Londres: Routledge.

Gould, Roger V. (1999). "Collective Violence and Group Solidarity: Evidence from a Feuding Society". *American Sociological Review* 64: 356-380.

Grimson, Alejandro (1999). *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Gumperz, John J. (1982). *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.

Horowitz, Donald L. (2001). *The Deadly Ethnic Riot*. Berkeley: University of California Press.

Jung, Courtney (2000). *Then I Was Black. South African Political Identities in Transition*. New Haven: Yale University Press.

Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002). "The Study of Boundaries in the Social Sciences". *Annual Review of Sociology* 28: 167-195.

Levy, Yagil (1997). *Trial and Error. Israel's Route from War to De-Escalation*. Albany: State University of New York Press.

Malcolm, Noel (1996). *Bosnia. A Short History*. Edición revisada. Nueva York: New York University Press (publicación original en 1994).

Mamdani, Mahmood (2001). *When Victims Become Killers. Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda*. Princeton: Princeton University Press.

Marks, Shula y Stanley Trapido (coords.) (1987). *The Politics of Race, Class and Nationalism in Twentieth-Century South Africa*. Londres: Longman.

Marx, Anthony (1991). *Lessons of Struggle. South African Internal Opposition 1960-1990*. Nueva York: Oxford University Press.

Mazower, Mark (2000). *The Balkans. A Short History*. Nueva York: Modern Library.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow, y Charles Tilly (2001). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.

McCall, Leslie (2001). *Complex Inequality. Gender, Class, and Race in the New*

Economy. Nueva York: Routledge.

Naimark, Norman M. (2001). *Fires of Hatred. Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*. Cambridge: Harvard University Press.

Olzak, Susan (1992). *The Dynamics of Ethnic Competition and Conflict*. Stanford: Stanford University Press.

Olzak, Susan y S. C. Noah Uhrig (2001). "The Ecology of Tactical Overlap". *American Sociological Review* 66: 694-717.

Omi, Michael y Howard A. Winant (1994). *Racial Formation in the United States: From the 1960s to the 1990s*. Segunda edición. Nueva York: Routledge.

Ong, Aihwa (1996). "Cultural Citizenship as Subject-Making: Immigrants Negotiate Racial and Cultural Boundaries in the United States". *Current Anthropology* 37: 737-762.

Pérez Firmat, Gustavo (1994). *Life on the Hyphen: The Cuban-American Way*. Austin: University of Texas Press.

Petersen, Roger D. (2002). *Understanding Ethnic Violence. Fear, Hatred, and Resentment in Twentieth-Century Eastern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Peterson, Paul E. (coord.) (1995). *Classifying by Race*. Princeton: Princeton University Press.

Rae, Heather (2002). *State Identities, and the Homogenization of Peoples*. Cambridge: Cambridge University Press.

Reskin, Barbara e Irene Padavic (1994). *Women and Men at Work*. Thousand Oaks: Pine Forge.

Sawyer, R. Keith (2001). *Creating Conversations: Improvisation in Everyday Discourse*. Cresskill: Hampton Press.

Tilly, Charles (1998a). "Contentious Conversation". *Social Research* 65: 491-510.

Tilly, Charles (1998b). *Durable Inequality*. Berkeley: University of California Press.

Tilly, Charles (2001a). "Mechanisms in Political Processes". *Annual Review of Political Science* 4: 21-41.

Tilly, Charles (2001b). "Relational Origins of Inequality". *Anthropological Theory* 1: 355-372.

Tilly, Charles (2002). *Stories, Identities, and Political Change*. Lanham:

Rowman & Littlefield.

Tilly, Charles (2003). *The Politics of Collective Violence*. Cambridge: Cambridge University Press.

Varshney, Ashutosh (2002). *Ethnic Conflict and Civic Life: Hindus and Muslims in India*. New Haven: Yale University Press.

Wolf, Eric R. (1999). *Envisioning Power. Ideologies of Dominance and Crisis*. Berkeley: University of California Press.

20. De la segregación a la integración

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Para 1720, las fuerzas imperiales francesas ya habían establecido una importante presencia en América del Norte, y aunque habían perdido algo de terreno frente a los agresivos ingleses desde 1700, los franceses aún reclamaban la parte oriental de lo que ahora llamamos Canadá (exceptuando la Bahía de Hudson, Acadia y Terranova), las secciones del norte de lo que hoy es el Medio Oeste estadounidense y gran parte de la cuenca del Mississippi. Quebec, Montreal, Detroit, St. Louis, Mobile y Nueva Orleans se habían convertido en ciudades y fortalezas francesas. Los comerciantes, soldados y administradores franceses controlaban las principales vías navegables que unían el interior continental con Europa. La violencia, la intriga y la corrupción se entrelazaban en el sistema imperial de gobierno. Los franceses mantuvieron el control hasta la década de 1760 ante la presión incesante de los competidores españoles e ingleses, incluidos los colonizadores de la frontera. La derrota ante los ingleses en la Guerra de los Siete Años (1756-1763) redujo radicalmente los territorios norteamericanos de Francia, sin embargo, hasta ese momento los franceses todavía tenían la esperanza de convertirse en la potencia dominante en América del Norte.

A pesar de su amenazante presencia en el continente, los franceses nunca lograron más que el dominio contingente sobre las poblaciones indígenas que encontraron desde su primera llegada a América del Norte. Lo intentaron, pero sus propios esfuerzos por conquistar a los pueblos indígenas o quitarlos de en medio para instalar los asentamientos franceses crearon nuevas formas de relación entre pueblos, bandas, tribus y federaciones previamente separadas. Recordemos los tres tipos de recursos a lo que los gobernantes suelen recurrir

para lidiar con poblaciones subordinadas:

coerción: todos los medios de acción concertados que por lo general producen pérdidas o daño a las personas, posesiones o el mantenimiento de las relaciones sociales de los actores sociales;

capital: recursos tangibles y transferibles que, en combinación con el esfuerzo, pueden incrementar el valor de uso, además de reivindicaciones sobre dichos recursos;

compromiso: relaciones entre sitios sociales (personas, grupos, estructuras o posiciones) que promueven su consideración mutua.

Las autoridades francesas desplegaron combinaciones de los tres. En el momento de la conquista, hicieron gran uso de la coerción, pero también compraron a los indígenas a través de generosos intercambios rituales de regalos y fomentaron el compromiso al apoyar a los misioneros católicos entre los indígenas, y tolerar el matrimonio entre franceses e indígenas.

La utilización de la coerción, el comercio y el compromiso descendentes transformaron la vida indígena, pero no insertaron a los indígenas en el sistema de gobierno francés. Al interactuar con los conquistadores franceses, los indígenas desarrollaron capacidades de ocultamiento, clientelismo, simulación y depredación. Además de la renuencia general de los indígenas a aceptar el dominio europeo, los franceses descubrieron que, a menudo, los mecenas británicos y españoles estaban dispuestos a ofrecer apoyo a los abrumados indígenas por su resistencia a los franceses. En compensación, los mecenas franceses también buscaron comprar a los partidarios indígenas de ingleses y franceses.

Hasta la derrota francesa en la Guerra de los Siete Años, los incesantes intentos de los franceses para someter a los indígenas, integrarlos a largo plazo en las relaciones clientelares o incluso negociar una autonomía negociada como si fueran Estados soberanos menores algunas veces funcionaron en el corto plazo. Sin embargo, en el largo plazo, dichas estrategias generalmente no produjeron integración, sino ocultamiento, depredación y (especialmente) simulación. Como

consecuencia de ello, los soldados, administradores y comerciantes franceses intentaron con ahínco negociar la convivencia con las poblaciones indígenas en sus territorios. Esa negociación produjo lo que Richard White llama un “punto intermedio” de las negociaciones y prácticas que vinculaban a las autoridades francesas nominalmente soberanas con las poblaciones indígenas dentro de sus jurisdicciones. De manera más literal, el territorio entre áreas con un asentamiento francés denso y aquellas con una población mayoritariamente indígena cambió como punto intermedio mixto de encuentro. A partir de la década de 1690, el punto intermedio llegaba hasta los alrededores de los Grandes Lagos.

Las relaciones sexuales franco-indias, la cohabitación y los matrimonios se entrecruzaban en el punto intermedio. En 1694, por ejemplo, el destacado comerciante y notable libertino Michel Accault quería casarse con Aremepinchieue, la hija de 17 años de un importante jefe kaskaskia en el territorio de Illinois. Pero Aremepinchieue, una católica ferviente, desafiando la oposición de su padre a la fe, se rehusó a casarse con Accault, quien no era practicante. Recibió el respaldo del jesuita Jacques Gravier, un misionero francés en Illinois, que se había aliado con los enemigos de Accault. A pesar de esta configuración de conflictos, los protagonistas elaboraron un sorprendente desenlace: con apoyo del padre Gravier, Aremepinchieue acordó casarse con Accault. Sus condiciones: él tendría que regresar a la fe católica y los padres de ella tendrían que aceptar el bautismo católico. Las partes aceptaron. Después de este sorprendente ejemplo, y luego de los esfuerzos concertados de los misioneros franceses, en 1711 casi todos los kaskaskias ya se habían convertido al catolicismo (White, 1991: 74).

Aremepinchieue no estaba sola. Ya en la década de 1720 desde hacía setenta años los franceses y las indígenas habían estado cohabitando, y a veces se habían casado. Por lo tanto, tres generaciones o más de métis (mestizos) habían crecido en el punto intermedio. Si la identificación de Richard White de los personajes principales es correcta, la boda de 1694 no sólo ilustró el carácter creativo de las relaciones franco-indígenas, sino que también facilitó la intervención indígena en los asesinatos entre franceses tres décadas después. En 1723, un soldado francés insultó al encargado francés de un almacén, de nombre Perillaut, quien respondió matando al soldado con su espada. Las autoridades francesas condenaron a muerte a Perillaut, pero los indígenas de Illinois que habían tratado ampliamente con Perillaut suplicaron por su vida (como encargado del almacén, Perillaut se había hecho cargo de distribuir obsequios autorizados y botines

militares a grupos indígenas). Primero aparecieron tres jefes kaskaskias con 30 guerreros, luego siguió una delegación de cahokias, que incluía a una mujer muy respetada llamada Marie Rompiechoue quien, como su nombre lo indica, probablemente era la hija u otro pariente cercano de la anterior Aremepinchieue.

Los jefes kaskaskias ya habían formado estrechas alianzas entre sus tribus y los franceses en contra de sus enemigos comunes, los chickasaws y los fox. Los indígenas ofrecieron a los franceses la pipa de la paz. Éstos sabían muy bien que, de acuerdo con la antigua costumbre indígena, aceptar la pipa significaba conceder la petición de quien la había ofrecido. Encabezados por un representante indígena católico, los kaskaskias presentaron un argumento sutil y contundente: los chickasaws y los foxes interpretarían la ejecución de Perillaut, amigo de los kaskaskias, como la venganza de sus propios muertos en las guerras contra esta tribu enemiga y los franceses. De acuerdo con la costumbre indígena y la doctrina cristiana, argumentaron que la contrición del perpetrador, la indemnización a la familia de la víctima y un perdón francés resolverían la situación de manera más equitativa. Es más, los jefes recordaron a los franceses las veces que los kaskaskias había perdido la vida vengando a los franceses, pero, a petición de éstos, no habían exigido venganza de sangre contra sus enemigos.

El comandante francés Boisbriant vio el punto e “insistió en que el asunto sentaba precedente, pero aceptó pedir al rey el perdón y la liberación de Perillaut. Aquellos kaskaskias que “habían muerto para vengar al francés, cubren el cuerpo del que ahora ha sido asesinado”. Así terminó el primer caso criminal juzgado registrado por los franceses en Illinois. Perillaut estaba libre en mayo (White, 1991: 92). Tal negociación se produjo en un mundo en el que las unidades militares francesas masacraban libremente a sus enemigos indígenas, y en el que los indígenas en guerra cotidianamente torturaban, arrancaban el cuero cabelludo, quemaban y comían enemigos capturados. Los kaskaskias y los franceses no adoptaban una estrategia general de no violencia, sino más bien negociaban las condiciones de gobierno.

Sabemos muy poco de la vida cotidiana indígena entre las décadas de 1690 y 1720 como para afirmar sin duda que los kaskaskias en su conjunto formaban una sola red de confianza conectada. Las pérdidas francesas durante la Guerra de los Siete Años significaron que Francia nunca había integrado a los kaskaskias ni a otras naciones indias de América del Norte a su régimen. Pero las confrontaciones de indígenas con franceses en los alrededores de los Grandes

Lagos de Norte América durante ese periodo seguramente incluyeron encuentros repetidos entre regímenes y redes de confianza, los cuales ilustran un punto intermedio entre la segregación total y la integración completa de las redes de confianza.

En sentido descendente, vemos a los funcionarios franceses que experimentaban con diferentes combinaciones de coerción, capital y compromiso, a veces logrando clientelismo o autonomía negociada, pero sin alcanzar la plena integración de las redes de confianza de los indígenas en su sistema de gobierno. En ascendente, vemos indígenas y métis que combinan ocultamiento, depredación y simulación con formas contingentes de protección por parte de los patronos franceses. Lo que observamos son las primeras etapas de la dominación colonial.

Encuentros desiguales

Hasta ahora hemos analizado las redes de confianza principalmente desde la perspectiva de sus miembros. En el fondo, hemos notado que los gobernantes utilizan diversas combinaciones de coerción, capital y compromiso cuando intentan controlar y obtener recursos esenciales de las redes de confianza visibles. Hemos sido testigos de repetidos encuentros entre redes de confianza y depredadores, incluidos agentes del gobierno; hemos examinado cómo los cambios en las conexiones externas, los límites, el sustento y las relaciones internas afectan el funcionamiento cotidiano de tales redes, pero aún no nos hemos enfrentado a los procesos principales por los cuales realmente se integran en la política pública: desintegración de las redes existentes, multiplicación de las poblaciones fuera de dichas redes, etc. ¿Cómo producen en realidad sus efectos políticos estos procesos? Una vez más es de utilidad distinguir los componentes de los procesos de manera ascendente y descendente, para luego dividir a cada uno de ellos en mecanismos más finos.

“De manera ascendente” significa sencillamente vistas desde las perspectivas de las redes de confianza. Hay siete variedades de estrategias ascendentes:

ocultamiento: evitar la detección y manipulación por parte de las autoridades;

simulación: fingir conformidad adoptando alguna identidad pública disponible, pero minimizando tanto el cumplimiento como la visibilidad de las operaciones y los recursos internos;

clientelismo: adquirir protección a través de las autoridades intermedias, reduciendo así el cumplimiento y la visibilidad, pero generalmente con un costo;

depredación: organizar suficiente fuerza efectiva desde el exterior, tanto para adquirir recursos como para defenderse de la depredación de otros;

alistamiento: integración activa en los nichos disponibles de un régimen

existente;

negociación: establecer relaciones con los principales actores políticos sobre la base del consentimiento contingente mutuo, y

disolución: destrucción de una red existente a través de salidas graduales o desmantelamiento colectivo.

Luego de los encuentros de una red de confianza dada con las autoridades políticas durante un largo periodo, a menudo observamos una secuencia de estas estrategias, por ejemplo, un proceso de integración ocultación-simulación-clientelismo- alistamiento para los valdenses de Val d'Aosta a medida que pasaron de la clandestinidad a la membresía en la sociedad protestante. En la dirección opuesta, alistamiento-clientelismo-simulación- disolución describe la posición cambiante de muchas cofradías religiosas antes y durante la Revolución Francesa.

Figura 20.1

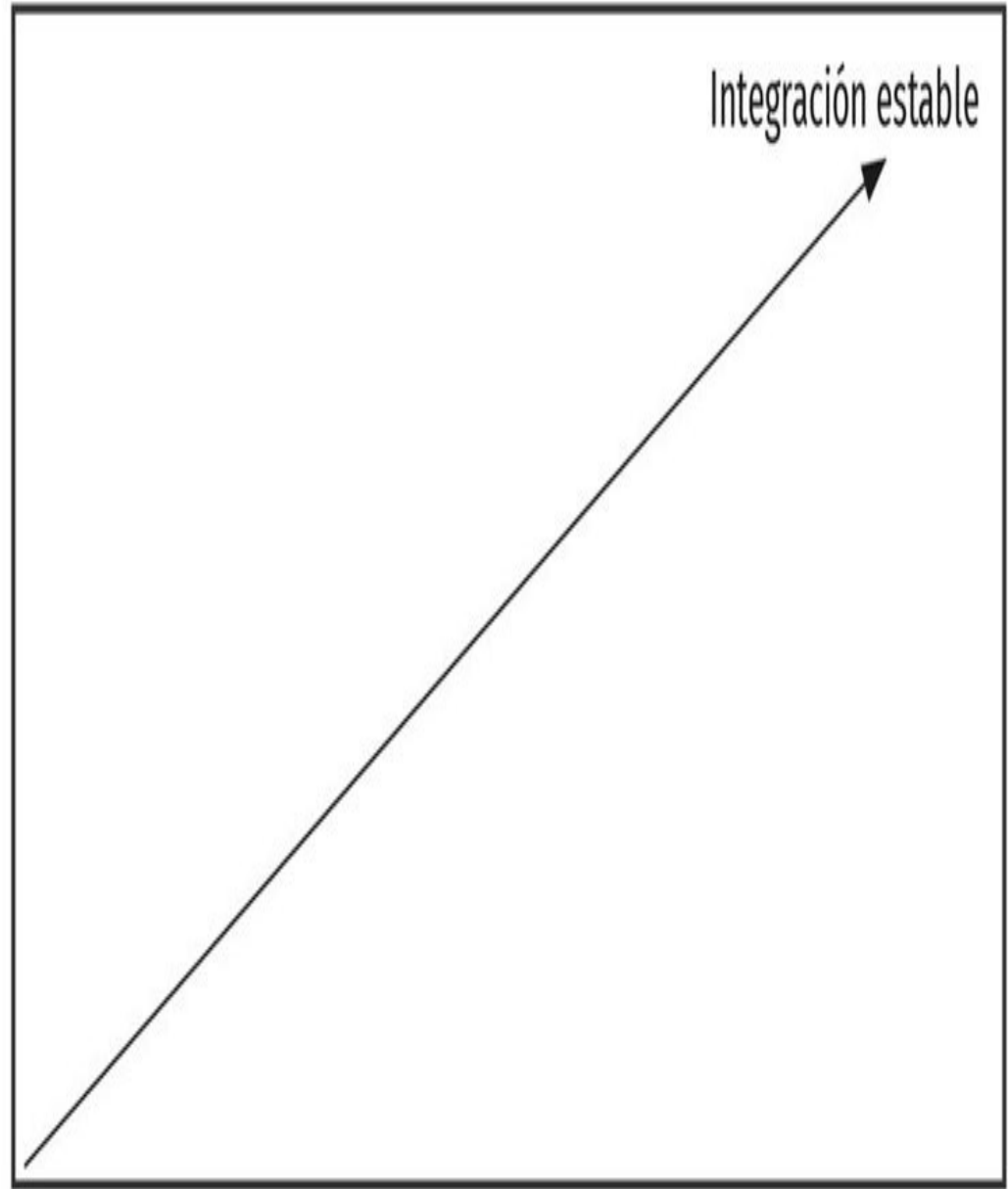
Aproximaciones de gobernantes a redes de confianza descendentes

MODO DE CONTROL

Facilitación

Tolerancia

Represión



Integración estable

Coerción

Capital

Compromiso

MEDIOS DE CONTROL

Las autoridades desplegaron estrategias ascendentes contrastantes para tratar de controlar sus redes de confianza y sus recursos. La figura 20.1 resume las principales posibilidades. Las autoridades primero eligieron los medios de control: una mezcla de coerción, capital y compromiso que van desde la dependencia exclusiva en la coerción (únicamente la aplicación de medios que dañan y destruyen) hasta la dependencia exclusiva en el compromiso (únicamente menciones de los recursos compartidos de comunicación y solidaridad). Pero también eligieron un modo de control: ya sea para facilitar la operación de una red de confianza, para tolerarla o para reprimirla. Algunas combinaciones de medios y modos, por ejemplo, la facilitación por medios coercitivos, parecen poco probables a primera vista, y de hecho no ocurrieron más que rara vez. Sin embargo, a veces los gobernantes facilitaban a través de medios coercitivos, como cuando las autoridades francesas en América del Norte aniquilaron a los enemigos de sus aliados indígenas. Si observamos el ángulo opuesto en el esquema, la represión por medio del compromiso ocurría cada vez que la Iglesia Católica literalmente excomulgaba a una red de confianza herética disidente. Sin embargo, la flecha diagonal resume mi argumento principal: la integración estable de las redes de confianza en los sistemas de gobierno depende de una disminución del control coercitivo, combinada con una mayor dependencia del capital y el compromiso. Ese cambio implica pasar de la represión a la tolerancia y la facilitación.

La elección de las autoridades de medios y modos evidentemente interactuó con las estrategias de las redes de confianza para lidiar con las autoridades; no importa qué tan desigualmente, las dos partes participaron en una interacción estratégica. Las autoridades que se enfrentan a redes de confianza predatorias, como los piratas y los bandidos, generalmente eligen dentro de un rango que va de la represión por medios coercitivos (atacándolos directamente) hasta la facilitación por medio del capital (incorporándolos como corsarios o mercenarios). Las diásporas comerciales frente a regímenes que privilegiaron la represión por medios coercitivos generalmente eligieron en un rango que va de la simulación por medio del capital (soborno) hasta el clientelismo por medio del compromiso (protección por familiares o correligionarios). Por lo tanto, entre redes de confianza, gobernantes y otros actores políticos la negociación fue incesante.

Estas negociaciones sitúan a determinadas redes de confianza en nuestro espacio de relación-medios. Diferenciaron la conformidad evasiva, la autonomía

negociada, los lazos particularistas con los gobernantes, los sistemas de clientelismo, el totalitarismo, la democracia y la teocracia. Si pensamos acerca de las negociaciones, se ponen de manifiesto similitudes y diferencias en las relaciones de las redes de confianza con las políticas públicas. El totalitarismo y la teocracia se parecen mucho desde este punto de vista, excepto que la teocracia sustituye el compromiso de la membresía religiosa común por la coerción totalitaria. La autonomía negociada se asemeja a otros sistemas de clientelismo, salvo que implica el reconocimiento explícito de determinada comunidad y su representación. La conformidad evasiva y los lazos particularistas con los gobernantes también operan de manera similar, excepto que, en la conformidad evasiva, el vínculo entre el gobernante y la red de confianza sigue siendo negociado y contingente. La democracia difiere del resto, ya que sus tres lazos (red de confianza a gobernante, red de confianza a intermediario y gobernante a intermediario), funcionan mediante negociación y contingencia. En ese sentido, volvemos a la idea de Margaret Levi sobre el consentimiento contingente (Levi, 1997: 21). La democracia implica el consentimiento contingente basado principalmente en combinaciones de incentivos materiales con compromiso compartido.

Hay otra forma de interpretar el rango de alta integración a alta segregación: la capa superior de alta integración (totalitarismo, democracia y teocracia) contiene zonas de gobierno directo, en las que los agentes del gobierno central extienden su mandato de manera efectiva a las comunidades locales. La capa intermedia de conexión negociada (clientelismo y autonomía negociada) contiene zonas de gobierno indirecto, en las cuales los poderosos intermediarios disfrutan de una autonomía sustancial dentro de sus propios dominios. La capa inferior de segregación (conformidad evasiva y lazos particularistas) contiene zonas de escaso control político, no respaldadas ni por agentes centrales efectivos ni por poderosos intermediarios autónomos. Por lo tanto, el diagrama ofrece una reelaboración de los dos problemas abordados en este capítulo: ¿qué procesos sitúan a las redes de confianza en diferentes zonas dentro del espacio, especialmente zonas de gobierno directo, gobierno indirecto y poco control?, ¿qué procesos mueven las redes de confianza de una zona a otra?

En el nivel inferior encontramos pocas personas que no sean miembros de la clase dominante que dependan de agentes gubernamentales para la protección ante el riesgo a largo plazo de sus empresas más valiosas. En cambio, encontramos a la mayoría que organiza tales empresas dentro de redes de confianza autónomas y, hasta donde es posible, defiende a esas redes de la

intervención gubernamental. En el nivel medio, observamos una integración parcial de las redes de confianza en sistemas de gobierno, pero siempre con la protección de poderosos intermediarios de la intervención directa del gobernante. En el nivel superior, descubrimos a aquéllos cuyas redes de confianza se extienden al gobierno, dependen de la intervención gubernamental directa o incorporan actores políticos (por ejemplo, sindicatos, partidos políticos y empresas comerciales), que a su vez dependen de conexiones gubernamentales para su operación continua. Por lo tanto, sólo en el nivel superior encontramos un gran número de ciudadanos que muchas veces entregan a sus hijos al servicio militar, colocan sus ahorros en valores respaldados por el gobierno y responden voluntariamente a los visitantes del Censo. ¿Cómo y por qué nacen los regímenes del más alto nivel? Este viaje desde abajo hacia arriba identifica algunas dificultades para el análisis sobre segregación e integración. Es raro encontrar una red de confianza que recorra toda la distancia de ascendente o descendente sin cambiar mucho su organización y membresía. Las formas, las ubicaciones geográficas, las relaciones externas y hasta los nombres mismos de las aldeas y tribus indígenas cambiaban continuamente a medida que interactuaban con los conquistadores franceses. En las regiones de América del Norte cuyas transformaciones durante los siglos xvii y xviii fueron estudiadas por Richard White, muchas tribus que actualmente viven bajo el gobierno estadounidense o canadiense reclaman su ascendencia de entidades que aparecen en la historia de White, pero sus organizaciones tienen poca relación con las de sus antepasados. No podemos esperar el experimento perfecto en el que observaríamos la “misma” red de confianza mientras pasa de nivel en nivel en todo el rango.

Además, si mis argumentos son correctos, en cualquier nivel deberíamos ver no sólo un movimiento ascendente o descendente de las redes de confianza existentes entre segregación, conexión negociada e integración, sino también la creación de nuevas redes de confianza y la desintegración de las antiguas. Deberíamos observar los efectos de los principales procesos de transformación, en los cuales las redes segregadas se desintegran o pierden a sus miembros mientras se forman y expanden las redes de confianza conectadas políticamente. A pesar de estas complejidades, nuestro análisis se aclarará si dividimos la tarea de este capítulo en segmentos. Primero, un vistazo a las redes de confianza reales que habitan cada uno de los tres niveles (segregación, conexión negociada e integración) para ver si se comportan como el argumento general dice que deberían. Segundo, una encuesta más amplia sobre la desintegración de las redes de confianza y la creación de redes nuevas. Finalmente, un análisis acerca de

cómo las experiencias de las redes de confianza existentes se articulan con esos procesos más grandes de transformación.

Redes de confianza segregadas

Comencemos por la parte inferior y avancemos hasta la cima. Hacia el fondo de nuestro espacio, deberíamos encontrar gobernantes que influyan en las redes de confianza, al aplicar una coerción intermitente o utilizar lazos particulares de compromiso. Deberíamos descubrir sólo un control político escaso, y observar a los miembros de las redes de confianza que participan en combinaciones de ocultamiento, simulación y depredación. A medida que avanzamos hacia la cima, deberíamos pasar por una zona de gobierno indirecto y conexión negociada en nuestro camino hacia otra zona en la que los gobernantes están empleando grandes aplicaciones de capital y compromiso a medida que establecen un gobierno directo. En la zona más elevada, deberíamos observar que las redes de confianza adoptan estrategias de alistamiento y negociación, pero también que a veces se disuelven a medida que los gobernantes (incluidos los regímenes democráticos), fomentan la formación de nuevas redes de confianza integradas.

Un ejemplo por categoría nos llevará de una segregación significativa a una integración extensa [...] El lugar de las redes islamistas en la mayoría de los países del Medio Oriente ofrece un caso concreto notable. En gran parte de Medio Oriente, los regímenes represivos prohíben la asociación política y la movilización por medio de organizaciones formales que no sean unos pocos partidos políticos autorizados por el Estado. Prohíben las organizaciones autoritarias que podrían atreverse a hacer reclamos políticos en público. Al hacer esto, aumentan la dependencia de las personas comunes en las redes informales como vehículos para la supervivencia y la influencia (Singerman, 1995).

El mismo empobrecimiento de la vida pública formal lleva al activismo a la clandestinidad. Como observa Diane Singerman,

La colusión entre los regímenes monárquicos, dinásticos, los militares y las fuerzas de inteligencia ha sofocado una amplia gama de estructuras mediadoras

y organizaciones formales en toda la región, sean asociaciones profesionales, clubes regionales, organizaciones vecinales y comunitarias, partidos políticos, asociaciones de mujeres, grupos de derechos humanos, grupos juveniles, etc. El poder y la vitalidad organizativa de la sociedad se ha visto disminuida por leyes draconianas de asociación y asamblea, limitaciones en la recaudación de fondos, una prensa censurada y excesiva regulación. Esto ha hecho que permanezcan el Estado, las relaciones de parentesco y las instituciones religiosas, ofreciendo pocos derechos de ciudadanía, representación, voz o libertades políticas a cambio. Así, el terreno para el activismo, incluido el activismo islámico, está plagado de riesgos y obstáculos formidables (Singerman, 2004: 148-149).

Sin embargo, los regímenes nominalmente islámicos se ven obligados a tolerar (y vigilar cautelosamente) a organizaciones islámicas aparentemente no políticas, como clínicas médicas, escuelas, organizaciones benéficas y sociedades culturales. En Jordania, país relativamente abierto:

Motivado por la preocupación de controlar el discurso religioso, el régimen utiliza la administración, la represión y los mecanismos legales para crear una red de disuasores para los grupos islámicos más críticos que, como resultado de ello, sienten que las organizaciones formales son restrictivas en la lucha por la autoridad sagrada. A los islamistas moderados con una fuerte relación con el régimen [...] se les permite actuar a través de organizaciones formales, siempre y cuando limiten sus actividades de acuerdo con las condiciones de participación y no desafíen el discurso islámico del Estado (Wiktorowicz, 2001: 83).

Sin embargo, los mismos regímenes generalmente se enfrentan a la oposición encubierta de las redes de islamistas: activistas que buscan imponer un estricto gobierno religioso en los Estados que consideran secularizados y/o vendidos al Occidente secular. Pocos islamistas se sumergen tan profundamente en la oposición como Osama bin Laden y Al Qaeda, pero muchos comparten la esperanza de bin Laden de un mundo islámico purificado.

En consecuencia, los mismos islamistas combinan el ocultamiento y la simulación; mantienen sus redes organizadas en la clandestinidad, pero se

infiltran organizaciones islámicas toleradas, buscando influir en ellas y reclutar a creyentes prometedores para sus propias redes. Los chiitas incluso tienen una palabra para describir la conformidad visible pero reticente a las autoridades políticas: taqiyya (Kepel, 2002: 38). Los entusiastas salafistas de Jordania obtienen a la mayoría de sus nuevos miembros de los círculos existentes de musulmanes piadosos, pero políticamente inactivos (Wiktorowicz, 2001: 134-135).

Un camino común hacia una organización aparentemente legítima pasa por los grupos de discusión religiosos. En Yemen y en otros lugares, las mujeres religiosas a menudo participan en grupos de estudio qur'anic (coránicos) o nadwas. Estos nadwas, indica Janine Clark,

forman una parte importante de las redes informales de las mujeres. Estos grupos de estudio del Corán proporcionan consuelo y orientación religiosa, educación en lectura y en el islamismo, una salida emocional, una vida social fuera del hogar y un grupo de apoyo para las mujeres que asisten. También proporcionan un espacio al que una mujer puede acudir en busca de consejo o averiguar a dónde ir o a quién puede acudir para aliviar su problema. Por otra parte, los nadwas forman un lazo importante en la transmisión del conocimiento, la educación y las ideas de las estudiosas religiosas a la siguiente generación. Mientras que las niñas generalmente aprenden sobre el islamismo en casa, las que desean un conocimiento más amplio buscan un nadwa en el hogar de alguien (Clark, 2004: 169).

Estos grupos de discusión generalmente tienen membresías cambiantes y carecen de una estructura formal. Sin embargo, ocupan un lugar destacado en la recaudación de fondos islamista, las obras de caridad y la ayuda mutua. Los nadwas establecen “espacios libres” donde es difícil que las autoridades que temen el islamismo militante logren entrar y donde las mujeres que viven principalmente secuestradas pueden convivir entre ellas (Evans y Boyte, 1986; Polletta, 1999; Singerman, 1995). A pesar de todas sus preocupaciones justificadas sobre el extremismo religioso, las autoridades yemeníes difícilmente pueden prohibir que las mujeres de clase media se reúnan para una sociabilidad religiosamente respetable.

Los nadwas no califican en sí como redes de confianza, pero brindan una oportunidad para que los miembros de las redes de confianza islamistas ingresen en espacios seguros donde puedan presentar sus ideas y reclutar nuevos miembros. Y lo hacen, no tanto para reclutar abiertamente durante las discusiones del Corán, como para detectar probables miembros e invitarlos a otros nadwas en los que los islamistas desempeñan un papel más importante (Clark, 2004: 178). Por lo tanto, una red subversiva combina el encubrimiento y la simulación al amparo de la conformidad evasiva.

Las redes de confianza islamistas no siempre permanecen en la clandestinidad, y a menudo permanecen segregadas de los regímenes en los que viven. Para disgusto de los revolucionarios y los reformadores seculares que se habían alzado contra el Shah de Irán, cuando la oposición secular del Shah se fragmentó, una red islamista disidente en torno al ayatolá Ruhollah Khomeini tomó el poder en Irán (Kepel, 2002: 36-42, 106-135; Parsa, 2000: 247-250). Aunque la despiadada acción militar del gobierno argelino finalmente hizo retroceder al Groupe Islamique Armé, esos fanáticos y sus masacres de civiles sacudieron poderosamente al régimen durante la década de 1990 (Kalyvas, 1999) [...] En estos casos, precisamente lo que temían los gobernantes musulmanes conservadores en todo el Medio Oriente en efecto se materializó: las redes de confianza previamente segregadas realizaron incursiones militares buscando tomar el poder nacional. En Irán, Sudán y Afganistán, incluso lograron construir sus propias teocracias, al menos por un tiempo. El escaso control, la coerción intermitente y los lazos particularistas que los gobernantes ejercen en la zona de segregación no les dan acceso a los recursos integrados en las redes de confianza ni contienen las amenazas políticas que a veces se plantean.

Conexiones negociadas

Para explotar y contener las redes de confianza, los gobernantes de todo el mundo con frecuencia llegaron a ellas por medios que difícilmente pueden llamarse integración total. Llegaron a acuerdos con los patrones de las redes de confianza de dos maneras diferentes: sistemas de clientelismo y autonomía negociada. En los sistemas de clientelismo, las redes de confianza permanecieron bajo la protección y el control de poderosos intermediarios que asumieron la responsabilidad de contenerlos, pero también obtuvieron recursos de ellas para cumplir con sus propias obligaciones frente al régimen. Esos patrones a menudo eran externos a la red de confianza, por ejemplo, los aldeanos del siglo xiii en la Galicia española, que se protegían de las exigencias del rey de León al buscar el patrocinio de poderosos monasterios locales. Las aldeas se convirtieron en clientes de patrones, quienes, a su vez mantuvieron su distancia del rey.

La autonomía negociada también implica clientelismo, pero con una diferencia significativa: en este tipo de autonomía, los gobernantes reconocen formalmente a una red de confianza, la cual mantiene derechos específicos y representación a cambio de pagos negociados que van directamente al régimen. En muchas partes del mundo, las diásporas comerciales establecieron algún tipo de relación con los gobernantes de los principales centros comerciales; vivieron bajo el patrocinio de algún magnate regional o adquirieron licencias formales para comerciar como comunidades extranjeras reconocidas. Visto de arriba a abajo, las redes de confianza que reciben protección contra los patrones escapan de la represión del gobernante, pero obtienen relativamente poca tolerancia e incluso menos facilitación por parte de éstos. En cambio, los receptores de autonomía negociada son más tolerados y reciben al menos un mínimo de facilitación por parte de los gobernantes. Desde la perspectiva ascendente de la red de confianza, cualquiera de estos dos acuerdos se centra en el clientelismo más que en la ocultación, simulación o depredación. Los miembros de las redes de confianza siempre pagan por la protección que reciben, pero quien recibe el pago afecta la autonomía de la red. La autonomía negociada proporciona mayores garantías de que los miembros pueden mantener su forma de vida colectiva.

Mucho antes del nacionalismo de nuestro tiempo, los europeos con frecuencia llamaban “naciones” a los beneficiarios de la autonomía negociada, más con la implicación de un lugar de nacimiento compartido que como relación con un Estado-Nación en particular. En la Europa medieval, “nación” comúnmente significaba un grupo corporativo de la misma región geográfica, aunque también podía referirse a miembros de una religión reconocida. Entre sus varias definiciones de nación, el Oxford English Dictionary ofrece esta: “En las universidades medievales, un cuerpo de estudiantes pertenecientes a un distrito, país o grupo de países en particular que forman una comunidad más o menos independiente; algo todavía en uso en las universidades de Glasgow y Aberdeen, en lo tocante a la elección del Rector (“nation”, definición 1c.)”.

En las universidades, ciudades y otros centros de consumo, estas naciones con frecuencia elegían a sus propios funcionarios y representantes públicos, se ocupaban de su propia seguridad, juzgaban las faltas de sus propios miembros y, en momentos de necesidad, asumían la responsabilidad del suministro de sus propios alimentos. En sus tratos con las autoridades locales, estas redes de confianza de origen común crearon organizaciones autorizadas. El mismo acuerdo daba a las autoridades pretextos y medios para expulsar a comunidades enteras, incluidas las minorías religiosas organizadas como naciones en tiempos de hambruna, epidemia o guerra (Tilly, 1975: 437-440).

Como era de esperarse, la autonomía negociada a menudo se formó a través de un acto inicial de clientelismo por parte de alguna autoridad. Durante la Edad Media europea, por ejemplo, los potentados regionales a menudo reclutaban a sus propias comunidades judías para organizar sus finanzas, promover el comercio, beneficiarse de sus conexiones internacionales y producir ingresos gravables; los gobernantes polacos a menudo recibían a los judíos por sus habilidades y conexiones comerciales. Las invitaciones reales a las ciudades de Polonia promovieron un movimiento sustancial de judíos germanoparlantes hacia el este. El yiddish (un dialecto construido principalmente a partir del alemán) se convirtió en un idioma común en partes importantes del noreste de Europa. Del mismo modo, muchos judíos ibéricos se mudaron al norte de África y al Imperio Otomano, donde sus anfitriones musulmanes les abrieron nichos especiales (los judíos de origen ibérico hablaban el dialecto llamado ladino más que el yiddish). Muchos judíos también emigraron a las ciudades-Estado italianas más tolerantes. En 1516, Venecia abrió una nueva área residencial para los judíos, que habían vivido previamente en la isla de Giudecca (que significa “distrito judío”). La gente llamaba al nuevo espacio Ghetto, “fundición” en

veneciano, por la industria metalúrgica ya establecida ahí. Luego, la palabra ghetto se aplicó al barrio judío de cualquier ciudad. De los dos movimientos hacia Polonia y el Mediterráneo surge la distinción aún común entre judíos asquenazís y sefardís.

Lois Dubin ha reconstruido minuciosamente la adquisición de autonomía negociada por la comunidad judía de Trieste. En 1382, la ciudad portuaria de Trieste, en la costa noreste del Adriático, recurrió a los Habsburgo (entonces emperadores hereditarios del Sagrado Imperio Romano) para protegerse de la depredadora Venecia. Durante los siglos de poder veneciano y, hacia el sur, de expansión otomana, Trieste siguió siendo una conexión pequeña y menor entre Viena y el turbulento Adriático. Sin embargo, a principios del siglo xviii, los emperadores Habsburgo empezaron a ampliar su presencia comercial en la región del Mediterráneo, incluyendo una expansión comercial con el aún formidable Imperio Otomano. Paso a paso, entre 1719 y 1769, los Habsburgo crearon y luego ampliaron un puerto libre de impuestos con acceso abierto a los comerciantes de muchas naciones. La estrategia funcionó: Trieste se volvió una ciudad próspera y el principal centro marítimo del imperio de los Habsburgo.

Ya en el siglo xiii los judíos vivían en Trieste, y habían sido los banqueros públicos autorizados de la ciudad durante siglos:

En los siglos

xvi

y

xvii

, algunos judíos y sus familias, como los Levis en 1556 y los Ventura Parente en 1624, residieron en Trieste gracias a los privilegios que les otorgaron los emperadores del Sagrado Imperio Romano a cambio de sus servicios de “bienes y sangre” en tiempos de guerra. Estos privilegios prometían protección y justicia soberanas; práctica del judaísmo sin molestias; el derecho de residencia en cualquier ciudad donde ya vivieran judíos, incluida Viena; actividades económicas sin restricciones, incluida la propiedad de bienes inmuebles; el derecho de viajar sin signos distintivos o impuestos especiales e inmunidad de

cualquier gravamen no impuesto también a los comerciantes cristianos (Dubin, 1999: 18-19).

Para esa época, los Habsburgo católicos otorgaban a los judíos de Trieste privilegios generosos. En Metz, por ejemplo, la corona francesa impuso fuertes impuestos por cabeza, tarifas adicionales y la obligación de suministrar y alojar tropas reales en la comunidad judía, y no otorgó a sus comerciantes judíos el derecho de viajar con seguridad dentro del reino (Miskimin, 2002: 48-50).

Tanto los gobernantes Habsburgo como las autoridades municipales de Trieste practicaban la tolerancia deliberada, con una pizca de facilitación. Las autoridades ofrecían a los judíos de Trieste algún grado de protección contra la explotación, la violencia y el antisemitismo revanchista que a menudo debían enfrentar los judíos en otras partes de Europa. Desde la perspectiva de los judíos de la ciudad, el alistamiento completo en la vida pública del imperio tenía un precio demasiado alto, incluso si hubiera sido posible, ya que habría requerido asimilación y conversión al catolicismo. Tampoco las estrategias de ocultamiento, simulación o depredación eran viables para los judíos de Trieste. El clientelismo fue el precio que pagaron por la protección.

Y ésta tenía sus límites. Al igual que sus primos franceses, los Habsburgo intentaron contener a las poblaciones judías del imperio. En 1697, después de muchos debates con los líderes de la comunidad judía, la ciudad estableció un gueto formal, rodeado por tres calles y protegido por tres puertas, en el barrio de Portizza di Riborgo. Pero la actividad del puerto libre estimuló la migración judía a Trieste, aumentó la prosperidad de la comunidad judía y multiplicó el número de hogares judíos que gozaban de un permiso especial para residir fuera del gueto. Para el momento de la abolición formal del gueto en 1785, la mayoría de la población judía de Trieste desde hacía mucho tiempo ya vivía en otro lugar.

Sin embargo, la comunidad judía mantuvo su autonomía negociada hasta el siglo XIX. Los judíos no podían convertirse en ciudadanos de Trieste o servir en su consejo de gobierno; se contaban entre las múltiples *nazioni* reconocidas en la ciudad (el régimen utilizaba el revelador término *Università* para designar a los judíos y otras naciones similares). Mantuvieron instituciones comunitarias autorizadas pero separadas. La comunidad judía llamaba a sus miembros *li Hebrei di Trieste*, realizaba servicios religiosos, tenía un cementerio judío,

controlaba la inmigración judía e imponía disciplina a sus miembros rebeldes. Sin embargo, a medida que la comunidad creció, formalizó su relación con el régimen: en 1746, propuso y recibió la aprobación del gobierno de un complejo estatuto, cuyo objetivo era crear una asamblea de todos los jefes de familia que pagaban impuestos y que estaban representados por dos capi elegidos. El Estatuto de 1746 también institucionalizó los oficios de amanuense, canciller, rabino, cantor y bedel (Dubin, 1999: 22-23). Dentro de la red de confianza judía de Trieste, crearon una organización con autoridad y reconocimiento oficial.

En 1782, la comunidad creó su propia escuela normal autorizada por el régimen: la Scuola Pia Normale sive Talmud Torà. La escuela ocupaba un espacio en un edificio del guetto también ocupado por las oficinas comunitarias, un carnicero kosher y una sinagoga (Dubin, 1999: 103). En 1788, cuando el Estado Habsburgo se volvió el primer poder europeo que reclutaba judíos para su ejército, los de Trieste recibieron la exención a pesar de la voluntad expresa de sus líderes de colaborar con la medida (Dubin, 1999: 148-152). Mientras tanto, los judíos de Trieste resistieron con éxito la intención del Estado Habsburgo de imponer nombres alemanes y regular el matrimonio de acuerdo con la ley civil. No fue sino después de medio siglo que desaparecieron los vestigios formales de la autonomía negociada.

Redes integradas

Debido a que hasta ahora nos hemos concentrado en relaciones distantes y contingentes entre redes de confianza y regímenes, las redes de confianza ampliamente integradas rara vez han aparecido en este libro hasta ahora. Las vimos en:

la integración temporal de unidades militares reclutadas localmente en el Ejército Confederado;

las adaptaciones entre comunidades formadas por la migración en cadena y sus gobiernos locales;

piratas que se volvieron corsarios;

la integración (a menudo reticente) de parroquias y cofradías en las iglesias estatales de Europa.

Con la excepción de las comunidades de migrantes, ninguno de estos casos nos dice mucho sobre la integración entre las redes de confianza y los poderosos Estados de nuestra propia época. Ciertas noticias inesperadas sobre el tema provienen del mundo del crimen y la violencia en Rusia. Con un riesgo considerable para su propia seguridad, Vadim Volkov entró al mundo de los empresarios violentos a mediados de la década de 1990. Su libro sobre el tema comienza así:

Este libro nació gracias a una observación. En 1995, camino al trabajo, pasaba frente a una mansión en el centro de Petersburgo que albergaba la sede de la Dirección Regional contra el Crimen Organizado del Noroeste (

rubop

). Cada vez observaba la misma escena: gente de proporciones físicas formidables, con el pelo muy corto, vestidos con chaquetas de cuero o abrigos largos y oscuros, salían de la sede de

rubop

, se subían a automóviles negros con vidrios polarizados y partían en varias direcciones. Otros se estacionaban cerca y entraban a la mansión. Lo que siempre me llamó la atención fue que estas personas se veían, se movían y gesticulaban de manera muy parecida a quienes se suponía que debían estar combatiendo: miembros del crimen organizado, los llamados bandidos (Volkov, 2002: ix).

Esa observación llevó a Volkov a un notable recorrido a través de la parte oculta de la desintegración de la Unión Soviética. En la época soviética, el gobierno mantenía una enorme fuerza de seguridad interna, en la cual la kgb (Comité para la Seguridad del Estado) era más conocida fuera del país. Pero en los intersticios del sistema autoritario acechaban pequeños delincuentes y matones que a menudo provenían de clubes deportivos: luchadores, boxeadores, levantadores de pesas y expertos en artes marciales. Las reformas de Mikhail Gorbachev en la década de 1980 produjeron cuatro cambios importantes en la situación de la seguridad interna de Rusia. Primero, el gobierno redujo mucho sus propias fuerzas de seguridad profesionales, lanzando a una gran cantidad de especialistas en el uso de la fuerza al mercado laboral privado. Segundo, en consecuencia, el gobierno relajó su vigilancia y patrullaje, lo cual dio más espacio a los criminales a pequeña y gran escala. Tercero, la retirada del gran ejército soviético de su estancamiento en Afganistán arrojó a miles de veteranos endurecidos por el combate a la fuerza laboral civil, donde el empleo legítimo era difícil de hallar. Finalmente, las empresas privadas se multiplicaron a todas las escalas, desde los mercados locales hasta las industrias nacionales privatizadas. En ausencia de una policía efectiva, las oportunidades para la extorsión y la protección aumentaron en todas las regiones comercialmente activas de Rusia.

Tanto abajo como arriba, los sicarios que ofrecían servicios de protección por un

precio pertenecían a las redes de confianza: bandas juradas de delincuentes, grupos de deportistas, excolegas en las sospechosas tareas de los servicios de seguridad del gobierno, y veteranos que habían luchado juntos en Afganistán. Las tasas reportadas de extorsión en Rusia se dispararon entre 1989 y 1992, y no comenzaron a disminuir sino hasta 1996 (Volkov, 2002: 2-3). En un gran mercado de Petersburgo, según uno de los informantes de Volkov:

En 1989, en Deviatkino, todas las brigadas estaban juntas; inicialmente, no había divisiones claras entre tambovskie, malyshevskie, kazanskie [nombres de pandillas], etc., como ocurrió más tarde. Cada brigada poluchala [cobraba tributo] a los kommersanty [empresarios, comerciantes] que no eran miembros de otras brigadas. Había mucho espacio para todos. También establecimos nuestros propios kommersanty, les proporcionamos lugares para vender y luego los protegíamos por una tarifa. La única regla era que no atacábamos ni robábamos a los kommersanty de los demás (Volkov, 2002: 15).

Más tarde, en Petersburgo y en otros lugares, las pandillas comenzaron a matarse entre sí mientras competían por mayores porciones de la red de protección. En el proceso desarrollaron jerarquías y divisiones del trabajo cada vez más elaboradas.

Los sicarios no sólo participaban en negocios de extorsión y protección. También se dedicaron a los de cobro de deudas, productos ilegales, servicios sexuales y protección física para empresarios. Surgió una división del trabajo de tres partes entre 1) bandidos, matones y ladrones tradicionales, 2) extorsionadores locales y 3) operadores cada vez más organizados de servicios de protección privados en las principales ciudades y a escala nacional. A finales de la década de 1990, argumenta Volkov, la categoría 3 se movió cada vez más a la esfera pública como negocio legítimo, sustituyendo básicamente los servicios comerciales de vigilancia, protección y cumplimiento de contratos que el propio Estado había dejado de proporcionar. También comenzaron a operar sus propios negocios legítimos, adquiridos de manera legal o ilegal. De hecho, un número desproporcionado de sus líderes provenía de las filas de especialistas estatales en la aplicación de la ley jubilados. En el proceso, los más exitosos utilizaban sus redes de confianza para crear organizaciones autorizadas formidables y cada vez

más reconocidas.

Algunos deportistas también llegaron a la cima. Volkov cuenta la historia de Boris Ivaniuzhenkov, quien se convirtió en el ministro de deportes de Rusia en 1999:

le llevó cuatro días aceptar la oferta del entonces primer ministro Sergei Stepashin (ex jefe del

mvd

y luego del

fsb

) de que se convirtiera en ministro de deportes. En los archivos policiales, Ivaniuzhenkov es conocido como “Rotan”, mano derecha de Sergei Lalakin (“Lotchok”), el líder del grupo criminal Podol’skaya. Nacido en la ciudad suburbana de Podol’sk, cerca de Moscú, Ivaniuzhenkov se embarcó en una doble carrera, logrando el título de maestro de deportes en lucha libre y una posición de liderazgo en el grupo local de extorsión. Podol’sk, afirma, “es la única ciudad donde nunca hubo enemistades. La situación siempre fue estable [...]”. En otros aspectos, podol’skie pasó por la misma evolución que muchas otras organizaciones similares. Tomaron el control del mercado local, comercios y negocios, consolidando el poder en la localidad y expandiéndose más allá. La capacidad de mantener el orden y dar generosamente a organizaciones de beneficencia [...] atrajo el apoyo popular a los empresarios violentos: Lalakin “Lutchok” se convirtió en ciudadano honorario de Podol’sk, e Ivaniuzhenkov (“Rotan”) fue elegido para la legislatura del oblast’ de Moscú en 1997 (Volkov, 2002: 187).

En la carrera del luchador-gángster Lutchok, podemos ver la integración de las redes de confianza anteriormente criminales (las de la pandilla Podol’skaya) en la política pública.

Las redes de confianza violentas estudiadas por Vadim Volkov siguieron

caminos espectaculares hacia la integración en la política pública rusa. Como nos recuerda el análisis de la conscripción de Margaret Levi, la mayoría de las rutas hacia la misma integración tienen un aire más familiar. Incluyen el establecimiento de beneficios para veteranos por parte de los gobiernos; el reconocimiento o la incorporación de organizaciones mutualistas; la protección de congregaciones religiosas; la institucionalización de grupos de interés de artesanías; la formación de vínculos entre los proveedores de servicios gubernamentales y sus clientelas; el desarrollo de solidaridades en los partidos políticos o asociaciones voluntarias públicamente activas, y el patrocinio político de grupos musicales, equipos deportivos o clubes étnicos. Todas estas rutas hacia la integración se alejan de la ocultación, la simulación y la depredación que prevalecen en la parte inferior de nuestro rango de la segregación a la integración. Algunos pasan por la orientación de la zona media, otros responden a la disolución de redes de confianza previamente existentes, pero todos involucran el reclutamiento y la negociación mucho más que la mayoría de las redes de confianza que hemos examinado hasta ahora.

Orígenes de la integración

Alejémonos de las trayectorias de redes de confianza particulares y examinemos los procesos mediante los cuales dichas redes se integran en la política pública. Cuando se produce esa integración, es probable encontrar personas que formen asociaciones, sociedades mutualistas, partidos, sindicatos, congregaciones y comunidades públicamente reconocidas, o que busquen el reconocimiento de organizaciones clandestinas similares en busca de amistad, parentesco, creencias compartidas, seguridad y empresas de alto riesgo en tales organizaciones, y también encontramos otra serie de cuestiones que relacionan a las actividades locales importantes a largo plazo y los lazos interpersonales con los vaivenes de la política pública. Históricamente, rara vez ocurre una dependencia como esta de los actores políticos públicos y de los agentes gubernamentales para conseguir apoyo para actividades y relaciones riesgosas.

Sin embargo, en nuestro recorrido por la historia, ya nos hemos encontrado con algunas circunstancias históricas en las cuales realmente surgió ese resultado anómalo. Las redes de confianza como sectas religiosas, grupos de parentesco o redes mercantiles, ocasionalmente establecieron sus propios sistemas de gobierno (ejemplo: la conquista religiosa de Ginebra por Juan Calvino). Los regímenes a veces conquistaron otros regímenes ya administrados por redes de confianza (ejemplo: la conquista canadiense o estadounidense e incorporación de tribus indias intactas). Los actores políticos organizados como redes de confianza en ocasiones toman el poder del Estado en regímenes ya establecidos (ejemplo: los talibanes en Afganistán). Una vez en el poder, a veces los gobernantes crean sus propias redes de confianza en forma de alianzas matrimoniales dinásticas y sistemas internos de clientelismo (ejemplos: casi todas las monarquías europeas antes del siglo XIX).

Realmente se han producido altos niveles de integración. Al menos temporalmente, los regímenes totalitarios y teocráticos lograron una amplia incorporación de las redes de confianza existentes en los sistemas autoritarios de gobierno (ejemplo: integración fascista italiana de gremios de artesanías que no destruyeron). Finalmente, las democracias logran una integración parcial de las

redes de confianza en la política pública; por ejemplo: la repetida ampliación de prestaciones a los veteranos militares de Estados Unidos desde la Guerra Civil y en adelante, que no solo creó derechos individuales, sino que vinculó a las organizaciones de veteranos directamente al Estado (Skocpol, 1998).

Reculer pour mieux sauter:[1] habiendo retrocedido, damos un salto heroico. Entre estas circunstancias históricas maravillosamente diversas, ¿ocurren algunos procesos en común? Los resultados ciertamente tienen algunas propiedades en común. En todos ellos, un gobierno y/o un actor político que se relaciona con ese gobierno (por ejemplo, una iglesia estatal o sindicatos con sus propias redes internas de ayuda mutua) vincula las redes de confianza con la política pública. En todos ellos, la facilitación por parte de los gobernantes se combina con su dependencia en el compromiso, además de la coerción y el capital, con el resultado de una integración relativamente estable de redes de confianza en los regímenes políticos.

¿En general, cómo podría suceder realmente ese extraño hecho histórico? Entre todos los posibles procesos de transformación, estos son los candidatos más prometedores:

Las redes de confianza segregadas existentes se marchitan, desintegran o pierden capacidad para sostener las actividades vitales de sus miembros, haciendo que las redes de confianza conectadas políticamente puedan disponer con mayor facilidad de sus electorados.

Aparecen nuevos riesgos y actividades riesgosas contra las cuales las redes de confianza existentes son incapaces de defender a sus miembros.

Las poblaciones se multiplican fuera de las redes de confianza existentes, por lo que las redes de confianza políticamente conectadas pueden disponer de ellas con mayor facilidad.

Los gobernantes o los principales actores políticos destruyen las redes de confianza existentes, con efectos similares.

Los gobernantes o los principales actores políticos integran efectivamente las redes existentes en la política pública.

Los gobernantes o los principales actores políticos crean redes políticamente conectadas y reclutan personas para éstas.

Hemos visto con cuánta energía han luchado los miembros de redes de confianza a lo largo de la historia contra estos seis procesos, esforzándose tanto por mantener sus propias redes como por protegerlas de la intervención política. Los hemos visto defender sus límites; asegurar recursos externos; monitorear las conexiones externas de los miembros y ejercer control sobre las relaciones sociales internas que podrían trastornar las actividades colectivas de sus redes.

Las principales excepciones fueron algunos miembros de las clases dominantes, que podían doblegar al Estado para sus propios fines, en lugar de temer que su intervención en las redes de confianza pudiera frustrar a esos fines. Incluso ellos entablaron relaciones tentativamente con los gobiernos y otros actores políticos importantes, a menudo basándose en intermediarios con quienes ya habían establecido relaciones de confianza como sus conexiones iniciales. Entre tales intermediarios muchas veces estaban parientes, eclesiásticos, colaboradores comerciales, terratenientes y detentores de poder locales que también ocupaban puestos de poder a escala nacional y sirvieron como negociadores en el proceso de integración.

A diferencia de sus rivales europeos, el nuevo Estado holandés ya gozaba de un excelente crédito durante el siglo xvii. La revuelta de los Países Bajos contra España en ese siglo condujo a un ordenamiento de las finanzas públicas en ese régimen extremadamente comercial. En el proceso, los burgueses holandeses comenzaron a invertir frenéticamente en valores del gobierno, vinculando así el destino de sus familias al del régimen:

En parte, el éxito holandés se explica por el hecho de que los principales inversionistas eran magistrados y políticos. Estaban lo suficientemente cerca de su receptor local con quien habían contraído préstamos. A veces, sus líderes políticos los instaban a invertir para estimular a otros compradores. La estructura federal también implicaba un alto grado de control político local. Otras inversiones seguras eran en terrenos y casas, pero ya para 1700 el capital invertido en bonos del gobierno excedía a todos los demás ('t Hart, 1993: 178).

La estructura segmentada de la República Holandesa facilitó el trabajo de los negociadores que simultáneamente ocupaban puestos de poder municipales, provinciales y nacionales, y quienes ayudaron a que este país fuera de los primeros en integrar redes de confianza de élite (Adams, 1994a, 1994b; Davids y Lucassen, 1995; Glete, 2002). Tuvieron que pasar otros dos siglos antes de que europeos y estadounidenses comunes comenzaran a invertir la mayor parte de sus ahorros en valores gubernamentales.

Sin embargo, tarde o temprano, sucedió ampliamente. La gente enfrenta riesgos y lleva a cabo empresas riesgosas a largo plazo, incluso cuando sus redes de confianza disponibles no les brindan la protección adecuada. En esas circunstancias, los gobiernos o los actores políticos que pueden apuntalar las redes existentes o crear nuevas alternativas para ellos, se vuelven aliados más atractivos, o en todo caso menos desagradables. Como sugiere el ejemplo holandés, algunas circunstancias adicionales aumentan el atractivo de las redes de confianza políticamente conectadas para un público amplio: la creación de garantías externas para los compromisos gubernamentales, como ocurre cuando un tratado de paz o una potencia ocupante respaldan las finanzas de un gobierno derrotado; aumentan los recursos gubernamentales para la reducción del riesgo y/o la compensación de pérdidas, como ocurre cuando la expansión comercial genera nuevos ingresos fiscales, y el cumplimiento gubernamental visible de los compromisos en beneficio de nuevos segmentos importantes de la población, como cuando los no ciudadanos ya pueden recibir beneficios de asistencia social y efectivamente los reciben.

La integración de los proletarios

En la historia occidental del último medio milenio, un gran proceso ha superado a todos los demás en su impulso de los puntos 1 a 3 en nuestra lista de procesos de transformación: falla de las redes de confianza existentes, aparición de nuevos riesgos y multiplicación de poblaciones fuera de redes de confianza existentes. Ese proceso es la proletarización: un aumento en la proporción de la población total que depende de los salarios para sobrevivir y/o trabajar en medios de producción sobre los cuales ejercen poco o ningún control. Europa experimentó un crecimiento asombroso de su población proletaria después de 1500. Mis mejores conjeturas acerca de la población europea total por categoría de 1500 a 1900 aparecen en el cuadro 20.1 y sugiere una proletarización masiva, de la cual, una sorprendente proporción ocurrió en pequeños pueblos y áreas rurales antes de la proletarización urbana del siglo xix.

Tres factores principales convergieron en la producción de este crecimiento explosivo: la consolidación capitalista del control sobre los medios de producción, incluida la tierra agrícola; la multiplicación de oportunidades de trabajo asalariado en la agricultura, la industria artesanal y (más tarde) en la producción urbana de bienes y servicios, y un aumento natural en un proletariado que, en promedio, se casaba antes y tenía más hijos que sus contrapartes terratenientes y propietarios de maquinaria (Levine, 1984; Tilly, 1984).

Cuadro 20.1

Proletarización estimada de la población europea, 1500-1900

	Millones de personas		
	1500	1800	1900
Población total	56	150	285
No proletarios	39	50	85
Proletarios en ciudades	1	10	75
Proletarios rurales	16	90	125
Porcentaje del total de proletarios	30.0	66.7	72.0

Los proletarios asalariados se volvieron aún más vulnerables a los cambios económicos estacionales y a más largo plazo que la mayoría de los campesinos y artesanos. Sobrevivieron más o menos bien cuando los arrendadores y comerciantes los contrataron, pero les fue mal en tiempos de desempleo; sin embargo, los propietarios y los comerciantes no podían prescindir de ellos y la pobreza se convirtió en un problema para las políticas públicas a escala municipal y nacional. Los críticos de los pobres, incluidos los gobernantes, crearon una mitología pública que castigaba a vagabundos, derrochadores, mendigos y holgazanes por su falta de prudencia y autodisciplina. Al mismo tiempo, sin embargo, en tiempos de necesidad las autoridades organizaban un suministro disciplinado para la fuerza laboral. “En suma”, comentan Catharina Lis y Hugo Soly,

durante los últimos años del siglo

xv

y los primeros del

xvi

la crítica de la ociosidad, y su contraparte, la exaltación del trabajo se volvieron temas principales en los textos de hombres prominentes y personas comunes, laicos y clérigos, católicos y protestantes en toda Europa occidental. Su reacción no se limitó a meras palabras. En los Países Bajos (1531), Francia (1534), Inglaterra (1531 y especialmente 1536), Escocia (1535) y España (1541), las autoridades centrales proclamaron ordenanzas sobre la mendicidad y/o la ayuda a los pobres; sin embargo, las regulaciones detalladas fueron relegadas a los gobiernos locales. Entre 1522 y 1545, unas 62 ciudades crearon un sistema coordinado de asistencia pública: al menos 30 en Alemania, 15 o 16 en los Países Bajos, 8 en Francia, 6 en Suiza y 2 en el norte de Italia. En casi todas las ciudades dominaban dos principios: la prohibición estricta de mendigar para los pobres sin discapacidad, independientemente de su edad y sexo, para obligarlos a aceptar el trabajo con cualquier salario, y la centralización de los fondos existentes en una “caja común”, lo cual permitía la selección y el control de los “verdaderos necesitados” (Lis y Soly, 1984: 168; véase también Lis y Soly, 1979).

La distinción entre pobres merecedores e indignos dependía especialmente de la disposición de los merecedores para realizar un trabajo disciplinado con bajos salarios cuando se presentara la oportunidad. Los moralistas y las autoridades condenaban la ociosidad y la imprevisión; ambos culpaban a la gente pobre de despilfarro, pero al menos las autoridades locales reconocían la necesidad de ayudar a los merecedores durante los recurrentes episodios de desempleo, estacional o de más largo plazo.

Pocos historiadores, por desgracia, han documentado las interacciones entre la proletarización, la ayuda a los pobres y las redes de confianza. En un estudio minucioso sobre la ayuda a los pobres de Amsterdam entre 1800 y 1850, Marco van Leeuwen ha establecido varios puntos esenciales; descubrió un elaborado sistema de ayuda a los pobres dividido principalmente entre autoridades católicas, calvinistas, judías y municipales. Cada uno mantenía registros meticulosos de su clientela; de ahí la posibilidad del análisis de van Leeuwen. Cada uno imponía amplias condiciones de membresía, merecimiento y elegibilidad: ¿Los solicitantes eran miembros fieles y rectos de sus congregaciones religiosas? ¿Realmente carecían de oportunidades para obtener salarios honestamente? ¿Acumulaban riqueza en secreto? ¿Había otros que pudieran asumir la responsabilidad de su bienestar?

En 1809, tales reglas produjeron una clientela de 1 968 adultos en la Beneficencia Ashkenazi; dos tercios de ellos eran en ancianos, enfermos, viudas con hijos y familias con tres o más hijos (van Leeuwen, 2000: 107). Incluso en estos casos, van Leeuwen muestra que la ayuda a los pobres generalmente no equivalía más que a un suplemento, muy por debajo del dinero suficiente para sobrevivir. Sin duda, los hogares pobres de Ámsterdam dependían de las redes de confianza locales, no importa lo frágiles que fueran, para satisfacer una gran parte de sus otras necesidades.

Debido a que los judíos pobres de Ámsterdam se concentraban en el ambulante, la confección de prendas de vestir, el servicio doméstico y algunos otros giros mal pagados, la clientela de las beneficencias judías difería de las de otras organizaciones caritativas. Los estibadores representaban la mayoría de los hombres que recibía ayuda de las organizaciones benéficas municipales y luteranas (van Leeuwen, 2000: 112). Por ser un importante puerto, Ámsterdam pasaba de una intensa actividad económica durante los meses cálidos a una

frecuente parálisis durante el invierno. Van Leeuwen argumenta de manera convincente que las autoridades de Ámsterdam adoptaban una política implícita de mantener a la fuerza laboral móvil en el sitio, al proporcionar apenas la ayuda suficiente a los pobres en la temporada baja como para permitir que los estibadores y trabajadores similares sobrevivieran el año sin emigrar; este mismo sistema permitió a las autoridades ejercer vigilancia moral y control.

Sin embargo, no todos los trabajadores de Ámsterdam dependían de la ayuda pública para los pobres. Los artesanos generalmente pertenecían a los gremios, los cuales otorgaban prestaciones mucho más altas, en comparación con la ayuda para los pobres, a sus miembros enfermos, discapacitados y ancianos, así como a las viudas y los hijos de artesanos fallecidos. En 1811, Ámsterdam tenía unos 14 mil miembros del gremio en una población total de aproximadamente 200 mil habitantes (van Leeuwen, 2000: 167). A medida que avanzaba el siglo xix, las sociedades mutualistas, los grupos de ayuda por enfermedad y las asociaciones funerarias se hicieron populares; para finales del siglo, alrededor del 40% de la población de la ciudad pertenecía a una algún tipo de asociación mutualista (van Leeuwen, 2000: 166). Pero todas estas variedades de redes de confianza operaban con aprobación oficial y bajo escrutinio público. Aunque van Leeuwen no lo expresa de esta manera, lo que describe es la integración de las redes populares de confianza a la política pública, las primeras fases de una transformación trascendental: la reversión de la segregación ancestral.

Peter Lindert, citando a van Leeuwen, ha generalizado enormemente la historia. En su análisis de un gran número de países, ha establecido con qué frecuencia la expansión económica ha llevado a la formación de sistemas de redistribución del gasto social, especialmente cuando los trabajadores adquirieron voz política. “Desde el siglo dieciocho”, comenta, “el aumento del gasto social basado en impuestos ha sido la causa principal del crecimiento del gobierno. Fue el gasto social, no la defensa nacional, el transporte público o las empresas gubernamentales lo que representó la mayor parte del aumento de los impuestos y el gasto de los gobiernos como parte del pib en los últimos dos siglos (Lindert, 2004: I, 20).

Pero el trabajo asalariado se volvió más central para las economías, primero en Occidente y luego en todo el mundo, y por ello se disparó el gasto social redistributivo. La mayor parte de ese aumento ha ocurrido recientemente: antes del siglo xx, como lo ilustra el caso de Ámsterdam, el gasto social nunca fue suficiente para mantener a los pobres en la inactividad, y mucho menos para

alejarlos de un empleo viable. A pesar de las críticas conservadoras en sentido contrario, Lindert cuestiona la opinión de que las prestaciones otorgadas por la asistencia social debilitan la iniciativa.

Lindert concluye que el gasto social estabilizó la fuerza laboral y aumentó su capacidad productiva. Por ello, pudieron darse incluso niveles muy altos de gasto a un costo neto pequeño o nulo para toda la economía. Los gobernantes de la ciudad de Ámsterdam previeron una estrategia que finalmente atrajo a capitalistas y autoridades de todo el mundo. Pero los capitalistas y las autoridades no se dejaron simplemente llevar a la deriva en un río irrestistible. El tipo de políticas que adoptaban los gobiernos, continúa Lindert, dependía estrechamente de la organización de las políticas públicas. Gran Bretaña encabezó a Europa en materia de ayuda a los pobres entre 1780 y 1834, porque sus grandes terratenientes invirtieron en retener su fuerza laboral agrícola. Pero cuando la Ley de Reforma de 1832 dio a los capitalistas industriales una nueva voz, se produjo un dramático recorte de las prestaciones (Lindert, 2004: I, 67–86).

Referencias

Adams, Julia (1994a). "The Familial State: Elite Family Practices and State-Making in the Early Modern Netherlands". *Theory and Society* 23: 505-540.

Adams, Julia (1994b). "Trading States, Trading Places: The Role of Patrimonialism in Early Modern Dutch Development". *Comparative Studies in Society and History* 36(2): 3193-3255.

Clark, Janine A. (2004). *Islam, Charity, and Activism: Middle-Class Social Networks and Social Welfare in Egypt, Jordan, and Yemen*. Bloomington: Indiana University Press.

Davids, Karel y Jan Lucassen (coords.) (1995). *A Miracle Mirrored: The Dutch Republic in European Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.

Dubin, Lois C. (1999). *The Port Jews of Habsburg Trieste: Absolutist Politics and Enlightenment Culture*. Stanford: Stanford University Press.

Evans, Sara M. y Harry C. Boyte (1986). *Free Spaces: The Sources of Democratic Change in America*. Nueva York: Harper & Row.

Glete, Jan (2002). *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch*

Republic, and Sweden as Fiscal-Military States, 1500-1660. Londres: Routledge.

't Hart, Marjolein (1993). *The Making of a Bourgeois State: War, Politics and Finance during the Dutch Revolt*. Manchester: Manchester University Press.

Kalyvas, Stathis N. (1999). "Wanton and Senseless? The Logic of Massacres in Algeria". *Rationality and Society* 11: 243-285.

Kepel, Gilles (2002). *Jihad: The Trial of Political Islam*. Cambridge: Harvard University Press.

Levi, Margaret (1997). *Consent, Dissent and Patriotism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Levine, David (1984). "Production, Reproduction, and the Proletarian Family in England, 1500-1851". En *Proletarianization and Family History*, coordinado por David Levine. Orlando: Academic Press, pp. 87-28.

Lindert, Peter H. (2004). *Growing Public: Social Spending and Economic Growth Since the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press (2 vols.).

Lis, Catharina y Hugo Soly (1979). *Poverty and Capitalism in Pre-Industrial Europe*. Atlantic Highlands: Humanities Press.

Lis, Catharina y Hugo Soly (1984). "Policing the Early Modern Proletariat, 1450-1850". En *Proletarianization and Family History*, coordinado por David Levine. Orlando: Academic Press.

Miskimin, Patricia Behre (2002). *One King, One Law, Three Faiths: Religion and the Rise of Absolutism in Seventeenth-Century Metz*. Westport: Greenwood.

Parsa, Misagh (2000). *States, Ideologies, and Social Revolutions: A Comparative Analysis of Iran, Nicaragua and the Philippines*. Cambridge: Cambridge University Press.

Polletta, Francesca (1999). "Free Spaces in Collective Action". *Theory and Society* 28: 1-38.

Singerman, Diane (1995). *Avenues of Participation: Family, Politics, and Networks in Urban Quarters of Cairo*. Princeton: Princeton University Press.

Singerman, Diane (2004). "The Networked World of Islamist Social Movements". En *Islamic Activism: A Social Movement Theory Approach*, coordinado por Quintan Wiktorowicz. Bloomington: Indiana University Press, pp. 143-163.

Skocpol, Theda (1998). "Did the Civil War Further American Democracy? A Reflection on the Expansion of Benefits for Union Veterans". En *Democracy, Revolution, and History*, coordinado por Theda Skocpol. Ithaca: Cornell University Press, pp. 73-101.

Tilly, Charles (1975). "Food Supply and Public Order in Modern Europe". En *The Formation of National States in Western Europe*, coordinado por Charles Tilly. Princeton: Princeton University Press.

Tilly, Charles (1984). "Demographic Origins of the European Proletariat". En *Proletarianization and Family History*, coordinado por David Levine. Orlando: Academic Press.

Van Leeuwen, Marco H. D. (2000). *The Logic of Charity: Amsterdam, 1800-1850*. Londres: Macmillan.

Volkov, Vadim (2002). *The Monopoly of Force: Violent Entrepreneurs in Russia's Emerging Markets*. Ithaca: Cornell University Press.

White, Richard (1991). *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wiktorowicz, Quintan (2001). *The Management of Islamic Activism: Salafis, the Muslim Brotherhood, and the State Power in Jordan*. Albany: suny Press.

[Notas]

[1] N.T. En francés en el original: retroceder para saltar mejor.

VII

Narrativas y explicaciones

21. ¿Por qué dar explicaciones?

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

Los primeros observadores trataron simplemente de descubrir qué estaba pasando. En la mañana del 11 de septiembre de 2001, a las 8:19 am, la azafata Betty Ong llamó a la Oficina de Reservas del Sudeste de American Airlines en Cary, Carolina del Norte. Llamaba desde el vuelo número 11 de American que había salido de Boston para Los Ángeles a las 8 de la mañana. En Carolina del Norte Nydia González tomó la llamada. Ong le dijo a González que unos secuestradores se habían apoderado de su vuelo, habían apuñalado a dos sobrecargos, habían matado al menos a un pasajero y la habían rociado a ella y a otros con una sustancia con la que les ardían los ojos y les resultaba difícil respirar (11 de septiembre de 2004: 5). A las 8:27, González transmitió la llamada de Ong a Craig Marquis, gerente en turno en el centro de operaciones de American Airlines en Forth Worth, Texas. Aproximadamente a la misma hora, los controladores de tráfico aéreo informaron que el vuelo había realizado un giro brusco hacia el sur, cerca de Albany, Nueva York. “¡Van a Nueva York!” el señor Marquis recuerda haber gritado. “Llama a Newark y a JFK y diles que se trata de un secuestro”, ordenó, suponiendo que los secuestradores aterrizarían el avión. “Ni por equivocación habría pensado que el avión iba a estrellarse contra un edificio”, afirmó Marquis (cbs News, 2002: 47). El veterano gerente de servicio, Marquis, imaginó de manera razonable el secuestro del vuelo número 11 como parte de otros vívidos episodios, durante los cuales los secuestradores habían exigido dinero, asilo o la liberación de presos políticos. Habían tomado el avión, supuso, para mantener el avión, su tripulación y sus pasajeros como rehenes a cambio de ciertas concesiones. Casi al mismo tiempo, los controladores de tráfico aéreo de Boston informaban al centro de comando de la Federal Aviation Administration que los secuestradores probablemente habían

tomado el control del avión (Duenes et al., 2004: A 16). Continuando con la crónica en susurros de lo que ocurría a bordo del avión, a las 8:38 Betty Ong informó que el avión estaba descendiendo. Su llamada fue interrumpida abruptamente a las 8:44 (9/11, 2004: 6).

Los secuestradores del vuelo 11 pronto demostraron que el razonamiento de Craig Marquis era incorrecto. Dos minutos después de que González perdió contacto telefónico con Betty Ong, el inspector en jefe del U.S. Customs Service, Kevin McCabe, miraba hacia el este desde la ventana de su oficina en Elizabeth, Nueva Jersey. “Tomaba café y hablaba por teléfono a las 8:46” informó más tarde a Steven Brill “cuando vio al primer avión impactarse en el World Trade Center. Sabiendo lo grande que era el avión, pensó que podría ser un ataque. Encendió la televisión y luego llamó a la Customs Office de Nueva York, ubicada en el World Trade Center, para averiguar qué estaba pasando” (Brill, 2003: 1). Unos minutos después de la llamada de McCabe a la sede, Bryant Gumbel transmitía para cbs News desde Manhattan. Acababa de escuchar que un avión no identificado se había estrellado contra el World Trade Center. A las 8:52, el primer testigo en el sitio fue Stewart Nurick, quien esperaba mesa en un restaurante en SoHo cuando “literalmente vi un [...] lo que parecía ser un avión pequeño [...] Sólo escuché un par de ruidos, parecía que rebotaba en el edificio, y entonces vi una gran bola de fuego en la parte superior del edificio. Y mucho humo, y lo que parecían ser escombros o vidrio que caían” (cbs News, 2002: 16).

Eran aproximadamente las nueve y dos minutos

Gumbel pasó a un tercer testigo, Theresa Renaud, que podía ver el World Trade Center desde su departamento en la Octava avenida y la Calle 16, unas dos millas al norte del centro. “Hace aproximadamente diez minutos”, informó Renaud,

hubo una gran explosión cerca del piso 80 —parece que afectó de cuatro a ocho pisos. Llamas enormes salen del lado norte y también del lado este del edificio. Grandes llamas salen del lado norte y también del lado este del edificio. Fue una explosión muy fuerte, seguida de llamas, y parece que el edificio todavía está incendiándose dentro.

¡Oh, hay otro —otro avión acaba de chocar [jadeos; gritos] ¡Oh, Dios mío!, otro avión acaba de chocar. Chocó contra otro edificio, se estrelló justo en medio del edificio. ¡Dios mío, está justo en medio del edificio!

Gumbel

: ¿Se estrelló [en la Torre 2]?

Renaud

: Sí, sí, justo en medio del edificio [...] Eso fue sin duda [...] a propósito.

Gumbel

: ¿Por qué dice que sin duda fue a propósito?

Renaud

: Porque simplemente voló directamente contra él.

(

cbs

News, 2002: 18)

El cineasta Jules Naudet, quien producía un documental sobre una compañía de bomberos del centro de Manhattan, fue a la escena con el jefe de batallón después de que el primer avión se estrellara contra el World Trade Center. Estaba filmando las maniobras de los bomberos en el vestíbulo de la Torre Norte, la primera torre golpeada, cuando el segundo avión se estrelló contra la otra: “de repente escuchamos una explosión que venía del exterior y, cuando me volví para mirar por las ventanas, vi escombros en llamas cayendo en el patio y luego escuché una llamada de radio que anunciaba que la Torre 2 había sido golpeada por otro avión. Cualquier idea de que esto simplemente era un terrible accidente se desvaneció: Nueva York estaba bajo ataque” (cbs News, 2002: 23). Washington, D.C. también estaba siendo atacada. Una incomprensible calamidad había comenzado.

Cuando los aviones comerciales secuestrados se estrellaron contra el World Trade Center de Nueva York, el Pentágono en Washington y un campo de Pensilvania esa mañana de septiembre, en todo el mundo la gente comenzó a preguntarse el porqué: ¿por qué alguien había perpetrado esta feroz violencia?, ¿por qué contra Estados Unidos?, ¿por qué las autoridades estadounidenses no habían evitado la agresión? Los observadores pronto pasaron de simplemente entender lo que estaba sucediendo a buscar las explicaciones del desastre. Los

participantes directos enfrentaron el desafío doble de encontrar razones tanto para el terrible episodio en su conjunto como para los incidentes específicos que habían padecido, presenciado o causado. En la escena, los equipos de emergencia activaron sus rutinas sin hacer demasiadas preguntas. Sin embargo, mientras trabajaban empezaron realmente a buscar explicaciones creíbles para el desastre que estaban presenciando. Por ejemplo, el paramédico del Departamento de bomberos de Nueva York, Gary Smiley, trabajaba horas extras en el centro de Brooklyn cuando la radio de su ambulancia transmitió la noticia de que un avión se había estrellado contra la torre norte de 110 pisos (Torre 1) del World Trade Center. La llamada había llegado a las 8:48 am. Pocos minutos después, la tripulación de Smiley se apresuró a cruzar el puente de Brooklyn hacia Manhattan.

Smiley estableció un área de triaje entre las dos torres. Estaba cargando a una mujer herida que acababa de salir de la Torre 1 al otro lado de la calle cuando ella comenzó a gritar “avión”. Él levantó la vista y vio el segundo avión golpear la Torre Sur (Torre 2). Eran las 9:03 am, sólo 17 minutos después del primer ataque. Los escombros comenzaron a caer sobre ellos, así que a mitad de la calle empujó a la mujer al suelo y se tiró encima de ella. Un brazo humano cercenado en llamas le quemó la espalda. “Fue un caos” informó más tarde. “Todos corrían de un lado a otro. Luego algo se encendió en mi mente. Sabía exactamente lo que estaba pasando. Estuve allí en 1993 cuando pusieron una bomba en el edificio. Terminé cuidando a cien personas en toda la calle frente al Hotel Millennium. Entonces supe que era un ataque. Es lo que empezamos a decirle a la gente y eso es lo que los puso en movimiento” (Fink y Mathias, 2002: 33). Primero, Smiley entendió sus propias explicaciones sobre lo que estaba pasando y luego informó a otros sobre ello y, según su relato, la gente no sólo aceptó sus explicaciones, sino que reaccionaron de inmediato. Llevó su ambulancia a una ubicación más segura, evadió los cuerpos de quienes se arrojaban desde los pisos más altos de la Torre Norte y se dirigió a la torre para comenzar operaciones de rescate. En ese momento (9:50 am) la Torre Sur cayó en ruinas incendiadas.

¿Cuáles son las razones de ser de este libro?

En el momento en que los testigos en el World Trade Center y el Pentágono buscaban explicaciones, siguieron una rutina humana extremadamente común. Incluso podríamos definir a los seres humanos como animales que dan explicaciones. Mientras que en ciertas definiciones otros primates emplean lenguaje, herramientas e incluso la cultura, sólo los humanos comienzan a ofrecer y exigir explicaciones cuando son jóvenes y luego durante toda su vida siguen buscando respuestas.

Las explicaciones proporcionan respuestas organizadas a la pregunta “¿por qué X produce (produjo, debería producir) Y?”. X puede ser tú mientras me dices por qué llegaste tarde a nuestro encuentro, o puedo ser yo mientras explico cómo me gané la lotería, o los secuestradores que pilotearon el avión contra el World Trade Center y el Pentágono. X no tiene que ser una persona o personas; X puede ser Dios, espíritus malignos, el Islam, el comunismo o sencillamente “Ellos”. X significa a veces individuos, grupos, organizaciones, categorías, fuerzas o entidades invisibles. X produce Y.

El desastre del World Trade Center suscitó que se presentaran explicaciones en múltiples niveles, entre ellas:

¿Por qué los secuestradores tomaron los aviones y los estrellaron contra las torres?

¿Por qué los edificios estallaron en llamas y colapsaron?

(En el caso de un participante) ¿Por qué me comporté como lo hice? Nosotros ¿por qué (quienquiera que seamos) nos comportamos como lo hicimos?

(En los casos de participantes y observadores) ¿Por qué los demás (considerados como individuos o como grupos) se comportaron como lo hicieron?

¿Qué causa el terrorismo?

¿Qué causa la violencia en general?

Moviéndonos entre varios niveles, este libro indaga de manera empática pero inquisitiva el hecho de dar explicaciones. Pregunta cómo, por qué y de qué maneras las personas proporcionan explicaciones para las cosas que hacen, que otros hacen, que les suceden a ellos o les suceden a otras personas; no grandes explicaciones generales de la vida, el mal o la fragilidad humana, sino más bien las razones concretas que diferentes tipos de personas ofrecen o aceptan mientras realizan sus actividades cotidianas, se ocupan de sus problemas, se juzgan mutuamente o enfrentan emergencias como la tragedia del 11 de septiembre.

Este libro se enfoca en el aspecto social del ofrecimiento de explicaciones: cómo la gente comparte, se comunica, se disputa y modifica colectivamente los motivos aceptados, en lugar de indagar cómo procesan los sistemas nerviosos la nueva información a medida que ésta ingresa. Poco le importa si las explicaciones que dan las personas son correctas o incorrectas, buenas o malas, plausibles o inverosímiles: más bien se concentra en el proceso social de ofrecer explicaciones. Tampoco dedica mucho tiempo a las discusiones intelectuales generales sobre por qué las cosas ocurren como lo hacen, y mucho menos sobre cómo resolver amplios desacuerdos acerca de las razones de grandes acontecimientos.

Los ataques del 11 de septiembre inspiraron muchos debates. “No está a discusión”, comentan los editores de un libro sobre las implicaciones del 11 de septiembre, “que la importancia subyacente del 11 de septiembre sólo puede ser comprendida cuando se coloca en todo su contexto, pero los límites mismos de ese contexto son sujetos de intensa disputa” (Hershberg y Moore, 2002: 1). Las explicaciones serias propuestas sobre el 11 de septiembre, prosiguen los editores, incluyen el fanatismo de al-Qaeda, la política exterior estadounidense equivocada, las características peculiares de los regímenes del Medio Oriente, el colapso de un orden mundial previamente estable (aunque peligroso), etc. Todos esos temas me son bastante conocidos. La mayor parte de mi propio trabajo profesional implica entender las razones de los procesos políticos a gran escala: por qué ocurren las revoluciones, qué causa la democratización y la desdemocratización, por qué el terrorismo adopta tantas facetas, etc. Sin embargo,

en vez de resolver preguntas políticas más amplias, este libro se concentra en el proceso social de ofrecer explicaciones de persona a persona. El ofrecimiento de explicaciones resulta ser trascendental también a este nivel.

Dar explicaciones, como lo veremos pronto, conecta a la gente entre sí, aun cuando a los observadores pueda parecerles que las explicaciones son frágiles, artificiales o fantásticas. En situaciones inciertas, como los ataques del 11 de septiembre, la mayoría de la gente primero adapta explicaciones de lo que está sucediendo a partir de modelos aprendidos a través de la interacción con otras personas. Los modelos disponibles varían mucho de un grupo a otro, de una situación a otra y de una relación a otra. No obstante, independientemente de su contenido, las explicaciones proporcionan justificaciones para los diferentes tipos de comportamientos y relatos compartidos de lo que está sucediendo. También presentan afirmaciones acerca de las relaciones entre quienes ofrecen y reciben esas explicaciones.

Variedades de explicaciones

Ya sean funcionarios públicos, equipos de emergencia o estudiantes de colegios comunitarios, la gente no se da ni a sí misma ni a otras personas explicaciones debido a un deseo universal de verdad o coherencia. A menudo se conforma con explicaciones superficiales, contradictorias, deshonestas o, al menos desde el punto de vista de un observador, descabelladas; no importa lo que esté haciendo cuando ofrece explicaciones, es claro que la gente está negociando su vida social; está diciendo algo sobre las relaciones entre ellos y quienes escuchan sus explicaciones. El emisor y el receptor están confirmando, negociando o reparando su conexión adecuada.

Las explicaciones comúnmente ofrecidas se dividen en cuatro categorías superpuestas.

Convenciones: explicaciones convencionalmente aceptadas de incumplimiento, alteración, distinción o buena fortuna: “mi tren llegó tarde”, “finalmente llegó tu turno”, “es muy educada”, “es un suertudo”, etc.

Relatos: narrativas explicativas que incorporan causa y efecto en fenómenos extraños o de acontecimientos excepcionales como la catástrofe del 11 de septiembre, pero también en otros como la traición de un amigo, ganar un gran premio o encontrarse con un compañero de clase en las pirámides de Egipto 20 años después de la graduación.

Códigos que rigen acciones como los juicios legales, la penitencia religiosa o la entrega de medallas.

Explicaciones técnicas de los resultados en los primeros tres: la manera en que un ingeniero estructural, un dermatólogo o un cirujano ortopédico podrían explicar qué le sucedió a Elaine Duch en el piso 88 del World Trade Center después de que un avión secuestrado se estrelló contra el edificio el 11 de septiembre.

Cada una de las cuatro formas de dar explicaciones tiene propiedades distintivas. El contenido de cada una de ellas varía según las relaciones sociales entre el emisor y el receptor. Cada una de ellas, entre otras consecuencias, tiene efectos en dichas relaciones sociales, reafirmando una relación existente, reparándola, exigiendo una nueva o negando una afirmación relacional. Pero los cuatro tipos de explicaciones dadas difieren mucho en forma y contenido. Cada una puede ser válida de formas distintas que las otras.

Los convenios no pretenden proporcionar relatos causales adecuados. Si empiezo a explicar en detalle por qué derramé mi café sobre tu periódico (que dormí mal durante la noche, que he estado preocupado por mi trabajo, que recientemente tengo un temblor difícil de controlar), es muy posible impacientarse. “¡Lo siento, soy muy torpe!” podría bastar, especialmente si te ofrezco un periódico nuevo (“disculpa, me tropecé con la alfombra” también podría tener el mismo efecto). Las convenciones varían enormemente de acuerdo con las circunstancias sociales; si existe incumplimiento, alteración o buena suerte idénticos, una explicación que podría satisfacer a un compañero de asiento en el autobús generalmente no tranquilizará a nuestro cónyuge. Las convenciones afirman, confirman, reparan o niegan las relaciones sociales. Por lo tanto, difieren mucho según las relaciones sociales en juego.

Sin embargo, los acontecimientos excepcionales y los fenómenos desconocidos implican diferentes explicaciones del porqué; implican relatos. A quienes experimentan un fracaso atroz, una victoria notable, un paso en falso monumental, una tragedia compartida o sonidos misteriosos en la noche, no les basta un simple “sólo fueron los frenos”. Tratan también de adecuar las explicaciones a las circunstancias y las relaciones sociales en cuestión, pero entonces las explicaciones son más poderosas. De modo semejante, las principales transiciones de la vida como el matrimonio, el divorcio o la muerte de un padre implican relatos más poderosos que los que proporcionan las convenciones. En general, las explicaciones de acontecimientos excepcionales complementan aquellas que tienen al menos algún indicio de justificación o de condena: “la empresa me dio una bonificación mayor que la tuya porque trabajé más y vendí más computadoras”. Las afirmaciones implícitas sobre la calidad, intensidad, resistencia y propiedad de las relaciones entre transmisores y receptores (de explicaciones) superan con creces las afirmaciones vinculadas a las convenciones.

Los relatos importan mucho en la vida social debido a tres características particulares. Primero, reelaboran y simplifican los procesos sociales, de modo que éstos estén disponibles para ser relatados; “X hizo Y a Z” transmite una imagen memorable de lo que pasó. Segundo, incluyen graves imputaciones de responsabilidad y de ese modo se prestan a evaluaciones morales: “yo obtengo el reconocimiento”, “él es el culpable”, “nos jugaron sucio”. Esta segunda característica hace que los relatos sean enormemente valiosos para hacer una evaluación posterior a los hechos y ayuda a dar cuenta de los recuentos cambiantes de alguien sobre sucesos en los que fueron menos que heroicos. Tercero, los relatos pertenecen a las relaciones en cuestión y, por lo tanto, varían de una relación a otra; un entrevistador en la televisión obtiene un relato distinto de la derrota en un juego de fútbol del que los jugadores se cuentan entre sí.

Además, los relatos truncan las conexiones de causa y efecto. Suelen convocar a un número limitado de actores, cuyas disposiciones y acciones causan todo lo que sucede dentro de un tiempo y espacio delimitados. Los actores incluyen a veces seres sobrenaturales y fuerzas misteriosas (por ejemplo, la brujería como explicación de la desgracia), pero las disposiciones y las acciones de los actores explican lo que sucedió. Como consecuencia, los relatos minimizan o inevitablemente omiten los roles causales de los errores, las consecuencias imprevistas, los efectos indirectos, incrementales y simultáneos, los efectos de la retroalimentación y medioambientales (Tilly, 1995, 1996). Éstos se someten a los modos dominantes de la narrativa. De hecho, la mayor parte de la explicación inicial del 11 de septiembre fue en forma de relatos. A diferencia de los relatos, los códigos no necesitan dar demasiadas explicaciones, con tal de que se ajusten siempre a las reglas disponibles (cuando serví en la Marina de Estados Unidos como oficial de suministros y erogaciones apegado a las normas, el veterano suboficial Edward McGroarty, quien ayudó a mi capacitación, solía bromear: “no hay explicación, ¡son las reglas!”). Principios religiosos, códigos legales y sistemas prestigiosos de distinciones están llenos de explicaciones, pero éstas describen más cómo se ajusta lo que pasó al código en cuestión, que lo que realmente causó ese resultado. Terceras partes, como jueces, sacerdotes y comités de premios son quienes siempre ofrecen explicaciones según los códigos.

Una vez, cuando Louise Tilly y yo queríamos copiar unos registros importantes y voluminosos sobre los hogares del siglo xix en Milán, tuvimos un encuentro iluminador con los códigos propuestos por el *ragionier* (contador) Ciampan, director de los archivos municipales de Milán. Al principio, el *ragionier* negó

nuestra solicitud, diciendo que sólo el alcalde de la ciudad podía autorizar a extraños el uso de los registros. Cuando movimos algunas influencias y volvimos con una carta del alcalde, le pregunté al racionier cuándo podría comenzar a instalar mi cámara; el hombrecito se enfiló hacia un enorme libro de normas municipales que se encontraba en un atril al lado de la ventana, lo abrió en un pasaje que decía que “ninguna persona ajena a los archivos puede fotografiar sus contenidos”, puso su mano sobre el gran libro, levantó su otra mano en el aire y declaró: “estoy obligado por la ley”. Con mucho trabajo copiamos los registros a mano.

Finalmente, los recuentos técnicos varían enormemente con respecto a la estructura interna y el contenido, pero lo que tienen en común es la pretensión de identificar conexiones de causa y efecto confiables. Mientras reflexionaba sobre su intento inútil de abrir a patadas una puerta a prueba de fuego en el piso 76 del World Trade Center, Gerry Gaeta complementó su relato inicial sobre la perspicacia de los terroristas con uno de causa y efecto con base en su experiencia como arquitecto. Los ingenieros estructurales centran sus conexiones de causa y efecto en principios mecánicos, los médicos en la dinámica de los organismos y los economistas en procesos impulsados por el mercado. Aunque ingenieros, médicos y economistas a veces se esfuerzan para justificar su experiencia cuando están bajo ataque, demostrando sinceramente que llegaron sus conclusiones a través de procedimientos profesionales ampliamente aceptados, en conjunto centran sus explicaciones en presuntas causas y efectos. Los respaldan profesiones enteras y conjuntos organizados de conocimiento profesional.

Así pues, en términos generales las explicaciones del porqué se distribuyen de este modo:

Cuadro sin título

De izquierda a derecha, el diagrama representa hasta qué punto los esquemas ordenados, disciplinados e internamente coherentes dominan las explicaciones dadas, donde las “populares” son ampliamente accesibles y las “especializadas” dependen de una amplia capacitación en el discurso. De arriba a abajo, el diagrama se organiza a partir de una correspondencia de X a Y, en la que prevalecen los criterios de pertinencia más que de causalidad (fórmulas), hasta el

rastreo de procesos causales de X a Y (relatos de causa y efecto). Obviamente, el esquema ordena las afirmaciones de los emisores y/o los receptores en lugar de que terceras partes (incluyendo tú y yo), hagan un juicio sobre su idoneidad.

Los cuatro tipos de explicaciones por lo general realizan un trabajo relacional. El trabajo más invisible simplemente confirma la relación entre el transmisor y el receptor, a saber, el hecho de ofrecer explicaciones a menudo establece relaciones, como en el caso de un entrevistador que explica el propósito de un sondeo cuando llama para preguntar sobre las preferencias en comida, televisión o política. A veces negocia relaciones, como cuando el autor de una explicación técnica muestra sus credenciales profesionales para obtener el respeto y la obediencia del interlocutor. Finalmente, dar explicaciones sirve para reparar relaciones, como cuando alguien que ha hecho daño a otra persona cuenta una historia para demostrar que el daño fue inadvertido o inevitable y, por ende, pese a las apariencias, no tiene un efecto negativo en la relación entre el transmisor y receptor. La frase “lo siento, pero...”, a menudo comienza un relato que repara relaciones. Tanto las fórmulas como las narrativas de causa y efecto realizan un trabajo relacional. Las explicaciones especializadas también varían notablemente de una disciplina a otra; los teólogos elaboran tanto códigos como explicaciones técnicas que difieren profundamente de las propuestas por los médicos.

Los lectores informados deben evitar un par de suposiciones fáciles y erróneas: que las explicaciones populares constituyen versiones de códigos y recuentos técnicos inferiores, ignorantes y excesivamente simplificadas y que, en consecuencia, las personas verdaderamente informadas nunca recurren a convenios o relatos. Los informados cometemos fácilmente ese error porque muchas veces tenemos que traducir nuestros propios códigos o relatos técnicos en términos que quienes trabajan en otros registros lingüísticos puedan comprender.

En la vida cotidiana, todos utilizamos conocimientos prácticos, y lo hacemos no sólo a partir de la experiencia individual sino también de los entornos sociales en los que vivimos. El conocimiento práctico va desde la lógica de la pertinencia (fórmulas) a explicaciones verosímiles (consideraciones de causa y efecto). La pertinencia y la verosimilitud varían de un entorno social a otro.

Dar explicaciones se parece a lo que ocurre cuando las personas se enfrentan a relaciones sociales desiguales en general (Bashi Bobb, 2001; Burguière y Grew, 2002; Fitch, 1998; Gould, 2003; Schwartz, 1975; Scott, 1990; Tilly, 2001).

Quienes participan en relaciones sociales desiguales pueden detectar, confirmar, reforzar o desafiarlas, pero al hacerlo, utilizan modos de comunicación que indican cuál de éstas realizan en ese momento. De hecho, la capacidad de dar explicaciones sin cuestionamiento generalmente va de la mano de una posición de poder. En casos extremos, tales como oficinas de altos funcionarios y profesiones organizadas, lo que se espera es que se den explicaciones confiables (Abbott, 1988). Pase lo que pase, cuando se dan explicaciones, transmisores y receptores negocian definiciones de su igualdad o desigualdad.

Aquí hay algunas posibilidades que sugiere la analogía entre la negociación de la desigualdad y el otorgamiento de explicaciones.

Dentro de sus propias jurisdicciones, los transmisores profesionales promueven y refuerzan la prioridad de los códigos y los recuentos técnicos sobre los convenios y narrativas.

En particular, los transmisores profesionales generalmente son capaces de traducir convenios y relatos en sus registros lingüísticos preferidos y de capacitar a otras personas para colaborar en dicha traducción.

De ahí que entre mayor sea la profesionalización del conocimiento en cualquier entorno social, mayor es el predominio de códigos y relatos técnicos.

En la medida en que las relaciones entre el transmisor y el receptor sean distantes y/o el primero ocupe un cargo superior, éste proporciona fórmulas en vez de relatos de causa y efecto.

Los transmisores que ofrecen fórmulas presumen así su superioridad y/o su distancia.

Normalmente, los receptores cuestionan tales aseveraciones (si es que lo hacen), exigiendo relatos de causa y efecto.

En general, tales exigencias aparecen en forma de expresiones de escepticismo sobre la fórmula propuesta y solicitan detalles sobre cómo y por qué realmente ocurrió algo.

Sin embargo, en el caso de códigos presentados de manera autoritaria, un

receptor hábil puede también cuestionar las razones dadas al emplear el código y demostrar que el transmisor ha hecho mal uso de él.

Incluso ante la presencia de un distanciamiento y/o desigualdad, cuando el receptor cuenta con un poder visible para afectar el bienestar subsecuente del transmisor, este último pasa de las fórmulas a los relatos de causa y efecto.

Casi todos nos sentimos más cómodos al cuestionar las explicaciones ofrecidas por los choferes de taxis que las propuestas por un médico, pero en ambos casos, entre otras cosas, estamos negociando definiciones de las relaciones entre nosotros.

En mi trabajo como historiador y científico social, inevitablemente presto más atención al análisis histórico y social que a otras formas de pensamiento. No obstante, espero que al final de este libro, hasta los lectores que dudan acerca del poder explicativo de la historia y la ciencia social adquieran un mejor entendimiento sobre lo que sucede cuando las personas comienzan a dar, recibir y negociar explicaciones.

Referencias

9/11. National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States (2004). The 9/11 Commission Report. Nueva York: Norton.

Abbott, Andrew (1988). The System of Professions: An Essay on the Division of Expert Labor. Chicago: University of Chicago Press.

Bashi Bobb, Vilna (2001). "Neither Ignorance nor Bliss: Race, Racism, and the West Indian Immigrant Experience". En Migration, Transnationalization, and Race in a Changing New York, coordinado por Héctor R. Cordero-Guzmán, Robert C. Smith y Ramón Grosfoguel, 212-238. Filadelfia: Temple University Press.

Brill, Steven (2003). After: How America Confronted the September 12 Era. Nueva York: Simon and Schuster.

Burguière, André y Raymond Grew (coords.) (2002). The Construction of Minorities: Cases for Comparison Across Time and Around the World. Ann Arbor: University of Michigan Press.

CBS News (2002). What We Saw. Nueva York: Simon and Schuster.

Duenes, Steve, Matthew Ericson, William McNulty, Brett Taylor, Hugh K. Truslow, y Archie Tse (2004). "Threats and Responses: On the Ground and in the Air". New York Times, 18 de junio.

Fink, Mitchell y Lois Mathias (2002). *Never Forget: An Oral History of September 11, 2001*. Nueva York: Harper Collins.

Fitch, Kristine L. (1998). *Speaking Relationally: Culture, Communication, and Interpersonal Connection*. Nueva York: Guilford.

Gould, Roger V. (2003). *Collision of Wills: How Ambiguity about Social Rank Breeds Conflict*. Chicago: University of Chicago Press.

Hershberg, Eric y Kevin W. Moore (coords.) (2002). *Critical Views of September 11: Analyses from Around the World*. Nueva York: The New Press.

Schwartz, Barry (1975). *Queuing and Waiting: Studies in the Social Organization of Access and Delay*. Chicago: University of Chicago Press.

Scott, James C. (1990). *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.

Tilly, Charles (1995). "To Explain Political Processes". *American Journal of Sociology* 100: 1594-1610.

Tilly, Charles (1996). "Invisible Elbow". *Sociological Forum* 11: 589-601.

Tilly, Charles (2001). "Relational Origins of Inequality". *Anthropological Theory* 1: 355-372.

22. Crédito, culpa y vida social

Charles Tilly

[\[Regresar al índice \]](#)

En la escalofriante novela Crimen y castigo de Dostoievski, Rodion Romanovich Raskolnikov, exalumno, pobre y enfermo, figura primero como antihéroe y al final como héroe. Al principio del libro, Raskolnikov baja las escaleras de su destartalada habitación hacia la calle San Petersburgo. Mientras reflexiona sobre el crimen que está contemplando, murmura para sí mismo:

Hummm [...] sí [...] el destino del mundo está en manos de un hombre, y sin embargo, sólo por cobardía deja que sucedan las cosas [...] Es una obviedad [...] Es curioso, ¿qué es lo que el hombre más teme? Un nuevo paso, y especialmente, una nueva palabra, eso es lo que más teme. Pero, estoy hablando demasiado. Es por eso que no hago nada, porque estoy siempre hablando. O tal vez hablo tanto justamente porque no puedo actuar (Dostoievski, 1964 [1866]: 1-2).

Raskolnikov se arma de coraje, o de frenesí, para cometer un acto brutalmente violento. Con un hacha robada, asesina a la anciana prestamista Ivanovna, arranca un bolso grasiento del cuello de la anciana, se llena los bolsillos de objetos empeñados de un cofre hallado debajo de su cama, deja miles de rublos en una cómoda cercana y mata a la sufrida hermana de la anciana, Lizaveta Ivanovna, cuando llega inesperadamente.

Entonces, Raskolnikov huye aterrorizado por las escaleras, casi es atrapado al

salir, se apresura a su miserable habitación, se acuesta febril y exhausto, se levanta para salir con su botín, lo esconde debajo de una gran piedra en un patio lejano, y nunca saca las ganancias obtenidas de su escondite. La mayor parte de la novela gira en torno a cambios en las relaciones entre Raskolnikov y otras personas a medida que la policía imperial cierra su red a su alrededor. Antes del sentimental final del libro, Raskolnikov sigue siendo incapaz de devolver el amor y la admiración que los amigos y la familia le prodigan a pesar de su trato grosero. Con su brutal violencia, Raskolnikov espera mantenerse confusamente por encima del crédito y la culpabilidad. Sin embargo, durante su juicio, los testigos testifican acerca de una serie de actos extraordinariamente caritativos e incluso heroicos que Raskolnikov había realizado mientras estaba en la universidad: apoyar al padre viejo y enfermo de un compañero de clase muerto, rescatar a niños de un cuarto en llamas y más. Esos hechos, su confesión voluntaria y su enfermedad debilitante le merecen una pena de prisión de tan sólo ocho años. Pero Raskolnikov no se atribuye el mérito de la caridad y el heroísmo. Se identifica con héroes como Napoleón. Ellos, piensa, daban por sentado sus buenas obras. No dudaron en destruir por el bien de la humanidad.

Más tarde, purgando en una prisión siberiana por su crimen, Raskolnikov reflexiona nuevamente:

Mi conciencia está tranquila. Por supuesto, se ha cometido un acto ilegal; por supuesto, la ley escrita se ha roto y se ha derramado sangre; pues bien, tomen mi cabeza para satisfacer la ley escrita [...] ¡y hasta ahí! Por supuesto, si ese fuera el caso, muchos benefactores de la humanidad que no heredaron el poder, sino que lo tomaron para sí, debieron haber sido castigados en sus primerísimos pasos. Pero los primeros pasos de esos hombres se llevaron a cabo con éxito, y por lo tanto tenían razón, mientras que los míos fallaron, lo que significa que yo no tenía derecho a permitirme ese paso (Dostoievski, 1964: 521).

Aunque está pagando la pena por su crimen con trabajo forzado en Siberia, Raskolnikov todavía se niega a aceptar la culpa.

En las escenas finales de su libro, sin embargo, Dostoievski rompe el hechizo sombrío. El amor de Sonya, la ex prostituta que ha acompañado a Raskolnikov a

Siberia, redime al antihéroe y lo lleva hacia una nueva vida. Al final, Dostoievski dibuja el paralelo con Cristo que resucita a Lázaro de entre los muertos. La vida, para Raskolnikov, finalmente implica ganarse el crédito (reconocimiento) y asumir la culpa. Tal vez los Napoleones del mundo puedan escapar de las obligaciones de las relaciones humanas, nos dice Dostoievski. Los demás, dice, no tenemos más remedio que asumir la responsabilidad de nuestros actos, buenos o malos.

La lección es de doble filo: la vida social implica tomar o dar crédito y culpa, pero la asignación de éstos también implica relaciones con otras personas. Los nihilistas, los santos y los utilitaristas pueden imaginar mundos en los que las relaciones con otros humanos no importan siempre que las cuentas salgan bien con el cosmos, con los dioses o con la humanidad en general: rechazan su propia humanidad. El gran esfuerzo de Raskolnikov para escapar del crédito y la culpa por sus acciones estableció el argumento. Al hacerlo, negaba sus obligaciones con otras personas, incluida su madre, su hermana, su compañera Sonya y su fiel amigo Dmitri Prokofych Razumikhin. Sin embargo, para los demás, los mortales comunes, relacionarse con determinadas personas es vital.

Siguiendo ese principio, este libro examina cómo las personas asignan el crédito y la culpa de las cosas que salen bien o mal. Muestra que dar crédito y culpar son actos fundamentalmente sociales. Son doblemente sociales: primero, quienes viven con otros no se conforman con la indiferencia de Raskolnikov a la responsabilidad. En vez de ello, insisten en que no importa si las cosas van bien o mal, alguien las causó y debe asumir la responsabilidad de las consecuencias. No se conforman con atribuir las consecuencias a la suerte o al destino.

Segundo, la gente se empeña en asignar esa responsabilidad a alguien, incluidos ellos mismos, y se quejan a gritos cuando otros no les reconocen el crédito o la culpa. De qué manera la gente da crédito o culpa a los demás, o en todo caso la piden para sí mismos depende, en primera instancia, de las relaciones preexistentes entre el acreedor y el acreditado, el acusador y el culpable. Pero el acto mismo de dar crédito y culpar define, o redefine, las relaciones entre las partes. Este libro muestra cómo.

Piensen en su vida cotidiana. Simplemente escuchen las conversaciones de otros durante el almuerzo, el descanso o en el autobús.

Las historias sobre crédito y culpa no sólo despiertan el interés efímero en los

relatos acerca de dinosaurios recién descubiertos, el último romance de una estrella de cine o de automóviles antiguos que circulan en la calle. Provocan empatía. Son impactantes porque aluden a nuestras propias vidas, tengamos o no algún vínculo directo con quienes están involucrados. Cómo veremos, en la guerra, la paz, la política, la economía y la vida social cotidiana, para la gente es muy importante la distribución adecuada del crédito y la culpa. Este libro, Why? se pregunta cómo son asignados.

La vida social del crédito y la culpa

Los orígenes de las palabras “crédito” y “culpa” comunican claramente su base social. El crédito proviene del credere latino, de confiar o creer. El participio pasado del verbo creditum significa algo confiado a otra persona, incluido un préstamo. Ningún crédito podría existir sin una relación entre quienes lo otorgan y quienes lo reciben. El culpar (blame) proviene del latín blasphemare, de injuriar o blasfemar. La culpabilidad solo tiene sentido cuando existe alguna relación entre el acusador y el culpable (por supuesto, a veces la gente culpa al destino, a su mala suerte, a los espíritus malignos, a los dioses o hasta a sí mismos por su mala fortuna. Pero incluso en estos casos extremos están hablando de las relaciones entre ellos y quienes provocaron su desgracia).

Quienes otorgan o reciben crédito y culpa se preocupan mucho por la justicia y sus errores. Los observadores, sin embargo, no debemos preocuparnos tanto sobre lo han hecho bien. Este libro no busca principios generales del bien y del mal. Más bien nos preguntamos cómo se asigna el crédito y la culpa, no importa lo correcta que dicha asignación nos parezca, según nuestros estándares personales.

Podríamos pensar que se trata principalmente de una pregunta cognitiva y emocional: ¿qué agitaciones mentales y viscerales hacen que un individuo concluya que alguien merece crédito o culpa por algo que ha sucedido? Charles Darwin planteó el problema.

El tercer gran libro de Darwin, El descenso del hombre, se centró en las bases cognitivas y emocionales de la moral. Darwin expuso cuatro causas probables del sentido moral humano: 1) compasión instintiva por todos los animales superiores por los miembros de sus propios grupos sociales; 2) recuerdos de acciones y motivaciones anteriores que refuerzan la satisfacción de hacer que los instintos sociales perdurables prevalezcan sobre los deseos de corto plazo; 3) el refuerzo de las dos primeras mediante el lenguaje y la comunicación con otros miembros del grupo, y 4) el hábito, que incluye la “obediencia a los deseos y el juicio de la comunidad” (Wilson, 2006: 818) .

Aunque Darwin no destacó el crédito y la culpa directamente, llegó a una conclusión:

Cuando un hombre recuerda algún deseo o instinto que produzca una acción opuesta al bien de los demás, y aún le parece tan o más fuerte que su instinto social, no se arrepentirá de haberlo seguido; pero estará consciente de que, si sus compañeros conocieran su conducta, la desaprobarían; y de ocurrir, son pocos los que carecen de la compasión necesaria como para no sentirse incómodos (Charles Darwin, citado en Wilson, 2006: 829-830).

En esta época, los psicólogos y neurocientíficos pocas veces usan la palabra “instinto”. Sin embargo, ahora que pueden realizar experimentos y simultáneamente observar cómo funciona el cerebro, están confirmando el argumento general de Darwin: los principios morales sociales evolucionaron en los animales superiores y dependen, al menos en parte, de las relaciones con otros miembros del grupo y del castigo proporcional a las faltas (Cushman, 2006; Hauser, 2006). Además, hasta cierto punto, casi todos los seres humanos prefieren comportarse de manera que obtengan la aprobación de sus semejantes (Brennan y Pettit, 2004). La mayoría rechazamos como modelo a Raskolnikov. Por ello, al pensar en el crédito y la culpa, nos enfrentamos a una elección interesante. Podríamos concentrarnos en los profundos procesos psicológicos individuales, innatos o aprendidos, que ocurren mientras la gente asigna el crédito y la culpa; o podríamos centrarnos en cómo se tratan entre sí al asignarlos. Este libro toma la segunda opción. Si bien respeta las propensiones morales incorporadas, destaca tres preguntas fascinantes relacionadas: ¿qué procesos sociales hacen que se señale a este individuo o al otro como digno de crédito o culpa? Y al señalar a alguien en este sentido, ¿qué hace la gente al respecto? ¿Cómo afecta su vida la asignación de crédito y culpa?

Todos tenemos suficiente experiencia personal con el crédito y la culpa para comparar las explicaciones generales con nuestras propias observaciones. La única vez que he sido despedido de un trabajo, por ejemplo, ocurrió en un suburbio de Chicago, Elmhurst, durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando era adolescente, sacaba bastante dinero para mis gastos en una tienda de abarrotes del vecindario después de la escuela y los fines de semana, descargando

suministros, llenando estantes, barriendo pisos y ayudando con las entregas a domicilio.

Un día, un chico de la tienda, más grande y fuerte, y yo desempacábamos apilábamos cajas de cereal, e inventamos (la memoria egoísta dice “inventó”) un método para ahorrar trabajo que consistía en sacar las cajas de cereal de trigo y hojuelas de maíz de los contenedores más grandes y lanzárnoslas unos dos metros, gritando y riendo mientras las arrojábamos. El copropietario de la tienda entró en medio de nuestra juerga y me despidió, pero no a mi compañero, que solamente recibió una advertencia. Aunque es probable que el jefe tuviera otras razones para deshacerse de mí, tuve una aguda sensación de injusticia, sin mencionar la culpa que sentí cuando di la noticia a mis padres, que apenas se las arreglaban con los ingresos inciertos de mi padre. No he escrito este libro para vengar ese agravio, olvidado por más de 60 años, pero el ejemplo ilustra el impacto personal de ser culpado.

El crédito y la culpa operan en una escala mucho mayor y con mayor importancia que el historial laboral de un adolescente.

Juzgar el crédito y la culpabilidad

Al despedir a un trabajador poco satisfactorio, crear una comisión de la verdad y miles de otras instancias de asignación de crédito o culpa, las personas hacen juicios sorprendentemente similares. Juzgan resultados, agencia, competencia y responsabilidad. Las comisiones de la verdad y otros jueces identifican las cosas malas que sucedieron, buscan a sus agentes, deciden si los agentes tienen la competencia para producir los malos resultados y todavía preguntan si los agentes aceptan la responsabilidad de esos resultados porque actuaron con conocimiento de las posibles consecuencias.

Entonces, asignar crédito o culpa a alguien significa identificar a una persona como el agente que causó algún resultado, ya sea meritorio o deplorable. Significa hacer de alguien un agente efectivo.

Los resultados obviamente varían en gravedad. En el equilibrio cósmico, el despido de un adolescente en la década de 1940 palidece en comparación con los errores abordados por las comisiones de la verdad.

Otra calificación importante: la responsabilidad no necesariamente equivale a causa. Su juicio, mi juicio y el juicio de un especialista médico sobre lo que realmente causó la muerte de un paciente del hospital a menudo resultan irrelevantes para la asignación de la culpa. Las conexiones causa-efecto generalmente desempeñan un papel secundario y contingente en decidir la responsabilidad. Esa decisión generalmente destaca los juicios de intención y competencia. Incluso los procedimientos legales para la adjudicación de responsabilidad casi nunca se centran exactamente en lo que causó un resultado dado, sino en lo que se supone que debe saber y hacer una persona competente promedio (ya sea médico, abogado, ingeniero o ciudadano común).

Salvar una vida accidentalmente genera menos crédito que hacerlo deliberadamente, en especial si quien salva una vida enfrenta riesgos graves cuando lo hace.

Con frecuencia, es así como los libros de autoayuda de famosos ejecutivos

corporativos exitosos se atribuyen a sí mismos todo el crédito por ser ricos. Gracias a mis propios esfuerzos deliberados, dicen, agregué valor a mi corporación. El magnate inmobiliario y estrella de televisión Donald Trump ilustra el género. Su descarado y jactancioso libro, *Cómo hacerse rico*, dice cómo emularlo; si lo hace, tal vez usted también gane cinco mil millones de dólares:

Con cada vez mayor frecuencia veo que dirigir un negocio es como ser general. Tomar las decisiones conlleva una gran responsabilidad, no sólo para usted, sino para sus tropas. En gran medida, la vida de sus empleados depende de usted y de sus decisiones. Una mala estrategia puede terminar afectando a mucha gente. Aquí es donde ser líder adquiere una nueva dimensión. Cada decisión que tome es importante, sean 20 mil personas las que trabajan para usted o solo una (Trump, 2004: 3).

Para ganar mucho dinero, sea decisivo, atrevido, claro y concentrado; sus habilidades agregarán valor a la actividad. Por supuesto, es mucho más fácil aceptar ese tipo de crédito si se es un jefe poderoso, y cualquiera que sepa lo contrario permanece bajo su control.

La culpa opera en la dirección contraria. Cuanto más se devalúa un acto, mayor es la culpa, pero nuevamente sólo en la medida en que el agente ejerza la responsabilidad competente del acto.

Mucho más allá de la asignación de crédito y culpa, en todo el mundo, las personas vuelcan sus experiencias sociales en relatos: narrativas explicativas que incorporan un número limitado de actores, sólo unas cuantas acciones y recuentos simplificados de causa-efecto, en las cuales, las acciones de los actores producen todos los resultados significativos (Tilly, 2002, 2006).

Los relatos son muy importantes para la vida social en general a causa de tres características distintivas:

Los relatos pertenecen a las relaciones en cuestión y, por lo tanto, varían de una

relación a otra; una madre tiene una versión diferente de una historia de amor malogrado que una amiga casual.

Vuelven a trabajar y simplifican los procesos sociales para que puedan ser narrados: “X le hizo Y a Z” transmite una imagen memorable de lo que sucedió.

Incluyen fuertes imputaciones de responsabilidad y, por lo tanto, se prestan a evaluaciones morales. Esta tercera característica hace que los relatos sean enormemente valiosos para la evaluación después de lo sucedido. También ayuda a explicar los relatos cambiantes de la gente acerca de acontecimientos en los que fueron menos que heroicos.

En comparación con los relatos científicos de los mismos acontecimientos o resultados, las narraciones cotidianas simplifican radicalmente las conexiones causa-efecto y sacan a relucir a algunos actores cuyos temperamentos y acciones producen todo lo que sucede en un tiempo y lugar limitados.

Como resultado de ello, los relatos inevitablemente minimizan o hacen caso omiso de las intrincadas redes de causa-efecto que en realidad produce la vida social humana.

Las políticas del crédito y la culpabilidad

Sin duda, los relatos no se simplifican por igual. Crimen y castigo de Dostoievski, después de todo, está lleno de relatos, muchos de los cuales apenas comenzamos a entender a medida que se van acomodando en su sitio otros sobre Raskolnikov y sus seres queridos. Pero la gran mayoría de los relatos que escuchamos y contamos en la vida cotidiana transmiten sus agentes, causas y efectos de maneras muy simplificadas: alguien le hizo algo a otra persona y eso causó algún resultado.

Aunque los acuerdos y compromisos llenan el trasfondo de la política, sus grandes escenarios están llenos de relatos de crédito y culpa. Una buena parte de la política pública en Estados Unidos y el resto del mundo consiste en tomar o negar crédito, asignar o resistir ser culpado: el propio documento fundacional de este país, la Declaración de Independencia de 1776, combinó hábilmente el dar crédito y culpar. Al hablar en nombre de los “Representantes de Estados Unidos reunidos en el Congreso General”, una declaración final de lamentos declaraba:

Tampoco hemos dejado de atender a nuestros hermanos británicos. De vez en cuando los hemos alertado acerca de las tentativas de su poder legislativo de extender una jurisdicción injustificable sobre nosotros. Les hemos recordado las circunstancias de nuestra emigración y asentamiento aquí. Hemos apelado a su sentido innato de justicia y magnanimidad, y los hemos invocado, por los lazos de nuestro parentesco en común, a repudiar esas usurpaciones, las cuales inevitablemente interrumpirían nuestras relaciones y correspondencia; también han sido sordos a la voz de la justicia y de la consanguinidad; debemos, pues, convenir en la necesidad, que establece nuestra separación y considerarlos, como al resto de la humanidad, enemigos en la guerra, en la paz, amigos (Maier, 1997: 240–241).

Esto es lo que pasó: ellos, “nuestros hermanos británicos”, tenían la

representación, la responsabilidad y la competencia para evitar el lamentable resultado y, por lo tanto, compartieron la culpa con el rey y el Parlamento.

Un Comité de Cinco redactó la Declaración: John Adams, Benjamín Franklin, Thomas Jefferson, Robert Livingston y Roger Sherman. Los cinco sabían desde el principio que tenían que levantar cargos contra el rey de Inglaterra y el Parlamento lo suficientemente fuertes para justificar el drástico paso de repudiar el dominio británico (Maier, 1997: 105-142). Los cinco se atribuyeron el crédito de la tolerancia estadounidense y atribuyeron la culpa principalmente al rey. Pero también culparon a un parlamento que no se opuso a la tiranía real.

Mientras sus camaradas escribían la Declaración, George Washington se encontraba reuniendo al Ejército Continental en Nueva York. Pero como primer presidente de los exitosos rebeldes (1789-1797), trabajó hábilmente tanto los trasfondos como los grandes escenarios. El 18 de septiembre de 1796, cuando se acercaba al final de su segundo mandato, Washington pronunció un discurso de despedida que todavía es considerado como modelo de crédito y culpa públicos. Durante su mandato, Washington había supervisado la consolidación del gobierno federal y el fortalecimiento de las fronteras de Estados Unidos. Pero también debió enfrentar la formación de los partidos políticos, el estallido de una gran guerra europea y una gran insurrección en Pensilvania, la Rebelión del Whisky, contra la autoridad fiscal del gobierno. Los ecos de todos esos acontecimientos aparecen en el texto del discurso de Washington a sus compatriotas.

Washington estableció un tono moderado al asumir el crédito:

En el ejercicio de esta confianza, solo diré que, con buenas intenciones he contribuido a la organización y administración del gobierno con los mejores esfuerzos de los cuales fue capaz un juicio muy falible. No inconsciente, desde el principio, de la inferioridad de mis aptitudes, la experiencia, desde mi punto de vista, quizás aún más que desde el de los demás, ha fortalecido los motivos para la falta de confianza en mí mismo; y cada día el peso creciente de los años me advierte con mayor fuerza, que la sombra del retiro me es tan necesaria como será bienvenida. Satisfecho de que, si algunas circunstancias han dado un valor peculiar a mis servicios, fueron temporales, tengo el consuelo de creer que, si bien la elección y la prudencia me invitan a abandonar la escena política, el

patriotismo no lo prohíbe (Washington, 1796: 2).

Así rechazó cualquier intento de hacerlo rey o presidente de por vida. John Adams estaba a su lado, listo para hacerse cargo.

Más adelante en el discurso Washington repartió culpas sin mencionar nombres. Lanzó una advertencia contra el sectarismo, contra quienes defendían la participación en guerras extranjeras, contra las “facciones”:

Todos los obstáculos a la ejecución de las Leyes, todas las combinaciones y asociaciones, de cualquier carácter plausible, con la intención real de dirigir, controlar, contrarrestar o pasmar la deliberación y acción normal de las autoridades constituidas, son destructores de este principio fundamental [el deber de cada individuo de obedecer al gobierno establecido] y de tendencia fatal. Sirven para organizar facciones, para darles una fuerza artificial y extraordinaria; para obedecer, la voluntad de un partido, a menudo una minoría pequeña pero ingeniosa y emprendedora de la comunidad, en lugar de la voluntad delegada de la nación; y, de acuerdo con los triunfos alternativos de diferentes partidos, hacer de la administración pública el espejo de los proyectos mal concertados e incongruentes de una facción, en vez del órgano de planes saludables elaborados por consejos comunes y modificados por intereses mutuos (Washington 1796: 4).

A pesar de abogar por un gobierno pequeño con un conjunto militar moderado, Washington hizo un llamado a la obediencia de las decisiones de ese gobierno y culpó a los estadounidenses que conspiraban contra dicha obediencia.

Más de 200 años después, la política estadounidense todavía se basa en dar crédito y culpar. Los ataques coordinados por al-Qaeda en Nueva York y Washington D.C., el 11 de septiembre de 2001 iniciaron una epidemia de crédito y culpa. Como neoyorquino, no era inmune. A las 6:50 de la mañana del día siguiente envié un mensaje a mi lista de correo electrónico sobre política contenciosa. Nada profundo: mi mensaje pedía a los estudiantes del tema que evitaran la histeria y que examinaran sistemáticamente las causas y remedios del tipo de terror que acabábamos de presenciar. El mensaje terminaba así.

Quienes estudiamos políticas contenciosas debemos resistir la tentación de enfocarnos en las ideas de represión y represalia que los demagogos seguramente transmitirán. Es posible que podamos hacer una pequeña contribución para explicar cómo surgen niveles tan altos de coordinación entre quienes infligen daño y, por lo tanto, cómo reducir las amenazas de violencia a los civiles en Estados Unidos y, especialmente, en otros lugares.

En la referencia a los “demagogos” puede leerse un poco de asignación de culpa. Pero el mensaje sólo dio crédito a mis compatriotas neoyorquinos, quienes en general habían mostrado templanza y solidaridad.

Tres días después, di seguimiento a este mensaje con otro. Éste predecía lo que eventualmente sabríamos sobre los ataques de Nueva York y Washington. Incluía predicciones incondicionales, por ejemplo, que al final resultaría que todos los conspiradores tenían vínculos, directos o indirectos, con Osama bin Laden, pero no todos estaban directamente conectados, o incluso que no se conocían entre sí. Luego pasó a predicciones contingentes sobre posibilidades y consecuencias, como estas:

Bombardear la presunta sede de los líderes terroristas a) cambiará el equilibrio de poder en las redes de activistas y b) aumentará los incentivos de activistas que no participaron en los bombardeos para demostrar su valor.

Si Estados Unidos, la OTAN o las grandes potencias insisten en que todos los países elijan bandos (reconstituyendo así un nuevo tipo de Guerra Fría), respaldando esa insistencia con amenazas militares y financieras aumentará los incentivos de las potencias excluidas para alinearse con los disidentes en los países que se han unido al lado estadounidense, así como los de los disidentes para aceptar la ayuda de los poderes excluidos.

La mayoría de esas alianzas formarán otras alianzas con traficantes de drogas, armas, diamantes, madera, petróleo, servicios sexuales y caucho ilegales.

En Rusia, Uzbekistán, Líbano, Turquía, Sudán, Nigeria, Serbia, Argelia y otros

países divididos por su religión, aumentará el apoyo externo a las fuerzas musulmanas disidentes, con una conexión cada vez mayor entre las oposiciones islámicas y los países involucrados.

Bombardear a quienes presuntamente originaron los ataques del martes y obligar a otros países a elegir bandos agravará las condiciones mismas que los líderes estadounidenses afirmarían que están impidiendo.

De ser así, la democracia (definida como una ciudadanía relativamente amplia e igualitaria, consultas obligatorias a los ciudadanos y protección contra acciones arbitrarias de agentes gubernamentales) disminuirá en todo el mundo.

Aunque las pruebas acerca de las relaciones entre el tráfico de contrabando y los disidentes musulmanes siguen siendo inciertas, ninguna de estas predicciones de posibilidad y resultado resultó totalmente errónea. Por supuesto, pasaron por alto algunos puntos importantes. En septiembre de 2001, por ejemplo, nunca se me ocurrió que los ataques del 11 de septiembre ayudarían a justificar una invasión estadounidense a Irak. Tomando en cuenta que las escribí a la sombra del 11 de septiembre, sin embargo, las predicciones se sostuvieron sorprendentemente bien durante los años siguientes.

La mayoría de las respuestas electrónicas a mi publicación, las cuales inundaron mi correo apoyaban expresamente u ofrecían correcciones amigables a mis predicciones. Algunos, sin embargo, me llamaron un subversivo paranoico. Aproximadamente un año después, la Casa Blanca emitió una declaración que hizo que mis predicciones parecieran menos paranoicas de lo que podrían haber parecido inmediatamente después del 11 de septiembre. Un documento llamado Estrategia de Seguridad Nacional (nss por sus siglas en inglés), emitido por el presidente George W. Bush el 17 de septiembre de 2002, reclamaba amplios derechos para la única superpotencia restante. Se dio el crédito por la victoria de la libertad y la igualdad sobre las “visiones destructivas totalitarias”. Culpó a los “pocos amargados” por las amenazas actuales a “nuestra nación, aliados y amigos” (Casa Blanca, 2002: 3). Describió a Afganistán como “liberado”, a Irak y Corea del Norte como “Estados rebeldes” en proceso de adquisición de armas de destrucción masiva (Casa Blanca, 2002: 5, 9). Si bien el presidente Bush había asociado a Irán con Irak y a Corea del Norte dentro el “eje del mal” identificado por su discurso del 29 de enero de 2002, la nss culpaba

especialmente a Irak y Corea del Norte de las amenazas terroristas del mundo. Seis meses antes del ataque de Estados Unidos contra Irak, los estadounidenses declaraban su derecho a evitar el terrorismo mediante una intervención militar directa. Culpó a los Estados terroristas por su amenaza a la paz, y reclamó el crédito para Estados Unidos como garante del orden mundial. Al igual que otros centros políticos estadounidenses, la Casa Blanca estaba repartiendo activamente el crédito y la culpa.

Cuando una frontera social nítida entre nosotros y ellos separa a acusador y acusado, las mismas acciones por las cuales A culpa a B son a menudo acciones por las cuales los partidarios de B le dan a éste el crédito. Eso ocurre de manera más evidente en el caso de la guerra, donde el acto de matar, que parece inhumano a un lado le parece heroico al otro. En el ámbito de los conflictos nacionales, los críticos a menudo señalan que el terrorista de alguien es el luchador por la libertad de otro. En el mundo de la administración de una ciudad, lo que un lado llama renovación urbana, los opositores a menudo lo califican de especulación inmobiliaria.

Las fronteras entre el nosotros y el ellos atraviesan gran parte de la política. Como resultado, las disputas sobre la posibilidad de que una acción dada merezca crédito o culpa aparecen con frecuencia en el debate político. En el caso del 11 de septiembre, casi todos los estadounidenses (incluyéndome a mí) deploramos la pérdida de vidas inocentes ocasionada por los terroristas suicidas. Pero para los partidarios de Osama bin Laden, todavía cuenta como un golpe significativo contra el imperialismo estadounidense. Para ellos, merece crédito, no culpa.

Crédito y culpa revisados

Todos estos son ejemplos políticos que den crédito o culpan identificando las relaciones sociales entre quienes emitieron el juicio y los que fueron juzgados. Incluso mi tímido llamado a mis compañeros estudiosos de política contenciosa reclamó el derecho de juzgar tanto a los políticos occidentales como a los enemigos condenados por ellos. Además, en todos los casos, los jueces daban crédito o culpaban a algún agente específico (a veces a ellos mismos) por un resultado particularmente bueno o malo, lo que significaba asignarles tanto competencia como responsabilidad por ese resultado. Estaban cumpliendo las condiciones relacionales del crédito y la culpa.

Por lo tanto, tenemos mucho trabajo por hacer. La tarea es esclarecer los procesos sociales a través de los cuales la gente asigna crédito y culpa. Permítanme repetir que este libro se concentra en los procesos sociales, en los cuales la gente interactúa entre sí.

Referencias

Brennan, Geoffrey y Philip Pettit (2004). *The Economy of Esteem: An Essay on Civil and Political Society*. Oxford: Oxford University Press.

Cushman, Fiery (2006). "The Declaration of Independence-A Lab Report". *Character 3*, 1: 50-61.

Dostoevsky, Feodor (1964) [1866]. *Crime and Punishment*. Nueva York: W.W. Norton.

Hauser, Marc D. (2006). *Moral Minds: How Nature Designed Our Universal Sense of Right and Wrong*. Nueva York: Harper Collins.

Maier, Pauline (1997). *American Scripture: Making the Declaration of Independence*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

Tilly, Charles (2002). *Stories, Identities, and Political Change*. Lanham: Rowman & Littlefield.

Tilly, Charles (2006). *Why?* Princeton: Princeton University Press.

Trump, Donald J. y Meredith McIver (2004). *How to Get Rich*. Nueva York: Random House.

Washington, George (1796). “George Washington’s Farewell Address” [en línea]. Disponible en <<http://www.earlyamerica.com/earlyamerica/milestones/farewell/text.html>>.

White House (2002). *The National Security Strategy of the United States of America* [en línea]. Disponible en <<http://www.earlyamerica.com/earlyamerica/milestones/farewell/text.html>>.

Wilson, Edward O. (coord.) (2006). *From So Simple a Beginning: The Four Great Books of Charles Darwin*. Nueva York: W.W. Norton.

Créditos

[\[Regresar al índice \]](#)

Capítulo 1

Extractos de *The Vendée* por Charles Tilly. Publicado por Harvard University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 2

Extractos de *Strikes in France 1830–1968* de Edward Shorter y Charles Tilly. Publicado por Cambridge University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 3

Extractos de *Roads from Past to Future* de Charles Arthur L. Stinchcombe. © 1997 Rowman & Littlefield. Reimpresión autorizada.

Capítulo 4

Extractos de *From Mobilization to Revolution* de Charles Tilly. © 1978 Addison-Wesley Pub. Co. Reimpresión autorizada.

Capítulo 5

Extractos de Contentious Performances de Charles Tilly. © 2008 Charles Tilly. Publicado por Cambridge University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 6

Extractos de Tilly, Charles. 1985. Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons. Russell Sage Foundation. Reimpresión autorizada.

Capítulo 7

Extractos de Bringing the State Back de Peter B. Evans, Dietrich Rueschemeyer, Theda Skocpol. © Cambridge University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 8

Extractos de Coercion, Capital, and European States, AD 990–1990 de Charles Tilly. © 1990 Wiley Blackwell. Reimpresión autorizada.

Capítulo 9

Extractos de *Roads from Past to Future* de Charles Tilly. © 1997 Rowman & Littlefield. Reimpresión autorizada.

Capítulo 10

Extractos de *Where Do Rights Come From?* de Theda Skocpol. © 1998 Cornell University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 11

Extractos de *Democracy* de Charles Tilly. © 2007 Charles Tilly. Publicado por Cambridge University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 12

Extractos de *Trust and Rule* de Charles Tilly. © 2005 Charles Tilly. Publicado por Cambridge University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 13

Extractos de *Durable Inequality* de Charles Tilly © 1998 Regents of the University of California. Publicado por the University of California Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 14

Extractos de *Moving Out of Poverty: Cross Disciplinary Perspectives on Mobility* de Deepa Narayan y Patty Petesch. © 2007 The International Bank for Reconstruction and Development/The World Bank. Reimpresión autorizada.

Capítulo 15

© 1998 The New School. Este artículo se publicó inicialmente en “Contentious Conversations” *Social Research* 65, 491-510. Reimpresión autorizada por Johns Hopkins University Press.

Capítulo 16

Extractos de *The Politics of Collective Violence* de Charles Tilly. © 2003 Charles Tilly. Publicado por Cambridge University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 17

“Terror, Terrorism, Terrorists” vol. 22, núm. 1, *Theories of Terrorism: A Symposium* (2004), pp. 5-13. © *Sociological Theory* journal. Reimpresión autorizada.

Capítulo 18

Extractos de *Immigration Reconsidered: History, Sociology, and Politics* de Virginia Yans-McLaughlin. © 1990 The Statue of Liberty Ellis Island Foundation. Publicado por Oxford University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 19

Philosophy of the Social Sciences 34,2: 211-236. © 2004 Sage Publications. Reimpresión autorizada.

Capítulo 20

Extractos de *Why?* de Charles Tilly. © 2006 Princeton University Press. Reimpresión autorizada.

Capítulo 21

Extractos de *Why? Credit and Blame* de Charles Tilly. © 2008 Princeton University Press. Reimpresión autorizada.